



La Ruina
del
AmO
Execrable

Las crónicas de
Thomas Covenant el Incrédulo
LIBRO I

STEPHEN R. DONALDSON



El primer libro de una de las más destacadas sagas de fantasía épica de todos los tiempos, Las crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo. Se llamaba a si mismo el Incrédulo porque no se atrevía a creer en el extraño mundo alternativo en el que se encontró de repente. Sin embargo, se vio tentado a creer, a luchar por el Reino y a convertirse en la reencarnación de su héroe más recordado...

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

La ruina del Amo Execrable

Las crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo I

ePub r1.0

AINoah 10.09.13

Título original: *Lord Foul's Bane*
Stephen R. Donaldson, 1977
Traducción: Jordi Fibla
Diseño de portada: rosmar71

Editor digital: AlNoah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para el doctor en Medicina James R. Donaldson,
cuya vida expresó compasión y responsabilidad
más elocuentemente que cualquier palabra.





Algo hay en la belleza



EL MUCHACHO DE ORO



n cuanto la mujer salió de la tienda, vio a su hijito que jugaba en la acera y al hombre lúgubre y flaco que se acercaba rígidamente a él, como un muñeco mecánico. El corazón le brincó en el pecho, y al instante se abalanzó hacia el muchacho y le agarró de un brazo, apartándole del peligro.

El hombre siguió su camino sin volverse. Cuando pasó junto a ella, la mujer susurró a su espalda:

—¡Márchese! ¡Váyase de aquí! ¡Debería darle vergüenza!

Thomas Covenant siguió andando con pasos acompasados, tan exactos como si le hubieran dado cuerda, pero diciendo para sus adentros: «¿Vergüenza? ¿Por qué vergüenza?». Su rostro se contorsionó en una fiera mueca. «¡Cuidado! ¡Soy un paria, un impuro!».

Veía la gente con la que se cruzaba, la gente que lo conocía, cuyos nombres, casas y apretones de manos le eran familiares... y veía que se apartaban de su camino, lo rehuían. Algunos parecían retener el aliento. El grito interno de Covenant se extinguió. Aquellas personas no necesitaban el antiguo ritual de advertencia. Se concentró en sujetar la maraña de pelo que oscilaba ante su rostro y dejó que la tensa maquinaria de su voluntad lo llevara adelante paso a paso.

Mientras caminaba se miró las ropas para comprobar que no presentaban desgarrones o roturas inesperadas, se examinó las manos por si había arañazos, y se aseguró que seguía en su sitio la cicatriz que se extendía desde la muñeca de la mano derecha hasta el muñón donde habían estado los dedos corazón e índice. Podía oír lo que le dijeron los médicos:

—OVE, señor Covenant. Observación visual continua de extremidades. Su salud depende de eso. Estos nervios muertos nunca se regenerarán... Nunca sabrá si se ha hecho daño a menos que adquiera el hábito de la revisión. Hágalo continuamente, piense en ello sin cesar. La próxima vez puede que no tenga tanta suerte.

OVE. Aquellas iniciales comprendían su vida entera.

¡Médicos!, pensó cáusticamente. Pero sin ellos puede que no hubiera vivido tanto. Había ignorado por completo el peligro que corría. El descuido habría podido matarlo.

Al ver los rostros sorprendidos, asustados o anónimos —había muchos rostros anónimos, aunque la ciudad era pequeña— de las personas que pasaban a su lado, deseó poder estar seguro de que su cara mostraba una adecuada expresión de desdén.

Pero los nervios de sus mejillas parecían sólo vagamente vivos, aunque los médicos le habían asegurado que aquella era una ilusión en el estado actual de su enfermedad, y jamás podría estar seguro del semblante que interponía entre sí mismo y el mundo. Ahora, cuando las mujeres que en otro tiempo habían elegido su novela para comentarla en sus clubs literarios, se apartaban de él como si fuera algún engendro horroroso o un profanador de tumbas, sintió una repentina y traidora punzada de desolación. La sofocó abruptamente, antes de que pudiera hacerle perder su equilibrio.

Se acercaba a su destino, la meta de la afirmación o proclamación que tan tristemente había emprendido. Podía ver el letrero dos manzanas más adelante: Compañía Telefónica Bell. Recorría a pie los tres kilómetros que separaban Haven Farm del centro de la ciudad, para pagar su factura telefónica. Naturalmente, podría haber enviado el dinero por correo, pero consideraba ese acto como una rendición, un sometimiento a la creciente aflicción que le imponían.

Mientras estaba en tratamiento, su esposa, Joan, se había divorciado de él, marchándose del estado con su hijo. La única cosa en la que él, Thomas Covenant, había invertido dinero y ella se había atrevido a utilizar era el coche. También se lo llevó. En cambio, abandonó la mayor parte de sus vestidos. Luego, sus vecinos más próximos, cada uno a más de ochocientos metros de su casa, se quejaron estridentemente de su presencia entre ellos. Y cuando él se negó a vender su propiedad, uno de ellos se marchó del condado. Finalmente, al cabo de tres semanas de su regreso a casa, la tienda de comestibles —ahora pasaba ante ella y veía la fachada llena de anuncios frenéticos— empezó a suministrarle alimentos, tanto si los pedía como si no, y, sospechaba, tanto si estaba dispuesto a pagarlos como si no.

Pasó ante el palacio de justicia, cuyas viejas columnas grises parecían orgullosas de su carga de justicia y ley, el edificio en el que, por poderes, naturalmente, había sido separado de su familia. Incluso la escalinata delantera resplandecía de limpia, como protegiendo a la institución contra las manchas de los miserables humanos que la rondaban, subiendo y bajando los escalones en busca de reparación. El divorcio había sido concedido porque ninguna ley piadosa podía obligar a una mujer a criar a su hijo en compañía de un hombre como él. «¿Hubo lágrimas?», preguntó al recuerdo de Joan. «¿Fuiste valiente? ¿Te sentiste aliviada?». Covenant resistió el impulso de echar a correr para escapar del peligro. Las boquiabiertas cabezas de gigantes que coronaban las columnas del palacio de justicia parecían extrañamente asqueadas, como si estuvieran a punto de vomitar sobre él.

El sector comercial no era muy grande en aquella ciudad de sólo cinco mil habitantes. Covenant pasó ante los grandes almacenes. A través de las puertas de vidrio pudo ver a varias colegialas que preguntaban el precio de objetos de bisutería. Se apoyaban en el mostrador en posturas provocativas, y la garganta de Covenant se

tenso involuntariamente. Le ofendían las caderas y los senos de las muchachas, las curvas que acariciarían otros hombres, no él. Era impotente. Con el deterioro de sus nervios, su capacidad sexual no era más que otro miembro amputado. Incluso el alivio de la lujuria le estaba negado. Podía evocar deseos en su imaginación, hasta que le amenazara la locura, pero tales deseos no le servían de nada. Sin previo aviso, surgió en su mente un recuerdo de su mujer, una imagen que casi hizo desaparecer el sol, la acera y los transeúntes que pasaban por su lado. La vio con una de las combinaciones oscuras que le había comprado, con sus pechos incitadores bajo la fina tela. «¡Joan!, gritó mentalmente. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Es un cuerpo enfermo más importante que todo lo demás?».

Sus hombros se tensaron, como si estuviera a punto de estrangular a alguien, y suprimió el recuerdo. Aquellos pensamientos eran debilidades que no podía permitirse, y tenía que desecharlos. Pensó que era mejor la amargura, porque sobrevive. La amargura parecía ser el único sabor que todavía era capaz de gustar.

Descubrió, consternado, que había dejado de moverse. Se había detenido en medio de la acera, los puños apretados y temblándole los hombros. Se obligó ásperamente a caminar de nuevo. Y, al hacerlo, tropezó con alguien.

¡Impuro paria!

Covenant tuvo un atisbo de color ocre. La persona con la que había tropezado parecía llevar una sucia túnica de un pardo rojizo, pero no se detuvo para disculparse. Siguió andando con cautela por la acera para no tener que enfrentarse al temor y al odio de aquel individuo. Al poco sus pasos se hicieron de nuevo rígidos, mecánicos.

Llegó a las oficinas de la compañía eléctrica, su razón última para que decidiera pagar en persona la factura del teléfono. Dos meses atrás envió un cheque por correo a la compañía eléctrica —la cantidad era pequeña, pues utilizaba poca energía— y se lo devolvieron. El sobre ni siquiera había sido abierto. Una nota adjunta explicaba que la cuenta había sido pagada anónimamente, y que no debía preocuparse por el gasto eléctrico durante un año por lo menos.

Tras una lucha íntima, Covenant se dio cuenta de que si no oponía resistencia a aquella situación, pronto no tendría motivo alguno para mezclarse con sus congéneres. Por eso hoy recorría los tres kilómetros hasta la ciudad para pagar su factura telefónica en persona..., para mostrar a sus semejantes que no estaba dispuesto a abdicar de su humanidad. Opuesto a su destierro, se resistía a él para afirmar los derechos de su común condición mortal.

«En persona», pensó. ¿Y si fuera demasiado tarde? ¿Y si ya hubieran pagado la factura? ¿Para qué habría ido entonces en persona?

Se estremeció ante aquella posibilidad. Pensó que su OVE debía servir para algo y dirigió la mirada al letrero de la Compañía Telefónica Bell, a media manzana de distancia. Mientras avanzaba, consciente de una presión que bullía contra su

inquietud, cayó en la cuenta de que el ritmo de sus pasos acompañaba una cancioncilla en su mente. Entonces recordó la letra:

*Muchacho de oro con pies de arcilla,
Permíteme ayudarte en tu camino.
Un buen empujón te llevará lejos...
¡Pero qué tipo tan torpe eres!*

La coplilla resonaba como una risita satírica entre sus pensamientos, y su tosco ritmo lo golpeaba como un insulto, acompañado por una suave musiquilla cabaretera. Se preguntó si existiría una oronda diosa en algún lugar de los místicos cielos del universo, que manejaba el manubrio de su destino burlesco. Un buen empujón, impúdico, te llevará lejos... ¡pero qué tipo tan torpe eres, con tu falsa consternación doliente! Oh, sí, muchacho de oro.

No podía desechar fácilmente aquel pensamiento, porque hubo una época en que fue una especie de muchacho de oro. Su matrimonio era feliz y tenía un hijo. La novela que escribió, concebida en un estado de trance y desapego del mundo en torno a él, había permanecido un año en la lista de libros más vendidos. Y gracias a ello ahora tenía todo el dinero que necesitaba.

Pensó que le hubiera ido mejor de haber sabido la clase de libro que escribía. Pero no lo supo. Ni siquiera creyó que encontraría quien se lo publicara, en la época en que lo escribía... poco después de casarse con Joan. Entonces ninguno de los dos pensaba en el dinero ni en el éxito. Lo que encendía su imaginación era el puro acto de la creación, y el cálido conjuro del orgullo y el anhelo de Joan le hacía arder como un rayo perenne, que no duraba fracciones de segundo, sino que se prolongaba durante meses enteros. Cinco meses duró aquella larga descarga de energía que parecía crear de la nada los paisajes de la tierra, por la pura fuerza de su brillo: colinas y riscos, árboles doblados por el furioso viento, jinetes enmascarados, todo ello creado por aquel rayo blanco que surgía de la vara luminosa de su escritura. Cuando terminó, se sintió tan exhausto y satisfecho como si hubiera expresado todo el amor de su vida en un solo acto.

No fue una época fácil. La percepción de alturas y abismos lo angustiaba y daba a cada palabra que escribía la forma de sangre seca y negra. Y no era hombre al que le gustaran las alturas. No experimentaba con facilidad una emoción irrefrenable. Pero fue magnífico. La concentración en semejante intensidad imaginativa le proporcionó la mayor satisfacción de su vida. La majestuosa fragata de su alma había navegado bien por un océano profundo y peligroso. Cuando envió su manuscrito por correo, lo hizo con una especie de tranquila confianza.

Durante los meses que dedicó a la escritura y, luego, durante la espera, vivieron de los ingresos de su mujer. Joan Macht Covenant era una mujer sosegada que

expresaba más de sí misma con los ojos y el tono de su piel que con las palabras. Su piel tenía un matiz dorado que la hacía parecer tan cálida y refinada como una alegre sílfide o súcuba. Pero no era una mujer robusta y fuerte, y a Thomas Covenant siempre le sorprendió el hecho de que se ganara la vida domando caballos.

Sin embargo, el término *domar* no hacía justicia a su pericia en el trato con los animales. Su trabajo no entrañaba pruebas de fuerza, no se trataba de sementales corcovantes de mirada salvaje y con el hocico espumante. A Covenant le parecía que Joan no domaba caballos, sino que los seducía. Su contacto calmaba los músculos que se crispaban espasmódicos. El murmullo de su voz relajaba la tensión en el ángulo de sus orejas. Cuando los montaba a pelo, la presa de sus piernas hacía desvanecerse la violencia originada por el temor de los brutos. Y siempre que un caballo escapaba a su dominio, Joan se limitaba a deslizarse por su grupa y dejarlo solo hasta que cedían los espasmos de su salvajismo.

Entonces empezaba de nuevo con el animal. Al final emprendía con él un furioso galope alrededor de Haven Farm, para mostrar al caballo que podía desplegar toda su fuerza sin escapar por ello a su dominio.

Al contemplarla, Covenant se sentía amedrentado por su habilidad. Incluso después de que ella le hubiera enseñado a montar, no pudo vencer su miedo a los caballos.

El trabajo de Joan no era lucrativo, pero les permitió comer a ella y a su marido hasta el día que llegó la carta de aceptación de la editorial. Aquel día, Joan decidió que había llegado el momento de tener un hijo.

Debido a los habituales retrasos en la publicación, tuvieron que vivir durante casi un año de un anticipo sobre los derechos de autor de Covenant. Joan trabajó en una cosa u otra mientras pudo hacerlo sin poner en peligro la seguridad del niño que había concebido. Luego, cuando su cuerpo le dijo que había llegado el momento, dejó de trabajar. Entonces su vida se interiorizó y se concentró en la tarea de criar a su hijo con una tenacidad que a menudo fijaba su mirada y la llenaba de esperanzas.

Cuando nació el pequeño, Joan anunció que se llamaría Roger, como su padre y su abuelo. ¡Roger! Covenant gruñó mientras se aproximaba a la puerta de la compañía telefónica. Nunca le había gustado aquel nombre. Pero el rostro infantil de su hijo, tan meticulosa y bellamente formado, humano y completo, lo había inundado de amor y orgullo... orgullo, sí, por su participación como padre en el misterio. Y ahora su hijo se había ido, estaba lejos con Joan, y no sabía dónde. ¿Por qué era tan incapaz de llorar?

En aquel momento una mano le tiró de la manga.

—Eh, señor —dijo una fina voz con temor y ansiedad—. Eh, señor.

Covenant se volvió, a punto de gritar: ¡No me toque! ¡Soy un paria impuro! Pero el rostro del muchacho que le cogía del brazo le detuvo, impidió que se liberara. Era

un niño pequeño, de ocho o nueve años, demasiado pequeño para tener tanto miedo. Su pálido rostro mostraba temor y coacción, como si de alguna manera le obligaran a hacer algo que le aterrorizaba.

—Eh, señor —repitió el pequeño con una voccecita suplicante—. Tome, coja esto. —Acercó una arrugada hoja de papel a los dedos insensibles de Covenant—. Él me dijo que se lo diera. Tiene que leerlo. ¿Lo hará, señor?

Los dedos de Covenant se cerraron involuntariamente alrededor del papel. ¿Él?, se dijo en silencio, mirando fijamente al niño. ¿Quién?

—Él. —El muchacho señaló un lugar de la acera con un dedo tembloroso. Covenant miró y vio a un viejo vestido con una sucia túnica ocre que estaba de pie a media manzana de distancia. Musitaba, casi cantaba en voz baja una absurda tonada. Tenía la boca abierta, aunque los labios y la mandíbula no se movían para formar las palabras que cantaba. Su pelo largo y apelmazado y la barba se movían a impulsos de la ligera brisa. Tenía el rostro alzado al cielo, y parecía mirar directamente al sol. En la mano izquierda sostenía un platillo de mendigo, y con la derecha aferraba un largo bastón de madera que llevaba fijado en el extremo un cartel con una sola palabra: «¡Cuidado!».

¿Cuidado?

Por un instante, el cartel pareció ejercer una extraña amenaza y Covenant se sintió en peligro. Le pareció como si terribles peligros se acumularan en el aire para dirigirse a él, chillando como buitres. Y entre ellos, mirándole entre aquella algarabía, había unos ojos, ojos como colmillos cariados y letales. Le miraban con una malevolencia fija, fría, hambrienta, centrados en él como si el viejo y Covenant estuvieran solos ante una carroña que ambos ansiaban. La malevolencia goteaba de aquellos ojos como veneno. Durante aquel momento, Covenant tembló, poseído por un miedo inexplicable.

¡Cuidado!

Pero no era más que un letrero, sólo un cartel unido a un palo. Covenant se estremeció, y el aire que le rodeaba quedó libre de peligros imaginarios.

—Tiene que leerlo —dijo el muchacho de nuevo.

—No me toques —musitó Covenant al niño que le cogía el brazo—. Soy un leproso.

Pero cuando miró a su alrededor, el muchacho se había ido.

II

NO PUEDES TENER ESPERANZAS



leno de confusión, Covenant exploró rápidamente la calle, pero no había rastro del muchacho. Luego, al volverse hacia el mendigo, su mirada se posó en la puerta con el letrero dorado: Compañía Telefónica Bell. Sintió un ramalazo de miedo que le hizo olvidar todas las distracciones. Supón que... aquél era su destino; había acudido allí en persona para afirmar su derecho humano a pagar sus propias cuentas... Pero supón que...

Se sacudió aquella sensación de temor. Era un leproso y no podía permitirse suposiciones. Inconscientemente se guardó la hoja de papel en el bolsillo. Se cercioró de que sus extremidades le respondían y avanzó hacia la puerta.

Un hombre que cruzaba apresuradamente el portal estuvo a punto de tropezar con él. Al reconocerle, retrocedió lleno de aprensión, con el rostro lívido. El incidente hizo perder a Covenant su impulso, y apenas pudo contener el grito anunciando su impureza, la lepra. Se detuvo, concediéndose un momento de descanso. Aquel hombre fue el abogado de Joan cuando se divorciaron. Era un individuo bajo y rechoncho, rebotante de esa afabilidad que parece característica de abogados y ministros de la Iglesia. Covenant necesitaba aquella pausa para recobrase del desaliento que le había producido la mirada del abogado. Se sintió involuntariamente avergonzado por ser el causante de tanta aprensión, y por un instante olvidó el convencimiento que le había llevado a la ciudad.

Pero casi en seguida montó en una cólera silente. La vergüenza y la rabia se unían inextricablemente en él. No iba a consentir que lo trataran de aquella manera. ¡No tenían derecho, por todos los diablos! Sin embargo, no podía erradicar fácilmente de su pensamiento la expresión del abogado. Aquella revulsión era un hecho consumado, como la lepra, inmune a todo derecho o justicia. Y por encima de todo, un leproso no debe olvidar la letal realidad de los hechos.

Durante la pausa, pensó que debería escribir un poema.

*Hay muertes apagadas
mal llamadas vidas por los hombres:
en vez de frescos aromas vegetales,
los alientos son sólo exhalaciones de sepulcro.
Los cuerpos se agitan como muertas marionetas
y el infierno camina riendo...*

La risa del infierno. Pensó que aquella era una imagen acertada. ¿Acaso había concentrado en tan breve tiempo toda la risa de una vida? Le pareció que se planteaba una pregunta importante. Rió cuando aceptaron su novela, rió al ver las sombras de sagacidad y los pensamientos silenciosos que vagaban como corrientes marinas por el rostro de Roger, rió cuando tuvo ante sí el producto terminado de su libro, rió al verlo figurar en la lista de obras más vendidas. Millares de cosas grandes y pequeñas le habían llenado de júbilo. Cuando Joan le preguntó qué encontraba tan divertido, sólo pudo responderle que con cada respiración acumulaba ideas para su próximo libro. Sus pulmones estaban llenos de imaginación y energía. Reía cada vez que sentía más alegría de la que podía contener.

Pero Roger tenía seis meses cuando la novela se hizo famosa, y seis meses después Covenant aún no había empezado a escribir de nuevo. Tenía demasiadas ideas. No parecía capaz de elegir entre ellas.

Joan no aprobaba aquella exuberancia improductiva. Se marchó con Roger, dejando a su marido en su casa recientemente comprada, en su estudio instalado en una cabaña de dos habitaciones con vistas al arroyo en los bosques que se extendían detrás de Haven Farm... Lo dejó con órdenes estrictas de que empezara a escribir mientras ella iba a visitar a sus familiares con Roger.

Aquél fue el momento crucial en el que la roca empezó a rodar hacia sus pies de arcilla. Con sordos avisos se inició la carrera cuyo final sería el encontronazo que le mutilaría tan severamente como un cirujano que atacara una gangrena. Covenant oyó los avisos, pero no les hizo caso. No supo qué significaban.

No, en vez de buscar la causa de aquel sordo retumbar, se despidió de Joan con pesar y sosegado respeto. Comprendió que ella tenía razón, que no volvería a trabajar de nuevo hasta que estuviera solo algún tiempo, y admiró la capacidad que Joan tenía para actuar aun cuando el corazón le doliera bajo la dura carga de su separación. Así, cuando vio que su avión desaparecía en el horizonte, volvió a Haven Farm, se encerró en su estudio, enchufó su máquina de escribir eléctrica y escribió la dedicatoria de su próxima novela: «A Joan, que ha sido mi guardiana de lo posible».

Sus dedos se deslizaban inseguros sobre el teclado, y tuvo que hacer tres intentos antes de obtener una copia perfecta. Pero no era aún lo bastante ducho en las cosas de la mar para darse cuenta de que se aproximaba la tormenta.

Ignoró también el sutil dolor en las muñecas y los tobillos. Se limitaba a golpear con los pies en el suelo para romper el hielo que parecía crecer en ellos. Y cuando descubrió la insensible mancha púrpura en la mano derecha, cerca de la base del dedo meñique, no le dio importancia. Veinticuatro horas después de la partida de Joan estaba enfrascado en la urdimbre de su libro. Las imágenes se sucedían en cascada en su imaginación. Aumentaba la torpeza de sus dedos, inhábiles para escribir hasta las palabras más sencillas, pero no le fallaba la imaginación. No dedicó el menor

pensamiento a la supuración de la pequeña herida que crecía en el centro de la mancha púrpura.

Joan regresó a casa con Roger tres semanas después, tras visitar a toda la familia. No observó nada extraño hasta la noche, cuando Roger dormía y ella estaba entre los brazos de su marido. Las contraventanas estaban cerradas, lo mismo que toda la casa, contra el viento helado que merodeaba el Farm. En la quieta atmósfera de la sala de estar, Joan notó el olor débil, dulce, enfermizo de la infección de Covenant.

Meses después, cuando contemplaba los muros antisépticos de su habitación en la leprosería, Covenant se maldijo a sí mismo por no haberse puesto yodo en la mano. No era la pérdida de dos dedos lo que le irritaba. La cirugía que le amputó parte de la mano no era más que un pequeño símbolo del golpe que lo arrancó de su vida, lo separó de su mundo como si él fuera una especie de infección maligna. Y cuando el recuerdo de los miembros perdidos hacía que le doliera la mano derecha, aquel dolor no era exagerado. No, si se reprendía por su descuido era porque le había estafado un último abrazo con Joan.

Pero cuando la tenía entre sus brazos aquella noche de invierno, ignoraba tales posibilidades. Le hablaba apaciblemente de su nuevo libro, manteniéndola junto a él, satisfecho en aquel momento con la presión del firme cuerpo de Joan contra el suyo, el limpio olor de su cabello, su calor. La súbita reacción de su esposa lo sorprendió. Antes de que supiera qué le había molestado, ella se levantó del sofá y tiró de Covenant. Éste interpuso su mano entre los dos, mostró su infección, y la voz de Joan se quebró con ira y preocupación.

—¡Oh, Tom! ¿Por qué no te cuidas?

Joan no vaciló. Pidió a un vecino que se hiciera cargo de Roger y condujo a su marido a través de la ligera nieve de febrero hasta la sala de urgencias del hospital. No lo dejó hasta que le admitieron, le dieron una habitación y le destinaron a cirugía.

El diagnóstico preliminar fue gangrena.

Joan pasó la mayor parte del día siguiente con él en el hospital, en los momentos en que no le sometían a pruebas. A las seis de la mañana siguiente, Thomas Covenant fue trasladado al quirófano para operarlo de la mano derecha. Recobró el conocimiento tres horas después, en la cama de su habitación, con dos dedos menos. El sopor de las drogas lo mantuvo aletargado algún tiempo, y no echó en falta a Joan hasta el mediodía.

Pero Joan no acudió a verlo en todo el día. Y cuando se presentó en su habitación a la mañana siguiente, había cambiado. Estaba pálida, como si su corazón acaparase la sangre, y los huesos de su frente parecían presionar contra la carne. Tenía el aspecto de un animal atrapado. Ignoró la mano extendida de Covenant. Habló en voz baja, reprimida, esforzándose para permanecer lo bastante próxima a él para que pudiera oírla. Procurando apartarse todo lo posible, con la mirada perdida en las

calles sobre las que caía el aguanieve y que veía a través de la ventana, le comunicó la noticia.

Los médicos habían descubierto que tenía la lepra.

—Bromeas —le dijo él, desconcertado por la sorpresa.

Joan se volvió, enfrentándose a él.

—¡No te hagas el estúpido conmigo! El médico quería decírtelo, pero le dije que no, que yo lo haría. Pensé en ti. Pero no puedo... no puedo soportarlo. ¡Tienes la lepra! ¿No sabes lo que eso significa? Tus manos y pies se van a pudrir, las piernas y los brazos se retorcerán, y tu cara se pondrá fea como un hongo. Tendrás úlceras en los ojos, y yo no puedo soportarlo... ¡Para ti es igual, porque no podrás sentir nada, maldita sea! Y... ¡Oh, Tom, Tom! Es contagioso.

—¿Contagioso? —Parecía incapaz de comprender lo que quería decir.

—¡Sí! —musitó—. La mayoría de la gente leprosa... —por un momento el miedo que la dominaba le quebró la voz—... enferman porque estuvieron expuestos de niños. Los niños son más susceptibles que los adultos. Roger... no puedo arriesgarme, ¡tengo que proteger a Roger de eso!

—Sí, naturalmente —replicó él, mientras Joan huía de la habitación. No tenía nada más que decir. Todavía no comprendía. Su mente estaba vacía. Pasarían semanas antes de que comenzara a comprender cuánto de él había sido arrasado por el viento de la cólera de Joan. Aquel primer día sólo le consternó.

Cuarenta y ocho horas después de la intervención, el cirujano de Covenant consideró que estaba en condiciones de viajar, y lo envió a la leprosería de Louisiana. Durante el trayecto hasta la leprosería, el médico que acudió a recibirle al pie del avión le habló llanamente sobre diversos aspectos superficiales de la lepra. El *Mycobacterium leprae* fue identificado por primera vez por Armauer Hansen en 1874, pero el estudio se frustró continuamente debido al fracaso de los investigadores para cumplir con dos de las cuatro condiciones de Koch para el análisis: nadie había podido cultivar artificialmente el microorganismo y nadie había descubierto cómo se transmitía. Sin embargo, ciertas investigaciones modernas del doctor O. A. Skinsnes, de Hawaii, parecían prometedoras. Covenant escuchaba al médico vagamente. Podía oír abstractas vibraciones de horror en la palabra *lepra*, pero no eran convincentes. Lo afectaban como una amenaza en una lengua extranjera. Tras la entonación de amenaza, las palabras en sí no comunicaban nada. Contempló el serio rostro del médico como si asistiera a la incomprensible emoción violenta de Joan, y no dijo nada.

Pero cuando Covenant estuvo instalado en su habitación de la leprosería —una celda cuadrada con un monótono lecho blanco y paredes antisépticas— el médico cambió de política y lo abordó abruptamente:

—Señor Covenant, no parece darse cuenta de lo que está aquí en juego. Venga

conmigo. Quiero mostrarle algo.

Covenant lo siguió al pasillo. Mientras caminaban el doctor le habló.

—Tiene usted lo que denominamos un caso primario de enfermedad de Hansen... Es un caso autóctono, es decir, que no parece tener una... genealogía. El ochenta por ciento de los casos con que nos encontramos en el país corresponden a personas... inmigrantes y gente así... que de niños estuvieron expuestos a la enfermedad en sus países de origen... en climas tropicales. Al menos sabemos dónde contrajeron la dolencia, aunque no sepamos por qué o cómo.

»Naturalmente, tanto el caso primario como el secundario pueden seguir el mismo curso general. Pero lo normal es que los pacientes afectos de casos secundarios hayan crecido en lugares donde la enfermedad de Hansen es menos exótica que aquí. Reconocen lo que les ocurre cuando contraen el mal, lo cual significa que tienen más oportunidades de buscar ayuda a tiempo.

»Quiero que conozca a otro de nuestros pacientes. Es el otro caso primario que tenemos actualmente aquí. Era una especie de ermitaño, que vivía alejado de todos en las montañas al oeste de Virginia. No supo lo que le sucedía hasta que el Ejército trató de ponerse en contacto con él, para decirle que su hijo había muerto en la guerra. Cuando el funcionario vio a este hombre, llamó al Servicio de Salud Pública, y nos lo enviaron aquí.

El doctor se detuvo ante una puerta similar a la de la celda de Covenant. Llamó con los nudillos, pero no aguardó respuesta. Empujó la puerta, tomó a Covenant por el codo y lo hizo entrar en la estancia.

Al cruzar el umbral, un hedor acre asaltó las fosas nasales de Covenant, un olor como de carne podrida abandonada en una letrina. Aquella pestilencia se imponía al ácido carbólico y los ungüentos que trataban de enmascararla. Procedía de una figura encogida, sentada grotescamente en la cama blanca.

—Buenas tardes —dijo el médico—. Le presento a Thomas Covenant. Padece un caso primario de enfermedad de Hansen, y no parece comprender el peligro que corre.

Lentamente, el paciente alzó los brazos como para abrazar a Covenant.

Sus manos eran muñones hinchados, bultos rosáceos sin dedos, una carne enferma marcada por grietas y ulceraciones que rezumaban una exudación amarilla a través de la capa de medicamento. Aquellos muñones colgaban de unos brazos esqueléticos y arqueados, como palos desgarrados. Y aunque tenía las piernas cubiertas por el pijama, parecían de madera nudosa. Le faltaba la mitad de un pie, roído por la enfermedad, y en el lugar del otro pie sólo había una herida incurable.

Entonces el paciente movió los labios para hablar, y Covenant le miró el rostro. Sus ojos apagados, con cataratas, estaban incrustados en la cara como si fueran el centro de una erupción. La piel de las mejillas era de un blanco rosáceo, como la de

un albino. Le colgaba bajo los ojos formando pliegues y excrecencias, como si la hubieran calentado en un crisol. Gruesos nódulos tuberculares surgían en los bordes de los pliegues.

—Suicídese —dijo con una terrible voz ronca—. Morir es mejor que esto.

Covenant se apartó del médico, salió al vestíbulo y derramó el contenido de su estómago sobre las limpias paredes y el suelo. Los vómitos fueron como un símbolo de la atrocidad que había sobre él. Y, de aquella manera, decidió sobrevivir.

Thomas Covenant vivió en la leprosería más de seis meses. Pasó el tiempo vagando por los pasillos como un fantasma perplejo, practicando la OVE y otros ejercicios de supervivencia, escuchando a los médicos y sus conferencias sobre la lepra, la terapia y la rehabilitación. Pronto supo que los médicos creían que la psicología del paciente era la clave para el tratamiento de la lepra. Querían aconsejarlo, pero él se negaba a hablar de sí mismo. En lo más hondo de su ser iba tomando cuerpo un duro núcleo de furor intransigente. Supo que por algún amargo truco de sus nervios, los dos dedos que había perdido parecían más vivos al resto de su cuerpo que los dedos que le quedaban. El pulgar derecho siempre se extendía hacia aquellos dedos amputados, y encontraba la cicatriz con un movimiento torpe, de sorpresa. La ayuda de los médicos se parecía al mismo truco. Sus pocas y estériles imágenes de esperanza llegaban a Covenant como los tanteos de una imaginación sin dedos. Y así las conversaciones, como las conferencias, terminaban siendo largos discursos de los expertos sobre los problemas a los que él, Thomas Covenant, se enfrentaba.

Le hablaron durante semanas, hasta que empezó a soñar con los discursos por la noche. Las advertencias ocuparon el devastado campo de juego de su mente. En vez de historias y pasiones, soñaba con peroratas.

—La lepra —oía noche tras noche— es quizá la más inexplicable de todas las aflicciones humanas. Es un misterio, de la misma manera que la extraña y sutil diferencia entre la materia viva y la inerte es un misterio. Oh, sabemos algunas cosas acerca de ella: no es fatal, no es contagiosa de ninguna manera convencional, actúa destruyendo los nervios, sobre todo de las extremidades y la córnea del ojo, produce deformidad, debido en gran parte a que inhibe la capacidad del organismo para protegerse mediante la sensación y la reacción al dolor; puede ocasionar una incapacidad completa, una deformación extrema del rostro y los miembros, y ceguera, y es irreversible, dado que los nervios que mueren no pueden ser restaurados. Sabemos también que, en casi todos los casos, un adecuado tratamiento utilizando DDS —diamino-difenil-sulfona— y algunos nuevos antibióticos sintéticos pueden detener la extensión de la enfermedad, y que, una vez se ha detenido el deterioro neural, la medicación y terapia adecuadas pueden mantener la dolencia bajo control durante el resto de la vida del paciente. Lo que no sabemos es por qué o de

qué manera una persona determinada contrae la enfermedad. Por lo que hemos averiguado hasta ahora, procede de ninguna parte y se contrae sin ningún motivo. Y una vez se ha contraído, no se puede confiar en la curación.

Las palabras que soñaba no eran exageradas —podían proceder literalmente de cualquiera de las muchas conferencias y conversaciones— pero su repiqueteo sonaba como la amenaza de algo tan insoportable que jamás debería haber sido pronunciado. La voz impersonal del médico seguía diciendo:

—Lo que hemos aprendido durante nuestros años de estudio es que la enfermedad de Hansen le crea al paciente dos problemas característicos: dificultades interrelacionadas que no se presentan en otras enfermedades y hacen que el aspecto mental de ser víctima de la lepra sea más crucial que el físico.

»El primer problema se refiere a nuestras relaciones con el prójimo. Al contrario que la leucemia en nuestros días, o la tuberculosis en el siglo pasado, la lepra no es, ni jamás lo ha sido, una enfermedad «poética», romántica, sino todo lo contrario. Incluso en sociedades que aborrecen a sus enfermos menos que los norteamericanos, el leproso siempre se ha despreciado y temido, ha sido considerado un paria incluso por sus seres queridos, a causa de un extraño bacilo que nadie puede predecir o dominar. La lepra no es fatal, y el paciente corriente puede esperar una vida de treinta o cincuenta años como leproso. Este hecho, combinado con la incapacidad progresiva que inflige la enfermedad, hace que los pacientes de lepra sean, entre todos los enfermos, los que más desesperadamente necesitan el apoyo de sus semejantes. Pero prácticamente todas las sociedades condenan a sus leprosos al aislamiento y la desesperación, los denuncian como criminales y degenerados, como traidores y villanos, los expulsan de la sociedad porque la ciencia no ha logrado desvelar el misterio de su aflicción. En un país tras otro, cultura tras cultura alrededor del mundo, el leproso ha sido considerado como la personificación de todo lo que la gente más teme y aborrece, tanto íntima como socialmente.

»La gente reacciona así por varias razones. En primer lugar, la enfermedad produce una fealdad y un mal olor que son sin lugar a dudas desagradables. Y, en segundo lugar, a pesar de las investigaciones médicas realizadas durante generaciones, la gente no puede creer que algo tan palmario y feo, y tan misterioso, no se contagie. El hecho de que no podamos responder a las preguntas sobre el bacilo aumenta su temor. No podemos estar seguros de que el contacto, el aire, el alimento, el agua o incluso la piedad no extiendan la enfermedad. En ausencia de toda explicación natural y demostrable de la enfermedad, la gente la considera de otras maneras, todas ellas malas... como prueba de delito, suciedad o perversión, evidencia del juicio de Dios, como el signo horrible de alguna corrupción o culpa psicológica, espiritual o moral. E insisten en que es contagiosa, a pesar de las pruebas de que su capacidad de contagio es mínima, incluso para los niños. Muchos de vosotros vais a

tener que vivir sin un solo apoyo humano para soportar la carga que pesa sobre vuestros hombros.

»Ésta es una de las razones por las que aquí hacemos tanto hincapié en el asesoramiento. Queremos ayudaros y enfrentaros con la soledad. Muchos de los pacientes que salen de esta institución no viven todo lo que podrían. La conmoción al verse separados de sus seres queridos y de la sociedad es tan grande que pierden su motivación para vivir. Abandonan los tratamientos que han de administrarse ellos mismos, y se vuelven suicidas activa o pasivamente. Pocos son los que regresan aquí a tiempo. Los pacientes que sobreviven encuentran a alguien en algún lugar que está dispuesto a ayudarles para que deseen seguir viviendo. O bien encuentran en su interior la fuerza necesaria para aguantar.

»Sea cual fuere el camino que emprendáis, un hecho, sin embargo, permanece constante: desde ahora hasta el día que muráis, la lepra es el hecho más considerable de vuestra existencia, un hecho que controlará vuestra forma de vivir en todos sus detalles. Desde el momento de despertar hasta el de dormir, tendréis que prestar una atención absoluta a las duras esquinas y los afilados bordes de la vida. No podéis descuidaros ni un momento. No debéis tratar de descansar soñando despiertos, abandonándoos. Todo lo que golpea, choca, quema, rompe, roza, rasga, pica u os debilita puede mutilaros, lisiaros e incluso mataros. Y pensar en todas las clases de vida que no podéis llevar puede conducirnos a la desesperación y el suicidio. Soy testigo de ello.

El pulso de Covenant se aceleraba, y su sudor hacía que las sábanas se le pegaran a los miembros. La voz de su pesadilla no había cambiado, no hacía ningún esfuerzo para aterrorizarle ni se complacía en su temor, pero ahora las palabras eran tan negras como el odio, y tras ellas se extendía una gran herida abierta, un inmenso vacío.

»Eso nos lleva al otro problema. Parece sencillo, pero descubriréis que puede ser devastador. Muchas personas dependen en gran manera de su sentido del tacto. De hecho, toda su estructura de respuestas a la realidad está organizada alrededor del tacto. Pueden dudar de sus ojos y oídos, pero cuando tocan algo saben que es real. Y no por accidente describimos las partes más profundas de nosotros mismos — nuestras emociones— de acuerdo con el sentido del tacto. Las historias tristes *tocan* nuestras cuerdas *sensibles*. Las malas situaciones nos *irritan* o nos *hieren*. Esto es un resultado inevitable del hecho de que somos organismos biológicos.

»Podéis luchar y cambiar esta orientación. Sois criaturas inteligentes, cada uno de vosotros tiene un cerebro. Usadlo. Usadlo para reconocer el peligro que corréis. Usadlo para adiestraros en permanecer vivos.

Covenant se despertó bañado en sudor, con la mirada fija, los labios tensos. Estaba solo en su cama. Los gemidos trataban de abrirse paso entre sus dientes apretados. Sueño tras sueño, semana tras semana, oía el mismo discurso. Día tras día

tenía que hacer un esfuerzo supremo para abandonar el ineficaz santuario de su celda.

Pero mantuvo su decisión fundamental. Conoció pacientes que habían estado en la leprosería en otras ocasiones, seres obsesionados por la recidiva que no podían satisfacer la exigencia esencial de su tormento, el requisito de que se aferraran a la vida sin desear ninguna de las recompensas que daban valor al vivir. Su degeneración cíclica le hizo ver a Covenant que su propia pesadilla contenía la materia prima para la supervivencia. Noche tras noche, le agitaba contra la ley brutal e irremediable de la lepra. Golpe a golpe, le mostraba que una dedicación completa a esa ley constituía su única defensa contra la supuración, la podredumbre que roía y la ceguera. Durante los meses quinto y sexto en la leprosería practicó la OVE y otros ejercicios con una maníaca diligencia. Miraba fijamente las monótonas paredes antisépticas de su celda como para hipnotizarse con ellas. En el fondo de su mente, contaba las horas entre dosis de su medicación. Y cada vez que se equivocaba, perdía un compás de su ritmo defensivo, se vituperaba y maldecía.

Al cabo de siete meses, los médicos estaban convencidos de que su diligencia no era una fase pasajera. Estaban razonablemente seguros de que su enfermedad se había detenido, y le enviaron a casa.

Al regresar a su casa en Haven Farm, a fines del verano, pensó que estaba preparado para todo. Se había fortalecido para arrostrar la falta de toda comunicación con Joan, las consternadas revulsiones de sus antiguos amigos y asociados, aunque estos asaltos todavía lo afligían con una náusea vertiginosa de rabia y disgusto de sí mismo. La visión de las pertenencias de Joan y Roger en la casa, y el vacío en los establos donde antes Joan tenía sus caballos, le escocieron como un corrosivo, pero ya era capaz de resistir a pie firme tales dolores.

Sin embargo, no estaba preparado, al menos no lo estaba para todo. La siguiente conmoción fue superior a su capacidad para encajarla. Después de haber investigado dos y tres veces para asegurarse de que no había recibido correo de Joan, después de hablar por teléfono con la abogada que llevaba sus asuntos —pudo oír la incomodidad de la mujer palpitando a través de la conexión eléctrica— fue a su cabaña en los bosques y se sentó a leer lo que había escrito de su nuevo libro.

La absoluta pobreza de su obra lo dejó pasmado. Llamarla ridículamente ingenua habría sido un cumplido. Apenas podía creer que era el responsable de semejante basura arrogante.

Aquella noche releyó su primera novela, la que había figurado en la lista de libros más vendidos. Luego, moviéndose con extremo cuidado, encendió fuego en la chimenea y quemó la novela y el nuevo manuscrito. ¡Al fuego!, pensó. Era como una purga. Si no escribía ni una palabra más, al menos libraría su vida de aquellas mentiras. ¡Imaginación! ¿Cómo pudo estar tan satisfecho de sí mismo? Y mientras contemplaba cómo las páginas crepitaban y se convertían en cenizas grises, abandonó

con ellas toda idea de escribir más. Por primera vez comprendió parte de lo que los médicos habían dicho. Tenía que aplastar su imaginación. No podía permitirse la imaginación, aquella facultad que le permitiría soñar en Joan, la alegría, la salud. Si se atormentaba con deseos inalcanzables, pondría en peligro su dominio de la ley que le permitía sobrevivir. Su imaginación podía matarlo, podía conducirlo, seducirlo o engañarlo para llegar al suicidio. Ver todas las cosas que no podía tener, lo llevaría a la desesperación.

Cuando el fuego se extinguió, pisoteó las cenizas como para hacer su consumación irrevocable.

A la mañana siguiente, se dispuso a organizar su vida.

En primer lugar, buscó su vieja navaja de afeitar. La larga hoja de acero inoxidable brillaba bajo la luz fluorescente del baño. Covenant la afiló cuidadosamente, afianzó el cuerpo apoyándolo contra el lavabo y aplicó a su garganta el filo de la navaja. Notó la frialdad de la hoja sobre la yugular, como una amenaza de sangre, gangrena y lepra reactivada. Si su mano mutilada resbalaba o se torcía, las consecuencias podrían ser terribles. Pero decidió correr el riesgo para disciplinarse, reforzar su reconocimiento de las duras condiciones de su supervivencia y poner a prueba su obstinación. Hizo del afeitado con aquella navaja un rito personal, una confrontación diaria con su condición.

Por el mismo motivo empezó a llevar consigo un afilado cortaplumas. Cada vez que notaba flaquear su disciplina, que se sentía amenazado por recuerdos, esperanzas o amor, sacaba la navajita y aplicaba el filo a su muñeca.

Después de afeitarse arregló la casa. La limpió y dispuso los muebles de manera que se redujera al mínimo el peligro de los ángulos salientes, bordes duros y obstáculos ocultos. Eliminó todo lo que podría hacerlo resbalar, golpearlo o desviarlo, de modo que incluso de noche pudiera deambular a salvo por sus habitaciones. Hizo que su casa se asemejara en lo posible a la celda de la leprosería. Todo lo que era peligroso lo amontonó en la habitación de los huéspedes, y cuando hubo terminado este trabajo, cerró el cuarto y tiró la llave.

A continuación se dirigió a su cabaña y la cerró también. Luego quitó los fusibles, a fin de que las viejas conducciones eléctricas no supusieran un riesgo de incendio.

Finalmente se lavó las manos, con un frenesí obsesivo, sin poder evitar la impresión física de que su falta de limpieza era excesiva, con la suciedad de un inmundo paria leproso.

Durante los meses de otoño llegó a bordear la locura. Notaba la palpitación de la violencia en su pecho, su constante agujoneo. Sentía una insaciable necesidad de dormir, pero no podía aliviarla porque sus sueños se habían transformado en pesadillas, en las que el mal le roía. A pesar de su insensibilidad, parecía notar cómo aquel morbo lo devoraba lentamente. Y mientras se hallaba despierto se veía

enfrentado a un círculo vicioso, una paradoja irremediable. Sin el apoyo y el aliento del prójimo, no le parecía posible soportar la carga de su lucha contra el horror y la muerte. Y sin embargo aquel horror y aquella muerte explicaban, hacían comprensible, casi reivindicaban el rechazo que le negaba apoyo o aliento. Su lucha procedía de las mismas pasiones que causaban su expulsión de la sociedad. Detestaba pensar en lo que le sucedería si dejaba de luchar. Se odiaba por tener que librar una guerra sin horizontes de victoria, interminable. Pero no podía odiar a la gente que con su actitud hacía que su soledad moral fuera tan absoluta. Sólo compartían su propio temor.

Aquel dilema giraba vertiginosamente en su mente, y la única respuesta para mantenerse firme era el vitriolo: aferrarse a su amarga cólera como a un ancla de cordura. Necesitaba la ira para sobrevivir, para mantener su asidero en la vida. Había días en los que, de sol a sol, su rabia no se concedía ni un momento de reposo.

Pero con el tiempo incluso aquella cólera comenzó a remitir. Su misma condición de paria formaba parte de su ley, era un hecho irreductible, tan absolutamente real y obligatorio como la gravedad, la pestilencia y la insensibilidad. Si no lograba doblegarse para adaptarse al molde de sus hechos, no lograría sobrevivir.

Cuando miraba el paisaje del Farm, los árboles que delimitaban su propiedad a lo largo de la carretera parecían tan alejados que nada podría salvar la distancia.

La contradicción no tenía respuesta. Hacía que sus dedos se retorcieran sin remedio, y casi estaba en un tris de cortarse mientras se afeitaba. Sin cólera no podría luchar, pero todas sus iras rebotaban contra él. Pasó el otoño, y cada vez maldecía menos las imposibilidades que lo aprisionaban. Merodeaba por los bosques detrás de Haven Farm..., alto y delgado, con ojeras y una andadura mecánica, con dos dedos menos en su mano derecha. Cada senderillo obstaculizado por la maleza, cada afilado saliente rocoso o cuesta pronunciada le recordaban que sólo la precaución lo mantenía con vida, y que bastaba con descuidar su vigilancia para librarse definitivamente de sus problemas, sin dolor y sin que nadie le llorase.

Cuando tocaba la corteza de un árbol y no sentía nada, apenas notaba un poco más de tristeza. Veía con claridad el final que le aguardaba. Su corazón se volvería tan insensible como sus miembros, y entonces estaría perdido sin remedio. Sin embargo, cuando supo que alguien había pagado su factura de la electricidad, sintió que le acometía una súbita sensación de alerta, como si hubiera identificado a un enemigo.

El inesperado regalo le hizo abruptamente consciente de lo que ocurría. Los habitantes de la ciudad no sólo lo evitaban, sino que cortaban activamente cualquier excusa que pudiera tener para ir a la población.

Al principio, al comprender el peligro que corría, su reacción inmediata fue abrir una ventana y gritar al viento:

—¡Adelante! ¡No os necesito, por todos los diablos!

Pero el problema no era tan sencillo como para ser despachado con una rabieta. Pasó el invierno, llegó la primavera, y Covenant se convencía de que necesitaba alguna clase de acción. Era una persona, un ser humano como cualquier otro. Tenía un corazón propio que le mantenía vivo. No estaba dispuesto a quedarse quieto y aprobar que lo amputaran así de la sociedad.

Por ello, cuando llegó la siguiente factura del teléfono, reunió valor, se afeitó minuciosamente, se vistió con prendas de tejido grueso, se calzó con fuertes botas y emprendió el camino de tres kilómetros hasta la ciudad para pagar personalmente su cuenta.

Aquel paseo lo llevó hasta la puerta de la Compañía Telefónica Bell. La turbación se cernía sobre su cabeza como una nube húmeda y malsana. Permaneció algún tiempo ante la puerta con su letrero dorado, pensando

Éstas son las muertes apagadas...

sintiendo deseos de reír. Luego se sosegó, abrió la puerta como una ráfaga de vendaval, y se dirigió a la muchacha que estaba sentada tras el mostrador, como si le hubiera desafiado en singular combate.

Covenant puso las palmas sobre el mostrador, para afirmarlas. Por un instante su rostro adoptó una expresión feroz.

—Me llamo Thomas Covenant —dijo.

La muchacha vestía con elegancia y tenía los brazos cruzados bajo los senos, sosteniéndolos de manera que ofrecían su mejor perspectiva. Covenant se obligó a mirarla a la cara. La muchacha miraba inexpresiva hacia algún lugar más allá de él. Mientras Covenant la examinaba en busca de temblores o expresiones de repugnancia, ella lo miró un instante y le preguntó:

—¿Qué desea?

—Quiero pagar mi cuenta —respondió Covenant, pensando que la chica no sabía quién era, no había oído hablar de él.

—Desde luego, señor —replicó ella—. ¿Cuál es su número?

Covenant se lo dijo, y ella se dirigió lánguidamente a otra estancia para consultar su archivo.

La ansiedad durante la ausencia de la empleada hizo que el miedo golpeará en la garganta del leproso. Necesitaba algo que lo distrajera, que ocupara su atención. Abruptamente, se metió la mano en un bolsillo y buscó la hoja de papel que el niño le había dado. *Tiene que leerlo*. Alisó el papel sobre el mostrador y lo miró.

Unas líneas escritas con caligrafía anticuada decían:

Un hombre verdadero —verdadero en todos los sentidos que reconocemos como verdadero— se encuentra de súbito abstraído del mundo y depositado en una situación física cuya existencia es imposible: los sonidos tienen aroma, los olores

tienen color y profundidad, las visiones tienen textura, los contactos tienen entonación y timbre. Allí, una voz incorpórea le informa que ha sido trasladado a ese lugar como un defensor de su mundo. Debe luchar hasta la muerte en combate singular contra un defensor de otro mundo. Si es derrotado, morirá, y su mundo —el mundo real— será destruido porque carece de la fuerza interna para sobrevivir.

El hombre se niega a creer que lo que le dicen es cierto. Afirma que o bien está soñando, o bien sufre alucinaciones, y rechaza que le coloquen en la posición falsa de luchar a muerte donde no existe un peligro «real». Se muestra implacable en su determinación de no dar crédito a su aparente situación, y no se defiende cuando es atacado por el defensor del otro mundo.

Pregunta: ¿Es cobarde o valerosa la conducta del hombre? Ésta es la pregunta fundamental de la ética.

¡Ética! Covenant soltó un bufido. ¿Quién diablos inventaba aquellas cosas?

En aquel momento, la empleada regresó y se dirigió a Covenant con una expresión inquisitiva.

—¿Thomas Covenant? ¿De Haven Farm? Señor, se ha hecho un depósito en su cuenta que cubre los gastos de varios meses. ¿Nos envió usted recientemente un cheque por una suma considerable?

Covenant se tambaleó como si lo hubieran empujado, y se apoyó en el mostrador, escorándose a un lado como un galeón embarrancado. Inconscientemente estrujó el papel en su mano. Se sintió aturdido, y oyó vagamente el eco de unas palabras: Prácticamente todas las sociedades condenan, denuncian, arrojan fuera de sí... No puedes tener esperanzas.

Centró la atención en sus pies fríos y tobillos doloridos, mientras se esforzaba por mantener a raya la violencia. Con estudiada precaución, colocó la arrugada hoja de papel ante la muchacha.

—No es contagioso, ¿sabe? —dijo esforzándose por hablar en un tono familiar—. No se lo voy a pegar, no se preocupe... No es contagioso, excepto para los niños.

La empleada parpadeó como si estuviera perpleja por la vaguedad de sus pensamientos.

Covenant encorvó los hombros y ahogó la ira en su garganta. Dio media vuelta con toda la dignidad que pudo reunir y salió a la luz del sol, dejando que la puerta se cerrara de golpe, al tiempo que soltaba una maldición.

Lleno de rabia, miró la calle arriba y abajo. Desde el lugar en que se encontraba podía abarcar toda la amenazante longitud de la ciudad. En la dirección de Haven Farm, las pequeñas tiendas se sucedían como dientes engastados a cada lado de la calle. La intensa luz del sol le hacía sentirse vulnerable y solo. Echó un rápido vistazo a sus manos, en busca de rasguños o quemaduras, y luego, con pies insensibles e inseguros, echó a andar por la acera. Le parecía como si la desesperación

embadurnara el cemento y lo hiciera resbaladizo. Creyó mostrarse valiente al no echar a correr.

Poco después se encontró ante el palacio de justicia. El viejo mendigo seguía en la acera. No se había movido de allí. Todavía miraba fijamente al sol y musitaba algo sin sentido. El cartel adosado a su bastón, con la palabra «cuidado», era inútil, como una advertencia que llega demasiado tarde.

Cuando Covenant se aproximó, observó el aspecto de extrema pobreza de aquel hombre. Mendigos, fanáticos, santos y profetas del apocalipsis estaban de más en aquella calle y bajo aquel sol. Los ojos de mirada severa y despreciativa de las figuras de piedra que coronaban las columnas eran intolerantes con tales seres marginales. Y las escasas monedas que el viejo había recogido eran insuficientes incluso para una comida. Covenant sintió ante aquel hombre un extraño impulso de piedad. Casi en contra de su voluntad, se detuvo junto a él.

El mendigo no hizo gesto alguno y siguió contemplando el sol, pero su voz se alteró, y una sola palabra clara se distinguió entre su amorfo canturreo:

—Dame.

La orden parecía dirigida personalmente a Covenant. Miró el cuenco, como obedeciendo a un imperativo, pero la exigencia, la coacción, hizo que volviera a sentirse airado. *No te debo nada*, dijo para sus adentros. Antes de que pudiera alejarse el viejo habló de nuevo:

—Te he advertido.

Inesperadamente, aquella declaración le pareció a Covenant como un resumen intuitivo de todas sus experiencias durante el año pasado. Superando su cólera, tomó una decisión inmediata. Con el rostro contorsionado, trató de quitarse la alianza de matrimonio.

Nunca se había quitado su anillo de oro blanco. A pesar de su divorcio y del silencio de Joan, conservó el anillo en el dedo. Era en sí mismo un icono. Le recordaba dónde había estado y dónde se encontraba, las promesas hechas y rotas, la camaradería perdida, la impotencia, y sus últimos vestigios de humanidad. Ahora, se lo quitó de la mano izquierda y lo arrojó al cuenco.

—Eso vale más que unas monedas —dijo al viejo, y empezó a alejarse.

—Espera.

El mendigo pronunció la palabra con tal autoridad, que Covenant se detuvo de nuevo. Permaneció sosegado, economizando su ira, hasta que sintió la mano del hombre sobre su brazo. Entonces se volvió para enfrentarse a los ojos azul pálido, tan inexpresivos como si aún estuvieran estudiando el fuego secreto del sol. El anciano estaba lleno de energía.

Una inseguridad repentina, una sensación de proximidad a cosas que no comprendía, perturbaron a Covenant, pero se sobrepuso.

—No me toque. Soy un leproso.

La mirada inexpresiva parecía no verle, como si no existiera o los ojos fueran ciegos. Pero la voz del viejo era clara y firme.

—Estás condenado, hijo mío.

Humedeciéndose los labios con la lengua, Covenant respondió:

—No, anciano. Esto es normal..., los seres humanos son así. Insignificantes. — Como si citara una ley de la lepra, se dijo a sí mismo: la insignificancia es la característica que define la vida—. Así es la vida. Tengo menos quincalla enmascarando los hechos que la mayor parte de la gente. Eso es lo que me distingue.

—Tan joven... y ya tan amargado.

Hacía mucho tiempo que Covenant no percibía simpatía en un semejante, y al notarla ahora se afectó intensamente. Su cólera cedió, dejándole la garganta tensa.

—Vamos, anciano —le dijo—. Nosotros no hicimos el mundo. Todo lo que tenemos que hacer es vivir en él. Todos vamos en el mismo barco, de un modo u otro.

—¿No lo hicimos?

Pero sin esperar respuesta, el mendigo volvió a tararear su extraña canción. Siguió sujetando a Covenant y cantando, hasta que cometi6 un gallo. Entonces su voz adoptó una nueva cualidad, un tono agresivo que se aprovechó de la inesperada vulnerabilidad de Covenant.

—¿Por qué no te destruyes?

Covenant se sintió sometido a una presión que crecía en su pecho y le agobiaba el corazón. Los claros ojos azules parecían exponerlo a alguna clase de peligro. Se sintió dominado por la inquietud. Quiso alejarse del viejo rostro, hacer sus ejercicios de observación visual de extremidades, asegurarse de que estaba a salvo, pero no pudo. La mirada inexpresiva lo retenía. Finalmente, respondió:

—Eso es demasiado fácil.

El anciano no puso ninguna objeción a su respuesta, pero aun así creció la inquietud de Covenant. Bajo la coacción de la voluntad del viejo, se encontró ante el precipicio de su futuro y miró los peligros punzantes y prestos, las ásperas condenaciones que se multiplicaban abajo. Reconoció las diversas formas de muerte que acechan a los leprosos. Pero el panorama lo serenó. Era como una piedra de toque familiar en una situación fantástica, le hacía volver al terreno conocido. Descubrió que podía vencer su temor.

—Oiga —dijo al mendigo—. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Quiere comida? ¿Un lugar donde alojarse? Puede disponer de lo que tengo.

Como si Covenant hubiera pronunciado un importante santo y seña, la mirada del anciano dejó de reflejar peligro.

—Has hecho demasiado. Yo devuelvo esta clase de regalos a quien me los hace. Extendió el cuenco hacia Covenant.

—Toma el anillo. Sé sincero. No tienes que fallar.

Ahora había desaparecido el tono imperioso y, en su lugar, Covenant oía una suave súplica. Vaciló, preguntándose qué tenía que ver con él aquel anciano. Pero tenía que responder de alguna manera. Cogió el anillo y se lo colocó de nuevo en la mano izquierda.

—Todo el mundo falla —dijo—, pero yo voy a sobrevivir..., tanto como pueda.

El viejo se ablandó, como si acabara de colocar una carga de profecía o de mandatos sobre los hombros de Covenant. Ahora su voz era frágil.

—Eso es como puede ser —dijo enigmáticamente.

Sin pronunciar otra palabra, dio media vuelta y se alejó, apoyándose en su bastón, como un profeta agotado, exhausto por sus visiones internas. Su bastón producía un ruido curioso al golpear la acera, como si la madera fuera más dura que el cemento.

Covenant siguió con la mirada la túnica ocre agitada por la brisa y el cabello ondulante, hasta que el anciano dobló una esquina y desapareció. Entonces Covenant se dispuso a practicar sus ejercicios de observación de extremidades, pero sus ojos se detuvieron en la alianza matrimonial. El aro parecía colgarle del dedo, como si fuera demasiado grande para él. *Condenado*, pensó. *Han hecho un depósito*. Tenía que hacer algo, antes de que levantaran barricadas en la calle para impedirle el paso.

Durante un rato permaneció donde estaba y trató de pensar en un curso de acción. Miró distraídamente las columnas del palacio de justicia, rematadas por las cabezas de piedra. Tenían fríos ojos y una mueca de disgusto en los labios. El cincel les había dotado de una apariencia de actividad inminente, como si se dispusieran a hacer algo que había quedado incompleto para siempre. Aquellas figuras le dieron una idea. Las maldijo en silencio y emprendió de nuevo su camino. Había decidido ver a su abogado, exigir a la mujer que se ocupaba de sus contratos y sus asuntos económicos, que llevara a cabo algún tipo de recurso legal contra aquella sombría caridad que pretendía mantenerle alejado de la ciudad. Pensó que lograría la anulación de aquellos pagos. No era posible que pagaran sus deudas sin su consentimiento.

El bufete de la abogado se hallaba en un edificio situado en un cruce cercano, al otro lado de la calle. Covenant sólo tardó un minuto en llegar al cruce y el único semáforo de la ciudad. Sentía la necesidad de apresurarse, de llevar a cabo su decisión antes de que la desconfianza que le inspiraban los abogados y toda la maquinaria pública le convenciera de que su determinación era absurda. Tuvo que resistir la tentación de cruzar la calle con el semáforo en rojo.

La señal tardó en cambiar, pero al fin pasó al verde y Covenant empezó a cruzar la calzada.

Apenas había dado tres pasos cuando oyó una sirena. Un coche de policía, con sus luces rojas destellantes, apareció por una calle lateral y entró en la avenida principal. La velocidad de su giro le hizo patinar y desviarse, antes de dirigirse

directamente hacia Covenant. Éste se detuvo, como paralizado por la presa de un puño gigante. Quiso moverse, pero no pudo hacer nada más que quedarse allí, atrapado, mirando el morro del veloz vehículo. Por un instante oyó el chirrido frenético de los frenos. Luego cayó al suelo.

Mientras caía, tuvo la vaga sensación de que lo hacía demasiado pronto, de que todavía no lo habían atropellado. Pero no podía hacer nada. Estaba demasiado asustado, temeroso de que lo aplastaran. ¡Morir de aquella manera, después de tantos cuidados como se había prodigado! Entonces tuvo conciencia de una inmensa negrura tras la luz del sol, los brillantes escaparates de las tiendas y el chirrido de los neumáticos. La luz y el asfalto contra su cabeza parecían pinturas sobre un fondo negro. Y ahora el fondo avanzaba, llegaba hasta él y lo engullía. La negrura irradiaba a través de la luz del sol, como una fría proyección nocturna en pleno día.

Pensó que estaba sufriendo una pesadilla. Oyó, absurdamente, las palabras del mendigo: *Sé sincero. No debes fallar.*

La oscuridad lo envolvía, tragándose la luz diurna, y Covenant sólo estaba seguro de que podía ver un único rayo de luz roja procedente del coche policial, una roja descarga ardiente, clara y mortal, que le traspasaba la frente como una lanza.

III

INVITACIÓN A TRAICIONAR



ovenant permaneció sumido en la oscuridad durante un tiempo que sólo podía medir por los latidos de su corazón. La penetrante luz roja era el único punto fijo en un universo que parecía hervir a su alrededor. Tuvo la sensación de que podría ser testigo de una fantástica traslación de cielo y tierra si supiera dónde mirar, pero la negrura y el ardiente rayo rojo sobre su frente le impidieron volverse, y tuvo que prescindir de la visión de aquellas corrientes que pasaban arremolinándose en torno a él.

Bajo la presión de la intensa luz, podía notar claramente cada latido de sus sienas, como si la mente, y no el corazón, acompasara su vida. Los latidos eran lentos, con una lentitud desproporcionada al temor que sentía. No podía concebir lo que le estaba sucediendo, pero cada latido le estremecía, como si la misma estructura de su cerebro fuera asaltada.

La sangrienta lanza de luz osciló abruptamente y se dividió en dos. Covenant avanzó hacia la luz, o fue ésta la que se aproximó a él. Los dos puntos llameantes eran ojos.

Al momento siguiente, oyó una risa, aguda, alegre, llena de triunfo y desprecio. A la risa siguió el graznido de una voz, como un gallo malévolos que anuncia el alba del infierno, y aquel sonido hizo temblar a Covenant.

—¡Ya está hecho! —graznó la voz—. ¡Yo! ¡Mío! —La aguda risa engulló el eco de estas palabras.

Covenant estaba ahora lo bastante cerca para ver los ojos con claridad. Carecían de blancos y pupilas; unas bolas rojas llenaban las cuencas, y la luz bullía en ellos como lava. Su calor estaba tan próximo que Covenant sintió que le ardía la frente.

Entonces los ojos fulguraron, y el aire pareció arder. Las llamas se extendieron, rodeando a Covenant de un misterioso resplandor.

Se encontró en una profunda caverna, cuyas paredes retenían la luz, de modo que el lugar seguía brillando tras aquel único fulgor de los ojos. Las rocas eran suaves, pero presentaban centenares de facetas irregulares, como si la caverna hubiera sido tallada con un cuchillo errático. En las paredes se abrían entradas, alrededor de la circunferencia de la cueva. En el techo, muy alto, se acumulaban estalactitas, pero el suelo era llano y gastado, como si pasaran por él innumerables pies. La luz se reflejaba en las estalactitas, envolviéndolas en un resplandor rojizo.

Flotaba en aquel lugar un hedor fétido, acre, con un ramalazo dulzón y enfermizo,

como de azufre quemando superpuesto al hedor de carne en putrefacción. El olor, y la visión del ser al que pertenecían aquellos ojos, hicieron sentir náuseas a Covenant.

Encogida en un estrado bajo, cerca del centro de la cueva, había una criatura de largos y flacos miembros, las manos tan grandes y pesadas como palas, torso estrecho y encorvado y la cabeza como un ariete. En su postura encogida las rodillas casi le llegaban a las orejas. Se apoyaba con una mano en la roca que tenía delante, y con la otra aferraba un largo bastón de madera con la punta revestida de metal y profusamente grabado de un extremo a otro. La risa danzaba en su boca grisácea, y sus ojos rojos parecían bullir como magma.

—¡Ja, ja! ¡Ya está hecho! —gritó de nuevo—. Le llamé, con mi fuerza. ¡Mátalos a todos! —Mientras vociferaba no dejaba de babear, como si la boca se le hiciera literalmente agua ante un inminente festín—. ¡El Amo Babeante! ¡Yo!

La criatura se incorporó de un salto, y empezó a hacer cabriolas, llena de orgullo. Se acercó a su víctima, y Covenant retrocedió, presa de una repugnancia que no podía dominar.

Sosteniendo el bastón cerca del centro con ambas manos la criatura gritó:

—¡Te mataré! ¡Tomaré tu fuerza! ¡Aplástalos a todos! ¡Sé el Amo Babeante!

Alzó el bastón como si fuera a golpear a Covenant.

Entonces se oyó otra voz en la caverna, profunda y resonante, lo bastante potente para llenar toda la caverna y, a la vez, abismal.

—¡Atrás, Lombrizdetierra! —ordenó—. Esta presa es demasiado grande para ti. La reclamo.

La criatura alzó el rostro hacia el techo y gritó:

—¡Mío! ¡Mi Bastón! Lo viste. Le llamé. ¡Lo viste!

Covenant siguió la dirección de los ojos rojos hacia arriba, pero no pudo ver nada, excepto el vertiginoso claroscuro de las pétreas púas arracimadas.

—Tuviste ayuda —dijo la voz profunda—. El Bastón era demasiado difícil para ti. Lo habrías destruido, llevado por tu irritación, si yo no te hubiera enseñado alguno de sus usos. Y mi ayuda tiene su precio. Haz cualquier otra cosa que desees. Reclamo este precio. Me pertenece.

La cólera de la criatura remitió, como si de repente le hubieran recordado alguna ventaja secreta.

—Mi Bastón —musitó oscuramente—. Lo tengo. No estás a salvo.

—¿Me amenazas? —La voz profunda se encrespó, y los peligros que parecía conjurar afloraron más a la superficie—. ¡Vigila y guárdate, Lombrizderoca Babeante! La condenación se intensifica en ti. ¡Cuidado! ¡He comenzado!

Se oyó un ruido bajo, crujiente, como de grandes dientes rozándose entre sí, y una neblina helada se interpuso entre Covenant y el Babeante, fue haciéndose compacta, giró y se espesó hasta que Covenant dejó de ver a la criatura. Al principio, la neblina

brillaba con la luz de las piedras ardientes, pero a medida que giraba el rojo fue desapareciendo y lo sustituyó el gris apagado y corriente de las nieblas. El horrible hedor se transformó en un olor dulzón, como de esencia de rosas, el olor de los funerales. A pesar de que la niebla le impedía ver, Covenant sintió que ya no se hallaba en la caverna del Babeante.

El cambio no supuso ningún alivio para él. El temor y el asombro se apoderaron de él, como si se estuviera hundiendo en una pesadilla. La voz incorpórea lo había consternado. Mientras la niebla se deslizaba a su alrededor, las piernas le flaquearon, se doblaron, y cayó de rodillas.

—Haces bien en rezarme —dijo la voz. Covenant percibió en ella un carácter mortífero que lo conmocionó, como si se viera enfrentado a un horrible asesino—. No hay otras esperanzas o ayudas para un hombre que se encuentra en medio del tormento de tu destino. Mi Enemigo no te ayudará. Él fue quien te eligió para esta condenación. Y cuando ha elegido, no da, sino que toma. —Un tono de desprecio atravesó la voz como una corriente eléctrica, galvanizando los nervios de Covenant—. Sí, rezarme te haría mucho bien. Podría aligerarte de tu carga. Si quieres salud o fuerza, sólo yo puedo dártelas, pues he comenzado mi ataque contra esta era, y el futuro es mío. No volveré a fracasar.

La mente de Covenant seguía conmocionada por el horror que percibía en aquella voz, pero el ofrecimiento de salud se abrió paso en su conciencia, y el corazón le dio un brinco. Notó claramente el latido en su pecho, sintió que su corazón se esforzaba por superar la carga de su miedo. Pero todavía estaba demasiado conmocionado para poder hablar.

La voz resonó de nuevo:

—Kevin fue un estúpido... caduco, fantasioso, sin redaños. Todos son estúpidos. Mírate, rastrero. El poderoso Amo Superior Kevin, hijo de Loric y biznieto de Berek, Amo Fundador a quien odio, estuvo en el mismo lugar en que tú ahora te arrodillas, y pensó en destruirme. Descubrió mis designios, reconoció en cierto modo mi verdadera estatura, aunque el viejo chocho me tuvo a su lado derecho en el Consejo durante largos años, sin percibir el peligro que corría, y al final vio quién era yo. Entonces hubo una guerra entre nosotros, guerra que devastó el occidente y amenazó su propia magnífica Defensa. El puño devastador fue el mío, y él lo sabía. Cuando sus ejércitos fracasaron y su poder se desvaneció, se abandonó a la desesperación, y así fue mío. Creyó que todavía podría destruirme y, así, se enfrentó a mí en la caverna de donde te he rescatado... Kiril Threndor, Corazón del Trueno.

»Lombrizderoca Babeante desconoce la negrura de la roca en la que se encuentra. Y eso no es lo único que ignora... Pero de mis más profundos planes no digo nada. Me sirve bien a su manera, aunque él no tiene intención de servirme. De la misma manera, tú y esos Amos apocados me serviréis, tanto si queréis como si no. Dejemos

que avancen a tientas, a través de sus misterios superficiales durante algún tiempo, temiendo apenas que estoy vivo. No han dominado la séptima parte de la muerta ciencia de Kevin, y, sin embargo, en su orgullo se atreven a llamarse Amigos de la tierra, servidores de la Paz. Son demasiado ciegos para percibir su propia arrogancia. Pero yo les enseñaré a ver.

»La verdad es que ya es demasiado tarde para ellos. Irán a Kiril Threndor, y yo les enseñaré cosas que oscurecerán sus almas. Es lo correcto. Allí Kevin, en su desesperación, se atrevió a enfrentarse a mí. Y yo acepté. ¡El muy estúpido! Apenas pude pronunciar las palabras a causa de la risa. Él creyó que tales accesos podrían desligarme.

»Pero la Fuerza que me sostiene permanece desde la creación del tiempo. Así pues, cuando Kevin me hizo frente para desatar las fuerzas que devastarían el Reino y convertirían en polvo todas sus malditas creaciones, acepté el reto. Sí, y reí hasta que vi la duda en su rostro, antes del fin. Aquel loco llevó la era de los Antiguos Amos a su ruina, pero yo permanezco. ¡Yo! Permanecemos juntos en Kiril Threndor, el ciego Kevin y yo. Juntos pronunciamos el Ritual de la Profanación. ¡Ah, el muy estúpido! Ya era mi esclavo y no lo sabía. Orgullosos de su Ciencia, no sabía que la misma Ley a la que él servía me preservaba en aquel cataclismo, aunque todos, salvo unos pocos de sus hombres y sus obras, eran golpeados hasta la muerte.

»Cierto que me vi reducido durante un tiempo. He pasado mil años royendo mis deseos, como un perro apaleado. El precio de eso aún tiene que ser pagado... Por esa y otras cosas cobraré lo que me deben. Pero no fui destruido. Y cuando el Babeante encontró el Bastón y lo reconoció, y no pudo usarlo, aproveché de nuevo mi oportunidad. Poseeré el futuro de esta vida, para destruirlo o conservarlo, como desee. Así pues, rézame, rastrero. Rechaza la condenación que mi Enemigo ha creado para ti. No tendrás muchas ocasiones de arrepentirte.

La niebla y el aire cargado de esencia de rosas parecía debilitar a Covenant, como si le absorbieran la fuerza de su sangre. Pero el corazón le latía, y se aferró a ello para defenderse del miedo. Se rodeó el pecho con los brazos y se agachó, tratando de protegerse del frío.

—¿Qué condenación? —se obligó a preguntar. Su voz parecía lastimera y perdida en la niebla.

—Él pretende que seas mi enemigo final. Te ha elegido... a ti, rastrero, con un poder tal en tus manos como ningún otro mortal ha tenido antes... Te ha elegido para destruirme. Pero descubriré que a mí no se me domina tan fácilmente. Tú tienes poder..., una magia impetuosa que preserva tu vida en este momento..., pero jamás sabrás qué es. Al final no podrás luchar contra mí. No, eres la víctima de sus esperanzas, y no puedo liberarte por medio de la muerte... Todavía no. Pero podemos volver esa fuerza contra él, y eliminarle totalmente de la Tierra.

Covenant alzó penosamente el rostro.

—¿Salud? Te has referido a la salud.

—A cualquier clase de salud que necesites, rastrero. Sólo tienes que rezarme, mientras aún conservo la paciencia.

Pero el tono despectivo de la voz caló demasiado hondo, y la violencia de Covenant se encrespó en su interior. Empezó a luchar. «No», pensó al tiempo que se erguía con dificultad, «no soy ningún rastrero».

—¿Quién eres? —preguntó con los dientes apretados para detener su temblor.

Como si percibiera su error, la voz se suavizó.

—He tenido muchos nombres —dijo—. Para los Amos de Piedra Deleitosa, soy el Amo Execrable, el Despreciativo. Para los gigantes de la Línea del mar, soy Corazón de Satán y Rompealmas. Los Hombres Ra me llaman Barón del Colmillo, y en los sueños de la Escolta de Sangre soy Corrupción. Pero el pueblo del Reino me llama el Asesino Gris.

—Olvídalo —dijo Covenant con voz clara.

—¡Estúpido! —tronó la voz, y su fuerza oprimió a Covenant contra la roca. Con la frente sobre la piedra, permaneció tendido y esperó aterrado que la cólera de la voz le aniquilara—. Ni emprendo ni me abstengo de emprender una acción ante tu mandato. Y no olvidaré esto. Veo que tu orgullo se siente ofendido por mi desprecio. ¡Rastrero! Yo te enseñaré el verdadero significado del desprecio antes de que esté acabado. Pero no ahora. Eso no entra en mis planes. Pronto seré lo bastante fuerte para luchar contra tu magia desbordante, y entonces aprenderás a tu costa que mi desprecio es ilimitado y mis deseos son insondables.

»Pero ya he perdido suficiente tiempo. Pasemos ahora a lo que deseo. Escúchame bien, rastrero. Tengo una tarea para ti. Llevarás un mensaje de mi parte a Piedra Deleitosa, al Consejo de los Amos.

»Dirás al Consejo de los Amos, y al Amo Superior Prothall, hijo de Dwillian, que el límite máximo de sus días en el Reino es siete veces siete años a partir del tiempo presente. Antes de que llegue el fin de esos días, tendré en mi mano el dominio de la vida y la muerte. Y como señal de que lo que digo es la única verdad, diles esto: Lombrizderoca Babeante, ente de la cueva de Monte Trueno, ha encontrado el Bastón de la Ley, que fue perdido hace diez veces cien años por Kevin en el Ritual de la Profanación. Diles que la tarea señalada a su generación es recuperar el Bastón. Sin él, no serán capaces de resistirme durante siete años, y mi victoria absoluta llegará seis veces siete años antes de lo que llegaría en otro caso.

»En cuanto a ti, rastrero, haz sin falta lo que te ordeno. Si no transmites el mensaje al Consejo, todo humano del Reino habrá muerto antes de que transcurran las estaciones. Tú no lo comprendes, pero te digo que Lombrizdetierra Babeante tiene el Bastón, y ello es motivo de terror. Si no les llega el mensaje, el Babeante será

entronizado en las Defensas del Amo dentro de dos años. Ya los Entes de la Cueva acuden a su llamada, lobos y ur-viles de los Demondim responden a la fuerza del bastón. Pero la guerra no es el peor de los peligros. El Babeante ahonda todavía más en las oscuras raíces del Monte Trueno... Gravin Threndor, Cumbre de los Leones de Fuego. Y hay ponzoñas enterradas en las profundidades de la Tierra, demasiado potentes y terribles para que cualquier mortal pueda controlarlas, y esas ponzoñas convertirían el universo en un infierno eterno. Semejante veneno es el que busca el Babeante. Busca la piedra de la Mala Tierra. Si se convierte en su dueño, habrá aflicción para inferiores y superiores por igual, hasta el fin de los tiempos.

»No dejes de transmitir mi mensaje, rastrero. Ya has visto al Babeante. ¿Te gustaría morir a sus manos?

La voz se interrumpió y Covenant apoyó la cabeza en sus brazos, tratando de silenciar el eco de las amenazas del Execrable. Pensó que estaba soñando. ¡Era un sueño! Pero la oscuridad de la niebla hizo que se sintiera atrapado, encapsulado en la locura. La intensidad de su deseo de huida y calor le hizo estremecer.

—¡Vete! ¡Déjame en paz!

—Una palabra más —dijo el Execrable—. Una advertencia final. No olvides a quién has de temer al final. He tenido que contentarme con matar y torturar. Pero ahora mis planes están trazados, y les he dado comienzo. No descansaré hasta haber erradicado la esperanza de la Tierra. ¡Piensa en ello y acongójate!

El eco de la última palabra se prolongó en el aire, mientras crecía a su alrededor el ruido crujiente de grandes piedras que aplastaban a otras rocas más pequeñas. El ruido se precipitó hacia Covenant, pasó sobre él y se alejó, dejándole de rodillas, con la cabeza entre los brazos, lleno de confusión y pánico. Permaneció rígido hasta que el crujiente sonido se desvaneció, y el nuevo silencio fue llenándose con el suave susurro de una brisa. Covenant abrió los ojos, temeroso, y vio la luz del sol sobre la roca, ante su rostro.

IV

LA ATALAYA DE KEVIN



e tendió en el suelo y permaneció inmóvil largo tiempo, agradeciendo el calor del sol en sus huesos helados por la niebla. El viento silbaba una apacible monodia a su alrededor, pero no le tocaba. Y poco después de que hubiera finalizado el trastorno creado por el paso del Execrable, oyó los trinos de los pájaros lejanos. Siguió inmóvil y respiró hondo, aportando nueva fuerza a sus miembros, agradecido por el sol y el fin de la pesadilla.

Pero al fin recordó que había varias personas cerca de él cuando ocurrió su accidente en la calle. Guardaban un extraño silencio. La ciudad misma parecía acallada. El coche de policía debía haberlo lesionado peor de lo que podía percibir. La inquietud del leproso le convulsionó las manos y las rodillas.

Estaba sobre una suave losa de piedra, que era más o menos circular, de unos tres metros de diámetro, rodeada por un muro de un metro de altura. Encima se extendía un cielo azul e impoluto, que formaba una cúpula de un borde a otro del muro, como si la losa, de alguna manera inconcebible, flotara en el firmamento.

No era posible. El aliento pareció mudársele en arena en su garganta. ¿Dónde estaba?

—¡Salve! —exclamó una voz jadeante, que no pudo localizar. Parecía lejana y vaga, como una alucinación—. ¡Salve!

Su corazón se aceleró. ¿Qué era aquello?

—¡Atalaya de Kevin! ¿Está en apuros?

¿Qué diablos era aquello?

De repente oyó un ruido como de alguien que trepara, a sus espaldas. Sus músculos se pusieron en tensión. Se acercó a la pared y miró a su alrededor.

Frente a él, al otro lado del vacío que se abría más allá de la pared, se alzaba una montaña. Se iniciaba en unos riscos situados al mismo nivel que la atalaya donde se encontraba Covenant, hasta formar un alto pico nevado, cuyas laderas hendidas llenaban casi la mitad de los horizontes que se veían desde la plataforma. Covenant tuvo una primera impresión de proximidad, pero en seguida se dio cuenta de que la montaña se alzaba al menos a tiro de piedra de distancia.

En el muro que rodeaba la losa había una abertura que daba directamente a la montaña. El ruido de algo que trepaba parecía proceder de aquella abertura.

Covenant quiso cruzar la losa y buscar el origen del ruido, pero el corazón le palpitaba con demasiada fuerza y no podía moverse. Temía lo que pudiera ver.

El ruido se aproximó. Antes de que Covenant pudiera reaccionar, una muchacha introdujo la cabeza y los hombros por la abertura, apoyando los brazos en la piedra. Cuando vio al hombre se detuvo y le devolvió la mirada.

Su larga cabellera de color castaño con guedejas de miel clara esparcidas flotaba en torno a ella a impulsos de la brisa. Tenía la piel muy morena, y la tela azul oscuro de su vestido presentaba un dibujo de hojas blancas entretejido en los hombros. Jadeaba y tenía el rostro encendido, como si hubiera coronado una larga ascensión, pero sostuvo la mirada de Covenant con sincera sorpresa e interés.

No parecía tener más de dieciséis años.

La franqueza de su escrutinio no hizo más que aumentar la zozobra de Covenant, el cual miró a la muchacha como si fuera una aparición.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó jadeando, tras un momento de vacilación. Entonces sus palabras empezaron a brotar apresuradas, con excitación—: No sabía si venir directamente o buscar ayuda. Vi desde las colinas una nube gris sobre la Atalaya de Kevin, y parecía que se libraba un combate en su interior. Le vi a usted de pie, y luego le vi caer. No sabía qué hacer. Entonces pensé que es mejor una pequeña ayuda a tiempo que una gran ayuda demasiado tarde. Por eso vine. —Se interrumpió y le preguntó de nuevo—: ¿Se encuentra bien?

¿Bien? ¡Le habían atropellado!

Sus manos sólo tenían rasguños y morados, como si las hubiera usado para amortiguar la caída. Sentía el débil dolor de un golpe en la cabeza. Pero sus ropas estaban intactas, sin ninguna señal de que hubiera sido alcanzado por un coche y arrastrado sobre la calzada.

Se oprimió el pecho con sus dedos insensibles, se punzó el vientre y las piernas, pero ningún dolor respondió a este sondeo. Parecía esencialmente ileso.

Sin embargo, el coche debía haberlo golpeado en alguna parte.

¿Bien? Contempló a la muchacha como si la palabra careciera de sentido.

Al ver que no le respondía, ella reunió su valor y trepó por la abertura hasta llegar junto a él, contra el fondo de la montaña. Covenant vio que llevaba una especie de larga túnica azul oscuro, con un cordón blanco anudado a la cintura. Calzaba sandalias atadas alrededor de los tobillos. Era delgada y tenía una figura delicada, y en sus bonitos ojos, abiertos de par en par, se reflejaba aprensión, incertidumbre y ansiedad. Dio dos pasos hacia Covenant, como si éste estuviera en peligro, y entonces se arrodilló para observar más de cerca a aquel hombre lleno de pasmo e incompreensión.

¿Qué significaba aquello, por todos los diablos del infierno?

La muchacha se dirigió a él solícita y respetuosamente.

—¿Cómo puedo ayudarle? Es usted un extraño en el Reino... puedo verlo. Ha luchado con una nube mala. Pídame lo que quiera. —El silencio de Covenant pareció

intimidarla y bajó la mirada—. ¿No quiere hablar?

Covenant seguía preguntándose frenéticamente qué le estaba sucediendo.

Entonces la muchacha dio un grito sofocado y señaló con reverente temor la mano derecha de Covenant.

—¡Mediamano! ¿Es posible que revivan las leyendas? —La sorpresa encendió su rostro—. ¡Berek Mediamano! —exclamó con voz entrecortada—. ¿Es cierto?

¿Berek? Al principio, Covenant no pudo recordar dónde había oído antes aquel nombre, pero en seguida se hizo la luz en él. ¡Berek! Presa de pánico, se dio cuenta de que la pesadilla no había terminado, de que aquella muchacha y el Amo Execrable, el Despreciativo, formaban ambos parte de la misma experiencia.

Vio de nuevo la oscuridad agazapada tras el brillante cielo azul. Se alzaba por encima de él, batía hacia su cabeza como alas de buitre.

¿Dónde...?

Torpemente, como si el temor congelara a medias sus articulaciones, se puso en pie.

Al instante, surgió ante su vista un inmenso panorama que se extendía debajo, como un choque que le inundó a la vez de alegría y horror. Se hallaba en una plataforma de piedra, a mil metros o más de altura sobre el suelo. Los pájaros se deslizaban volando bajo aquella atalaya. El aire era limpio y claro como el cristal, y a su través la gran extensión del paisaje parecía inconmensurable. Los ojos le dolían al tratar de abarcarlo en su totalidad. Las colinas se extendían directamente bajo sus pies, las llanuras se desplegaban hacia los horizontes a ambos lados. A su izquierda, la luz del sol arrancaba destellos de plata a las aguas de un río, más allá de las colinas. Todo era luminoso, primaveral, como si acabara de nacer con el rocío de la mañana.

¡Era imposible!

Al constatar la altura a que se hallaba, se tambaleó. Las oscuras alas de buitre batieron en su cabeza. El vértigo se apoderó de él, haciendo que el suelo girase vertiginosamente ante sus ojos.

No sabía dónde estaba. Jamás había visto algo semejante. ¿Cómo había llegado hasta allí? Había sido atropellado por un coche de policía, y el Execrable le había llevado allí... ¿Así había sucedido? ¿Le había llevado allí? ¿Ileso?

Lleno de terror, retrocedió hacia la muchacha y la montaña. Tres pasos bastaron para llevarle a la brecha en el parapeto. Allí vio que estaba en la punta de un delgado espigón de piedra, que tenía por lo menos ciento cincuenta metros de largo, y apuntaba oblicuamente hacia arriba desde la base del risco, como un dedo rígido señalando al cielo. En la superficie superior de aquella pétreo vara había unos escalones tallados, pero tan empinados que parecían una escala.

Dominado por el vértigo, Covenant pensó vagamente que tenía que salir de allí.

No era posible que le sucediera nada de aquello.

Entonces toda la locura de la situación se apoderó de él, lo apresó como las garras de un cóndor. Dio un traspiés, y las fauces del abismo se abrieron bajo él, y un grito silencioso se formó en su garganta. Cuando ya caía hacia adelante, la muchacha lo cogió de un brazo y tiró de él. El impulso hizo caer a Covenant junto al parapeto de piedra. Se quedó allí sentado. Apoyó el dorso en las rodillas y se cubrió la cabeza.

¡Me he vuelto loco!, musitó atropelladamente.

La oscuridad se retorció como una náusea dentro de su cráneo. Visiones de locura ardían en su paisaje mental.

¿Cómo estaba allí? ¡Era imposible! Había cruzado la calle, se dijo, insistiendo desesperadamente en aquel hecho. El semáforo estaba en verde. ¿Dónde? Había sido atropellado por un coche patrulla. ¡Imposible! El coche se había dirigido directamente a él, y le había atropellado. ¡Pero estaba ileso! Loco. Se estaba volviendo loco, loco, loco. ¿No tenía ninguna herida? Era una pesadilla. Nada de aquello podía estar sucediendo, sucediendo, sucediendo.

En medio de su vertiginoso frenesí mental, sintió que otra mano lo aferraba. Le cogió con firmeza y apremio, como un ancla.

¡Pesadilla! Estaba soñando. ¡Soñando!

Aquella idea destelló en medio de su pánico, como una revelación. ¡Soñando! Claro que estaba soñando. Se afanó por reunir las piezas, como si hiciera juegos malabares. Había sido atropellado por un coche policial, que lo había derribado al suelo, dejándolo inconsciente. Sufría una conmoción cerebral y podría estar sin conocimiento durante horas o días. Y mientras permanecía inconsciente, tenía aquel sueño.

Aquella era la respuesta. Se aferró a ella como si fuera el asimiento de la muchacha en su mano extendida. Lo afirmaba contra el vértigo, reducía su temor. Pero no bastaba. La oscuridad todavía lo acosaba, como si fuera la carroña que el Execrable había dejado atrás.

¿Cómo? ¿De dónde se saca esa clase de sueños? No podía pensar más en ello, o se volvería loco. Huyó de aquella situación como si ya hubiera comenzado a roerle los huesos.

No pienses en ello. No intentes comprender. La locura... la locura es el único peligro. ¡Sobrevive! Sigue adelante. Haz algo. No mires atrás.

Se obligó a abrir los ojos, y al centrar la mirada en la luz, la oscuridad retrocedió, quedó en el fondo y se acercó lentamente para cernerse por detrás de él, como si estuviera esperando que se volviera y se enfrentase a ella, presa acosada por la negrura.

La muchacha estaba arrodillada a su lado. Tenía su mano mutilada entre las suyas, y su mirada reflejaba una preocupación que la tenía al borde de las lágrimas.

—Berek —musitó en tono lastimero cuando él sostuvo su mirada—. Oh, Berek. Dime qué te abrume. No sé qué hacer.

Ella ya había hecho bastante. Le había ayudado a dominarse, refrenado el impulso de hacerle las peligrosas preguntas a las que él no podía responder. Pero sus dedos estaban insensibles, y en algunos puntos de la mano no podía sentir el apretón de la muchacha. Extendió las piernas e irguió el tronco, apoyando la espalda en el parapeto, sintiendo que el esfuerzo le debilitaba.

—Soy un leproso —dijo con voz débil—. No me toques.

Vacilante, ella aflojó la presión de su mano, como si no estuviera segura de lo que significaban las palabras de Covenant, ni de que éste supiera qué decía.

Con un esfuerzo que pareció aspereza debido a su debilidad, él retiró su mano.

Decepcionada, la muchacha se mordió el labio inferior. Como si temiera haberle ofendido, retrocedió y se sentó apoyándose en el parapeto, frente a él.

Pero Covenant podía ver el extraordinario interés que la muchacha sentía hacia él. No pudo permanecer mucho tiempo en silencio. Al cabo de un momento le preguntó con suavidad:

—¿No está bien que te toque? No tenía intención de hacerte daño. Eres Berek Mediamano, el Padre Fundador. Un mal que no puedo ver te abrume. ¿Cómo podría soportar verte sometido a semejante tormento?

—Soy un leproso —repitió él, procurando conservar sus fuerzas. Pero por la expresión de la muchacha vio que la palabra no significaba nada para ella—. Estoy enfermo... Tengo una enfermedad. Tú desconoces el peligro.

—Si te toco, ¿me volveré... «enferma»?

—¿Quién sabe? —Entonces, como apenas podía creer en lo que veía y oía, la preguntó—: ¿No sabes qué es la lepra?

—No —respondió ella en el mismo tono de sorpresa que antes—. No. —Meneó la cabeza y sus cabellos ondearon levemente sobre su rostro—. Pero no tengo miedo.

—¡Pues debes tenerlo! —dijo él con voz bronca. La ignorancia o la inocencia de la muchacha le hicieron ser vehemente. Tras sus palabras oyó el batir de unas alas, como de violencia—. Es una enfermedad que te roe. Te roe hasta que los dedos, las manos, los pies, los brazos y piernas se pudren y caen. Te vuelve ciego y feo.

—¿Puede curarse? Quizá los Amos...

—No tiene cura.

Quería continuar, escupir algunas de las amarguras que el Execrable había dejado en él, pero estaba demasiado exhausto para alimentar cólera. Necesitaba descansar y pensar, explorar las implicaciones de su dilema.

—¿Cómo puedo entonces ayudarte? No sé qué hacer. Tú eres Berek Media...

—No lo soy. —Suspiró. La muchacha se sobresaltó, sorprendida, y él repitió—: No lo soy.

—¿Quién eres entonces? Tienes la señal de la mano, pues las leyendas dicen que Berek Amigo de la Tierra puede regresar. ¿Eres un Amo?

Con gesto cansado, él rechazó su pregunta. Necesitaba pensar. Pero cuando cerró los ojos y apoyó de nuevo la cabeza en el parapeto, sintió que el temor le inundaba. Tenía que moverse, ir adelante..., huir por el camino del sueño.

Volvió a centrar la mirada en el rostro de la muchacha. Por primera vez reparó en que era hermosa. Hasta su respeto, la actitud con que esperaba las palabras de Covenant, resultaba encantador. Y no temía a los leprosos.

—Soy Thomas Covenant —dijo él tras un último instante de vacilación.

—¿Thomas Covenant? —El nombre no era nada atractivo en sus labios—. Es un nombre raro... un extraño nombre que armoniza con la rareza de tu atavío. Thomas Covenant.

Inclinó la cabeza haciendo una pequeña reverencia.

Covenant pensó en que la extrañeza era mutua. Aún no tenía idea de lo que le aguardaba en aquel sueño. Tendría que descubrir dónde se encontraba. Respondió a la reverencia de la muchacha y le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Lena —replicó ella en tono formal—, hija de Atiaran. Mi padre es Trel, gravanólico del *rhadhamaerl*. Vivimos en la pedraria Mithil. ¿Has estado en nuestra pedraria?

—No. —Sintió la tentación de preguntarle qué era una *pedraria*, pero tenía una pregunta más importante que hacerle—. ¿Dónde...? —La palabra se resistió a salir, como si fuera una peligrosa concesión a la oscuridad—. ¿Dónde estamos?

—Estamos en la Atalaya de Kevin. —Poniéndose en pie, extendió los brazos señalando la tierra y el cielo—. Mira.

Covenant apretó los dientes, se volvió y se puso de rodillas, apoyándose en el parapeto. Con el pecho contra el borde, se obligó a mirar.

—Éste es el Reino —dijo alegremente Lena, como si la tierra que se extendía abajo tuviera el poder de hacerle vibrar—. Se extiende mucho más allá de lo que puedes ver, al norte, oeste y este, aunque las antiguas canciones dicen que el Amo Superior Kevin estuvo aquí y vio la totalidad del Reino y de sus pueblos. Por eso este lugar se llama la Atalaya de Kevin. ¿Es posible que no sepas todo esto?

A pesar de la frescura de la brisa, Covenant sudaba. El vértigo oprimía sus sienes, y sólo el duro borde de la piedra contra su pecho le permitía dominarse.

—Yo no sé nada —gruñó sin apartar la mirada del abismo.

Lena le miró inquieta, y al cabo de un momento se volvió de nuevo hacia el Reino. Señalando con su delgado brazo al noroeste, dijo:

—Allí está el río Mithil, Nuestra pedraria está junto a él pero queda oculta tras esa montaña. El río procede de la Cordillera Meridional, que está detrás de nosotros,

y se une al río Negro. Ése es el límite norte de las Llanuras Meridionales, donde la tierra no es generosa y vive poca gente. En las Llanuras Meridionales sólo hay cinco pedrarias. Pero en esa línea de colinas en dirección norte viven algunos fustarianos.

»Al este de las colinas están las Llanuras de Ra. —La voz de la muchacha fue animándose a medida que hablaba—. Es el hogar de los caballos salvajes y libres, los ranyhyn, y sus servidores, los hombres Ra. Galopan en una extensión de cincuenta leguas de un lado a otro de las llanuras, y no sirven a nadie que ellos no elijan.

»Ah, Thomas Covenant —suspiró la muchacha—. Sueño con ver esos caballos. La mayor parte de mi pueblo vive demasiado satisfecha... No viajan, y no han visto nada aparte de algún fustariano. Pero quiero recorrer las Llanuras de Ra, y ver esos caballos galopar.

Lena hizo una larga pausa y reanudó su explicación:

—Esas montañas pertenecen a la Cordillera Meridional. Detrás de ellas están los Yermos y el Desierto Gris. Allí no existe vida, ni paso alguno. Todo el Reino se encuentra al norte, oeste y este de nosotros. Y nos encontramos en la Atalaya de Kevin, donde estuvo el más alto de los Antiguos Amos durante la última batalla, antes de que llegara la Desolación. Nuestro pueblo lo recuerda, y evita la Atalaya como un lugar de mal augurio. Pero Atiaran, mi madre, me trajo aquí para enseñarme el Reino. Y dentro de dos años ya tendré edad para asistir a la Raat y aprender por mí misma, como hizo mi madre. ¿Sabes que mi madre ha estudiado con los Guardianes de la Ciencia? —preguntó en tono de orgullo, y miró a Covenant como si esperase que estuviera impresionado. Luego bajó la vista y musitó—: Pero tú eres un Amo y sabes todas estas cosas. Me escuchas hablar para poder reírte de mi ignorancia.

Bajo el hechizo de su voz y la presión del vértigo que sentía, Covenant tuvo una visión momentánea del aspecto que debió tener el Reino antes de que Kevin hubiera desencadenado el Ritual de la Profanación. Tras la luminosidad matinal vio colinas yermas, devastadas, el suelo destrozado, agua hedionda que llenaba infectos marjales y emponzoñaba el río, y sobre todo ello un sombrío y profundo silencio... sin pájaros, ni insectos, ni mamíferos, ni gente, sin nada vivo que alzara una hoja, que zumbara, gruñera o levantase un dedo contra la devastación. El sudor se deslizó hasta sus ojos y los empañó como lágrimas. Alejó de sí aquella visión y volvió a sentarse con la espalda apoyada en la pared.

—No —musitó a Lena, pensando que ella no comprendía—. Dejé de reírme por completo... Hace mucho tiempo.

Ahora parecía ver la forma de seguir adelante, de huir de la negra locura que se cernía sobre él. En aquella breve visión de la Desolación encontró el camino del sueño. Dejando de lado las transiciones, de manera que no tuviera que preguntar o responder a ciertas preguntas, dijo:

—Tengo que ir al Consejo de los Amos.

Vio en la expresión de su rostro que ella deseaba preguntarle por qué. Pero ella pareció creer que no le correspondía preguntarle cuál era su propósito. Su mención del Consejo sólo reafirmaba ante sus ojos la verdadera estatura de aquel hombre. Lena avanzó hacia la escalera.

—Ven —le dijo—. Tenemos que ir a la pedraria. Allí encontrarán una manera de conducirte hasta Piedra Deleitosa.

La muchacha parecía deseosa de ir con él.

Pero el solo pensamiento de la escalera estremeció a Covenant. ¿Cómo podría efectuar aquel descenso? Apenas podía mirar por el borde del parapeto sin sentirse presa del vértigo. Cuando Lena le pidió de nuevo que se acercara, él meneó la cabeza. No tenía valor para hacerlo. Pero debía mantenerse activo de alguna manera.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió la Desolación? —preguntó para sorpresa de Lena.

—No lo sé —replicó ella seriamente—. Pero los pueblos de las Llanuras Meridionales volvieron cruzando las montañas desde los Yermos desiertos hace doce generaciones. Y se dice que fueron prevenidos por el Amo Superior Kevin... Huyeron y vivieron exiliados en el desierto, sirviéndose de las uñas, los dientes y la ciencia *rhadhamaerl* durante quinientos años. Es un legado que no debemos olvidar. A los quince años, cada uno de nosotros efectúa el Juramento de Paz, y vivimos por la vida y la belleza del Reino.

Él apenas la escuchaba. No estaba específicamente interesado en lo que Lena le decía. Pero necesitaba el sonido de su voz para calmarse mientras buscaba fuerzas. Haciendo un esfuerzo, encontró una pregunta más que podía formular. Respiró hondo y preguntó:

—¿Qué haces en las montañas? ¿Por qué estabas en un lugar desde donde podías verme?

—Buscaba piedras —respondió ella—. Estoy aprendiendo el *suru-pa-maerl*. ¿Conoces ese arte?

—No. —Respiró hondo de nuevo—. Cuéntamelo.

—Es un arte que aprendo de Acence, la hermana de mi madre, y ella lo aprendió de Tomal, el mejor experto en ese arte que se recuerda en nuestra pedraria. También él estudió algún tiempo en la Raat. Pero el *suru-pa-maerl* es el arte de hacer imágenes con piedras, sin trabajarlas. Voy por las colinas y estudio las formas de piedras y guijarros. Y cuando descubro una forma que comprendo, la llevo a casa y le busco un lugar, equilibrándola o entrelazándola con otras formas, hasta lograr una forma nueva.

»A veces, cuando me atrevo, suavizo alguna aspereza para que la unión de las piedras sea más firme. Así, rehago los secretos rotos de la Tierra, y proporciono belleza a la gente.

—Debe ser difícil... —murmuró Covenant vagamente—. Pensar en una forma y luego encontrar las piedras adecuadas para construirla.

—No se hace así. Miro las piedras y busco las formas que ya están en ellas. No le pido a la Tierra que me dé un caballo. El arte estriba en aprender a ver lo que la Tierra prefiere ofrecer. Quizá sea un caballo.

—Me gustaría ver tu obra —dijo Covenant sin prestar atención a sus palabras. Las escaleras le atraían, como la faz seductora del olvido en el que los leprosos perdían sus disciplinas autoprotectoras, sus manos y pies, sus vidas.

Pero estaba soñando. La manera de soportar un sueño era fluir con él hasta que terminara. Aquella necesidad superaba cualquier otra consideración.

Abrupta y convulsamente se puso en pie. Situándose en el centro del círculo, ignoró la montaña y el cielo, el profundo precipicio debajo de él, y se examinó cuidadosamente. Temblando, sondeó sus nervios todavía vivos en busca de dolores o punzadas, exploró su ropa para ver si tenía rotos o desgarrones, e inspeccionó sus manos insensibles.

Tenía que dejar aquella escalera a su espalda.

Podría sobrevivir al descenso porque era un sueño, y no podía matarlo, y porque no podía soportar aquella oscuridad aleteando junto a sus orejas.

—Ahora, escucha —dijo secamente a Lena—. Tengo que ir primero. Y no me mires con esa expresión confundida. Ya te he dicho que soy un leproso. Mis manos y pies son insensibles... No tengo sensaciones, ni puedo asirme. Y no... no me desenvuelvo muy bien en las alturas. Podría caerme. No quiero que estés debajo de mí. Tú... —Se detuvo bruscamente y luego continuó con aspereza—: Tú has sido buena conmigo, y nadie lo había sido desde hacía mucho tiempo.

El tono de su voz hizo parpadear a Lena.

—¿Por qué estás enfadado? ¿En qué te he ofendido?

¡Siendo buena conmigo!, dijo para sus adentros. Al volverse, el rostro se le demudó a causa del miedo. Poniéndose a gatas, retrocedió hacia la abertura.

Lleno de agitación, acercó los pies a la escalera con los ojos cerrados. Pero no podía enfrentarse al descenso sin mirar. La costumbre de examinarse, propia del leproso, y la necesidad de tener despiertos todos sus sentidos eran demasiado fuertes. Sin embargo, con los ojos abiertos la altura hacía que la cabeza le diera vueltas. Así pues, se esforzó por mantener la mirada en la roca que tenía delante. Desde el primer momento supo que su mayor peligro residía en la insensibilidad de sus pies. Las manos insensibles le hacían sentirse inseguro cada vez que se aferraba a la piedra, y antes de que hubiera bajado quince metros se agarraba con tanta fuerza a los bordes que empezó a sentir calambres en los hombros. Pero podía ver sus manos, comprobar que estaban sobre la roca, que el dolor de las muñecas y los codos no era falso. No podía verse los pies, a menos que bajara la vista. Sólo podía decir que tenía el pie en

un escalón cuando el tobillo sentía la presión de su peso. Cada paso hacia abajo entrañaba una conjetura. Si notaba una inesperada flexión en el empeine, tenía que sujetarse con los brazos y buscar con el pie la solidez del escalón que no veía. Procuró llevar el pie hacia adelante, de manera que el contacto con la piedra le informara cuando los dedos se apoyasen en el borde del siguiente escalón, pero cada vez que se equivocaba, las espinillas o las rodillas golpeaban los ángulos de piedra, y el agudo dolor casi le hacía doblar las piernas.

Mientras descendía escalón tras escalón, mirándose las manos y con el sudor corriéndole por la frente, humedeciendo sus ojos, maldijo el sino que le había hecho perder dos dedos..., dos dedos menos con los que salvarse si le fallaban los pies. Además, la falta de media mano le daba la sensación de que su asidero con la mano derecha era más débil que el de la izquierda, que su peso le inclinaba hacia la izquierda de la escalera. A fin de compensar, dirigía los pies a la derecha, y perdía los escalones en ese lado.

No podía limpiarse el sudor de los ojos. Le escocían hasta cegarle, pero temía soltar una mano para enjugarse la frente, temía incluso mover la cabeza, porque podría perder el equilibrio. Los calambres le atormentaban la espalda y los hombros. Tenía que apretar los dientes para no ceder a la tentación de pedir auxilio a gritos.

—¡Ya estamos a la mitad! —exclamó Lena, como si percibiera su angustia.

Él siguió bajando pegado a la roca, escalón tras escalón.

Impotente, notó que se movía con más rapidez. Sus músculos fallaban, la tensión de las rodillas y codos era excesiva, y con cada paso tenía menos control sobre el descenso. Se obligó a detenerse y descansar, a pesar de que el temor le gritaba que siguiera adelante y terminara cuanto antes con la bajada. Por un instante tuvo la descabellada idea de girarse y saltar, confiando en que estaba lo bastante cerca para aterrizar en la pendiente de la montaña, a salvo. Entonces oyó el ruido de los pies de Lena que se aproximaban a su cabeza. Quiso extender un brazo y agarrarle un tobillo, obligarla a que le salvara. Pero incluso aquella esperanza parecía inútil, y siguió colgado donde estaba, temblando.

Su aliento producía un ruido áspero a través de sus dientes apretados, y apenas comprendió lo que Lena le gritaba:

—¡Thomas Covenant! ¡Sé fuerte! ¡Ya sólo quedan cincuenta escalones!

Con un estremecimiento que casi le separó de la roca, Covenant reanudó el descenso.

En los últimos escalones le envolvió un caos de calambres y ceguera producida por el sudor... Y entonces llegó abajo, se tendió en el suelo al pie de la Atalaya, jadeante, con las extremidades desgarradas por agudos dolores. Permaneció largo rato con el rostro cubierto, escuchando el sonido del aire que entraba y salía espasmódicamente de sus pulmones, como sollozos, escuchando hasta que el sonido

se regularizó y pudo respirar con más sosiego.

Cuando alzó por fin la mirada, vio el cielo azul, el largo dedo negro de la Atalaya de Kevin que apuntaba al sol del mediodía, la gigantesca vertiente de la montaña y a Lena inclinada sobre él, tanto que su cabello casi le rozaba el rostro.



LA PEDRARIA MITHIL



ovenant se sintió extrañamente purificado, como si hubiera pasado por una experiencia penosa, sobrevivido a una prueba ritual por medio del vértigo. Había dejado la escalera a sus espaldas. Consolado al fin, estaba seguro de que había dado con la respuesta adecuada a la amenaza concreta de locura, la necesidad de una explicación real y comprensible a su situación, que le habían rodeado en la Atalaya de Kevin. Miró el cielo radiante y le pareció puro, no contaminado por los devoradores de carroña.

Se dijo que debía seguir adelante y no pensar en ello. Sobrevivir. Mientras así pensaba, miró los dulces ojos castaños de Lena y vio que la muchacha sonreía.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—¿Bien? Ésa no es una pregunta fácil de responder.

Se sentó en el suelo y, al examinarse las manos, descubrió sangre en las muñecas y las puntas de los dedos. Tenía las palmas en carne viva, y cuando se sondeó las rodillas, espinillas y codos notó que le ardían dolorosamente. Ignorando el dolor de sus músculos, se incorporó.

—Lena, esto es importante —le dijo—. Tengo que lavarme las manos.

Ella también se levantó, pero Covenant pudo ver que no le había comprendido.

—¡Mira! —exclamó, blandiendo sus manos ante ella—. Soy un leproso. No puedo sentir esto. No noto el dolor. —Ella seguía confusa, y Covenant añadió—: Así es cómo perdí los dedos. Me hice una herida y se infectó, y tuvieron que amputarme media mano. Necesito jabón y agua.

Lena tocó la cicatriz de su mano derecha y le preguntó:

—¿La enfermedad hace esto?

—¡Sí!

—Hay un arroyo en el camino hacia la pedraria —dijo Lena—, y cerca de él encontraremos marga antilesiones.

—Vamos.

Bruscamente, Covenant le hizo una seña para que ella fuera delante. La muchacha aceptó su apremio con una inclinación de la cabeza, y echó a andar por el camino. Éste partía del pie de la Atalaya de Kevin, y se dirigía al oeste, a lo largo de un saliente en la empinada vertiente de la montaña, hasta llegar a un estrecho barranco. Moviéndose torpemente a causa de la rigidez de sus músculos, Covenant siguió a Lena a lo alto del barranco, luego bajó con precaución tras ella por una escalera

toscamente tallada en uno de los lados de un atajo que se internaba en la montaña. Cuando llegaron al fondo del atajo, continuaron por él, avanzando entre los cantos rodados esparcidos por el suelo. La franja de cielo por encima de sus cabezas se hizo más estrecha, mientras los lados del atajo se aproximaban. Flotaba allí un olor agradable y fresco, y las sombras se intensificaron hasta que la túnica oscura de Lena apenas era visible en la lobreguez que se extendía delante de Covenant. Entonces el atajo dobló con brusquedad a la izquierda y, sin previo aviso, se abrió a un pequeño y soleado valle en cuyo centro brillaba la corriente de un arroyo, en cuyas orillas, cubiertas de hierba, crecían altos pinos.

—Aquí es —dijo Lena, sonriendo satisfecha—. ¿Qué otra cosa podría curarte más que esto?

Fascinado, Covenant se detuvo para contemplar el valle. No tendría más de cincuenta metros de largo, y en su extremo el arroyo volvía a doblar a la izquierda y desaparecía entre dos escarpadas paredes. En aquel pequeño remanso en la inmensidad de la montaña, alejado de los abrumadores paisajes bajo la Atalaya de Kevin, la tierra era agradablemente verde y soleada, el aire tibio, con aroma de pinos, perfume de primavera. Mientras respiraba la atmósfera del lugar, Covenant sintió en el pecho la punzada que le producía la familiar aflicción de saberse enfermo.

Para aligerar aquella opresión en su pecho, dio unos pasos. La hierba bajo sus pies era tan espesa y mullida que podía notar su elasticidad a través de los tensos ligamentos de sus rodillas y pantorrillas. Parecía alentarse para que se aproximara al arroyo y lavara sus heridas.

Sin duda el agua estaría fría, pero eso no le preocupaba. Sus manos eran demasiado insensibles para notar el frío con rapidez. Agachado en una piedra plana, junto a la corriente, sumergió las manos en el agua y empezó a frotarlas. En seguida notó el frío glacial en las muñecas, pero los dedos no sentían el agua, y restregarse fuertemente los cortes y rasguños no le producía dolor alguno.

Era vagamente consciente de que Lena se había separado de él y que andaba junto a la corriente, al parecer buscando algo, pero Covenant estaba demasiado ocupado para preguntarse qué hacía la muchacha. Después de restregarse intensamente y dejar que sus manos descansaran, se arremangó para inspeccionarse los codos. Estaban enrojecidos y doloridos, pero con la piel intacta.

Al levantar las perneras de los pantalones, observó que las espinillas y rodillas estaban más castigadas. La decoloración de los morados ya se estaba oscureciendo, y no tardaría en ennegrecer, pero el fuerte tejido de los pantalones había resistido, y la piel también estaba intacta. En realidad, los moratones eran tan peligrosos para él como los cortes, pero no podía tratarlos sin medicamentos. Hizo un esfuerzo para reprimir su inquietud y dirigió de nuevo su atención a las manos.

La sangre seguía manando de las muñecas y las puntas de los dedos, y al lavarla

pudo ver negras partículas de arena alojadas profundamente en algunos cortes. Pero antes de que empezara a lavarse de nuevo, regresó Lena. Llevaba en las manos ahuecadas un montón de espeso barro marrón.

—Esto es marga antilesiones —dijo ella en tono reverente, como si hablara de algo singular y poderoso—. Debes aplicártelo en todas tus heridas.

La precaución del leproso hizo estremecer a Covenant.

—¿Barro? Lo que necesito es jabón, no más porquería.

—Esto es marga antilesiones —repitió Lena—. Es para curar.

Se acercó más y le ofreció el barro. Covenant creyó percibir diminutos destellos dorados en aquella masa. Se quedó mirándola con expresión vacía, confuso ante la idea de aplicar barro a sus cortes.

—Tienes que usarlo —insistió la muchacha—. Sé lo que es. ¿No comprendes? Es marga antilesiones. Escucha, mi padre es Trell, gravanético del *rhadhamaerl*. Trabaja con las piedras de fuego, y deja la curación a los curadores. Pero es un *rhadhamaerl*. Entiende de rocas y suelos. Y me enseñó a cuidar de mí misma cuando es necesario. Me enseñó los signos de la marga y los lugares donde se encuentra. Es tierra curativa. Debes usarla.

¿Barro? Covenant la miró furioso. ¿Barro en sus cortes y rasguños? ¿Quería acaso dejarlo inválido?

Antes de que pudiera impedírselo, Lena se arrodilló frente a él y aplicó un puñado de barro a su rodilla desnuda. Con aquella mano libre, extendió la marga marrón a lo largo de la espinilla. Luego recogió el resto y lo aplicó a la otra rodilla y espinilla. Mientras el barro permanecía en sus piernas, el brillo dorado del barro pareció intensificarse.

La tierra húmeda era suave y refrescante, y parecía acariciar sus piernas tiernamente, absorbiendo el dolor de los golpes. Covenant la observó atentamente. El alivio de aquella sustancia le llegaba hasta los huesos, produciéndole un placer que jamás había sentido antes. Aturdido, abrió sus manos a Lena y dejó que extendiera la marga sobre todos sus cortes y rasguños.

Al instante la sensación de alivio empezó a recorrerle a través de muñecas y codos. Y empezó a notar en las palmas un extraño cosquilleo, como si el barro se aventurase más allá de sus cortes, hasta los nervios, para tratar de reanimarlos. Notó un cosquilleo similar en el empeine de los pies. Contempló el barro y sus minúsculos destellos con una especie de reverente temor.

La marga se secó con rapidez, y el brillo se fundió con la tonalidad marrón. Poco después, Lena se lo quitó de las piernas. Entonces Covenant vio que los moratones casi habían desaparecido... Estaban en las últimas etapas de la curación, y eran de un amarillo desvaído. Introdujo las manos en la corriente, quitándose el barro, y se miró los dedos. No presentaban ninguna herida. También las muñecas estaban curadas, y

las raeduras de los brazos habían desaparecido por completo. Covenant estaba tan sorprendido que sólo podía mirarse las manos, boquiabierto, y preguntarse de nuevo qué diablos le estaba ocurriendo.

—Eso es imposible —susurró tras un largo silencio.

Por toda respuesta, Lena le sonrió jovialmente.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido?

—Necesito jabón, no más porquería —dijo ella, tratando de imitar su tono. Luego, una franca risa acompañó a su mirada levemente burlona.

Pero Covenant estaba demasiado sorprendido para reaccionar.

—En serio. ¿Cómo es posible que ocurra esto?

Lena bajó la mirada y le habló en su tono sosegado.

—En la Tierra hay poder... poder y vida. Debes saberlo. Mi madre, Atiaran, dice que las cosas como la marga antilesiones, semejantes poderes y misterios, están todos en la Tierra..., pero estamos ciegos porque no usamos las cosas en común, no lo compartimos todo, con el Reino y entre nosotros.

—¿Hay más... más cosas como ésta?

—Muchas, pero yo sólo conozco algunas de ellas. Si viajas hasta el Consejo, es posible que los Amos te lo enseñen todo. Pero ven —se incorporó con un pequeño salto—. Aquí hay otra cosa. ¿Tienes hambre?

Como espoleado por la pregunta, notó una impresión de vaciedad en el estómago. ¿Desde cuándo no comía nada? Se bajó las perneras de los pantalones y las mangas, y se levantó. Su sorpresa aumentó al darse cuenta de que los dolores de sus músculos casi habían desaparecido del todo. Incrédulo, meneó la cabeza y siguió a Lena hacia un lado del valle.

La muchacha se detuvo bajo la sombra de los árboles, junto a un arbusto nudoso que le llegaba hasta la cintura. Sus hojas puntiagudas se extendían como las del acebo, pero tenía unas pequeñas flores de color verde cromo, y anidados bajo algunas de las hojas había apretados racimos de frutos verdiazules, del tamaño de arándanos.

—Esto es *aliantha* —dijo Lena—. Las llamamos bayas-tesoro. —Arrancó un racimo, comió cuatro o cinco bayas y arrojó los huesos tras ella—. Se dice que una persona puede recorrer el Reino, a todo lo largo y ancho, comiendo sólo bayas-tesoro, y volver a casa más fuerte y mejor alimentado que antes. Son un gran regalo de la Tierra. Florecen y dan fruto en todas las estaciones. No hay ninguna parte del Reino donde no crezcan, excepto, quizás, al este, en las Llanuras Estragadas. Y son las más duras de todas las cosas que crecen, las últimas en morir y las primeras en crecer de nuevo. Todo esto me lo dijo mi madre, como parte de la ciencia de nuestro pueblo. Come —le dijo a Covenant, ofreciéndole un puñado de bayas—. Come y extiende las semillas sobre la Tierra, de manera que pueda florecer la *aliantha*.

Pero Covenant no hizo ademán alguno de tomar el ofrecimiento. Estaba sumido

en su sorpresa, haciéndose preguntas sin posible respuesta sobre los extraños poderes de aquel Reino. De momento, no hizo caso de los peligros a que estaba expuesto.

Lena vio su mirada perdida, tomó una baya y se la puso en la boca. Por reflejo, Covenant rompió la piel con los dientes. Al instante se le llenó la boca con un sabor ligero y dulce como de un melocotón maduro, levemente mezclado con sal y lima. Poco después comía ávidamente, y de vez en cuando se acordaba de escupir los huesos.

Comió hasta que no pudo encontrar más frutos en aquel arbusto, y entonces miró a su alrededor, en busca de otro. Pero Lena le colocó una mano en su brazo para detenerle.

—Las bayas-tesoro son un alimento fuerte —le dijo—. No necesitas muchas. Y saben mejor si las comes lentamente.

Pero Covenant aún tenía apetito. No recordaba haber deseado jamás un alimento como ahora deseaba aquella fruta... Las sensaciones de comer nunca habían sido tan vívidas, tan impulsivas. Apartó bruscamente su brazo, como si tuviera intención de golpearla, pero de súbito se contuvo. Le estaba sucediendo algo extraño. ¿Qué era aquello?

Antes de que pudiera encontrar una respuesta, fue consciente de otra sensación: una modorra invencible. En un instante pasó casi sin transición del apetito a un enorme bostezo que le hizo parecer lleno de fatiga. Trató de volverse y tropezó.

—La marga antilesiones tiene este efecto —decía Lena—, pero no esperaba que ocurriera. Cuando las heridas son muy graves, la marga produce sueño para acelerar la curación. Pero los cortes en las manos no son graves. ¿Tienes otras heridas que no me has mostrado?

Covenant bostezó de nuevo, mientras pensaba: «Sí, estoy mortalmente enfermo».

Antes de caer sobre la hierba ya estaba dormido.

Cuando empezó a despertarse lentamente, lo primero de lo que tuvo conciencia fue de que su cabeza se apoyaba en los firmes muslos de Lena. Gradualmente percibió otras cosas: la sombra del árbol profusamente adornado con los reflejos del sol poniente, el aroma de los pinos, el murmullo del viento, la espesa hierba que acunaba su cuerpo, el sonido de una melodía, el cosquilleo irregular que percibía a intervalos en sus palmas, como un atavismo..., pero el calor de su mejilla sobre el regazo de Lena parecía más importante. De momento, su único deseo era estrechar a Lena entre sus brazos y hundir el rostro entre sus muslos. Resistió la tentación escuchando su melodía, que cantaba en un tono dulce y algo ingenuo:

*Algo hay en la belleza
que crece en el alma del espectador
como una flor:
frágil...*

*pues muchas son las plagas
que pueden destruir la belleza
o al espectador...
e imperecedero,
pues la belleza puede morir,
o el espectador puede morir,
o el mundo puede morir,
pero el alma en la que crece la flor
sobrevive.*

Su voz le envolvió en un grato hechizo al que no quería poner fin. Tras una pausa, llena del aroma de los pinos y la brisa susurrante, le dijo en voz baja:

—Eso me gusta.

—¿De veras? Me alegro. La compuso Tomal el experto en el arte de la piedra, para la danza cuando se casó con Imoiran, hija de Moiran. Pero a menudo la belleza de una canción está en la melodía, y yo no sé cantar. A lo mejor, esta noche Atiaran, mi madre, cantará para la pedraria. Entonces oirás una verdadera canción.

Covenant no respondió. Permaneció tendido, deseando sólo permanecer en aquella posición todo el tiempo que pudiera. El cosquilleo de sus palmas parecía impulsarlo a abrazar a Lena, y permaneció inmóvil, gozando del deseo y preguntándose si se atrevería a hacerlo.

Entonces ella comenzó a cantar de nuevo. La melodía le resultó a Covenant familiar, y oyó tras ella el rumor de unas alas oscuras. De repente, se dio cuenta de que era muy parecida a la melodía de «Muchacho de Oro».

Recordó que caminaba por la acera hacia las oficinas de la compañía telefónica, la compañía Bell —aquel nombre estaba escrito en letras doradas sobre la puerta—, para pagar su factura en persona.

Como movido por un resorte, se separó del regazo de Lena y se puso en pie. Una niebla de violencia le ofuscaba la vista.

—¿Qué canción es ésa? —le preguntó ásperamente.

—No es ninguna canción —respondió Lena, sorprendida—. Sólo trataba de componer una melodía. ¿Está mal?

El tono de su voz lo tranquilizó. El inesperado acceso de ira parecía haber conmocionado a la muchacha. No supo qué decirle, y la niebla se disipó. Pensó que no debía hacerle pagar a ella por su aflicción. Tendió las manos a la muchacha y la ayudó a levantarse. Trató de sonreír, pero en su rostro rígido sólo se dibujó una mueca.

—¿Adónde vamos ahora?

Lentamente desapareció la expresión dolida en el rostro de Lena.

—Eres extraño, Thomas Covenant —le dijo.

—No sabía que lo era tanto —replicó él con ironía.

Permanecieron un momento mirándose a los ojos. Luego, Lena lo sorprendió al sonrojarse y retirar sus manos.

—Iremos a la pedraria —dijo con una nueva excitación en su voz—. Asombrarás a mis padres.

Se volvió alegremente y echó a correr por el valle.

Corrió con agilidad, ligereza y gracia, y Covenant la siguió con la mirada, mientras reflexionaba en los extraños nuevos sentimientos que se agitaban en él. Tuvo la inesperada sensación de que aquel Reino podría ofrecerle algún hechizo que le permitiría conjurar su impotencia, un renacimiento al que podría aferrarse aun después de haber recobrado el conocimiento, después de que el Reino y todas sus alocadas implicaciones se hubieran desvanecido entre los miasmas de los sueños semirecordados. Semejante esperanza no requería que el Reino fuera real, físicamente verdadero e independiente de su propio inconsciente, una incontrolada urdimbre de sueños. No, la lepra era una enfermedad incurable, y si no moría de resultas del accidente, tendría que seguir viviendo con su dolencia. Pero un sueño podía curar otras aflicciones. Sí, podía hacerlo. Fue en pos de Lena, con paso vivo y el deseo bullendo en sus venas.

A lo lejos, el sol se ponía y dejaba en sombras la mitad inferior del valle. Pudo ver a Lena delante de él, haciéndole señales, y él la siguió junto al arroyo, gozando de la suavidad del césped bajo sus pies al andar. De algún modo se sentía más alto que antes, como si la marga antilesiones le hubiera hecho algo más que curar sus cortes y rasguños. Al aproximarse a Lena, le pareció ver en ella ciertos detalles por primera vez, la delicadeza de sus orejas cuando el cabello oscilaba detrás de ellas, la forma en que el suave tejido de su túnica se adhería a sus senos y caderas, su delgada cintura. Aquella visión hizo que aumentara el cosquilleo que sentía en las palmas.

Ella le sonrió, y siguió andando junto al arroyo hasta salir del valle. Avanzaron por un tortuoso desfiladero entre escarpados muros de roca, que se alzaban por encima de ellos hasta que la estrecha abertura del cielo quedaba a decenas de metros de distancia. La senda era rocosa, y Covenant tenía que mirarse constantemente los pies para mantener el equilibrio. El esfuerzo parecía aumentar la longitud del desfiladero, pero tras recorrer unos doscientos metros llegaron a una grieta que ascendía a la derecha, apartándose del arroyo. Treparon a la grieta y la recorrieron. Pronto llegaron a una parte llana desde la que se iniciaba el descenso. La pendiente se extendió largo trecho, pero se curvaba tanto que Covenant no podía ver adonde se dirigía.

Llegaron por fin a una última curva y al final de la grieta. Lena y Covenant se encontraron en la vertiente de la montaña, muy por encima del valle fluvial. Miraban al oeste, directamente al sol poniente. El río apareció entre las montañas, a su

izquierda, adentrándose en las llanuras que tenían a la derecha. Un ramal de la cordillera cruzaba el valle, pero pronto terminaba para dar paso a las llanuras del norte.

—Ahí está el río Mithil —dijo Lena—. Y allí la pedraria Mithil. —Covenant vio un pequeño conglomerado de chozas al norte de él, en el lado oriental del río—. No hay demasiada distancia —prosiguió Lena—, pero el camino discurre por el valle y luego sigue el río. El sol se habrá puesto cuando llegemos a nuestra pedraria. Ven.

Covenant miró la pendiente de la montaña, todavía a más de seiscientos metros por encima del valle, y sintió de nuevo un asomo de vértigo, pero lo dominó y siguió a Lena hacia el mar. La pendiente fue suavizándose y pronto el camino discurrió entre ondulaciones cubiertas de hierba, tras severos contrafuertes rocosos, a través de vallecitos y barrancos, por laberintos de grandes piedras despeñadas. Y a medida que la senda bajaba, la atmósfera era más densa, más tibia y menos cristalina. Los olores variaron lentamente, se volvieron más crudos. Los pinos y álamos cedieron el paso a las praderas margosas. Covenant notó que podía percibir cada gradación del cambio, cada matiz a medida que disminuía la altura. Gracias a la excitación que le producía aquel revivir de sus sentidos, el descenso fue rápido. Antes de que hubiera tenido tiempo de cansarse entre las montañas, el sendero rodeó una larga colina, llegó al río y se dirigió al norte, siguiendo la dirección de la corriente.

El Mithil era estrecho y turbulento en el lugar en que el camino llegaba a él. Parecía hablar velozmente consigo mismo, en un tono lleno de resonancias y rumores. Pero al acercarse a las llanuras, se ensanchaba y se volvía más lento, más filosófico en su despacioso monólogo. Pronto su voz dejó de llenar el aire, contándose sosegado su largo cuento mientras se deslizaba en busca del mar.

Bajo el hechizo del río, Covenant fue adquiriendo más conciencia de la tranquilizadora solidez del Reino. No era un intangible paisaje de ensueño, sino algo concreto, susceptible de comprobación. Aquello era una ilusión, naturalmente, un truco de su mente atormentada y afligida. Pero resultaba curiosamente consolador. Parecía prometerle que no se dirigía hacia el horror y el caos, que aquel Reino era coherente, razonable, que cuando hubiera dominado sus leyes, sus hechos peculiares, sería capaz de viajar sano y salvo por el sendero de su sueño, y mantener su asidero en la cordura. Tales pensamientos casi le hicieron sentirse audaz mientras seguía la ágil espalda de Lena, sus atractivas caderas ondulantes.

Mientras desconocidas emociones asaltaban a Covenant, el valle del Mithil quedó envuelto en las sombras. El sol cruzó por detrás de las montañas occidentales, y aunque la luz aún brillaba en las llanuras distantes, un delgado velo de oscuridad iba espesándose en el valle. Mientras lo observaba, el borde de la sombra se extendió hacia la montaña que tenía a la derecha, escalando como una marea hambrienta las orillas del día. En medio del crepúsculo, Covenant sintió que el peligro que corría se

deslizaba furtivamente, acercándose más a él, pero no sabía qué peligro era.

Entonces la oscuridad cubrió la última hilera de montañas, y empezó a desvanecerse el resplandor sobre las llanuras.

Lena se detuvo, tocó el brazo de Covenant y señaló.

—Mira —le dijo—. Ahí está la pedraria Mithil.

Estaban en lo alto de una colina alargada y baja, a cuyo pie se reunían los edificios del pueblo. Covenant pudo ver las casas con toda claridad, aunque ya había luces que brillaban débilmente tras algunas ventanas. Con excepción de un gran círculo en el centro del pueblo, la pedraria parecía dispuesta de manera tan caprichosa como si hubiera caído de la montaña hacía poco tiempo. Pero esta impresión era contrarrestada por la pulcritud de las paredes de piedra y los tejados planos. Cuando miró más de cerca, Covenant vio que la pedraria no estaba desorganizada, sino que todos los edificios miraban hacia el centro.

Todos los edificios constaban de una sola planta, y todos eran de piedra, con losas de roca planas a modo de tejado, pero variaban considerablemente de tamaño y forma. Algunos eran redondos, otros cuadrados o rectangulares, y otros aun tan irregulares de arriba abajo que más parecían grandes pedruscos achaparrados que edificios.

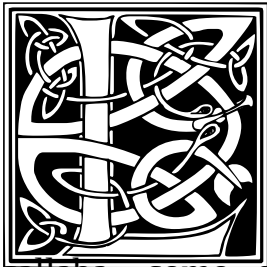
Cuando emprendieron la bajada hacia la pedraria, Lena dijo a Covenant:

—Cinco veces un centenar de personas de las Llanuras Meridionales viven aquí: *rhadhamaerl*, pastores, cuidadores de ganado, granjeros, y los expertos en artes. Pero sólo Atiaran, mi madre, ha estado en la Raat. —Extendió el brazo, señalando un lugar, y añadió—: El hogar de mi familia está allí, es la casa más cercana al río.

Juntos, ella y Covenant entraron en la pedraria y fueron a su casa.

VI

LA LEYENDA DE BEREK MEDIAMANO



a oscuridad aumentaba en el valle. Los pájaros se reunían para pasar la noche en los árboles de las laderas. Trinaron y se llamaron enérgicamente durante un rato, pero pronto su estrépito remitió para ser sustituido por un murmullo sosegado y satisfecho. Cuando Lena y Covenant pasaron tras las casas exteriores de la pedraria, pudieron oír de nuevo el río que monologaba a lo lejos. Lena callaba, como si contuviera cierta inquietud o agitación, y Covenant estaba demasiado inmerso en los sonidos crepusculares que oía a su alrededor para decir nada. La noche parecía llena de suaves contactos, mitigadores de la soledad entre las sombras. Llegaron en silencio al hogar de Lena.

Era un edificio rectangular, mayor que la mayoría de los que formaban la pedraria, pero con el mismo brillo en las paredes. Una cálida luz amarilla irradiaba de las ventanas. Cuando Lena y Covenant se aproximaron, una gran figura cruzó ante una de las ventanas y se dirigió a una habitación más alejada.

Lena se detuvo en la esquina de la casa, cogió la mano de Covenant y se la apretó antes de conducirlo al umbral.

La entrada estaba cubierta con una pesada cortina. Lena la corrió a un lado e hizo pasar a su acompañante. Covenant echó un vistazo a su alrededor. Observó que la habitación en la que habían entrado ocupaba toda la longitud de la casa, pero tenía dos puertas con cortinas, una en cada pared. En el centro había una mesa de piedra y bancos, con espacio suficiente para seis u ocho personas, pero la estancia era lo bastante grande para que la mesa no dominara el lugar.

Alrededor de las paredes había estantes tallados en la roca, llenos de recipientes de cerámica y utensilios. La utilidad de algunos de ellos en la cocina y el comedor era evidente, y otros tenían funciones que Covenant no podía adivinar. Junto a las paredes había varios taburetes de piedra. La cálida luz amarilla llenaba la estancia, brillando en las suaves superficies y reflejando peculiares colores y texturas de la piedra.

La luz procedía de unas llamas que surgían de varios recipientes de piedra, uno en cada rincón de la estancia y otro en el centro de la mesa, pero las llamas no oscilaban, y la luz era tan firme como la piedra de las vasijas. Flotaba un tenue olor, como de tierra recién removida.

Tras un rápido vistazo alrededor de la habitación, Covenant dirigió su atención al extremo de ésta. Allí, sobre una losa de piedra adosada a la pared, había un enorme recipiente de granito, la mitad de alto que un hombre. Y junto al recipiente, escudriñando atentamente su contenido, había un hombre alto y corpulento como una columna, sólido como un pedrusco. Estaba de espaldas a Lena y Covenant, y no pareció percatarse de su presencia. Llevaba una túnica corta de color marrón y unos pantalones también marrones bajo ella, pero el dibujo de hojas bordado en los hombros era idéntico al de Lena. Bajo la túnica, sus músculos macizos se agrupaban y distendían mientras hacía girar el recipiente. Parecía enormemente pesado, pero a Covenant casi le pareció que el hombre sería capaz de alzarlo sobre su cabeza para verter el contenido.

Encima del recipiente había una sombra que la brillantez de la estancia no podía penetrar, y durante algún tiempo el hombre contempló la oscuridad, estudiándola mientras hacía girar el recipiente. Entonces empezó a cantar. Lo hacía en voz demasiado baja para que Covenant pudiera comprender las palabras, pero le pareció que aquel sonido era una especie de invocación, como si el contenido del recipiente fuera poderoso. Durante unos momentos no sucedió nada. Luego la sombra empezó a palidecer. Al principio, Covenant pensó que la luz de la estancia había cambiado, pero pronto vio una nueva iluminación que surgía del recipiente. El resplandor aumentó, se hizo más intenso y al final brilló con tal intensidad que las demás luces parecieron mortecinas.

Musitando unas palabras finales sobre su obra, el hombre se enderezó y se volvió a los recién llegados. Bajo la nueva luz, parecía más alto y corpulento que antes, como si las extremidades, los hombros y el pecho extrajeran fuerza de la luz. Tenía la frente enrojecida a causa del calor que emanaba del recipiente. Al ver a Covenant se sobresaltó, y su mirada se volvió inquisitiva, mientras con la mano derecha se tocaba la espesa barba rojiza. Entonces extendió la mano, con la palma hacia adelante, en dirección a Covenant, y se dirigió a Lena:

—Bien, hija, traes un huésped. Pero recuerda que nuestra hospitalidad está hoy a tu cargo.

La extraña energía de un momento antes había desaparecido de su voz. Parecía un hombre que no hablaba mucho con la gente. Pero aunque trataba a su hija con severidad, parecía esencialmente tranquilo.

—Ya sabes que hoy he prometido más gravanel, y Atiaran, tu madre, está ayudando a traer al mundo al nuevo hijo de Odon de Murrin. Al huésped le ofenderá nuestra hospitalidad, sin una comida dispuesta para acogerle al final de la jornada.

Sin embargo, mientras reprendía a Lena, escudriñaba cautelosamente a Covenant.

Lena inclinó la cabeza, y Covenant estuvo seguro de que lo hacía para contentar a su padre. Pero un instante después, cruzó corriendo la estancia y abrazó al

hombretón, el cual le sonrió con dulzura. Entonces, volviéndose hacia Covenant, Lena anunció:

—Trell, padre mío, traigo un extraño a la pedraria. Le encontré en la Atalaya de Kevin.

Mientras hablaba, los ojos le brillaban, aunque trataba de mantener un tono de voz formal.

—Ya veo —respondió Trell—. Un extraño. Y me pregunto qué le habrá llevado a ese inhóspito lugar.

—Luchó con una nube gris —le dijo Lena.

Covenant miró a aquel hombre grande y robusto, cuyo brazo lleno de músculos nudosos descansaba con firme suavidad sobre el hombro de Lena, y esperó que se echara a reír ante la absurda sugerencia de un hombre que luchaba con una nube. Trell permaneció imperturbable, como una afirmación de sentido común que reducía la pesadilla del Execrable a su propia irrealdad. Por eso Covenant quedó desconcertado al oír que Trell preguntaba con toda seguridad:

—¿Quién fue el vencedor?

La pregunta obligó a Covenant a reconsiderar su situación. No estaba preparado para hablar de su absurdo encuentro con el Amo Execrable, pero al mismo tiempo tuvo la vaga seguridad de que no podía mentirle a Trell.

—Pude sobrevivir —respondió con dificultad, sintiendo la garganta seca.

Trell permaneció un momento en silencio, pero Covenant notó que su respuesta había aumentado la inquietud del hombre. Desvió la mirada un instante y luego la posó de nuevo en Covenant.

—Ya veo. ¿Y cómo te llamas, extraño?

Lena se adelantó a Covenant, sonriéndole y respondiendo por él.

—Thomas Covenant. Covenant de la Atalaya de Kevin.

—¿Qué es esto, muchacha? —dijo Trell—. ¿Eres profeta y puedes hablar por alguien superior a ti? —Y, volviéndose a Covenant—: Bien, Thomas Covenant de la Atalaya de Kevin, ¿tienes otros nombres?

Covenant estaba a punto de responder negativamente cuando se percató del interés con que Lena aguardaba su respuesta. Permaneció un momento silencioso. Percibió que su persona emocionaba tanto a la muchacha como si fuera el mismo Berek Mediamano, y que en su anhelo de misterios y poderes, su mundo de Amos que lo sabían todo y batallas en las nubes, su condición de extraño y su aparición inexplicable en la Atalaya le presentaban a los ojos de la muchacha como una personificación de grandes acontecimientos ocurridos en un pasado heroico. Covenant comprendió de repente el mensaje de la mirada de Lena: llena de curiosidad y emoción se aferraba a la esperanza de que él se le revelaría, le daría algún indicio de su alta condición para satisfacer su juvenil ignorancia.

La idea produjo en su mente extrañas reverberaciones. No estaba acostumbrado a tales halagos, y experimentó una sensación desconocida hasta entonces: la de las posibilidades que se abrían ante él. Buscó rápidamente algún sonoro título que arrogarse, algún nombre con el que pudiera complacer a Lena sin engañar a Trell. Y entonces tuvo una inspiración.

—Thomas Covenant —dijo como si se enfrentara a un reto—. El Incrédulo.

Al instante se dio cuenta de que con aquel nombre se había comprometido a algo más de lo que ahora podía medir. Su acción hizo que se sintiera presuntuoso, pero Lena le recompensó con una resplandeciente mirada, y Trell aceptó el nombre que le había dado con semblante grave.

—Bien, Thomas Covenant. Eres bienvenido a la pedraria Mithil. Por favor, acepta la hospitalidad de esta casa. Ahora he de ir a entregar el gravanel, como prometí. Quizás Atiaran, mi esposa, regrese pronto. Y si le insistes un poco, quizá Lena recuerde que puede ofrecerte un refrigerio mientras estoy ausente.

Mientras hablaba, Trell se volvió hacia el recipiente de piedra. Lo rodeó con los brazos y lo levantó. Las llamas rojas y doradas se reflejaron en el cabello y la barba del hombre que se dirigió con el recipiente al umbral. Lena se le adelantó corriendo para correr la cortina, y Trell salió, no sin que antes Covenant hubiera tenido un atisbo del contenido de la gran vasija. Estaba llena de piedras pequeñas y redondas, como grava fina, y parecían arder.

—Por todos los diablos —musitó Covenant—. ¿Cuánto pesa eso?

—Tres hombres no bastan para levantar la vasija —replicó Lena con orgullo—. Pero cuando el gravanel arde, mi padre puede alzarla con facilidad. Es un gravanético del *rhadhamaerl*, y conoce a fondo la ciencia de la piedra.

Covenant permaneció un momento inmóvil, contemplando el lugar por donde había salido el hombre, asombrado por su fuerza.

—Ahora debo servirte sin falta —le dijo Lena—. ¿Quieres lavarte o bañarte? ¿Estás sediento? Tenemos buen vino de primavera.

La voz de la muchacha sacó a Covenant de su pasmo. Su desconfianza instintiva ante lo que veía podría disiparse al constatar que él tenía un poder propio. Aquel mundo le aceptaba, le concedía importancia. Las personas como Trell y Lena estaban dispuestas a tomarle tan en serio como quisiera. Todo lo que tenía que hacer era seguir el juego, recorrer el camino de su sueño hacia Piedra Deleitosa, fuera eso lo que fuere. La perspectiva le hizo sentir vértigo. Llevado por el impulso del momento, decidió participar en su propia importancia, disfrutarla mientras durase.

A fin de contener el torrente de nuevas emociones, le dijo a Lena que le gustaría lavarse. Ella corrió una cortina y le hizo pasar a otra cámara. Allí, de un caño en la pared, brotaba agua continuamente. Una válvula deslizante dirigía el agua a una pila o a una gran bañera, ambas de piedra. Lena le mostró una arena muy fina que podía

usar a modo de jabón, y le dejó a solas. El agua estaba fría, pero él sumergió las manos y la cabeza con verdadero entusiasmo.

Después de lavarse, miró a su alrededor en busca de una toalla, pero no encontró ninguna. Entonces probó a colocar una mano sobre el recipiente cuyo resplandor iluminaba la estancia. La cálida luz amarilla secó sus dedos al instante, y Covenant se inclinó sobre la vasija, se restregó la cara y el cuello para eliminar el agua y pronto incluso su cabello estuvo seco. Por la fuerza de la costumbre, practicó la OVE, examinando las marcas casi invisibles de los cortes en sus manos. Luego apartó la cortina y entró en la cámara principal.

Otra mujer estaba con Lena, y oyó que ésta le decía:

—Y dice que no sabe nada de nosotros.

Entonces la otra mujer lo miró, y él supuso en seguida que era Atiaran. El dibujo de hojas en los hombros de su larga túnica marrón parecían ser una clase de emblema familiar, pero Covenant no necesitaba tales indicios para ver la familiaridad en la manera con que la mujer tocaba el hombro de Lena, o las similitudes de sus gestos. Pero mientras que Lena tenía una figura grácil y esbelta, con la suavidad y la frescura de la juventud, Atiaran era físicamente una mujer compleja, no exenta de contradicciones. No faltaba suavidad a su figura plena, pero daba la impresión de que resultaba un obstáculo para la gran fuerza de la experiencia que atesoraba, como si soportara su cuerpo gracias a una antigua y difícil tregua. Y en su rostro se reflejaban las señales de aquella tregua. La frente parecía prematuramente arrugada, y sus ojos grandes y de mirada profunda parecían vueltos hacia su interior, a un pesado campo de batalla sembrado de dudas y reconciliaciones vacilantes. Mientras la miraba, al otro lado de la mesa de piedra, Covenant recibió una doble impresión. Por un lado, de una intensa preocupación: el resultado de saber y temer más que sus semejantes, y por otro lado, de una belleza abstraída que podría avivar su rostro si sólo sonriera.

Tras una breve vacilación, la mujer mayor se llevó la mano al pecho y luego la levantó hacia Covenant, como había hecho Trell.

—Salve, huésped, sé bienvenido. Yo soy Atiaran de Trell. He hablado con Trell y con Lena, mi hija. No necesitas presentarte a mí, Thomas Covenant. Considérate en tu casa.

Recordando sus modales, y la decisión que acababa de tomar, Covenant respondió:

—Es un honor.

Atiaran se inclinó ligeramente.

—Aceptar lo que se ofrece honra a quien lo da, y la cortesía es siempre bien recibida. —Entonces pareció dudar de nuevo, como si estuviera insegura de lo que debía decir. Covenant observó el regreso a su mirada de antiguos conflictos, y pensó que aquella mirada tendría un poder extraordinario si no estuviera tan ensimismada.

Pero la mujer llegó pronto a una decisión y dijo—: No es costumbre de nuestro pueblo abrumar a un huésped con penosas preguntas antes de comer. Pero la comida no está dispuesta —miró a Lena— y tú eres un extraño para mí, Thomas Covenant, extraño e inquietante. Quisiera poder hablar contigo mientras Lena prepara la comida que tenemos. Pareces tener una necesidad que no puede esperar.

Covenant se encogió evasivamente de hombros. Sintió una cierta inquietud ante el inminente interrogatorio, y se preparó para responder a las preguntas procurando no perder el equilibrio que había obtenido.

Durante la pausa que siguió, Lena empezó a moverse por la estancia. Fue a los estantes para coger fuentes y escudillas para la mesa, y dispuso algunos platos sobre una losa de piedra, calentada por debajo por una bandeja de gravanel. Mientras trabajaba, miraba a menudo a Covenant, pero éste no siempre se daba cuenta, pues Atiaran atraía su atención.

—Apenas sé por donde comenzar —musitó ella, insegura—. Ha pasado mucho tiempo, y sé muy poco de lo que los Amos saben. Pero lo que tengo debe bastar. Nadie aquí puede ocupar mi lugar. —Enderezó los hombros—. ¿Puedo ver tus manos?

Recordando la reacción inicial de Lena, Covenant alzó la mano derecha.

Atiaran rodeó la mesa hasta que estuvo lo bastante cerca para poder tocarlo, pero no lo hizo, sino que escrutó su rostro.

—Mediamano, como ha dicho Trelle. Y algunos dicen que Berek Amigo de la Tierra, Corazón Fuerte y Padre Fundador, regresará al Reino cuando se le necesite. ¿Sabes estas cosas?

—No —respondió ásperamente Covenant.

—Enséñame la otra mano —pidió Atiaran sin dejar de mirarle el rostro.

Perplejo, alzó la mano izquierda. La mujer bajó la vista y, al verla, se sobresaltó y retrocedió, mordándose el labio. Por un instante pareció inexplicablemente aterrada, pero se dominó y, con un leve temblor en la voz, le preguntó:

—¿De qué metal está hecho ese anillo?

—¿Qué? ¿Esto?

La reacción de su anfitriona sorprendió a Covenant, y los recuerdos se mezclaron confusamente en su mente. Recordó a Joan diciendo «con este anillo te desposo», y al mendigo de la túnica ocre que le pedía «sé sincero». Notó que la oscuridad lo amenazaba. Y cuando respondió: «Es oro blanco», le pareció que era otro el que respondía, alguien que no tenía nada que ver con la lepra y el divorcio.

Atiaran gimió y se apretó las sienes con las manos, como aquejada de su súbito dolor. Pero de nuevo logró dominarse y reunir un poco de valor.

—Sólo yo en la pedraria Mithil conoce lo que eso significa —le dijo—. Ni siquiera Trelle posee este conocimiento. Y lo que yo sé es demasiado poco. Responde,

Thomas Covenant... ¿Es verdadero?

Covenant pensó amargamente que debería haberlo tirado. Un leproso no tiene derecho a ser sentimental.

Pero el nerviosismo de Atiaran atrajo de nuevo su atención hacia ella. Tuvo la impresión de que aquella mujer sabía más que él acerca de lo que le estaba ocurriendo, que se internaba en un mundo que, de alguna manera turbia y siniestra, había sido hecho a su medida. Notó que crecía en él su antigua cólera.

—Claro que es verdadero —dijo bruscamente—. ¿Qué te ocurre? No es más que un anillo.

—Es oro blanco.

La réplica de Atiaran pareció tan desconsolada como si acabara de sufrir una desgracia.

—¿Y qué? —preguntó él sin comprender lo que trastornaba a la mujer—. No significa nada. Joan...

Joan lo prefirió al oro amarillo, pero aquello no le impidió que se divorciara de él.

—Es oro blanco —repitió Atiaran—. Los Amos cantan una antigua canción relacionada con la ciencia arcana. Se refiere al que lleva oro blanco. Sólo recuerdo una parte. Dice así:

*Y aquel que esgrime blanco y bárbaro oro mágico
es una paradoja...
pues lo es todo y es nada,
héroe y loco...
poderoso, desamparado...
y con la única palabra de verdad o traición,
salvará o condenará la Tierra
porque es loco y cuerdo,
frío y apasionado,
perdido y hallado.*

¿Conoces la canción, Covenant? No hay oro blanco en el Reino. El oro jamás se ha encontrado en la Tierra, aunque se dice que Berek lo conocía, y compuso las canciones. Tú vienes de otro lugar. ¿Qué terrible propósito te trae aquí?

Covenant notó que la mujer le escrutaba en busca de algún defecto, alguna falsedad con que refutar su miedo. Covenant se puso rígido. «Tienes poder, le había dicho el Despreciativo, una magia impetuosa... Nunca sabrás qué es». La idea de que su alianza matrimonial era una especie de talismán le repugnó, como el olor penetrante de la esencia de rosas. Sintió un salvaje deseo de gritar que nada de aquello estaba ocurriendo. Pero sólo sabía una respuesta aceptable: no pienses en ello, sigue recorriendo el camino, sobrevive. Y se enfrentó a Atiaran en su propio

terreno.

—Todos los propósitos son terribles. Tengo un mensaje para el Consejo de los Amos.

—¿Qué mensaje? —le preguntó ella.

Tras un instante de vacilación, Covenant dijo con voz ronca:

—El Asesino Gris ha vuelto.

Al oír a Covenant pronunciar aquel nombre, Lena dejó caer al suelo la escudilla de cerámica que sostenía y corrió a refugiarse entre los brazos de su madre.

Covenant se quedó mirando la vasija rota. El líquido que había contenido brillaba sobre el pulido suelo de piedra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Atiaran con voz entrecortada por el terror.

Él la miró y vio que las dos mujeres se abrazaban como niños amenazados por el demonio de sus peores sueños. ¡Impuro paria leproso!, pensó amargamente. Pero mientras la miraba, Atiaran pareció reponerse. Apretó las mandíbulas, y su mirada se endureció. A pesar del temor que sentía, era una mujer fuerte que consolaba a su hija.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó de nuevo.

Covenant se puso a la defensiva y replicó:

—Me enfrenté a él en la Atalaya de Kevin.

—¡Ay de nosotros! —gritó la mujer, abrazando a Lena—. ¡Ay de los jóvenes en este mundo! La condenación del Reino cae sobre ellos. Las generaciones morirán horriblemente, y habrá guerra, terror y dolor para quienes vivan. ¡Ay de ti, Lena, hija mía! Naciste en un tiempo de maldad, y no habrá paz o consuelo para ti cuando llegue la batalla. Ah, Lena, Lena.

La inesperada aflicción de la mujer conmovió a Covenant, y sintió un nudo en la garganta. La voz de la mujer acompañó a su propia imagen de la Desolación del Reino, con una lamentación como no había oído antes. Por primera vez sintió que el Reino contenía algo precioso que corría peligro de perderse.

Esta combinación de simpatía y cólera tensó todavía más sus nervios. Notó una nueva intensidad en su estremecimiento, y al mirar a Lena vio que una nueva expresión de respetuoso temor se había impuesto a su pánico. El ofrecimiento inconsciente que veía en sus ojos le quemó de una manera más perturbadora que nunca.

Permaneció inmóvil hasta que Atiaran y Lena se soltaron lentamente, y entonces preguntó:

—¿Qué sabes de todo esto, de lo que me está sucediendo?

Antes de que Atiaran pudiera replicar, una voz llamó desde el exterior de la casa.

—¡Salve! Atiaran, hija de Tiaran. Trel el gravanólico nos dice que tu trabajo ha terminado por hoy. ¡Ven y canta a la pedraria!

Por un momento, Atiaran permaneció inmóvil, ensimismada. Luego suspiró.

—Ah, el trabajo de mi vida acaba de comenzar. —Se volvió hacia la puerta, corrió la cortina y dijo a la noche—: Todavía no hemos comido. Iré más tarde. Pero después de la reunión he de hablar con el Círculo de los ancianos.

—Se lo diremos —respondió la voz.

—Muy bien —dijo Atiaran.

En vez de volverse hacia Covenant, se quedó en el umbral, contemplando la oscuridad durante un rato. Cuando corrió al fin la cortina y se enfrentó a Covenant, tenía los ojos húmedos, y miraban de una manera que Covenant interpretó al principio como de derrota. Pero entonces se dio cuenta de que ella sólo estaba recordando la derrota.

—No, Thomas Covenant —dijo tristemente—. No sé nada de tu destino. Tal vez si hubiera estado más tiempo en la escuela de la ciencia, en la Raat, si hubiera tenido la fuerza... Pero sobrepasé mi límite allí y regresé a casa. Conozco una parte de la antigua ciencia que la pedraria Mithil no sospecha, pero es demasiado escasa. Todo lo que puedo recordar para ti son indicios de una magia turbulenta que destruye la paz...

*impetuosa magia tallada en cada roca,
contenida para que el oro blanco la desate o controle...*

pero desconozco el significado de esos versos, o las trayectorias de estos tiempos. Ésa es una doble razón para llevarte al Consejo. —Le miró directamente al rostro y añadió—: Te lo digo abiertamente, Thomas Covenant... Si has venido para traicionar al Reino, sólo los Amos pueden esperar detenerte.

¿Traicionar? Aquélla era otra idea nueva. Transcurrió un instante antes de darse cuenta de lo que Atiaran le sugería. Pero antes de que pudiera protestar, Lena intervino.

—¡Madre! Luchó con una nube gris en la Atalaya de Kevin. Yo fui testigo. ¿Cómo puedes dudar de él?

La defensa de la muchacha mitigó la agresividad de la reacción de Covenant. Sin pretenderlo, la mujer lo había colocado en un terreno falso. No había llegado a luchar con el Amo Execrable.

El regreso de Trell impidió cualquier posible réplica de Atiaran. El hombretón permaneció un momento en el umbral, mirando alternativamente a Atiaran, Lena y Covenant.

—De modo que han llegado tiempos duros —dijo abruptamente.

—Sí, Trell, esposo mío —murmuró Atiaran—. Tiempos duros.

Entonces el hombre reparó en los fragmentos de cerámica esparcidos por el suelo.

—Tiempos realmente duros, cuando se rompe la cerámica y se dejan los fragmentos para que las pisadas los reduzcan a polvo.

Habló con un suave tono de reprensión, y esta vez Lena se avergonzó realmente.

—Lo siento, padre —le dijo—. Tenía miedo.

—No importa. —Trell se acercó a ella y colocó afectuosamente sus grandes manos en los hombros de la muchacha—. Ciertas heridas pueden curarse. Hoy me siento fuerte.

Al decir esto, Atiaran miró a su marido con expresión agradecida, como si acabara de emprender alguna tarea heroica.

Covenant se sintió perplejo, pero Atiaran le dijo:

—Siéntate, huésped. La comida pronto estará lista. Ven, Lena.

Covenant contempló cómo Trell empezaba a recoger los fragmentos de la pieza rota. La voz del gravanólico resonó suavemente, cantando una antigua canción subterránea. Con gestos llenos de ternura, transportó los fragmentos a la mesa y los dejó cerca de la lámpara. Entonces tomó asiento. Covenant se sentó a su lado, preguntándose qué estaba a punto de suceder.

Cantando su cavernosa canción con los dientes apretados, Trell empezó a reunir los fragmentos, encajándolos, como si la vasija fuera un rompecabezas. Colocó en su lugar pieza tras pieza, y cada fragmento quedaba sujeto en el lugar donde lo dejaba sin ningún adhesivo que Covenant pudiera ver. Trell trabajaba minuciosamente, tocando con delicadeza cada fragmento, pero la vasija parecía crecer rápidamente entre sus manos y las piezas encajaban perfectamente, dejando tan sólo una red de finas líneas negras que señalaban las roturas. Pronto todos los fragmentos estuvieron en su lugar.

Entonces el tono profundo de su voz adoptó una nueva cadencia. Empezó a acariciar la cerámica con los dedos, y por donde pasaba su contacto las negras marcas de las fracturas se desvanecían, como si hubieran sido borradas. Lentamente, cubrió cada centímetro de la vasija con sus caricias. Cuando completó la parte exterior, empezó a acariciar la superficie interna, y finalmente levantó la vasija y pasó los dedos por la base. Sosteniendo la pieza entre los dedos de ambas manos, la hizo girar cuidadosamente, asegurándose de que no se dejaba ninguna resquebrajadura. Entonces dejó de cantar, colocó suavemente la vasija sobre la mesa y apartó las manos. La pieza era tan sólida y completa como si nunca hubiera caído.

La mirada del asombrado Covenant pasó de la vasija al rostro de Trell. El gravanólico parecía demacrado a causa de la tensión, y las lágrimas corrían por sus rígidas mejillas.

—Es más difícil remendar que romper —musitó—. No podría hacer esto todos los días.

Con fatigado ademán, dobló los brazos sobre la mesa y acunó la cabeza en ellos.

Atiaran permanecía detrás de su marido, dándole masaje en los duros músculos de los hombros y el cuello, y la expresión de sus ojos estaba llena de orgullo y amor. Covenant tuvo la sensación de que el mundo al que él pertenecía era muy pobre, un

mundo donde nadie sabía o se preocupaba de recomponer vasijas de cerámica rotas. Trató de decirse que estaba soñando, pero no quería escucharse.

Tras una pausa de silencio llena de respeto por la hazaña de Trel, Lena empezó a poner la mesa. Pronto Atiaran trajo cuencos con alimentos preparados sobre la piedra de cocinar. Cuando todo estuvo dispuesto, Trel alzó la cabeza y, al parecer con un esfuerzo, se puso en pie, secundado por Atiaran y Lena.

—Es costumbre de nuestro pueblo que nos levantemos antes de comer —le dijo Atiaran a Covenant— como señal de nuestro respeto por la Tierra, de la que proceden el alimento, la vida y la fuerza.

Covenant se levantó también, sintiéndose torpe y fuera de lugar. Trel, Atiaran y Lena cerraron los ojos e inclinaron la cabeza un momento. Luego se sentaron. Cuando Covenant se sentó también en el banco, empezaron a repartir los alimentos.

Fue una comida generosa: había carne fría y salada de res cubierta de salsa humeante, arroz silvestre, manzanas secas, pan marrón y queso. Ofrecieron a Covenant un tazón de una bebida a la que Lena llamó vino de primavera. Era tan clara y ligera como el agua, levemente efervescente, y olía un poco a *aliantha*. Pero su sabor era el de una cerveza fina, aligerada de todo amargor. Covenant trasegó una buena cantidad de aquella bebida antes de darse cuenta de que añadía nuevas vibraciones a sus ya excitados nervios. Notaba la tensión de su cuerpo, demasiado lleno de presiones inusitadas. Pronto deseó con impaciencia que terminara la comida, para salir de la casa y respirar el aire nocturno.

Pero la familia de Lena comía lentamente, con una concentración y un silencio abrumadores, y parecía como si aquella cena señalara el final de toda su felicidad por estar juntos. Covenant se dio cuenta de que aquello era resultado de su presencia, y se sintió incómodo.

Para tranquilizarse, trató de profundizar en lo que sabía sobre su situación.

—Quisiera hacer una pregunta —dijo rígidamente, e hizo un gesto que abarcaba toda la pedraria—. No hay nada de madera. Este valle está lleno de árboles, pero veo que no usáis para nada la madera. ¿Acaso los árboles son sagrados?

Atiaran reflexionó un poco antes de responder.

—¿Sagrados? Conozco esa palabra, pero su significado es oscuro para mí. En la Tierra hay fuerza, en los árboles, los ríos, el suelo y la piedra, y la respetamos por la vida que da. Por eso hemos hecho el Juramento de Paz. ¿Es eso lo que preguntas? No usamos la madera porque la *lillianrill*, la ciencia de la madera, se ha perdido para nosotros, y no hemos tratado de recobrarla. Durante el exilio de nuestro pueblo, cuando la Desolación cayó sobre el Reino, se perdieron muchas cosas preciosas. Nuestro pueblo se aferró a la ciencia *rhadhamaerl* en la Cordillera Meridional y los Yermos, y nos permitió resistir. La ciencia de la madera no parecía ayudarnos, y se olvidó. Ahora que hemos vuelto al Reino, la ciencia de la piedra basta para nosotros.

Pero otros han conservado la *lillianrill*. He visto la Fustaria Alta, en las colinas que se extienden al norte y el este, y es un buen lugar... Sus habitantes comprenden la madera, y son un pueblo floreciente. Hay algunos intercambios comerciales entre pedrarias y fustarias, pero la madera y la piedra no se comercian.

Cuando se interrumpió, Covenant notó una diferencia en el nuevo silencio. Pasó un momento antes de que estuviera seguro de oír un distante rumor de voces. Atiaran lo confirmó en seguida, dirigiéndose a Trell.

—Ah, la reunión. Prometí que cantaré esta noche.

Atiaran y Trell se levantaron, y él dijo:

—Así es, y luego hablarás al Círculo de ancianos. Haré algunos preparativos para mañana. Mira —señaló la mesa—, mañana hará un buen día, no hay ninguna sombra en el corazón de la piedra.

Casi contra su voluntad, Covenant miró el lugar que señalaba Trell, pero no pudo ver nada.

Al darse cuenta de su perplejidad, Atiaran le dijo amablemente:

—No te sorprendas, Thomas Covenant. Sólo un *rhadhamaerl* puede predecir el tiempo en piedras como ésta. Ahora, si lo deseas, ven conmigo, y cantaré la leyenda de Berek Mediamano. —Mientras hablaba retiró el recipiente con gravanel de la mesa y lo llevó consigo—. Lena, ¿querrás lavar los platos?

Covenant se puso en pie. Miró a Lena y vio que la decepción se reflejaba en su rostro. Sin duda quería ir con ellos. Pero Trell también vio su expresión y dijo:

—Acompaña a nuestro huésped, Lena, hija mía. Yo puedo ocuparme de los platos.

Al instante la alegría transformó a la muchacha, y se levantó de un salto para echar los brazos al cuello de su padre. Éste respondió un momento a su abrazo y luego la bajó hasta depositarla en el suelo. Ella se arregló la túnica, tratando de parecer súbitamente recatada, y se puso al lado de su madre.

—Trell —dijo Atiaran—, así enseñarás a esta chica a pensar que es una reina.

Pero tomó la mano de Lena para mostrar que no estaba enfadada, y juntas salieron de la casa. Covenant las siguió y, al salir a la noche estrellada pareció sentirse liberado. Disponía de más espacio para explorarse a sí mismo bajo el cielo abierto.

Necesitaba la exploración. No podía comprender ni racionalizar su excitación creciente. El vino de primavera que había consumido parecía centralizar sus energías, triscaba en sus venas como un sátiro loco. Se sentía inexplicablemente embrutecido por la inspiración, como si fuera la víctima más que el origen de su sueño. ¡Oro blanco!, se dijo en la oscuridad que envolvía las casas. ¡Magia impetuosa! ¿Creerían que estaba loco?

Tal vez lo estaba. Quizá en aquel momento se sumía en la demencia, atormentándose con falsas aflicciones y exigencias, con las imposiciones de una

ilusión. Cosas semejantes habían ocurrido a los leprosos.

—¡No estoy loco! —dijo casi en voz alta—. Conozco la diferencia... Sé que estoy soñando.

Sus dedos se contorsionaron con violencia, pero respiró hondo el aire fresco y dejó atrás su tormento. Sabía cómo sobrevivir a un sueño. La locura era el único peligro.

Mientras caminaban entre las casas, el suave brazo de Lena rozó el suyo, y Covenant sintió un estremecimiento de placer.

El murmullo de la gente se hizo más intenso. Lena, Atiaran y Covenant no tardaron en llegar al círculo y se acercaron a la reunión de la pedraria.

Docenas de personas sostenían en las manos recipientes con brillante gravanel, y aquella iluminación permitió ver claramente a Covenant. Hombres, mujeres y niños se amontonaban en el borde del círculo. Covenant supuso que prácticamente la pedraria entera había acudido para escuchar la canción de Atiaran. La mayoría de las personas eran más bajas que Covenant, y mucho más que Trell, y tenían el cabello oscuro, marrón o negro, al contrario que Trell. Pero eran una raza robusta, de anchos hombros, e incluso las mujeres y los niños daban una impresión de fuerza física. Su trabajo con la piedra durante centurias les había modelado adecuadamente para aquella labor. Covenant sintió hacia ellos la misma clase de oscuro temor que había sentido hacia Trell. Parecían demasiado fuertes, y él no tenía más que su condición de extranjero para protegerse, si se volvían en su contra.

Todos hablaban entre sí, esperando, al parecer, a Atiaran, y no dieron signo alguno de que repararan en Covenant. Éste, deseoso de no hacerse notar, permaneció lo más alejado que pudo del grupo. Lena se quedó con él. Atiaran dio a su hija el recipiente de gravanel, y luego se abrió paso entre la multitud, hacia el centro del círculo.

Tras echar un vistazo a la asamblea, Covenant dirigió su atención a Lena, la cual permanecía a su derecha y cuya cabeza sólo sobresalía cuatro o cinco centímetros por encima de sus hombros. Sostenía con ambas manos el recipiente de gravanel a la altura de la cintura, de manera que la luz realzaba sus senos. Sin duda ella no era consciente de aquel efecto, pero él lo notó intensamente, y volvió a sentir en sus palmas con ansia y temor, la comezón que le producía su deseo de tocarla.

Como si Lena leyera sus pensamientos, lo miró con semblante dulce y grave a la vez, y el corazón de Covenant se agitó en su pecho, como si fuera demasiado grande para la prisión de la caja torácica. Algo azorado, desvió la mirada y la dirigió al círculo, sin ver en realidad nada. Cuando miró de nuevo a la muchacha, ella parecía hacer lo mismo: fingir que miraba a otra parte. Covenant apretó la mandíbula y se dispuso a esperar que sucediera algo.

Pronto los reunidos guardaron silencio. En el centro del círculo, Atiaran se irguió

sobre una baja plataforma de piedra. Hizo una reverencia a los presentes y éstos respondieron alzando en silencio sus recipientes de gravanel. Las luces parecieron concentrarse a su alrededor, como una penumbra.

Cuando bajaron los recipientes luminosos y la audiencia quedó finalmente quieta y en silencio, Atiaran comenzó a hablar.

—Esta noche me siento vieja... Mi memoria parece nublada y no recuerdo toda la canción que quisiera cantar. Pero cantaré lo que recuerdo, y os contaré la historia, como lo he hecho otras veces, para que podáis compartir conmigo el saber que poseo.

Entonces un breve rumor de risas se extendió entre los presentes, como un alegre tributo al conocimiento superior de Atiaran. Ésta permaneció en silencio e inclinó la cabeza para ocultar el miedo que aquel conocimiento le infundía, hasta que la gente se sosegó de nuevo. Entonces alzó el rostro y declaró:

—Cantaré la leyenda de Berek Mediamano.

Tras una última pausa, engastó su canción en el propicio silencio, como una joya tosca y única en su género.

*En la guerra los hombres pasan como sombras
que manchan la hierba,
dejando sus vidas sobre el césped:
Mientras la Tierra lamenta el fulgor carmesí,
los sueños de los hombres, las estrellas y los susurros
todos pasan sin remedio.
En una rojiza sombra arrojada por la aflicción y el mal,
en medio del charco rojo en que sus pies chapotean,
Berek siega a los viles como trigo en sazón,
aunque es el último guardián de la Belleza,
el último en pasar a la sombra de la derrota,
el último en ceder a la desesperación
y abandonar sus armas sobre el campo...
soltando su media mano el asidero del combate.
Con paso vacilante, los codiciosos traidores
se extienden por las llanuras del Reino,
mientras Berek huye ante la creciente marea,
hasta llegar al flanco rocoso del Monte Trueno,
para llorar así su pena.
¡Berek! ¡Amigo de la Tierra! Auxilio y dicha de todos,
¡Aguerrida defensa contra el enemigo!
¡Amigo de la Tierra! ¡Ayuda y salvación!
¡Limpia el Reino de muerte y aflicción!*

La canción hizo estremecerse a Covenant, como si ocultara un espectro que él hubiera debido reconocer. Pero la voz de Atiaran lo cautivó. No acompañaba su melodía con ningún instrumento, pero antes de que hubiera terminado el primer verso, Covenant supo que no los necesitaba. La claridad de su melodía estaba tapizada con inesperadas resonancias, armonías implícitas y ecos de voces silentes, de manera que con cada motivo ascendente parecía dividirse en tres o cuatro cantores, gargantas distintas y unánimes en la canción.

Había comenzado en un tono menor que hizo vibrar la noche tachonada de estrellas, envuelta en una pátina dorada, como bajo el efecto de un canto fúnebre, y con cada verso transmitió una sensación de irremediable pérdida, como si las cosas queridas y consagradas en la pedraria parecieran oscilar y desvanecerse. Mientras escuchaba, Covenant observó que la canción hacía llorar a todos los presentes, que sus lágrimas silenciosas brotaban al unísono bajo la fuerza emotiva de la cantora.

Pero el tono de aflicción no permaneció mucho tiempo en la voz. Tras una pausa que se abrió en la noche como una revelación, Atiaran repitió con renovado ímpetu su estribillo: «¡Berek! ¡Amigo de la Tierra!», y el cambio la llevó a una aguda modulación que hubiera sido demasiado violenta para una voz menos llena de sugerencias, menos densamente entretejida que la suya. La emoción del auditorio continuó, pero en un instante renació, pasando de la aflicción a la alegría y la gratitud. Y cuando la última nota larga y aguda de Atiaran surgió de su garganta como una salutación a las montañas y las estrellas, la gente alzó sus recipientes de gravanel y lanzó un grito resonante:

—¡Berek! ¡Amigo de la Tierra! ¡Salve!

Entonces las luces descendieron lentamente y sus portadores empezaron a avanzar, acercándose más a Atiaran para escuchar su relato. El impulso común fue tan sencillo e intenso, que Covenant también dio unos pasos involuntariamente. Pero se detuvo y miró bruscamente a su alrededor, centró la mirada en las estrellas que brillaban débilmente y olió el aroma del gravanel, que lo inundaba todo. La reacción unánime de los habitantes de la pedraria le asustó. No podía permitirse el abandono, su propia entrega a aquel impulso electrizante. Quiso marcharse, pero necesitaba escuchar la historia de Berek, de modo que permaneció donde estaba.

En cuanto todos se hubieron acomodado, Atiaran dio comienzo a su relato.

—Sucedió que hubo una gran guerra en los tiempos antiguos, en la era que señala el comienzo de la memoria de la humanidad, antes de que nacieran los Antiguos Amos, antes de que los Gigantes llegaran por el mar Cuna del Sol para sellar la alianza con los hermanos-piedra, una época anterior al Juramento de Paz, antes de la Desolación y la última batalla del Amo Superior Kevin. Fue una era en la que los viles que engendraron a los Demondim eran una raza superior y altiva, y los Entes de la Cueva forjaban y fundían hermosos metales para comerciar en franca amistad con

todos los pueblos del Reino. En aquel tiempo, el Reino era una gran nación, gobernada por un rey y una reina. Los reyes eran fuertes, llenos de amor y honor, y durante muchos años ejercieron su poder al unísono y en paz.

»Pero llegó un momento en que una sombra cubrió el corazón del rey. Probó el poder de vida y muerte sobre aquellos que le servían, y aprendió a desearlo. Pronto codició el dominio, que era para él tan necesario como el alimento. Pasaba las noches dedicado a oscuras investigaciones en busca de más poder, y día tras día ejercía ese poder, volviéndose más insaciable y cruel a medida que el deseo le invadía.

»Pero la reina veía lo que hacía su marido y se consternaba. Sólo deseaba que retornara la salud y la lealtad de los años anteriores. Pero ninguna apelación, persuasión ni poder por su parte, podía reducir la crueldad que degradaba al rey. Y al fin, cuando vio que el bien desaparecía irremediabilmente del Reino si no se ponía coto a los desmanes de su esposo, rompió con él y enfrentó su poder al del rey.

»Y hubo guerra en el Reino. Muchos que habían experimentado amargamente el azote del rey se pusieron al lado de la reina. Y muchos que odiaban el crimen y amaban la vida también se le unieron. El principal entre éstos fue Berek, el más fuerte y sabio de los paladines de la Reina. Pero el temor al rey dominaba en el Reino, y ciudades enteras se alzaron para luchar por él, matando para proteger su propia esclavitud.

»La batalla se extendió a todo el Reino, y durante algún tiempo pareció que la reina triunfaría. Sus héroes eran potentes en el combate, y ninguno lo era más que Berek, del que se decía que era digno contrincante de cualquier rey. Pero mientras la batalla se enconaba, una sombra, una nube gris del este, cayó sobre las huestes. Los defensores de la reina fueron arrasados, y su fuerza los abandonó. Pero sus enemigos encontraron en la sombra un poder de locura. Olvidaron su humanidad: descuartizaron, pisotearon, desgarraron, mordieron, mutilaron y profanaron, hasta que su terrible carnicería arrolló a los héroes y los camaradas de Berek sucumbieron uno tras otro a la desesperación y la muerte. Así, la batalla prosiguió hasta que Berek fue el último oponente de la sombra que quedó con vida.

»Pero Berek siguió luchando, sin hacer caso de su sino y el número de sus enemigos, y los hombres caían muertos bajo su espada como las hojas cuando sopla la galerna en otoño. Al final, el mismo rey, lleno del poder y la locura de la sombra, desafió a Berek y lucharon. Berek golpeó poderosamente, pero la sombra giró su acero. Así quedó equilibrado el combate, hasta que un hachazo del rey hendió la mano de Berek, cuya espada cayó al suelo. Entonces miró a su alrededor y, al ver la sombra y a todos sus bravos camaradas muertos, lanzó un gran grito de desesperación y, volviéndose, huyó del campo de batalla.

»Así pues, emprendió la huida, perseguido por la muerte, y el recuerdo de la sombra no lo dejaba. Corrió durante tres días, sin detenerse ni descansar ni un

momento, y durante tres días las huestes del rey lo persiguieron como una bestia asesina, anhelantes de sangre. Al final de sus fuerzas y en el extremo de su desesperación, llegó al monte Trueno. Trepó por su ladera rocosa, se dejó caer sobre una gran piedra y, llorando, se lamentó así:

»—¡Ay de la Tierra! Hemos sido derribados y no tenemos ningún amigo que nos redima. La belleza desaparecerá para siempre del Reino.

»Pero la roca en la que estaba tendido replicó:

»—Hay un amigo para el corazón que tenga la sagacidad de verlo.

»—Las piedras no son mis amigos —lloró Berek—. Mira, mis enemigos campean por el Reino y ninguna convulsión abre la tierra bajo sus sucios pies.

»—Puede ser —dijo la roca—. Están tan vivos como tú, y necesitan el suelo para sostenerse. Sin embargo, hay un amigo para ti en la Tierra, si le prometes tu alma por salvarte.

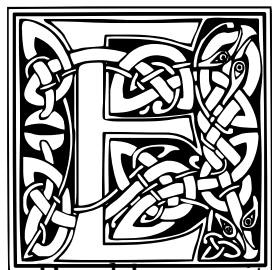
»Entonces Berek se levantó de la roca, y contempló a sus enemigos cerca de él. Hizo la promesa, sellándola con la sangre de su mano mutilada. La Tierra replicó con truenos y desde las alturas de la montaña cayeron las grandes piedras de los Leones de Fuego, devorándolo todo a su paso. El rey y todas sus huestes fueron sepultados, y sólo Berek quedó incólume en su roca, por encima de la devastación, como un gran barco en la mar.

»Después de la devastación, Berek rindió homenaje a los leones del monte Trueno, prometiendo a la Tierra respeto, participación y servicio por parte suya y de todas las generaciones que le sucederían en el Reino. Empuñó el primer símbolo del poder de la Tierra, el Bastón de la Ley, que hizo con una rama del Árbol Único, y con él comenzó la restauración del Reino. Con el tiempo, Berek Mediamano recibió el título de Corazón Fuerte y se convirtió en Amo Fundador, el primero de los Antiguos Amos. Quienes siguieron su senda florecieron en el Reino durante dos mil años.

Cuando Atiaran concluyó su relato, se hizo un largo silencio entre los presentes. Luego, al unísono, como si sus pulsos estuvieran sincronizados y constituyeran un único latido, los pedrarianos empezaron a avanzar hacia la mujer, extendiendo las manos para tocarla, llenos de agradecimiento. Ella abrió sus brazos para abrazar a todos los que pudo, y los que no pudieron alcanzarla se abrazaron entre sí, compartiendo la identidad de su respuesta común.

VII

LENA



n medio de aquel extraño ceremonial que electrizaba a los habitantes de la pedraria, pero que él no podía compartir, Covenant se sentía solo, súbitamente atrapado, amenazado. Una negra presión paralizaba sus pulmones, como si no tuviera suficiente aire. Sentía la claustrofobia del leproso, el temor que inspiran en el leproso las multitudes, de impredecible comportamiento. «¡Berek!», musitó con mordacidad. Aquella gente quería que fuera un héroe. Con una mueca de repugnancia ante semejante idea, se apartó de la multitud y deambuló entre las casas, lleno de enojo, como si los pedrarios le hubieran dirigido un insulto terrible.

«¡Berek!», repitió jadeando. ¡Qué absurda magia! Aquello era ridículo. ¿No sabían acaso que era un leproso? Nada podía estar más lejos de su alcance que la clase de heroísmo que aquella gente veía en Berek Mediamano.

Pero el Amo Execrable había dicho: «Se propone hacer de ti mi enemigo definitivo. Te ha elegido para que me destruyas».

Profundamente consternado, tuvo un atisbo del fin hacia el que podría conducirlo el camino del sueño, se vio ineluctablemente arrastrado a una confrontación con el Despreciativo.

Estaba atrapado. Naturalmente, no podría jugar al héroe en una guerra soñada. No podría abandonarse así, olvidar su condición, pues el olvido era suicida. Y, no obstante, no podría escapar de aquel sueño sin atravesarlo, no podría volver a la realidad sin despertar. Sabía lo que le ocurriría si permanecía sosegado y procuraba conservar la cordura. Incluso a tan poca distancia de las luces de la multitud, notaba la negrura que avanzaba hacia él por el cielo, rodeándolo con su batir de alas.

Anduvo tambaleándose hasta que se detuvo, apoyándose en una pared, y ocultó el rostro entre sus manos. «No puedo», jadeó. Todas sus esperanzas de que aquel Reino pudiera librarle de su impotencia y curar, de alguna manera, su corazón herido, se deshicieron en cenizas. «No puedo seguir, pero tampoco puedo detenerme. ¿Qué me sucede?».

De improviso, oyó pasos que se acercaban a él. Se enderezó y vio a Lena que corría a su encuentro. El movimiento de su recipiente de gravanel asaeteaba su figura con sombras inverosímiles. Cuando llegó a su lado, alzó el recipiente para poder verlo claramente.

—Eh, Thomas Covenant. ¿No te encuentras bien?

—No —replicó él con brusquedad—. No estoy bien. Nada está bien ni lo ha estado desde que... —las palabras se negaron un instante a salir de su boca—... desde que me divorcié. —La miró con fijeza, desafiándola a que le preguntara qué significaba divorciarse.

Lena sostenía la luz de tal manera que su rostro quedaba casi totalmente a oscuras, y él no pudo ver cómo reaccionaba ante sus palabras. Pero la muchacha parecía guiarse por cierta sensibilidad profunda. Cuando habló, no agravó el dolor de Covenant haciéndole toscas preguntas o dándole sus condolencias.

—Conozco un lugar donde puedes estar a solas —le dijo con dulzura.

Él asintió con brusquedad, apenas capaz de controlar sus nervios y ceder a una ciega violencia, pues no quería que nadie viera qué le sucedía.

Lena le tocó suavemente el brazo y lo condujo al exterior de la pedraria, hacia el río. Bajo la tenue luz de las estrellas llegaron a las orillas del Mithil y siguieron el curso del agua. A poco menos de un kilómetro llegaron a un viejo puente de piedra, que brillaba con un reflejo húmedo, como si acabara de surgir de las aguas para que Covenant lo utilizase. Aquel puente le pareció una especie de umbral. Tal vez había ocultos peligros al acecho en las colinas oscuras que se alzaban a lo lejos, al otro lado del río.

—¿Adónde vamos? —preguntó de repente a la muchacha, temeroso de que si cruzaba aquel puente, no pudiera reconocerse a sí mismo cuando regresara.

—Al otro lado —le dijo Lena—. Ahí podrás estar solo. Nuestra gente no cruza con frecuencia el Mithil. Se dice que las montañas occidentales son inhóspitas, que el mal del Retiro de la Perdición, que se encuentra tras ellas, ha desviado su espíritu. Pero yo he andado por todo el valle occidental, buscando piedras para hacer imágenes de *suru-pa-maerl*, y no he tropezado con ningún peligro. Hay un lugar cercano donde no serás molestado.

A pesar de su vetusta apariencia, el puente no le parecía a Covenant fiable. Las juntas, sin mortero, parecían tenues, unidas solamente por las sombras débiles y traicioneras que arrojaban las estrellas. Entró en el puente con aprensión, esperando que sus pies resbalaran y las piedras temblaran. Pero el arco era firme. Al llegar a la parte más elevada, Covenant se detuvo para inclinarse sobre el bajo pretil del puente y mirar el río.

Las negras aguas corrían bajo él, gruñendo su larga plegaria en busca de la absolución del mar. Covenant miró la corriente turbulenta como implorándole valor. ¿No podría ignorar todo lo que le amenazaba, las imposibilidades contradictorias, las locuras de su situación..., no podría regresar a la pedraria y fingir con desenfadada astucia que él era Berek Mediamano renacido?

No, no podría. Era un leproso, y ciertas mentiras jamás podría decirlas.

Lleno de angustia, golpeó el pretil con los puños. Alzó las manos, tratando de ver

si se había producido alguna herida, pero la mortecina luz de las estrellas no le permitió ver nada.

Haciendo una mueca, se volvió y siguió a Lena hacia la orilla occidental del Mithil.

No tardaron en llegar a su destino. Recorrieron un trecho en dirección oeste, luego subieron la empinada ladera de una colina a la derecha y, por un fragmentado barranco, bajaron de nuevo al río. Se abrieron paso cautelosamente por el accidentado fondo del barranco, como si anduvieran haciendo equilibrios sobre la quilla rota de un barco, cuyo casco destrozado se alzaba a ambos lados de ellos, estrechando sus horizontes. Algunos árboles surgían de los lados como mástiles, y cerca del río el casco permanecía embarrancado sobre una faja de arena fina que iba disminuyendo hacia un chato promontorio rocoso que penetraba en el río. El Mithil se quejaba alrededor de esta roca, como si lo molestara la breve constricción de sus orillas, y el sonido llenaba el barranco como una brisa marina que gimiera entre los restos de un barco naufragado en un arrecife.

Lena se detuvo en el fondo arenoso. Arrodillándose, excavó con las manos un hoyo y vació en él su recipiente de gravanel. Las piedras de fuego irradiaron más luz desde el hoyo, y el fondo del barranco quedó iluminado con una luz amarillenta. Poco después Covenant notó el suave calor del gravanel. El brillo de las piedras le hizo notar el frescor de la noche agradable, adecuada para sentarse alrededor de una fogata. Se agachó al lado del gravanel, estremeciéndose, y le pareció que aquel era el último temblor que le anunciaba un ataque inminente de histeria.

Tras colocar el gravanel en la arena, Lena se dirigió al río. La luz apenas llegaba al lugar del promontorio en el que se hallaba, y la forma de su cuerpo era imprecisa, pero Covenant pudo ver que tenía el rostro alzado al cielo, y al seguir la dirección hacia la que miraba la muchacha, sobre la negra masa de las montañas, vio que la luna se alzaba. Un velo plateado empalidecía a las estrellas sobre el borde rocoso, oscureciendo el valle con su sombra, pero ésta pronto pasó por el barranco y la luz de la luna cayó sobre el río, dándole el aspecto de plata vieja. Y cuando la luna llena se alzó de las montañas, envolvió a Lena con su luz, como una neblina nívea que acariciaba su cabeza y sus hombros. Inmóvil junto al río, ella mantuvo el rostro levantado hacia la luna, y Covenant la contempló sintiendo unos celos extraños, como si estuviera encaramada al borde de un precipicio que le pertenecía a él.

Finalmente, cuando la luz de la luna cruzó el río y penetró en el este del valle, Lena agachó la cabeza y volvió al hoyo de arena.

—¿Debo irme? —preguntó dulcemente a Covenant, rehuendo su mirada.

Él sintió una comezón en las palmas, como si deseara golpear a la muchacha por la mera sugerencia de que podría quedarse. Pero, al mismo tiempo, la noche le atemorizaba, y no quería quedarse solo en la oscuridad. Enderezándose con

dificultad, se alejó unos pasos de Lena, mirando ceñudo la pared del barranco, y procuró que su voz no trasluciera ninguna emoción cuando le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero saber más de ti —replicó ella con voz sosegada y segura.

Covenant se sobresaltó y agachó la cabeza, como si algo provisto de garras se hubiera arrojado sobre él desde el cielo. Luego se irguió de nuevo con brusquedad.

—Pregunta.

—¿Estás casado?

Covenant se volvió en redondo para enfrentarse a ella, como si le hubiera acuchillado por la espalda. El dolor que reflejaba su mirada y la expresión de su rostro desconcertó a Lena, la cual retrocedió, bajó los ojos y desvió la cabeza. Al ver la incertidumbre de la muchacha, Covenant sintió que su rostro le había traicionado una vez más. No había deseado que sus facciones se contorsionaran. Quería contenerse, no ceder de aquel modo..., al menos delante de ella. Pero Lena agravaba su aflicción como nada ni nadie lo había hecho hasta entonces.

—Sí —le dijo, esforzándose por controlarse—. No. No importa. ¿Por qué me lo preguntas?

Todavía desconcertada por la mirada feroz de Covenant, Lena se sentó en la arena, junto al gravanel, y le miró de soslayo. No dijo nada de momento, y él comenzó a pasear arriba y abajo, por la faja arenosa. Mientras andaba, daba vueltas a su alianza matrimonial y tiraba violentamente de ella.

Poco después Lena le dijo, como si hablara de algo que no le concerniera:

—Hay un hombre que desea casarse conmigo. Se llama Triock, hijo de Thuler. Aunque no tengo la edad, me corteja, de manera que cuando llegue el momento no tendré otra elección. Pero si ahora tuviera la edad, no me casaría con él. Oh, es un buen hombre a su manera, un buen pastor de ganado, valeroso en la defensa de sus reses. Y es más alto que la mayoría. Pero hay tantas maravillas en el mundo, tantos poderes que conocer, tanta belleza que compartir y crear... Y yo no he visto los ranyhyn. No podría casarme con un pastor de ganado que no desea más que una *suru-pa-maerl* por esposa. Preferiría ir a estudiar a la Raat, como hizo Atiaran, mi madre, pondría todo mi interés y saldría adelante a pesar de todas las pruebas a que me sometiera la Ciencia, hasta que me convirtiera en una Ama. Se dice que tales cosas pueden suceder. ¿Lo crees así?

Covenant apenas la escuchaba. Seguía paseando, lleno de agitación, lacerado por el recuerdo de Joan, que no podía reprimir. Al lado de su amor perdido, Lena y la noche plateada carecían de significado. De improviso le pareció evidente la falsedad de su sueño, y aquella tierra remota que se le había revelado le pareció una nueva permutación en la desolación de la lepra. Aquello no era real, sino un tormento que él mismo infligía a su subconsciente, una revuelta involuntaria contra su dolencia y su

perplejidad. Se preguntó si todo aquello era una reacción de su yo más profundo por ser un paria, si ser un apestado, rechazado por la sociedad, podía llegar a producir semejante conmoción. En cualquier caso, no quería soportarlo más. Notó que estaba a punto de gritar. Haciendo un esfuerzo para dominarse, se sentó en la arena, de espaldas a Lena y se abrazó las rodillas tan fuerte como pudo.

—¿Cómo se casa la gente aquí? —preguntó sin que le importara la falta de firmeza de su voz.

—Es muy sencillo —dijo ella en tono desenvuelto—, cuando un hombre y una mujer se eligen mutuamente. Después de que los dos se han hecho amigos, si desean casarse se lo dicen al Círculo de ancianos. Y los ancianos tardan una estación en asegurarse de que la amistad de los dos es auténtica, que no existen celos ocultos ni promesas falsas tras ellos que les pudieran trastornar en el porvenir. Entonces los habitantes de la pedraria se reúnen en el centro, y los ancianos abrazan a los dos y les preguntan: «¿Queréis compartir la vida, en la alegría y la tristeza, el trabajo y el descanso, la paz y la lucha, para lograr el nuevo Reino?». Y los dos responden: «Vida con vida, elegimos compartir las bendiciones y el servicio de la Tierra».

Hizo una pausa reverente, y luego prosiguió:

—Los pedrarianos gritan al unísono: «¡Es bueno! ¡Dejemos que haya vida, alegría y fuerza mientras duren los años!». Entonces el día entero es fiesta, y los nuevos desposados enseñan nuevos juegos, danzas y canciones a la gente, para que se renueve la felicidad de la pedraria y no falten en el Reino la comunicación y el placer. —Hizo otra pausa antes de continuar—: La boda de Atiaran, mi madre, y Trell, mi padre, fue una ocasión memorable. Los ancianos que nos enseñan han hablado de ello muchas veces. Todos los días, en la estación dedicada a la seguridad, Trell subía a las montañas, en busca de senderos olvidados y grutas perdidas, cataratas ocultas y nuevas grietas, en busca de una piedra de *orcrest*, que es preciosa y tiene muchos poderes, pues en aquel tiempo hubo una sequía en las Llanuras Meridionales, y el hambre asolaba la pedraria.

»Entonces, la víspera de la boda, encontró su tesoro, un pedazo de *orcrest* más pequeño que un puño. Y durante la alegre fiesta, tras los discursos rituales, él y Atiaran, mi madre, salvaron a la pedraria. Mientras ella cantaba una profunda canción a la Tierra, una canción conocida en la Raat pero olvidada desde hacía mucho tiempo por nuestro pueblo, mi padre sostenía la *orcrest* en su mano y la rompía con la fuerza de sus dedos. Mientras la piedra se convertía en polvo, se oían los truenos en las montañas, aunque no había nubes, y un rayo surgió del polvo de su mano. Al instante, el cielo azul se ennegreció con nubes de tormenta y la lluvia empezó a caer, y los días siguientes los pedrarianos pudieron sonreír como un pueblo renacido.

Aunque se abrazaba las piernas con todas sus fuerzas, Covenant no podía dominar la ira que le embargaba. ¡Joan! La historia que le contaba Lena era como una burla de

sus dolores y fracasos. No podía... Por un momento la mandíbula le tembló a causa del esfuerzo que hacía para hablar. Entonces se incorporó de un salto y se dirigió al río. Mientras recorría la corta distancia, se agachó y recogió una piedra. Desde el promontorio arrojó al agua la piedra con toda la fuerza de que fue capaz. ¡No podía! Le respondió el débil chapoteo de la piedra en el agua, pero en seguida el ruido desapareció bajo la interminable queja del río y las ondas se esfumaron.

—Regalé a Joan un par de botas de montar como presente de boda —dijo Covenant al río, en voz baja. Y entonces, agitando violentamente los puños exclamó —: ¡Botas de montar! ¿No te sorprende mi impotencia?

No vio que Lena se levantaba, perpleja ante su actitud, y se acercaba a él con una mano extendida, como si quisiera suavizar la violencia que le atenazaba la espalda. Pero se detuvo a pocos pasos de Covenant, buscando alguna frase apropiada.

—¿Qué le ocurrió a tu esposa? —susurró Lena al cabo de un momento.

Los hombros de Covenant se estremecieron.

—Se marchó —dijo con voz ronca.

—¿Cómo murió?

—Ella no... Yo. Me dejó. Se divorció de mí. Nuestro matrimonio terminó cuando más la necesitaba.

—¿Cómo podría ocurrir semejante cosa mientras hay vida? —preguntó Lena en tono indignado.

—No estoy vivo —replicó él, sintiendo que la ira se agolpaba en su garganta—. Soy un leproso, un paria inmundo. Los leprosos somos feos, y sucios, abominables.

Aquellas palabras horrorizaron a Lena.

—¿Cómo es posible? —gimoteó—. Tú no eres... abominable. ¿Qué mundo es ese que se atreve a tratarte así?

Los músculos de Covenant se tensaron aún más en sus hombros, como si cerrara las manos en la garganta de algún demonio atormentador.

—Es real. Eso es la realidad, los hechos. Ésa es la clase de cosa que acaba contigo si no crees en ella. —Hizo un gesto de rechazo hacia el río y añadió—: Esto es una pesadilla.

Lena se acaloró de súbito.

—No lo creo. Puede que lo sea tu mundo, pero el Reino..., ah, el Reino es auténtico.

La tensión que Covenant notaba en la espalda se relajó de súbito, y se dirigió a Lena con un sosiego inexplicable.

—¿Estás tratando de volverme loco?

Su extraño tono de voz sobresaltó a la muchacha. Permaneció un momento indecisa, sintiendo que el río y el barranco se cerraban a su alrededor como una trampa. Entonces Covenant se volvió hacia ella y le cruzó el rostro de una bofetada.

La fuerza del golpe hizo que Lena retrocediera tambaleándose hasta la luz del gravanel. Él la siguió, con el rostro contorsionado por una mueca maligna. Al recuperar el equilibrio, Lena le miró aterrada, segura de que pretendía matarla. Aquella idea la paralizó. Se quedó inmóvil, impotente, mientras él se acercaba.

Las manos de Covenant agarraron la túnica de Lena y rasgaron el tejido como si fuera un velo. La muchacha no pudo moverse. Él la contempló un instante, miró sus senos altos y perfectos y las cortas enaguas, con una sombría expresión triunfal en la mirada, como si hubiera puesto al descubierto alguna trama execrable. Luego la cogió del hombro con la mano izquierda y desgarró las enaguas con la derecha, obligándola a tenderse en la arena mientras la desnudaba.

Ahora Lena quería resistirse, pero sus miembros no se movían, agarrotados por la angustia y la desesperación.

Poco después, él dejó caer su peso sobre el pecho de Lena, y se abrió paso en sus entrañas con una furia que quebró el silencio de la joven, haciéndola gritar. Pero aunque gritara, sabía que era demasiado tarde para ella. Algo que su pueblo consideraba un don le había sido arrebatado.

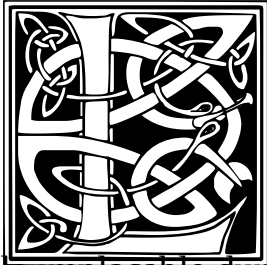
Pero Covenant no se sentía como un conquistador. Las oleadas de placer le inundaron, como si hubiera caído en un Mithil de frenesí bullente. Sofocado por la pasión, casi se desvaneció. Luego el tiempo pareció inmovilizarse, transcurrieron instantes que podrían ser horas, horas durante las cuales su mundo, desatendido, pudo haberse derrumbado.

Al fin notó la suavidad del cuerpo de Lena bajo el suyo, los leves estremecimientos de sus sollozos. Haciendo un esfuerzo se incorporó y se puso en pie. Miró a la muchacha, iluminada por el gravanel, y descubrió la sangre en sus ingles. Covenant notó de súbito que la cabeza le daba vueltas, que perdía el equilibrio, como si se asomara a un precipicio. Se volvió y avanzó torpemente hacia el río, se tendió sobre la roca y arrojó al agua el contenido de su vientre. El Mithil engulló los vómitos y siguió su curso como si nada hubiera sucedido.

Permaneció inmóvil sobre la roca, dominado por la fatiga de sus nervios exacerbados. No oyó que Lena se levantaba, recogía sus harapos, no la oyó hablar ni alejarse por el accidentado barranco. No oyó más que el lamento del río, no vio más que las cenizas de su pasión consumida, no sintió más que la humedad de la roca sobre sus mejillas, como lágrimas.

VIII

EL ALBA DEL MENSAJE



entamente Covenant despertó sobre la dura roca. Los sueños de tiernos abrazos se difuminaron con el alba, y permaneció un rato aún con los sentidos embotados, rodeado, en su ascético lecho de piedra, por el rumor incansable del río, los frescos olores del día y los trinos de los pájaros que cruzaban el cielo. Mientras recobraba la conciencia se sentía en paz y armonía con su entorno, e incluso la implacable dureza de la piedra le parecía apropiada.

Sus primeros recuerdos de la noche anterior fueron de orgasmo, congoja y una liberación y satisfacción tan grandes que habría estado dispuesto a vender su alma para que tales cosas formaran parte de su vida real. Durante un largo momento de alegría, experimentó de nuevo aquella sensación. Entonces recordó que para conseguirla había herido a Lena.

¡Lena! Giró sobre sí mismo y se sentó en la roca. Amanecía. El sol aún no había salido por encima de las montañas, pero el valle estaba ya lo bastante iluminado por la luz procedente de las llanuras para poder ver que la muchacha había desaparecido.

Había dejado el fuego ardiendo en la arena, en lo alto del barranco. Covenant se incorporó tambaleándose, escudriñó el barranco y las dos orillas del Mithil, en busca de alguna señal de Lena o, imaginó de súbito, una multitud de pedrariansos dispuestos a vengarla. El corazón le latió con violencia. Aquella gente, fuertes como rocas, no estaría interesada en sus explicaciones o disculpas. Trató de descubrir si le perseguían, como un fugitivo.

Pero nada trastornaba la quietud del alba, como si no hubiera ningún delito, ningún ser con deseos de castigo. El pánico de Covenant fue cediendo gradualmente. Tras dar una última mirada a su alrededor, empezó a prepararse para cualquier cosa que tuviera que afrontar a partir de entonces. Sabía que debía ponerse en camino en seguida, apresurarse hacia la relativa seguridad de las llanuras, siguiendo el curso del río. Pero era un leproso, y no podía emprender a la ligera viajes solitarios. Tenía que organizarse.

No pensó en Lena, pues sabía por instinto que no podía permitirse pensar en ella. Había violado su confianza y la de la pedraria: ése era el hecho central de la noche anterior, y no podía pensar en los detalles, un hecho que pertenecía al pasado, irrevocable e ilusorio, como el mismo sueño. Con un esfuerzo que casi le hizo estremecerse, dejó atrás aquel pasado. Casi por accidente, en la atalaya de Kevin, había descubierto la respuesta a tanta locura: seguir avanzando, no pensar en ella,

sobrevivir. Esa respuesta le era aún más necesaria ahora. El temor que había sentido la noche anterior, cuando le identificaron con Berek, carecía relativamente de importancia. Su parecido con un héroe legendario formaba sólo parte de un sueño, no era ningún hecho que se le impusiera. Para centrarse, practicó la OVE, revisando su cuerpo minuciosamente.

Cuando estuvo seguro de que no tenía ninguna lesión oculta, ninguna peligrosa mancha purpúrea, se acercó al borde del promontorio. Todavía temblaba. Necesitaba más disciplina y mortificación. Las manos se le agitaban, como si no pudieran tranquilizarse sin el rito habitual del afeitado. Pero la navaja que llevaba en el bolsillo era inadecuada para afeitarse. Poco después, aspiró hondo, se sujetó al borde rocoso y se sumergió vestido en el río.

La corriente le rodeó seductoramente, despertándole el deseo de flotar en las límpidas aguas, meciéndose en ellas bajo el cielo azul del día primaveral. Pero el agua estaba demasiado fría, y sólo pudo resistir su helada temperatura el tiempo indispensable para zambullirse y chapotear un poco. Luego se encaramó a la roca y se irguió encima de ésta, resoplando y quitándose el agua del rostro. El agua que goteaba de su cabello se le metía en los ojos, cegándolo momentáneamente, por lo que no vio en seguida que Atiaran estaba en la arena, junto al gravanel, mirándolo con una expresión grave y firme.

Al verla, Covenant se quedó paralizado, como si le hubieran sorprendido en medio de un flagrante delito. Se quedaron un momento mirándose, con la arena y la roca entre ambos. Cuando ella comenzó a hablar, Covenant se sintió presa de pánico, esperando que Atiaran lo insultara, lo denunciara, le dirigiese imprecaciones. Pero ella se limitó a decir:

—Acércate al gravanel. Debes secarte.

No había el menor atisbo de reproche o rencor en el tono de la mujer, y aunque Covenant lo escrutó con todos sus sentidos, no halló en él más que decisión y una serena tristeza. De súbito adivinó que ella no sabía lo que le había ocurrido a su hija.

Respiró hondo para sosegar los latidos de su corazón, avanzó y se agachó junto al gravanel. En su mente se sucedían improbables especulaciones que pudieran explicar la actitud de Atiaran, pero mantuvo el rostro vuelto hacia la fuente de calor y guardó silencio, esperando que ella dijera algo que le permitiera deducir cuál era la situación.

—Sabía donde encontrarte —dijo en seguida la mujer—. Antes de que regresara de hablar con el Círculo de ancianos, Lena le dijo a Trelle que estabas aquí.

Atiaran se interrumpió, y Covenant hizo un esfuerzo para preguntarle:

—¿Vio Trelle a la chica?

Sabía que la pregunta podía originar sospechas. Pero Atiaran le respondió con sencillez.

—No, fue a pasar la noche con una amiga. Sólo comunicó el mensaje al pasar por

casa.

Covenant permaneció largo rato callado e inmóvil, perplejo por las implicaciones de lo que Lena había hecho. ¡Se había limitado a informar de dónde estaba! Al principio notó una sensación de alivio. Estaba a salvo, al menos temporalmente. Al callar, Lena le había proporcionado un tiempo precioso. No había duda de que la gente de aquel reino estaba preparada para hacer sacrificios...

Pero un instante después, comprendió que Lena no había hecho aquel sacrificio por él. No podía imaginar que a la muchacha le preocupara su seguridad personal. No, había decidido protegerlo porque era una imagen de Berek, portador de mensajes a los Amos. Lena no quería que su propósito fuera impedido por la venganza de los pedrarianos. Aquélla era su contribución a la defensa del Reino contra el Amo Execrable, el asesino gris.

Era una contribución heroica. A pesar de su disciplina y su temor, comprendió que Lena había hecho un esfuerzo tremendo para que él pudiera transmitir su mensaje. Le pareció verla acurrucada, desnuda, tras una roca al pie de las colinas, pasando allí aquella noche aciaga, rehuyendo por primera vez en su corta vida los brazos abiertos de su comunidad, soportando a solas el dolor y la vergüenza de su cuerpo mancillado, para que Covenant no tuviera que rendir cuentas de su acto. Y el recuerdo punzante de las ingles ensangrentadas de la muchacha lo laceró. Trató de concentrarse en otra cosa para ahuyentar aquel recuerdo. Apretó los dientes y se dijo que debía ir al Consejo.

—¿Qué dijeron los ancianos? —preguntó gravemente cuando se hubo serenado.

—Tenían poco que decir —replicó ella en tono neutro—. Les dije lo que sabía de ti..., y el peligro que corre el Reino, y estuvieron de acuerdo en que yo debía conducirte a las Defensas de los Amos. Por ello he venido aquí. Mira —señaló dos bultos en el suelo, cerca de sus pies—. Estoy dispuesta. Trel, mi marido, me ha dado su bendición. Siento marcharme sin despedirme siquiera de Lena, mi hija, pero el tiempo apremia. No me has dicho todo tu mensaje, pero tengo la impresión de que a partir de hoy todo retraso es peligroso. Los ancianos pensarán en la defensa de las llanuras. Debemos partir.

Covenant la miró, y esta vez comprendió que la decisión de aquella mujer, por mucha tristeza que le produjera, era irrevocable. Tenía miedo y creía que no viviría para regresar junto a su familia. Covenant sintió de súbito lástima por ella. Sin comprender del todo lo que decía, trató de tranquilizarla.

—Las cosas no están tan mal. Un ente de la cueva ha encontrado el Bastón de la Ley, y creo que realmente no sabe cómo usarlo. De algún modo los Amos tienen que arrebátárselo.

Pero su intento resultó fallido, pues Atiaran se puso rígida y pareció angustiarse aún más.

—Entonces la vida del Reino depende de nuestra rapidez. ¡Ojalá pudiéramos pedir ayuda a los ranyhyn! Pero los hombres Ra son cicateros en su apoyo al Reino, y nadie ha montado un ranyhyn, excepto los Amos y los miembros de la Escolta de Sangre, desde el inicio de la era. Tenemos que caminar, Thomas Covenant, y Piedra Deleitosa se encuentra a trescientas largas leguas de distancia. ¿Se han secado tus ropas? Debemos ponernos en camino.

Covenant estaba preparado. Tenía que alejarse de aquel lugar, así que se puso en pie y dijo a Atiaran que podían marcharse.

Sin embargo, creyó ver cierta irresolución en la mirada que le dirigió Atiaran. Hablando en voz baja, y como si dijera algo que la mortificaba, le dijo:

—¿Confías en mí para que te guíe, Thomas Covenant? No me conoces. Mis estudios en la Raat fracasaron.

Su tono no parecía indicar que fuera indigna de confianza, sino que él estaba en su derecho de juzgarla. Pero Covenant no estaba en situación de juzgar a nadie.

—Confío en ti —dijo con voz áspera—. ¿Por qué no? Tú misma has dicho... —vaciló un momento, pero pronto prosiguió—: tú misma has dicho que he venido para salvar o condenar el Reino.

—Cierto —replicó ella—, pero no tienes el hedor de un sirviente del asesino gris. Mi corazón me dice que el destino del Reino está en confiar en ti, para bien o para mal.

—Partamos, entonces.

Cogió la especie de mochila que Atiaran le ofrecía y se la colocó a la espalda, pasando los brazos por las correas. Pero antes de colocarse su mochila, Atiaran se arrodilló junto al gravanel en la arena, pasó las manos sobre las piedras de fuego y empezó a entonar en voz muy baja una canción, una melodía que parecía torpe en sus labios, como si no estuviera acostumbrada a ella, y, bajo los movimientos de sus manos, la luz amarilla se apagó. Poco después las piedras adquirieron un color gris pálido, de guijarro, como si la mujer las hubiera arrullado para que durmieran y su calor se hubiese disipado. Una vez frías, las recogió, las colocó en su recipiente, cubrió éste y lo guardó en su mochila.

Aquella escena le recordó a Covenant todas las cosas que él desconocía sobre aquel sueño.

—Una sola cosa necesito —le dijo a la mujer cuando se levantó—. Quiero que me hables... que me lo digas todo sobre la Raat, los Amos y todo aquello que podría interesarme. —Entonces, como no podía darle a la mujer la razón de aquella demanda, concluyó sin convicción—: Así mataremos el tiempo.

Atiaran se colocó la mochila, y lanzó una mirada burlona a Covenant.

—Eres extraño, creo que estás demasiado deseoso de conocer mi ignorancia. Pero te diré lo que sé, aunque sin tu atuendo y tus palabras, te creería totalmente extraño al

Reino. Ahora ven. A lo largo del camino que recorreremos esta mañana crecen innumerables bayas-tesoro. Nos desayunaremos con ellas. La comida que llevamos debemos conservarla para los imprevistos que puedan surgir.

Covenant asintió y siguió a Atiaran en su ascenso por la pared del barranco. Notó una sensación de alivio al ponerse de nuevo en movimiento, y avanzaron con rapidez. Pronto llegaron al río y se acercaron al puente.

Atiaran empezó a recorrer el puente, pero al llegar al punto más alto se detuvo. Cuando Covenant llegó a su lado, ella le señaló el norte, siguiendo la dirección del Mithil, hacia las lejanas llanuras.

—Te lo diré sin ambages, Thomas Covenant: no tengo intención de seguir una ruta directa hasta las Defensas de los Amos, que están al oeste, a trescientas leguas a partir de las Llanuras Centrales del Reino. Ahí vive mucha gente, en pedrarias y fustarias, y es posible que encontremos el camino y la ayuda que nos lleven a donde debemos ir. Pero no podemos confiar en encontrar caballos, que son escasos en el Reino, y pocos los conocen, excepto los que habitan en Piedra Deleitosa.

»Tengo la corazonada de que podemos ahorrar tiempo si nos dirigimos al norte, cruzando el Mithil cuando gira al este y entrando en la tierra de Andelain, donde las magníficas colinas son la flor de todas las bellezas de la Tierra. Por allí llegaremos al río Aliviaalmas, y tal vez encontremos una embarcación que nos lleve por ese dulce curso de agua, dejando al oeste las tierras de Trothgard, donde se conservan las promesas de los Amos, hasta llegar a la gran Piedra Deleitosa, morada de los Amos. Las corrientes del río Aliviaalmas bendicen a todos los viajeros, y nuestro viaje terminará antes si encontramos allí alguien que nos lleve. Pero debemos pasar a cincuenta leguas del Monte Trueno... o Gravin Threndor. —Al pronunciar el antiguo nombre, un estremecimiento pareció recorrer su voz—. Es ahí o en ninguna otra parte donde se ha encontrado el Bastón de la Ley, y no quisiera aproximarme, ni siquiera a la distancia de Andelain, a quien esgrima indebidamente semejante poder.

Atiaran se interrumpió un momento, vacilante, y luego prosiguió:

—Jamás podríamos dejar de lamentar que un corrupto ente de la cueva se hiciera con el anillo que llevas... Los malignos están prestos a desatar violentas fuerzas mágicas. Y aunque el ente de la cueva fuera incapaz de utilizar el anillo, me temo que los ur-viles todavía viven bajo el Monte Trueno. Son criaturas instruidas en la ciencia, y sabrían qué hacer con el oro blanco.

»Pero el tiempo se nos echa encima, y debemos economizarlo tanto como podamos. También hay otra razón para buscar el paso de Andelain en esta época del año... si nos apresuramos, pero no debo hablar de ella. Tú la verás y te alegrarás, si nada malo nos acontece en el camino.

Miró fijamente a Covenant, con tanta intensidad, que él sintió, al igual que la noche anterior, que lo escrutaba en busca de sus debilidades. Temió que descubriera

en su rostro lo que había hecho aquella noche, y tuvo que hacer un esfuerzo para sostener la mirada de la mujer, hasta que ésta le dijo:

—Ahora dime, Thomas Covenant. ¿Irás a donde yo te lleve?

Sintiéndose a la vez avergonzado y aliviado, Covenant le respondió:

—Pongámonos en marcha. Estoy dispuesto.

—Muy bien —dijo ella, y empezó a caminar hacia la orilla oriental.

Covenant permaneció un momento mirando el río, cuyo suave lamento parecía lleno de ecos que gimoteaban, como si le dijeran con serena ironía: ¿No te sorprende mi impotencia? La inquietud ensombreció el rostro de Covenant, pero se sobrepuso, se frotó el anillo y echó a andar en pos de Atiaran, dejando que el Mithil siguiera su curso como una corriente de olvido o una frontera de muerte.

Cuando el sol se alzó sobre las montañas orientales, Atiaran y Covenant se dirigían al norte, siguiendo el curso del río hacia las abiertas planicies. Al principio viajaron en silencio. Covenant hacía cortas incursiones a los cerros situados a la derecha, para recoger *alianta*, y encontró su sabor a melocotón ligeramente ácido tan delicioso como antes. Había en su jugo una fina esencia que convertía el apetito y el sabor en sensaciones de extraordinaria intensidad. Evitaba recoger todas las bayas de un solo arbusto, a veces tenía que apartarse de la senda que Atiaran recorría con paso firme y sin tregua, para encontrar suficiente alimento con el que satisfacer su apetito, y luego esparcía las semillas, tal como le había enseñado Lena. Luego tenía que correr para dar alcance a Atiaran. Así recorrió casi una legua, y cuando terminó de comer, el valle era perceptiblemente más ancho. Hizo una última incursión, esta vez hasta la orilla del río, para beber, y luego se apresuró para dar alcance a Atiaran.

Algo en las facciones de la mujer parecía pedirle que no hablara, y Covenant se dedicó a poner en práctica sus ejercicios de supervivencia. Luego se esforzó para recuperar aquel paso mecánico que le había llevado tan lejos desde Haven Farm. Atiaran parecía resignada a caminar sin detenerse trescientas leguas, pero él no lo estaba. Sentía que le serían necesarias todas sus precauciones de leproso para caminar todo un día sin sufrir lesiones, y con el ritmo de sus pasos se esforzó por dominar la inquietud que le producía su situación.

Sabía que al final tendría que explicar su peculiar peligro a Atiaran. Podría necesitar su ayuda, o al menos su comprensión. Pero todavía no... aún carecía de suficiente dominio de sí mismo para hacerlo.

Poco después, Atiaran cambió de dirección y comenzó a alejarse del río, en dirección a las colinas nororientales. A tan corta distancia de las montañas, los cerros eran empinados y en espiral, y la mujer no parecía seguir una dirección concreta. Covenant, tras ella, subía y bajaba con dificultad las retorcidas cuestas rocosas, aunque la disposición natural del terreno tendía a dirigirles constantemente al oeste. El peso de la mochila empezó a causarle dolores a Covenant en el cuello, y notó los

primeros indicios de calambres bajo los omóplatos. Pronto jadeó intensamente, murmurando contra la absurda elección de direcciones que hacía Atiaran.

Hacia media mañana, la mujer se detuvo para descansar en una curva en pendiente que rodeaba una alta colina. Atiaran se quedó de pie, pero a Covenant le temblaban los músculos a causa del esfuerzo, y se tendió en el suelo al lado de ella, respirando con fuerza. Cuando se recuperó un poco, preguntó con voz entrecortada:

—¿Por qué no hemos rodeado estas colinas por el norte y luego por el este? Así nos habríamos ahorrado tanta subida y bajada.

—Hay dos razones —dijo ella—. Ahí delante hay un desfiladero que pasa a través de las colinas, y resulta fácil avanzar por él, así que ganaremos tiempo. Y una vez más —hizo una pausa mientras miraba a su alrededor— podemos perder algo. Desde que salimos del puente, he tenido el temor de que nos seguían.

—¿Nos siguen? —Covenant se sobresaltó—. ¿Quién?

—No lo sé. Es posible que ya anden por ahí los espías del asesino gris. Se dice que sus sirvientes más importantes, los Delirantes, no pueden morir mientras él viva. No tienen cuerpo propio, y sus espíritus vagan hasta que encuentren seres vivos a los que puedan dominar. Así, aparecen como animales o seres humanos, según las circunstancias, y corrompen la vida del Reino. Pero confío en que no nos seguirán a través de estas colinas. ¿Has descansado? Debemos proseguir.

Tras arreglarse la túnica bajo las correas de la mochila, Atiaran comenzó a bajar la pendiente. Poco después, Covenant la siguió gruñendo.

Durante el resto de la mañana, Covenant tuvo que hacer un esfuerzo para no ceder al agotamiento. La fatiga le insensibilizaba las piernas, y el peso en sus espaldas parecía impedirle el aliento, de modo que jadeaba como si se asfixiara. No estaba preparado para semejante ejercicio físico, y avanzaba con pasos inseguros, dando traspiés, subiendo y bajando los cerros. Una y otra vez, sólo las botas y el grueso tejido de sus pantalones, evitaban que se lesionara. Pero Atiaran caminaba delante de él ágilmente, sin apenas un movimiento innecesario o un paso en falso, y aquel ejemplo hacía que Covenant siguiera adelante.

Finalmente Atiaran dobló un recodo y bajó hacia un largo barranco que se extendía hacia el norte en toda la longitud que podía abarcar la mirada, una especie de tajo en las colinas. Por el centro del desfiladero discurría un riachuelo, y los caminantes se detuvieron junto a él para beber, lavarse el rostro y descansar. Esta vez ambos se desprendieron de las mochilas y las dejaron en el suelo. Jadeante, Covenant se tendió en el suelo boca arriba y cerró los ojos.

Durante un rato se limitó a descansar, escuchando su propia respiración acelerada y áspera, hasta que ésta se tranquilizó y entonces pudo oír el suave silbido de la brisa. Abrió los ojos para ver dónde se encontraba. Ante él se alzaba la Atalaya de Kevin, con sus mil metros de altura.

Aquella visión era inesperada. Covenant se sentó para mirar más atentamente. La Atalaya se encontraba al sudeste, y apuntaba al cielo, desde su base en el risco, como un dedo acusador. Desde aquella distancia, la piedra parecía negra y sombría, como si estuviera colgada sobre el desfiladero por el que él y Atiaran tendrían que avanzar. Covenant recordó entonces al Despreciativo y la oscuridad.

—Sí —dijo Atiaran—. Ésa es la Atalaya de Kevin. Ahí estuvo Kevin Arrasatierra, Amo Supremo que blandía el Bastón de la Ley, descendiente directo de Berek Mediamano, en la última batalla contra el asesino gris. Se dice que ahí conoció la derrota y la terrible aflicción. Con la oscuridad que envolvió su corazón, él, el más poderoso paladín del Reino en todas las eras, incluso él, Amo Superior Kevin que prestó juramento como Amigo de la Tierra, trajo la Profanación, el fin de todas las cosas en el Reino durante muchas generaciones. No es un buen augurio que hayas estado allí.

Mientras le hablaba, Covenant se volvió hacia ella y vio que la mujer no miraba la alta roca, sino que parecía ensimismada, como si estuviera considerando cómo habría fracasado ella en lugar de Kevin. Entonces, de súbito, Atiaran volvió al presente y se levantó.

—Pero no podemos hacer nada —dijo—. Nuestro rumbo se extiende bajo la sombra de la Atalaya a lo largo de muchas leguas. Ahora debemos continuar. —Covenant hizo una mueca de protesta, pero ella insistió en tono imperioso—: Ven. No podemos permitirnos ir despacio, no vaya a ser que al fin lleguemos demasiado tarde. Ahora nuestro camino es más fácil. Y si ello sirve para aligerar tus pasos, te hablaré del Reino.

Covenant cogió su mochila y, mientras se la colocaba a la espalda, preguntó:

—¿Todavía nos siguen?

—No lo sé. No he oído ni visto ninguna señal, pero mi corazón me hace dudar. Hoy siento que algo indeseable se cierne sobre nuestro camino.

Covenant empezó a andar con pasos vacilantes. También su corazón le hacía dudar, pero por otras razones. Allí, bajo la Atalaya de Kevin, el viento susurrante semejaba el aleteo de unos buitres distantes. Las correas de la mochila rozaban sus hombros doloridos, y el peso lo hacía encorvarse. Procurando olvidar aquellas molestias irremediables, siguió a Atiaran hacia el fondo del desfiladero.

El tajo, en su mayor parte, era recto y con el suelo llano, pero su anchura nunca rebasaba los cinco metros. No obstante, quedaba espacio al lado del estrecho arroyo para que Atiaran y Covenant pudieran caminar uno al lado del otro. Mientras avanzaban, deteniéndose cada vez que encontraban un arbusto de *alianta*, muy dispersos en aquel paraje, para recoger unas bayas, Atiaran llenaba poco a poco las lagunas en el conocimiento que Covenant tenía del Reino.

—No es fácil saber cómo empezar. Todo forma parte de todo, y cada pregunta a la

que puedo responder suscita otras tres a las que no puedo dar respuesta. Mi conocimiento se limita a lo que aprendí rápidamente en los primeros años de la Raat. Pero te diré lo que sepa.

»El hijo de Berek Corazón Fuerte fue Damelon Giganteamigo, y el hijo de éste fue Loric Acallaviles, que contuvo la corrupción de los Demondim, volviéndolos impotentes. —La voz de Atiaran adquirió una cadencia que le recordó a Covenant su cántico. No recitaba hechos escuetos, sino que narraba una historia de importancia suprema para ella y para el Reino—. Y Kevin, a quien llamamos Pierdetierra más por lástima que por condenar su desesperación, era hijo de Loric, y Amo Superior en su lugar, cuando se le entregó el Bastón. Kevin estuvo al frente del Consejo durante mil años, y extendió la condición de Amigos de la Tierra que tenían los Amos como jamás se había conocido antes en el Reino, y recibió grandes honores.

»En sus primeros años fue prudente, poderoso y letrado. Cuando tuvo los primeros atisbos de que la antigua sombra estaba viva, consideró las posibilidades del futuro y lo que vio le produjo temor. Por ello reunió todo su conocimiento en Siete Alas...

*Siete Alas de la antigua ciencia
para la protección del Reino, el muro y la puerta...*

y las ocultó, de modo que su conocimiento no saliera del Reino aun cuando él y los Antiguos Amos cayeran.

»Durante muchos, muchos años, el Reino vivió en paz. Pero durante ese tiempo, el asesino gris apareció en forma de amigo. De alguna manera, los ojos de Kevin estaban ciegos, y aceptó a su enemigo como amigo y Amo. Y por esa razón, los Amos y todas sus obras cesaron en la Tierra.

»Pero cuando la traición de Kevin trajo la derrota y la desolación, y el Reino yació bajo la ponzoña durante muchas generaciones y empezó a curarse, llamó a la gente que vivía escondida en los yermos y las Alturas Septentrionales. Fueron regresando lentamente. A medida que transcurrieron los años y las casas y pueblos recobraron la seguridad, algunos viajaron, explorando el Reino en busca de leyendas que recordaban a medias. Y cuando finalmente afrontaron los Bosques Gigantes, llegaron a la vieja tierra llamada Línea del Mar, y hallaron a los Gigantes, hermanos-piedra del pueblo del Reino, que habían sobrevivido al Ritual de la Profanación.

»Hay muchas canciones, antiguas y modernas, que alaban la fidelidad de los Gigantes, con buenas razones. Cuando los Gigantes supieron que la gente había regresado al Reino, iniciaron un gran viaje, recorrieron todo el Reino, deteniéndose en cada pedraria y fustaria, para enseñar la historia de la derrota de Kevin y renovar la antigua hermandad-de-piedra. Luego, llevando consigo aquellas personas que quisieron ir, los gigantes dieron fin a su viaje en Piedra Deleitosa, la intemporal

ciudad-castillo que habían construido con rocas de la montaña para el Amo Superior Damelon, como prueba del vínculo entre ellos.

»Una vez en Piedra Deleitosa, los Gigantes hicieron un regalo a la gente que se había reunido. Revelaron la Primera Ala, los inicios fundamentales de la Ciencia de Kevin, y que éste había confiado a los Gigantes antes de la última batalla. Y la gente aceptó aquel Ala y se consagró, jurando amistad a la Tierra, lealtad a la Fuerza y la belleza del Reino.

»Otra cosa juraron, y fue la paz, la tranquilidad y sosiego del yo para proteger el Reino de emociones destructivas como aquellas que habían enloquecido a Kevin. Pues estaba claro para todos los presentes que el poder es algo terrible, y que el conocimiento del poder disminuye la visión de los prudentes. Cuando contemplaron la Primera Ala, temieron una nueva Profanación. En consecuencia, juraron dominar la Ciencia, de modo que pudieran recuperar el Reino... y dominarse a sí mismos, para no caer en la ira y la desesperación que hicieron de Kevin su peor enemigo.

»Estos juramentos fueron transmitidos a todos los pueblos del Reino, y todos juraron. Entonces, los pocos elegidos en Piedra Deleitosa para la gran tarea, llevaron la Primera Ala a Kurash Plenethor, Piedra Herida, donde tuvo lugar la peor devastación de la última batalla. Llamaron a aquella tierra Fidelia, como muestra de su promesa de recuperación del Reino, y allí fundaron la Raat, un lugar de aprendizaje en el que buscaban recobrar el conocimiento y el poder de los Antiguos Amos, y adiestrarse en el Juramento de Paz.

Al llegar a este punto, Atiaran se interrumpió. Los dos viajeros recorrieron en silencio el desfiladero, y sólo se oía el rumor del arroyo y los ocasionales trinos de algún pájaro. Covenant observó que el relato de Atiaran lo ayudaba realmente a mantener el ritmo de sus pasos, a olvidarse un poco de sí mismo, del dolor que sentía en los hombros y los pies. Y la voz de la mujer parecía darle fuerzas. Su narración era como una promesa de que toda fatiga debida al servicio del Reino no sería inútil.

Poco después, él la instó a continuar.

—¿Puedes decirme algo más de la Raat?

La amarga vehemencia de su réplica lo sorprendió.

—¿Acaso me recuerdas que, entre todas las personas, soy la menos digna para hablarte de estas cosas? Tú, Thomas Covenant, Incrédulo y portador del Oro Blanco... ¿Tú me lo reprochas?

Él sólo pudo mirarla en silencio, incapaz de sondear en los ojos de Atiaran sus largos años de lucha.

—No necesito tus recordatorios.

Pero un instante después, Atiaran miró de nuevo adelante, hacia el norte.

—Ahora realmente debes censurarme —dijo a Covenant—. Me hiere en seguida la idea de que todo el mundo sepa lo que yo misma sé tan bien. Como una mujer

culpable, no puedo creer en la inocencia de los demás. Por favor, perdona... Debes recibir un trato mejor.

Antes de que Covenant pudiera responder, ella se le adelantó:

—Describiré de este modo la Raat. Se halla en Fidelia, en el Valle de los Dos Ríos, y es una comunidad de estudio y aprendizaje. Acuden a ese lugar todos los que quieren, y allí se consagran a la Amistad de la Tierra y la Ciencia de los Antiguos Amos.

»Esta Ciencia es muy profunda y todavía no ha sido dominada a pesar de todos los años y esfuerzos que se le han dedicado. El principal problema es la traducción, pues el lenguaje de los Antiguos Amos no era como el nuestro, y las palabras que son simples en un lugar resultan difíciles en otro. Y, después de la traducción, la Ciencia ha de ser interpretada y luego hay que aprender las habilidades para usarla. Cuando yo... —vaciló un instante antes de proseguir—, cuando yo estudié allí, los Guardianes de la Ciencia que la enseñaban me dijeron que todo lo que se hacía en la Raat no pasaba de la superficie del poderoso conocimiento de Kevin. Y ese conocimiento es sólo una séptima parte del conjunto, la primera de las Siete Alas.

Covenant oyó en sus palabras un inadvertido eco del desprecio del Execrable, y aquello hizo que la escuchara aún con mayor atención.

—Lo más fácil de traducir —siguió diciendo Atiaran— fue la ciencia de la guerra, las artes de la batalla y la defensa. Pero se requiere mucha habilidad. Por ello una parte de la ciencia que se aprende en la Raat sólo se enseña a aquellos que pueden seguir la Espada y unirse al Ala de Guerra de las Defensas de los Amos. Pero en nuestra era no ha habido guerras, y en los años que pasé en la Raat, el Ala de Guerra apenas constaba de dos mil hombres y mujeres.

»Así pues, la obra principal de la Raat consiste en enseñar y estudiar el lenguaje y conocimiento del Poder de la Tierra. A los principiantes se les enseña ante todo la historia del Reino, las plegarias, canciones y leyendas a lo largo del tiempo, todo lo que se sabe de los Antiguos Amos y sus luchas contra el asesino gris. Quienes dominan este conocimiento se convierten en Guardianes de la Ciencia y enseñan a otros, o bien buscan nuevos conocimientos y poder en la Primera Ala. El precio de semejante dominio es elevado, pues la ciencia de Kevin requiere mucha pureza, determinación, perspicacia y coraje, y hay algunos que no pueden cumplir con estos requisitos. —Atiaran parecía decidida a no ocultar sus propios sentimientos—. Yo fracasé cuando lo que aprendía hizo que se estremeciera mi corazón, cuando los Guardianes de la Ciencia me hicieron ver, aunque sólo fuera un poco, el desprecio del asesino gris. No pude soportar aquello, por lo que interrumpí mi dedicación y regresé a la pedraria Mithil para usar lo poco que sabía con mi pueblo. Y ahora, cuando he olvidado ya tanto, he aquí que me ponen a prueba.

Exhaló un hondo suspiro, como si la afligiera conformarse con su destino.

—Pero eso no importa. En la Raat, aquellos que siguen y dominan la Espada y el Bastón, que obtienen un puesto en el Ala de Guerra y entre los Guardianes de la Ciencia, y que no se marchan para seguir en aislamiento sus sueños íntimos, como hacen los Redimidos..., esos valientes corazones reciben el nombre de Amos, y se unen al Consejo que orienta la recuperación y protección del Reino. Entre ellos eligen al Amo Superior, para actuar en todo como requiere la Ciencia:

*Y un Amo Supremo para empuñar la Ley
Para mantener incorrupta la esencia del Poder de la Tierra.*

»Durante los años que pasé en la Raat, el Amo Superior era Variol de Tamarantha, hijo de Pentil. Pero era viejo, incluso para ser un Amo, y los Amos viven más que el resto de nosotros..., y nuestra pedraria no ha tenido noticias de Piedra Deleitosa o de la Raat en mucho tiempo. No sé quién está ahora al frente del Consejo.

Sin pensarlo ni un instante, Covenant dijo:

—Prothall, hijo de Dwillian.

—¡Ah! —exclamó Atiaran—. Me conoce. Como Guardián de la Ciencia me enseñó las primeras plegarias. Recordará que fracasé y no confiará en mi misión. — Meneó la cabeza con expresión afligida. Luego, tras un momento de reflexión, añadió —: Y tú sabías esto. Lo sabes todo. ¿Por qué quieres avergonzarme con la rudeza de mi conocimiento? No es muy amable de tu parte.

—¡Por todos los diablos! —replicó Covenant bruscamente. El reproche de la mujer lo hizo montar súbitamente en cólera—. Todo el mundo en este maldito asunto, tú y... —Vaciló incapaz de pronunciar el nombre de Lena—, tú y todos los demás, me acusáis de ser una especie de experto teórico. Pero créeme, no tengo la más remota idea de nada de esto, a menos que alguien me lo explique. No soy vuestro maldito Berek.

Atiaran le dirigió una mirada llena de escepticismo, fruto de largas y ásperas dudas, y él sintió el impulso imperioso de probar su sinceridad de alguna manera. Se detuvo e hizo un esfuerzo para erguirse aunque el peso de la mochila le obligaba a encorvarse.

—Escucha, éste es el mensaje del Amo Execrable el Despreciativo: «Di al Consejo de los Amos, y al Amo Superior Prothall hijo de Dwillian, que el límite máximo de sus días sobre el Reino es siete veces siete años a partir de ahora. Antes de que llegue el fin de esos días, tendré en mi mano el dominio de la vida y la muerte».

Covenant calló bruscamente. Sus palabras parecían abatirse sobre el desfiladero como cuervos, y notó la ardiente vergüenza del leproso en sus mejillas, como si hubiera corrompido el día. Por un instante le rodeó una inmovilidad total... Los pájaros estaban tan silenciosos como si hubieran sido derribados del cielo, y el arroyo

parecía haberse detenido. Bajo el calor del mediodía, notaba la piel viscosa por el sudor.

Atiaran le miró un instante horrorizada.

—¡*Melenkurion abatha!* —gritó—. ¡No lo digas hasta que debas hacerlo! No podemos preservarnos de tales males.

El silencio cesó, el arroyo murmuró de nuevo y un pájaro cruzó el cielo por encima de sus cabezas. Covenant se limpió el sudor de la frente con una mano temblorosa.

—Entonces deja de tratarme como si fuera algo que no soy.

—¿Cómo podría hacerlo? —respondió ella con pesadumbre—. Estás cerca de mí, Thomas Covenant, pero no te veo.

Utilizó aquella referencia a *verle* como si significara algo que él no comprendía.

—¿Qué quieres decir con eso de que no me ves? —le preguntó con acritud—. Estoy delante de ti.

—Estás cerca de mí —repitió ella—. No sé si traes contigo el bien o el mal.

Covenant parpadeó, inseguro, y entonces se dio cuenta de que, sin proponérselo, ella le había dado una oportunidad para hablarle de su lepra. Aprovechó la ocasión. Ahora estaba lo bastante airado para hacerlo. Dejando a un lado su incomprensión, dijo en tono áspero:

—El mal, naturalmente. Soy un leproso.

—¡Ay del Reino, entonces! —exclamó Atiaran, como si él acabara de confesar un crimen—. Eres poseedor de la magia impetuosa que puede destruirnos a todos.

—¿Quieres acabar con eso de una vez? —Covenant blandió el puño izquierdo y dijo entre dientes—: Esto no es más que un anillo, sólo sirve para recordarme todo aquello de lo que tengo que prescindir en mi vida. No tiene más... magia impetuosa... que una piedra.

—La Tierra es la fuente de todo poder —susurró Atiaran.

Haciendo un esfuerzo, Covenant se dominó para no gritar a aquella mujer, haciéndole pagar su frustración. Las palabras de Atiaran iban más allá de él, reaccionaba a lo que le decía como si sus palabras significaran algo que él no pretendía.

—Espera un momento —le dijo—. Te he dicho que tengo un mal. ¿Qué significa eso para ti? ¿Ni siquiera tenéis enfermedades en este mundo?

Por un instante, los labios de Atiaran formaron la palabra *enfermedades*. Entonces, un pánico repentino tensó sus facciones, y su mirada se dirigió más allá del hombro izquierdo de Covenant.

Él se volvió para ver qué la había asustado, y no vio nada tras él, pero al escudriñar el borde occidental del desfiladero oyó un ruido áspero. Guijarros y fragmentos de pizarra cayeron al tajo.

—¡El que nos sigue! —gritó Atiaran—. ¡Corre! ¡Corre!

La alarma de Atiaran hizo reaccionar a Covenant, el cual dio media vuelta y la siguió tan rápido como pudo por el desfiladero.

Olvidó de momento su debilidad, el peso a su espalda, el calor. Avanzó velozmente pisándole los talones a Atiaran, como si pudiera oír a su perseguidor encaramado encima de él, sobre el borde del desfiladero. Pero pronto el esfuerzo pareció desgarrarle los pulmones, y comenzó a perder el equilibrio. Cuando tropezó, su frágil cuerpo casi cayó al suelo.

—¡Corre! —gritó Atiaran.

Pero Covenant se irguió y, temblando, dio media vuelta para enfrentarse a quien lo perseguía.

Una figura agazapada apareció en el borde del barranco y saltó hacia él. Covenant la esquivó y tendió los brazos para protegerse. El atacante, que blandía un cuchillo, rozó los dedos de Covenant con su arma. Al llegar al suelo, rodó sobre sí mismo, se puso en pie y se apoyó en la pared del tajo, amenazando con el cuchillo. La intensa luz del sol parecía grabar a fuego aquella escena. Covenant vio las irregularidades de la pared y las sombras que se extendían bajo ellas como rictus.

El atacante era un hombre joven y vigoroso, de cabello oscuro. Era inequívocamente un pedrariano, pero más alto que la mayoría. Su cuchillo era de piedra, y en los hombros de su túnica llevaba bordada la insignia familiar, un dibujo que semejaba un conjunto de rayos cruzados. Sus rasgos estaban tensos por la rabia y el odio.

—¡Delirante! —gritó—. ¡Violador!

Se aproximó blandiendo el cuchillo. Covenant se vio obligado a retroceder hasta penetrar en el arroyo, cuyas frías aguas le llegaban a los tobillos.

Atiaran corría hacia ellos, pero estaba demasiado lejos para interponerse entre Covenant y el cuchillo.

La sangre brotaba de los dedos de Covenant. El pulso le latía en los cortes. Oyó el grito imperioso de Atiaran:

—¡Triock!

El cuchillo se aproximó más. Podía verlo con tanta claridad como si estuviera grabado en sus pupilas. El pulso martilleaba en las puntas de los dedos. El joven se preparó para asestar un golpe mortal.

—¡Triock! —gritó Atiaran de nuevo—. ¿Estás loco? ¡Hiciste el Juramento de Paz!

Algo sorprendente empezaba a abrirse paso en la mente de Covenant. ¿Cómo era posible que notara el pulso en las puntas de los dedos? Alzó la mano y la miró. Pero el pavor le impedía concentrarse para ver bien. No podía comprender qué sucedía. Lleno de perplejidad se dijo que aquello era imposible. Sus dedos insensibles y

leprosos le dolían intensamente.

Atiaran se acercó a los dos hombres y se detuvo, dejando caer la mochila al suelo. Su presencia pareció afectar profundamente a Triock, el cual se quedó donde estaba, con todos los músculos tensos por el esfuerzo para contenerse.

—¡Lo mataré! —exclamó con voz ahogada por la cólera—. ¡Acabaré con este delirante!

—¡Te lo prohíbo! —gritó Atiaran. La intensidad de aquella orden afectó a Triock como si hubiera recibido un golpe. Retrocedió un paso, luego alzó la cabeza y soltó un bronco gruñido de frustración y rabia.

—La lealtad es necesaria —dijo Atiaran—. Hiciste el juramento. ¿Quieres condenar al Reino?

Triock se estremeció. Con un movimiento convulso, arrojó el cuchillo de tal manera que se hundió hasta la empuñadura en el suelo, junto a sus pies.

Irguiéndose, dijo entre dientes:

—Ha violado a Lena. Anoche.

Covenant no podía comprender la situación. El dolor era una sensación espléndida que sus dedos habían olvidado. No tenía ninguna respuesta para aquello: era sencillamente imposible. La sangre roja, auténtica, le corría mansamente por la muñeca. Un espasmo le contorsionó el rostro. Era imposible. La oscuridad se agolpó en el aire, por encima de él; la atmósfera del desfiladero hervía como si estuviera llena de alas agitadas y garras que se dirigían a su rostro. «Es imposible», dijo con voz ronca.

Atiaran y Triock estaban sumidos en su sorda cólera. Evitaban mirar a Covenant, como si fuera un apestado. Tras oír las palabras de Triock, Atiaran se puso de rodillas, se cubrió el rostro con las manos y apoyó la frente en el suelo. Sus hombros se estremecieron como si sollozara, pero no emitía sonido alguno.

—La encontré en las colinas —dijo Triock con amargura— cuando el sol de este día tocó por primera vez las llanuras. Sabes cómo la amo. La observé durante la reunión, y no me gustó nada la manera con que este extraño la había deslumbrado. Se me encogió el corazón al ver que le emocionaba tanto un hombre cuyas idas y venidas nadie podía saber jamás. Por eso, entrada la noche, pregunté a Trel, tu esposo, y supe que Lena había dicho que pasaría la noche con una amiga, Terass hija de Annoria. Entonces pregunté a Terass, y ella no sabía nada de Lena. Una sombra de temor se apoderó de mí, pues ¿cuándo ha mentido alguien de nuestro pueblo? Pasé toda la noche buscándola. Y con la primera luz del alba la encontré, con la túnica desgarrada y ensangrentada. Ella quiso huir de mí, pero estaba débil a causa del frío, el dolor y la aflicción, y al cabo de un momento vino a mis brazos y me contó lo que... lo que este Delirante había hecho.

»Entonces la llevé a Trel, su padre. Mientras él la cuidaba, yo me marché,

resuelto a matar al extraño. Cuando te vi, te seguí, creyendo que compartías mi propósito, que le conducirías a las colinas para destruirle. Pero tú pretendías salvarle, a él, ¡al violador de Lena, tu hija! ¿Cómo ha corrompido tu corazón? ¿Me prohíbes que lo mate? ¡Atiaran de Trell! Era una niña tan pura que un hombre podría llorar de alegría al verla... Y ha sido mancillada, sin consentimiento ni consideración. Respóndeme. ¿De qué nos sirven los juramentos?

El siniestro revoloteo de alas oscuras pareció oprimir a Covenant, haciéndolo acurrucarse en medio del arroyo. Las imágenes cruzaron su mente, recuerdos de la leprosería, de médicos que le decían: «No puedes tener esperanzas». Había sido atropellado por un coche patrulla. Había ido andando hasta la ciudad para pagar su factura del teléfono en persona. En un tono de voz que el horror volvía abstracto, murmuró: «No puede suceder».

Lentamente, Atiaran alzó la cabeza y extendió los brazos, como si ofreciera su pecho a un golpe tremendo procedente del cielo. El dolor se reflejaba en su rostro, y sus ojos eran oscuros cráteres de aflicción, cuya mirada abstraída parecía dirigirse al conflicto que se libraba en su interior, entre la cólera por lo ocurrido y la necesidad de cumplir ante todo con su deber.

—Ayúdame, Trell —musitó débilmente. Entonces su voz recobró la energía perdida, y su angustia pareció desbordarla e impregnar el aire que la rodeaba—. ¡Ay! ¡Ay de los jóvenes del mundo! ¿Por qué es tan dura de sobrellevar la carga del odio? ¡Ah, Lena, hija mía! Veo lo que has hecho, lo comprendo. Es una valerosa hazaña, digna de alabanza y orgullo. Perdóname por no poder estar a tu lado en esta prueba.

Pero al cabo de un rato su mirada volvió a fijarse en el entorno. Se levantó vacilante, tambaleándose como si le costara permanecer de pie, y dijo en un tono áspero:

—La lealtad es necesaria. Te prohíbo tu venganza.

—¿Debe quedar sin castigo? —protestó Triock.

—Hay peligro en el Reino —respondió ella—. Deja que los Amos lo castiguen. —Un deseo de sangre afiló su voz—. Sabrán qué pensar de un extraño que ataca al inocente. —Entonces retornó su debilidad—. Yo no puedo hacer nada. Triock, recuerda tu juramento.

Se llevó las manos a los hombros y apretó el dibujo de hojas bordado en su túnica, como para ahogar su pena.

Triock se volvió hacia Covenant. Algo se había quebrado en el rostro del joven, una capacidad para la alegría destrozada o perdida. Con la fuerza de un anatema, y en el tono más duro, advirtió a Covenant:

—Te conozco, Incrédulo. Nos veremos de nuevo.

Entonces, bruscamente, empezó a alejarse. La velocidad de sus pasos aumentó hasta que echó a correr, arrojando sus reproches al duro suelo del desfiladero. Pronto

llegó a un lugar donde el muro occidental caía en pendiente, y desapareció de la vista. Regresaba a las colinas.

—Imposible —murmuró Covenant—. No puede suceder. Los nervios no se regeneran.

Pero los dedos le dolían, aquella sensación lacerante era inequívoca. Al parecer, los nervios se regeneraban en el Reino. Quiso gritar contra la oscuridad y el terror, pero pareció haber perdido el dominio de su garganta, de su voz, de sí mismo.

—Has convertido en un páramo mi corazón —dijo Atiaran como si hablara desde una distancia que el aborrecimiento o la compasión hicieran más grande.

—Los nervios no se regeneran. —Sintió un nudo en la garganta que le impedía gritar—. No se regeneran.

—¿Acaso eso te hace libre? —le preguntó ella en tono bajo y amargo—. ¿Justifica tu crimen?

—¿Crimen? —Oyó la palabra como un cuchillo lanzado a través de las alas agitadas—. ¿Crimen? —La sangre corría, brotaba de sus heridas como si fuera un hombre normal, pero la hemorragia iba disminuyendo rápidamente. Súbitamente convulso ante aquella visión, gimió—: ¡Siento dolor!

El sonido de su lamento lo desconcertó, hizo retroceder un paso a la oscuridad que giraba en torno a él. ¡Dolor! La imposibilidad le tendía un puente. El dolor era para la gente sana, gente cuyos nervios estaban vivos.

No podía suceder. Claro que no. Aquello lo probaba, demostraba que era un sueño.

De repente sintió agudos deseos de llorar, pero era un leproso, y había dedicado mucho tiempo aprendiendo a contener semejantes canales emotivos. Los leprosos no podían permitirse la aflicción. Temblando con violencia, sumergió la mano herida en la corriente del arroyo.

—El dolor es el dolor —dijo Atiaran con voz ronca—. ¿Qué significa tu dolor para mí? Has realizado una siniestra hazaña, Increíble, violenta y cruel, sin comprometerte ni compartir nada. Me has infligido un dolor que ni la sangre ni el tiempo disiparán. Y Lena, mi hija... ¡Ah, ruego que los Amos se dignen castigarte! ¡Castigarte!

El agua era límpida y fría. Al cabo de un momento, los dedos de Covenant empezaron a escocerle bajo el frío, y un dolor se extendió por los nudillos hasta la muñeca. La sangre brotaba de los cortes y se mezclaba con el agua, pero el frío pronto detuvo la hemorragia casi por completo. Mientras Covenant contemplaba cómo la corriente limpiaba sus lesiones, su aflicción y su miedo se transformaron en cólera.

Como Atiaran era su única compañía, le gruñó:

—¿Por qué tengo que ir? Nada de esto importa... Me importa un bledo tu

precioso Reino.

—¡Por los Siete! —El duro tono de Atiaran pareció cincelar las palabras en el aire—. Irás a Piedra Deleitosa aunque tenga que llevarte a rastras.

Covenant alzó su mano para examinarla. El cuchillo de Triock le había producido cortes tan finos como los de una navaja de afeitar. No había bordes quebrados que encubrieran suciedad o dificultaran la curación. Pero el corte había llegado al hueso en dos dedos, y la sangre aún brotaba de ellos. Se levantó y, por primera vez desde que había sido atacado, miró a Atiaran.

Ella estaba a unos pasos de distancia, con las manos juntas sobre el corazón, como si le dolieran sus latidos. Le lanzó una mirada llena de abominación, las facciones endurecidas por una fuerza orgullosa y áspera. Covenant comprendió que estaba dispuesta a luchar con él para llevarlo a Piedra Deleitosa si era preciso, lo cual lo avergonzaba y aumentaba su ira.

Con ademán agresivo, le mostró las heridas.

—Necesito un vendaje —le dijo.

La mirada de la mujer brilló un instante, como si estuviera a punto de arrojarse contra él. Pero en seguida se dominó, tragándose su orgullo. Se dirigió a su mochila, la abrió y extrajo una tira de paño blanco, de la que cortó una longitud apropiada, y regresó al lado de Covenant. Sosteniéndole cuidadosamente la mano, inspeccionó los cortes, hizo un gesto de aprobación con la cabeza y vendó firmemente sus dedos con la suave tela.

—No tengo marga antilesiones —le dijo—, y no puedo dedicar tiempo a buscarla. Pero los cortes tienen buen aspecto y se curarán perfectamente.

Cuando terminó de vendarlo, regresó al lado de su mochila y se la cargó a la espalda.

—Vamos. Hemos perdido tiempo. —Sin mirar a Covenant, empezó a avanzar por el desfiladero.

Covenant permaneció un momento donde estaba, experimentando el dolor de sus dedos. Notaba un ardor en las heridas, como si el cuchillo aún estuviera en ellas. Pero ahora conocía la respuesta. La oscuridad había retrocedido un poco, y podía mirar sin pánico a su alrededor, pero aún tenía miedo. Soñaba con unos nervios sanos; no se había dado cuenta de que estaba tan cercano al colapso. Impotente, tendido inconsciente en alguna parte, estaba sujeto a una crisis, una crisis de su capacidad para sobrevivir. Para salir adelante necesitaría toda la disciplina o intransigencia que pudiera reunir.

Obedeciendo a un impulso, se agachó y trató de extraer del suelo el cuchillo de Triock con la mano derecha. Su mano mutilada resbaló cuando tiró del mango hacia arriba, pero moviéndolo hacia atrás y adelante logró que se aflojara y lo extrajo. Era un cuchillo formado y pulido a partir de una astilla plana de piedra, con un mango

forado de cuero para sujetarlo con seguridad, y su hoja era tan afilada que parecía adecuada para afeitarse. Lo probó en su antebrazo izquierdo, y descubrió que cortaba el vello con tanta suavidad como si la hoja estuviera lubricada.

Se colocó el cuchillo bajo el cinto. Luego se colocó la mochila a la espalda y echó a andar en pos de Atiaran.

IX

JEHANNUM



ntes de que cayera la tarde, el dolor que sentía Covenant le resultaba insoportable. Las correas de la mochila le dificultaban la circulación en los brazos y multiplicaban el dolor de la mano. Los calcetines húmedos le producían ampollas cuya molestia experimentaba vivamente debido a la nueva sensibilidad de los dedos de los pies. El cansancio daba a sus músculos una pesadez de plomo. Pero Atiaran avanzaba sin detenerse ni un momento, y él la seguía por el desfiladero como si lo arrastrara la fuerza de voluntad de aquella mujer. La fatiga le borraba la visión, y perdía la sensación del tiempo, del movimiento, de todo excepto el dolor. Apenas se percató de que caía dormido, y cuando finalmente lo zarandearon despertó con una sensación de sorpresa objetiva, impersonal.

Estaba tendido en el suelo del desfiladero, y empezaba a oscurecer. Después de despertarlo, Atiaran le ofreció un tazón de caldo caliente, que engulló aturdido. Cuando el tazón estuvo vacío, la mujer lo recogió y le pasó un gran frasco de vino vigorizante, que engulló también.

Ya en su estómago, el vino parecía extender unos dedos largos y suavizantes para que acariciaran y relajaran cada uno de sus músculos dolidos, eliminando su tensión hasta que Covenant sintió que ya no podía seguir sentado. Colocó la mochila como almohada y se tendió para dormir de nuevo. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue a Atiaran, sentada entre sombras junto al recipiente de gravanel, con el rostro incansablemente orientado hacia el norte.

Amaneció un día claro y fresco. Tras algunos esfuerzos, finalmente Atiaran consiguió despertar a Covenant cuando la oscuridad se disipaba en el cielo. Se sentó, dolorido, y se frotó el rostro que había quedado aterido durante la noche. Transcurrió un momento antes de que recordara la nueva sensibilidad de sus nervios. Entonces flexionó las manos y las contempló como si nunca las hubiera visto antes. Estaban vivas.

Apartó la manta para descubrir sus pies. Cuando se apretó los dedos a través de las botas, notó el agudo dolor de las ampollas. Los dedos de los pies estaban tan vivos como los de las manos.

Sintió un retortijón en el vientre. Gruñendo, se preguntó cuánto tiempo más duraría todo aquello. No creía que pudiera soportar mucho más.

Entonces recordó que no tenía una manta para cubrirse cuando se durmió la noche anterior. Atiaran debía haberle abrigado con ella.

Dio un respingo y evitó la mirada de la mujer, dirigiéndose con pasos rígidos al arroyo para lavarse el rostro. ¿De dónde sacaba Atiaran el valor para hacer semejantes cosas por él? Mientras se humedecía con agua fría el cuello y las mejillas, descubrió que la temía de nuevo.

Pero nada en la actitud de Atiaran era amenazador. Le dio de comer, revisó la venda de su mano herida y recogió los objetos de la acampada como si Covenant fuera una carga a la que ya se hubiera acostumbrado. Sólo las líneas del insomnio alrededor de los ojos y el triste rictus de su boca evidenciaban su esfuerzo para dominarse.

Cuando Atiaran estuvo lista para partir, Covenant realizó pausadamente una OVE, luego metió los hombros entre las correas de la mochila y siguió a la mujer por el desfiladero, como si la espalda rígida de su acompañante fuera una exigencia a la que no pudiera negarse.

Antes de que llegara la plena luz del día, Covenant era un experto en aquella espalda, que nunca condescendía ni admitía duda alguna sobre su autoridad, nunca ofrecía la menor conmiseración. Aunque los músculos de Covenant se tensaban hasta quedar tan rígidos como el hueso, aunque el dolor de sus hombros le hacía encorvarse bajo la mochila como un lisiado, aunque las leguas recorridas agravaban la irritación de sus pies hasta que cojeaba como un hombre acosado por buitres, la espalda de Atiaran le conminaba a seguirla como un ultimátum: muévete o enloquece; no admito más alternativas. Y él no podía negarse. Atiaran caminaba delante de él como una figura de pesadilla, y Covenant la seguía como si ella tuviera la clave de su existencia.

A última hora de la mañana llegaron al final del desfiladero, y se encontraron en la falda de una colina cubierta de brezos, casi directamente al norte del alto y sombrío dedo de la Atalaya de Kevin. Hacia el oeste podían ver las Llanuras Meridionales, y en cuanto finalizó el desfiladero, el arroyo giró en aquella dirección, fluyendo hacia alguna conjunción distante con el Mithil. Pero Atiaran siguió dirigiendo a Covenant hacia el norte, por senderos fragmentados y praderas que bordeaban las colinas a la derecha.

Hacia el oeste, las llanuras estaban cubiertas de helechos, de color púrpura bajo la luz del sol, y al este se elevaban las serenas colinas, cuyas cimas se hallaban a pocas decenas de metros por encima del camino que Atiaran había elegido para recorrerlas a lo largo de sus laderas. Allí los brezos alternaban con ringleras de una hierba sedosa y azulada. Las laderas estaban cubiertas de flores y espesos zarzales sobre los que revoloteaban mariposas. Había robles, sicómoros y algunos olmos, así como unos árboles de hojas doradas, a los que Atiaran denominó «oropelinos», que parecían arces. Los colores de los árboles, los brezos y helechos, la *alianta*, las flores y el inmenso azul del cielo vibraban con la vehemencia de la primavera, el sensual y

exuberante renacimiento del mundo.

Pero Covenant no tenía fuerzas para fijarse en tales cosas. Estaba ciego y sordo a causa del agotamiento, el dolor y la incomprensión. Como un penitente, caminaba con pasos pesados a instancias de Atiaran. Así transcurrió la tarde y llegó el crepúsculo. Covenant recorrió la última legua con pasos vacilantes, dando traspiés, aunque no se derrumbó como el día anterior, y cuando Atiaran se detuvo y dejó su mochila en el suelo, él se arrojó sobre la hierba como un árbol caído. Pero la excesiva tensión de sus músculos le producía calambres y no podía descansar, por lo que se levantó y ayudó a Atiaran sacando las mantas mientras ella preparaba la cena. Mientras comían el sol se puso sobre las llanuras, trazando líneas oscuras y de color de espliego en las praderas. Cuando salieron las estrellas, Covenant se tendió y las contempló, procurando relajarse con la ayuda del vino vigorizante.

Finalmente se durmió, pero su reposo no fue apacible. Soñó que andaba por un desierto hora tras hora, mientras una voz sardónica lo incitaba a disfrutar de la frescura de la hierba. Aquella escena perduraba obsesivamente en su mente, hasta sentirse inundado de sudor e ira. Cuando llegó el alba y se despertó, recibió al nuevo día como si fuera una afrenta a su cordura.

Notó que sus pies ya eran más resistentes y la mano herida se había curado casi por completo. El dolor se estaba desvaneciendo, pero no por ello sus nervios estaban menos vivos. Podía palpar las puntas de los calcetines con los dedos de los pies y notar la brisa en los dedos de las manos. Y ahora, la constatación de aquellas inexplicables sensaciones empezó a enfurecerle. Constituían una prueba de salud y vitalidad, y había dedicado largos y terribles meses de su vida aprendiendo a prescindir de aquellas condiciones. Ahora parecían inundarlo con implicaciones terribles. Parecían negar la realidad de su dolencia.

Pero aquello era imposible. O una cosa u otra, jadeó con violencia. Pero ambas no. O era un leproso o no lo era. O Joan se había divorciado de él o jamás había existido. No había término medio.

Con un esfuerzo que le hizo rechinar los dientes, llegó a la conclusión de que era un leproso y que estaba soñando. Aquélla era la realidad.

No podía soportar la alternativa. Si estuviera soñando, aún podría salvar su cordura, sobrevivir, aguantar. Pero si el Reino era real, verdadero... ¡Ah!, entonces la larga angustia de su lepra era un sueño, y ya estaba loco sin remedio.

Cualquier creencia era mejor que aquello. Era mejor luchar por una cordura que al menos pudiera reconocer que someterse a una «salud» que desafiaba toda explicación.

Rumió aquellos pensamientos mientras recorría legua tras legua al lado de Atiaran, pero cada argumento lo hacía retroceder a la misma posición. El misterio de su lepra era todo el misterio que podía tolerar y aceptar como un hecho real, y

determinaba su respuesta a cualquier otra cuestión de credibilidad.

Caminaba con aprensión detrás de Atiaran, como si estuviera dispuesto a atacarla a la menor provocación.

Sin embargo, aquel dilema le proporcionó una ventaja. Su presencia inmediata, su tangibilidad, alzó una especie de muralla entre él y los miedos y acciones concretos que lo habían amenazado anteriormente. No volvió a tener ciertos recuerdos de violencia y sangre. Y sin vergüenza que la espoleara, su ira se mantenía en unos límites discretos y no lo impelía a rebelarse contra el implacable mandato de Atiaran.

Durante todo aquel tercer día, la mujer avanzó erguida, con paso firme, indiferente al cansancio, subiendo cuestas y bajando pendientes, atravesando vallecitos estrechos, rodeando matorrales espinosos, a lo largo de la vertiente occidental de las colinas. Y aquella marcha resuelta arrastraba a Covenant, lo obligaba a seguir a pesar del bullicio de su mente y el dolor de su cuerpo. Pero a primera hora de la tarde, Atiaran se detuvo de súbito y miró a su alrededor como si hubiera oído un distante grito de temor. Su inesperada inquietud sobresaltó a Covenant, pero antes de que pudiera preguntarle qué sucedía, ella reanudó su marcha inexorable.

Más tarde Atiaran repitió aquel gesto. Esta vez Covenant vio que husmeaba el aire, como si la brisa transportara un errático aroma maligno. Covenant husmeó también, pero no notó ningún olor especial.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Nos siguen de nuevo?

Atiaran le respondió sin mirarlo.

—Ojalá Trelle estuviera aquí. Quizá él sabría por qué el Reino está tan inquieto.

Sin más explicaciones, reemprendió su apresurada marcha en dirección al norte.

Aquella noche se detuvieron antes de lo habitual. Al caer la tarde, Covenant había observado que Atiaran buscaba algo, alguna clase de señal en la hierba y los árboles, pero no le dio ninguna explicación y Covenant no pudo hacer nada más que mirar y seguirla. Entonces, sin previo aviso, ella se volvió bruscamente a la derecha y entraron en un pequeño valle entre dos colinas. Tuvieron que caminar por el borde del valle para evitar los espinos que cubrían la mayor parte del fondo. Tras recorrer unos centenares de metros llegaron a un soto ancho y denso en la colina septentrional. Atiaran rodeó el soto y luego, inesperadamente, desapareció en su interior.

Extrañado, Covenant se dirigió al lugar donde la había visto desaparecer. Vio allí un estrecho senderillo que conducía al soto. Tuvo que avanzar de lado para poder pasar entre algunos árboles, pero pronto llegó a un espacio abierto, una especie de cámara en el centro del bosque.

El espacio estaba iluminado por la luz que se filtraba a través de las arbóreas paredes que formaban un tosco rectángulo. Una débil brisa soplaba entre los troncos. Pero las ramas y hojas entretejidas constituían un recio techo para la cámara. Era lo

bastante amplia para albergar a tres o cuatro personas, y a lo largo de cada pared había montículos de hierba que parecían lechos. En un ángulo se alzaba un gran árbol con un hueco en el centro que contenía estantes cargados con recipientes de madera y piedra. El lugar parecía haber sido dispuesto a propósito para que resultara agradable y acogedor.

Mientras Covenant miraba a su alrededor, Atiaran dejó la mochila sobre un montículo de hierba.

—Esto es un resguardo —le dijo abruptamente. Cuando él la miró inquisitivamente, Atiaran, dando un suspiro, prosiguió—: Es un lugar de descanso para viajeros. Hay aquí alimento, bebida y lugar para dormir a disposición de cualquiera que pase por este lugar.

Atiaran fue a inspeccionar el contenido de los estantes, y Covenant se vio obligado a guardar sus preguntas hasta que ella fuera más accesible. Pero mientras ella reponía las provisiones en su mochila y preparaba la comida, Covenant se sentó y reflexionó en que no era probable que la mujer le resultara accesible, y él estaba deseoso de disipar su ignorancia. Así, tras haber comido, se dirigió a ella con toda la amabilidad de que fue capaz.

—Háblame más de este lugar. Tal vez necesitaré saberlo algún día.

Ella siguió sin mirarlo y permaneció algún tiempo en silencio bajo la oscuridad que se iba intensificando. Parecía tratar de reunir valor, y cuando al fin habló, sólo dijo:

—Pregunta.

—¿Hay muchos lugares como éste? —le preguntó él en tono adusto, molesto por la tardanza en responderle.

—Hay muchos en todo el Reino.

—¿Por qué? ¿Quién los prepara?

—Se prepararon por orden de los Amos. Piedra Deleitosa es sólo un lugar, y la gente vive en muchos... Así pues, los Amos buscaron una forma de ayudar a los viajeros, de modo que la gente pudiera ir a Piedra Deleitosa y a otros lugares más fácilmente.

—Bien, ¿y quién cuida de ellos? Aquí hay comida fresca.

Atiaran suspiró de nuevo, como si hablar con él le resultara pesado. Había anochecido y Covenant no veía de la mujer más que una sombra mientras le explicaba:

—Entre los vástagos de los Demondim que sobrevivieron a la Desolación, hubo algunos que recordaban con gratitud a Loric Acallaviles. Se volvieron contra los urviles y pidieron a los Amos que les dieran un servicio a realizar, como expiación por los pecados de los miembros de su linaje. Estas criaturas, los waynhim, cuidan de los resguardos, ayudan para que crezcan los árboles y proporcionan alimento y bebida.

Pero el vínculo entre los waynhim y los hombres es frágil, y no verás a ninguno de ellos. Sirven por sus propias razones, no porque nos amen. Realizan tareas sencillas para redimir el mal que contiene su poderosa ciencia.

La oscuridad en la cámara era ahora absoluta. A pesar de su irritación, Covenant sintió que lo rondaba el sueño. Sólo hizo una pregunta más.

—¿Cómo hallaste este lugar? ¿Hay un mapa?

—No hay ningún mapa. Un resguardo es una bendición que el viajero acepta donde la encuentra, una señal de la salud y hospitalidad del Reino. Pueden encontrarse cuando se necesitan. Los waynhim dejan señales en la zona circundante.

Covenant creyó oír en su voz una nota de afecto que contradecía su disgusto, y le recordaba la constante carga conflictiva de aquella mujer, su sensación de debilidad personal ante las grandes necesidades del Reino, sus deseos de protegerlo y castigarlo a la vez. Pero él pronto olvidó estas cosas, mientras la imagen de aquellos «resguardos» llenaba su ensueño. Envuelto por el aroma de la hierba fresca en la que estaba tendido, concilió rápidamente el sueño.

El tiempo varió durante la noche. Amaneció con densas nubes y un áspero viento del norte. Covenant despertó antes de que Atiaran lo llamara, y frunció el ceño al ver lo desabrido que se mostraba el día. Aunque había dormido profundamente en la seguridad del resguardo, se sentía tan cansado como si hubiera pasado la noche entera gritándose a sí mismo.

Mientras Atiaran preparaba el desayuno, Covenant sacó el cuchillo de Triock, buscó en los estantes y encontró una jofaina y un espejito. No encontró jabón, y pensó que tal vez los waynhim usaban la misma arena fina que él había utilizado en casa de Atiaran. Así pues, se dispuso a afeitarse sin espuma. Empuñó con la mano derecha el cuchillo de Triock, sin poder apartar de su mente lúgubres visiones de su garganta cercenada.

Para reunir valor, se miró detenidamente en el espejo. Tenía el pelo revuelto y con la barba cerdosa parecía un rudo profeta. Los labios delgados y tensos parecían la boca cincelada de un oráculo, y tenía suciedad en los ojos demacrados. No le faltaba más que un poco de frenesí para completar la imagen. Diciéndose en silencio «vayamos por partes», se aplicó la hoja del cuchillo a la mejilla.

Comprobó con sorpresa que la hoja se deslizaba sobre la piel, y le cortó las patillas sin tener que pasarla repetidas veces. En poco tiempo se había afeitado de un modo que parecía adecuado, al menos en comparación con su aspecto anterior, y sin hacerse el menor rasguño. Hizo un gesto sardónico de asentimiento a su imagen reflejada en el espejo, guardó el cuchillo en su mochila y empezó a tomar el desayuno.

Pronto los dos viajeros estuvieron preparados para abandonar el resguardo. Atiaran le hizo un gesto para que la precediera. Covenant avanzó unos pasos por el

sendero y luego se detuvo para ver lo que ella estaba haciendo. Antes de salir de la cámara, Atiaran alzó la cabeza hacia el techo de hojas y dijo en voz baja:

—Agradecemos el resguardo. Este regalo nos honra y, al aceptarlo, devolvemos el honor a quien nos lo da. Nos marchamos en paz.

Entonces siguió a Covenant fuera del soto.

Cuando llegaron al valle abierto, observaron negras nubes que se amontonaban al norte. Atiaran miró ansiosamente el cielo y olisqueó el aire. Parecía perturbarle el hecho de que pronto llovería. Su reacción hizo que las nubes de tormenta le parecieran a Covenant amenazadoras, y cuando la mujer se volvió de improviso para reanudar su camino por el valle en dirección norte, él se apresuró tras ella.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Males y maldades —replicó ella—. ¿No lo hueles? La Tierra está inquieta.

—¿Qué es lo que no está bien?

—No lo sé —murmuró ella en voz tan baja que Covenant apenas pudo oírla—. Hay una sombra en el aire. ¡Y esta lluvia...! ¡Ah, el Reino!

—¿Qué ocurre con la lluvia? ¿Acaso no llueve en primavera?

—En el norte, no —respondió ella por encima del hombro—. La primavera del Reino aparece en el sudoeste. No, esta lluvia viene directamente de Gravin Threndor. El ente de la cueva que posee erróneamente el Bastón prueba su poder... Lo siento. Es demasiado tarde.

Atiaran avanzó contra el empuje del viento, y Covenant siguió tras ella. Cuando las primeras gotas de lluvia le humedecieron la frente preguntó a la mujer:

—¿Domina realmente el tiempo ese Bastón?

—Los Antiguos Amos no lo usaban para eso, pues no deseaban violar el Reino. ¿Pero quién puede decir lo que puede lograr semejante poder?

Entonces la furia de la tormenta se desató sobre ellos. El viento lanzaba la lluvia hacia el sur, como si el cielo azotara a los dos viajeros y a todo indefenso ser vivo. Pronto las laderas de las colinas quedaron inundadas. El viento doblaba los árboles y arrasaba la hierba. La luz de las colinas desapareció y la tierra quedó sumida en una noche primigenia. Al cabo de unos momentos, Atiaran y Covenant estaban empapados y se abrían camino chapoteando en el agua que lo cubría todo. Mantenían su rumbo enfrentándose al furor oscuro de la tormenta, pero no podían ver el terreno que pisaban. Descendieron dando traspies por abruptas pendientes, vadearon arroyos cuyas aguas les llegaban a las caderas y lucharon para atravesar trechos cubiertos de matorrales, avanzando contra el viento implacable que era como el hálito de un limbo hostil, de un abismo sin principio ni fin. Pero Atiaran, erguida, seguía adelante, y el temor a perderla hacía que Covenant se pegara a sus talones.

Pero la fatiga se apoderaba de él con rapidez. Con un esfuerzo que desgarró su pecho de dolor, se puso al lado de Atiaran, la cogió por un hombro y le gritó al oído:

—¡Detente! ¡Tenemos que detenernos!

—¡No! —exclamó ella—. ¡Estamos muy retrasados! ¡No me atrevo!

Su voz apenas le llegaba entre el aullido del viento. Atiaran se revolvió para librarse de la mano de Covenant, pero éste le apretó el hombro con más fuerza.

—¡No tenemos elección! —le gritó—. ¡Nos vamos a matar! —La lluvia caía brutalmente, y por un instante Covenant estuvo a punto de perder su presa. Entonces rodeó a la mujer con el otro brazo e hizo que volviera hacia él su rostro chorreante—. ¡Necesitamos refugio! ¡Hemos de detenernos!

—¡Jamás! ¡No tenemos tiempo! —gritó ella.

Llevando hacia adelante todo su peso y moviendo violentamente los brazos, Atiaran se libró de él y lo arrojó al suelo. Antes de que pudiera recobrase, lo cogió de la mano derecha y empezó a arrastrarlo sobre la hierba y el barro, tirando de él como si fuera una carga insoportable a contrapelo de la tormenta. Lo arrastró con tanta fuerza que recorrieron así varios metros antes de que Covenant pudiera incorporarse. Entonces Atiaran le soltó la mano y siguió avanzando.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Covenant, poniéndose delante de ella de un salto—. ¡No vamos a seguir!

Pero esta vez Atiaran no se dejó agarrar y siguió su inexorable marcha tambaleante a pesar de la tormenta. Covenant andaba con mucha dificultad tras ella, resbalando y dando traspiés, viendo irritado como la espalda intocable de la pedrariana eludía todos sus intentos de darle alcance. Algún recurso interno galvanizaba la fuerza de Atiaran de una manera que él no podía igualar. Pronto empezó a quedarse rezagado. La lluvia le obstaculizaba la marcha, como si tratara de correr por la base de una ola rompiente.

Entonces un resbalón le hizo caer por la pendiente de la colina, llenándose el rostro de barro. Cuando alzó de nuevo la vista, Atiaran había desaparecido en la negrura, como si él le inspirase terror y temiera su contacto.

Se puso en pie con esfuerzo y, encarándose a las tremendas nubes, rugió:

—¡Maldita sea! ¡No puedes hacerme esto!

De improviso, en el mismo momento en que la ira de Covenant llegaba a su paroxismo, una enorme llamarada blanca estalló a su lado. Sintió que un rayo le había tocado la mano izquierda.

La explosión lo arrojó hacia el montículo a su derecha. Durante unos momentos interminables permaneció tendido, aturdido, solamente consciente de la fuerza de la detonación y el ardiente dolor de su mano. Parecía como si su anillo de boda ardiera. Pero cuando se recuperó lo suficiente para mirar, no pudo ver señal alguna en sus dedos, y el dolor se disipó mientras todavía trataba de averiguar su origen.

Meneó la cabeza y se sentó. No había signo alguno de la explosión a su alrededor. En su aturdimiento era consciente de que algo había cambiado, pero su confusión le

impedía identificar qué era.

Se puso en pie sintiendo todo su cuerpo dolorido. Poco después descubrió a Atiaran tendida en la ladera del montículo, a unos veinte metros de distancia. Covenant sentía la cabeza insegura, pero se dirigió con cautela hacia ella, concentrándose en su equilibrio. Atiaran estaba tendida boca arriba, al parecer ilesa, y lo miraba mientras él se aproximaba.

—¿Qué has hecho? —le preguntó ella con admiración cuando llegó a su lado.

El sonido de su voz le ayudó a centrar su atención, y fue capaz de decir claramente, sin farfullar:

—¿Yo? No he hecho nada...

Atiaran se levantó lentamente. De pie ante él, lo escudriñó con expresión grave e inquisitiva.

—Algo nos ha ayudado —le dijo—. Mira, la tormenta ha disminuido. Y el viento ha cambiado y ahora sopla como es debido. Gravin Threndor ya no nos amenaza. Alaba a la Tierra, Incrédulo, si esto no es obra tuya.

—Claro que no es obra mía —murmuró Covenant—. Yo no domino el tiempo.

No había aspereza en el tono de su voz. Estaba desconcertado por no haber podido reconocer por sí mismo el cambio operado en la tempestad.

Lo que decía Atiaran era cierto. La dirección del viento había variado y su intensidad era mucho menor. La lluvia seguía cayendo, pero sin violencia. Ahora no era más que una buena lluvia primaveral.

Covenant meneó de nuevo la cabeza. Se sentía extrañamente incapaz de comprender. Pero cuando Atiaran sugirió que se pusieran en camino, descubrió una nota de respeto involuntario en su voz. Parecía creer que él había hecho en efecto algo capaz de dominar la tormenta.

Se pusieron en marcha, Atiaran delante como siempre, y siguieron caminando el resto del día bajo una lluvia mansa. Covenant seguía teniendo una sensación de embotamiento mental, y los únicos elementos exteriores en los que reparaba eran la humedad y el frío. Pasó la mayor parte del día sin darse cuenta de nada, avanzando mecánicamente y aterido de frío. Al caer la tarde había recuperado suficiente vitalidad para alegrarse cuando Atiaran encontró un resguardo. Mientras sus ropas se secaban junto al gravanel, revisó cuidadosamente sus miembros en busca de posibles lesiones ocultas. Aún se sentía perplejo por lo que había ocurrido. No podía librarse de la extraña impresión de que cualquiera que fuese la fuerza que había modificado la furia de la tormenta, lo había alterado a él también.

Amaneció un día claro, fresco, magnífico, y los dos caminantes abandonaron el resguardo con las primeras luces del alba. Después de la tensión del día anterior, los sentidos de Covenant gozaban con la deliciosa frescura del aire, la hierba húmeda, el brillo de los brezos y el sabor picante de las bayas-tesoro. Contempló el paisaje del

Reino como si hasta entonces no hubiera reparado en su belleza, y la vitalidad de aquella naturaleza parecía curiosamente tangible, como si sus sentidos tuvieran directamente acceso a ella. Tuvo la sensación de que podía ver la primavera fructificar en el interior de los árboles, la hierba, las flores, percibir la excitación en los trinos de las aves, oler la frescura de la vida recién estrenada en los brotes de las plantas, y la limpieza del aire.

Entonces Atiaran se detuvo bruscamente y miró a su alrededor. Una mueca de disgusto y preocupación tensó sus facciones mientras husmeaba la brisa. Movi6 la cabeza en todas las direcciones, mirando atentamente, como si tratara de localizar el origen de una amenaza.

Covenant sigui6 su ejemplo, y, mientras lo hac6a, un estremecimiento recorri6 su ser: reconoc6a algo, pod6a decir que realmente flotaba en el aire algo que no estaba bien, algo falso. No surg6a en su entorno inmediato —los aromas de los 6rboles, la hierba y las flores, la exuberancia despu6s de la lluvia, eran tal como deb6an ser— pero aquel elemento extra6o se agazapaba detr6s de todos los dem6s olores, como algo inquietante, fuera de lugar, no natural y distante. Covenant comprendi6 intuitivamente que era el olor del mal, el hedor de una enfermedad premeditada.

Poco despu6s, la brisa cambi6 de rumbo y el olor se desvaneci6. Pero aquel maligno hedor hab6a reforzado las percepciones de Covenant. El contraste vivific6 su sensaci6n de la vitalidad que lo rodeaba. Intuitivamente, comprendi6 el cambio que hab6a tenido lugar dentro de 6l o para 6l. De alguna manera que lo asombraba totalmente, sus sentidos hab6an logrado una nueva dimensi6n. Mir6 la hierba, oli6 su frescura y vio realmente su verdor, la vida que lat6a en ella, su adecuaci6n. Dirigi6 la mirada a una *alianta* cercana y recib6 una impresi6n de potencia y salud que lo dej6 perplejo.

Sus pensamientos se suced6an atropelladamente, y de s6bito se aclararon alrededor de la imagen de *salud*. Ve6a la salud, oli6 la buena salud y la vitalidad naturales, o6a la verdadera exuberancia de la primavera. La *salud* era tan v6vida a su alrededor como si el esp6ritu de la vida del Reino se hubiera vuelto palpable, encarn6ndose. A Covenant le pareci6 como si hubiera pasado, sin previo aviso, a un universo totalmente distinto. Incluso Atiaran, que contemplaba su estado de trance sorprendida y perpleja, estaba manifiestamente sana, aunque su vida se complicaba a causa de la inquietud, la fatiga, el dolor y la resoluci6n.

¿Ser6a su lepra tan evidente para ella? En ese caso, ¿por qu6 no comprend6a...? Desvi6 la mirada de Atiaran y busc6 alg6n modo de poner a prueba lo que ve6an sus ojos. Al cabo de un momento, vio cerca de la cima de una colina un 6rbol oropelino que parec6a tener algo inadecuado. En todos los aspectos que pod6a identificar y especificar, el 6rbol parec6a normal, saludable, y sin embargo transmit6a una sensaci6n de putrefacci6n interna que percib6a la mirada de Covenant, una inesperada

punzada de dolor. Señalando hacia aquel árbol, le preguntó a Atiaran qué veía.

—No conozco la *lillianrill*, pero puedo ver que el oropelino se muere. Algún mal ha golpeado su corazón. ¿Has visto tales cosas antes?

Él meneó la cabeza.

—¿Cómo vive entonces el mundo de donde procedes?

Parecía consternada ante la perspectiva de un lugar donde la salud estaba ausente.

Él ignoró su pregunta. Quería probarla, averiguar lo que veía en él. Pero entonces recordó lo que le había dicho: «Estás cerrado para mí». Ahora comprendía su comentario, y la comprensión le proporcionó una sensación de alivio. La intimidad de su propia enfermedad estaba intacta, a buen recaudo. Le señaló el norte y, cuando un momento después Atiaran se puso en camino, él la siguió con placer. Durante largo tiempo se olvidó a sí mismo a la vista de tanta salud como lo rodeaba.

Gradualmente, a medida que transcurría el día con su luz cambiante y se acercaba la noche, Covenant se adaptó a la constatación de la salud en los colores y formas que veía. En otras dos ocasiones había notado el olor esquivo de algo inicuo, pero no pudo descubrirlo por ninguna parte cerca del riachuelo junto al que Atiaran decidió acampar, y aquella ausencia le hizo pensar que dormiría apaciblemente.

Pero de algún modo un sueño saludable y hermoso se convirtió en una pesadilla en la que unos espíritus se despojaban de sus cuerpos revelándose como feos, corrompidos y desdeñosos. Covenant se alegró de despertarse e incluso de correr el riesgo de afeitarse sin la ayuda de un espejo.

Al sexto día, el olor de lo inicuo se hizo persistente y se intensificó a medida que Atiaran y Covenant se abrían paso hacia el norte a lo largo de las colinas. Un breve chaparrón primaveral empapó sus ropas a media mañana, pero no eliminó el hedor de la atmósfera. El olor hacía sentirse inquieto a Covenant, aguzaba su inquietud, hasta que le pareció tener una fría y temible cuchilla suspendida sobre el corazón.

Todavía no le era posible localizar el olor y concretar su procedencia. Le llegaba tras el aroma de la hierba, los brezos y la *alianta*, tras el encanto de las colinas llenas de vitalidad, como el hedor de un cuerpo putrefacto del que, por estar demasiado alejado, sólo percibimos un débil efluvio.

Finalmente, no pudo soportar seguir en silencio y se plantó delante de Atiaran.

—¿No notas ese olor? —le preguntó.

—Sí, Increíble. Lo huelo. Resulta claro para mí.

—¿Qué significa?

—Significa que nos acercamos al peligro. ¿No lo esperabas?

La obviedad de la respuesta no desarmó a Covenant, e insistió en sus preguntas.

—¿Pero de dónde viene? ¿Qué lo produce?

—¿Cómo puedo saberlo? —replicó ella—. No soy un oráculo.

Covenant estuvo a punto de contestarle airadamente, pero se contuvo. Haciendo

un esfuerzo, logró mantenerse en calma mientras preguntaba:

—¿Qué es entonces?

—Es un olor de muerte —respondió llanamente Atiaran, y apretó el paso para dejar a Covenant atrás. «No me pidas que me extralimite», parecía decir su espalda, y él echó a andar tras ella murmurando entre dientes y sintiendo que la fría inquietud se cernía más cerca de su corazón.

A media tarde, Covenant sintió que su percepción del mal se agudizaba casi a cada paso. Recorría las colinas con la mirada, como si esperase ver en cualquier momento el origen del hedor, que empezaba a hacerse insoportable en sus fosas nasales. Pero no percibía nada, excepto la marcha incansable de Atiaran a través de las hondonadas, las cavidades, los valles y crestones de las colinas, nada más que árboles y arbustos saludables, flores y verde hierba, la exhibición deslumbrante de la primavera de la Tierra, y sólo la amenaza cada vez mayor de algo maligno flotando en el aire. Era una grave amenaza, y Covenant sintió oscuramente que la causa era digna de lamentaciones.

Aquella sensación fue aumentando sin cesar durante algún tiempo. Pero luego, un súbito cambio en la tensión de la espalda de Atiaran, advirtió a Covenant que se preparase pocos instantes antes de que ella le hiciera una señal para que se detuviese. La mujer acababa de rodear la ladera de una colina y estaba lo bastante lejos para ver la hondonada que había más allá. Se quedó un momento inmóvil, agachada ligeramente y escudriñando la hondonada. Luego echó a correr colina abajo.

Covenant la siguió en seguida. En tres zancadas, llegó al lugar donde ella se había detenido. Más allá, en el fondo de la hondonada, había un soto aislado, una masa de vegetación en medio de un ancho claro. No pudo ver nada fuera de lugar, pero su sentido del olfato le procuraba insoportables sensaciones, y Atiaran se dirigía en línea recta al soto. Covenant corrió tras ella.

Atiaran se detuvo al lado de los árboles que se alzaban en la parte oriental. Estremeciéndose, miró a su alrededor con una expresión de terror y odio, como si quisiera penetrar en el bosquecillo y no tuviera valor para hacerlo. Entonces, horrorizada, gritó:

—¿Waynhim? ¡*Melenkurion!* ¡Ah, por los Siete, qué maldad!

Cuando Covenant llegó a su lado la vio mirando fijamente los árboles, cubriéndose la boca con las manos y con los hombros estremecidos por convulsiones.

Covenant miró al soto y vio un estrecho sendero que conducía a él. Avanzó movido por un impulso y penetró entre los árboles. Tras recorrer cinco pasos se halló en un espacio abierto muy similar a los demás resguardos que había visto. Aquella cámara era redonda, pero tenía las mismas paredes arbóreas, el techo de ramas entrelazadas, lechos y estantes.

Pero las paredes de troncos estaban manchadas de sangre, y una figura yacía en el

centro.

Covenant dio un respingo al ver que la figura no era humana.

Los rasgos generales eran semejantes a los de un hombre, pero el torso era desmesuradamente largo y los miembros cortos y de la misma longitud, lo cual indicaba que la criatura tanto podía permanecer de pie como correr a cuatro patas. Pero el rostro era totalmente extraño para Covenant. Un cuello largo y flexible unía la calva cabeza al cuerpo. Dos orejas puntiagudas surgían cerca de la parte superior del cráneo, a cada lado. La boca era tan delgada como una mera hendidura en la carne, y carecía de ojos. Dos orificios nasales rodeados por una membrana gruesa y carnosa llenaban el centro del rostro. La cabeza no tenía más rasgos.

El pecho de la criatura estaba atravesado por una larga estaca de acero que la clavaba al suelo. La cámara hedía tanto a violencia que Covenant se sintió próximo a asfixiarse. Sintió deseos de huir. Era un leproso, e incluso los seres muertos eran peligrosos para él, pero se obligó a permanecer donde estaba y considerar sus impresiones. Al ver a la criatura, su primera idea fue que el Reino se había librado de algo aborrecible, pero luego sus ojos y su olfato le corrigieron. La maldad que asaltaba sus sentidos procedía de la matanza, de la estaca, y no de la criatura. La carne de ésta exhalaba un efluvio de salud devastada. Había sido natural, adecuada, una parte correcta de la vida del Reino. Sintiendo náuseas bajo el hedor del crimen, Covenant se volvió y salió de allí corriendo.

Al salir a la luz del sol, vio a Atiaran que ya avanzaba hacia el norte, casi fuera de la hondonada. No necesitó ningún estímulo para correr tras ella, tan grande era su deseo de poner la mayor distancia posible entre él y el profanado resguardo. Se apresuró en dirección a la mujer como si unos colmillos asesinos fueran tras él pisándole los talones.

Durante el resto del día fue sintiéndose aliviado a medida que recorría más y más leguas. La acritud de aquel hedor antinatural fue desvaneciéndose poco a poco, pero no se disipó por debajo de un cierto nivel. Cuando la fatiga y la noche obligaron a detenerse a los caminantes, Covenant se sintió seguro de que más inquietudes estaban por llegar y que el asesino del waynhim se trasladaba hacia el norte, inadvertido, Atiaran parecía compartir esta convicción. Le preguntó si sabía usar el cuchillo que llevaba.

Covenant trató de dormir sin conseguirlo, y al cabo de un rato le preguntó a Atiaran si no deberían haber enterrado el cadáver de la criatura. Ella le respondió en voz baja desde su lecho en sombras, al otro lado de la tenue luz del gravanel.

—No agradecerían nuestra intromisión. Ellos se encargarán de hacerlo. Pero temo que puedan romper su vínculo con los Amos a causa de esto.

Aquella idea hizo que Covenant sintiera un escalofrío que no podía explicar, y permaneció insomne la mitad de la noche, bajo la fría burla de las estrellas.

A la mañana siguiente, los viajeros disponían de pocas provisiones. Atiaran había previsto reponer los víveres en un resguardo el día anterior, y ahora no les quedaba vino vigorizante y apenas les quedaba pan y otros alimentos. Sin embargo, no corrían peligro de pasar hambre, pues a lo largo del camino que seguían abundaban las bayas-tesoro. Pero tenían que ponerse en marcha sin tomar algo caliente que los reconfortara después de la noche fría e incómoda. Y tenían que viajar en la misma dirección que había tomado el asesino del waynhim. Covenant se dispuso a partir, encolerizado, como si sintiera que el atentado había sido dirigido contra él. Por primera vez en varios días se permitió pensar en el Babeante y el Amo Execrable. Sabía que cualquiera de ellos era capaz de matar a un waynhim, incluso de matarle sin ningún motivo. Y el Despreciativo, por lo menos, podría saber fácilmente dónde se encontraba.

Pero el día transcurrió sin ningún incidente. La tenue y constante inquietud en el aire no empeoró, y la *alianta* abundaba. A medida que recorrían leguas, la cólera de Covenant fue perdiendo intensidad. Se relajó contemplando la salud a su alrededor, mirando maravillado los árboles, los majestuosos robles, los dignos olmos, la consoladora espesura de los oropelinos, la delicada filigrana de las mimosas, los arbustos espinosos, mirando los serenos contornos de las colinas, yacentes como cabezas dormidas y recostadas en la tierra de las llanuras occidentales. Todo ello le hizo percibir el Reino de una nueva manera: su pulso y su cadencia, la savia que se movía y la roca inmóvil, todo ello conjuntado en una sinfonía de armónica vitalidad. En contraste, el inmundado efluvio de la muerte parecía insignificante, al lado de la vasta vitalidad de las colinas, y vil, como un acto de crueldad infligido a un niño.

A la mañana siguiente, Atiaran cambió de rumbo, virando un poco al este, de manera que fueron subiendo progresivamente hacia el centro de las colinas. Siguieron un camino tortuoso, sobre todo a través de valles que se extendían generalmente hacia el norte entre las colinas. Y cuando el sol estuvo lo bastante bajo para envolver en sombras las colinas orientales, los viajeros avistaron la Fustaria Alta.

Su proximidad proporcionó a Covenant una excelente visión del pueblo-árbol, situado a cierta distancia, al otro lado de un ancho claro. Covenant juzgó que el árbol tendría más de cien metros de altura, y unos diez de anchura en la base. Las ramas empezaban a surgir del tronco a doce o quince metros por encima del suelo, y luego, abruptamente, unas ramas enormes se extendían en sentido horizontal desde el tronco, formando a grandes rasgos un medio óvalo con una cúspide aplanada. Las ramas del árbol eran tan numerosas y estaban tan llenas de hojas, que la mayor parte del pueblo quedaba oculta. Pero Covenant pudo ver algunas escalas entre las ramas y a lo largo del tronco. Y en algunos nudos compactos de las ramas creyó ver las formas de habitáculos. Si había gente que se movía entre el follaje, estaban tan bien camuflados que Covenant no podía discernirlos.

—Ésta es la Fustaria Alta —dijo Atiaran—, un hogar para las gentes del *lillianrill*, como la pedraria Mithil lo es para los que seguimos el *rhadhamaerl*. Estuve ahí una vez, al regresar de la Raat. Los fustarianos son gente muy agradable, pero no comprendo su ciencia de la madera. Nos darán comida y alojamiento, y quizá también ayuda. Se dice: «Ve al *rhadhamaerl* en pos de la verdad y al *lillianrill* en busca de consejo». Tengo una dolorosa necesidad de consejo. Ven.

Atiaran condujo a Covenant a través del claro hasta la base del gran árbol. Tuvieron que rodear el tronco de áspera corteza hasta la curva situada al noroeste, y allí hallaron una gran abertura natural en el tronco hueco. La cavidad interna no era profunda. Sólo era lo bastante espaciosa para contener una escalera de caracol. Por encima de la primera rama gruesa había otra abertura, desde la que partían escalas hacia arriba.

Covenant se estremeció al recordar su antiguo miedo a las alturas, casi olvidado desde su terrible experiencia en las escaleras de la Atalaya de Kevin. No quería verse obligado a subir por aquellas escalas. Pero pareció que no sería necesario hacerlo. La abertura del tronco estaba cerrada con una pesada puerta de madera, y no había nadie para abrirla. De hecho, todo el lugar parecía demasiado silencioso y oscuro para estar habitado. Empezaba a oscurecer, pero no se veía ninguna luz hogareña a través de la sombra del follaje ni se oían llamadas entre familias que rompieran el silencio.

Covenant miró a Atiaran y vio que estaba perpleja.

—Algo no va bien, Thomas Covenant —le dijo, apoyando las manos en los barrotes de la puerta—. La última vez que estuve aquí había niños en el claro, gente en la escalera y no había puerta en la entrada. Algo anda mal. Y, sin embargo, no noto la presencia de un gran mal. No hay aquí más maldad que en cualquier otro lugar a lo largo de nuestro camino.

Retrocedió, apartándose de la puerta, alzó la cabeza y gritó:

—¡Salve, Fustaria Alta! ¡Somos viajeros, gentes del Reino! ¡Nuestro camino es largo, nuestro futuro incierto! ¿Qué os ha ocurrido? —Como no hubo respuesta, siguió diciendo exasperada—: ¡He estado aquí en otra ocasión! ¡Por aquel entonces se decía que la hospitalidad de los fustarianos no tenía igual! ¿Es ésta vuestra amistad para con el Reino?

De repente oyeron unos ruidos leves y dispersos tras ellos, como de algo que caía al suelo. Al volverse, se encontraron rodeados por siete u ocho hombres que sujetaban pulidas dagas de madera. Instintivamente, Atiaran y Covenant retrocedieron. Los hombres se acercaron y uno de ellos dijo:

—El significado de la amistad cambia con los tiempos. Hemos visto la oscuridad y oído el rugido de negras mareas. Queremos estar seguros con respecto a los extraños.

Una antorcha resplandecía en la mano del hombre que había hablado, Bajo aquel

resplandor, Covenant miró por primera vez a los fustarianos. Todos eran altos, delgados y ágiles, de cabello rubio y ojos claros. Vestían capas de colores vegetales, cuyo tejido parecía aferrarse a sus miembros, como para evitar desgarros con las ramas. Cada hombre sujetaba una daga puntiaguda de madera pulida, que brillaba débilmente a la luz de la antorcha.

Covenant no sabía qué hacer, pero Atiaran recogió su túnica y replicó con severo orgullo:

—Aseguraos entonces. Yo soy Atiaran de Trel, de la pedraria Mithil. Éste es Thomas Covenant, Incrédulo y portador de un mensaje para los Amos. Hemos llegado aquí como amigos y necesitados, en busca de seguridad y ayuda. No sé si tenéis la costumbre de hacer prisioneros a los extraños.

El hombre que sostenía la antorcha se adelantó e hizo una grave reverencia.

—Cuando estemos seguros os pediremos disculpas. Hasta entonces, debéis venir conmigo a un lugar donde seréis examinados. Hemos visto señales extrañas, y ahora vemos más. —Hizo un gesto a Covenant—. No cometeremos ningún error, ya sea por confiar demasiado o por dudar. ¿Me acompañaréis?

—Muy bien —suspiró Atiaran—. Pero no seríais tratados así en la pedraria Mithil.

—Los pedrarianos tendrían que gustar nuestros problemas antes de despreciar las precauciones que tomamos —replicó el hombre—. Ahora venid detrás de mí.

Se adelantó para abrir la puerta. Al oír aquella orden, Covenant se resistió a seguirle. No estaba preparado para trepar a un árbol altísimo en la oscuridad. Ya le hubiera resultado bastante difícil hacerlo a plena luz, pero la mera idea de correr el riesgo de noche hizo que el pulso le martilleara en las sienes. Apartándose de Atiaran dijo en un tono trémulo que no pudo evitar:

—Olvidadlo.

Antes de que pudiera reaccionar, dos de los hombres le agarraron de los brazos. Intentó zafarse, pero los hombres le sujetaron con fuerza y alzaron sus manos hacia la antorcha. Por un instante los fustarianos contemplaron sus manos, el anillo en la izquierda y la cicatriz de la derecha, como si fuera alguna especie de espíritu maligno. Entonces el hombre que sostenía la antorcha ordenó seriamente:

—Traedlo.

—¡No! —exclamó Covenant—. No comprendéis. Las alturas me marean. Me caeré. —Los hombres forcejearon con él para llevarle hasta la puerta, mientras gritaba—: ¡Por todos los diablos! ¡Estáis tratando de matarme!

Sus captores se detuvieron un momento. Oyó una serie de gritos, que su pánico, confusión e ira le impidieron comprender. Entonces el jefe le dijo:

—Si no puedes trepar bien, no te pediremos que lo hagas.

Un instante después el cabo de una cuerda cayó al lado de Covenant. En seguida

otros dos hombres le ataron las muñecas a la cuerda. Antes de darse cuenta de lo que sucedía, la cuerda se tensó: le estaban alzando como un saco repleto de impotencia.

Creó oír un grito de protesta de Atiaran, pero no podía estar seguro. Ahogó en sus labios un grito de rabia, puso los hombros en tensión para suavizar el tirón de la cuerda y miró fijamente la oscuridad. No podía ver a nadie que tirase de la cuerda. Con el último fulgor de la antorcha, la cuerda parecía extenderse en un abismo, y Covenant se sentía doblemente atemorizado.

Entonces se desvaneció la luz de debajo y poco después un leve ruido de hojas agitadas le dijo que había alcanzado el nivel de las primeras ramas. Vio un resplandor amarillo a través de la abertura superior de la escalera que recorría el interior del árbol, pero la cuerda le alzaba hacia las alturas del pueblo-árbol.

Sus propios movimientos lo hacían oscilar ligeramente, por lo que a intervalos espaciados rozaba contra las hojas. Pero aquel fue su único contacto con el árbol. No vio luces ni oyó voces. Las corpulentas ramas envueltas en la oscuridad se deslizaban suavemente a su paso, como si le estuvieran arrastrando hacia el cielo.

Pronto sintió agudos dolores en los hombros, y los brazos le quedaron insensibles. Con la cabeza levantada hacia la oscura copa del inmenso árbol, se sintió presa de terror y gimió como si se estuviera ahogando.

Entonces, sin previo aviso, su movimiento cesó. Antes de que pudiera cobrar ánimos, brilló una antorcha y se encontró ante tres hombres que estaban de pie en una rama. Rodeados por la súbita luz, parecían idénticos a los hombres que lo habían capturado, pero uno de ellos llevaba una pequeña corona de hojas alrededor de la cabeza. Los otros dos escudriñaron un momento a Covenant, y acto seguido lo agarraron de la camisa y tiraron de él hacia su rama. Cuando sus pies tocaron la gruesa rama, la cuerda se aflojó, permitiéndole bajar los brazos.

Aún tenía las muñecas atadas, pero trató de agarrarse a uno de los hombres, temiendo caerse de la rama. Tenía los brazos insensibles y no podía moverlos. La oscuridad se extendía bajo él como una bestia hambrienta. Resollando, se abalanzó hacia los hombres, tratando de obligarles a que lo salvaran. Ellos le cogieron con rudeza. Covenant se negó a andar por su propio pie y tuvieron que arrastrarle por la rama hasta que llegaron a una ancha abertura en el tronco. Allí, el centro del tronco estaba ahuecado para formar una gran cámara, y Covenant se dejó caer pesadamente en el suelo, temblando de alivio.

Pronto bulló a su alrededor una creciente actividad. Covenant no prestó atención y mantuvo los ojos cerrados para concentrarse en la dura estabilidad del suelo y en el dolor que crecía en sus muñecas y brazos al reanudarse la circulación sanguínea. El dolor era muy penoso, pero lo soportó en tenso silencio. Pronto sintió un hormigueo en las manos, y notó los dedos hinchados y ardientes. Los flexionó, curvándolos como garras y musitó entre dientes una maldición.

Al abrir los ojos vio que estaba tendido sobre la madera pulida, en el centro de la miríada de círculos concéntricos en el interior del tronco. Los círculos hacían que el resto de la estancia pareciera centrarse hacia él, como si estuviera tendido sobre un blanco. Los músculos de sus brazos seguían embotados, pero haciendo un esfuerzo logró erguirse y quedar sentado. Entonces se miró las manos. La cuerda le había despellejado las muñecas, pero no sangraban.

Maldiciendo mentalmente a los salvajes que le habían hecho aquello, alzó la cabeza y miró a su alrededor. La cámara tenía unos seis metros de anchura y parecía llenar todo el diámetro del tronco. Sólo había una abertura, aquella por la que había entrado, y podía ver la oscuridad del exterior, pero la estancia estaba bien iluminada por la luz de unas antorchas sujetas a las paredes, las cuales ardían sin producir humo y no parecían consumirse. Las paredes brillaban como si estuvieran bruñidas, pero el techo, muy alto, era tosco, de madera intacta.

Cinco fustarianos rodeaban a Covenant, tres hombres, uno de ellos el que llevaba la pequeña corona de hojas, y dos mujeres. Todos vestían capas similares que se aferraban a su silueta, pero los colores variaban, y todos eran más altos que Covenant. Su estatura parecía amenazadora, y él se levantó lentamente, despojándose de la mochila mientras lo hacía.

Un momento después, el hombre que había dirigido a los captores de Covenant en el suelo, entró en la cámara, seguido de Atiaran. Ésta parecía ilesa, pero cansada y deprimida, como si la ascensión y la desconfianza hubieran minado su fuerza. Al ver a Covenant, se acercó para ponerse a su lado.

—¿Sólo dos, Soranal? —preguntó una de las mujeres.

—Sí —respondió el guardián de Atiaran—. Vigilamos y no vimos a nadie más cuando cruzaron el claro por el sur. Y nuestros exploradores no han informado sobre la presencia de ningún otro extraño en las colinas.

—¿Exploradores? —inquirió Atiaran—. No sabía que se necesitaban exploradores entre las gentes del Reino.

La mujer dio un paso hacia ella.

—Atiaran de Trell —le dijo—, conocemos a la gente de la pedraria Mithil desde nuestro regreso al Reino en la nueva era. Y entre nosotros hay algunos que recuerdan tu visita. Conocemos a nuestros amigos y el valor de la amistad.

—Si es así, ¿qué hemos hecho para merecer este trato? —preguntó Atiaran—. Hemos venido en busca de amigos.

La mujer no respondió directamente a la pregunta de Atiaran.

—Dado que todos somos gentes del Reino, y como el peligro que corremos es el peligro de todos, trataré de aliviar el escozor de nuestra descortesía explicando nuestras acciones. Los que estamos en esta cámara, en el corazón del árbol, somos los herederos de la Fustaria Alta, dirigentes del pueblo. Yo soy Llaura, hija de Annamar.

Aquí están también Omournil, hija de Mournil —fue indicando a cada persona mencionada con un gesto de la cabeza—, Soranal, hijo de Thiller, Padrias, hijo de Mill, Malliner, hijo de Veinnin y Baradakas, estigmatizado de la *lillianrill*. —Este último era el que llevaba la corona de hojas—. Tomamos la decisión de desconfiar, y te explicaré nuestras razones.

»Veo que estás impaciente —dijo con un áspero y amargo tono—. Bien, no te cansaré contándote toda la historia del viento maligno que ha soplado contra nosotros de vez en cuando desde Gravin Threndor. No describiré las coléricas tormentas, ni te mostraré el cuerpo del pájaro de tres alas muerto en la cima de nuestra fustaria, ni comentaré los rumores de asesinato que han llegado a nuestros oídos. ¡Por los Siete! Hay canciones de ira que han de ser cantadas, pero no las cantaré ahora. Te diré esto: todos los sirvientes del asesino gris no están muertos. Creemos que un Delirante ha estado entre nosotros.

Aquel nombre transmitía una sensación de peligro, y Covenant miró rápidamente a su alrededor, tratando de localizarlo. Por un instante no comprendió. Pero entonces notó que las palabras de Llaura hacían que Atiaran se pusiera rígida, vio que apretaba las mandíbulas y percibió que el miedo se apoderaba de ella, aunque no dijo nada. Y entonces comprendió. Los fustarianos temían que él pudiera ser uno de los Delirantes.

—Eso es ridículo —dijo bruscamente, sin pensar.

Los herederos lo ignoraron. Tras una breve pausa, Soranal reanudó la explicación de Llaura.

—Hace dos días, cuando el sol de la tarde estaba alto, cuando nuestro pueblo se dedicaba a sus tareas y los niños jugaban en las ramas superiores del Árbol, un extraño llegó a la Fustaria Alta. Dos días antes, la última tormenta maligna del Monte Trueno estalló súbitamente y se apaciguó... Y el día que llegó el extraño nuestros corazones se alegraron, pensando que una batalla que desconocíamos había sido ganada para el Reino. Aquel hombre tenía el aspecto de un pedrariano, y dijo que se llamaba Jehannum. Le recibimos con la hospitalidad que es la alegría del Reino. No vimos razón alguna para dudar de él, aunque los niños se apartaban de él, llorando temerosos. ¡Ay de nosotros! Los jóvenes vieron más claramente que los viejos.

»Pasó ante nosotros mirándonos con desprecio y ridiculizando socarronamente nuestras artes y costumbres. Y no pudimos responderle. Pero recordamos la Paz y no hicimos nada durante todo un día.

»Entonces los comentarios de Jehannum se convirtieron en una abierta premonición de algo maligno. Así que al fin lo convocamos en la cámara central de nuestro pueblo para que respondiera a los herederos. Escuchamos las palabras que quiso decirnos, palabras llenas de regocijo y vilipendio para el Reino. Entonces pudimos ver con más profundidad y le ofrecimos la prueba del *lomillialor*.

Baradakas intervino entonces por primera vez.

—Conoces la Madera Superior, el *lomillialor*, ¿verdad, Atiaran? Es muy parecida al *orcrest* del *rhadhamaerl*. Es un vástago del Árbol Único, con cuya madera se labró el Bastón de la Ley.

—Pero no tuvimos ocasión de hacer la prueba —siguió diciendo Soranal—. Cuando Jehannum vio la Madera Superior, se apartó de nosotros y huyó. Lo perseguimos, pero nos había cogido por sorpresa, éramos demasiado apacibles, estábamos poco preparados para tales maldades, y su huida nos desconcertó. Pudo esquivarnos y se dirigió hacia el este. —Dando un suspiro, concluyó—: Ha transcurrido un día desde que ocurrieron estas cosas, y hemos comenzado a aprender de nuevo la defensa del Reino.

—Te escucho —dijo Atiaran en voz baja al cabo de un rato—. Perdonad mi cólera. He hablado con precipitación e ignorancia. Pero seguramente podéis ver que no somos amigos del asesino gris.

—Lo vemos en ti, Atiaran de Trell —dijo Llaura, con su mirada penetrante fija en la pedrariana—, vemos mucha aflicción y mucho valor. Pero tu compañero está cerrado para nosotros. Es posible que tengamos que encarcelar a este Thomas Covenant.

—¡*Melenkurion!* —exclamó Atiaran—. ¡No os atreváis! ¿No os dais cuenta? ¿No le habéis mirado bien?

Al oír tales palabras, los herederos exhalaban un murmullo de alivio, un murmullo que acentuó su tensión.

Soranal se acercó a Atiaran, extendió la mano con la palma hacia adelante, haciendo el saludo de bienvenida, y dijo:

—Hemos mirado... Hemos mirado y oído. Confiamos en ti, Atiaran de Trell. Has pronunciado un nombre que ningún Delirante invocaría para salvar a un compañero.

Y, tomándola del brazo, la apartó de Covenant y la condujo al centro de la cámara.

Sin Atiaran a su lado, Covenant se sintió súbitamente expuesto, vulnerable. Por vez primera experimentó lo mucho que había llegado a depender de su presencia y su guía, si no de su apoyo. Pero no estaba dispuesto a recibir amenazas pasivamente. Se preparó para moverse en cualquier dirección, y su mirada se posó alternativamente en los rostros que lo miraban desde las pulidas paredes de la cámara.

—Jehannum predijo muchas cosas —dijo Llaura—, pero hemos de decirte una en especial. Dijo que un gran mal con el aspecto de Berek Mediamano se dirigía por las colinas hacia nosotros, procedente del sur. Y aquí —señaló con un brazo pálido a Covenant y el tono de su voz se elevó severamente— aquí hay un completo extraño para el Reino, al que le falta media mano derecha y que lleva en la izquierda un anillo de oro blanco. No cabe duda de que lleva mensajes a los Amos... ¡Mensajes de

condenación!

—No os jactéis de vuestro juicio —dijo Atiaran en tono de súplica—. Recordad el Juramento. Vosotros no sois Amos. Y las palabras oscuras pueden ser advertencias tanto como profecías. ¿Confiaréis en la palabra de un Delirante?

Baradakas se encogió levemente de hombros.

—No es el mensaje lo que juzgamos. Nuestra prueba es para el hombre.

Extendió un brazo detrás de Covenant y alzó una vara de madera que tendría un metro de longitud, de la que había sido separada toda la corteza. La sostuvo suavemente por el centro, en actitud reverente.

—Esto es *lomillialor*.

Al pronunciar este nombre, la madera brilló como si sus fibras claras estuvieran húmedas de rocío.

¿Qué diablos era aquello? Covenant trató de prepararse para lo que pudiera venir.

Pero el siguiente movimiento del estigmatizado lo cogió por sorpresa. Baradakas hizo oscilar su vara y apuntó con ella al Incrédulo.

Covenant se hizo a un lado de un salto y agarró el *lomillialor* con la mano derecha. Pero no tenía suficientes dedos para cogerla con fuerza, y la vara resbaló y cayó al suelo con un ruido que parecía extrañamente desmesurado en la quietud de la cámara.

Por un momento todos los presentes quedaron en silencio, inmóviles, mientras calibraban el significado de lo que habían visto. Luego, al unísono, los herederos pronunciaron su veredicto, inexorable como una sentencia de muerte.

—La Madera Superior lo rechaza. Es un mal para el Reino.



LA CELEBRACIÓN DE PRIMAVERA



Con un ágil movimiento, Baradakas se sacó una porra de debajo de su capa, la alzó y avanzó hacia Covenant.

Éste reaccionó instintivamente, poniéndose a la defensiva. Antes de que el estigmatizado pudiera darle alcance, se agachó y recogió el *lomillialor* con la mano izquierda, y cuando Baradakas se aprestaba a golpearle la cabeza con la porra, él azotó el brazo del estigmatizado con la vara.

Soltando una lluvia de chispas blancas, la porra se rompió en astillas. Baradakas cayó hacia atrás como si le hubiera derribado una explosión.

La fuerza del golpe vibró a través de la mano de Covenant hasta el codo, y sus dedos quedaron momentáneamente insensibles. La vara empezó a deslizarse de su mano. La miró asombrado, preguntándose qué diablos ocurría. Pero entonces la muda sorpresa de los herederos y el gesto de dolor del estigmatizado lo tranquilizaron. Aquellos hijos de perra habían querido probarle. Cogió la vara con la mano derecha, sosteniéndola por el centro, tal como había hecho Baradakas. La brillante madera era resbaladiza al tacto y le dio una sensación de viscosidad, como si rezumara por el lugar donde la sujetaba, aunque la madera permanecía inmóvil. Sosteniéndola en la mano, lanzó una fiera mirada a los herederos, llena de la cólera que su trato había despertado en él.

—¿Por qué no me decís otra vez la razón de que esta cosa me rechace?

Soranal y Llaura permanecían a cada lado de Atiaran, y Malliner estaba frente a ellos, apoyado en la pared. Omournil y Padrias se inclinaron sobre el estigmatizado caído. Mientras Covenant los vigilaba, Atiaran se enfrentó a él con expresión severa.

—En los tiempos antiguos —le dijo—, cuando el Amo Superior Kevin confió en el asesino gris, éste recibió inapreciables dones de *orcrest* y *lomillialor*. Dice la leyenda que estos dones se perdieron pronto, pero mientras el asesino gris los poseyó, no lo rechazaron. Al Despreciativo le es posible disfrazarse de verdad. Quizá la magia impetuosa sobrepasa a la verdad.

¡Gracias por la ayuda!, se dijo Covenant, mirándola con ojos brillantes de cólera. ¿Qué pretendía hacerle su compañera de viaje?

—Eso dice la leyenda —replicó Llaura con un hilo de voz—. Pero no somos más que fustarianos, no Amos, y tales cosas quedan fuera de nuestro alcance. Jamás en la memoria de nuestro pueblo una prueba de verdad ha derribado a un estigmatizado de la *lillianrill*. ¿Cómo dice la canción? «Salvará o condenará la Tierra». Oremos para

no ser condenados por nuestra desconfianza. —Extendió una mano temblorosa hacia Covenant, haciéndole el saludo de bienvenida, y exclamó—: ¡Salve, Incrédulo! Perdona nuestras dudas, y sé bien recibido en la Fustaria Alta.

Covenant la miró un instante, danzándole en los labios una airada réplica. Pero vio en los ojos de la mujer la sinceridad de sus disculpas, y aquella percepción amortiguó su vehemencia.

—Olvídalo —le dijo.

Llaura y Soranal hicieron una reverencia, como si él hubiera aceptado las disculpas. Luego se volvieron para mirar a Baradakas, que se levantaba del suelo con dificultad. Se frotaba el rostro con las manos, como si lo tuviera lleno de telarañas, pero aseguró a Omournil y Padrias que estaba ileso. Con una mezcla de admiración y temor en la mirada, saludó también a Covenant. Éste le respondió con un hosco movimiento de cabeza. No esperó a que el estigmatizado se lo pidiera y le entregó el *lomillialor*, contento de librarse de su contacto inquietante e inseguro.

Baradakas recogió la vara y la miró sonriendo torvamente, como si el objeto hubiera sido testigo de su derrota. Volviéndose hacia Covenant, y sin dejar de sonreír, le dijo:

—Incrédulo, nuestra presencia ya no es necesaria aquí. No has comido y la fatiga del viaje pesa duramente sobre tus hombros. ¿Aceptarás la hospitalidad de mi casa?

La invitación sorprendió a Covenant. Vaciló un momento, tratando de decidir si podía confiar o no en el estigmatizado. Baradakas parecía tranquilo, sin ninguna hostilidad, pero su sonrisa era más compleja que las excusas de Llaura. Covenant, empero, reflexionó que, si se trataba de confiarse, estaría más seguro con Baradakas solo que con todos los herederos juntos.

—Tu ofrecimiento me honra —le dijo con rigidez.

El estigmatizado hizo una reverencia.

—Al aceptar un honor honras a quien te lo ofrece.

Miró a los demás fustarianos que lo rodeaban y, al percibir los gestos de aprobación de ellos, se volvió y salió de la cámara central.

Covenant buscó la mirada de Atiaran, pero ésta ya estaba hablando en voz baja con Soranal. Sin más demora, salió a la ancha rama, al lado de Baradakas.

En el exterior del gran árbol, la noche estaba punteada de luces, los fuegos hogareños de los fustarianos. Su iluminación llegaba muy abajo, entre las ramas, pero no alcanzaba el suelo. Involuntariamente, Covenant aferró el hombro de Baradakas.

—No está lejos —le dijo en tono tranquilizador el estigmatizado—. Sólo tenemos que subir a la próxima rama. Iré detrás de ti... No caerás, no temas.

Maldiciendo en silencio entre dientes, Covenant asió los peldaños de la escala. Quería retroceder, regresar a la solidez de la cámara central, pero el orgullo y la ira se lo impedían, y los peldaños transmitían a sus dedos una sensación de seguridad, casi

adhesiva. Cuando Baradakas lo tranquilizó poniéndole una mano en la espalda, inició su difícil ascensión.

Como Baradakas le había prometido, la rama siguiente no estaba muy lejos. Pronto Covenant llegó a la gruesa rama, que se dividía a pocos pasos del tronco, formando una horquilla, en la que estaba emplazado el hogar del estigmatizado. Apoyándose en los hombros de Baradakas, llegó al umbral y lo cruzó como si lo hubiera impelido una ráfaga de alivio.

Se encontró en una limpia vivienda, de dos piezas, formada por entero con las ramas del árbol. Ramas entrelazadas constituían parte del suelo y las paredes, incluida la separación entre las habitaciones. Y el techo era una cúpula de ramitas y hojas. A lo largo de una pared de la primera pieza, anchos salientes de madera servían como sillas, y en la pared contraria colgaba una litera. La atmósfera del lugar era cálida y limpia, había un ambiente de dedicación devota a la ciencia ancestral que a Covenant le pareció levemente inquietante, como un recordatorio de que el estigmatizado podía ser un hombre peligroso.

Mientras Covenant exploraba la estancia, Baradakas colocó antorchas en cada una de las paredes externas y las encendió frotando sus extremos con las manos y murmurando en voz baja. Luego buscó algo en el fondo de la estancia y regresó con una bandeja cargada de rebanadas de pan, queso, un gran racimo de uvas y un jarro de madera. Puso una mesita de tres patas entre dos sillas, colocó la bandeja encima e hizo un gesto a Covenant para que se sentara.

Al ver la comida, Covenant descubrió que estaba hambriento. No había comido nada más que *aliantha* durante los dos últimos días. Esperó a que Baradakas se acomodara y luego se sentó. Siguiendo el ejemplo de su anfitrión preparó emparedados de queso y uvas entre rebanadas de pan fresco y bebió con abundancia el vino vigorizante que contenía el jarro. No habló mientras comía, concentrándose en los alimentos, pero no olvidaba quién era el estigmatizado ni lo que había ocurrido entre ellos.

Baradakas dejó que Covenant apurase el vino y él retiró el resto de la comida. Al regresar, tras haber guardado los alimentos en la otra estancia, se dirigió a su invitado.

—Bien, Increíble. ¿De qué otra manera puedo proporcionarte satisfacción?

Covenant tomó un largo trago de vino vigorizante y luego repuso en el tono más neutro de que fue capaz:

—Dime una cosa. Antes estabas dispuesto a partirme la cabeza, y pareció como si hubieras recibido una buena sacudida de eso... esa Madera Superior. ¿Por qué me has invitado a venir aquí?

Baradakas vaciló un momento, como si ponderase hasta qué punto podía hablar. Entonces, alargando un brazo hacia la estancia trasera, cogió un bastón de superficie

suave y casi dos metros de longitud, y se sentó en la litera, frente a Covenant. Mientras le hablaba empezó a pulir la madera blanca con un trapo.

—Hay muchas razones, Thomas Covenant. Tú necesitas un lugar donde dormir, y mi hogar está más cerca de la cámara central que cualquier otro... para alguien a quien no le gustan las alturas. Y ni tú ni yo somos necesarios para la consideración de consejo y ayuda que tendrá lugar esta noche, Atiaran conoce el Reino... Ella dirá todo lo que debe decirse sobre vuestro viaje. Y Soranal y Llaura podrán proporcionarle toda la ayuda que solicite.

Mirando desde su asiento las manos de aquel hombre que se afanaban en pulir la madera y sus ojos claros y penetrantes, Covenant tuvo la extraña sensación de que había reanudado su prueba, que el incidente del *lomillialor* no había hecho más que iniciar el examen de Baradakas. Pero el vino vigorizante redujo su miedo y su tensión. No estaba inquieto, y pudo pedir con voz firme a su anfitrión que le contara más. El estigmatizado continuó:

—También pretendí que mi oferta de hospitalidad sirviera como disculpa. Estaba dispuesto a herirte, y esa violación del Juramento de Paz necesita una reparación. De haberte mostrado como un sirviente del asesino gris, eso habría bastado para capturarte. Y lesionarte habría podido privar a los Amos de la oportunidad de examinarte. Así pues, actué equivocadamente, y mi equivocación resultó aún más evidente cuando alzaste el *lomillialor* y su fuego me atacó. Confío en reparar mi ligereza.

Covenant reconoció la sinceridad del estigmatizado, pero la sensación de que seguía sometido a una prueba se agudizó en vez de disminuir. Sosteniendo la mirada de su anfitrión, le dijo:

—Todavía no has respondido a mi pregunta.

—¿Hay otras razones? —replicó Baradakas sin el menor tono de sorpresa en su voz—. ¿Qué ves en mí?

—Aún me estás probando —gruñó Covenant.

El estigmatizado asintió lentamente.

—Quizá, quizá lo haga. —Se levantó y apoyó en el suelo un extremo del bastón, mientras le daba un repaso final con el trapo—. Mira, Thomas Covenant, he hecho un bastón para ti. Cuando lo comencé creía que sería para mí. Pero ahora no lo creo así. Tómalo. Puede servirte cuando te falten ayuda y consejo. —Al ver la mirada inquisitiva de Covenant, añadió—: No, no es de Madera Superior, pero de todos modos es bueno. Permíteme que te lo ofrezca.

Covenant meneó la cabeza.

—Concluye tu prueba —le dijo.

De súbito, Baradakas levantó el bastón y asestó un gran golpe a la madera del suelo. Por un instante, la rama entera se convulsionó como si hubiera llegado un

vendaval. Las ramas más pequeñas se agitaron, y la vivienda se movió de un lado a otro como una astilla sobre una ola encrespada. Covenant temió que el árbol cayera y se sujetó a la silla, lleno de aprensión. Pero la violencia concluyó casi de inmediato. Baradakas alzó sus ojos hacia Covenant y susurró:

—Entonces escúchame, Increíble. Toda prueba de verdad no es más grande que quien la realiza. Y yo he experimentado tu poder. En la larga memoria del *lillianrill* ningún estigmatizado ha sido abatido por la Madera Superior. Somos amigos del Árbol Único, no enemigos. Pero a tu lado soy tan débil como un niño. No puedo sacarte la verdad a la fuerza. A pesar de mi prueba, podrías ser el asesino gris en persona, venido para convertir en cenizas toda la vida del Reino.

Exasperado por aquella sugerencia, Covenant dijo entre dientes:

—Eso es ridículo.

Baradakas se aproximó a él y lo sondeó, mirándole intensamente a los ojos. Covenant sintió un escalofrío. Podía notar que el estigmatizado exploraba partes de él que quería proteger, mantener ocultas. Se preguntó agriamente qué tenía que ver con él aquel Execrable hijo de perra. Él no había elegido ser su recadero.

De repente, Baradakas abrió desmesuradamente los ojos y retrocedió como si hubiera visto algo de un poder pasmoso. Se sujetó a la litera y se sentó en ella un momento, mirando cómo le temblaban las manos que sujetaban el bastón.

—Cierto —dijo al fin—. Puede que un día sea lo bastante sabio para saber en qué puedo confiar. Ahora necesito tiempo para comprender. Confío en ti, amigo mío. Cuando llegue la última prueba, no nos abandonarás a la muerte. Toma. —Le ofreció el bastón de nuevo—. ¿No aceptas mi regalo?

Covenant no replicó en seguida. También estaba temblando y tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse antes de decir con voz firme:

—¿Por qué? ¿Por qué confías en mí?

Los ojos del estigmatizado brillaban como si estuviera a punto de llorar, pero sonrió al decir:

—Eres un hombre que conoce el valor de la belleza.

Covenant pensó un momento en aquella respuesta y desvió la mirada. Sintió que le acometía un complejo sentimiento de vergüenza. Se sintió impuro, sucio, ante la confianza que depositaba en él Baradakas. Pero entonces se puso rígido: tenía que seguir moviéndose, que sobrevivir. ¿Qué tenía que ver con él aquella confianza? Bruscamente, alargó la mano y aceptó el regalo.

El bastón le produjo una sensación de fuerza, como si hubiera sido formado con la madera más saludable y la más amorosa devoción. Sujetándolo, lo contempló como si pudiera proporcionarle la inocencia que a él le faltaba.

Poco después se sorprendió a sí mismo al bostezar intensamente. No se había dado cuenta de que estaba tan fatigado. Trató de suprimir su cansancio, pero el

esfuerzo sólo le hizo bostezar de nuevo.

Baradakas le dirigió una sonrisa afectuosa. Bajó de la litera e indicó a Covenant que se acostara.

Covenant no tenía intención de dormir, pero en cuanto estuvo en posición horizontal, todo el vino vigorizante que había engullido pareció agolparse en su cabeza y tuvo la sensación de que le mecía la brisa que soplaba en las alturas del árbol.

Durmió profundamente, y sólo turbó su sueño el recuerdo de la mirada intensa e inquisitiva del estigmatizado y la sensación de que la *lomillialor* se deslizaba entre sus dedos por mucho que la apretara. Cuando despertó, a la mañana siguiente, los brazos le dolían como si hubiera pasado toda la noche luchando con un ángel.

Al abrir los ojos, encontró a Atiaran sentada al otro lado de la estancia, esperando. En cuanto vio que estaba despierto, se levantó y se aproximó a él.

—Vamos, Thomas Covenant —le dijo—. Ya hemos perdido el alba de este día.

Covenant la contempló un momento. Había en el rostro de la mujer una sombra de fatiga, y él supuso que había pasado gran parte de la noche hablando con los herederos. Pero de algún modo parecía confortada por lo que había compartido y escuchado, y el brillo de su mirada era casi optimista. Tal vez ahora albergaba alguna esperanza.

A Covenant le parecía bien todo lo que pudiera reducir la hostilidad de Atiaran hacia él, y saltó de la cama como si compartiera su optimismo. A pesar del dolor de sus brazos, se sintió notablemente fresco, como si el ambiente de la fustaria hubiera ejercido su hospitalidad y su influjo benéfico para ayudarle a descansar. Con vivos movimientos se lavó la cara, se secó con una gruesa toalla de hojas y luego se revisó los miembros en busca de posibles heridas. Finalmente se arregló las ropas. Sobre la mesa de tres patas había una hogaza de pan, y al arrancar un trozo para desayunar, comprobó que estaba hecha de pan y carne cocidos juntos. Mordisqueándolo, se acercó a una de las ventanas y miró al exterior.

Atiaran se acercó a él y miraron juntos entre las ramas, hacia el norte. A lo lejos vieron un río que corría casi directamente hacia el este, y más allá de él las colinas se extendían hasta el horizonte. Pero algo más que el río separaba aquellas colinas septentrionales de las otras junto a las cuales los viajeros habían caminado desde que salieron de la pedraria Mithil. La tierra situada más allá del río parecía ondularse bajo el sol matinal, como si fluyera entre pizarras, como si allí la roca secreta del Reino aflorase a la superficie, revelándose a quienes podían distinguirla. Desde aquel magnífico punto de observación en la fustaria, Covenant sintió que estaba viendo algo que incluso sobrepasaba sus nuevas percepciones.

—Ahí está Andelain —le dijo Atiaran en voz baja, como si hablara de un lugar sagrado. El estigmatizado ha elegido bien su hogar para disfrutar de semejante vista.

Aquí el río Mithil se dirige al este antes de girar de nuevo al norte, hacia Gravin Threndor y el Aliviaalmas. Y más allá están las Colinas Andelainianas, que contienen las mayores riquezas del Reino. Ah, Covenant, sólo ver esas colinas me infunde ánimo. Y Soranal me ha enseñado un camino que posibilita mi más caro sueño... Con buena suerte y avanzando a una velocidad adecuada, podemos ver lo que convertirá gran parte de mi insensatez en sabiduría. Debemos partir. ¿Estás preparado?

Covenant pensó que no lo estaba. No estaba preparado para emprender el descenso de aquel árbol, pero asintió. Atiaran le había traído su mochila, y mientras ella salía del hogar del estigmatizado a la ancha rama, Covenant se colocó la mochila a la espalda, haciendo caso omiso del dolor de sus brazos. Luego cogió el bastón que Baradakas le había dado e hizo un esfuerzo para no temblar ante la idea de que iba a arriesgar su vida bajando de la fustaria.

El tronco estaba sólo a tres o cuatro pasos de distancia, pero la distancia de sesenta metros hasta el suelo hizo que vacilara con aprensión mientras los primeros indicios de vértigo roían su resolución. Mientras permanecía inmóvil en el umbral de la vivienda, oyó gritos juveniles y vio niños que correteaban por las ramas superiores, persiguiéndose entre sí, y saltaban de rama en rama con tanta despreocupación como si, en caso de caer, no fueran a hacerse daño alguno.

Un instante después, dos niños, chico y chica, cayeron en la rama frente a Covenant. Habían saltado de otra rama a casi seis metros por encima. La muchacha perseguía alegremente al chico, pero éste la esquivó y corrió a refugiarse detrás de Covenant.

—¡Salvado! —gritó desde su refugio, lleno de alegría—. ¡Persigue a otro! ¡Estoy salvado!

—Está salvado —dijo Covenant sin pensar.

La muchacha se echó a reír, hizo un amago de lanzarse hacia adelante y luego se alejó tras algún otro. En seguida el chico corrió al tronco y subió por la escala hacia una zona de juego más elevada.

Covenant respiró hondo, se agarró al bastón para mantener el equilibrio y avanzó por la rama. Balanceándose torpemente, anduvo hasta la relativa seguridad del tronco.

A partir de entonces se sintió mejor. Deslizó el bastón entre las correas de la mochila y así pudo agarrarse a la escala con ambas manos. Luego el contacto seguro de los escalones lo tranquilizó. Antes de recorrer la mitad de la distancia su corazón se había serenado, y podía confiarse lo suficiente para mirar las viviendas y la gente a medida que bajaba.

Por fin llegó a las ramas inferiores, y siguió a Atiaran por la escalera de caracol hasta el suelo. Allí se habían reunido los herederos para despedirles. Cuando vio a Baradakas, Covenant tomó el bastón en sus manos para mostrar que no lo había

olvidado, e hizo una mueca como respuesta a la sonrisa del estigmatizado.

—Bien, portadores de mensajes —dijo Llaura tras una pausa—. Nos habéis dicho que el destino del Reino pesa sobre vuestros hombros, y lo creemos. Lamentamos no poder aligerar la carga, pero consideramos que nadie puede ocupar vuestro lugar en esta misión. Os hemos proporcionado la poca ayuda que está en nuestras manos. Todo lo que nos resta por hacer es defender nuestros hogares y rezar por vosotros. Deseamos que podáis llegar a vuestro destino con rapidez, por el bien del Reino. Y por vuestro propio bien os recomendamos que lleguéis a tiempo para la Celebración. Hay grandes augurios de esperanza para quienes vean ese festival.

»Atiaran de Trel, ve en Paz y fidelidad. Recuerda el camino que Soranal te ha enseñado, y no te apartes de él.

»Thomas Covenant, Incrédulo y extraño al Reino... Sé sincero. En la hora de la oscuridad, recuerda el bastón del estigmatizado. Ahora seguid vuestro camino.

Atiaran replicó con tanta formalidad como si estuviera completando un ritual.

—Nos marchamos, recordando a la Fustaria Alta como un hogar donde encontramos ayuda y esperanza.

Hizo una reverencia, llevándose las palmas a la frente y luego extendiendo los brazos. Inseguro, Covenant siguió su ejemplo. Los herederos devolvieron el gesto de despedida ceremoniosamente. Entonces Atiaran partió en dirección al norte y Covenant corrió tras ella como una hoja arrastrada por la estela que dejaba tras de sí el paso vigoroso de la mujer.

Ninguno de los dos miró atrás. El descanso y las atenciones que habían recibido en el pueblo-árbol agilizaba sus pasos. Cada uno a su manera estaba ansioso por llegar a Andelain, y sabían que Jehannum había salido de la Fustaria Alta hacia el este, no al norte. Apresuraron sus pasos entre las frondosas colinas y a primera hora de la tarde llegaron a las orillas del Mithil.

Cruzaron al otro lado vadeando el río por un trecho ancho y poco profundo. Antes de entrar en el agua, Atiaran se quitó las sandalias, y algún impulso semiconsciente movió a Covenant a descalzarse y arremangarse las perneras de los pantalones. Al notar los primeros aromas lujuriantes de las Colinas, de algún modo sintió que era preciso vadear el Mithil descalzo a fin de estar preparado, que el lavado de pies en la corriente era necesario para que su cuerpo se amoldara a la esencia más penetrante de Andelain. Y cuando salió del agua en la orilla norte, descubrió que podía sentir la vitalidad de la tierra a través de sus pies. Ahora incluso las plantas eran sensibles a la salud del Reino.

Tanto le gustó la intensa sensación de las Colinas bajo los dedos de sus pies, que sintió renuencia a calzarse de nuevo, pero renunció al placer de andar descalzo para poder seguir a Atiaran. Entonces fue tras ella por el camino que Soranal le había enseñado, una ruta en el centro de Andelain fácil de recorrer, y al andar se preguntaba

maravillado a qué se debía el cambio operado en la Tierra desde que cruzaron el río.

Notaba aquel cambio con claridad, pero parecía extenderse más allá de los detalles que lo componían. Los árboles eran en general más altos y anchos que sus congéneres del sur. La abundante y pródiga *alianta* cubría a veces laderas enteras con su color verde cromo. Los promontorios y valles estaban alfombrados con una lujuriente hierba aromática. Las flores se mecían en la brisa con tanta espontaneidad como si unos momentos antes hubieran surgido alegremente del suelo nutricio. Pequeños animales terrestres, conejos, ardillas, tejones y similares correteaban a su alrededor, recordando sólo vagamente que debían precaverse de los seres humanos. Pero la verdadera diferencia era trascendente. Las Colinas Andelainianas producían una impresión más pura de salud a todos los sentidos de Covenant que cualquier otra que hubiera experimentado. Había allí un aura de rectitud tan poderosa que Covenant empezó a lamentar su pertenencia a un mundo donde la salud era impalpable, indefinida y discernible sólo por implicación.

Por un momento se preguntó cómo podría soportar el regreso, el despertar. Pero la belleza de Andelain pronto le hizo olvidar tales preocupaciones. Su encanto era peligroso, no porque fuera traidor o dañino, sino porque podría seducir. Antes de que transcurriese mucho tiempo, la enfermedad, la OVE, el Despreciativo y la cólera quedarían olvidados, perdidos en el flujo de salud que emanaba del panorama a su alrededor.

Rodeado por las Colinas, con su vitalidad tan tangible y específica, le sorprendió cada vez más que Atiaran no deseara quedarse allí. Mientras avanzaban por el alegre terreno, penetrando legua tras legua en las profundidades de Andelain, Covenant quería detenerse a cada nueva revelación, cada nuevo valle, cada cambio de perspectiva para saborear lo que veía y hacerlo suyo con la mirada, convirtiéndolo en una parte indeleble de sí mismo, a salvo de cualquier desgracia futura. Pero Atiaran seguía su marcha implacable, con aquel método férreo que consistía en levantarse temprano, detenerse poco y apresurarse para ganar la máxima distancia antes de descansar al final de la jornada. La pedrariana miraba a lo lejos, y la fatiga que crecía tras sus facciones parecía incapaz de aparecer en la superficie. Resultaba claro que incluso aquellas Colinas palidecían a sus ojos ante la ansiedad con que deseaba ver la inexplicada «Celebración». A Covenant no le quedaba más alternativa que apresurarse tras ella, pues Atiaran no toleraría el menor retraso.

La segunda noche que pasaron fuera de la Fustaria Alta fue tan brillante y clara que no les fue preciso detenerse cuando el sol se puso, y Atiaran siguió avanzando hasta cerca de la medianoche. Después de la cena, Covenant se sentó para mirar un rato el cielo y las estrellas titilantes. La luna creciente estaba alta en el cielo, y su hoz plateada sólo emitía un atisbo de la viva luz que había iluminado la primera noche de Covenant en el Reino.

—La luna habrá oscurecido dentro de pocos días —observó con indiferencia.

Al oír esto Atiaran lo miró severamente, como si sospechara que había descubierto algún secreto de ella. Pero no dijo nada, y él no supo si había reaccionado a un recuerdo o una expectativa.

El día siguiente se inició tan espléndidamente como el anterior. El sol arrancó destellos del rocío, que brillaba como diamantes entre la hierba y las hojas. El aire, tan fresco como el primer aliento de la Tierra, transportaba el olor de la *alianta* y el alerce, la fragancia de los oropelinos y las peonías a través de las colinas. Todo ello le producía a Covenant una especie de arrobamiento, y siguió a Atiaran hacia el norte lleno de contento, pero a primera hora de la tarde ocurrió algo que ensombreció su alegría y lo ofendió hasta la médula de los huesos. Cuando recorría un sendero natural entre colinas cubiertas de árboles, con la mullida hierba produciéndole una agradable sensación en los pies, penetró sin previo aviso en un trecho cuya hierba emitía una sensación tal de peligro como si fuera una hoya de arenas movedizas.

Covenant retrocedió instintivamente tres pasos y, en seguida, la sensación amenazadora se desvaneció. Pero sus nervios la recordaron a partir de las plantas de los pies y en toda la longitud de sus piernas.

Estaba tan sorprendido y se sentía tan insultado que no pensó en llamar a Atiaran. Se acercó cautamente al lugar en el que había notado el peligro y aproximó un dedo. Esta vez, sin embargo, no notó más que la hierba lujuriente de Andelain. Agachándose, pasó la mano en todas direcciones sobre la hierba, en el perímetro que abarcaba su brazo. Pero lo que había excitado su sentido de lo maligno, fuera lo que fuese, ya había desaparecido, y tras un momento de perplejidad, Covenant reanudó su marcha. Al principio caminó con toda precaución, esperando otra sacudida semejante. Pero la tierra parecía tan llena como antes de vitalidad pura y resonante, y poco después echó a correr para dar alcance a Atiaran.

Hacia el anochecer sintió de nuevo la punzada de lo inicuo, como si chapoteara en un charco de ácido. Esta vez reaccionó con una violenta revulsión. Se inclinó hacia adelante como si se alejara de un rayo, y soltó un tremendo alarido. Atiaran retrocedió corriendo hacia él, y lo encontró arrancando enfurecido la hierba a puñados.

—¡Aquí! —exclamó, golpeando la hierba con el puño—. ¡Por todos los diablos! Era aquí.

Atiaran lo miró sin comprender. Él se alzó de un salto, señalando la tierra con un dedo acusador.

—¿No lo notaste? Fue aquí, ¡maldita sea! —Su dedo tembló—. ¿Cómo es posible que no lo percibieras?

—No sentí nada —replicó ella llanamente.

Covenant se estremeció y dejó caer la mano.

—Era como si yo... como si hubiera pisado arenas movedizas, o ácido, o... — Recordó al waynhim asesinado—, o la muerte.

Lentamente, Atiaran se arrodilló junto al lugar que él le indicaba. Lo observó un momento y luego lo tocó con las manos.

—No siento nada —dijo al levantarse.

—Se ha ido —le interrumpió Covenant.

—Pero yo no tengo el tacto de un *rhadhamaerl*. ¿Has sentido esto antes?

—Sólo otra vez.

—Ah —suspiró ella—. Ojalá fuera yo Ama y supiera qué hacer. Debe haber un mal actuando en la profundidad de la Tierra... un gran mal, realmente, si las Colinas Andelainianas no están del todo seguras. Pero el mal es todavía nuevo, o tímido, y no permanece. Debemos confiar en dejarlo atrás. ¡Ah, débiles! Nuestro ritmo es más insuficiente a cada día que pasa.

Atiaran se envolvió en su túnica y reanudó el camino. Viajaron sin detenerse hasta que la noche les impidió toda visibilidad y la pálida luna estaba muy alta en su trayectoria entre las estrellas.

Al día siguiente, Covenant sintió con más frecuencia convulsiones de maldad a través de la hierba. Dos veces durante la mañana y cuatro durante la tarde y la noche, un pie o el otro retrocedía de súbito, apartándose de determinadas extensiones de hierba, y cuando Atiaran se detuvo para pasar la noche, Covenant tenía los nervios destrozados. Sentía con intensidad que tales lugares eran una afrenta, e incluso una traición, a Andelain, donde todas las demás cosas, los matices del cielo, los árboles, la hierba y la colina eran tan lozanos y saludables. Aquellos ataques y punzadas le hacían ser involuntariamente cauto con el mismo suelo, como si los fundamentos de la Tierra hubieran sido puestos en duda.

Al quinto día desde su salida de la Fustaria Alta, notó con menos frecuencia la iniquidad en la hierba, pero los ataques eran más virulentos. Poco después del mediodía, encontró un tramo de maldad que no se disipaba después de haberlo tocado. Al rozarlo de nuevo con el pie, notó un estremecimiento, como si hubiera pisado una zona dolorida del suelo. La vibración le dejó en seguida el pie insensible, y apretó los dientes con tanta fuerza que le dolieron las mandíbulas, pero no retrocedió. Llamó a Atiaran y se arrodilló, tocando la tierra álgida con las manos.

Se sorprendió al no sentir nada.

Atiaran exploró a su vez el terreno, y luego miró a Covenant con el ceño fruncido. Tampoco ella sentía nada.

Pero al sondear el lugar con el pie. Covenant descubrió que el dolor seguía allí. Parecía arañarle el cerebro, hacía que el sudor le perlara la frente y lo incitaba a gritar. Mientras el dolor se extendía por sus huesos, ocasionándole una fría insensibilidad en la pierna, se agachó para deslizar los dedos bajo la planta del pie.

Pero sus manos seguían sin sentir nada. Sólo los pies eran sensibles al peligro.

Obedeciendo a un impulso, se quitó una bota y el calcetín y aplicó el pie desnudo al lugar que irradiaba el mal. Esta vez, la contradicción le resultó aún más sorprendente. Podía notar el dolor con el pie calzado, pero no descalzo. Y, no obstante, sus sensaciones eran perfectamente claras. La maldad se alzaba del terreno, no de su bota.

Sin pensarlo dos veces, se quitó la otra bota y el calcetín, arrojándolos lejos de sí. Entonces se dejó caer pesadamente sobre la hierba, y se apretó la cabeza con ambas manos.

—No tengo sandalias para ti —le dijo Atiaran en tono seco—. Necesitarás calzado antes de que lleguemos al final del viaje.

Covenant apenas la escuchó. Notaba agudamente que había reconocido un peligro, identificado una amenaza que se había cernido sobre él durante días sin que la reconociera.

«¿Es así como vas a hacerlo, Execrable?», gruñó. «Primero mis nervios vuelven a tener vida. Luego Andelain me hace olvidar... Después tiro mis botas. ¿Es así? ¿Quieres derribar todas mis defensas a la vez para que no pueda protegerme? ¿Es así como vas a destruirme?».

—Debemos seguir —dijo Atiaran—. Decide lo que vas a hacer.

¿Decidir? ¡Por todos los diablos! Covenant se puso en pie de un salto, encolerizado.

—No es tan fácil —dijo entre dientes.

Dio unos pasos para recuperar las botas y los calcetines. Tenía que sobrevivir. Se calzó y anudó las botas como si fueran una especie de armadura.

Durante el resto del día rehusó todo indicio de dolor en el terreno, y siguió a Atiaran sobriamente, con una expresión hosca en su mirada, esforzándose para sobreponerse a los ataques del mal y conservar su soberanía, el sentido de sí mismo. Y hacia el anochecer su lucha pareció tener éxito. Tras un ataque especialmente virulento a última hora de la tarde, las punzadas malignas cesaron. Covenant no sabía sí retornarían, pero al menos estaba por el momento libre de ellas.

Aquella noche el cielo estaba cubierto de nubes y la oscuridad era absoluta, por lo que Atiaran se vio obligada a acampar antes de lo acostumbrado. Pero tanto ella como Covenant descansaron poco. Una lluvia ligera pero firme empapó sus mantas y les mantuvo despiertos la mayor parte de la noche, acurrucados bajo la espesura de un sauce.

Pero a la mañana siguiente, la sexta de su viaje desde que salieron de la Fustaria Alta, el día era brillante, lleno de la alegría de Andelain. Atiaran multiplicó la vivacidad de sus movimientos, y en su modo de animar a Covenant para que siguieran adelante parecía haber más amistad y compañerismo que en nada de lo que

hasta entonces había hecho desde el principio de su viaje. Su deseo de acelerar el paso era contagioso. A Covenant le alegró compartirlo, porque lo libraba de tener que pensar en la posibilidad de nuevos ataques del mal. Comenzaron el recorrido de aquella jornada a grandes pasos.

Era un día perfecto para viajar. El aire estaba fresco, y el brillo limpio del sol era alentador. El camino que seguían era recto y nivelado. La esponjosa hierba parecía impulsar a los viajeros, y la contagiosa excitación de su compañera hacía que Covenant trotara sin descanso legua tras legua detrás de ella. Hacia el mediodía Atiaran aflojó el paso para comer algunas bayas-tesoro recogidas durante el camino. Pero aun así la velocidad de su marcha era considerable, y cuando el crepúsculo se aproximó aumentó más la celeridad de su marcha.

Entonces, la senda que el fustariano le había enseñado los llevó al extremo de un amplio valle. Tras un breve alto, durante el que ella comprobó que no habían perdido ninguna de sus pertenencias, empezó a subir por una larga ladera que parecía conducirlos hacia el este a lo largo de una gran distancia. Atiaran eligió una dirección recta que les llevó directamente a un lugar entre dos árboles oropelinos, a un centenar de metros por encima del valle, y Covenant siguió el trote de la mujer cuesta arriba sin hacer preguntas. Estaba demasiado cansado y sin aliento para hacerlo.

Ascendieron, pues, aquella ladera de colina, Atiaran con paso firme y la cabeza alta, el cabello ondulando bajo la brisa, como si viera fijas ante ella las puertas estrelladas del cielo, y Covenant subiendo con dificultad tras ella. A su espalda el sol poniente parecía una profunda exhalación, como la liberación de un largo suspiro. Y delante de ellos la pendiente parecía extenderse por el cielo.

Covenant se sorprendió cuando Atiaran alcanzó la cima de la colina, se detuvo abruptamente, lo cogió por los hombros y le hizo dar una vuelta completa, gritando alegremente:

—¡Hemos llegado! ¡Hemos llegado a tiempo!

Covenant perdió el equilibrio y cayó sobre la hierba. Se quedó allí un momento jadeando, sin apenas energía para mirar a Atiaran. Pero ella no se fijaba en su compañero, sino que tenía la mirada puesta en la vertiente oriental de la colina, mientras con una voz entrecortada por la fatiga, gritaba llena de júbilo y reverencia:

—¡*Banas Nimoram!* ¡Ah, alégrate, corazón, pues estamos en la entraña viva de Andelain! He podido vivir para verlo.

Atraído por el embrujo de su voz, Covenant se puso en pie y siguió la mirada de Atiaran, esperando contemplar el alma de Andelain encarnada.

Covenant no pudo evitar su decepción. No veía nada que explicara el arrobamiento de Atiaran, nada que fuera más saludable o precioso que la miríada de panoramas de Andelain en los que no habían reparado especialmente durante el viaje. A sus pies, la hierba tapizaba una cuenca ancha y poco profunda situada entre las

colinas como una copa de bebida para el cielo nocturno. El sol se había puesto y los perfiles de la cuenca no eran claros, pero la luz de las estrellas bastaba para mostrar que no había árboles, arbustos ni interrupciones de ninguna clase en la suavidad de aquella hondonada. Parecía tan regular como si la superficie de la hierba hubiera sido lijada y bruñida. Aquella noche las estrellas parecían especialmente alegres, como si la oscuridad de la luna las desafiara a lucir con una nueva brillantez. Pero a Covenant le pareció que tales cosas no bastaban para compensar por la profunda fatiga de su cuerpo.

Sin embargo, Atiaran no pasó por alto su decepción. Cogiéndole del brazo, le dijo:

—No me juzgues todavía.

Lo condujo hacia adelante. Bajo las ramas del último árbol en el borde de la cuenca, dejó caer su mochila al suelo y se sentó apoyándose en el tronco, de cara a la colina. Covenant se sentó a su lado.

—Domina la ira de tu corazón, Incrédulo. Hemos llegado a tiempo. Esto es *Banas Nimoram*, la oscuridad de la luna en la medianoche de primavera. En toda mi generación no ha habido tal noche, semejante tiempo de singular belleza. No midas el Reino por tus propias normas. Espera. Esto es *Banas Nimoram*, la Celebración de Primavera, el mejor de los ritos entre todos los tesoros de la Tierra. Si no trastornas el aire con tu ira, veremos la danza de los Espectros de Andelain.

Mientras hablaba, la voz de Atiaran tenía ecos armónicos, como si cantara, y Covenant sintió la fuerza de lo que le había prometido, aunque no lo comprendiera. No era momento de hacer preguntas, y se dispuso a esperar la visita.

Esperar no fue difícil. Primero Atiaran le ofreció pan y el último vino vigorizante que les quedaba. La comida y la bebida disiparon parte de su fatiga. Luego, a medida que la noche se cerraba, observó que el aire que fluía hacia ellos desde la cuenca ejercía un efecto delicioso y relajante. Covenant aspiró hondo y el aire, al llegar a sus pulmones, pareció distender sus preocupaciones y temores, produciéndole un estado de sosegada expectación. Relajado bajo la suave brisa, se apoyó más cómodamente en el árbol. El contacto con el hombro de Atiaran era cálido, como si ella lo hubiera perdonado. La noche avanzó, las estrellas relucieron y la brisa eliminó las telarañas y el polvo que habían cubierto el corazón de Covenant... Esperar no fue difícil.

La primera luz parpadeante fue como una señal resuelta que llamara la atención a lo que iba a revelar la noche. Covenant vio al otro lado de la cuenca una llama que semejava la de una vela, diminuta en la distancia y, no obstante, vívida. Podía ver sus colores amarillo y anaranjado que oscilaban con tanta claridad como si él tuviera la vela en su mano. Estuvo extrañamente seguro de que la distancia carecía de importancia. Si la llama estuviera ante él, sobre la hierba, no sería mayor que su mano.

Cuando apareció el Espectro, el aliento de Atiaran siseó entre sus dientes, y Covenant se enderezó para concentrarse más en la visión.

La llama se movió en la cuenca con un movimiento circular, descendiendo poco a poco. Todavía no estaba a medio camino del fondo cuando una segunda llama llegó por el borde septentrional. Entonces aparecieron otros dos espectros por el sur, y luego, demasiado súbitamente para poder contarlas, una multitud de llamas empezaron a recorrer sus trayectorias particulares dentro de la cuenca, procedentes de todas partes. Algunas pasaron a tres metros a cada lado de Atiaran y Covenant, pero parecían indiferentes a los observadores. Siguieron sus lentos círculos como si cada una de ellas estuviera sola en las Colinas, independiente de todo resplandor excepto el propio. Con todo, sus luces se derramaban juntas, formando una cúpula dorada a través de la cual apenas podían verse las estrellas. Y en algunos momentos ciertos Espectros parecían inclinarse y girar unos alrededor de otros, como si se dieran la bienvenida en su camino hacia el centro.

Covenant contemplaba el gran movimiento que llevaba millares de llamas, oscilando a la altura de su hombro, a la cuenca, y apenas se atrevía a respirar. Tan grande era su maravilla que se sentía como un espectador clandestino que contemplara alguna representación oculta no destinada a los ojos humanos. Se oprimió el pecho como si su oportunidad de ver la Celebración hasta su final residiera en el profundo silencio de su respiración, como si temiera que algún sonido pudiera violar el etéreo cónclave y ahuyentar a los Espectros.

Entonces se produjo un cambio en las llamas reunidas. Una canción sin palabras, una melodía que parecía arquearse y titilar, se elevó al cielo. Desde el centro de la cuenca, las rotaciones individuales de los Espectros se resolvieron en una danza radiante y circular. Cada Espectro parecía haber encontrado finalmente su lugar en una especie de gran rueda que llenaba media cuenca, y la rueda empezó a girar sobre su centro. Pero no había luces en el centro, y la rueda giraba sobre un eje de intensa negrura que rechazaba el brillo de los Espectros.

Mientras la canción se difundía en la noche, el gran círculo fue girando, cada llama bailando una danza secreta, independiente dentro del conjunto que giraba. Y en el espacio entre el eje interno y el borde exterior, giraban más círculos, de modo que la gran rueda estaba llena de otras muchas ruedas, y todas giraban. Y ningún espectro mantenía una posición demasiado tiempo. Las llamas fluían continuamente a través de su movimiento circular, de manera que mientras la rueda giraba, los Espectros individuales danzaban de un lugar a otro, ora oscilando a lo largo del borde externo, ora girando a través de los círculos del medio, o rodeando el eje. Cada Espectro se movía y cambiaba de lugar continuamente, pero el diseño circular jamás se rompía, ningún paso en falso abría una brecha en la rueda ni por un instante, y cada llama parecía a la vez totalmente solitaria, vagando misteriosamente en pos de algún

destino personal a través de la danza, y perfectamente conjuntada con las demás. Mientras danzaban, su luz iba intensificándose, hasta que las estrellas palidecían en el cielo y la noche se había retirado, como una distante espectadora de la Celebración.

La belleza y el misterio de la danza despertaban en Covenant un dolor anhelante, como si el deseo de ver más, de comprender la razón de todo aquello fuera demasiado vehemente e insoportable.

Entonces se produjo un nuevo cambio en el festival. Covenant no se dio cuenta hasta que Atiaran le tocó el brazo. Su señal hizo que un estremecimiento le recorriera el cuerpo, y vio que la rueda de los Espectros iba doblándose lentamente. El resto de la rueda conservaba su forma, y el núcleo negro no se movía. Gradualmente, el círculo giratorio quedó inclinado lateralmente mientras los Espectros externos se acercaban más a los espectadores. Pronto la creciente masa luminosa señaló inequívocamente a Covenant.

Él pareció sentir con más intensidad el influjo de su canción, un lamento penetrante y extático, un treno tan lastimeramente apasionado como un canto fúnebre y desapasionado como una sublime e impersonal afirmación. Las llamas próximas llenaron a Covenant de temor reverente y fascinación, y permaneció encogido donde estaba, sin poder moverse. Un ciclo tras otro, los Espectros se dirigieron hacia él, y tuvo que sujetarse las rodillas con las manos para permanecer inmóvil, sereno y silencioso ante los etéreos danzarines.

Un momento después, el extremo de aquella larga extensión del círculo se posó encima de él, y pudo ver cada llama inclinándose ante él mientras danzaba. Luego el borde de la extensión descendió y disminuyó el ritmo de la danza, como para dar a cada Espectro la ocasión de permanecer en compañía de Covenant. Pronto las llamas pasaron al alcance de su mano. Entonces el largo brazo de la danza resplandeció, como si los danzarines hubieran tomado una decisión, y el Espectro más próximo se adelantó para posarse sobre su alianza matrimonial.

Covenant dio un respingo, creyendo que el fuego lo quemaría, pero no sintió ningún dolor. La llama se adaptó al anillo como a un pabilo, y Covenant sintió débilmente las armonías de la canción de la Celebración a través de su dedo. Mientras el Espectro permanecía sobre el anillo, danzaba y saltaba como si se estuviera alimentando excitadamente allí, y lentamente su color pasó del amarillo-anaranjado llameante al blanco plateado.

Cuando se completó la transformación, aquel Espectro se alejó y el siguiente ocupó su lugar. Siguió una sucesión de llamas, cada una de ellas danzando sobre el anillo hasta volverse plateada, y al tiempo que remitía la inquietud del portador del anillo, la sucesión se hizo más rápida. En poco tiempo, la línea de relucientes Espectros blancos casi había vuelto al resto de la danza. Cada nueva llama se presentaba rápidamente, como ansiosa de alguna apoteosis, alguna culminación de su

ser, en el oro blanco del anillo de Covenant.

Pronto la emoción de Covenant resultó demasiado fuerte para seguir sentado. Se puso en pie, extendiendo la mano con el anillo, de manera que los espectros pudieran posarse sobre éste sin tener que descender.

Atiaran permanecía de pie a su lado. Estaba absorta en la transformación que de alguna manera hacía posible el anillo de Covenant, pero alzó la vista para mirar al otro lado de la danza.

Lo que vio le hizo hundir con desespero sus dedos en el brazo de Covenant.

—¡No! ¡Por los Siete! ¡Esto no debe ser!

Su grito llamó la atención de Covenant, el cual miró al otro lado de la cuenca.

—¡Allí! ¡Ése es el significado del mal que tus pies han sentido!

Lo que vio lo hizo retroceder como si hubiera recibido un golpe en el corazón.

Procedente del borde nororiental de la cuenca, una intrusa cuña de negrura penetraba en la luz dorada, tan densa y negra como la noche más oscura. La cuña se abrió un estrecho camino hacia la danza, y a través de la canción de las llamas dejó oír un sonido semejante a una multitud de pies que pisotearan hierba fresca. Con angustiosa premeditación retrocedió sobre sí misma sin romper su formación. En unos segundos, el extremo de la oscuridad se destacó y avanzó hacia el centro de la danza.

Horrorizado, Covenant vio que la danza no se detenía, y al primer contacto de la cuña, la canción de los Espectros se diluyó en la atmósfera como si hubiera sido desgarrada por un sacrilegio, sin dejar detrás más sonido que una especie de estertor agónico. Pero la danza no se detuvo. Las llamas siguieron girando como si no fueran conscientes de lo que les ocurría, impotentes. Siguieron sus círculos entrando en la trayectoria de la cuña y se desvanecieron como si cayeran en un abismo. Ningún Espectro emergió de la oscuridad.

Tragándose toda la luz que la tocaba, la cuña negra se abrió paso en la Celebración.

—¡Morirán todos! —exclamó Atiaran—. No pueden detenerse, no pueden huir. Deben bailar hasta haber completado la danza. Todos muertos... ¡Todo Espectro, toda brillante luz del Reino! Esto no debe ser. ¡Ayúdalos! ¡Covenant, ayúdalos!

Pero Covenant no sabía cómo ayudar. Estaba paralizado. La visión de la negra cuña le había hecho sentirse tan angustiado como si observara insensible que sus dedos eran devorados por un loco..., angustiado, rabioso e impotente, como si hubiera esperado demasiado para defenderse a sí mismo, y ahora careciese de manos con las que luchar. El cuchillo de Triock se deslizó de sus dedos ateridos y desapareció en la oscuridad. ¿Cómo podía ayudar...?

Atiaran lo zarandó violentamente.

—¡Covenant, ayúdalos! —le gritó a la cara. Entonces se volvió y corrió al valle

para enfrentarse con la cuña. Su movimiento hizo que Covenant saliera del horror que lo paralizaba. Blandiendo el bastón de Baradakas, se agachó bajo las llamas y corrió tras la mujer, manteniéndose agachado para permanecer por debajo de los espectros. Una locura parecía agilizar sus pasos, y llegó a la altura de Atiaran antes de que ella estuviera a media distancia del eje. Empujándola detrás de él, se lanzó hacia la cuña penetrante, espoleado por la convicción ciega de que tenía que alcanzar el centro antes de que lo hiciera la negrura.

Atiaran le siguió, gritándole:

—¡Ten cuidado! ¡Son ur-viles! ¡La corrupción de los Demondim!

Covenant apenas la oía. Su atención se centraba en la imperiosa necesidad de llegar al centro de la danza. Para correr con más rapidez adoptó una postura más vertical, apartando la cabeza a un lado cada vez que un Espectro relucía al nivel de sus ojos.

Con un último impulso penetró en el núcleo vacío de la rueda y se detuvo. Ahora estaba lo bastante cerca para ver que la cuña estaba compuesta de numerosas figuras altas, tan negras que ninguna luz podría reflejarse ni brillar sobre su piel. Mientras los impotentes Espectros giraban hacia la cuña, los atacantes se los comían.

Los ur-viles se acercaron. La punta de su cuña era una sola figura, mayor que el resto. Covenant podía verla con claridad. Parecía un waynhim alto y maligno, con el torso largo, miembros cortos de igual longitud, orejas puntiagudas en lo alto de la cabeza y rostro sin ojos casi totalmente ocupado por las grandes fosas nasales. Su tenue boca se cerraba como una trampa sobre todo Espectro que se aproximaba. Un moco resbalaba de las fosas nasales, a cada lado de la cabeza. Cuando Covenant se enfrentó a aquella criatura, sus fosas nasales se contorsionaron como si olfateara nueva caza, y emitió una especie de ladrido cadencioso, como una exhortación a las otras criaturas. Toda la cuña se lanzó hacia adelante.

Atiaran se puso al lado de Covenant y le gritó al oído:

—¡Tu mano! ¡Mírate la mano!

Alzó la mano izquierda y vio que un Espectro se aferraba todavía al anillo, brillando con un resplandor blanco, danzando ajeno a lo que ocurría.

Un instante después el ur-vil dirigente abrió una brecha en el núcleo de la danza y se detuvo. Los atacantes permanecían juntos, hombro contra hombro, detrás de su jefe. Babeantes y crueles en su oscuridad, se tragaban a los impotentes Espectros.

Covenant flaqueó, como si su corazón se hubiera convertido en arena, pero Atiaran le gritó:

—¡Ahora! ¡Atácales ahora!

Temblando, Covenant se adelantó un paso. No sabía qué hacer.

En seguida el primer ur-vil blandió un largo cuchillo de hoja ardiente de color rojo sangre, un cuchillo que irradiaba energía. Covenant y Atiaran retrocedieron sin

poder evitarlo.

El ur-vil alzó la mano para golpear.

Impulsivamente, Covenant lanzó al rostro del ur-vil su mano con el Espectro blanco y ardiente. Con un rugido de dolor, la criatura retrocedió.

Covenant tuvo entonces una súbita intuición. De inmediato tocó al Espectro ardiente con el extremo de su bastón. Una llamarada blanca surgió de éste y acto seguido reflejó el color dorado de la danza desafiando la fuerza de los ur-viles. Su jefe retrocedió de nuevo. Pero en seguida recobró su determinación. Saltando hacia adelante, acuchilló el centro del fuego blanco con su rojo cuchillo.

La energía estalló en el centro de la danza. La hoja del ur-vil ardía como odio al rojo vivo, y el bastón llameó intensamente. El conflicto lanzaba chispas, como si el aire estuviera encendido y envuelto en llamas sangrientas.

Pero el ur-vil dominaba la situación. Su poder llenaba la cuenca con un sonido profundo y crepitante, como el de una roca aplastada por una presión enorme. Y aquella fuerza apagó con un movimiento diestro el fuego de Covenant, arrojándolo al suelo junto con Atiaran. Con un rugido triunfal, los ur-viles se dispusieron a saltar para acabar con ellos.

Covenant vio la proximidad del cuchillo rojo y la angustia de la muerte cubrió su mente. Pero Atiaran logró ponerse en pie y gritó:

—¡*Melenkurion!* ¡*Melenkurion abatha!*

Su voz sonaba frágil entre los gritos de victoria de los ur-viles, pero se enfrentó a ellos a pie firme, aferrando la mano armada del jefe y desviando momentáneamente el golpe.

Entonces, desde detrás de ella, al oeste, su grito recibió respuesta. Una voz férrea llena de ira gritó:

—¡*Melenkurion abatha!* ¡*Binas mill Banas Nimoram khabaal!* ¡*Melenkurion abatha!* ¡*Abatha Nimoram!*

Aquel sonido hizo salir a Covenant de su pánico, y se puso en pie para acudir en ayuda de Atiaran. Pero los dos juntos no pudieron hacer retroceder al ur-vil, el cual los arrojó al suelo de nuevo, saltando sobre ellos.

Algo le detuvo a medio camino, un ser de cuerpo enorme que se interpuso ante los caídos y frenó la embestida del ur-vil. Por un instante, los dos lucharon fieramente. Luego, el recién llegado tomó el rojo cuchillo y lo hundió en el corazón de la criatura.

Los ur-viles irrumpieron en rugidos. Covenant oyó un ruido como de muchos niños corriendo. Alzó la vista y vio que una multitud de pequeños animales se precipitaban por la cuenca: conejos, tejones, comadrejas, topos, zorros y algunos perros. Con silenciosa determinación se lanzaron todos contra los ur-viles.

Los Espectros iban disminuyendo. Mientras Covenant y Atiaran se levantaban

penosamente del suelo, la última llama salió de la cuenca.

Pero los ur-viles permanecieron, y su tamaño hacía que el ataque de los animales pareciera una mera molestia. En la súbita oscuridad, las criaturas parecían expandirse, como si la luz les hubiera impedido separarse, obligándoles a mantener sus filas apretadas. Ahora se separaron, y docenas de hojas que ardían como lava saltaron a la vez como una sola y empezaron al unísono una horrible matanza de los animales.

Antes de que Covenant pudiera comprender lo que estaba sucediendo, la figura corpulenta que los había salvado se volvió hacia ellos y les susurró:

—¡Marchad! Al norte del río. He liberado a los Espectros. Ahora estáis a tiempo de huir. ¡Marchad!

—¡No! —exclamó Atiaran—. Eres el único hombre. Los animales no bastan. Debemos ayudarte a luchar.

—¡Juntos no somos suficientes! —gritó el hombre—. ¿Olvidas tu misión? Debes llegar a los Amos... ¡Debes hacerlo! ¡El Babeante tiene que pagar por esta profanación! ¡Idos! ¡No puedo daros mucho tiempo!

Gritando «¡*Melenkurion abatha!*», la figura dio media vuelta y saltó en medio de la pelea, golpeando a los ur-viles con sus puños poderosos.

Deteniéndose sólo para recoger el bastón de Baradakas, Atiaran huyó hacia el norte. Y Covenant la siguió, corriendo como si los cuchillos de los ur-viles amenazaran a su espalda. Las estrellas les proporcionaban suficiente luz. Subieron la cuesta, sin volverse para ver si los perseguían ni preocuparse por las mochilas que habían dejado atrás, temerosos de pensar en cualquier cosa que no fuera su necesidad de alejarse todo lo posible. Cuando salvaron el borde de la cuenca, los sonidos de la matanza disminuyeron abruptamente. Nadie los perseguía, pero siguieron corriendo y no se detuvieron hasta oír un breve grito, lleno de agonía y debilidad.

Al oír aquel sonido, Atiaran cayó de rodillas y tocó el suelo con la frente, llorando abiertamente.

—Ha muerto —gimió—. El Redimido ha muerto. ¡Ay del Reino! Todos mis caminos están llenos de mal, y la destrucción se cierne sobre todas mis elecciones. Desde el principio he atraído el mal sobre nosotros. Ahora ya no habrá más celebraciones, y la culpa es mía. —Alzando el rostro a Covenant, exclamó entre sollozos—: ¡Toma tu bastón y golpéame, Incrédulo!

Covenant contempló el dolor que se agolpaba en los ojos de la mujer. Se sintió lleno de aflicción e inútil rabia, y no comprendió por qué Atiaran se castigaba de aquella manera.

Se agachó para recoger el bastón y luego cogió a la mujer del brazo y la ayudó a levantarse. Con una sensación de asombro y vaciedad, la acompañó hasta que ella agotó sus lágrimas y pudo andar por sí misma. Covenant sentía también deseos de llorar, pero su larga lucha con la desgracia de ser un leproso le había hecho olvidar el

llanto, y ahora sólo pudo seguir andando. Se dio cuenta de que Atiaran recuperaba el dominio de sí misma y se apartaba de él, acusándolo silenciosamente de algo. Pasó toda la noche desvelado, sin poder hacer nada para remediarlo.

❧ XI ❧

LOS SIN HOGAR



Covenant se pusieron en marcha, cada uno con un paso distinto, como fragmentos de un lamento roto.

La llegada de un nuevo día no suponía ninguna diferencia para ellos, no alteraba su huida, exenta de terror, porque su capacidad para temer se había agotado, siempre hacia el norte. El día y la noche no eran más que disfraces, una indumentaria abigarrada de la sombra constante en que yacía el corazón del Reino. No podían adivinar cuánto daño había sido infligido a aquel corazón. Sólo podían juzgar por su propio daño, y así, durante la larga y sombría noche que siguió a la deshonra de la Celebración, siguieron adelante obsesionados por lo que habían visto, insensibles a todo lo demás, como si hasta el hambre, la sed y la fatiga se hubieran extinguido en ellos.

Aquella noche sus cuerpos alcanzaron la cima de lo soportable, y se quedaron profundamente dormidos, incapaces ya de preocuparse por si alguien les perseguía. Mientras dormían, el cielo halló cierta liberación a su tensión. Azulados relámpagos azotaron las colinas. Los truenos rugieron su dolor largo tiempo reprimido. Cuando los viajeros despertaron, el sol brillaba y sus ropas estaban empapadas a causa de la lluvia nocturna. Pero el brillo del sol y la mañana no podían cicatrizar las heridas de sus recuerdos. Al levantarse sus movimientos tenían una rigidez cadavérica. Comieron *aliantha*, bebieron agua de un arroyo y emprendieron de nuevo su camino.

Pero el tiempo y la *aliantha*, unidos al aire de Andelain, les recobraron lentamente. Poco a poco, los angustiosos pensamientos de Covenant variaron de contenido. El horror paralizante de la matanza retrocedió, y dejó que un dolor más familiar lo sustituyera. Podía oír a Atiaran gritando: «¡Covenant, ayúdales!», y sentía la impotencia como una corriente fría en su sangre.

Recordó con tristeza a los Espectros, tan hermosos, y su incapacidad para salvarlos. Pero Atiaran le había creído capaz de salvarlos, había esperado de él alguna demostración de fuerza. Como Lena, Baradakas y todas las personas con las que se encontraba, veía en él a Berek Mediamano renacido, el maestro de la magia

impetuosa. «Tienes poder», le había dicho el Despreciativo. «Nunca sabrás cuál es». No lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? ¿Qué tenían que ver con él la magia e incluso los sueños?

Y, sin embargo, los Espectros habían rendido homenaje a su anillo, como si reconocieran su humanidad perdida. El anillo los había cambiado.

—Les hubiera salvado de haber podido —dijo al cabo de un rato, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Tienes el poder —dijo Atiaran en un tono apagado, inerte, como si ya no fuera capaz de aflicción o de ira.

—¿Qué poder? —le preguntó él penosamente.

—¿Acaso llevas el oro blanco para nada?

—No es más que un anillo. Lo llevo... lo llevo porque soy un leproso. No sé nada acerca del poder.

—No puedo verlo —dijo ella sin mirarle—. Estás cerrado para mí.

Él quiso protestar al oír estas palabras, gritar, cogerla por los hombros y gritarle al rostro: «¿Cerrado? Mira... ¡Mírame! ¡No soy Berek! No soy ningún héroe. Estoy demasiado enfermo para eso». Pero le faltaban las fuerzas para hacerlo, y estaba demasiado herido... herido tanto por la imposible demanda de Atiaran como por su propia carencia de poder. ¿De dónde podría sacar aquel supuesto poder? ¡Los Espectros! ¿Cómo era posible que le sucediera aquello? Pasó unos momentos perplejo por las implicaciones de esta pregunta, y luego suspiró. Debió haberse dado cuenta antes, haber percibido el peligro que corría cuando Atiaran cantó la leyenda de Berek, cuando lo vio en Andelain y lo sintió en la revulsión de sus botas Pero había estado sordo, ciego e insensible. Había estado demasiado ocupado, avanzando siempre hacia adelante, y había ignorado la locura a la que le dirigían sus pasos en el sueño. Aquel sueño quería que fuera un héroe, un salvador. Por eso le seducía, le obligaba a marchar sin detenerse a pensar que arriesgaba su vida por el bien de los Espectros, el Reino, la ilusión. La única diferencia en esto entre Atiaran y el Amo Execrable era que el Despreciativo quería que fracasara.

«Nunca sabrás qué es». Naturalmente, jamás lo sabría. Una cólera visceral serpenteó por debajo de su fatiga. Estaba soñando, aquella era la respuesta a todo, a las imposibles expectativas que el Reino había puesto en él así como a la imposibilidad del Reino. Conocía la diferencia entre la realidad y el sueño. Estaba cuerdo. Era un leproso.

Empero, los Espectros habían sido tan bellos... Y los habían asesinado. ¡Era un leproso! Temblando, empezó a efectuar una OVE. ¡Por todos los diablos! ¿Qué tenían que ver con él los Espectros, la magia impetuosa y Berek Mediamano? Su cuerpo parecía indemne, no veía ninguna lesión, y sus ropas estaban arrugadas pero sin desgarrones. Sin embargo, el extremo del bastón que le había dado el estigmatizado

había sido ennegrecido por la fuerza de los ur-viles. ¡Maldición! No podían hacerle aquello a él.

Encolerizado por su debilidad, se acercó arrastrando los pies a Atiaran y se puso a su lado. Ella no lo miró, ni pareció darse cuenta de su presencia, y durante todo aquel día él la dejó en paz, como si temiera su reacción si le daba una oportunidad para acusarlo. Pero cuando se detuvieron por la noche, el frío y el titilar de las estrellas le hicieron lamentar la pérdida de sus mantas y el gravanel. Tratando de olvidar su incomodidad, reanudó sus esfuerzos semiolvidados para saber más del Reino, y preguntó rígidamente a Atiaran:

—Háblame de... del que nos salvó, quienquiera que fuese.

Ella guardó silencio durante largo rato y al final le replicó:

—Mañana. —Su voz era tenue, con ecos de apatía y derrota—. Déjame ahora. Te lo diré mañana.

Covenant asintió en la oscuridad. En la fría negrura creyó percibir un lúgubre aleteo, pero respondió lo mejor que pudo al tono de Atiaran. Durante largo tiempo se estremeció, como si estuviera expuesto a sufrir todos los sueños que afligían a una humanidad desgraciada, y al final se quedó dormido.

Al día siguiente, el noveno desde su partida de la Fustaria Alta, Atiaran habló a Covenant del Redimido en un tono tan llano como piedra aplastada, como si hubiera alcanzado el punto en el que lo que decía, la manera en que se exponía, ya no le importara.

—Algunos de los que han pasado por la Raat descubren que no pueden trabajar para el Reino o la Ciencia de los Antiguos Amos junto con sus compañeros, Amos o Guardianes de la Ciencia, los seguidores de la Espada o el Bastón. Ésos tienen alguna visión personal que los impulsa a buscarla en aislamiento. Pero su necesidad de estar solos no los separa de la gente. Reciben los Ritos de Redención, y quedan liberados de todas las exigencias corrientes, para que vayan en busca de su propia ciencia con la bendición de los Amos y el respeto de todos los que aman en el Reino, pues los Amos aprendieron hace mucho tiempo que el deseo de soledad no tiene por qué ser un deseo de egoísmo, y no han de considerarlo así quienes no lo sienten.

»Muchos de los Redimidos jamás han regresado al conocimiento general. Pero se cuentan historias sobre aquellos que no han desaparecido del todo. Se dice que algunos conocen los secretos de los sueños, que otros practican profundos misterios en las artes de la curación, y que otros aún son amigos de los animales, hablan su lenguaje y los llaman en su ayuda en momentos de gran necesidad.

»Así era el que nos salvó. —Su voz enronqueció un momento—. Estudiaba a los Espectros y era amigo de los pequeños animales de los bosques. Sabía más de las Siete Palabras de lo que mis oídos han escuchado jamás. —Emitió un débil gemido—. Era un hombre poderoso, y es terrible que haya muerto así. Liberó a los Espectros

y nos salvó la vida. Ojalá yo valiera tanto. ¡Por los Siete! Ningún mal se había dirigido hasta ahora contra los Espectros de Andelain. El mismo asesino gris jamás se atrevió... Y se dice que el mismo Ritual de la Profanación carece de poder para tocarlos. Ahora me temo que no volverán a danzar. —Tras una larga pausa, añadió—: No importa. Todas las cosas terminan, con la perversión o la muerte. La tristeza pertenece a quienes también tienen esperanza. Pero aquel Redimido dio su vida para que tú, tu mensaje y tu anillo pudieran llegar a los Amos. Y esto se cumplirá, para que tales sacrificios puedan tener significado.

Atiaran quedó de nuevo en silencio, y Covenant se preguntó si aquella era la razón, si la vida era para aquello. ¿Para vengar la muerte de otros? Pero no dijo nada, y poco después los pensamientos de Atiaran regresaron para seguir el hilo de su relato.

—Algunos Redimidos son soñadores, otros curanderos y algunos comparten la vida de los animales. Algunos cavan la tierra para descubrir los secretos de los Entes de la Cueva, otros aprenden el saber de los Demondim... Cada uno de ellos aprende el conocimiento que guía su profecía personal. Incluso he oído susurrar que algunos Redimidos siguen la leyenda de Caerroil Bosqueagreste de la Espesura Acogotante, y se convierten en Forestales. Pero ésa es una idea peligrosa, incluso aunque sólo se susurre.

»Jamás había visto antes a un Redimido. Pero he escuchado los Ritos de la Redención. Se canta un himno.

Atiaran recitó monótonamente:

*Libre Redimido
Absuelto
Libre...
Sueña que lo que se sueña será:
Mantén los ojos cerrados hasta que vean,
Y canta la profecía silenciosa...
Y sé
Redimido
Absuelto
Libre.*

—El himno continúa, pero mi débil memoria no lo recuerda... Pudiera ser que nunca vuelva a cantar ninguna canción de nuevo.

Atiaran se arrebujó en su túnica, como para protegerse de un viento helado, y no dijo nada más por el resto del día.

Aquella noche, después de acampar, Covenant volvió a tener dificultades para conciliar el sueño. A pesar suyo, permaneció despierto, esperando ver la luna nueva.

Cuando ésta apareció finalmente por encima de las Colinas, le sorprendió ver que ya no era de un blanco plateado, sino roja... del color de la sangre y los ojos de lava del Babeante.

La luna teñía las Colinas de maldad, daba a la noche un tinte carmesí como sudor de sangre que relucía en los arbustos, los árboles y la hierba, y daba la impresión de que todo Andelain sufría un tormento. La tierra violada brillaba tenuemente, como si se estremeciera.

Covenant miró el fenómeno sin poder cerrar los ojos. Aunque tenía un deseo desesperado de compañía, apretó los dientes y se negó a despertar a Atiaran. Solo y temblando, aferrando con las manos sudorosas el bastón de Baradakas, permaneció sentado hasta que la luna se puso, y luego durmió desapaciblemente hasta el alba.

Y al cuarto día después de la noche de la danza, fue él quien determinó el ritmo de su viaje. Fue avanzando con más celeridad a medida que transcurría el día, como si temiera que la luna sangrienta les ganara ventaja.

Cuando se detuvieron para pasar la noche, dio a Atiaran su bastón y le pidió que se sentara y permaneciera despierta para ver la luna. Ésta apareció en el horizonte envuelta en una neblina carmesí, alzándose como una hoz sangrienta en el cielo. La media luna era visiblemente más gruesa de lo que había sido la noche anterior. Atiaran la miró con rigidez, aferró el bastón, pero no gritó. Cuando tuvo noción de toda la maldad que encerraba aquel portentoso, dijo con voz apagada:

—Ya no hay tiempo —y apartó el rostro.

Pero cuando llegó la mañana, ella se encargó de nuevo de marcar el ritmo de su marcha. Bajo el manto de la luna saqueada pareció haber tomado una resolución, y ahora avanzó como si la espoleara alguna maldición que se lanzara a sí misma o una simbólica flagelación que rechazaba por medio de la determinación desnuda la lógica de la derrota. Parecía creer que lo había perdido todo para sí misma y para el Reino, pero aun así su modo de caminar mostraba que el dolor podía ser un aguijón tan agudo como cualquier otro. Una vez más Covenant tuvo que apresurarse cuanto pudo para mantenerse cerca de la espalda de Atiaran.

Debido al temor que lo embargaba, Covenant no opuso reparo alguno a aquel ritmo agotador. No quería que lo capturasen las fuerzas que podían atacar a los Espectros y enrojecer la luna. Pero efectuaba escrupulosamente sus OVE y otras autoprotecciones. Si hubiera dispuesto de una hoja, aparte de su cortaplumas, se habría afeitado con ella.

Pasaron aquel día, parte de la noche y la mañana del día siguiente avanzando sin cesar, casi corriendo. Covenant sostenía aquella marcha lo mejor que podía, pero los largos días y las noches sin descanso habían acabado con su vigor, su andadura era desigual y sus músculos habían perdido elasticidad. Empezó a apoyarse cada vez más en el bastón, incapaz de mantener el equilibrio sin él. Y aun con el bastón, podría

haber caído si su trayectoria discurriera por otra región. Pero la vívida esencia de Andelain lo sostenía. El aire saludable atemperaba sus pulmones, la espesa hierba servía como cojín para sus articulaciones doloridas, los árboles oropelinos le daban sombra, y las bayas-tesoro se deshacían en su boca transmitiéndole energía. Y por fin, al filo del mediodía del sexto día, los viajeros rebasaron la cima de una colina y vieron en el fondo de la vertiente, ante ellos, el río Aliviaalmas.

Con sus aguas azules bajo el azul celeste, formaba anchos meandros y avanzaba sosegado y lento casi directamente hacia el este. Su curso era como una demarcación o frontera que señalara el logro de una meta. Cuando giraba para discurrir entre las Colinas, adquiría un resplandor juvenil, una chispa de exuberancia contenida que podría estallar en risas cuando le hicieran cosquillas los cardúmenes de peces. Y sus aguas eran limpias, claras y frescas como un ofrecimiento de bautismo. A la vista de aquel río, Covenant sintió un deseo imperioso de zambullirse en él, como si la corriente tuviera el poder de borrar su condición mortal.

Casi de inmediato algo distrajo la atención de Covenant. A cierta distancia hacia el oeste, y moviéndose corriente arriba por el centro del río, había un bote parecido a un esquife, con una alta figura en la popa. En cuanto lo vio, Atiaran lanzó un agudo grito, agitó los brazos y empezó a bajar por la pendiente, gritando a pleno pulmón:

—¡Salve! ¡Ayuda! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Covenant la siguió con menos precipitación, la mirada fija en el bote, el cual, con un giro de la proa, se dirigió hacia ellos.

Atiaran agitó los brazos de nuevo, llamó otra vez y cayó al suelo. Cuando Covenant le dio alcance, estaba sentada con las rodillas en el pecho, y los labios le temblaban como si su rostro estuviera a punto de hacerse pedazos. Miraba enfebrecida al bote que se aproximaba.

Al acercarse más, Covenant empezó a ver con creciente sorpresa lo alto que era el personaje de la popa. Antes de que el bote estuviera a veinticinco o treinta metros de distancia, estuvo seguro de que el timonel medía el doble de su altura. Entonces se fijó en otro detalle: el bote carecía de todo medio de propulsión. Parecía ser una enorme barca de remos, pero no tenía horquillas, ni remos ni palos. Miró boquiabierto a la embarcación que se deslizaba a su encuentro.

Cuando estuvo a unos diez metros, Atiaran se puso en pie y gritó:

—¡Salud, hermano-piedra! Los gigantes de Límite del Mar son sinónimos de amistad. ¡Ayúdanos! —El bote siguió deslizándose hacia la orilla, pero su timonel no habló, y poco después, con un susurro que sólo Covenant pudo oír, añadió—: Te lo ruego.

El gigante mantuvo su silencio mientras se aproximaba. Movi6 la caña del tim6n de manera que la proa del bote apunt6 directamente a la orilla. Entonces, poco antes de que la barca chocara contra la orilla, se sent6 en la popa y la proa se alz6 del agua

y se posó en la tierra, a pocos metros de Atiaran y Covenant. Al cabo de un momento, el gigante estaba ante ellos, en la hierba, ofreciéndoles el saludo de bienvenida.

Covenant meneó la cabeza, maravillado. Le pareció que ningún ser humano podía tener semejante corpulencia. El gigante mediría casi cuatro metros de altura. Pero la pétrea solidez del gigante lo confundía, haciéndole dudar de lo que veían sus ojos. A pesar de su altura, tenía músculos como un ser normal, debidamente proporcionados, y daba la impresión de un roble que hubiera cobrado la capacidad del movimiento. Vestía un pesado chaquetón de cuero, llevaba polainas y carecía de armas. Una barba corta, rígida como si fuera de hierro, sobresalía de su rostro. Sus ojos eran pequeños, hundidos en las cuencas y vivaces, de mirada inquisitiva. Bajo las espesas cejas, como las murallas de una fortaleza, aquellos ojos brillantes parecían reflejar los cavernosos pensamientos del gigante. Sin embargo, a pesar de aquel aspecto imponente, daba una impresión de incongruente afabilidad, de un inmenso buen humor.

—Salve, hermana-piedra —dijo el gigante con una voz de tenor suave y efusiva, demasiado suave incluso para proceder de una garganta tan enorme y musculosa—. ¿Cuál es vuestro apuro? Deseo ayudaros, pero soy un legado y la embajada que llevo no puede admitir demora.

Covenant esperaba que Atiaran expusiera su situación al gigante, pero le sorprendió la vacilación con que reaccionaba a la pregunta de éste. Durante un largo momento se mordió los labios, como si estuviera avergonzada, y luego preguntó al gigante adonde iba.

Los ojos del gigante relampaguearon, y su voz borbotó como un manantial de agua que brotara de una roca.

—¿Mi destino? ¿Quién es lo bastante sabio para conocer su propia meta? Pero te diré que me dirijo a... No, ese nombre es demasiado complicado para ti y dispongo de poco tiempo. Voy a las Defensas de los Amos, como vosotros las llamáis.

Todavía dudando, Atiaran le hizo una nueva pregunta.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ésa es otra larga historia —replicó el gigante, y repitió—: ¿Cuál es vuestro apuro?

Pero Atiaran insistió con decisión en su demanda.

—Tu nombre.

Los ojos del gigante refulgieron de nuevo.

—Los nombres contienen un poder, y no quiero que me invoque nadie que no sea amigo.

—¡Tu nombre he dicho! —gritó Atiaran.

El gigante permaneció un instante en silencio, indeciso.

—Muy bien. Aunque mi embajada es muy importante, te responderé en nombre

de la lealtad entre mi pueblo y el tuyo. Para decirlo en pocas palabras, me llaman Corazón Salado Vasallodelmar.

Bruscamente, cierta resistencia, cierto disgusto por la decisión que había tomado, se desvaneció en Atiaran, como si al fin le hubiera derrotado la confianza del gigante. Alzó la cabeza, mostrando a Covenant y Vasallodelmar la expresión atormentada de sus ojos. Con gestos muy formales hizo al gigante el saludo de beneplácito.

—Que así sea. Corazón Salado Vasallodelmar, hermano-piedra y legado de los gigantes, por el poder de tu nombre y por el gran juramento de fe que se hizo entre Damelon Giganteamigo y tu pueblo, te ordeno que lleves a este hombre, Thomas Covenant, Incrédulo y extraño al Reino, sano y salvo hasta el Consejo de los Amos. Lleva mensajes al Consejo desde la Atalaya de Kevin. Protéjelo bien, hermano-piedra. Yo no puedo ir más lejos.

Aquellas palabras dejaron boquiabierto a Covenant. Cogido por sorpresa, casi protestó en voz alta: «¿Vas a renunciar a tu venganza?». Pero permaneció en silencio mientras los pensamientos giraban vertiginosamente en su cabeza, y aguardó a que la mujer adoptara una actitud comprensible para él.

—Ah, te apresuras demasiado a invocar tales nombres. Pero te pido que vengas con nosotros. En las Defensas de los Amos se producen curaciones excepcionales. ¿Vendrás? Quienes te esperan no pondrían reparos a tu estancia, no si pudieran verte como yo te veo ahora.

Los labios de Atiaran se fruncieron con un gesto de amargura.

—¿Has visto la luna nueva? Procede de la última curación que yo busqué. —Había en su voz un matiz despectivo hacia sí misma—. Te doy un encargo inútil. Yo misma he sido la causante de que ya haya fracasado. El crimen ha sido el resultado de todas mis elecciones desde que me convertí en guía de este hombre, tales crímenes... —Su voz se quebró al recordar las terribles escenas que había presenciado, y tuvo que tragar saliva antes de poder continuar—: Porque mi ruta nos acercó demasiado al Monte Trueno. Tú has pasado alrededor de ese lugar. Debes haber visto el mal que actúa allí.

—Lo he visto —dijo el gigante, como si hablara desde una lejanía.

—Nos adentramos en el conocimiento de esa maldad, en vez de abrirnos camino por las Llanuras Centrales. Y ahora es demasiado tarde para cualquiera... El asesino gris ha vuelto. Elegí esa ruta porque deseaba la curación por mí misma. ¿Qué les ocurrirá a los Amos si ahora les pido que me ayuden?

«¿Y abandonar tu venganza?», se preguntó Covenant. No podía comprender. Se volvió hacia ella y le escudriñó el rostro, tratando de ver su salud, su brío.

Atiaran parecía haber sido atacada por una enfermedad devastadora, que la hubiera enflaquecido, afilando sus rasgos. Sus grandes ojos estaban ensombrecidos, velados por la oscuridad, y tenía los labios exangües. En el centro de su frente había

una línea vertical, profunda como una hendidura en el cráneo, producto de una desesperación ineludible. Parecía como si en aquella arruga estuviera grabado el vasto dolor íntimo que reprimía por la pura fuerza de su voluntad, y el daño que se hacía a sí misma al reprimirlo.

Por fin Covenant vio claramente la lucha moral que la devastaba, el triple conflicto entre el aborrecimiento que sentía hacia él, su temor por el destino del Reino y la consternación por su propia debilidad... una lucha que agotaba sus recursos, reduciéndola a la penuria. Covenant se sintió avergonzado en lo más profundo y bajó la mirada. Sin pensarlo dos veces, tendió un brazo hacia ella y le dijo en un tono lleno de súplicas contradictorias:

—No abandones.

—¿Abandonar? —replicó ella con virulencia—. ¡Si abandonara te mataría de una cuchillada aquí mismo! —De repente, metió una mano entre los pliegues de su túnica y sacó un cuchillo de piedra semejante al que Covenant había perdido, y, blandiéndolo, le espetó—: Desde la Celebración... desde que permitiste que los Espectros muriesen, esta hoja ha clamado tu sangre. Puedo dejar de lado otros crímenes, y sé bien lo que digo. ¡Pero ése...! ¡Tolerar semejante profanación...!

Arrojó violentamente al suelo el cuchillo, el cual quedó hundido hasta la empuñadura en la hierba, a los pies de Covenant.

—¡Mira! —exclamó, y en aquel instante su voz se volvió de repente gélida, sosegada—. Hiero la Tierra en vez de herirte a ti. Es lo apropiado. He hecho poco más desde que entraste en el Reino.

»Ahora escucha mi última palabra, Incrédulo. Te dejo ir porque estas decisiones son superiores a mí. Traer hijos al mundo en la pedraria no me capacita para tales decisiones. Pero no impondré mis deseos a la única esperanza del Reino... por estéril que sea esa esperanza. Recuerda que he refrenado mi mano... He mantenido mi Juramento.

—¿De veras? —le preguntó él, movido por un complejo impulso de simpatía y cólera inefable.

Atiaran señaló el cuchillo con un dedo tembloroso.

—No te he hecho daño. Te he traído aquí.

—Te has hecho daño a ti misma.

—Ése es mi juramento —dijo ella con frialdad—. Ahora, adiós. Cuando hayas regresado sano y salvo a tu propio mundo, recuerda lo que es el mal.

Covenant quiso protestar, discutir, pero la emoción de Atiaran se lo impidió, y guardó silencio ante la fuerza de su resolución. Bajo la compulsión de su mirada, se agachó y recogió el cuchillo, que se desprendió fácilmente de la hierba. Casi esperaba ver rezumar sangre de la hendidura abierta en la tierra, pero la espesa hierba se cerró sobre ella, ocultándola por completo, como una absolución. Inconscientemente,

Covenant probó la hoja en el dedo pulgar y notó su agudeza.

Al alzar la vista de nuevo, vio que Atiaran trepaba por la ladera de la colina, con el paso desigual de un lisiado.

Sintió deseos de gritarle que aquello no estaba bien, de pedirle que tuviera piedad. Pero había sido testigo del dolor de su renuncia y, emocionado, no pudo hablar. Ojalá, pensó, se perdonara al menos a sí misma. La tensión de su rostro le daba la desagradable sensación de que estaba sonriendo. «Atiaran, Atiaran, ¿por qué es tan enorme nuestra impotencia?».

La voz suave del gigante interrumpió su abandono al dolor.

—¿Nos vamos?

Covenant asintió en silencio. Apartó la mirada de la figura lejana de Atiaran y se guardó el cuchillo de ésta bajo el cinto.

Corazón Salado Vasallodelmar le hizo una señal para que subiera a bordo del bote. Pasó por encima de la borda y se sentó en un banco de la proa, el único asiento en la nave de diez metros de eslora lo bastante pequeño para él. El gigante separó la nave de la orilla y saltó a bordo, dirigiéndose a la ancha popa. Permaneciendo allí, de pie, cogió la caña del timón. Una oleada de energía fluyó a través de la quilla. La barca avanzó hacia el centro de la corriente y pronto avanzó hacia el oeste entre las Colinas.

Nada más sentarse, Covenant volvió la cabeza para contemplar, con una sensación de impotencia, cómo Atiaran subía por la ladera de la colina. Pero la oleada de energía que impulsaba el bote hacía que se deslizara velozmente, y pocos momentos después la distancia redujo a la pedrariana a una mota marrón entre los verdes lujuriantes de Andelain. Covenant hizo un esfuerzo para desviar su mirada, obligándose a concentrarse en la búsqueda de la fuente energética que movía la barca.

Pero no pudo localizar ninguna fuente de energía. El bote se deslizaba suavemente contra corriente, como si lo remolcaran los peces. Covenant no podía distinguir ningún sistema de propulsión, y, no obstante, sus nervios eran sensibles a la energía que fluía a través de la quilla.

—¿Cómo se mueve esta barca? —preguntó al gigante en tono perplejo—. No veo motor alguno.

Vasallodelmar seguía en la popa, de cara a la corriente, con la alta caña del timón debajo del brazo izquierdo y el derecho levantado, como si quisiera comprobar la intensidad o la dirección de la brisa que soplaba en el río. Cantaba algo, una especie de canto llano en un lenguaje que Covenant no comprendía, con un timbre ondulante y salobre, como el sabor del mar. No respondió en seguida a Covenant y siguió entonando su cántico. Pero pronto su lenguaje cambió y Covenant le oyó cantar:

*La Piedra y el Mar están en lo más profundo de la vida,
dos símbolos inalterables del mundo:*

*permanencia en reposo y permanencia en movimiento;
participantes del Poder que permanece.*

Entonces Vasallodelmar se interrumpió y miró a Covenant con una expresión divertida, enarcando sus pobladas cejas.

—Un extraño al Reino —dijo—. ¿No te enseñó nada esa mujer?

Covenant se puso rígido. Con aquel tono el gigante parecía menospreciar a Atiaran, denigrar todo lo que había sufrido. Su frente imperturbable y firme y el humor que traslucía su mirada parecían impermeables a la piedad. Mas para Covenant, el dolor de Atiaran seguía estando bien vivo, pues era mucho el amor y el afecto humanos de los que había sido desposeída. Con voz endurecida por la ira, replicó:

—Esa mujer es Atiaran de Trel, de la pedraria Mithil, e hizo algo mejor que enseñarme. Me trajo hasta aquí sano y salvo, dejando atrás Delirantes, un waynhim asesinado, una luna sangrienta y ur-viles. ¿Podrías haberlo hecho tú?

Vasallodelmar no replicó, pero una alegre sonrisa se dibujó en su rostro, alzando el extremo de su barba como si hiciera un saludo burlón.

—¡Maldita sea! —rugió Covenant—. ¿Crees que miento? No me rebajaría a mentirte.

Al oír esto, el gigante echó la cabeza atrás y estalló en una carcajada estrepitosa, efusiva.

Covenant lo contempló lleno de cólera. No pudo resistir la afrenta mucho tiempo y, saltando del banco, levantó su bastón para golpear al gigante.

Vasallodelmar le detuvo con un gesto amenazador.

—No te excites, Increíble —le dijo—. ¿Te sentirás más alto si me sienta?

—¡Por todos los diablos! —exclamó Covenant, golpeando violentamente las tablas del suelo con el extremo del bastón ennegrecido por el ur-vil.

El bote cabeceó como si el golpe hubiera convulsionado el río. Tambaleándose, Covenant se aferró a un banco para no salir despedido por la borda. La violencia cesó en seguida y las aguas soleadas recobraron la calma, pero él siguió aferrándose al banco, con el corazón latiéndole violentamente. Diciéndose que aquello era ridículo, se levantó y, afirmando bien los pies en el suelo de la embarcación, se esforzó por dominar sus emociones. Entonces miró a Vasallodelmar, sondeó el aura que rodeaba al gigante, pero no pudo percibir ningún indicio de maldad. Vasallodelmar parecía tan saludable como el granito nativo. Sí, aquello era ridículo.

—Atiaran merece respeto —dijo al fin.

—Oh, perdóname. —El gigante colocó la caña del timón de manera que pudiese sostenerla bajo el brazo permaneciendo sentado—. No era mi intención faltarle el respeto. Tu lealtad me alivia. Y sé valorar lo que Atiaran ha logrado. —Se sentó en la popa y se apoyó en la caña del timón, de modo que sus ojos quedaban sólo a unos

treinta centímetros por encima de Covenant—. Sí, y también sé afligirme por ella. No hay nadie en el Reino, ya sean hombres, gigantes o ranyhyn, que puedan llevarte a las Defensas de los Amos con más rapidez que yo. —Entonces recuperó su sonrisa—. Pero tú, Thomas Covenant, Increíble y extraño al Reino, te sulfuras con demasiada facilidad. Me reí al verte porque parecías un gallo amenazando a un ranyhyn. Así te desgastas inútilmente, Thomas Covenant.

Redoblando los esfuerzos para dominar su cólera, Covenant dijo sosegadamente:

—¿Es eso cierto? Creo que te apresuras demasiado a juzgar, gigante.

Otro surtidor de risa barbotó en el pecho del gigante.

—¡Muy bien dicho! He aquí algo nuevo en el Reino... Un hombre que acusa a un gigante de apresuramiento. Bueno, tienes razón. ¿Pero no sabías que los hombres nos consideran un... —Se rió de nuevo—... un pueblo pausado y prudente? Fui elegido como legado porque los breves nombres humanos, que privan a sus portadores de tanta historia, poder y significado, son más fáciles para mí que para la mayoría de mi gente. Pero ahora parece que son demasiado fáciles.

Una vez más, el gigante echó la cabeza atrás y lanzó al aire una alegre risotada.

Covenant miraba iracundo al gigante, como si el humor de éste le resultara incomprensible. Luego, haciendo un esfuerzo, apartó la mirada, dejó caer el bastón al suelo de la barca y se sentó en el banco, mirando hacia adelante, al oeste y el sol de la tarde. La risa de Vasallodelmar tenía un timbre contagioso, un matiz de franca alegría que no ocultaba ninguna burla o intención aviesa, pero Covenant se resistía a aceptarla así. No podía permitirse ser víctima de más seducciones. Ya había perdido más de sí mismo de lo que podía confiar en recuperar.

Los nervios no se regeneran. Repitió estas palabras como si fueran una letanía particular, iconos de su yo combativo. Los gigantes no existen, y él lo sabía. Tenía que seguir moviéndose, sobrevivir. Se mordió los labios como si el dolor pudiera ayudarle a mantener su equilibrio y a dominar su enojo. A sus espaldas, Corazón Salado Vasallodelmar empezó de nuevo a cantar en voz baja. Su canto ondulaba, subía y bajaba como las aguas en una larga ensenada, como una condensación de las mareas, y los vientos de la lejanía soplaban entre las arcaicas palabras. A intervalos, repetía su estribillo:

La Piedra y el Mar están en lo más profundo de la vida...

Y luego las palabras viajaban de nuevo. Su sonido monótono le recordó a Covenant su fatiga, y se dejó caer en la proa para descansar.

—¿Eres narrador de cuentos, Thomas Covenant? —le preguntó el gigante, interrumpiendo sus divagaciones.

—Lo fui en otro tiempo —replicó él distraídamente.

—¿Y lo abandonaste? Ése es un cuento en cinco palabras tan triste como cualquier otro que pudieran contarme. Pero una vida sin un cuento es como el mar sin

sal. ¿Cómo vives?

Covenant se cruzó de brazos, apoyándolos en la borda, y descansó en ellos el mentón. Andelain se abría ante él, en constante floración, pero él ignoraba el paisaje, concentrándose en el lamento del agua cortada por la proa. Inconscientemente, cerró el puño sobre su anillo.

—Vivo —se limitó decir.

—¿Otro cuento? —replicó Vasallodelmar—. En dos palabras me has contado un cuento más triste que el primero. No digas más, pues con una sola palabra me harás llorar.

Si el gigante se sentía ofendido, Covenant no pudo percibirlo. Por su tono, Vasallodelmar parecía medio bromear y medio comprender. Covenant se encogió de hombros y permaneció en silencio.

—Bueno, he dado un mal paso —dijo el gigante al cabo de un rato—. Nuestra travesía no será fácil, y yo confiaba en que podrías aligerar la pesadez del viaje con una historia. Pero no importa. Considero que, en cualquier caso, no contarías relatos felices. Hablarías de Delirantes y asesinatos de waynhim y Espectros de Andelain. Bueno, algo de todo esto no me sorprende... Nuestros mayores han supuesto a menudo que el Rompealmas no moriría tan fácilmente como había esperado el pobre Kevin. ¡Piedra y Mar! Tanta profanación, tanta devastación y rapiña, por una esperanza falsa. Pero tenemos un dicho que consuela a nuestros niños, a nuestros pocos hijos, cuando lloran por la nación, los hogares y la compañía de nuestras gentes, que perdimos... Decimos que la alegría está en los oídos que escuchan, no en la boca que habla. Pocas historias alegres hay en el mundo, y debemos tener alegres oídos para resistir al Despreciativo. ¡Alabanza al Creador! El Antiguo Amo Damelon Giganteamigo conocía el valor de una buena risa. Cuando llegamos al Reino, estábamos demasiado afligidos para luchar por el derecho a la vida.

Covenant suspiró, taciturno. Una buena risa... ¿Acaso soltó la risa de toda una vida en aquel breve tiempo, antes de su desgracia?

—Los humanos sois muy impacientes, Thomas Covenant. ¿Crees que divago? En absoluto... He llegado rápidamente a lo esencial. Ya que has dejado de contar relatos, y como parece que ninguno de los dos está lo bastante alegre para resistir el relato de tus aventuras, no me queda más remedio que contar el cuento yo mismo. Hay fuerza en los relatos... Hacen renacer el corazón y endurecen los músculos, e incluso los gigantes necesitan fuerza cuando se enfrentan a tareas como la mía.

Hizo una pausa y Covenant, no deseando que se interrumpiera, pues la voz del gigante parecía tomar el rumor del agua agitada por el bote y tejer con él un tapiz sedante, dijo en silencio:

—Cuenta.

—Ah —respondió Vasallodelmar—. Eso no ha estado tan mal. Te recuperas a

pesar de ti mismo, Thomas Covenant. Así pues, alegra tus oídos y escucha jovialmente, pues yo no soy proveedor de penas, aunque en tiempos de acción no retrocedemos ante los hechos. Si me pidieras que zarpara de nuevo para seguir tu rumbo hasta aquí, necesitaría todos los detalles de tu viaje antes de dar tres pasos por las Colinas. Volver a zarpar es peligroso, y con mucha frecuencia el regreso es imposible... El camino se ha perdido, o el viajero ha cambiado, más allá de la esperanza de recuperación.

»Pero debes comprender, Incrédulo, que seleccionar un cuento es normalmente algo que exige ponderación. Hay en nuestra vieja lengua gigante una riqueza de relatos, y algunos tardan días en contarlos. Una vez, de niño, escuché tres veces seguidas el cuento de Bahgoon el Insoportable y Thelma Dospuños, que supo amansarle... Era un buen relato para reír... Pero tardé nueve días antes de saberlo. Sin embargo, tú no hablas la lengua gigante y la traducción es una larga tarea, incluso para los gigantes, por lo que se simplifica el problema de la selección. Pero la tradición de nuestra vida en Límite del Mar, desde que nuestros barcos encontraron el Reino contiene muchas veces muchos relatos..., relatos de los reinados de Damelon Giganteamigo, Loric Acallaviles y Kevin, al que ahora llaman Pierdetierra, cuentos sobre la construcción, tallándola en la montaña, de Piedra Deleitosa, roca reverenciada, «marca de fidelidad y lealtad en la piedra eterna del tiempo», como Kevin cantó una vez, la obra más poderosa que los gigantes han hecho en el Reino, un templo para que nuestro pueblo lo estime y recuerde lo que puede lograrse, historias del viaje que nos salvó de la Profanación y de las muchas curaciones de los nuevos Amos. Pero, una vez más, la selección resulta fácil porque eres un extraño. Te contaré el primer relato de los gigantes de Límite del Mar... El canto de los Sin Hogar.

Las aguas del río Aliviaalmas discurrían sosegadas, con fulgores azules bajo el sol, y Covenant sintió que la voz del gigante y la quietud del entorno lo sumían en una paz profunda. Mecido por aquella agradable disposición de ánimo, se dispuso a escuchar el relato de Vasallodelmar. Pero éste no dio comienzo de inmediato a su narración. En vez de comenzar su cuento, el gigante reanudó su ancestral canto llano, desentrañando meditativamente la melodía, de manera que ésta se fue desplegando como el curso que el río seguía hasta el mar. Cantó durante largo tiempo, y bajo el hechizo de su voz Covenant empezó a quedarse amodorrado. Era excesiva la fatiga acumulada en su carne y sus huesos para mantener despierta la atención. Mientras esperaba, se apoyó contra la proa como un nadador cansado.

Pero entonces una modulación agudizó el canto del gigante. La melodía adquirió unos contornos más vehementes y fue adquiriendo la tonalidad de un lamento. Pronto Vasallodelmar cantó con palabras que Covenant podía comprender.

Somos los Sin Hogar...

*perdidos viajeros del mundo.
En la tierra más allá del mar Cuna del Sol
vivíamos, teníamos nuestros hogares y prosperábamos...
y desplegábamos nuestras velas al viento,
sin pensar en el peligro de perderlo todo.
Somos los Sin Hogar.
Desde el hogar y la chimenea,
viviendas de piedra sagrada labradas por nuestras manos reverentes,
desplegamos las velas para recorrer de nuevo nuestro camino;
pero los vientos de vida no soplaron en el rumbo que elegimos
y la tierra más allá del mar se perdió.*

—¡Ah, Piedra y Mar! ¿Conoces, Thomas Covenant, la antigua leyenda del Arco Iris Herido? Se dice que en la parte más mortecina de la Tierra no había estrellas en nuestro cielo. Los cielos eran un vacío que nos separaban del universo eterno del Creador. Allí vivía con su pueblo y su miríada de hijos resplandecientes, y bailaban al son de la alegría y el juego.

»Entonces, mientras las eras se sucedían eternamente, el Creador sintió el deseo de hacer algo nuevo para los alegres corazones de sus hijos. Descendió a las grandes forjas y calderas de su poder, mezcló, elaboró y moldeó extrañas teúrgias. Y cuando terminó, regresó a los cielos, arrojó su mística creación en ellos... y ¡mira! Un arco iris extendió sus brazos de un lado a otro del universo.

»Por un momento, el Creador se sintió contento. Pero cuando miró más atentamente el arco iris vio, allá en lo alto del brillante puente, una herida, una brecha en la hermosura que había hecho. No sabía que su Enemigo, el espíritu demoníaco de la oscuridad y el cieno que se arrastraba por las entrañas de su universo, le había visto trabajar, y había arrojado despecho en el mortero de su creación. Y así, el arco iris que ahora se extendía en los cielos era defectuoso.

»Sintiéndose vejado, el Creador regresó a su taller, a fin de reparar su creación. Pero mientras trabajaba, sus hijos, su miríada de niños resplandecientes, encontraron el arco iris y su belleza les llenó de regocijo. Juntos treparon a los cielos y corretearon felices por el arco, danzando alegremente encima de sus colores. Y allá en lo alto del puente descubrieron la herida, pero no la comprendieron. Coreando gritos de alegría penetraron en la herida y se encontraron en nuestro cielo. Este nuevo mundo sin luz les alegró todavía más, y giraron por el cielo hasta que éste brilló con el júbilo del juego.

»Cuando se cansaron de este juego, quisieron regresar a su universo de luz. Pero su puerta estaba cerrada, pues el Creador había descubierto la obra de su Enemigo — la causa de la herida— y, en su cólera, su mente se había nublado. Irreflexivamente había arrancado el arco iris de los cielos, y hasta que se le pasó la cólera no se dio

cuenta de que sus hijos habían quedado atrapados en nuestro cielo. Y ahí permanecen, como estrellas que guían a quienes habitan nuestras noches, hasta que el Creador pueda librar a su universo de su Enemigo y encuentre la manera de llevar a sus hijos a casa.

»Así ocurrió con nosotros, los Sin Hogar. En nuestra tierra rocosa, perdida hace tanto tiempo, nuestro pueblo vivía y florecía, y cuando aprendimos a viajar a través de los mares prosperamos aún más. Pero con nuestro júbilo ardiente, nuestra salud y nuestro delirio nos engañamos hasta la locura. Construimos veinte buenos barcos, cada uno lo bastante grande para ser un castillo a vuestra escala humana, e hicimos entre nosotros la solemne promesa de zarpar para descubrir toda la Tierra. ¡Ah, toda la Tierra! En veinte barcos, dos mil gigantes dijeron adiós a sus seres queridos, prometiéndoles regresar con relatos de todos los aspectos del mundo multitudinario, y se entregaron a su sueño.

»Entonces, de un mar a otro, a través de la tempestad y la calma, la sequía, el hambre y la abundancia, entre escollos y recaladas, los gigantes navegaron, gozando de la mordedura del aire salobre, su fortaleza y pericia de marinos y el enfrentamiento perpetuo con el océano, «permanencia en el movimiento», y la exaltación de unir a nuevos pueblos en la red de su peregrinación.

»Tres barcos se perdieron en media generación. Un centenar de gigantes decidieron quedarse y compartir su suerte con los selváticos duendes *Elohim*. Doscientos murieron en la guerra, al servicio de los *Bhrathair*, que casi fueron destruidos por las Gorgonas de Arenas del gran Desierto. Dos barcos encallaron y naufragaron. Y cuando los primeros niños nacidos durante la travesía eran ya lo bastante mayores para ser ellos mismos marinos, los quince barcos convocaron un consejo y sus pensamientos se dirigieron al Hogar, pues habían comprendido la locura de su promesa y estaban cansados de luchar con los mares.

»Así pues, orientaron sus velas por las estrellas, y buscaron la dirección del Hogar. Pero no les fue concedido el regreso. Las rutas familiares los condujeron a océanos desconocidos y peligros inesperados. Las tempestades los llevaron a lugares que eran incapaces de reconocer. Los cabos de las velas rasgaron sus manos hasta el hueso, y las olas se alzaron contra ellos como si las hinchara el odio. Otros cinco barcos se perdieron, aunque se descubrió el naufragio de uno y los marinos de otro fueron rescatados en la isla a la que habían sido arrojados. A través de los hielos que los mantuvieron inmovilizados durante muchas estaciones, matándolos por docenas, a través de las calmas que los hacía camaradas del hambre, aguantaron, luchando por sus vidas y su Hogar. Pero los desastres borraron todo vestigio de conocimiento de su rumbo, hasta que no supieron dónde se hallaban o a dónde debían ir. Cuando llegaron al Reino, echaron las anclas. Menos de un millar de gigantes saltaron a la orilla rocosa de Límite del Mar. Desesperados, abandonaron sus esperanzas de regresar al

Hogar.

»Pero la amistad del Amo Superior Damelon hijo de Corazón Fuerte los ayudó a recobrase. Vieron augurios prometedores en su poderosa ciencia, y a su palabra los gigantes recuperaron su moral. Hicieron de Límite del Mar su residencia y juraron lealtad a los Amos. También enviaron tres barcos en busca del Hogar. Desde entonces, durante más de tres mil años, siempre ha habido tres barcos de los gigantes en el mar, buscando por turno nuestra tierra, tres nuevos preparados cuando regresan los viejos con las manos vacías. Todavía somos los Sin Hogar, perdidos en el laberinto de un sueño alocado.

»¡Piedra y Mar! Somos gentes de larga vida, comparados con vosotros, los humanos. Yo nací a bordo de un barco durante el corto viaje que nos salvó de la Profanación, y mis bisabuelos estuvieron entre los primeros peregrinos. Tenemos muy pocos hijos. Raras veces una mujer tiene más de un hijo. Por eso ahora no somos más que quinientos, y nuestra vitalidad disminuye con cada generación.

»No podemos olvidar.

»Pero en la vieja leyenda tradicional, los hijos del Creador pueden encontrar esperanza. Él tiende arco iris en nuestro cielo tras las lluvias limpiadoras, como una promesa a las estrellas de que, de alguna manera, algún día, encontrará cómo llevarlos a casa.

»Para sobrevivir hemos de descubrir el Hogar que perdimos, la patria más allá del mar Cuna del Sol.

Mientras Vasallodelmar desgranaba su relato, el día había declinado y el sol estaba bajo. Y, al finalizar, la puesta del astro se iniciaba en el horizonte. El oro anaranjado inflamó las aguas del río Aliviaalmas, bruñendo su superficie. En los cielos insondables, el rojo resplandor parecía irradiar perdición y profecía, la noche que se aproximaba y el día prometido, la oscuridad que tocaría a su fin, pues cuando llegara el verdadero final del día y la luz, no habría admirables exhibiciones deslumbrantes, ningún espectáculo de hermoso fuego o alegría, nada cuya contemplación satisficiera al corazón... Sólo decadencia y grises cenizas.

Vasallodelmar alzó su voz de nuevo y cantó con un dejo de dolor.

*Desplegamos las velas para seguir de nuevo nuestro rumbo;
pero los vientos de la vida no soplaron en la dirección escogida,
y la tierra más allá del Mar se perdió.*

Covenant se volvió para mirar al gigante. Vasallodelmar alzaba la cabeza y húmedas líneas con un brillo dorado y naranja recorrían delicadamente sus mejillas. Mientras Covenant le miraba, la luz reflejada adquirió una tonalidad rojiza y empezó a desvanecerse.

—Ríe, Thomas Covenant —dijo el gigante en voz baja—, ríe por mí. Hay alegría

en los oídos que escuchan.

Covenant oyó la palpitación suplicante en la voz del gigante y respondió con un lamento ahogado, pero no pudo reír. Le era totalmente imposible reírse. Con una mueca de disgusto por las limitaciones que lo paralizaban, hizo un esfuerzo para variar la dirección de sus emociones.

—Tengo hambre —dijo de súbito al gigante.

Por un instante, los ojos umbríos de Vasallodelmar relampaguearon como si le hubiese azotado. Pero en seguida echó la cabeza atrás y se rió de sí mismo. Su humor parecía brotarle directamente del corazón, y pronto hizo desaparecer toda la tensión y las lágrimas de su rostro. Las carcajadas fueron disminuyendo hasta convertirse en una risita entre dientes.

—Thomas Covenant —dijo finalmente—, no me gusta precipitarme, pero creo que eres mi amigo. Has hecho que mi orgullo se tambaleara, y eso sería un buen servicio aunque no me hubiera reído antes de ti.

»¿Tienes hambre? Claro que sí. Muy bien dicho. Debí haberte ofrecido antes comida... Tienes el aspecto translúcido del hombre que sólo se ha alimentado de *alianta* durante varios días. Algunos antiguos videntes dicen que la privación refina el espíritu..., pero yo digo que el espíritu se refina en seguida cuando el cuerpo no tiene otra elección.

»Afortunadamente, tengo suficientes provisiones. —Empujó con el pie un saco enorme de cuero hacia Covenant, y le hizo un gesto invitándole a abrirlo. Cuando Covenant aflojó sus cuerdas, encontró en el interior carne salada, queso, pan duro y más de una docena de naranjas grandes como sus dos puños juntos, así como un recipiente de cuero que apenas pudo levantar. Dejando para más adelante esta dificultad, abordó los alimentos, ayudando a bajarlos con el zumo de una naranja. Luego su atención volvió a posarse en el recipiente de cuero.

—Eso es *Filtro de Diamante*, —le dijo Vasallodelmar—, un brebaje reparador. Quizá debería... No, cuanto más te miro, amigo, más cansado te veo. Bebe de ese recipiente. Te ayudará a descansar.

Inclinando aquella especie de bota enorme, Covenant probó el *Filtro de Diamante*. Tenía un sabor a whisky ligero, y podía oler su potencia, pero era muy suave y no producía el menor ardor ni picor. Tomó varios tragos deliciosos y en seguida notó sus efectos refrescantes.

Cerró el recipiente cuidadosamente, devolvió los alimentos al saco y luego, haciendo un esfuerzo, lo empujó hasta dejarlo al alcance de Vasallodelmar. *El Filtro de Diamante* le producía un agradable calor en el estómago, y sintió que no tardaría mucho en estar dispuesto para escuchar otro relato. Pero mientras permanecía tendido bajo las bancadas de la proa el crepúsculo cedió el paso a una oscuridad tachonada de estrellas solitarias, como niños diseminados. Sin darse cuenta, se quedó dormido.

Fue un sueño intranquilo. Tuvo visiones calamitosas, llenas de lunas agonizantes, matanzas y cuerpos torturados, y se vio tendido en la calle, junto al parachoques del coche patrulla. Un círculo de gente se había reunido a su alrededor. Tenían ojos de pedernal, y sus bocas se extendían en un rictus de censura. Todos, sin excepción, señalaban sus manos. Cuando las levantó para mirarlas, vio que estaban llenas de lesiones purpúreas, leprosas.

Entonces dos hombres fornidos vestidos de blanco se acercaron a él y lo colocaron en una camilla. Pudo ver la ambulancia cercana, pero los hombres no le trasladaron a ella de inmediato. Permanecieron inmóviles, sosteniéndolo en la camilla al nivel de sus cinturas, como si lo mostraran a la multitud.

Un policía penetró en el círculo, con la mirada llena de desdén. Se inclinó sobre Covenant y le dijo con adustez:

—Usted se cruzó en mi camino. Ha sido culpa suya. Debería avergonzarse. —Su aliento cubrió a Covenant con el olor de la esencia de rosas.

Alguien alzó la voz detrás del policía, una voz llena de unción, como la de la abogada de Joan.

—Ha sido culpa suya —dijo.

Todos los reunidos vomitaron al unísono grumos de sangre sobre el pavimento.

«No me creo nada de esto», pensó Covenant.

—No cree en nosotros —dijo en seguida la voz hipócrita.

La muchedumbre prorrumpió en aullidos para probar su realidad. Los rugidos envolvieron a Covenant, haciendo que se sintiera cobarde y abyecto.

—Estás muerto —coreó entonces la gente—. No puedes vivir sin la comunidad. La vida reside en la comunidad, y tú no perteneces a ella. No puedes vivir si nadie se preocupa por ti.

Las voces al unísono producían un ruido aplastante. Cuando se detuvieron, Covenant sintió que el aire de sus pulmones se había convertido en arena.

—Llévadle al hospital —dijo la voz hipócrita, con un suspiro de satisfacción—. Curadle. Sólo hay una buena respuesta para la muerte. Curadle y échadle fuera.

Los dos hombres lo colocaron en la ambulancia. Antes de que la puerta se cerrara vio que la gente de la ciudad se estrechaba las manos, se felicitaban unos a otros, sonrientes. Después, la ambulancia empezó a moverse. Covenant alzó las manos y vio que las manchas purpúreas se estaban extendiendo a sus brazos. Se miró horrorizado, gimiendo: «¡Por todos los diablos del infierno!».

Pero entonces una efusiva voz de tenor le dijo amablemente:

—No temas, es sólo un sueño.

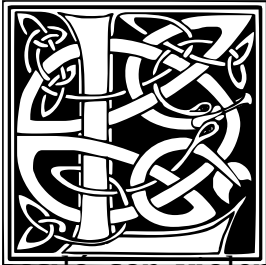
Aquellas palabras tranquilizadoras lo arrojaron como una manta. Pero sus manos estaban insensibles, y la ambulancia seguía moviéndose. Necesitaba la manta y agitó los brazos en el aire, buscándola inútilmente, apretando los puños hasta que los

nudillos le quedaron blancos.

Cuando creía que no podría sufrir más, la ambulancia echó a rodar y él cayó de la camilla al vacío.

XII

PIEDRA DELEITOSA



a presión contra su mejilla izquierda comenzó a rasgarle la piel lentamente, y el dolor le hizo salir de las profundidades de su sueño. Una turbulencia se agitaba bajo su cabeza, como si un banco de peces le sirviera de almohada. El estupor del sueño fue abandonándole lentamente. Entonces recibió dos sacudidas en la mejilla, en rápida sucesión, y el lugar donde descansaba su cabeza osciló con violencia. Covenant intentó incorporarse y se golpeó la cabeza con una bancada del bote. El dolor le laceró el cráneo. Agarrándose a la bancada, se apartó de la cuaderna que le había rozado la mejilla y se sentó para mirar por encima de la borda.

Descubrió que la situación del bote había cambiado radicalmente. No quedaba ningún matiz, ninguna línea ni resonancia de Andelain en el terreno circundante. Al noreste, el río estaba bordeado por una elevada pared rocosa, y al oeste se extendía una llanura gris y yerma, un sombrío desierto semejante a un vasto campo de batalla donde no sólo habían muerto hombres, donde el fuego arrasador y la sangre que anegó la tierra habían impedido la capacidad del suelo para revitalizarse y florecer de nuevo, una áspera tierra saqueada, en la que sólo destacaban los arbustos que se aferraban a la vida a lo largo del río que aflucía al Aliviaalmas, a pocos centenares de metros delante del bote. El viento que soplaba del este transportaba un débil olor a quemado, detrás del cual yacía el recuerdo fétido de un crimen.

El río que aportaba sus aguas un poco más arriba turbaba ya al Aliviaalmas, enmarañaba su corriente y manchaba su claridad con un barro inflexible, y Covenant tuvo que agarrarse a la borda para mantener el equilibrio a medida que aumentaba el cabeceo de la embarcación.

Vasallodelmar mantuvo el bote en el centro del río, apartado del torbellino, contra la rocosa pared nororiental. Covenant volvió la cabeza para mirar al gigante, y lo vio de pie en la popa, con las piernas abiertas y los pies bien afianzados en el suelo, aferrando la caña del timón bajo el brazo derecho. Al ver que Covenant lo miraba, alzó la voz por encima del rugido de las aguas.

—¡Fidelia está más adelante! ¡Aquí viramos al norte...! ¡El río Blanco! ¡El Gris viene del oeste!

Había una nota estridente en su voz, como si se hubiera pasado toda la noche cantando a voz en cuello. Pero un momento después entonó un fragmento de una canción distinta:

*Pues no descansaremos...
no nos desviaremos,
ni perderemos la fe
ni desfalleceremos...
hasta que el Gris fluya Azul,
y Rill y Maerl sean tan nuevos y limpios
como el viejo Llurallin.*

Los movimientos de las aguas se intensificaron rápidamente. Covenant permanecía en el fondo del bote, apoyado en una de las bancadas y aferrado a la borda, y contemplaba la forzosa mezcla de las aguas limpias y las turbias. Entonces Vasallodelmar gritó:

—¡Quedan cien leguas hasta las Montañas Occidentales, la Quebrada de los Guardianes y las altas fuentes del Llurallin...! ¡Y ciento cincuenta hacia el oeste, hasta las Últimas Colinas y la Espesura Acogotante! ¡Estamos sólo a setenta de las Defensas de los Amos!

Abruptamente, el tumultuoso ruido de las aguas se intensificó, sofocando la voz del gigante. Un inesperado movimiento de la corriente giró la proa del bote a la derecha, poniéndolo de costado. La espuma roció a Covenant, al tiempo que el bote se escoraba. Instintivamente, lanzó todo su peso sobre la borda izquierda.

Un instante después, oyó un retazo del canto llano de Vasallodelmar, y notó el sonido profundo y monótono de la energía a lo largo de la quilla. El bote se enderezó poco a poco y adoptó de nuevo la posición correcta.

Pero el incidente les había acercado peligrosamente a la pared nororiental. La energía hizo temblar el bote mientras Vasallodelmar lo hacía regresar gradualmente hacia las aguas más estables que fluían bajo la fuerza principal de la corriente del río Gris. Entonces desapareció de la quilla la sensación de energía.

—¡Perdona! —gritó el gigante—. ¡Estoy perdiendo mi habilidad marinera! —dijo en tono tenso.

Covenant tenía los nudillos blancos de tanto aferrarse a las bordas. Mientras brincaba con los cabeceos del bote, recordó la frase: «Sólo hay una buena respuesta para la muerte».

«Una buena respuesta», pensó. No era aquélla. Tal vez sería mejor que el bote volcara, que él se ahogara, que no llevara a Piedra Deleitosa el mensaje del Amo Execrable con su media mano y su anillo. Él no era un héroe. No podía satisfacer semejantes esperanzas.

—¡Ahora vamos a cruzar! —exclamó Vasallodelmar—. Tenemos que cruzar el Gris para seguir hacia el norte. El peligro no es grande..., pero estoy cansado. Y los ríos están crecidos.

Esta vez Covenant se volvió y miró atentamente al gigante. Ahora comprendió

que Corazón Salado Vasallodelmar estaba sufriendo. Tenía las mejillas hundidas, ahuecadas como si algo hubiera absorbido la afabilidad de su rostro, y en sus ojos cavernosos bullía una voluntad tensa y febril. ¿Cansado?, pensó Covenant. Más bien estaba extenuado. Se abrió paso con dificultad entre las bancadas hasta llegar al lado del gigante. Sus ojos quedaban a la altura de la cintura de Vasallodelmar. Echó la cabeza atrás para gritar:

—¡Yo pilotaré mientras tú descansas!

Una sonrisa se dibujó en los labios del gigante.

—Gracias, pero no, no estás preparado. Soy bastante fuerte. Pero, por favor, pásame el *Filtro de Diamante*.

Covenant abrió el saco de alimentos y agarró el recipiente de cuero. Su peso y flexibilidad lo hacían inmanejable, y el balanceo del bote le impedía mantenerse en equilibrio. No podía levantar el recipiente. Pero poco después logró cogerlo por debajo. Soltando un bufido, lo levantó del suelo.

Vasallodelmar cogió el recipiente con la mano izquierda. Le dio las gracias a Covenant con una débil sonrisa y, llevándose la enorme bota a los labios, olvidó por un momento los peligros de la corriente para tomar un largo trago. Luego dejó el recipiente en el suelo e hizo girar el bote hacia la boca del río Gris.

Otra oleada de energía recorrió la nave. Al entrar en el Gris, Vasallodelmar giró aguas abajo y cruzó la corriente. La energía hacía temblar las tablas del suelo. Con una suave maniobra, Vasallodelmar alcanzó el lado norte de la corriente, giró aguas arriba y penetró en el sosegado río Blanco. Una vez doblada la curva septentrional, el rugido de las aguas en el punto de encuentro empezó a disminuir rápidamente tras el bote.

Poco después, la vibración de la energía se desvaneció de nuevo. Con un hondo suspiro, Vasallodelmar se enjugó el sudor de la frente. Tenía los hombros hundidos y la cabeza inclinada. Lentamente, bajó la caña del timón y, finalmente, se tendió en la popa.

—Ah, amigo mío —dijo en tono lastimero—. Hasta los gigantes no estamos hechos para estas cosas.

Covenant se acercó al centro del bote y se sentó en el suelo, apoyándose contra uno de los lados. En aquella posición no podía ver por encima de las bordas, pero ahora no sentía curiosidad por el paisaje. Tenía otras preocupaciones, y una de ellas era el estado de Vasallodelmar. No sabía cómo el gigante había llegado a tal grado de fatiga. Intentó abordar la cuestión indirectamente.

—Esa maniobra ha estado muy bien —le dijo—. ¿Cómo lo has hecho? No me has dicho de dónde sale la energía que impulsa este bote.

El sonido de su voz le pareció poco convincente y frunció el ceño.

—Pídeme algún otro relato —dijo Vasallodelmar exhalando un suspiro—. Ése es

casi tan largo como la historia del Reino. No tengo ánimos para enseñarte el significado de la vida aquí.

—No sabes relatos cortos —replicó Covenant.

Al oír esto, el gigante sonrió tristemente.

—Ah, eso es muy cierto. Bueno, haré que sea breve para ti. Pero debes prometerme que tú también me contarás una historia..., algo peculiar, que nunca imaginaría por mí mismo. Lo necesitare, amigo.

Covenant hizo un gesto de asentimiento, y Vasallodelmar le dijo:

—Bien. Come y hablaremos.

Vagamente sorprendido por el apetito que tenía, Covenant abordó el contenido de la bolsa de Vasallodelmar. Mordisqueó rápidamente carne y queso y satisfizo la sed con naranjas. Y mientras comía, el Gigante comenzó en un tono llano que reflejaba su fatiga.

—La época de Damelon Giganteamigo llegó a su fin en el Reino antes de que mi pueblo hubiera terminado la construcción del *Coercrí*, su hogar en Límite del Mar. Tallaron en la roca las Defensas de los Amos, como las llaman los hombres, en el corazón de la montaña, antes de ponerse a trabajar en la tierra que les habían dado los Amos, y Loric era Amo Superior cuando se terminó el *Coercrí*. Entonces mis antepasados dirigieron su atención al exterior, al mar Cuna del Sol y a la amistad del Reino.

»Ahora tanto los *lillianrill* como los *rhadhamaerl* deseaban estudiar la ciencia de los gigantes, y la época del Amo Superior Loric Acallaviles contempló un gran crecimiento del *lillianrill*. Para ayudar a este crecimiento, fue necesario que los gigantes hicieran muchos viajes a las Defensas de los Amos. —Se interrumpió y entonó un canto en voz baja, como si invocara el antiguo esplendor de los gigantes—. Iban a la gran Piedra Deleitosa, lo cual estaba bien, pues así mantenían una relación constante con la sede de los Amos.

»Pero a los gigantes no les gusta mucho andar, y entonces no les gustaba más que ahora. Por eso mis antepasados pensaron en los ríos que fluyen desde las Montañas Occidentales hacia el mar, y decidieron construir embarcaciones. Bien, como debes saber, las barcas no pueden venir hasta aquí desde el mar... El gran declive sobre el que se alza Gravin Threndor bloquea el camino. Y nadie, gigante o no, se atrevería a cruzar la Corriente de los Desfiladeros desde el Tragavidas, el Gran Pantano. Por eso los gigantes construyeron muelles en el Aliviaalmas, más allá de Gravin Threndor y los pasos estrechos ahora llamados Garganta del Traidor. Allí tenían embarcaciones como ésta..., allí y en las Defensas de los Amos, al pie de las Cataratas Furl a fin de que al menos doscientas leguas del recorrido pudieran hacerse por el agua que amamos.

»En este viaje, Loric y los *lillianrill* deseaban ser de ayuda para los gigantes. Por

medio de su poder trabajaron la «veta oropelina», una fortísima madera a la que llamaron *lor-liarill*, y con ella fabricaron timones y quillas para nuestras embarcaciones fluviales. Y los Antiguos Amos prometieron que cuando se cumplieran sus augurios de esperanza para nosotros, la veta oropelina nos ayudaría.

»Ah, ya es suficiente —dijo abruptamente Vasallodelmar, exhalando un suspiro—. En una palabra, eso es lo que impulsa a este bote. —Alzó la mano de la caña del timón y la barca empezó a perder ímpetu—. O más bien soy yo quien invoca el poder de la veta oropelina. Hay vida y energía en la Tierra, en la piedra, la madera, el agua y el suelo. Pero en ellos la vida está como escondida, aletargada. Se necesita conocimiento y fuerza... sí, y potentes canciones vitales... para despertarlos.

El gigante cogió el timón y la barca avanzó de nuevo.

—Por eso estoy cansado, pues no he descansado desde la noche anterior a nuestro encuentro. —Su tono recordó a Covenant la fatiga de Trell después de que el gravanético hubiera arreglado la vasija rota—. Durante dos días y dos noches no he permitido a la veta oropelina detenerse o aminorar la marcha, pero el esfuerzo ha debilitado mi cuerpo. —Ante la sorpresa que se reflejaba en el rostro de Covenant, añadió—: Sí, amigo mío, has dormido durante dos noches y un día. Desde el oeste de Andelain, a través de las Llanuras Centrales, hasta el borde de Fidelia... Más de cien leguas. —Tras una pausa, concluyó—: Eso es lo que hace el *Filtro de Diamante* a los humanos. Pero necesitabas descansar.

Covenant guardó silencio un momento, mirando las tablas del suelo como si buscara un lugar donde golpearlas. Cuando alzó la cabeza, su boca mostraba un rictus amargo.

—Así que ahora estoy descansado. ¿Puedo ayudarte?

Vasallodelmar no replicó en seguida. Tras los contrafuertes de su frente parecía sopesar sus diversas incertidumbres.

—¡Piedra y Mar! —exclamó al fin—. Claro que puedes. Y, sin embargo, el mismo hecho de que lo preguntes demuestra que no puedes. Te lo impide cierta renuencia o ignorancia.

Covenant comprendió. Podía oír alas oscuras, ver Espectros asesinados. ¡Magia impetuosa! ¡Heroísmo! Aquello era insufrible. Alzando la cabeza, con la súbita decisión de ir al grano, preguntó ásperamente:

—¿Quieres mi anillo?

—¿Si lo quiero? —preguntó Vasallodelmar con voz ronca. Parecía como si tuviera ganas de echarse a reír pero no se atreviera a hacerlo—. ¿Si lo quiero? —Había un dejo de dolor en su tono, como si estuviera confesando alguna clase de aberración—. No uses tal palabra, amigo mío. *Querer* es natural, y puede satisfacerse o no sin que haya nada malo en ello. Pero di más bien *codiciar*. Codiciar es desear algo que no debería darse. Sí, codicio tu oro blanco ajeno a la Tierra, con su salvaje

magia y su poder para poner fin a la paz:

*Hay una magia indómita enterrada en cada roca,
que el oro blanco puede desatar o dominar...*

»Admito el deseo. Pero no me tientes. El poder sabe cómo vengarse de sus usurpadores. No aceptaría ese anillo si me lo ofrecieras.

—¿Pero sabes cómo usarlo? —le preguntó lentamente Covenant, medio sorprendido por su incipiente temor a la respuesta.

Esta vez Vasallodelmar se echó a reír. Su humor era mucho menos vital que antes, pero aún así, vívido y alegre.

—Ah, muy bien dicho, amigo mío. Así, su propia locura aplasta a la codicia. No, no lo sé. Si la magia indómita no puede convocarse por la simple decisión de utilizarla, no la comprendo en absoluto. Los gigantes no poseemos semejante ciencia. Siempre hemos actuado por nosotros mismos, aunque utilizamos de buen grado herramientas como la veta oropelina. Bien, he sido sancionado por tener ideas frívolas. Te pido perdón, Thomas Covenant.

Covenant asintió en silencio, como si le hubieran procurado un alivio inesperado. No quería saber cómo actuaba la magia indómita, no quería creer en ella de ninguna manera. El simple hecho de llevarla consigo de un lado a otro era peligroso. Cubrió el anillo con la mano derecha y miró en silencio, impotente, al gigante.

Al cabo de un rato, la fatiga de Vasallodelmar extinguió su humor. Disminuyó la intensidad de su mirada y su respiración se transformó en suspiros de cansancio. Se apoyó en la caña del timón, como si reír le hubiera hecho perder una energía vital.

—Ahora, amigo mío, mi ánimo casi se ha agotado. Necesito tu relato.

¿Relato?, pensó Covenant. No tenía ningún relato. Los había quemado.

Había quemado tanto su nueva novela como el libro que le procuró la fama. Había sido tan descuidado, tan abyectamente ciego a los peligros de la lepra, que acechaba secreta e impredecible detrás de toda existencia física o moral... Y tan inconsciente de su propia falta de visión. Sus obras eran carroña, como él mismo, sólo aptas para el fuego. ¿Qué relato podía contar ahora?

Pero tenía que seguir moviéndose, actuar, sobrevivir. Sin duda lo había sabido antes de convertirse en víctima de los sueños. ¿No lo había aprendido en la leprosería, en medio de la putrefacción y los vómitos? ¡Sí, sí! ¡Sobrevivir! Y sin embargo aquel sueño esperaba fuerza de él, esperaba que pusiera fin a la matanza... Las imágenes danzaron en su mente como ráfagas de vértigo, como fragmentos de un espejo roto: Joan, el coche patrulla, los ojos de lava del Babeante. Se tambaleó como si fuera a caerse.

Para ocultar su repentina congoja, se apartó de Vasallodelmar y fue a sentarse en la proa, de cara al norte.

—Un relato —dijo en voz apagada. En realidad, podía contar un relato, con todos sus disfraces sombríos y abigarrados. Buscó rápidamente hasta que dio con algo que compaginara con las demás cosas que necesitaba expresar—. Te contaré un relato. Una historia verdadera.

Se aferró a las bordas, esforzándose para alejar el vértigo que aún lo dominaba.

—Es un relato sobre el choque cultural. ¿Sabes qué es el choque cultural? —Vasallodelmar no replicó—. No importa, te lo explicaré. El choque cultural es lo que sucede cuando sacas a un hombre de su mundo donde los supuestos, los... los criterios por los que se rige la persona, son tan distintos que no tiene forma de comprenderlos. La estructura de su personalidad no está preparada para eso. Si es... acomodaticio... puede fingir que es otro hasta que regrese a su propio mundo. O puede abandonarse y dejar que lo reconstituyan... de cualquier modo. No hay otro camino.

»Te pondré un ejemplo. Cuando estaba en la leprosería, los médicos hablaban de un hombre... un leproso como yo, un paria. Era un caso clásico. Llegó de otro país, donde la lepra es mucho más corriente. Debió haberse contagiado del bacilo de niño, y años después, cuando tenía esposa, tres hijos y vivía en otro país, de repente perdió los nervios de los dedos de los pies y empezó a quedarse ciego.

»Pues bien, si se hubiera quedado en su país, habría sido... allí la enfermedad es frecuente... le habrían reconocido pronto y, de inmediato, él, su esposa, sus hijos y todo cuanto le perteneciera, su casa y sus animales, así como sus parientes cercanos, habría sido declarado impuro. Su propiedad, su casa y sus animales habrían sido quemados. Y él, su mujer, sus hijos y parientes habrían sido enviados para vivir en la más abyecta miseria en un poblado, junto con otras personas que tuvieran la misma enfermedad. Allí habría pasado el resto de su vida, sin tratamiento, sin esperanzas, mientras una horrenda deformidad roería sus brazos, sus piernas, su rostro... hasta que él, su mujer, sus hijos y parientes muriesen todos de gangrena.

»¿Crees que eso es cruel? Permíteme que te diga lo que le sucedió al hombre. En cuanto reconoció su enfermedad fue a ver al médico. Éste lo envió a la leprosería, solo, sin sus parientes, y allí detuvieron la difusión de la enfermedad. Lo sometieron a tratamiento, le dieron medicinas y entrenamiento..., lo rehabilitaron. Entonces lo enviaron a su casa para que llevara una vida «normal» con su esposa e hijos. Qué bonito... Pero hubo un solo problema: le era imposible llevar semejante vida normal.

»Para empezar, sus vecinos se lo hicieron pasar muy mal. Oh, al principio no sabían que estaba enfermo, no estaban familiarizados con la lepra y no la reconocían... Pero el periódico de la localidad publicó un artículo sobre él, de modo que todo el mundo en la ciudad supo que era *el leproso*. Le evitaron, le odiaban porque no sabían qué hacer con él. Entonces el hombre empezó a tener problemas para practicar su autotratamiento. En su comarca no había medicinas ni terapia para

los leprosos... En el fondo, él creía que tales cosas eran mágicas, que una vez se detenía la enfermedad, estaba *curado*, perdonado..., que se había librado de algo peor que la ejecución. Pero he aquí que cuando deja de cuidarse, la insensibilidad nerviosa empieza a extenderse de nuevo. Entonces llega la hora de la verdad. De súbito descubre que a sus espaldas, cuando él estaba totalmente desprevenido, le han apartado de su familia. No comparten su aflicción, ni mucho menos, sino que quieren librarse de él, volver a vivir como lo hacían antes.

»Así pues, lo envían de nuevo a la leprosería. Pero una vez en el avión —ni siquiera existían aviones en su país natal— va al lavabo y, como si hubiera sido desheredado sin que nadie le dijera jamás por qué, se corta las muñecas.

Su propia narración le dejó boquiabierto. Hubiera estado dispuesto a llorar por el hombre de haber podido hacerlo sin sacrificar sus propias defensas. Pero no podía llorar. Tragó saliva y se dejó llevar de nuevo por su impulso narrativo.

—Y te diré algo más sobre el choque cultural. Cada mundo tiene sus formas propias de cometer suicidio, y es mucho más fácil matarte utilizando métodos a los que no estás acostumbrado. Yo nunca podría cortarme las venas. He leído mucho y hablado demasiado sobre eso. Es demasiado vívido. Vomitaría. Pero podría ir al mundo de aquel hombre y tomar té de belladona sin sentir náuseas, porque mi conocimiento sobre ese sistema es escaso. Hay algo vago en él, algo oscuro..., algo que no es del todo fatal.

»De modo que aquel pobre hombre permaneció sentado en el lavabo más de una hora, dejando que su sangre se fuera por el desagüe. No trató de pedir ayuda hasta que, de súbito, finalmente, se dio cuenta de que iba a morir igual que si hubiera tomado una infusión de belladona. Entonces intentó abrir la puerta, pero estaba demasiado débil. Y no sabía cómo apretar el botón para pedir auxilio. Al final lo encontraron en el suelo, en una posición grotesca, con los dedos rotos, como si... como si hubiera tratado de reptar por debajo de la puerta. El pobre...

No pudo continuar. La pena ahogó sus palabras y se quedó sentado en silencio, mientras el agua se lamentaba tenuemente al ser hendida por la proa. Se sintió enfermo, con un deseo desesperado de sobrevivir. No podía ceder a aquellas seducciones. Entonces le llegó la voz de Vasallodelmar.

—¿Por eso decidiste dejar de contar relatos? —le preguntó el gigante.

Covenant se incorporó de un salto, enfurecido.

—¡Este Reino tuyo está tratando de matarme! ¡Me estáis presionando para que me suicide! ¡Oro blanco! ¡Berek! ¡Espectros! Me estáis haciendo cosas que no puedo soportar. No soy esa clase de persona... No vivo en esa clase de mundo. ¡Todas esas... seducciones! ¡Por todos los diablos! ¡Soy un leproso! ¿No lo comprendes?

Vasallodelmar sostuvo durante largo rato la mirada de Covenant, y la simpatía que vio en los ojos del gigante detuvo su estallido de cólera, pero seguía indignado y

con los dedos curvados como garras, mientras Vasallodelmar le dirigía una mirada triste y fatigada. Podía ver que el gigante no comprendía. La palabra *lepra* no parecía tener significado en el Reino.

—Vamos, vamos. Ríete de ello. La alegría está en los oídos que escuchan.

Entonces Vasallodelmar mostró que comprendía algo. Metió la mano bajo su chaquetón y sacó un envoltorio de cuero, que desdobló para mostrar una gran lámina de cuero flexible.

—Toma —le dijo—. Verás esto con frecuencia antes de que hayas terminado tu misión en el Reino. Es *clingor*. Los gigantes lo trajeron al Reino hace largo tiempo..., pero ahorraré a los dos el esfuerzo de explicarlo. —Cortó un pequeño cuadrado del extremo de la hoja y ofreció la pieza a Covenant. Era pegajosa por ambos lados, pero pasaba fácilmente de una mano a otra y no dejaba residuos de pegamento—. Confía en esto. Pon tu anillo en esta pieza y escóndelo bajo tus ropas. Nadie sabrá que llevas un talismán de magia impetuosa.

Covenant comprendió la idea. Quitándose el anillo del dedo, lo colocó en el cuadrado de *clingor*. El anillo quedó firmemente adherido. No podía liberar el anillo tirando de él, pero sí desprender el *clingor* sin dificultad. Haciendo un gesto de asentimiento, colocó el anillo en el cuero, se desabrochó la camisa y se aplicó el *clingor* en el centro del pecho. El cuero quedó adherido sin producirle ninguna molestia. Rápidamente, como si aprovechara una oportunidad mientras aún estaba a tiempo de hacerlo, se abrochó de nuevo la camisa. Observó con sorpresa que parecía notar el peso del anillo en el corazón, pero decidió no hacer caso.

Con sumo cuidado, Vasallodelmar envolvió de nuevo el *clingor* y se lo guardó bajo el chaquetón. Entonces escudriñó brevemente a Covenant. Éste trató de sonreír para expresar su gratitud, pero su rostro sólo parecía capaz de hacer muecas. Finalmente, se volvió y fue a sentarse otra vez en la proa para contemplar el avance de la embarcación y pensar en lo que Vasallodelmar había hecho por él.

Tras meditar algún tiempo, recordó el cuchillo de piedra de Atiaran. Aquello hacía posible la autodisciplina que tan agudamente necesitaba. Se inclinó sobre la borda para humedecerse el rostro y luego se afeitó minuciosamente las patillas con el cuchillo. La barba era de ocho días, pero la fina hoja se deslizó suavemente por las mejillas y el cuello, y logró afeitarse sin hacerse ningún corte. Había perdido la práctica, ya no estaba acostumbrado al riesgo, y la perspectiva de hacerse sangre lo hacía temblar. Entonces comenzó a ver con qué urgencia necesitaba regresar a su mundo real, recuperarse antes de que perdiera del todo su capacidad para sobrevivir como un leproso.

Cuando el día tocaba a su fin comenzó a llover, una ligera llovizna que salpicaba la superficie del río, dividiendo aquel espejo del cielo en una miríada de fragmentos. Las gotas humedecieron la cara de Covenant como rocío, empaparon lentamente sus

ropas hasta que estuvo tan mojado e incómodo como si se hubiera calado hasta los huesos. Pero soportó la molestia en medio de una grisácea y monótona ensoñación, pensando en lo que ganaba y perdía al esconder su anillo.

Por fin terminó el día. La oscuridad goteó en el aire como si la lluvia se volviera negra, y en el crepúsculo Covenant y Vasallodelmar, ambos taciturnos, dieron cuenta de su cena. El gigante estaba casi demasiado débil para alimentarse por sí mismo, pero con la ayuda de Covenant comió y bebió una gran cantidad de *Filtro de Diamante*. Luego, los dos regresaron a sus silencios respectivos. Covenant agradeció la llegada de la oscuridad, pues le ahorraba la visión del cansancio de Vasallodelmar. Reacio a tenderse sobre las húmedas tablas del suelo, se acurrucó a un lado del bote, procurando librarse lo mejor posible del frío y la humedad, y trató de relajarse y dormir.

Al cabo de un rato, Vasallodelmar comenzó a cantar débilmente:

*La Piedra y el Mar están en lo más profundo de la vida,
dos símbolos inalterables del mundo:
permanencia en reposo y permanencia en movimiento;
participantes del Poder que permanece.*

La canción pareció proporcionarle fuerzas, con la que impulsó la barca firmemente contra la corriente, dirigiéndola hacia el norte como si la fatiga no pudiera hacerlo desfallecer.

Al fin cesó la lluvia. Las nubes se disiparon lentamente, pero Covenant y Vasallodelmar no encontraron alivio en el claro cielo. Sobre el horizonte, la luna rojiza parecía un borrón, una acusación de maldad contra el fondo ultrajado de las estrellas. Convertía el terreno circundante en un húmedo paisaje sangriento, lleno de formas carmesíes evanescentes, como crímenes incomprensibles. Y de la luz surgía una pútrida emanación, como si el Reino estuviera iluminado por una ponzoña. Entonces el canto Daño de Vasallodelmar sonó descorazonadoramente débil, fútil, y las mismas estrellas parecieron alejarse del curso de la luna.

El día siguiente amaneció soleado, sin nada que recordara la sangrienta coloración de la noche. Cuando Covenant se levantó para mirar a su alrededor, vio unas montañas al norte. Se extendían en dirección al oeste, donde la más alta de ellas estaba coronada de nieve. Pero la cordillera terminaba abruptamente en un punto situado a la misma altura que el río Blanco. Las montañas parecían estar ya muy cerca.

—Diez leguas —susurró con voz ronca Vasallodelmar—. Medio día contra esta corriente.

El aspecto del gigante llenó a Covenant de consternación. Con la mirada apagada y el labio inferior caído, Vasallodelmar parecía un cadáver. Su barba daba la

impresión de haberse vuelto más gris, como si hubiera envejecido varios años durante la noche, y un reguero de saliva le corría por una comisura de la boca sin que pudiera evitarlo. El pulso en sus sienes era desordenado. Pero aferraba con firmeza la caña del timón, y el bote surcaba rápidamente las aguas del río, que empezaban a agitarse.

Covenant se dirigió a la popa para echar una mano. Limpió los labios del gigante y luego alzó el recipiente de *Filtro de Diamante* para que pudiera beber. Un amago de sonrisa se perfiló en los labios de Vasallodelmar.

—Piedra y Mar —susurró—. No resulta fácil ser amigo tuyo. Dile a tu próximo barquero que te lleve aguas abajo. Los destinos son para espíritus más fuertes que el mío.

—Tonterías —dijo ásperamente Covenant—. Compondrán canciones sobre ti por haber hecho esto. ¿No crees que vale la pena?

Vasallodelmar trató de responder, pero el esfuerzo le hizo toser violentamente y tuvo que renunciar a hacerlo y concentrar las pocas fuerzas que tenía en sujetar la caña del timón y hacer que el bote avanzara.

—No importa —dijo en voz baja Covenant—. Todo el que me ayuda termina rendido, de una manera u otra. Si fuera poeta, yo mismo compondría tu canción.

Maldiciendo en silencio su impotencia, dio al gigante gajos de naranja hasta que se agotó la fruta. Mientras miraba a Vasallodelmar, aquel ser de enorme altura desprovisto de todo excepto la fuerza de resistir, voluntariamente desposeído, por razones que Covenant no comprendía, de todo rasgo de humor e incluso de dignidad como si fueran meros aditamentos, se sintió irracionalmente en deuda con Vasallodelmar, como si hubiera sido vendido con usura, a sus espaldas y con un absoluto desprecio de su consentimiento, a su único amigo.

—Todo el que me ayuda —musitó de nuevo. Los precios que las gentes del Reino estaban dispuestas a pagar por él le parecían pasmosos.

Finalmente ya no fue capaz de seguir mirando al gigante. Regresó a la proa, desde donde contempló con expresión vacía las altas montañas, y se dijo que él no había buscado aquello. ¿Acaso se odiaba tanto a sí mismo? Pero la única respuesta era el ruido de la respiración de Vasallodelmar. Y así transcurrió media mañana, punteada por los estertores que exhalaba el gigante.

El terreno alrededor del bote se endurecía, como si se preparase para saltar al cielo. Las colinas iban siendo más altas y accidentadas, y poco a poco fue quedando atrás el brezo y los árboles de las llanuras, sustituidos por el matorral del monte bajo y algunos cedros dispersos. Y al fondo las montañas se elevaban por encima de las colinas, más altas a cada curva del río. Entonces Covenant pudo ver que el extremo oriental de la cordillera caía en escarpada pendiente hasta una meseta, como un escalón en las montañas, una meseta que tendría seiscientos u ochocientos metros de altura y terminaba en un despeñadero que bajaba perpendicular hasta las estribaciones

de las colinas. De la meseta surgía una catarata, y el efecto de la luz sobre la roca hacía que la cascada brillara en su caída con un color azul pálido. A pesar de los estertores de Vasallodelmar, notó que su corazón se alegraba, como si se estuviera acercando a algo magnífico.

Pero aquella sensación de proximidad no duró mucho. Cuando el río Blanco empezó a serpentear entre las colinas, se estrechó y la corriente fue disminuyendo progresivamente su ímpetu. El gigante parecía haber llegado al límite de su resistencia. Su respiración era estentórea y parecía como si se fuera a ahogar en cualquier momento. Covenant no veía cómo podrían recorrer las últimas leguas.

Escudriñó las orillas en busca de un lugar para desembarcar. Quería lograr que el gigante llevara el bote a tierra. Pero mientras reflexionaba en el modo de hacerlo, oyó un fragor en el aire, como un galope de caballos. ¿Qué diablos era aquello?, se preguntó inquieto. Una visión de nauseabundos ur-viles cruzó por su mente. Recogió el bastón que yacía en el suelo del bote y lo agarró con fuerza, tratando de dominar su repentina turbación.

Un instante después, como una ola rompiéndose sobre la cima de una colina, aguas arriba y al este del bote, apareció un grupo de jinetes. Eran humanos, hombres y mujeres. En cuanto vieron el bote, uno de ellos lanzó un grito y el grupo partió al galope, descendiendo por la ladera para detenerse a la orilla del río.

Los jinetes parecían guerreros. Llevaban altas botas de suela flexible y polainas negras. Sus camisas sin mangas eran negras, y sobre ellas se ceñían petos de un metal amarillo. En la cabeza lucían cintas también amarillas. Del cinto colgaba una espada corta, y un arco y una aljaba de la espalda. Echando un rápido vistazo, Covenant distinguió en ellos los rasgos característicos de pedrarianos y fustarianos. Algunos eran altos, delgados, rubios y de ojos claros, y otros robustos, morenos y musculosos.

En cuanto detuvieron los caballos, los jinetes se llevaron al unísono los puños al pecho y luego extendieron los brazos con las palmas hacia adelante, haciendo el saludo de bienvenida. Un hombre que se distinguía de los demás por una línea diagonal que le cruzaba el peto, se dirigió a los tripulantes del bote.

—¡Salve, hermano-roca! —exclamó—. ¡Bienvenida, honor y lealtad para ti y tu pueblo! ¡Soy Quaan, Puño de Guerra del Tercer Eoman del Ala de Guerra de las Defensas de los Amos! —Se interrumpió en espera de una respuesta, y como Covenant no dijo nada, prosiguió en un tono más cauto—: Nos envía el Amo Mhoram, el cual ha visto que algo importante avanzaba por el río. Hemos venido para daros escolta.

Covenant miró a Vasallodelmar, pero sólo pudo corroborar que el gigante no se enteraba de lo que sucedía a su alrededor. Se había desplomado sobre la caña del timón, sordo y ciego a todo excepto a su débil esfuerzo para impulsar el bote. Covenant se volvió hacia el Eoman y gritó:

—¡Ayúdanos! ¡Se está muriendo!

Quaan se puso rígido y acto seguido entró en acción. Dio una orden e inmediatamente se adelantaron otros dos jinetes. Los tres penetraron con sus caballos en el río. Los dos últimos se dirigieron directamente a la orilla occidental, pero Quaan guió su caballo para interceptar el bote. El animal nadó poderosamente, como si aquello formara parte de su adiestramiento. Pronto Quaan se aproximó a la embarcación. En el último momento, se puso en pie sobre su montura y saltó fácilmente por encima de la borda. Entonces dio una orden a su caballo y éste regresó a la orilla oriental.

Mientras el recién llegado le medía con la mirada, Covenant vio en su espeso cabello negro, sus anchos hombros y rostro diáfano que Quaan era un pedrario. El Puño de Guerra se acercó a Vasallodelmar. Cogió al gigante por los hombros y trató de zarandearle, al tiempo que le gritaba unas palabras que Covenant no podía comprender.

Al principio, Vasallodelmar no reaccionó. Siguió sentado con los ojos en blanco, transfigurado, la mano aferrada a la caña del timón, como inmovilizada por la rigidez de la muerte. Pero la voz de Quaan pareció penetrarle lentamente.

Los músculos de su cuello temblaron cuando alzó la cabeza y sus ojos se centraron en Quaan. Entonces, con un gemido que parecía surgir de la misma médula de sus huesos, soltó la caña del timón y cayó de costado.

Inmediatamente la embarcación perdió impulso y empezó a ir a la deriva río abajo. Pero los otros dos jinetes ya estaban preparados en la orilla occidental. Quaan se dirigió a la proa, pasando al lado de Covenant, y cuando estuvo bien situado uno de los jinetes le arrojó el cabo de una larga cuerda. Quaan la cogió al vuelo y la adhirió a la proa; el cabo, que no era cuerda sino *clingor*, quedó firmemente pegado. A continuación, Quaan se volvió hacia la orilla oriental. Le llegó otra cuerda y la adhirió también a la proa. Los dos cabos se tensaron y cesó la deriva del bote. Entonces Quaan movió un brazo y los jinetes empezaron a avanzar por las orillas, tirando del bote aguas arriba.

En cuanto comprendió lo que estaban haciendo, Covenant volvió a ocuparse de Vasallodelmar. El gigante seguía donde había caído, y su respiración era entrecortada y superficial. Covenant buscó a su alrededor algo que pudiera servir de ayuda. Alzó el recipiente de cuero y vertió una buena cantidad de *Filtro de Diamante* sobre la cabeza de Vasallodelmar. El líquido corrió hasta su boca, y el gigante farfulló y tragó saliva. Entonces respiró hondo y abrió los ojos. Covenant mantuvo el recipiente junto a sus labios y, después de beber, Vasallodelmar se tendió en el suelo del bote y en seguida quedó profundamente dormido.

Aliviado, Covenant musitó junto al rostro del gigante:

—Bueno, ésa es una bonita forma de terminar una canción: «Y entonces fue y se

durmió». ¿De qué sirve ser un héroe si no estás despierto hasta que te felicitan?

Se sintió súbitamente cansado, como si el agotamiento del gigante le hubiera extraído su propia fuerza y, suspirando, se sentó en una de las bancadas para observar cómo avanzaban por el río, mientras Quaan iba a la popa y tomaba la caña del timón. Por un momento, Covenant ignoró el escrutinio de Quaan, pero finalmente reunió suficiente energía y le dijo:

—Es Corazón Vasallodelmar, un... un legado de los gigantes de Límite del Mar. No ha descansado desde que me recogió en el centro de Andelain... hace tres días.

Covenant vio en el rostro de Quaan que éste comprendía la difícil situación de Vasallodelmar. Entonces dirigió su atención al terreno circundante.

Los caballos que remolcaban el bote avanzaban con bastante rapidez contra la corriente cada vez más lenta del río Blanco. Los jinetes maniobraban diestramente en cada variación del curso del río, azuzando a los caballos y aflojando una u otra cuerda cuando era necesario. A medida que avanzaban hacia el norte, el suelo era más rocoso y el matorral cedía el paso a los helechos. Los árboles oropelinos, cada vez más abundantes, extendían sus anchas ramas y hojas en las laderas de las colinas, y el sol envolvía a la vegetación en un cálido resplandor. La meseta que tenían delante parecía ahora muy ancha, y al oeste las montañas se alzaban como si el orgullo las mantuviera verticales.

A mediodía Covenant pudo oír el bramido de las grandes cascadas, y supuso que estaban cerca de Piedra Deleitosa, pero las altas laderas eran lo único que se podía ver. El bramido fue haciéndose imponente. Pronto el bote pasó bajo un ancho puente, y poco después los jinetes doblaron una última curva y dirigieron el bote a un lago al pie de las cascadas.

El lago tenía una forma aproximadamente circular, era amplio y en la orilla occidental estaba bordeado de árboles oropelinos y pinos. Se hallaba en la base del risco, el cual constituía un precipicio de más de seiscientos metros, y el agua azul caía atronadora por el borde de la meseta, como la estrepitosa circulación sanguínea de las montañas. El agua del lago era limpia y fría, y Covenant pudo ver su claridad en el fondo rocoso.

Nudosos palisandros con delicadas flores azules se arracimaban sobre las rocas húmedas al pie de las cascadas, pero la mayor parte de la orilla oriental del lago estaba libre de árboles. Allí había dos grandes muelles y varios pequeños embarcaderos de carga. En uno de los embarcaderos estaba atracado un bote muy parecido al que transportaba a Covenant, y naves más pequeñas, esquifes y balsas, estaban amarradas a los muelles. Bajo la dirección de Quaan, los jinetes llevaron el bote hasta uno de los embarcaderos, donde dos eomanes lo amarraron. Entonces el Puño de Guerra despertó suavemente a Vasallodelmar.

El gigante salió de su sueño con dificultad, pero al abrir sus ojos éstos no

mostraban signos de fatiga, aunque el aspecto general de Vasallodelmar era de debilidad, como si sus huesos estuvieran hechos de arenisca. Con la ayuda de Quaan y Covenant, se incorporó para sentarse. Mientras descansaba adoptó una expresión de perplejidad, como si se preguntara adónde había ido a parar su fuerza.

—Te pido perdón, Puño de Guerra —dijo a Quaan con un hilo de voz—. Estoy... un poco cansado.

—Lo veo —murmuró Quaan—. No te preocupes. Piedra Deleitosa está cerca.

Vasallodelmar siguió perplejo algún tiempo, con el ceño fruncido, como si tratara de recordar qué le había sucedido. Finalmente, el recuerdo tensó su rostro.

—Envía algunos jinetes —dijo en tono apremiante—, que se reúnan los Amos. Ha de haber Consejo.

Quaan sonrió.

—Los tiempos cambian, hermano-piedra. El nuevo Amo, Mhoram hijo de Variol, es vidente y oráculo. Hace diez días envió jinetes a la Raat, y al Amo Superior Prothall en el norte. Esta noche estarán todos en las Defensas.

—Muy bien —suspiró el gigante—. Éstos son tiempos sombríos. Terribles designios nos acechan.

—Ya lo hemos visto —respondió tristemente Quaan—. Pero Corazón Salado Vasallodelmar se ha apresurado como era debido. Informaré sobre la valiente gesta de tu viaje a las Defensas. Te proporcionarán una litera para transportarte, si lo deseas.

Vasallodelmar meneó la cabeza, y Quaan saltó al embarcadero para dar órdenes a uno de sus eomanes. El gigante miró a Covenant y sonrió débilmente.

—Piedra y Mar, amigo mío —le dijo—. ¿No te dije que te traería aquí rápidamente?

Aquella sonrisa conmovió a Covenant en lo más profundo de su corazón.

—La próxima vez tómatelo con más calma —le dijo con voz ronca—. No puedo hacer nada más que mirar... ¿Siempre cumples así tus promesas?

—Tus mensajes son urgentes. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Covenant le replicó desde la perspectiva del leproso:

—No hay nada que sea tan urgente. ¿De qué sirve hacer algo si mueres al hacerlo?

Vasallodelmar permaneció un momento sin responder. Posó una pesada mano sobre el hombro de Covenant y se puso en pie, tambaleante.

—Ven —dijo como si respondiera a la pregunta que le había hecho Covenant—. Debemos ver Piedra Deleitosa.

Unas manos serviciales le ayudaron a subir al embarcadero, y poco después estaba en la orilla del lago. Aunque la tremenda fatiga parecía haberlo empequeñecido, a su lado incluso los hombres y mujeres a caballo resultaban enanos. Y cuando Covenant se puso a su lado, lo presentó con un gesto lleno de respeto:

—Eoman del Ala de Guerra, éste es mi amigo, Thomas Covenant, Incrédulo y portador de mensajes al Consejo de los Amos. Participa en muchos conocimientos extraños, pero no conoce el Reino. Guárdalo bien, en nombre de la amistad y por el parecido que tiene con Berek Corazón Fuerte, Amigo de la Tierra y Amo Fundador.

En respuesta, Quaan hizo a Covenant el saludo de bienvenida.

—Te ofrezco los saludos de las Defensas de los Amos, la Piedra Deleitosa forjada por los gigantes. Sé bienvenido en el Reino... Recibe nuestra bienvenida y nuestra confianza.

Covenant devolvió el gesto bruscamente, pero no habló, y un instante después Vasallodelmar dijo a Quaan:

—Emprendamos la marcha. Mis ojos ansían contemplar la gran obra de mis antecesores.

El Puño de Guerra asintió y dio unas órdenes. En seguida dos jinetes partieron hacia el este, y otros dos tomaron posiciones a cada lado del gigante, de manera que pudiera apoyarse en las grupas de sus caballos. Otro guerrero, una mujer joven y rubia, una fustariana, ofreció a Covenant la grupa de su montura. Por primera vez, Covenant se dio cuenta de que las sillas de montar del Eoman no eran más que *clingor*, sin ningún relleno, formando un ancho asiento que se extendía también a los flancos del animal. Sería como montar sobre una manta pegada al caballo y al jinete. Pero aunque Joan le había enseñado los rudimentos de la equitación, nunca había superado la desconfianza básica que le inspiraban los caballos y rehusó el ofrecimiento. Cogió su bastón del bote y se colocó al lado de uno de los caballos en los que se apoyaba Vasallodelmar, y el Eoman partió del lago con los dos viajeros.

Rodearon una ladera en el lado sur y llegaron a la carretera que partía del puente, en la parte inferior del lago. Hacia el este el camino se empinaba por el lado de un cerro transversal, y la ascensión era tan escarpada que Vasallodelmar tropezó varias veces, y apenas tuvo fuerzas suficientes para agarrarse a los caballos. Pero cuando llegó a lo alto del cerro, se detuvo, alzó la cabeza, abrió los brazos y empezó a reír.

—Ahí, amigo mío. ¿No te sirve eso de respuesta? —Su voz era débil, pero alegre, llena de renovado júbilo.

Delante de ellos, sobre unas colinas bajas, se hallaban las Defensas de los Amos.

La visión cogió a Covenant por sorpresa y casi lo dejó sin aliento. Piedra Deleitosa era una obra maestra. Sus muros de granito se alzaban como una representación de la eternidad, un logro intemporal que la pura y suprema participación de los gigantes había dejado allí para siempre. Covenant estuvo de acuerdo en que Piedra Deleitosa era un nombre demasiado corto para aquella maravilla.

El extremo oriental de la meseta terminaba en un ancho espigón de roca, que tenía la mitad de la altura que la meseta y estaba separado de ella excepto en la base. Aquel

espigón había sido ahuecado, formando una torre que guardaba la única entrada de las Defensas, y círculos de ventanas se sucedían rebasados los estribos de la torre fortificada. Pero la mayor parte de las Defensas de los Amos estaba tallada en las entrañas de la montaña, bajo la meseta.

A una sorprendente distancia de la torre, toda la superficie del risco había sido trabajada por los antiguos gigantes, formando una muralla externa vertical para la ciudad, la cual, como Covenant sabría más tarde, llenaba todo aquel promontorio en forma de cuña de la meseta. El muro presentaba hileras de ventanas regulares e irregulares, unas saledizas y otras en fila, balcones y estribos con miradores y parapetos, con una multitud de detalles que parecían espontáneos pero muy próximos a cristalizar en un diseño. La luz centelleaba y danzaba en la bruñida superficie del risco, y la maravillosa variación de la obra sobrecogió los sentidos de Covenant, de modo que no pudo distinguir si realmente había allí un diseño premeditado.

Pero su mirada se fijó entonces en el ajeteo de la vida en la ciudad, que se agitaba detrás de la muralla, como si ésta fuera transparente, casi iluminada desde dentro como un claroscuro por la fuerza vital de sus millares de habitantes. La visión hizo que el conjunto de las Defensas girase ante él. Aunque miraba desde cierta distancia y podía abarcarlo todo, las cataratas rugiendo a un lado y la extensión de las llanuras inclinándose al otro, sintió que los antiguos gigantes lo habían vencido. Allí había una obra digna de peregrinaciones y experiencias penosas. No le sorprendió escuchar a Vasallodelmar musitar como una vestal:

—¡Ah, Piedra Deleitosa! ¡Defensas de los Amos! ¡Aquí los Sin Hogar aventajaron a lo que perdieron!

El Eoman respondió como una letanía:

Piedra Deleitosa fiel a los gigantes, antigua defensa...

Corazón y puerta del poder del Amigo de la Tierra:

Preserva a los veraces con la espada del Poder,

¡Oh, tú, guardiana del tiempo que reinas en la montaña!

Entonces los jinetes se pusieron en marcha de nuevo. Vasallodelmar y Covenant avanzaron maravillados hacia los altos muros, y la distancia disminuyó velozmente, señalada tan sólo por el latir de sus exaltados corazones. El camino discurría paralelo al risco por su borde oriental, luego giraba y ascendía hacia las altas puertas en la base sudeste de la torre. Las puertas —una enorme losa a cada lado— estaban abiertas en señal de paz para dar la bienvenida, pero tenían unas muescas y estaban situadas de tal manera que podían girar encajando en las muescas y cerrándose como dientes. La entrada que guardaban era lo bastante grande para que todo el Eoman entrara en una línea.

Al aproximarse a las puertas, Covenant vio una bandera azul en lo alto de la torre,

un estandarte de un azul más claro que el limpio cielo. Debajo había una bandera más pequeña, un pendón rojo, del color de la luna sangrienta y los ojos de lava del Babeante. Al ver la dirección de la mirada de Covenant, la mujer que estaba cerca de él, le dijo:

—¿Sabes qué significan los colores? El azul es el color de los Amos Superiores, y ése es el estandarte de los Amos. Representa su Juramento y su guía para los pueblos del Reino. Y el rojo es el signo de nuestro peligro actual. Ondeará ahí mientras dure el peligro.

Covenant asintió sin apartar los ojos de las Defensas, pero poco después desvió la mirada de las banderas y se fijó en la entrada de Piedra Deleitosa. La abertura parecía una cueva que penetraba directamente en la montaña, pero podía ver la luz del sol más allá.

Los centinelas estaban en un estribo, encima de las puertas. Su aspecto atrajo la atención de Covenant, pues no se parecían a los jinetes del Ala de Guerra. Por su tamaño y complexión eran como pedrarianos, pero tenían el rostro achatado y la piel oscura, con el cabello corto y rizado. Llevaban túnicas cortas de color ocre con cinturones azules que parecían de vitela, iban descalzos y con las piernas desnudas hasta la rodilla. Permanecían indiferentes y desarmados en el estribo, pero tenían un porte y un equilibrio casi felinos, como si estuvieran dispuestos a pelear en cualquier instante.

Cuando su Eoman estuvo ante la puerta, Quaan gritó a los centinelas:

—¡Salve! ¡Primer Signo Tuvor! ¿Cómo es que la Guardia de Sangre ha salido a recibir a los huéspedes?

El centinela que estaba más cercano respondió con una voz que parecía extranjera, torpe, como si estuviera acostumbrado a un lenguaje muy diferente del que se hablaba en el Reino.

—Los gigantes y los portadores de mensajes han venido juntos a las Defensas.

—Bien, Guardia de Sangre —dijo Quaan en tono de camaradería—. Aprende tus deberes. El gigante es Corazón Salado Vasallodelmar, legado de Límite del Mar para el Consejo de los Amos. Y el hombre, el portador del mensaje, es Thomas Covenant, Incrédulo y extraño al Reino. ¿Está preparado su acomodo?

—Las órdenes están dadas. Bannor y Korik esperan.

Quaan hizo un gesto de agradecimiento con el brazo, y entró con sus guerreros en la garganta de piedra de las Defensas de los Amos.

XIII

VÍSPERAS



Al pasar entre las mandíbulas en equilibrio, Covenant agarró fuertemente su bastón con la mano izquierda. La entrada era como un túnel que conducía bajo la torre a un patio abierto entre la torre y la Defensa principal, y sólo estaba iluminada por la débil luz solar que se reflejaba a cada lado. La piedra no presentaba puertas ni ventanas. Las únicas aberturas eran unas estrechas ranuras en el techo, que parecían tener alguna función defensiva. Los cascos de los caballos arrancaban ecos de la fina piedra, llenando el túnel con un rumor de guerra, y hasta el leve golpeteo del bastón de Covenant corveteaba a su alrededor, como si una sombra de sí mismo caminara vacilante detrás de él.

El Eoman entró entonces en el patio soleado. Allí la piedra nativa había sido ahuecada hasta rebajarla al nivel de la entrada, de modo que un espacio casi tan ancho como la torre se abría al cielo entre las altas paredes. El patio era llano y enlosado, pero en el centro había un espacio de tierra en el que se alzaba un viejo oropelino, y un pequeño surtidor rociaba cada lado del venerable árbol. Más allá se veían otras puertas de piedra semejantes a las de la base de la torre, las cuales también estaban abiertas. Aquélla era la única entrada a nivel del suelo de las Defensas, pero a intervalos, por encima del patio, unos pasillos de madera recorrían el espacio abierto desde la torre a unos salientes almenados en la superficie interna de la Defensa. Además, dos puertas a cada lado del túnel proporcionaban acceso a la torre.

Covenant alzó la vista hacia la Defensa principal. Las sombras se extendían en las paredes al sur y el este del patio, pero las alturas todavía brillaban con el resplandor del sol de la tarde y, desde el ángulo de visión de Covenant, Piedra Deleitosa parecía lo suficientemente alta para proporcionar cimientos a los cielos. Mientras contemplaba aquella magnificencia, el temor reverente que sentía le hizo desear ser, como Vasallodelmar, un heredero de las Defensas de los Amos..., poder reclamar algún día aquel esplendor para sí mismo. Quería pertenecer allí. Pero a medida que pasaba el impacto inicial que le había producido Piedra Deleitosa, comenzó a resistir el deseo. No era más que otra seducción, y ya había perdido una parte excesiva de su frágil y necesaria independencia. Frunciendo el ceño, procuró ahogar aquella admiración temerosa y se apretó con la mano el anillo adherido al pecho. El hecho de que estuviera oculto lo tranquilizó.

Allí estaba la única esperanza que podía imaginar, la única solución a su

paradójico dilema. Mientras mantuviera el secreto de su anillo, podría entregar el mensaje a los Amos, satisfacer su exigente necesidad de seguir moviéndose y, con todo, evitar peligrosas esperanzas, exigencias de poder que él no podía cumplir. Vasallodelmar —y también Atiaran, quizás involuntariamente— le habían dado una cierta libertad de elección. Ahora podría protegerse..., si podía evitar más seducciones, y si el gigante no revelaba su secreto.

—Vasallodelmar —empezó a decir, pero se interrumpió, pues dos hombres se aproximaban a él y al gigante desde la Defensa principal. Se parecían a los centinelas. Sus rostros chatos e inescrutables no mostraban signos de juventud o vejez, como si sus relaciones con el tiempo fueran de algún modo ambivalentes; y transmitían tal impresión de firmeza, que la atención de Covenant se distrajo del gigante. Avanzaron al mismo paso por el patio, como si fueran rocas personificadas. Uno de ellos saludó a Vasallodelmar, y el otro se dirigió a Covenant.

Cuando llegó ante él, hizo una breve reverencia y dijo:

—Yo soy Bannor, de la Guardia de Sangre. Estás a mi cargo. Te conduciré al lugar que te ha sido asignado.

Tenía una voz extraña, y su lengua parecía torpe en el idioma del Reino, pero Covenant percibió en su tono una rigidez que parecía desconfianza.

La voz y el efluvio de dureza que rodeaba al Guardián de Sangre hizo que Covenant se sintiera inquieto. Miró a Vasallodelmar y vio que daba al otro Guardián de Sangre un saludo lleno de respeto y camaradería.

—¡Salve, Korik! Traigo honor y lealtad para el Guardián de Sangre de parte de los gigantes de Límite del Mar. Éstos son tiempos importantes, y estamos orgullosos de contar con los Guardianes de Sangre entre nuestros amigos.

—Somos la Guardia de Sangre —respondió Korik secamente—. Vuestras habitaciones están dispuestas, así que podéis descansar. Venid.

—Muy bien —dijo Vasallodelmar sonriendo—. Estoy muy cansado, amigo mío.

Caminó con Korik hacia las puertas. Covenant empezó a ir tras ellos, pero Bannor se lo impidió extendiendo su fuerte brazo.

—Tú me acompañarás —dijo el Guardián de Sangre en un tono neutro.

—¡Vasallodelmar! —gritó Covenant con voz insegura—. ¡Vasallodelmar! Espérame.

—Ve con Bannor —replicó el gigante por encima del hombro—. Queda en paz. —No parecía darse cuenta del malentendido de Covenant, y su tono sólo expresaba un alivio agradecido, como si el descanso y Piedra Deleitosa fueran sus únicos pensamientos—. Nos veremos de nuevo... mañana.

Andando como si confiara implícitamente en el Guardián de Sangre, se dirigió con Korik a la Defensa principal.

—Tu lugar está en la torre —dijo Bannor.

—¿En la torre? ¿Por qué?

El Guardián de Sangre se encogió de hombros.

—Si preguntas esto, serás respondido. Pero ahora debes acompañarme.

Covenant sostuvo un momento la mirada de Bannor, y leyó en ella la competencia del Guardián de Sangre, su capacidad y voluntad para hacer que se cumplieran sus órdenes. Ello aumentó todavía más la inquietud de Covenant. Incluso las miradas de Soranal y Baradakas, cuando lo capturaron creyendo que era un Delirante, no habían tenido aquella calma, aquella promesa de coacción y violencia si fuera necesaria. Los fustarianos se habían mostrado ásperos, a causa de su amabilidad habitual, pero en la mirada de Bannor no había indicio alguno de su Juramento de Paz. Intimidado, Covenant desvió la mirada. Cuando Bannor empezó a andar hacia una de las puertas de la torre, lo siguió lleno de incertidumbre e inquietud.

Cuando se aproximaron, la puerta se abrió y luego se cerró tras ellos, pero Covenant no pudo ver quién o qué la movía. Accedieron a un espacio con una escalera de caracol en el centro, por la que Bannor subió rápidamente hasta que, a unos treinta metros o más de altura, llegó a otra puerta. Detrás de ella, Covenant se encontró en un abigarrado laberinto de pasillos, escaleras, puertas que pronto confundieron por completo su sentido de la orientación. Bannor lo condujo por un lugar u otro, cambiando de dirección a intervalos regulares, subiendo y bajando incontables escaleras, por corredores primero anchos y luego estrechos, hasta que Covenant temió que no podría encontrar la salida sin un guía. De vez en cuando tenía atisbos de otras personas, principalmente Guardianes de Sangre y guerreros, pero no tropezó con ninguno de ellos. Al final, sin embargo, Bannor se detuvo en medio de lo que parecía ser un corredor vacío. Haciendo un breve gesto abrió una puerta oculta. Covenant lo siguió a una gran sala de estar con un balcón al fondo.

Bannor aguardó mientras Covenant daba una breve mirada a la estancia y decía:

—Si necesitas algo, llámame.

Luego se marchó, cerrando la puerta tras él.

Covenant miró a su alrededor, haciendo inventario mental del mobiliario, de modo que pudiera saber dónde estaban todos los ángulos peligrosos, salientes y bordes. Había en la estancia un lecho, un baño, una mesa con comida, sillas, sobre una de las cuales había una serie de prendas de vestir, y un tapiz en una pared. Pero nada de aquello presentaba una amenaza inminente, y pronto dirigió de nuevo su mirada a la puerta. Ésta no tenía pasamanos, manija, pomo ni ninguna otra cosa que pudiera servir para abrirla. Covenant la empujó con el hombro, trató de agarrarla por los bordes y tirar de ella, pero no pudo mover la pesada piedra.

—¡Bannor! —exclamó fuera de sí—. ¡Maldita sea, Bannor! ¡Abre esta puerta!

Casi inmediatamente la piedra giró hacia adentro, y Bannor apareció impassible en el umbral. Sus ojos carecían de toda expresión.

—No puedo abrir la puerta —dijo airadamente Covenant—. ¿Qué es esto? ¿Una especie de prisión?

Bannor alzó levemente los hombros.

—Llámalo como quieras. Debes permanecer aquí hasta que los Amos estén preparados para que te presentes ante ellos.

—«Hasta que los Amos estén preparados». ¿Y qué debo hacer entretanto? ¿Quedarme aquí sentado y pensar?

—Come, descansa. Haz lo que te parezca.

—Te diré lo que voy a hacer. No voy a quedarme aquí y volverme loco esperando la venia de esos Amos tuyos. He venido desde la Atalaya de Kevin para hablar con ellos. He arriesgado mi... —Haciendo un esfuerzo, se contuvo. Podía ver que su ira no impresionaba lo más mínimo al Guardián de Sangre. Guardándose el enojo, preguntó secamente—: ¿Por qué me habéis hecho prisionero?

—Los portadores de mensajes pueden ser amigos o enemigos —replicó Bannor—. Quizás eres un sirviente de la Corrupción. La seguridad de los Amos corre a cargo nuestro. La Guardia de Sangre no permitirá que los hagas peligrar. Nos aseguraremos sobre ti antes de permitirte que te muevas libremente.

Covenant lanzó un juramento. Aquello era precisamente lo que necesitaba. La estancia pareció llenarse de súbito de los pensamientos oscuros, como aves de presa, a los que tanto se había esforzado por volver la espalda. ¿Cómo podía defenderse contra ellos si no seguía moviéndose? Pero no soportaba quedarse donde estaba con todos sus temores expuestos al desapasionado escrutinio de Bannor. Se obligó a volverse.

—Diles que no me gusta esperar.

Temblando, se aproximó a la mesa y cogió un frasco de piedra de vino vigorizante.

Cuando oyó que la puerta se cerraba, tomó una buena dosis de vino, como si fuera un gesto de desafío. Luego, con el sabor a cerveza ligera del vino en la boca, miró de nuevo a su alrededor, con una expresión feroz, como si desafiara a oscuros espectros para que salieran de sus escondites y lo atacaran.

Esta vez el tapiz llamó su atención. Era una tela gruesa y multicolor, en la que dominaban los rojos intensos y los azules celestes, y tras un momento de incompreensión se dio cuenta de que representaba la leyenda de Berek Mediamano.

En el centro sobresalía la figura de Berek en una postura estilizada con una combinación de talante aguerrido y beatitud. Y alrededor de este primer plano había escenas que representaban la historia del Padre Fundador, su pura lealtad a la Reina, la codiciosa búsqueda del poder por parte del Rey y el repudio que la Reina había hecho de su marido. Las hazañas de Berek en la guerra, la mutilación de su mano, su desesperación en el Monte Trueno, la victoria de los Leones de Fuego. El efecto del

conjunto era de salvación, de redención lograda al mismo borde de la ruina por la rectitud, como si la misma Tierra hubiera intervenido, como si pudiera confiarse en su intervención para enderezar el desequilibrio moral de la guerra.

Covenant soltó un exabrupto, desesperado por su impotencia para librarse de todo aquello. Cogiendo el frasco de piedra como si fuera el único objeto sólido en la habitación, se dirigió al balcón.

Se detuvo en la entrada, apoyándose en la piedra. Más allá de la barandilla del balcón había un precipicio de cien metros o más hasta el suelo. Una premonición de vértigo le roía ya las entrañas. Pero se obligó a mirar afuera el tiempo suficiente para identificar el terreno circundante.

El balcón se hallaba en la cara oriental de la torre, mirando a una vasta extensión de llanuras. El sol del atardecer arrojaba la sombra del promontorio hacia el este, como un escudo protector, y bajo la luz mitigada más allá de la sombra, las llanuras parecían diversas y llenas de color. Prados azulados, campos marrones arados y verdes cultivos se entremezclaban en la distancia, y entre ellos se deslizaban hacia el este y el sur los hilos de arroyos plateados por el sol. Pueblos apiñados punteaban los campos. Hacia el norte se veían grandes extensiones de brezos purpúreos y helechos grises. A su derecha, Covenant pudo ver a lo lejos el río Blanco que serpenteaba en dirección a Fidelia.

Aquella visión le recordó cómo había llegado a aquel lugar, le hizo pensar en Vasallodelmar, Atiaran, los Espectros, Baradakas y un waynhim asesinado. Un vértigo de recuerdos giró en su mente, Atiaran le había culpado de la muerte de los Espectros. Y, sin embargo, ella había abjurado de su justo deseo de venganza, de su justificada rabia. Le había hecho tanto daño...

Regresó a la estancia y se sentó a la mesa. Las manos le temblaban tanto que no podía beber del frasco. Lo dejó, cerró ambos puños y apretó los nudillos contra el duro anillo oculto sobre su corazón.

No quería pensar en ello. Frunció el ceño, diciéndose que no pensaría más en ello, que él no era Berek. Y lo repitió hasta que el sonido de alas peligrosas empezó a ceder y la náusea de su estómago remitió. Entonces extendió los dedos rígidos, e, ignorando su imposible sensibilidad, empezó a comer.

Encontró sobre la mesa una variedad de carnes frías, quesos y frutas, y una gran cantidad de pan moreno. Comió pausadamente, mecánicamente, como una marioneta que actuara a las órdenes de su voluntad, hasta que no tuvo más apetito. Entonces se desnudó y se bañó, frotándose cuidadosamente y examinándose para asegurarse de que no tenía lesiones ocultas. Eligió entre las ropas que estaban sobre la silla, y finalmente se puso una túnica azul pálido que podía cerrar con seguridad para ocultar su anillo. Utilizando el cuchillo de Atiaran, se afeitó cuidadosamente. Luego, con el mismo rígido cuidado, lavó sus ropas en la bañera y las colgó de los respaldos de las

sillas para que se secaran, diciéndose continuamente, como una letanía, lo que no haría, lo que no era.

Mientras trabajaba, la luz de la tarde avanzó hacia el oeste de Piedra Deleitosa, y cuando terminó colocó una silla en la entrada del balcón, de modo que pudiera sentarse y contemplar el crepúsculo sin enfrentarse a la altura de la torre. Pero la oscuridad parecía extenderse hacia afuera desde la habitación, detrás de él, como si la estancia fuera la fuente de la noche. Poco después, el espacio abierto a su espalda parecía atestado de devoradores de carroña.

En lo profundo de su corazón, Covenant sintió que estaba perdiendo su equilibrio mental para escapar de aquel sueño.

Le sobresaltó el sonido de unos golpes en la puerta, y avanzó entre la oscuridad para abrirla. En su momentánea confusión buscó una manija inexistente. Entonces la puerta se abrió, dando paso a un resplandor que lo deslumbró.

Al principio no pudo ver más que tres figuras, una de ellas apoyada en la pared del corredor exterior y las otras dos en el umbral. Uno de los recién llegados sostenía una vara de madera llameante en cada mano, y otro rodeaba con los brazos sendos recipientes de gravanel. El resplandor hacía que parecieran abalanzarse hacia Covenant desde una penumbra, y él retrocedió, parpadeando rápidamente.

Como si esta retirada fuera una bienvenida, los dos hombres entraron en la habitación. Desde detrás de ellos una voz curiosamente áspera y amable a la vez, se dirigió a él.

—¿Podemos pasar? Soy el Amo Mhoram...

—Naturalmente —interrumpió el más alto de los hombres, con la voz quebrada de un anciano—. Necesita luz, ¿verdad? La oscuridad marchita el corazón. ¿Cómo puede recibir luz si no entramos? Pero si él supiese algo, podría valerse por sí mismo. Naturalmente. Y no va a vernos demasiado. Estamos demasiado ocupados. Todavía tenemos que asistir a las Vísperas. Puede que el Amo Supremo tenga instrucciones especiales. Vamos a llegar tarde, por lo que veo. Porque él no sabe nada. Naturalmente. Pero somos rápidos. La oscuridad marchita el corazón. Presta atención, joven. No podemos permitirnos volver simplemente para sacarte de tu ignorancia.

Mientras el hombre hablaba, haciendo que las palabras se levantaran como sirvientes perezosos del suelo de su pecho, Covenant pudo ver con más claridad. El hombre más alto, que estaba ante él, era un personaje erguido pero anciano, de rostro enjuto y una barba que le colgaba como una bandera raída casi hasta la cintura. Llevaba un manto de fustariano bordeado de azul, y una corona de hojas alrededor de la cabeza.

El compañero que tenía a su lado parecía un muchacho. Vestía una túnica marrón de pedrariano, con una especie de hombreras azules, y su rostro era lampiño y alegre.

Sonreía al anciano con afecto, divertido.

Mientras Covenant miraba a aquel par, el hombre que estaba detrás de ellos dijo con tono admonitorio:

—Es un huésped, Birinair.

El viejo se interrumpió, como si estuviera recordando sus modales, y Covenant miró al Amo Mhoram. Era un hombre delgado, más o menos de la altura de Covenant. Llevaba una larga túnica del color de la enseña del Amo Superior, con una faja negra, y sostenía un largo bastón en la mano derecha.

Entonces el anciano se aclaró la garganta.

—Ah, muy bien —dijo en tono de protesta—. Pero esto requiere tiempo y vamos a llegar tarde. Hay que preparar las Vísperas, disponerlo todo para el Consejo. Naturalmente. Eres un invitado. Sé bienvenido. Soy Birinair, estigmatizado del *lillianrill* y Guardahogar de las Defensas de los Amos. Este mozalbete sonriente es Tohrm, gravanólico del *rhadhamaerl* e igualmente Guardahogar. Ahora presta atención. Atiende. —Con ademanes llenos de dignidad, se acercó al lecho. Encima de éste, en la pared, había un pequeño hoyo para sujetar la antorcha. Birinair prosiguió diciendo—: Éstas se han hecho para hombres ignorantes como tú —y colocó el extremo ardiente de una vara en el hoyo. La llama se extinguió, pero cuando sacó la vara, el fuego volvió casi de inmediato. Colocó el extremo sin encender en el hoyo y luego cruzó la estancia para fijar el otro extremo en la pared opuesta.

Mientras el estigmatizado hacía estas cosas, Tohrm dejó uno de los recipientes de gravanel sobre la mesa, y el otro en el estante del lavabo.

—Cúbrelos cuando quieras dormir —le dijo en un tono alegre.

Cuando terminó, Birinair dijo:

—La oscuridad marchita el corazón. Cuídate de ella, huésped.

—Pero la cortesía es como beber en un arroyo de montaña —murmuró Tohrm, sonriendo como si hubiera hecho un chiste secreto.

—Así es. —Birinair se volvió y salió de la estancia.

Tohrm se detuvo para hacer un guiño a Covenant y susurrar:

—No es un supervisor tan duro como pudieras pensar.

Dicho esto, también él se marchó, dejando a Covenant solo con el Amo Mhoram.

Mhoram cerró la puerta tras él, y Covenant tuvo ante sí por primera vez a uno de los Amos. Mhoram tenía la boca oblicua, con una expresión de benevolencia, y la sonrisa de afecto que había dirigido a los Guardahogar permanecía en sus labios. Pero el efecto de la sonrisa quedaba contrarrestado por su mirada. Sus ojos eran peligrosos, con iris gris azulados punteados de oro, y parecían perforar los subterfugios hasta llegar a la médula secreta de la premeditación en lo que contemplaban, ojos que ellos mismos parecían ocultar algo potente y desconocido, como si Mhoram fuese capaz de sorprender al destino si se viera entre la espada y la pared. Y entre sus ojos peligrosos

y su boca amable, su nariz prominente mediaba como un timón que marcara el rumbo de sus pensamientos.

Entonces Covenant se fijó en el bastón de Mhoram. Estaba enfundado con metal, como el Bastón de la Ley, del que había tenido un atisbo en los dedos espatulados del Babeante, pero carecía de los elementos tallados que caracterizaban al Bastón. Mhoram lo sostenía en la mano izquierda, mientras hacía a Covenant el saludo de bienvenida con la derecha. Entonces cruzó los brazos sobre el pecho, sosteniendo el bastón en el pliegue del codo.

En sus labios se dibujó una combinación de diversión, timidez y vigilancia mientras hablaba.

—Empecemos de nuevo. Soy el Amo Mhoram hijo de Variol. Sé bienvenido en Piedra Deleitosa, Thomas Covenant, Incrédulo y portador de un mensaje. Birinair es Guardahogar y jefe *lillianrill* de las Defensas de los Amos..., pero no obstante hay tiempo antes de las Vísperas. Así pues, he venido por varias razones. En primer lugar, para darte la bienvenida, luego para responder a las preguntas de un extraño en el Reino y, finalmente, para preguntarte por el propósito que te trae al Consejo. Perdóname si parezco formal. Eres un extraño y no sé cómo honrarte.

Covenant quiso responder, pero todavía se sentía confuso por la oscuridad. Necesitaba tiempo para aclarar su cabeza. Parpadeó un momento y luego, para romper el silencio, dijo:

—Ese Guardián de Sangre tuyo no se fía de mí.

Mhoram sonrió irónicamente.

—Bannor me dijo que creías haber sido encarcelado. Ésa es también una de las razones por las que decidí hablar contigo esta noche. No tenemos por costumbre examinar a los huéspedes antes de que hayan descansado. Pero debo decir una o dos palabras respecto a la Guardia de Sangre. ¿Nos sentamos?

Tomó una silla por sí mismo y se sentó con el bastón colocado sobre las rodillas, con tanta naturalidad como si formara parte de él.

Covenant se sentó junto a la mesa sin apartar la mirada de Mhoram. Cuando estuvo acomodado, el Amo continuó:

—Thomas Covenant, te lo digo abiertamente: supongo que eres amigo, o al menos no enemigo, hasta que seas puesto a prueba. Eres un huésped y debemos ser corteses contigo. Y hemos hecho el Juramento de Paz. Pero eres tan extraño para nosotros, como nosotros lo somos para ti. El voto que ha hecho el Guardián de Sangre no se parece en nada a nuestro Juramento. Han jurado servir a los Amos y a Piedra Deleitosa, preservarnos contra cualquier amenaza por la fuerza de su fidelidad. —Suspiró con los ojos perdidos en el vacío—. Ah, es humillante ser servido así, desafiando al tiempo y la muerte, pero dejemos eso. Debo decirte dos cosas. Sometidos a los dictados de su voto, los Guardianes de Sangre te matarían al instante

si alzaras la mano contra cualquier Amo... sí, contra cualquier habitante de Piedra Deleitosa. Pero el Consejo de los Amos te ha encomendado a su cuidado. Antes que incumplir esa orden, antes que permitir que caiga sobre ti daño alguno, Bannor o cualquier Guardián de Sangre entregaría su vida en tu defensa.

Como la duda se reflejó en el rostro de Covenant, el Amo le dijo:

—Te lo aseguro. Quizá te sería conveniente interrogar a Bannor sobre la Guardia de Sangre. Su desconfianza no debe molestarte... cuando llegues a comprenderla. Su pueblo es el *Haruchai*, que vive en las Montañas Occidentales, más allá de los pasos que llamamos Quebrada de los Guardianes. En los primeros años de Kevin hijo de Loric llegaron al Reino... llegaron y se quedaron para hacer un voto como ese juramento que obliga incluso a los dioses. —Por un momento pareció perdido en la contemplación de la Guardia de Sangre—. Eran gentes de sangre caliente, muy prolíficos, criados para la tempestad y la batalla..., y ahora la lealtad que ofrecieron los ha convertido en ascéticos, sin mujeres y viejos. Mira, Thomas Covenant, su dedicación ha tenido recompensas inesperadas... Eso no les ocurre fácilmente, y su único premio es el orgullo de cumplir estrictamente con su deber. Y luego aprender la amargura de la duda... —Mhoram suspiró de nuevo y luego sonrió tímidamente—. Pregúntale a Bannor. Yo soy demasiado joven para contarte la historia debidamente.

¿Demasiado joven?, se preguntó Covenant. ¿Qué edad tenían? Pero no formuló la pregunta. Temía que la historia que pudiera contarle Mhoram fuera tan seductora como el cuento de Vasallodelmar sobre los Sin Hogar. Al cabo de un momento recuperó el hilo de su atención y espetó a Mhoram:

—Tengo que hablar al Consejo.

Mhoram le miró directamente a los ojos.

—Los Amos se reunirán mañana para oíros a ti y a Corazón Salado Vasallodelmar. ¿Deseas hablar ahora? —La concentración parecía inflamar las motas doradas de los ojos del Amo. Inesperadamente, le preguntó—: ¿Eres un enemigo, Incrédulo?

Covenant se sobresaltó. Podía sentir el escrutinio de Mhoram como si su calor le quemara en la mente. Pero estaba decidido a resistir.

—Tú eres el vidente y el oráculo —replicó rígidamente—. Dímelo tú.

—¿Dijo Quaan eso de mí? —La sonrisa de Mhoram era cautivadora—. Bueno, demostré una astucia profética cuando dejé que una simple luna roja me perturbara. Tal vez mis poderes de oráculo te sorprendan. —Entonces, dejando de lado su exhibición de modestia, repitió resueltamente—. ¿Eres un enemigo?

Covenant devolvió la mirada del Amo, esperando que la suya fuera dura e inflexible. No lo soy, pensó, no lo soy.

—No he elegido ser nada. Tengo... un mensaje para ti. De una forma u otra, he sido presionado para traerlo hasta aquí. Y por el camino han ocurrido algunas cosas

que podrían interesarte.

—Dímelas —dijo Mhoram en un tono levemente imperioso.

Pero su mirada le recordó a Covenant la de Baradakas, le recordó a Atiaran... y las veces en que habían dicho «*Estás cerrado*»... Podía ver la salud de Mhoram, su valor peligroso, su amor vital por el Reino.

—La gente me pide eso una y otra vez. ¿No puedes saberla?

Y un instante después, él mismo se respondió: Claro que no. ¿Qué saben de la lepra? Entonces comprendió el motivo tras la pregunta de Mhoram. El Amo quería oírle hablar, quería que su voz revelara su verdad o falsedad. Los oídos de Mhoram podrían discernir la sinceridad o insinceridad de la respuesta.

Covenant recordó el mensaje del Execrable y apartó la vista, poniéndose a la defensiva.

—No, se lo diré al Consejo. Con una vez basta para tales cosas. Mi lengua se convertirá en arena si he de decirlo dos veces.

Mhoram meneó la cabeza, como si aceptara aquella explicación. Pero casi inmediatamente preguntó:

—¿Tiene que ver tu mensaje con el tinte rojizo de la luna?

Instintivamente, Covenant miró a través del balcón.

Allí, navegando tortuosamente sobre el horizonte como un barco apestado, estaba la luna sangrienta. Su brillo cubría las llanuras como un fantasma encarnado. Covenant no pudo evitar un estremecimiento de su voz al replicar.

—Sólo está haciendo alarde... Eso es todo. Se limita a mostrarnos lo que puede hacer.

Un grito silencioso estalló en su interior. ¡Maldita sea! ¡Execrable! ¡Los Espectros estaban desamparados! ¿Qué más necesitas ahora, violar niños?

—Ah —gimió el Amo Mhoram—. Esto llega en una mala época. —Se levantó de su silla y cerró la entrada del balcón con una mampara de madera—. El Ala de Guerra tiene menos de doscientos miembros. La Guardia de Sangre tiene sólo quinientos... una miseria para cualquier tarea excepto la defensa de Piedra Deleitosa. Y sólo hay cinco Amos, de los cuales dos son viejos, están en el límite de sus fuerzas, y ninguno ha dominado más que la parte más pequeña de la Primera Ala de Kevin. Somos más débiles que cualesquiera otros Amigos de la Tierra en todas las edades del Reino. Juntos apenas podemos hacer que crezcan matorrales en Kurash Plenethor.

»Ha habido más —explicó, regresando a su asiento—, pero en la última generación casi todos los mejores de la Raat han elegido los Ritos de Redención. Yo soy el primero que ha pasado las pruebas en quince años. Ay, siento en el corazón que ahora querremos otro poder.

Apretó su bastón hasta que los nudillos de sus manos palidecieron, y por un momento su mirada no ocultó la necesidad que sentía.

Covenant habló ásperamente.

—Entonces di a tus amigos que se preparen. No os va a gustar lo que tengo que decir.

Pero Mhoram se relajó lentamente, como si no hubiera escuchado la advertencia de Covenant. Moviendo un dedo tras otro, aflojó su presa hasta que el bastón yació intocado en su regazo. Entonces sonrió levemente.

—Thomas Covenant, no carezco por completo de razón cuando supongo que no eres un enemigo. Tienes un bastón *lillianrill* y un cuchillo *rhadhamaerl*... Sí, y el bastón ha participado en una lucha contra un enemigo fuerte. Además, ya he hablado con Corazón Salado Vasallodelmar. Otros han confiado en ti. No creo que hubieras podido abrirte paso hasta aquí sin esa confianza.

—¡Por todos los diablos! —replicó Covenant—. Lo entiendes al revés. —Arrojaba las palabras como piedras contra la falsa imagen de sí mismo—. Me obligaron a venir. No fue idea mía. No he tenido elección desde que esto comenzó.

Se llevó los dedos al pecho para recordarse la única elección que había tenido.

—A desgana —dijo amablemente Mhoram—. Así pues, hay una buena razón para llamarte Incrédulo. Bien, dejémoslo estar. Oiremos tu relato mañana en el Consejo.

»Bueno, me temo que te he dado poca oportunidad para preguntarme. Pero el tiempo de las Vísperas ha llegado. ¿Querrás acompañarme? Si lo deseas, hablaremos durante el camino.

Covenant hizo un gesto de asentimiento. A pesar de su debilidad, estaba deseoso de permanecer activo, de mantener ocupados sus pensamientos. La incomodidad de que lo interrogaran era sólo un poco menor que el apuro de las preguntas que deseaba hacer acerca del oro blanco. Para huir de sus complejas vulnerabilidades, se levantó y pidió al Amo que fuera delante de él.

El Amo hizo una reverencia y en seguida precedió a Covenant al pasillo, donde encontraron a Bannor. Estaba apoyado en la pared, cerca de la puerta, con los brazos cruzados estólidamente sobre el pecho, pero se acercó a Mhoram y Covenant en cuanto éstos salieron al pasillo. Obedeciendo a un impulso, Covenant lo interceptó. Sostuvo la mirada de Bannor, le tocó el pecho con un dedo rígido y le dijo:

—Tampoco yo confío en ti.

Luego se volvió, sintiendo una mezcla de encono y satisfacción, hacia el Amo.

Mhoram se detuvo mientras Bannor iba a la habitación de Covenant para recoger una antorcha. Luego el Guardián de Sangre se colocó a un paso detrás del hombro izquierdo de Covenant, y el Amo Mhoram les condujo por el pasillo. Pronto Covenant se desorientó de nuevo, y las complejidades de la torre lo confundieron como si estuviera en un intrincado laberinto. Pero poco después llegaron a una sala que parecía no tener salida. Mhoram tocó la pared de piedra con un extremo de su bastón, y se abrió hacia adentro, revelando el patio entre la torre y la Defensa

principal. Desde allí, una pasarela se extendía hasta un ángulo saliente apuntalado.

Covenant miró el vacío que se abría bajo la pasarela y retrocedió.

—No —musitó—. Olvídalo. Me quedaré aquí, si no te importa. —La sangre se agolpó en sus mejillas, como si se avergonzara, y un riachuelo de sudor frío le recorrió la espalda—. No soporto las alturas.

El amo le miró un momento con curiosidad, pero no insistió.

—Muy bien —se limitó a decir—. Iremos por otro sitio.

Sudoroso y algo aliviado, Covenant siguió a Mhoram, que desanduvo parte del camino que había recorrido, y luego inició un complicado descenso hasta una de las puertas en la base de la torre. Por allí cruzaron el patio.

Por primera vez Covenant se encontró en el cuerpo principal de Piedra Deleitosa.

A su alrededor, la Defensa estaba brillantemente iluminada por antorchas y gravanel. Sus muros eran lo bastante altos y anchos para que cupieran holgadamente los gigantes, y su espaciosidad contrastaba fuertemente con la angostura de la torre. Ante la magnificencia de tanto granito que configuraba las salas iluminadas abiertas en medio de la montaña, Covenant sintió con intensidad su propia pequeñez, su fragilidad y su carácter mortal. Una vez más, sintió que los constructores de Piedra Deleitosa le habían sobrepasado.

Pero Mhoram y Bannor no le dieron una impresión de pequeñez. El Amo avanzó como si aquellas salas fuesen su elemento natural, como si su cuerpo humilde floreciese al servicio de aquel antiguo esplendor. Y la solidez personal de Bannor pareció aumentar, como si tuviera dentro de él algo que casi igualara la permanencia de Piedra Deleitosa. Entre ellos, Covenant se sentía desencarnado, vacío de alguna realidad esencial.

Rezongando, con los hombros encorvados, hizo un esfuerzo para ahogar aquellos pensamientos y concentrarse en los detalles superficiales a su alrededor.

Doblaron por un corredor que se dirigía derecho, pero con ondulaciones graduales, como si hubiera sido cavado adaptándolo a la textura de la roca, al corazón de la montaña. Desde allí se extendían corredores de trecho en trecho, algunos de los cuales cortaban directamente a través de los peñascos, y otros sólo unían el pasillo central con los pasillos externos. A través de estos corredores, un número creciente de hombres y mujeres accedían al pasillo central. Covenant supuso que todos se encaminaban a las Vísperas. Algunos llevaban petos y cintas de guerreros, otros vestían la indumentaria fustariana y pedrariana que le resultaba familiar a Covenant. Le pareció que varios de ellos se relacionaban de alguna manera con el *lillianrill* o el *rhadhamaerl*, pero muchos más parecían pertenecer a las ocupaciones más prosaicas por medio de las que funciona una ciudad: cocina, limpieza, construcción, reparación y labranza. Desparramados entre la multitud había algunos Guardianes de Sangre. Muchos de ellos asintieron y sonrieron llenos de respeto al Amo Mhoram, y éste

devolvió el saludo en todas direcciones, a menudo dirigiéndose a quienes lo saludaban por su nombre. Pero detrás de él, Bannor llevaba la antorcha y caminaba con un paso tan inflexible como si estuviera solo en la Defensa.

Mientras la multitud aumentaba, Mhoram se dirigió a la pared de uno de los lados y se detuvo ante una puerta.

—Debo ver al Amo Superior —le dijo a Bannor—. Lleva a Thomas Covenant a un lugar entre la gente, en el recinto sagrado. —Entonces se volvió hacia Covenant y añadió—: Mañana Bannor te llevará al Recinto en el momento adecuado.

Haciendo un saludo, dejó a Covenant en compañía del Guardián de Sangre.

Bannor dirigió entonces a Covenant a través de Piedra Deleitosa. A poca distancia el pasillo finalizaba y se dividía en ángulos rectos para arquearse luego a izquierda y derecha alrededor de un ancho muro. La gente llegaba desde todas direcciones a aquel corredor circular. Unas puertas lo bastante grandes para admitir el paso de los gigantes interrumpían la pared curva a trechos regulares. La gente entraba a paso vivo por ella, pero sin confusión ni empujones.

A los lados de cada puerta había un gravanólico y un estigmatizado. Cuando Covenant se acercó a una de las puertas, oyó a los guardianes que entonaban:

—Si hay mal en tu corazón, déjalo aquí. Dentro no hay espacio para él.

De vez en cuando, alguno de la multitud extendía un brazo y tocaba a un guardián, como si le entregara una carga.

Cuando llegó a la puerta, Bannor entregó su antorcha al estigmatizado. Éste la apagó tarareando un fragmento de canción y cerrando su mano sobre la llama. Entonces devolvió la vara a Bannor, y el Guardián de Sangre entró en el recinto con Covenant pisándole los talones.

Covenant se encontró en una galería que rodeaba el interior de una cavidad enorme. No había luces, pero llegaba la iluminación desde las puertas abiertas, y había otras seis galerías por encima de aquella en la que estaba Covenant, a todas las cuales se accedía por muchas puertas abiertas. Pudo ver claramente que las galerías formaban líneas verticales, y por debajo de ellas, a unos cincuenta metros de profundidad, estaba el fondo llano de la cavidad. A un lado de éste había un estrado, pero el resto estaba lleno de gente. Las galerías estaban también llenas, pero sin que la gente se apretara. Todos podían ver perfectamente el estrado de abajo.

Un súbito vértigo acometió a Covenant. Se agarró a la barandilla que le llegaba al pecho, sintiendo que el corazón le latía desafortadamente. El vértigo parecía presidirlo todo en Piedra Deleitosa. Dondequiera que fuese tenía que enfrentarse con alturas, precipicios, abismos. Pero la barandilla era tranquilizadamente de granito. Aferrado a ella, luchó contra su miedo, alzando la vista para no mirar el fondo del recinto.

Le sorprendió vagamente descubrir que la cavidad no se abría al cielo, sino que terminaba en una cúpula muy por encima de la galería más elevada. No podían

distinguirse con claridad los detalles del techo, pero creyó ver figuras talladas en la piedra, formas gigantescas que parecían danzar.

Entonces la luz comenzó a menguar. Una tras otra, fueron cerrándose las puertas, y a medida que lo hacían la oscuridad llenó la cavidad como una recreación de la noche. Pronto todo el recinto quedó completamente a oscuras, y se extendió en el vacío el sonido de los movimientos y la respiración de la gente, como un espíritu inquieto. La negrura pareció aislar a Covenant. Se sintió tan desamparado como si hubiera sido arrojado a la deriva en el profundo espacio, y la imponente mole pétreo de la Defensa pendía sobre él como si su inimaginable peso bruto descansara en sus hombros. Involuntariamente, se inclinó hacia Bannor y tocó al macizo Guardián de Sangre con el hombro.

En aquel momento una llama se encendió en el estrado..., dos llamas en realidad, una antorcha de *lillianrill* y un recipiente de gravanel. Las luces eran diminutas en la enorme cavidad, pero revelaron a Birinair y Tohrm situados uno a cada lado del estrado, sosteniendo sus fuegos respectivos. Detrás de cada Guardahogar había dos personajes con túnicas azules... El Amo Mhoram con una anciana a la que cogía del brazo, detrás de Birinair, y una mujer y un anciano detrás de Tohrm. Y entre estos dos grupos había otro hombre vestido con una túnica azul. Su postura erecta contradecía el aspecto provento que le daba el cabello y la barba canos. Intuitivamente, Covenant adivinó que era él..., El Amo Superior Prothall.

El hombre alzó su bastón y golpeó tres veces con su contera metálica sobre el estrado de piedra. Alzó la cabeza mientras hablaba, pero su voz indicaba que, en efecto, era viejo. A pesar de su fornida complexión y su ademán erguido, había en su voz un matiz reumático, un tono quebrado de vejez.

—Éstas son las Vísperas de las Defensas de los Amos —empezó a decir—, la antigua Piedra Deleitosa, linde forjado por los gigantes de todo cuanto creemos. Sed bienvenidos, corazones fuertes y débiles, luz y tinieblas, de una vez por todas. Estableced la Paz a vuestro alrededor y dentro de vosotros. Este tiempo se consagra a los servicios de la Tierra.

Sus compañeros respondieron:

—Que haya curación y esperanza, corazón y hogar para el Reino y para todos los pueblos al servicio de la Tierra..., para los que estáis ante nosotros, participantes directos del Poder de la Tierra y la Ciencia, *lillianrill* y *rhadhamaerl*, aprendices, Guardianes de la Ciencia y guerreros... Y para los que estáis encima de nosotros, pueblo y cuidadores cotidianos del hogar y la cosecha... Y para los que estáis entre nosotros, gigantes, Guardias de Sangre y extraños... Y para los ausentes ranyhyn, hombres Ra, pedrarianos y fustarianos, todos hermanos y hermanas de la fidelidad común. Somos los Amos del Reino. Recibid nuestra bienvenida y confianza.

Entonces los Amos empezaron a cantar en la oscuridad del recinto sagrado. Los

fuegos de los Guardahogares eran pequeños en el enorme, alto y atestado santuario, y a pesar de su pequeñez eran nítidos, el centro de todas las miradas. Eran como un símbolo del valor incorruptible. Y bajo aquella luz, los Amos cantaron su himno.

Siete Alas de la antigua Ciencia

Para la protección del Reino, pared y puerta:

Y un Amo Superior para blandir la Ley

Para mantener incorrupto el núcleo del poder de la Tierra.

Siete Palabras a despecho del mal...

Ponzoñas para la fatal criatura del mal:

Y un Amo puro para sostener el Bastón

Para cerrar el Reino a la visión traidora del Execrable.

Siete infiernos para la fe perdida,

Para los traidores del Reino, hombre y espectro:

Y un valiente Amo para habérselas con la perdición,

Para impedir que la negra plaga afecte al florecer de la belleza.

Mientras se desvanecía el eco de sus voces, el Amo Superior Prothall habló de nuevo.

—Somos los nuevos presentadores del Reino, devotos y sirvientes del poder de la Tierra. Hemos jurado la recuperación de la Ciencia de Kevin, y a ello nos dedicamos, así como a la curación de la Tierra de todo lo yermo, no natural, devastado, carente de fundamentos o perverso. Y en igualdad de equilibrio con todas las demás consagraciones y promesas, pese a cualquier apremio del yo inoportuno, hemos hecho el Juramento de Paz, pues la serenidad es la única promesa que podemos hacer de que no profanaremos el Reino de nuevo.

Las personas que estaban ante el estrado replicaron al unísono:

—No volveremos a profanar el Reino, aunque el esfuerzo para autodomarnos nos marchite en la vida de nuestras vidas. Ni descansaremos hasta que la sombra de nuestra antigua locura se alce del corazón del Reino, y la oscuridad sea aplastada por el crecimiento y la vida.

Prothall volvió a tomar la palabra.

—Pero nada se marchita al servicio del Reino. El servicio permite el servicio, de la misma manera que el servilismo perpetúa el envilecimiento. Podemos ir de un conocimiento a otro, y hasta a un conocimiento más profundo, si mantenemos el compromiso, y si la sabiduría no se doblega bajo la sombra. Somos los nuevos presentadores del Reino..., devotos y sirvientes del poder de la Tierra.

Pues no descansaremos...

no nos apartaremos de nuestro camino,

*ni perderemos la fe,
ni fallaremos...
hasta que el Gris fluya Azul,
y el Rill y el Maerl sean tan nuevos y limpios
como el antiguo Llurallin.*

Todos los reunidos respondieron a esto cantando las mismas palabras, verso a verso, después del Amo Superior, y la masiva voz comunitaria reverberó en el recinto sagrado, como si el tono carrasposo del anciano hubiera abierto la espita de una pasión confinada, subterránea. Mientras duró el potente sonido, Prothall inclinó humildemente la cabeza.

Pero cuando los presentes terminaron de recitar, echó atrás la cabeza y abrió los brazos como si ofreciera su pecho a una denuncia.

—¡Ah, amigos mío! —exclamó—. Sirvientes y devotos del Reino, ¿por qué no hemos podido comprender la Ciencia de Kevin? ¿Quién de nosotros ha avanzado de alguna manera en el conocimiento de nuestros predecesores? Tenemos la Primera Ala en nuestras manos, la leemos y comprendemos en gran parte sus palabras, y sin embargo no penetramos sus secretos. Algo falla en nosotros, alguna falsa inflexión, alguna acción errónea, alguna vil adulteración de nuestras intenciones lo impide. No dudo de que nuestro propósito es puro —es el propósito del Amo Superior Kevin, y antes de él, de Loric, Damelon y Corazón Fuerte—, pero es más prudente, pues jamás levantaremos nuestras manos contra el Reino llevados por una loca desesperación. ¿Qué nos sucede entonces? ¿En qué nos equivocamos que nos impide comprender lo que se nos da?

Su voz se quebró, y por un momento el santuario quedó silencioso. El vacío latió, como un gemido ahogado, como si en las palabras del Amo la gente se reconociera y reconociera también el fracaso que describía como propio.

Pero una nueva voz se alzó, la de Corazón Salado Vasallodelmar, el cual se dirigió audazmente al Amo.

—Mi señor, no hemos alcanzado el final. Cierto que la labor de nuestra vida ha consistido en comprender y consolidar los logros de nuestros antecesores. Pero nuestra labor abrirá las puertas del futuro. Nuestros hijos y sus hijos se beneficiarán porque no nos hemos descorazonado, pues la fe y el valor son los dones mayores que podemos hacer a nuestros descendientes. Y el Reino contiene misterios de los que no sabemos nada, misterios de esperanza tanto como de peligro. Mantened el ánimo, hermanos-piedra. Vuestra fe es preciosa por encima de todas las cosas.

¡Pero no tenéis tiempo!, pensó angustiado Covenant. ¡Fe! ¡Hijos! El Execrable va a destruirlos. La concepción que Covenant tenía de los Amos se alteró. No eran seres superiores, que forzaban el destino, sino mortales como él mismo, familiarizados con la impotencia. El Execrable los aplastaría...

Por un momento soltó la barandilla, como si tuviera la intención de gritar su mensaje de condenación a las gentes reunidas. Pero en seguida el vértigo minó su resistencia. La cabeza le dio vueltas y dio un traspiés que le hizo golpearse contra la barandilla, pero retrocedió para aferrarse al hombro de Bannor. Recordó las palabras del Execrable: «... el límite máximo de la duración de sus días sobre el Reino...». Tendría que leerles su sentencia de muerte.

—Sácame de aquí —dijo en voz ronca—. No puedo soportarlo.

Bannor lo sostuvo y lo guió. De improviso se abrió una puerta revelando la brillantez del corredor externo. Covenant se apresuró a salir y casi cayó al suelo en su precipitación. Sin decir una palabra, Bannor encendió de nuevo su antorcha en uno de los tizones colocados en la pared. Entonces tomó el brazo de Covenant para sostenerlo.

Covenant apartó violentamente la mano.

—No me toques —le dijo con rudeza—. ¿No puedes ver que estoy enfermo?

El semblante de Bannor siguió tan inexpresivo como siempre. Fríamente, se volvió y condujo a Covenant fuera del recinto sagrado.

Covenant lo siguió, doblado y agarrándose el estómago, como si sintiera náuseas. «... El límite máximo...». ¿Cómo podría ayudarlos? Ni siquiera podía ayudarse a sí mismo. Lleno de confusión y congoja, se dirigió arrastrando los pies a su habitación de la torre, y esperó ensimismado a que Bannor colocara su antorcha en la pared y se marchara, cerrando la puerta tras él. Entonces se apretó las sienes como si su mente se estuviera dividiendo.

Nada de aquello estaba sucediendo, gimió. ¿Cómo podían hacerle algo semejante?

Aturdido, se volvió para mirar el tapiz, como si pudiera contener alguna respuesta. Pero no hizo más que agravar su congoja y lo enfureció, como si fuera una súbita afrenta. ¡Por todos los diablos, Berek! ¿Crees que es fácil? ¿Crees que basta la desesperación humana ordinaria, que si te sientes muy mal algo cósmico o al menos milagroso va a presentarse y rescatarte? ¡Maldito seas! ¡Ese monstruo va a destruirlos! ¡Tú no eres más que otro leproso, paria impuro, y ni siquiera lo sabes!

Sus dedos se curvaron como garras de fiera, y se lanzó adelante, tirando del tapiz como si tratara de arrancar una negra mentira de la piedra del mundo. Su mano mutilada no consiguió desgarrar el tejido, pero lo desprendió de la pared. Abriendo el balcón, arrojó el tapiz por encima de la barandilla. Cayó como una hoja muerta de invierno en medio de la noche teñida de carmesí.

¡Él no era Berek! Jadeando a causa del esfuerzo, regresó a la habitación y cerró la mampara para no ver la luz sangrienta. Se quitó la túnica, se puso su propia ropa interior, extinguió las llamas de las antorchas y se acostó en el lecho. Pero el contacto suave de las sábanas en su piel no le sirvió de consuelo.

XIV

EL CONSEJO DE LOS AMOS



e despertó cansado. Una especie de neblina entumecía sus sentidos, y era como el presagio de una tormenta. Se preparó con movimientos mecánicos para presentarse al Consejo, se lavó, se inspeccionó, se vistió con sus propias ropas y se afeitó de nuevo. Cuando Bannor le trajo una bandeja de alimentos, comió como si estuvieran hechos de polvo y grava. Luego se colocó al cinto el cucuruto de Atraran, cogió el bastón de Baradakas con la mano izquierda y se sentó ante la puerta para esperar a que lo convocaran.

Finalmente, Bannor regresó para decirle que había llegado la hora. Covenant permaneció inmóvil unos instantes, mirando al Guardián de Sangre y preguntándose si tendría valor para seguir adelante con aquel sueño. Creyó que su rostro se contorsionaba, pero no podía estar seguro. «... El límite máximo...». Tenía que acabar de una vez con el asunto.

Tocó el metal de su anillo oculto para serenarse, y obligó a su cuerpo desganado a levantarse. Mirando la puerta como si fuera un umbral de acceso al peligro, la cruzó y salió al pasillo. Siguió a Bannor hasta el exterior de la torre, cruzó el patio y penetró en los pasadizos sinuosos y curiosamente trazados de Piedra Deleitosa.

Atravesaron corredores abiertos en las profundidades de la montaña, brillantemente iluminados, y finalmente llegaron a unas puertas de madera en forma de arco, que estaban cerradas y protegidas por centinelas de la Guardia de Sangre. Junto a las paredes se alineaban sillas de piedra, algunas a medida humana y otras lo bastante grandes para los gigantes. Bannor hizo un gesto a los centinelas. Uno de ellos abrió una puerta mientras el otro hacía señales a Bannor y Covenant para que entrasen. Bannor entró el primero y Covenant lo siguió. Aquella era la cámara del consejo de los Amos.

El recinto era enorme, hundido y circular; el techo era alto y aristado, e hileras de asientos ocupaban las tres cuartas partes del espacio. La puerta por la que entró Covenant estaba casi al nivel de los asientos más altos, al igual que las otras dos únicas puertas, ambas pequeñas, al otro lado de la cámara. Bajo la hilera inferior de asientos había tres niveles: en el primero, a varios metros por debajo de la galería, había una mesa curva de piedra, que formaba tres cuartas partes de un círculo, con su abertura orientada hacia las grandes puertas y muchas sillas alrededor de su borde exterior. Bajo ella, contenido en la C que formaba la mesa, se extendía el suelo del recinto, y, finalmente, en el centro del suelo, había un hoyo ancho y redondo lleno de

gravanel. El resplandor amarillo de las piedras de fuego era reforzado por cuatro enormes antorchas *lillianrill*, que ardían sin humo y sin consumirse, fijadas alrededor de la pared superior.

Cuando Bannor lo condujo por los escalones hasta el centro abierto de la mesa, Covenant observó a los ocupantes de la cámara. Corazón Salado Vasallodelmar estaba cerca de la mesa, ocupando una enorme silla de piedra. Miró a Covenant mientras bajaba las escaleras y dirigió una sonrisa de bienvenida a su antiguo pasajero. Después de él, las únicas personas que se sentaban a la mesa eran los Amos. Frente a Covenant, ocupando la cabecera de la mesa, estaba el Amo Superior Prothall. Su bastón yacía sobre la piedra ante él. Dos ancianos, hombre y mujer, permanecían a cierta distancia, a ambos lados de él. A igual distancia de la mujer, a la izquierda de ésta, estaba el Amo Mhoram, y al lado contrario de éste, a cierta distancia del anciano, se sentaba una mujer de edad mediana. Cuatro Guardianes de Sangre habían tomado posiciones detrás de cada uno de los Amos.

Sólo había otras cuatro personas en el recinto. Al otro lado del Amo Superior, cerca de la parte superior de la galería, se sentaban los Guardahogares, Birinair y Tohrm, uno al lado del otro, como si se complementaran mutuamente. Y detrás de ellos había otros dos hombres, uno de ellos un guerrero que ostentaba una doble diagonal negra en su peto, y el otro Tuvor, Primer Signo de la Guardia de Sangre. Ocupado por tan pocas personas, el recinto parecía grande, hueco y críptico.

Bannor condujo a Covenant a la silla solitaria bajo el nivel de la mesa de los Amos y al otro lado del hoyo de gravanel. Covenant se sentó rígidamente y miró a su alrededor. Se sintió incómodamente alejado de los Amos, y temió tener que comunicar su mensaje a gritos. Por eso cuando Prothall se levantó para dirigirle la palabra, se llevó una sorpresa al comprobar que la voz quebrada del anciano le llegaba con tanta claridad como si ambos estuvieran uno al lado del otro.

—Sé bienvenido al Consejo de los Amos, Thomas Covenant —le dijo afablemente.

Covenant no supo cómo responder. Inseguro, se llevó el puño derecho al corazón y luego extendió el brazo con la palma abierta y hacia adelante. A medida que sus sentidos se adaptaban al recinto, comenzó a percibir la presencia, la personalidad y el carácter judicial que emanaba de los Amos. Tuvo la impresión de que aquellos hombres habían hecho votos severos que mantenían con alegría, y que tenían una dedicación de amplio alcance pero, con todo, dirigida por un solo propósito. Sólo Prothall permaneció en pie, sosteniendo la mirada de Covenant. La apariencia de ancianidad del Amo Superior estaba modificada por la rigidez de su barba y la gallardía de su porte, y no cabía duda alguna de que todavía conservaba su fuerza. Pero sus ojos estaban empañados con la experiencia de un ascetismo, una abnegación llevados tan lejos que parecían anular su carne, como si hubiera sido viejo durante

tanto tiempo que ahora el único poder al que se dedicaba lo preservaba de la decrepitud.

Los dos Amos que le flanqueaban no estaban tan preservados. Su piel presentaba los signos de la senectud y tenían el cabello ralo. Se inclinaban sobre la mesa como si lucharan contra la antigüedad de sus huesos para distinguir entre la meditación y el sueño. Covenant ya conocía al Amo Mhoram, aunque ahora éste parecía más incisivo y peligroso, como si la compañía de sus camaradas Amos estimulara sus capacidades. Pero Covenant no conocía al quinto Amo, la mujer de rostro rudo y franco que lo miraba desafiante.

—Permíteme que haga las presentaciones antes de comenzar —susurró el Amo Superior—. Yo soy Prothall hijo de Dwillian, Amo Supremo por elección del Consejo. A mi derecha están Variol de Tamarantha e hijo de Pentil, que fue antaño Amo Superior —mientras decía esto los dos Amos ancianos levantaron sus rostros surcados por las marcas de la edad y sonrieron— y Osondrea hija de Sondrea. A mi izquierda, Tamarantha de Variol e hija de Enesta, y Mhoram hijo de Variol. Ya conoces al gigante de Límite del Mar, Corazón Salado Vasallodelmar, y a los Guardahogares de las Defensas. Detrás de mí están Tuvor, Primer Signo de la Guardia de Sangre, y Garth, Primer Guerrero del Ala de Guerra. Todos tienen derecho de asistencia en el Consejo de los Amos. ¿Tienes algo que oponer?

¿Oponer? Covenant meneó la cabeza en silencio.

—Entonces comenzaremos. Es nuestra costumbre honrar a quienes vienen ante nosotros. ¿Cómo podemos honrarte?

Covenant volvió a menear la cabeza. No quería ningún honor. Ya había cometido ese error otra vez.

Tras una pausa inquisitiva, el Amo Supremo prosiguió:

—Muy bien. —Volviéndose hacia el gigante, alzó la voz—: Salve y bienvenida, gigante de Límite del Mar, Corazón Salado Vasallodelmar, hermano-piedra y heredero de la lealtad del Reino. Los Sin Hogar son una bendición para el Reino.

»La Piedra y el Mar están en lo profundo de la vida. Te damos la bienvenida ya estés ileso o herido, ya seas causa de aflicción o de regocijo, ya vengas a pedir o a dar. A quien requiera nombre no lo desoiremos mientras tengamos vida o poder para satisfacer la necesidad. Soy el Amo Superior Prothall. Hablo en presencia de la Piedra Deleitosa.

Vasallodelmar se levantó para devolver el saludo.

—Salve, Amo y Amigo de la Tierra. Soy Corazón Salado Vasallodelmar, legado de los gigantes de Límite del Mar para el Consejo de los Amos. La verdad de mi pueblo está en mi boca, y escucho la aprobación de la antigua y sagrada piedra ancestral...

ruda roca de la Tierra.

*amistad pura...
una señal de lealtad y homenaje en la
eterna piedra del tiempo.*

Ha llegado el tiempo de la prueba y el poder de la fidelidad. A través de los Bosques Gigantes, el Llano de Saran y Andelain, llevo el nombre de las antiguas promesas. —Entonces, en un tono menos formal, miró alegremente a Covenant y añadió—: Y llevo también otras cosas. Mi amigo Thomas Covenant ha prometido que compondrá una canción sobre mi viaje. —Soltó una breve risa—. Soy un gigante de Límite del Mar. No compongáis canciones breves para mí.

Su humor hizo reír al Amo Mhoram y arrancó una tenue sonrisa a Prothall, pero el rostro adusto de Osondrea parecía incapaz de reír, y ni Variol ni Tamarantha parecían haber oído al gigante. Vasallodelmar se sentó, y casi en seguida Osondrea dijo como si estuviera impaciente:

—¿Cuál es tu embajada?

Vasallodelmar se irguió en su silla, y sus manos acariciaron resueltamente la piedra de la mesa.

—Mis Amos... ¡Piedra y Mar! Soy un gigante. Estas cosas no pueden comunicarse fácilmente, aunque para mí resulta más fácil que para cualquier otro de mi clase, y por esa razón me eligieron. Pero me esforzaré para hablar rápidamente.

»Comprendedme, por favor. Me comunicaron mi embajada en una clave de gigantes que duró diez días. No hubo pérdida de tiempo. Cuando es necesaria la comprensión, hay que contar los cuentos de cabo a rabo. Nosotros decimos que el apresuramiento es para los desesperanzados, y apenas ha transcurrido un día desde que aprendí la verdad que hay en los dichos. Por eso hay muchas cosas en mi embajada que no querríais escuchar en este momento. Debéis saber la historia de mi pueblo, el calamitoso viaje que nos trajo a estas orillas, todas las interacciones de nuestros pueblos desde aquel entonces..., si estáis dispuestos a escucharme. Pero me abstendré de ello. Somos los Sin Hogar, nuestro espíritu va a la deriva y nuestra semilla mengua. Deseamos ardientemente volver a nuestra tierra natal. Sin embargo, desde la época de Damelon Giganteamigo, no hemos perdido la esperanza, aunque el mismo Rompealmas maquina contra nosotros. Hemos explorado los mares y esperado que cesen los augurios.

Vasallodelmar se detuvo para mirar pensativamente a Covenant, y siguió diciendo:

—Ah, Amos míos, los augurios son curiosos. Se dice mucho..., y es muy poco lo que queda claro. No es el Hogar lo que Damelon nos predijo, sino más bien un final a nuestra privación. Con todo, eso bastó para nosotros... Bastó.

»Bien. Hemos hallado una esperanza para nosotros. Cuando la primavera llegó a Límite del Mar regresaron nuestros barcos exploradores y dijeron que en el mismo

límite de su búsqueda habían llegado a una isla que bordea los antiguos océanos por los que en otro tiempo vagamos. No estamos muy seguros de lo que eso puede suponer, pero nuestros próximos exploradores pueden ir directamente a esa isla y buscar más allá de ella signos más seguros. Así, cruzando el laberinto de los mares saldremos de nuestro asombro.

Prothall asintió, y mediante la acústica perfecta del recinto, Covenant pudo oír el débil crujido de la túnica del Amo Superior.

Vasallodelmar daba la impresión de acercarse a lo más esencial de su embajada.

—Sin embargo recibimos otra esperanza de Damelon Giganteamigo, Amo Superior e hijo de Corazón Fuerte. En el fondo de su augurio yacían estas palabras: nuestro exilio terminaría cuando nuestra semilla recobrase su potencia, y cuando cesara el declinar de nuestra descendencia. Así la esperanza nace de la esperanza, pues sin necesidad de ningún presagio cobraríamos ánimos y valor si se produjera un aumento de nuestros escasos y amados hijos. ¡Y mirad! La noche en que regresaron nuestros barcos, Pelotrenzado Tiradetodos, esposa de Miembrosdespato Colocaquillas, fue llevada a su lecho y parió... ¡Ah, Piedra y Mar, Amos míos! Mi lengua se paraliza si no digo esto con toda la gratitud que encierran las largas palabras del idioma gigante. ¿Cómo puede haber alegría para la gente que lo dice todo brevemente? Pelotrenzado, esposa orgullosa de bien proporcionados miembros dio a luz tres hijos.

Incapaz de seguir refrenándose, el gigante entonó un canto que evocaba el oleaje y el aroma salobre del mar. A Covenant le sorprendió entonces ver que la Ama Osondrea sonreía, y en sus ojos se reflejaba el brillo dorado del gravanel, testigos elocuentes de la alegría por las noticias del gigante. Pero Vasallodelmar se detuvo abruptamente. Hizo un gesto hacia Covenant y dijo:

—Perdonad... Tenéis otros asuntos en vuestras manos. Debo llegar al meollo de mi embajada. —Se volvió hacia Covenant—. Amigo mío, ¿no se alegrará por mí? Debo recordar que Damelon nos prometió un final, no un regreso al Hogar..., aunque no puedo imaginar ningún final sino la vuelta al Hogar. Puede que me encuentre en el crepúsculo de los gigantes.

—Calla, hermano-piedra —dijo la Ama Tamarantha, interrumpiéndole—. No atraigas el mal hacia tu pueblo diciendo tales cosas.

Vasallodelmar respondió con una risa cordial.

—Ah, gracias, Ama Tamarantha. De ese modo los prudentes y antiguos gigantes son amonestados por mujeres jóvenes. Mi pueblo entero reirá cuando se lo cuente.

Tamarantha y Variol intercambiaron sonrisas, y recuperaron su aspecto de meditación o adormecimiento. Cuando terminó de reír, el gigante dijo:

—Bien, Amos míos. Voy entonces derecho al asunto. ¡Piedra y Mar! Semejante apresuramiento me produce vértigo. He venido para pedir el cumplimiento de las

antiguas promesas. El Amo Superior Loric Acallaviles prometió que los Amos nos harían un don cuando nuestra esperanza estuviese dispuesta... Un don que mejoraría las posibilidades de emprender el viaje a nuestro Hogar.

—Birinair —dijo la Ama Osondrea.

En la alta galería detrás de Prothall, el viejo Birinair se irguió y replicó:

—Naturalmente. No estoy dormido. No soy tan viejo como parezco, ¿sabes? Te escucho.

—¡Salve, Birinair! —exclamó Vasallodelmar con una ancha sonrisa en los labios—. Guardahogar de las Defensas de los Amos y estigmatizado de la *lillianrill*. Los gigantes y los *lillianrill* somos viejos amigos.

—No es necesario gritar —replicó Birinair—. Te escucho. Somos viejos amigos desde la época del Amo Superior Damelon. Nunca ha sido de otro modo.

—Birinair —terció Osondrea—, ¿recuerda tu ciencia el don prometido por Loric a los gigantes?

—¿Don? ¿Por qué no? No hay nada perdido en mi memoria. ¿Dónde está ese mozalbete aprendiz mío? Naturalmente. *Lor-liarill*. Lo llaman veta oropelina. Eso es. Quillas y timones para barcos. Rumbo verdadero... nunca encalmado. Y fuerte como piedra —añadió dirigiéndose a Tohrm—. Lo contrario a tu sonriente *rhadhamaerl*. Lo recuerdo.

—¿Puedes lograr eso? —le preguntó en voz baja Osondrea.

—¿Realizar? —repitió Birinair, aparentemente perplejo.

—¿Puedes hacer quillas y timones de veta oropelina para los gigantes? ¿Se ha perdido esa ciencia? —Volviéndose hacia Vasallodelmar, la Ama Osondrea preguntó—: ¿Cuántas embarcaciones necesitarás?

Echando un vistazo a Birinair, que permanecía dignamente erguido, Vasallodelmar contuvo su humor, y replicó escuetamente:

—Siete. Quizás baste con cinco.

—¿Puede hacerse? —preguntó de nuevo Osondrea a Birinair, recalcando las palabras pero sin irritación.

La mirada inexpresiva de Covenant seguía a uno y otro hablante como si se expresaran en un idioma extranjero.

El Guardahogar sacó una pequeña tableta y un punzón de su túnica y empezó a calcular, mascullando. El sonido del punzón pudo oírse en todo el recinto hasta que alzó la cabeza y dijo rígidamente:

—La ciencia permanece, pero no fácilmente. Lo mejor que podemos hacer. Naturalmente. Y tiempo... Necesitaremos tiempo. El *bodach glas* necesitará tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo mejor que podemos hacer. Si nos dejan en paz. No es culpa mía. No perdí toda la ciencia más notable del *lillianrill*. Cuarenta años. —De improviso, susurró a

Vasallodelmar—. Lo siento.

—¿Cuarenta años? —Vasallodelmar soltó una plácida risa—. Ah, muy bien dicho, Birinair, amigo mío. ¿Cuarenta años? No me parece un tiempo muy largo. —Volviéndose hacia el Amo Superior Prothall, añadió—: Mi pueblo no puede daros las gracias. Ni siquiera en el idioma gigante hay palabras suficientemente largas. Tres milenios de nuestra lealtad no han bastado para pagar siete quillas y timones de veta oropelina.

—No —protestó Prothall—. Setenta veces siete dones de veta oropelina no son nada comparados con la gran amistad de los gigantes de Límite del Mar. Solamente la idea de que os hemos ayudado a regresar a vuestro Hogar puede llenar el vacío que dejará vuestra partida. Y nuestra ayuda tardará cuarenta años en realizarse. Pero empezaremos en seguida, y es posible que alguna nueva comprensión de la ciencia de Kevin acorte el tiempo.

—En seguida —dijo Birinair, y se sentó de nuevo.

¿Cuarenta años?, se dijo Covenant. No disponían de tanto tiempo.

—¿Listo? —preguntó entonces Osondrea. Miró primero a Vasallodelmar y luego al Amo Superior Prothall. Ambos hicieron un gesto de asentimiento y entonces ella se volvió hacia Covenant—. Pasemos entonces al asunto de este Thomas Covenant.

Su voz pareció estimular la atmósfera, como un tronido distante.

Sonriendo para suavizar la franqueza de Osondrea, Mhoram dijo:

—Un extraño llamado el Incrédulo.

—Y por una buena razón —añadió Vasallodelmar.

Las palabras del gigante despertaron la alarma en Covenant, el cual miró con dureza a Vasallodelmar. En los ojos cavernosos del gigante, fortificados por las espesas cejas, vio el sentido del comentario. Con tanta claridad como si lo estuviera pidiendo directamente, Vasallodelmar había dicho: «Reconoced el oro blanco y usadlo para ayudar al Reino». Imposible, se dijo Covenant. La impotencia y la ira le escocían en los ojos, pero su rostro estaba tan rígido como una losa de mármol.

—Se ha encontrado el tapiz de tu habitación —dijo abruptamente la Ama Osondrea—. ¿Por qué lo arrojaste?

—Me ofendía —respondió Covenant sin mirarla.

—¿Te ofendía? —La voz de la mujer tembló de incredulidad e indignación.

—Osondrea —le amonestó amablemente Prothall—. Es un extraño.

Ella mantuvo la expresión de desafío en su rostro, pero guardó silencio. Por un instante, nadie se movió ni habló. Covenant tuvo la inquietante impresión de que los Amos discutían entre sí cómo deberían tratarle. Entonces Mhoram se incorporó, rodeó el extremo de la mesa de madera y retrocedió al interior del círculo hasta quedar de nuevo frente a Osondrea. Se sentó en el borde de la mesa con el bastón en su regazo, y fijó la mirada en Covenant.

Covenant se sintió más expuesto que nunca bajo el escrutinio de Mhoram. Al mismo tiempo, notó que Bannor se había acercado más a él, como si previera un ataque a Mhoram.

—Thomas Covenant —dijo irónicamente el Amo Mhoram—, debes perdonar nuestra precaución. La luna profanada significa la presencia de un mal en el Reino que apenas sospechábamos. Sin previo aviso, la prueba más dura de nuestra época aparece en el cielo, y estamos totalmente amenazados. No obstante, no te prejuzgamos. Debes demostrar tu maldad... si es que la tienes. —Miró a Covenant en busca de alguna reacción, algún reconocimiento, pero Covenant se limitó a devolverle una mirada vacía. Encogiéndose ligeramente de hombros, el Amo siguió diciendo—: Bien, quizá lo mejor será que comiences con tu mensaje.

Covenant se sobresaltó y agachó la cabeza como un hombre acosado por buitres. No quería recitar aquel mensaje, no quería recordar la Atalaya de Kevin, ni la pedraria Mithil, ni nada de lo que le había ocurrido hasta entonces. Tenía visiones de vértigo que asaeteaban sus entrañas. Todo aquello era imposible. ¿Cómo podría conservar su dignidad ultrajada si pensaba en tales cosas?

Pero el mensaje del Execrable tenía un poder de coacción. Lo había transportado como una herida en su mente, demasiado tiempo para repudiarlo ahora. Antes de que pudiera defenderse de algún modo, cayó sobre él como una convulsión. Y en un tono de absoluto desprecio dijo:

—Éstas son las palabras del Amo Execrable el Despreciativo.

»Di al Consejo de los Amos, y al Amo Superior Prothall hijo de Dwillian, que el límite máximo de la duración de sus días sobre el Reino es siete veces siete años desde ahora. Antes de que llegue el fin de esos días, tendré en mi mano el poder de vida y muerte. Y como señal de que lo que digo es la única palabra verdadera, díles esto: Lombrizderoca Babeante, Ente de la cueva del Monte Trueno, ha encontrado el Bastón de la Ley, el cual fue perdido hace diez veces cien años por Kevin en el Ritual de la Profanación. Díles que la tarea señalada a su generación es recuperar el Bastón. Sin él, no podrán resistirme durante siete años, y mi victoria total será lograda seis veces siete años antes de lo previsto.

»En cuanto a ti, rastrero: no dejes de llevar este mensaje. Si no lo llevas ante el Consejo, entonces todo ser humano del Reino morirá antes de que hayan transcurrido diez estaciones. Tú no lo comprendes..., pero te digo que Lombrizderoca Babeante tiene el Bastón, y que ello es causa de terror. Será entronizado en las Defensas de los Amos dentro de dos años si no transmites el mensaje. Ya los Entes de la cueva desfilan a su llamada, y los lobos y los ur-viles de los Demondim responden al poder del Bastón. Pero la guerra no es el peor de los peligros. El Babeante ahonda aún más profundamente en las oscuras raíces del Monte Trueno... Gravin Threndor, Cumbre de los Leones de Fuego. Y hay ponzoñas escondidas en las profundidades de la Tierra

demasiado potentes y terribles para que pueda dominarlas ningún mortal, y harán del universo un infierno para siempre. Pero el Babeante busca una ponzoña semejante. Busca la Piedra de la Mala Tierra. Si se convierte en su dueño, habrá aflicción por igual para superiores e inferiores, hasta que el mismo Tiempo se derrumbe.

»En cuanto a ti, rastrero, no dejes de entregar mi mensaje. Has visto al Babeante. ¿Te atrae la idea de agonizar en sus manos? —Sus palabras, y el tono en que las pronunciaba, hicieron latir el corazón de Covenant con la fuerza del odio que sentía por ellas, pero no había terminado—. Una palabra más, una advertencia final. No olvides a quien has de temer al final. He tenido que contentarme con matar y atormentar. Pero ahora mis planes están trazados, y he comenzado. No descansaré hasta haber erradicado la esperanza de la Tierra. ¡Piensa en ello y acongójate!

Cuando terminó, pudo notar que el miedo y el aborrecimiento llameaban en el recinto como inflamados por su involuntaria perorata. ¡Por todos los diablos del infierno!, se dijo, tratando de apartar de sus ojos la oscuridad de la que había surgido el desprecio del Execrable. ¡Impuro!

Prothall tenía la cabeza inclinada, y aferraba su bastón como si tratara de obtener valor a través de él. A su espalda, Tuvor y el Primer Guerrero Garth, permanecían de pie en actitud de disposición marcial. Curiosamente, Variol y Tamarantha parecían dormitar en sus asientos, como si no supieran lo que se había dicho. Pero Osondrea miraba boquiabierto a Covenant, como si éste la hubiera acuchillado en el corazón. Frente a ella, Mhoram permanecía erguido, con la cabeza alta y los ojos cerrados, apoyando el bastón en el suelo. Y en el punto en que el metal tocaba la piedra, ardía una llama azul. Vasallodelmar se encorvó en su asiento. Sus grandes manos se aferraban a una silla de piedra. Los hombros le temblaban, y, de repente, la silla se rompió.

Al oír el ruido, Osondrea se cubrió el rostro con las manos y lanzó un grito desgarrador:

—¡*Melenkurion abatha!*

Un instante después, dejó caer los brazos y dirigió de nuevo a Covenant su mirada pétrea, asombrada.

—¡*Impuro!* —gritó Covenant, como si estuviera de acuerdo con ella.

—Ríete, Covenant —susurró Vasallodelmar con voz ronca—. Nos has contado el fin de todas las cosas. Ahora ayúdanos. Ríe.

—Ríete tú —replicó lentamente Covenant—. «La alegría está en los oídos de quien escucha». No puedo hacerlo.

Entonces le asombró ver que Vasallodelmar se echaba a reír. Alzó la cabeza y emitió un ruido sofocado que pareció un sollozo, pero al cabo de un momento el sonido se clarificó y lentamente adoptó un tono de humor indomable. Aquel tremendo esfuerzo dejó pasmado a Covenant.

Mientras Vasallodelmar reía, la conmoción que había sufrido el Consejo fue suavizándose. Gradualmente, Prothall alzó la cabeza.

—Los Sin Hogar son una bendición para el Reino —murmuró.

La presión de Mhoram en su bastón disminuyó y el fuego entre la contera y el suelo se extinguió. Osondrea meneó la cabeza, suspiró, y se pasó las manos por el cabello. Una vez más, Covenant sintió una especie de fusión mental entre los Amos. Sin palabras, parecían unir espiritualmente sus manos, compartir sus fuerzas.

Sintiéndose solo y desgraciado, Covenant esperó a que lo interrogasen. Y mientras aguardaba se esforzó por recobrar todas las negativas de las que dependía su supervivencia.

Finalmente, los Amos volvieron su atención hacia él. El cansancio parecía anidar en el rostro de Prothall, pero su mirada seguía siendo firme y resuelta.

—Ahora, Incredulo —dijo lentamente—, debes decirnos todo lo que te ha sucedido. Debemos saber cómo están encarnadas las amenazas del Amo Execrable.

Covenant se revolvió en su asiento. Apenas podía resistir el deseo de aferrar su anillo. Oscuros recuerdos aleteaban en sus oídos, tratando de quebrar sus defensas. Al poco tiempo, todos los presentes en el recinto le dirigían sus miradas. Arrojando sus palabras como si fueran ladrillos descartados por defectuosos, empezó a hablar.

—Vengo de... otro lugar. Me llevaron a la Atalaya de Kevin... no sé cómo. Primero vi al Babeante... Luego el Execrable me dejó en la Atalaya. Parecían conocerse uno al otro.

—¿Y el Bastón de la Ley? —preguntó Prothall.

—El Babeante tenía un bastón... todo tallado, con conteras de metal como el tuyo. No sé qué era.

Prothall ignoró la duda, y Covenant se obligó a describir, sin hacer ninguna mención personal, ni referirse a Lena, Triock o Baradakas, los acontecimientos de su viaje. Cuando habló del waynhim asesinado, Osondrea suspiró de pena, pero los demás Amos no reaccionaron.

Entonces, tras mencionar la visita a la Fustaria Alta de un extraño maligno, posiblemente un Delirante, Mhoram preguntó resueltamente:

—¿Usó aquel extraño algún nombre?

—Dijo que su nombre era Jehannum.

—Ah. ¿Y cuál era su propósito?

—¿Cómo podría saberlo? —replicó Covenant con voz áspera, tratando de ocultar su falsedad con un tono beligerante—. No conozco a ningún Delirante.

Mhoram asintió evasivamente, y Covenant prosiguió su relato contando su marcha con Atiaran a través de Andelain. Evitó toda referencia a la maldad que lo había atacado a través de sus botas. Pero cuando llegó a la Celebración de Primavera, la voz se le quebró.

¡Los Espectros! El recuerdo de aquellos seres etéreos todavía era doloroso. La rabia y el horror de aquella noche no lo habían abandonado, estaban todavía vivos en su dolorido corazón. «¡Covenant, ayúdales!». ¿Cómo hubiera podido hacerlo? ¡Era una locura! Él no era... No, no era Berek.

Con un esfuerzo que le causó dolor en la garganta, como si sus palabras fueran demasiado duras para pasar por ella, dijo:

—La Celebración fue atacada por ur-viles. Nosotros escapamos. Algunos Espectros fueron salvados por... por uno de los Redimidos, según dijo Atiaran. Entonces la luna se volvió roja. Luego nos dirigimos al río y encontramos a Vasallodelmar. Atiaran decidió volver a casa. ¿Hasta cuándo tengo que aguantar esto?

Inesperadamente, la Ama Tamarantha alzó su cabeza moviéndola afirmativamente.

—¿Quién irá? —preguntó dirigiéndose al techo del recinto.

—Todavía no se ha determinado que alguien vaya —replicó Prothall en tono amable.

—Tonterías —dijo ella, soltando un bufido. Tirando de un fino mechón de cabello detrás de su oreja, persuadió a sus viejos huesos para que se incorporasen—. Este asunto es demasiado importante para que seamos precavidos. Debemos actuar. Naturalmente, confío en él. Tiene un bastón de estigmatizado, ¿no es así? ¿Qué estigmatizado daría un bastón sin tener una buena razón para ello? Y míralo, tiene un extremo ennegrecido. Ha luchado con él, en la Celebración, si no me equivoco. Ah, los pobres Espectros. Ésa ha sido una terrible maldad. —Mirando a Variol, frente a ella, añadió—: Ven. Debemos prepararnos.

Variol se incorporó. Tomando a Tamarantha por el brazo, salió del recinto por una de las puertas situadas detrás del Amo Superior.

Tras una pausa respetuosa en espera de que salieran los viejos Amos, Osondrea desvió la mirada de Covenant y preguntó:

—¿Cómo conseguiste ese bastón?

—Baradakas, el estigmatizado, me lo dio.

—¿Por qué?

La ira que Covenant sentía centelleó en su tono.

—Quiso disculparse por haber desconfiado de mí —dijo recalcando sus palabras.

—¿Cómo le enseñaste a confiar en ti?

Dominando sus deseos de mandarle al cuerno, Covenant explicó:

—Pasé su maldita prueba de verdad.

—Incrédulo —le preguntó cautelosamente el Amo Mhoram—. ¿Por qué el estigmatizado de la Fustaria Alta deseaba probarte?

De nuevo Covenant se sintió impulsado a mentir.

—Jehannum le había puesto nervioso. Probaba a todo el mundo.

—¿También probó a Atiaran?

—¿Qué crees tú?

Vasallodelmar interrumpió con firmeza.

—Creo que Atiaran de Trell, de la pedraria Mithil, no requiere ninguna prueba de verdad para demostrar su fidelidad.

Esta afirmación produjo una pausa, durante la cual los Amos se miraron entre sí como si hubieran llegado a un callejón sin salida. Entonces el Amo Superior Prothall dijo severamente:

—Thomas Covenant, eres un extraño y no hemos tenido tiempo para aprender tus peculiaridades, pero no renunciaremos a separar lo cierto de lo falso que hay en ti. Es evidente que nos has dicho falsedades. Por el bien del Reino, debes responder a nuestras preguntas. Por favor, dinos por qué el estigmatizado Baradakas te sometió a la prueba de verdad, pero no lo hizo con Atiaran, tu compañera.

—No.

—Entonces dinos por qué Atiaran de Trell no quiso acompañarte hasta aquí. No es corriente que una persona nacida en el Reino se detenga poco antes de llegar a Piedra Deleitosa.

—No.

—¿Por qué te niegas?

Covenant lanzó una mirada inflamada a sus interrogadores. Se sentaban por encima de él, como jueces con el poder de sentenciar en sus manos. Quería defenderse con gritos y maldiciones, pero la mirada atenta de los Amos se lo impidió. No podía ver desprecio en sus rostros. Le contemplaban con ira, miedo, inquietud y amor ofendido por el Reino, pero no con desprecio.

—¿No lo comprendéis? Estoy tratando de no deciros una mentira todavía mayor. Si seguís presionándome... todos sufriremos.

El Amo Superior sostuvo un momento su mirada furiosa y suplicante, y luego suspiró.

—Muy bien. Nos dificultas las cosas. Ahora tenemos que deliberar. Por favor, abandona el recinto. Te llamaremos dentro de poco.

Covenant se levantó, giró sobre sus talones y empezó a subir los escalones hacia las grandes puertas. Solamente el sonido de sus botas contra la piedra punteó el silencio hasta que casi alcanzó las puertas. Entonces oyó que Vasallodelmar decía tan claramente como si su propio corazón pronunciara las palabras:

—Atiaran de Trell te culpó por la matanza de los Espectros.

Covenant se quedó inmóvil, esperando atemorizado que el gigante continuara. Pero Vasallodelmar no dijo nada más. Temblando, Covenant cruzó las puertas y avanzó torpemente para sentarse en una de las sillas alineadas en la pared. Notaba su secreto tan frágil en su interior que apenas podía creer que todavía estuviera intacto.

Yo no soy... Cuando alzó la vista, vio a Bannor de pie ante él. El rostro del Guardián de Sangre estaba vacío de expresión, pero no parecía ajeno al desprecio. Su insulsa ambigüedad parecía capaz de cualquier respuesta, y ahora implicaba un juicio de la debilidad de Covenant, de su dolencia.

Impulsado por la cólera y la frustración, Covenant susurró para sus adentros: Muévete sin parar. Sobrevive.

—Bannor —gruñó—. Mhoram parece creer que deberíamos conocernos. Me pidió que te preguntara acerca de la Guardia de Sangre.

Bannor se encogió de hombros, como si fuera impenetrable a cualquier pregunta.

—Tu pueblo, los *Haruchai* —Bannor hizo un gesto de asentimiento—, viven en las montañas. Llegasteis al Reino cuando Kevin era Amo Superior. ¿Cuánto hace de eso?

—Siglos antes de la Profanación. —El extraño tono del Guardián de Sangre parecía sugerir que las unidades de tiempo como años y décadas carecían de significado—. Dos mil años.

Dos mil años. Covenant pensó en los gigantes y dijo:

—Ésa es la razón por la que sólo quedáis quinientos. Desde vuestra llegada al Reino habéis ido muriendo uno tras otro.

—El número de los Guardianes de Sangre ha sido siempre de quinientos. Ése es el voto. Los *Haruchai*... son más.

Dio al nombre de su pueblo una cadencia tonal que armonizaba con su voz.

—¿Más?

—Viven en las montañas como antes.

—Entonces, ¿cómo habéis...? Dices eso como si no hubieras vuelto allí en mucho tiempo. —De nuevo Bannor asintió levemente—. ¿Cómo mantenéis aquí a vuestros quinientos miembros? No he visto ninguno...

Bannor lo interrumpió fríamente.

—Cuando uno de los Guardianes de Sangre es asesinado, su cuerpo se envía a las montañas a través de la Quebrada de los Guardianes, y otro de los *Haruchai* viene para ocupar su lugar en el Voto.

¿Es asesinado?, se preguntó Covenant.

—¿No has estado nunca en tu casa? ¿No visitas a tus...? ¿No tienes esposa?

—La tuve en otro tiempo.

El tono de Bannor no varió, pero algo en su carencia de inflexión hizo sentir a Covenant que la pregunta era importante.

—¿En otro tiempo? —insistió—. ¿Qué le sucedió?

—Murió.

Algo instintivo advirtió a Covenant, pero él prosiguió su interrogatorio, espoleado por la fascinación de la extraña e inflexible solidez de Bannor.

—¿Cuánto..., cuánto tiempo hace que murió?

—Dos mil años —replicó el Guardián de Sangre sin la menor vacilación.

Covenant permaneció un largo momento boquiabierto, asombrado, susurrándose, como si temiera que Bannor pudiera oírle, que aquello era imposible. Haciendo un esfuerzo por controlarse, parpadeó en silencio. ¿Dos mil...? ¿Qué significaba aquello?

Sin embargo, a pesar del asombro que sentía Covenant, la afirmación de Bannor era convincente. Aquel tono neutro parecía incapaz de insinceridad, ni siquiera de tergiversación. Llenó a Covenant de horror, angustia y, a la vez, de conmiseración. Una visión repentina le hizo atisbar el significado de la descripción de Mhoram: «Convertidos por la lealtad prometida en ascetas, sin mujeres y viejos». Estériles... ¿Cómo podía haber algún límite a una esterilidad que duraba ya dos mil años?

—¿Qué..., qué edad tienes? —preguntó con la voz quebrada.

—Llegué al Reino con los primeros *Haruchai*, cuando el joven Kevin hacía poco que era Amo Superior. Juntos fuimos los primeros en pronunciar el Voto de servicio. Juntos convocamos al Poder de la Tierra para que fuera testigo de nuestro compromiso. Ahora no regresamos a casa hasta que hemos sido asesinados.

«Dos mil años», musitó Covenant. «Hasta que hemos sido asesinados». Aquello era imposible. Nada de aquello estaba sucediendo. En su confusión, trató de decirse que lo que oía era como la sensibilidad de sus nervios, nueva prueba de la imposibilidad del Reino. Pero no parecía una prueba. Le conmovía como si hubiera sabido que Bannor padecía una extraña forma de lepra. Haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Por qué?

—Cuando llegamos al Reino —dijo Bannor en su tono neutro—, vimos maravillas: gigantes, ranyhyn, Piedra Deleitosa... Amos de tal poder que declinaban hacernos la guerra para no destruirnos. Como respuesta a nuestro desafío, dieron a los *Haruchai* dones tan preciosos... —Se interrumpió y pareció entregarse un momento a sus recuerdos—. En consecuencia juramos el Voto. No podíamos igualar aquella generosidad de ninguna otra manera.

—¿Es ésa tu respuesta a la muerte? —Covenant trató de reprimir aquel sentimiento de compasión y reducir lo que Bannor decía a proporciones manejables—. ¿Es así como se hacen las cosas en el Reino? ¿Cada vez que estáis en dificultades hacéis lo imposible? ¿Cómo Berek?

—Hemos jurado el Voto. El Voto es la vida. La Corrupción es muerte.

—¿Pero por dos mil años? —protestó Covenant—. ¡Maldita sea! Ni siquiera es decente. ¿No crees que ya has hecho bastante?

El Guardián de Sangre replicó inexpresivamente:

—No puedes corrompernos.

—¿Corromperos? No quiero corromperte. Puedes seguir sirviendo a esos Amos todo cuanto quieras. A mí me tiene sin cuidado. ¡Estoy hablando de tu vida, Bannor! ¿Hasta cuándo seguirás sirviendo sin preguntarte ni una sola vez si vale la pena? El orgullo, o al menos la cordura, lo requieren. ¡Maldita sea! —No podía concebir que un hombre, por saludable que fuera, no se suicidara ante la perspectiva de semejante existencia—. No es como aderezar la ensalada... No puedes quedarte tan tranquilo. Eres humano. No naciste para ser inmortal.

Bannor se encogió de hombros, impasible.

—¿Qué significa la inmortalidad? Somos la Guardia de Sangre. Sólo conocemos la vida y la muerte... el Voto o la Corrupción.

Pasó un instante antes de que Covenant recordara que *Corrupción* era el nombre que los Guardianes de Sangre daban al Amo Execrable.

—Claro que lo comprendo —dijo Covenant—. Vivís eternamente porque vuestro servicio puro e impecable carece totalmente del lastre de todo peso, escoria o mera debilidad humana. Ah, las ventajas de una vida limpia.

—No lo sabemos. —El torpe tono de Bannor tenía una reverberación extraña—. Kevin nos salvó. ¿Cómo podíamos adivinar lo que había en su corazón? Nos envió a todos a las montañas..., hizo que nos adentrásemos en ellas. Le preguntamos los motivos, pero él dio la orden. Hizo que le obedeciéramos por nuestro Voto. No teníamos ninguna razón para desobedecer. ¿Cómo podíamos saber? Habríamos estado con él cuando la Profanación... o la habríamos evitado. Pero él nos salvó. Nos salvó a nosotros, los Guardianes de Sangre, que habíamos jurado preservar su vida a cualquier precio.

Salvados, repitió silenciosa y dolidamente Covenant. Podía percibir la involuntaria crueldad del acto de Kevin.

—Así pues, no sabéis si todos estos años de vida están bien o mal —dijo fríamente—. ¿Cómo puedes soportarlo? ¿Tal vez tu Voto se burla de ti?

—Nadie puede alzar un dedo acusador contra nosotros —afirmó Bannor, pero por un instante su impasibilidad pareció algo menos inmaculada.

—No, tú mismo te acusas.

Bannor parpadeó lentamente, como si ni la culpa ni la exculpación tuvieran significado desde la antigua perspectiva de su devoción.

Poco después, uno de los centinelas hizo señas a Covenant para que entrara de nuevo en el recinto. La ansiedad oprimió su corazón. El horror y la conmiseración que experimentaba por Bannor habían abatido su ánimo, y no se sentía capaz de enfrentarse a los Amos y responder a sus preguntas. Al ponerse en pie se tambaleó como si estuviera a punto de derrumbarse, y vaciló. Cuando Bannor le indicó que siguiera adelante, Covenant le dijo apresuradamente:

—Dime una cosa más. Si tu mujer estuviera todavía viva, ¿irías a visitarla y luego

volverías aquí? Podrías... —La voz se le quebró—. ¿Podrías soportarlo?

El Guardián de Sangre sostuvo fríamente la mirada implorante de Covenant, pero sus pensamientos parecieron pasar como sombras detrás de su semblante antes de responder en voz baja:

—No.

Respirando agudamente, como presa de náuseas, Covenant se acercó a la puerta arrastrando los pies y bajó los escalones hacia el resplandor amarillo del hoyo de gravanel.

Prothall, Mhoram, Osondrea, Vasallodelmar, los cuatro Guardianes de Sangre, los cuatro espectadores... todos permanecían en los mismos lugares que antes. Bajo la ominosa expectativa de sus miradas, Covenant tomó asiento en la silla solitaria ante la mesa de los Amos. Temblaba, como si las piedras de fuego irradiaran frío en vez de calor.

Cuando habló el Amo Superior, el carraspeo de la edad en su voz pareció más intenso que antes.

—Thomas Covenant, si te hemos tratado indebidamente te pediremos perdón en su momento. Pero debemos resolver la duda que tenemos sobre ti. Has ocultado muchas cosas que debemos saber. No obstante, hemos podido ponernos de acuerdo en un aspecto. Consideramos tu presencia en el Reino de la siguiente manera:

»Mientras exploraba bajo el Monte Trueno, Lombrizderoca Babeante encontró el perdido Bastón de la Ley. Sin ayuda, requeriría muchos años para saber utilizarlo. Pero el Amo Execrable, el Despreciativo, tuvo conocimiento de lo que había descubierto el Babeante y, para sus propios fines, decidió enseñar al Ente de la cueva los usos del Bastón. Es evidente que no trató de arrebatarlo. Quizá estaba demasiado débil, quizá temía utilizar una herramienta que no está hecha para sus manos, o quizá tiene algún terrible propósito que no comprendemos. Pero es también evidente que el Amo Execrable indujo al Babeante a usar el Bastón para convocarte al Reino... Sólo el Bastón de la Ley tiene ese poder. Y el Babeante no hubiera concebido o ejecutado la tarea sin la ayuda de alguien con profundos conocimientos de la ciencia. Fuiste atraído al Reino a instancias del Amo Execrable. Sólo podemos orar para que intervinieran también otros poderes.

—Pero eso no nos explica la razón —dijo Mhoram resueltamente—. Si el transporte de mensaje fuera el único propósito del Amo Execrable, no tenía necesidad de alguien ajeno al Reino... ni necesidad de protegerte del Babeante, como hizo cuando te llevó a la Atalaya de Kevin y como creo que intentó hacerlo enviando a su Delirante para desviarte de tu ruta hacia Andelain. No, tú eres nuestra única guía para conocer el verdadero propósito del Despreciativo. ¿Por qué llamó a alguien de más allá del Reino? ¿Y por qué tú? ¿De qué manera sirves a sus designios?

Latiéndole con violencia el corazón, Covenant apretó las mandíbulas y no dijo

nada.

—Déjame enfocar el asunto de otro modo —intervino Prothall—. Lo que nos has contado contiene evidencias de verdad. Pocos vivientes saben que los Delirantes se llamaron en otro tiempo Herem, Sheol y Jehannum. Y sabemos que uno de los Redimidos ha estudiado a los Espectros de Andelain durante muchos años.

Involuntariamente, Covenant recordó el desesperado valor de los animales que habían ayudado al Redimido a salvarle en Andelain. Se habían lanzado a su propia destrucción con una ferocidad temeraria e inútil. Apretó los dientes y trató de alejar el recuerdo de su muerte.

—Y sabemos —siguió diciendo Prothall— que la prueba de verdad con el *lomillialor* es segura... si el sometido a la prueba no sobrepasa al que la hace.

—Pero el Despreciativo también lo sabe —terció Osondrea—. Pudo saber que un Redimido vivía y estudiaba en Andelain. Pudo haber urdido esta historia y enseñártela. Si lo hizo —su voz adquirió un tono sombrío—, los asuntos sobre los que te has negado a hablar son precisamente aquellos que llenan tu relato de lagunas. ¿Por qué te sometió a prueba el estigmatizado de Fustaria Alta? ¿Cómo hizo la prueba? ¿Por qué has peleado con ese bastón? ¿Qué instinto hizo que Atiaran de Trell se volviera contra ti? Temes replicar porque entonces veremos la obra del Despreciativo.

El Amo Superior Prothall dijo con su voz carrasposa y en tono autoritario:

—Thomas Covenant, debes darnos alguna señal de la veracidad de tu relato.

—¿Señal? —gimió Covenant.

—Danos una prueba por la que debemos confiar en ti. Has pronunciado una condenación que afecta a nuestras vidas. Eso lo creemos. Pero quizá tu verdadero propósito sea apartarnos de la defensa del Reino. Danos alguna prueba, Incrédulo.

Estremecido, Covenant sintió que la impenetrable circunstancia de su sueño se cerraba sobre él, negando todo deseo de esperanza o independencia. Se puso en pie, esforzándose para enfrentarse erguido a la crisis. Como último recurso, se dirigió a Vasallodelmar con voz ronca.

—Díselo. Atiaran se culpó a sí misma por lo ocurrido en la Celebración, porque ignoró las advertencias. Díselo.

Dirigió una mirada ardiente al gigante, deseando que éste apoyara su última oportunidad de autonomía, y, tras un tenso momento, Vasallodelmar habló.

—Mi amigo Thomas Covenant dice la verdad a su manera. Atiaran de Trell creía lo peor de sí misma.

—¡Aun así! —exclamó Osondrea—. Quizá se culpó a sí misma por guiarle a la Celebración, por permitirle... Su dolor no significa la aprobación de este hombre.

—Tu señal —insistió Prothall en voz baja—. Covenant, no podemos eludir la necesidad de juzgar. Debes elegir entre el Reino y el Despreciativo del Reino.

La voz angustiada de Atiaran cruzó por su mente: «¡Covenant, ayúdales!».

—¡No! —exclamó ásperamente, girando sobre sus talones para enfrentarse al Amo Superior—. No fue culpa mía. ¿No veis que esto es precisamente lo que el Execrable quiere que hagáis?

Prothall se levantó y apoyó su peso en el bastón. Su estatura parecía expandirse en poder mientras hablaba.

—No, no lo veo. Estás cerrado para mí. Pides que confiemos en ti, pero te niegas a demostrar que eres digno de tal confianza. No. Exijo la señal por la que nos rechazas. Soy Prothall hijo de Dwillian, Amo Superior por elección del Consejo. Lo exijo.

Covenant permaneció indeciso un largo momento, mirando el hoyo del gravanel. «¡Covenant, ayúdales!». Con un gemido, recordó lo que había pagado Atiaran para llevarle donde estaba ahora. «Su dolor no significa la aprobación». Y, como contrapunto, oyó a Bannor decir: «Dos mil años. Vida o muerte. No sabemos». Pero el rostro que veía en las piedras de fuego era el de su esposa. ¡Joan!, gritó en silencio. ¿Era un cuerpo enfermo más importante que todo lo demás?

Se desabrochó la camisa, como si tratara de desnudarse el corazón. Arrancó del parche de *clingor* pegado a su pecho su alianza matrimonial, se la colocó en el dedo anular y alzó el puño como un desafío.

—¡No puedo usarlo! —gritó en un tono de desamparo, como si el anillo fuera todavía un símbolo de matrimonio y no un talismán de magia indómita—. ¡Soy un leproso!

El asombro que se extendió por el recinto pareció vibrar en el aire. Los Guardahogares y Garth estaban aturridos. Prothall meneó la cabeza como si tratara de despertarse por primera vez en su vida. Una comprensión intuitiva apareció en el rostro de Mhoram, y se puso de pie, rígidamente atento. Sonriendo con agradecimiento, Vasallodelmar también se levantó. La Ama Osondrea hizo lo mismo, pero no había ninguna señal de alivio en su mirada, Covenant pudo ver que se abría camino entre una multitud de confusiones para llegar al núcleo de la situación, pudo ver que pensaba: «Condenación o salvación». Sólo ella entre los Amos parecía darse cuenta de que incluso aquella señal no bastaba.

Finalmente el Amo Superior logró dominarse.

—Ahora sabemos por fin cómo honrarte —susurró—. Ur-Amo Thomas Covenant, Increíble y portador del oro blanco. Sé bienvenido y dignificado. Perdónanos, pues no lo sabíamos. La tuya es la magia indómita que destruye la paz. Y el poder es en todo tiempo algo temible.

Los Amos saludaron a Covenant como si desearan a la vez invocarle y protegerse de él, y luego empezaron a cantar juntos:

Hay una magia oculta grabada en toda roca,

contenida para que el oro blanco la desate o la domine,
oro, metal raro, no nacido en el Reino,
no gobernado, limitado, sometido
por la Ley con la que el Reino fue creado
(pues el Reino es bello,
como si fuera el sueño de paz y armonía de un alma fuerte,
y la Belleza no es posible sin disciplina...
y la Ley que dio nacimiento al Tiempo
es el autodomínio del Creador del Reino)...
sino piedra angular, factor crucial, el quid
de la anarquía de donde surgió el Tiempo,
y con el Tiempo la Tierra,
y con la Tierra quienes la pueblan:
magia indómita contenida en cada partícula de vida,
y desatada o dominada por el oro
(no nacido en el Reino)
porque ese poder es el soporte del arco de la vida
que se extiende en el Tiempo y lo domina:
y oro... oro blanco,
no negro como el ébano, color de icor, encarnado, verde cromo...
porque blanco es el matiz del hueso
estructura de la carne,
disciplina de la vida.
El poder es una paradoja,
porque el Poder no existe sin la Ley,
y la magia indómita no tiene Ley;
y el oro blanco es una paradoja,
porque habla por el hueso de la vida,
pero no forma parte del Reino.
Y quien porta oro blanco de magia indómita
es una paradoja...
pues es todo y nada,
héroe y loco,
potente, impotente...
y con la única palabra de verdad o traición
salvará o condenará la Tierra
porque está loco y cuerdo,
es frío y apasionado,
se ha perdido y ha sido encontrado.

Era una canción evolvente, curiosamente armonizada, sin cadencias que se resolvieran para apaciguar el ánimo de los oyentes. Y Covenant podía oír en ella las alas de buitre de la voz del Execrable que decía: «Tienes poder, pero nunca sabrás qué es. Al final no podrás luchar contra mí». Mientras la canción finalizaba, se preguntó si su lucha servía a las manipulaciones del despreciativo o las desafiaba. No podía decirlo. Pero detestó y temió la verdad que encerraban las palabras del execrable. Interrumpió el silencio que siguió al himno de los Amos.

—No sé cómo usarlo, ni quiero saberlo. Ésa no es la razón por la que lo llevo. Si crees que soy alguna especie de redención personificada, os equivocáis. Soy un leproso.

—Ah, ur-Amo Covenant —suspiró Prothall al tiempo que los Amos y Vasallodelmar volvían a sentarse—, permíteme decir de nuevo que, por favor, nos perdones. Ahora comprendemos muchas cosas... Por qué fuiste convocado, por qué el estigmatizado Baradakas te trató como lo hizo, por qué Lombrizderoca Babeante trató de tenderte una trampa en la Celebración de Primavera. Por favor, comprende a tu vez que el conocimiento del anillo es necesario para nosotros. Tu parecido con Berek Mediamano no es gratuito. Pero, por desgracia, no podemos decirte cómo usar el oro blanco. Ay, sabemos muy poco de la Ciencia que ya poseemos. Y me temo que aunque dominásemos y comprendiéramos en su totalidad las Siete Alas y Palabras, la magia indómita todavía quedaría fuera de nuestro alcance. El conocimiento del oro blanco nos ha llegado a través de antiguas profecías... vaticinios, como ha observado Corazón Salado Vasallodelmar, que dicen mucho pero aclaran poco..., pero no comprendemos nada de la magia indómita. Con todo, las profecías son claras acerca de tu importancia. Por eso te nombro ur-Amo, alguien que comparte todos los asuntos del Consejo, y así será hasta que nos abandones. Debemos confiar en ti.

Covenant se movía hacia atrás y adelante, espoleado por sus necesidades en conflicto.

—Baradakas dijo exactamente lo mismo —comentó con aspereza—. ¡Por todos los diablos! Vuestro pueblo me aterra. Cuando intento ser responsable, me presionáis... y cuando os miento... No me hacéis las preguntas adecuadas. No tenéis la menor idea de lo que es un leproso, y ni siquiera se os ocurre preguntarlo. Éste es el motivo de que el Execrable me eligiera para esto. Porque no puedo... ¡Maldita sea! ¿Por qué no me preguntáis de dónde vengo? Tengo que decíroslo. El mundo del que procedo no permite que nadie viva fuera de sus propias condiciones. Y esas condiciones... se contradicen con las vuestras.

—¿Cuáles son sus condiciones? —preguntó cautamente el Amo Superior.

—Que vuestro mundo es un sueño.

La perplejidad y la quietud reinaron en el recinto, y Covenant hizo una mueca y se estremeció mientras una serie de imágenes cruzaba vertiginosamente por su

cabeza: las columnas del palacio de justicia, un viejo mendigo, el morro del coche patrulla. ¡Un sueño!, jadeó enfebrecido. ¡Un sueño! Nada de aquello estaba sucediendo...

—¿Qué? —exclamó entonces Osondrea—. ¿Un sueño? ¿Quieres decir que estás soñando? ¿Crees que estás dormido?

—¡Sí! —Sentía que el miedo lo debilitaba; su revelación lo había sacado de un refugio, exponiéndolo al ataque. Pero no podía retractarse. Lo necesitaba para recuperar cierta honestidad—. Sí.

—¡Ya veo! —dijo Osondrea—. Sin duda eso explica la matanza en la Celebración. Dime, Incrédulo, ¿consideras eso una pesadilla o acaso le gustan a tu mundo tales sueños?

Antes de que Covenant pudiera replicar, intervino el Amo Mhoram.

—Ya basta, hermana Osondrea. Ya se atormenta a sí mismo... suficientemente.

La mujer calló, echando fuego por la mirada, y un momento después Prothall tomó la palabra.

—Podiera ser que los dioses tengan sueños como éste. Pero nosotros somos mortales. Sólo podemos oponer resistencia al mal o rendirnos. En cualquier caso, perecemos. ¿Has sido enviado para burlarte de nosotros por ello?

—¿Burlarme? —Covenant no pudo encontrar palabras para responder. Movi6 en silencio su mano mutilada para descartar la idea—. Es todo lo contrario. Él se burla de mí. —Todos los Amos le miraron sin comprenderle, y entonces exclamó ásperamente—: ¡Puedo notar el pulso en las puntas de los dedos! Pero eso es imposible. Tengo una enfermedad. Una enfermedad incurable. Yo... He tenido que imaginar una manera de evitar volverme loco. ¡Por todos los diablos! No quiero perder la razón sólo porque algún personaje perfectamente razonable de mi sueño necesita algo que yo no puedo proporcionar.

—Bien, eso es posible. —Había en la voz de Prothall una nota de tristeza y simpatía, como si escuchara una abolición o repudio de la cordura de los labios de un reverenciado vidente—. Pero no obstante confiaremos en ti. Estás amargado, y la amargura es una señal de preocupación. Confío en eso. Y lo que dices también coincide con la antigua profecía. Me temo que llega una época en la que tú seas la última esperanza del Reino.

—¿No lo comprendéis? —gimió Covenant, incapaz de silenciar el tono dolorido de su voz—. Eso es lo que el Execrable quiere que penséis.

—Quizá —dijo pensativamente Mhoram—. Quizá. —Entonces, como si hubiera llegado a una decisión, fijó de nuevo su penetrante mirada en Covenant—. Incrédulo, debo preguntarte si has resistido al Amo Execrable. No me refiero a la Celebración. Cuando te apartó de Lombrizderoca Babeante y te llevó a la Atalaya de Kevin, ¿te opusiste a él?

La pregunta hizo que Covenant se sintiera abruptamente frágil, como si hubiera pulsado una cuerda débil en su resistencia.

—No supe cómo... —Fatigado, volvió a sentarse en su silla solitaria—. No supe lo que sucedía.

—Ahora eres ur-Amo —musitó Mhoram—. Ya no es necesario que te sientes ahí.

—No es necesario que se siente en ningún sitio —corrigió Prothall con una súbita vivacidad—. Hay mucho trabajo que hacer. Debemos pensar, sondear y planear... Cualquier acción que decidamos en este juicio debe ser elegida rápidamente. Esta noche nos reuniremos de nuevo. Tuvor, Garth, Birinair, Tohrm, preparaos y preparad a quienes están a vuestras órdenes. Aportad vuestras ideas de estrategia al Consejo de esta noche. Y decid a todas las Defensas que Thomas Covenant ha sido nombrado ur-Amo. Es un extraño y un huésped. Birinair... Da comienzo en seguida a tu trabajo para los gigantes. Bannor, creo que el ur-Amo ya no tiene que permanecer en la torre.

Se detuvo y miró a su alrededor, dando a cada uno una oportunidad de hablar. Luego se volvió y salió del recinto. Osondrea le siguió, y tras dar a Covenant otro saludo formal, Mhoram también se marchó.

Aturdido, Covenant avanzó detrás de Bannor por los altos pasadizos y escaleras hasta que llegaron a sus nuevas dependencias. El Guardián de Sangre le hizo pasar a un conjunto de habitaciones. Los techos eran altos, iluminados por la luz del sol que se reflejaba a través de varias ventanas anchas. Había abundancia de comida y vino vigorizante, y ningún adorno. Cuando Bannor se marchó, Covenant miró a través de una de las ventanas, y observó que sus habitaciones se encontraban en lo alto de la muralla norte de Piedra Deleitosa, y desde allí se veían las ásperas llanuras, y el extremo de la meseta, con su precipicio que se curvaba hacia el norte. Lucía el sol, pero algo al sur de las Defensas, de modo que las ventanas estaban en sombra.

Se apartó de la ventana, se acercó a la bandeja de comida y comió ligeramente. Luego se sirvió de un frasco de vino vigorizante, el cual llevó al dormitorio. En éste había una ventana mirador. La estancia tenía una atmósfera de intimidad y paz.

¿Adónde iría después? No necesitaba ser muy sabio o profético para saber que no permanecería en Piedra Deleitosa. Allí era demasiado vulnerable.

Se sentó en el banco de piedra del mirador para rumiar ante el paisaje del Reino que se extendía abajo y preguntarse qué se había hecho a sí mismo.

EL GRAN DESAFÍO



quella noche, cuando Bannor entró en los aposentos de Thomas Covenant para conducirlo a la reunión de los Amos, lo encontró todavía sentado en el mirador de su dormitorio. Covenant parecía demacrado y espectral, como si las sombras le restaran corporeidad. El agotamiento causado por las emociones le había producido ojeras. Tenía los labios grises, exangües, y la piel de su frente tenía una tonalidad cenicienta. Mantenía los brazos sobre el pecho, como si tratara de aliviar un dolor en su corazón, y contemplaba las llanuras como si aguardara la salida de la luna. Entonces reparó en el Guardián de Sangre, y sus labios se separaron, descubriendo los dientes.

—Sigues sin confiar en mí —dijo con voz cansada.

Bannor se encogió de hombros.

—Nosotros somos la Guardia de Sangre. El oro blanco no nos sirve de nada.

—¿No os sirve?

—Es un conocimiento... un arma. Las armas no nos sirven.

—¿No os sirven? —repitió monótonamente Covenant—. ¿Cómo defendéis a los Amos sin armas?

—Nosotros... —Bannor hizo una pausa, como si buscara en el lenguaje del Reino una palabra que equivaliera a su pensamiento—. Nosotros nos bastamos.

Covenant reflexionó un momento y luego salió del mirador. De pie ante Bannor, le dijo en voz baja:

—Bravo.

Luego recogió el bastón y salió de sus aposentos.

Esta vez prestó más atención a la ruta elegida por Bannor, y no perdió su sentido de la orientación. Por fin conoció el camino de manera que sería capaz de recorrerlo sin la guía de Bannor. Cuando llegaron a las enormes puertas de madera del recinto, encontraron a Vasallodelmar y Korik. El gigante saludó a Covenant con un gesto y una ancha sonrisa, pero cuando habló lo hizo en tono serio.

—¡Piedra y Mar, ur-Amo Covenant! Me alegro de que no decidieras hacer que me equivocara. Quizá no comprendo todo tu dilema. Pero creo que el riesgo que has aceptado es lo mejor... por el bien de todo el Reino.

—Da gusto hablar contigo —replicó débilmente Covenant. Su sarcasmo era un reflejo defensivo, pues había perdido la mayor parte de sus demás defensas—. ¿Durante cuánto tiempo habéis estado perdidos los gigantes? No creo que

reconoceráis un verdadero riesgo aunque os dierais con él de bruces.

Vasallodelmar rió entre dientes.

—Muy bien dicho, amigo mío. Es posible que los gigantes no sean buenos consejeros... a pesar de nuestra larga edad. Con todo, has aligerado mi temor por el Reino.

Haciendo inútiles muecas, Covenant entró en el recinto.

La cámara del consejo estaba brillantemente iluminada y su acústica era tan perfecta como antes, pero el número de asistentes había variado. Tamarantha y Variol estaban ausentes, y desparramados por la galería había una serie de espectadores, *rhadhamaerl*, *lillianrill*, guerreros y Guardianes de la Ciencia. El Guardián de Sangre se sentó detrás de Mhoram y Osondrea, y Tuvor, Garth, Birinair y Tohrm ocuparon sus lugares detrás del Amo Superior.

Vasallodelmar ocupó el mismo sitio de antes, e hizo un gesto a Covenant para que se sentara en una silla cerca de él en la mesa de los Amos. Detrás de ellos, Bannor y Korik se sentaron en la fila inferior de la galería. Los espectadores guardaron silencio casi de inmediato. Incluso el crujido de sus ropas disminuyó. Pronto todos esperaban que el Amo Superior comenzara a hablar.

Prothall permaneció sentado y como sumido en sus pensamientos durante algún tiempo, antes de incorporarse fatigosamente. Una vez en pie se apoyó en su bastón, y cuando habló sus palabras resonaron en su anciano pecho, con un timbre de fatiga. Pero él cumplió sin omisión con todas las formalidades de honrar a Vasallodelmar y Covenant. El gigante respondió con una alegría que ocultaba el esfuerzo que hacía para ser conciso. Pero Covenant rechazó la formalidad frunciendo el ceño y meneando la cabeza.

Una vez concluidas las formalidades, Prothall siguió hablando sin mirar a sus compañeros Amos.

—Existe una costumbre entre los nuevos Amos, una costumbre que se inició en los días del Amo Superior Vailant, hace cien años. Es ésta: cuando un Amo Superior duda de su capacidad para atender a las necesidades del Reino, puede acudir al Consejo y poner a disposición de éste su cargo. Entonces cualquier Amo que así lo decida puede reclamar el puesto para sí. —Haciendo un esfuerzo, Prothall continuó firmemente—: Ahora pongo a vuestra disposición mi cargo. Roca y raíz, la prueba de estos tiempos es excesiva para mí. Ur-Amo Thomas Covenant, estás autorizado para solicitar el cargo de Amo Superior si lo deseas.

Covenant sostuvo la mirada de Prothall, tratando de medir las intenciones del Amo Superior. Pero no pudo descubrir ninguna doblez en la oferta de Prothall.

—Sabes que no quiero —replicó en voz baja.

—Sin embargo, te pido que lo aceptes. Llevas el oro blanco.

—Olvídalo —dijo Covenant—. No es tan fácil.

Al cabo de un momento, Prothall asintió lentamente.

—Comprendo. —Se volvió hacia los demás Amos—. ¿Queréis el cargo de Amo Superior?

—Tú eres el Amo Superior —declaró Mhoram.

—¿Quién si no? —añadió Osondrea—. No malgastes más tiempo en tonterías.

—Muy bien —dijo Prothall, irguiendo los hombros—. La prueba y la condenación de estos tiempos penden sobre mi cabeza. Soy el Amo Superior Prothall, y mi voluntad prevalece por consentimiento del Consejo. Que nadie tema seguirme, ni culpe a otro si mis elecciones fracasan.

Una mueca involuntaria cruzó el rostro de Covenant, pero no dijo nada. Poco después Prothall se sentó y dijo:

—Ahora consideremos lo que debemos hacer.

En silencio, los Amos se comunicaron mentalmente entre sí. Luego Osondrea se volvió hacia Vasallodelmar.

—Hermano-piedra, un proverbio dice: «Cuando son muchos los asuntos que te apremian, considera la amistad primero». Por el bien de nuestro pueblo, debes regresar a Límite del Mar tan rápidamente como puedas. Los gigantes han de tener noticia de lo que se ha dicho aquí. Pero me temo que la línea acuática de Andelain ya no será segura para ti. Te proporcionaremos una escolta para que te acompañe a través del bosque de Grimmerdhore y las Llanuras del Norte hasta que hayas rebasado el Declive del Reino y el Llano de Saran.

—Gracias, mis Amos —replicó formalmente Vasallodelmar—, pero no será necesario. He pensado por mi cuenta en este asunto. En su peregrinaje, mi pueblo aprendió un dicho de los *Bhrathair*: «El que espera que la espada le caiga sobre el cuello, perderá con toda seguridad la cabeza». Creo que el mejor servicio que puedo hacer por mi pueblo es ayudaros sea cual fuere la acción que emprendáis. Por favor, permitid que me una a vosotros.

El Amo Superior Prothall sonrió e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Esperaba esto en mi corazón. Sé bienvenido a nuestra tribulación. En caso de peligro o situaciones difíciles, los gigantes de Límite del Mar nos dan fuerzas, y no podemos cantar suficientemente nuestra gratitud. Pero tu pueblo no debe quedar sin advertencia. Enviaremos otros mensajeros.

Vasallodelmar inclinó la cabeza a su vez, y entonces la Ama Osondrea reanudó la sesión llamando al Primer Guerrero Garth.

Garth se puso en pie e informó:

—Ama, he hecho lo que me pediste. El fuego de los Saltos arde ahora en lo alto de Piedra Deleitosa. Y quien lo vea avisará a su gente y extenderá la advertencia de guerra al sur, al este y al norte. Por la mañana, todos los que viven al norte de Aliviaalmas y al oeste de Grimmerdhore estarán preparados, y quienes viven cerca

del río enviarán mensajeros a las Llanuras Centrales. Más allá, la advertencia se extenderá con más lentitud.

»He enviado exploradores en relevos hacia Grimmerdhore y Andelain. Pero pasarán seis días antes de que recibamos contestación del Bosque. Y aunque no me lo pediste, he comenzado los preparativos para un asedio. En total, mil trescientos de mis guerreros están ahora manos a la obra. Veinte Eoman permanecen dispuestos.

—Eso está bien —dijo Osondrea—. Te confiamos la advertencia que ha de ser llevada a Límite del Mar. Envía tantos guerreros como juzgues necesarios para asegurar la embajada.

Garth hizo una reverencia y se sentó. Osondrea meneó la cabeza como para desprender de ella otras consideraciones.

—Bien, he dedicado mi tiempo al estudio del relato que el ur-Amo Covenant nos ha hecho de su viaje. La presencia del oro blanco explica muchas cosas. Pero con todo, muchas son las cosas que requieren reflexión: las tormentas que avanzan por el sur, un pájaro de tres alas, un ataque abominable contra los Espectros de Andelain, el color sangriento de la luna. En mi opinión, el significado de estos signos está claro.

De repente, golpeó la mesa con la mano, como si necesitara el sonido y el dolor para hablar.

—Lombrizderoca Babeante ya ha encontrado su ponzoña... La Piedra de la Mala Tierra o algún otro mal mortífero. ¡Con el Bastón de la Ley, tiene el poder suficiente para detener el curso de las estaciones!

Un bajo lamento se alzó en la galería, pero Prothall y Mhoram no parecieron sorprendidos. No obstante, un brillo de peligro se intensificó en los ojos de Mhoram mientras decía en voz baja.

—Por favor, explícate.

—La evidencia de poder es inequívoca. Sabemos que el Babeante tiene el Bastón de la Ley. Pero el Bastón no es una herramienta neutral. Fue tallado del Árbol Único como sirviente de la Tierra y la ley de la Tierra. Con todo, lo que ha ocurrido no es natural, está mal. ¿Podéis concebir la fuerza de voluntad que sería necesaria para que el Bastón pudiera descarriar a un pájaro? Bien, quizá la locura le da al Babeante esa voluntad. O quizá ahora el Despreciativo ejerce el control del Bastón. Pero tened en cuenta que crear un pájaro de tres alas es la menor de estas hazañas malignas. Cuando estaba en su apogeo, en los tiempos antiguos, el Amo Execrable no se atrevió a atacar a los Espectros. Y en cuanto a la luna profanada... Sólo la más oscura y terrible de las antiguas profecías presagia tales cosas.

»¿Consideráis que esta prueba es concluyente de que el Amo Execrable posee en efecto el Bastón? Pero considerar que con menos esfuerzo del que requiere corromper la luna, con toda seguridad podría aplastarnos mortalmente. No podríamos luchar contra semejante poder. Y, sin embargo, se esfuerza de una manera tan... tan vana.

¿Emplearía su fuerza con tan exiguo propósito... primero contra los Espectros, cuando podría destruirnos con tanta facilidad? Y si así fuera, ¿podría corromper la luna utilizando el Bastón de la Ley... una herramienta que no se hizo para su mano y que se resistirá a su dominio cada vez que la toque?

»A mi juicio, si el Amo execrable controlara el Bastón, no haría y quizá no podría hacer lo que se ha hecho... No hasta que nosotros hubiéramos sido destruidos. Pero si el Babeante tiene todavía el Bastón, entonces él solo no basta. Ningún Ente de la cueva es lo bastante grande para llevar a cabo tales crímenes sin el poder conjunto del Bastón y la Piedra. Los Entes de la cueva son criaturas de voluntad débil, como bien sabéis. Son fácilmente dirigidos y esclavizados. Y carecen de una ciencia que desafíe al cielo. En consecuencia, siempre han sido la carroña en los ejércitos del Amo Execrable.

»Si mi juicio es correcto, el mismo Despreciativo está tan a merced del Babeante como nosotros mismos. La condenación presente depende del loco capricho de un Ente de la cueva. Y llego a esta conclusión porque no hemos sido atacados.

Prothall asintió sobriamente a lo que decía Osondrea, y Mhoram prosiguió la línea de su razonamiento.

—Así pues, el Amo Execrable confía en nosotros para salvarse y condenarnos. De alguna manera, intenta que nuestra respuesta al mensaje del ur-Amo Covenant nos tienda una trampa en la que caigamos nosotros y él. Ha fingido amistad al Babeante para preservarse hasta que sus planes estén maduros. Y ha enseñado al Babeante a utilizar este recién descubierto poder de forma que satisfaga el deseo de dominio del Ente de la cueva sin amenazarnos directamente. Así trata de asegurarse de que haremos la prueba para arrebatar el Bastón de la Ley al Babeante.

—Y en consecuencia —intervino Osondrea—, cometeríamos la mayor locura al hacer tal prueba.

—¿Cómo es eso? —objetó Mhoram—. El mensaje dice: «Sin él no podrán resistirme durante siete años». Presagia un fin más temprano para nosotros si no lo intentamos, o si lo intentamos y fracasamos, que si tenemos éxito.

—¿Qué gana él con tales predicciones? ¿Qué sino nuestra muerte inmediata? Su mensaje no es más que un cebo de falsa esperanza para conducirnos a la locura.

—«Lombrizderoca Babeante tiene el Bastón —citó Mhoram—, y ello es causa de terror. Será entronizado en las Defensas de los Amos dentro de dos años si el mensaje fracasa».

—¡El mensaje no ha fracasado! —insistió Osondrea—. Hemos sido prevenidos. Podemos prepararnos. El Babeante está loco, y sus ataques serán defectuosos a causa de la locura. Es posible que descubramos su debilidad y triunfemos. ¡Por los Siete! Piedra Deleitosa jamás caerá mientras permanezca la Guardia de Sangre. Y los gigantes y los ranyhyn vendrán en nuestra ayuda. —Volviéndose hacia el Amo

Superior, le instó—: Prothall, no sigas el señuelo de esta búsqueda. Es una quimera. Caeremos bajo la sombra, y el Reino morirá irremediablemente.

—Pero si triunfamos —replicó Mhoram—, si obtenemos el Bastón, nuestras oportunidades se ensancharán. A pesar de la profecía del Amo Execrable, podemos encontrar suficiente Poder de la Tierra en el Bastón para triunfar en la guerra. Y si no es así, todavía tendremos mucho más tiempo para buscar otras formas de salvación.

—¿Cómo podremos triunfar? El Babeante tiene el Bastón de la Ley y la Piedra de la Mala Tierra.

—Y no domina ninguno de los dos.

—¡El dominio que tiene es suficiente! Pregunta a los Espectros por la extensión de su poder. Pregúntale a la luna.

—Pregúntame a mí —gruñó Covenant, levantándose lentamente. Vaciló por un momento, dividido entre el temor al Babeante y el miedo a lo que podría sucederle si los Amos no iban en busca del Bastón. Tuvo una vívida percepción de la malicia que había tras los ojos de lava del Babeante. Pero imaginar el Bastón le decidió. Sintió que había logrado penetrar en la lógica de aquel sueño. El Bastón le había llevado al Reino, y lo necesitaría para escapar—. Preguntadme —repitió—. ¿No creéis que tengo algo que decir al respecto?

Los Amos no respondieron, y Covenant se vio obligado a plantear su argumentación. En sus reflexiones, sólo había podido encontrar una frágil esperanza. Con un esfuerzo, se ciñó al tema.

—Según vosotros, el Execrable me eligió. Pero él habló de mí en la Atalaya de Kevin como si yo hubiera sido elegido por algún otro... «Mí enemigo», dijo. ¿A quién se refería?

—No lo sé —replicó pensativo el Amo Superior—. Antes hemos dicho que confiábamos en que otras fuerzas hubieran intervenido en tu selección. Tal vez las hubo. Algunas de nuestras leyendas más antiguas hablan de un Creador —el Creador de la Tierra—, pero no sabemos nada de semejante ser. Sólo sabemos que somos mortales, pero el Amo Execrable no lo es... De alguna manera, está por encima de la carne mortal.

—El Creador —musitó Covenant—. De acuerdo. —Un recuerdo inquietante del viejo mendigo que se había acercado a él en el exterior del palacio de justicia cruzó momentáneamente por su mente—. ¿Por qué me eligió?

—¿Quién sabe? —dijo Prothall mirándole fijamente. Quizás por las mismas razones que llevaron al Amo Execrable a elegirte.

La paradoja enojó a Covenant, pero prosiguió como si le inspirase la contradicción.

—Entonces ese... Creador... también quería que escuchaseis el mensaje del Execrable. Tenedlo en cuenta.

—¡Eso es! —exclamó Osondrea—. Ahí está la mentira que buscaba... el señuelo final. Infundiendo la esperanza de una ayuda desconocida, el Amo Execrable trata de asegurar que aceptemos esta alocada búsqueda.

Covenant no apartó la mirada del Amo Superior, tratando de ver, más allá del desgaste de largos ascetismos, en su mente. Las líneas que surgían de los ángulos de sus ojos parecían grabadas por la anulación de sí mismo, y Prothall le devolvió la mirada sin titubear.

—Ama Osondrea —dijo suavemente—. ¿Revela tu estudio algún signo de esperanza?

—¿Signos? ¿Augurios? —Su voz sonaba renuente en la atmósfera del recinto—. Yo no soy Mhoram. Si lo fuera, preguntaría a Covenant qué sueños ha tenido en el Reino. Pero prefiero las esperanzas prácticas, y no veo más que una, y es que se ha perdido muy poco tiempo. Tengo la corazonada de que ninguna otra combinación de oportunidad de elección podría haber traído a Covenant hasta aquí con tanta rapidez.

—Muy bien —replicó Prothall.

Su mirada, en la que estaba fija la de Covenant, se agudizó momentáneamente, y Covenant vio en ella que el Amo Superior ya había tomado una decisión. Sólo escuchaba el debate para darse a sí mismo una última oportunidad de encontrar una alternativa. Incómodo, Covenant bajó los ojos y se dejó caer en su asiento. ¿Cómo lo hace?, se preguntó inútilmente. ¿De dónde sale todo este coraje? ¿Sería él, Covenant, el único cobarde?

Un momento después, el Amo Superior se ajustó su túnica azul y se levantó.

—Amigos míos —dijo con su voz cascada, reumática—. Ha llegado el momento de tomar una decisión. He de elegir un curso de acción para satisfacer nuestra necesidad. Si alguien tiene ideas que quiera expresar, que hable ahora. —Nadie habló, y Prothall pareció extraer dignidad y estatura de su silencio—. Oíd, pues, la voluntad de Prothall hijo de Dwillian, Amo Supremo por elección del Consejo..., y que el Reino me perdone si me equivoco o fracaso. En este momento, comprometo el futuro de la Tierra.

»Ama Osondrea, tú y los Amos Variol y Tamarantha os encargaréis de las defensas del Reino. Haced cuanto vuestra sabiduría o visión os sugieran para preservar la vida que juramos cuidar. Recordad que siempre hay esperanza mientras exista Piedra Deleitosa. Pero si Piedra Deleitosa cae, entonces todas las épocas y trabajos de los Amos, desde Berek Mediamano a nuestra generación, llegarán a su fin, y el Reino jamás volverá a conocer nada igual.

»El Amo Mhoram y yo iremos en busca de Lombrizderoca Babeante y el Bastón de la Ley. Nos acompañarán el gigante Corazón Salado Vasallodelmar, el ur-Amo Thomas Covenant, tantos Guardianes de Sangre como lo juzgue apropiado el Primer Signo Tuvor y que no sean imprescindibles para la defensa de Piedra Deleitosa, y un

Eoman del Ala de Guerra. Así no iremos descuidados o desprotegidos a la condenación..., pero la fuerza principal de las Defensas de los Amos quedará para la defensa del Reino si fracasamos.

»Oíd y preparaos. La Búsqueda parte con la primera luz del alba.

—¡Amo Superior! —protestó Garth poniéndose en pie de un salto—. ¿No esperarás alguna noticia de mis exploradores? Tienes que afrontar Grimmerdhore para pasar hacia el monte Trueno. Si el bosque está infestado por los sirvientes del Babeante o el Asesino Gris, poca será tu seguridad hasta que mis exploradores hayan descubierto los movimientos del enemigo.

—Eso es cierto, Primer Guerrero —dijo Prothall—. Pero ¿cuánto tiempo nos retrasaremos?

—Seis días, Amo Superior. Entonces sabremos qué fuerzas requiere el cruce de Grimmerdhore.

Mhoram había permanecido algún tiempo sentado con el mentón apoyado en las manos, mirando ensimismado el hoyo de gravanel. En aquel momento se levantó para intervenir.

—Un centenar de Guardias de Sangre, o todo guerrero que Piedra Deleitosa pueda proporcionar. He sido testigo. Hay ur-viles en Grimmerdhore... y lobos a millares. Acechan en mis sueños.

Su voz pareció helar el aire del recinto, como un viento de perdición.

Pero Prothall habló en seguida, resistiéndose al hechizo de las palabras de Mhoram.

—No, Garth. No podemos retrasarnos. Y el peligro de Grimmerdhore es demasiado grande. Incluso Lombrizderoca Babeante debe comprender que nuestra mejor ruta hacia el Monte Trueno pasa por el Bosque y el norte de Andelain. No, iremos al sur, rodearemos Andelain y avanzaremos por el este, a través del bosque de musgo de Morin hasta las Llanuras de Ra, antes de dirigirnos al norte hacia Gravin Threndor. Ya sé que parece un largo camino, con muchas leguas innecesarias para una Búsqueda que debe lamentar la pérdida de cada día. Pero este camino hacia el sur nos permitirá conseguir la ayuda de los hombres de Ra. Así todos los antiguos enemigos del Despreciativo compartirán nuestra Búsqueda, y quizá lograremos que el Babeante se equivoque en sus cálculos.

»No, mi elección es clara. La Búsqueda comenzará mañana, hacia el sur. Ésa es mi palabra. Quien tenga alguna duda que hable ahora.

Y Thomas Covenant, que dudaba de todo, sintió que la resolución y la dignidad de Prothall eran tan fuertes que no dijo nada.

Entonces se levantaron Mhoram y Osondrea, seguidos inmediatamente por Vasallodelmar, y tras ellos la asamblea se puso en pie. Todos se volvieron hacia el Amo Superior Prothall, y Osondrea alzó su voz para decir:

—Que *Melenkurion* Esclusadelcielo te guarde, Amo Superior. ¡*Melenkurion abatha!* ¡Cúidate y triunfa! Semilla y roca, que tu propósito florezca. Que ningún mal ciego o asalto maligno, ningún temor o desmayo, ningún descanso, ni alegría ni dolor impidan el fracaso de la iniquidad. La cobardía no tiene disculpa, la corrupción es inexpiable. Esclusadelcielo vigila y Raizdelatierra fortalece. ¡*Melenkurion abatha!* ¡*Minas mill khabaal!*

Prothall inclinó la cabeza, y los presentes en la galería y los Amos respondieron con una salutación unánime, extendiendo los brazos en mutua bendición.

Luego, lentamente, la gente empezó a salir del recinto. Al mismo tiempo, Prothall, Mhoram y Osondrea salieron a través de sus puertas respectivas.

Una vez se hubieron ido los Amos, Vasallodelmar se unió a Covenant y subieron juntos los escalones, seguidos por Bannor y Korik. Fuera del recinto, Vasallodelmar dudó, pensando en alguna cosa, y luego dijo:

—Amigo mío, ¿querrás responderme a una pregunta?

—¿Crees que me queda algo que ocultar?

—En cuanto a eso, ¿quién sabe? Los fantásticos *Elohim* tenían un dicho... «El corazón acaricia secretos que no vale la pena mencionar». Ah, fueron un pueblo risueño. Pero...

—No —le interrumpió Covenant—. Ya he sido escrutado suficientemente.

Empezó a dirigirse hacia sus aposentos.

—Pero no has escuchado mi pregunta.

Covenant se volvió hacia él.

—¿Por qué habría de hacerlo? Ibas a preguntarme qué tenía Atiaran contra mí.

—No, amigo mío —replicó Vasallodelmar, riendo suavemente—. Que tu corazón goce de ese secreto hasta el final de los tiempos. Mi pregunta es ésta: ¿Qué sueños has tenido desde que llegaste al Reino? ¿Qué soñaste aquella noche en mi embarcación?

Covenant le respondió impulsivamente.

—Una muchedumbre de mi gente —gente verdadera— me escupía sangre. Y uno de ellos dijo: «Sólo hay una buena respuesta para la muerte».

—¿Sólo una? ¿Qué respuesta es ésa?

—Vuélvele la espalda —dijo abruptamente Covenant mientras avanzaba por el pasillo—. Expúlsala.

El buen humor de Vasallodelmar resonó en sus oídos, pero él siguió andando hasta que ya no pudo oír la risa del gigante. Entonces trató de recordar el camino hacia sus habitaciones. Con la ayuda de Bannor, encontró el lugar y se encerró, molestándose sólo en encender una antorcha antes de cerrar la puerta al Guardián de Sangre.

Descubrió que en su ausencia alguien había cerrado las ventanas para evitar la

siniestra luz de la luna. Aviesamente, abrió una de ellas, pero el paisaje sangriento hirió sus ojos como el hedor de un cadáver, y cerró de nuevo la contraventana. Entonces, durante un largo rato antes de acostarse, paseó por la habitación, discutiendo consigo mismo hasta que lo venció la fatiga.

Cuando se aproximaba la mañana y Bannor empezó a zarandearle para que se despertara, se resistió. Quería seguir durmiendo, como si en el sueño pudiera hallar absolución. Recordó vagamente que estaba a punto de iniciar un viaje mucho más peligroso que el que acababa de completar, y su cansada conciencia protestó gimiendo.

—Ven —le dijo Bannor—. Si nos demoramos, nos perderemos la llamada de los ranyhyn.

—Vete al infierno —musitó Covenant—. ¿Es que no duermes nunca?

—Los Guardianes de Sangre no duermen.

—¿Qué?

—Ningún Guardián de Sangre ha dormido desde que los *Haruchai* juraron su Voto.

Haciendo un esfuerzo, Covenant se sentó. Miró turbiamente a Bannor un momento y luego musitó:

—Ya estás en el infierno.

—No tienes ninguna razón para burlarte de nosotros —replicó Bannor con su extraño tono de voz carente de flexiones.

—Claro que no —gruñó Covenant, saltando de la cama—. Naturalmente, supongo que debe alegrarme el hecho de que juzgue mi integridad alguien que ni siquiera necesita dormir.

—Nosotros no juzgamos. Somos precavidos. Los Amos están a nuestro cuidado.

—Como Kevin... que se suicidó. Y precisamente se lo llevó todo con él.

Pero al mismo tiempo que hacía esta observación, se sintió súbitamente avergonzado de sí mismo. A la luz del fuego, recordó el alto precio de la fidelidad de la Guardia de Sangre. El frío del suelo de piedra lo hizo estremecer.

—Olvídalo —dijo a Bannor—. Hablo así como autodefensa. El ridículo parece ser... mi única respuesta.

Se apresuró a lavarse, afeitarse y vestirse. Tras una comida rápida, se proveyó de su cuchillo y bastón y finalmente hizo un gesto al Guardián de Sangre indicándole que estaba dispuesto.

Bannor lo condujo al patio donde se hallaba el viejo árbol oropelino. Todavía flotaban en el aire las últimas sombras de la noche, pero las estrellas habían desaparecido, y la salida del sol era claramente inminente. Inesperadamente, sintió que estaba tomando parte en algo de tales proporciones que le empequeñecía. La sensación era extraña, y trató de alejarla razonando, mientras seguía a Bannor por el

túnel, entre las enormes puertas con charnelas de la torre, y salían al alba.

Allí, cerca de la muralla, a corta distancia a la derecha de la puerta, estaba reunida la compañía que iba a emprender la Búsqueda. Los guerreros del Tercer Eoman montaban a horcajadas en sus caballos, formando un semicírculo detrás del Puño de Guerra Quaán, y a su izquierda había nueve Guardianes de Sangre dirigidos por el Primer Signo Tuvor. Dentro del semicírculo estaban Prothall, Mhoram y Corazón Salado Vasallodelmar. El gigante llevaba al cinto una barra alta como un hombre, y al cuello un pañuelo azul que flameaba bajo la brisa matutina. Cerca de él, tres hombres sujetaban caballos ensillados con *clingor*. Sobre todos ellos, la fachada de Piedra Deleitosa estaba atestada de gente. Los habitantes de la ciudad-montaña llenaban todas las galerías exteriores y terrazas, todas las ventanas. Y al frente de la compañía reunida estaba la Ama Osondrea, con la cabeza alta, como si desafiara su responsabilidad para inclinarla.

El sol apareció sobre el horizonte oriental. Iluminó el borde superior de la meseta, donde ardía la llama azulada de advertencia. El astro avanzó por la muralla hasta que rescató el estandarte del Amo Superior de la oscuridad, como la luz de una antorcha. Y reveló a su lado el pendón rojo, y luego una nueva bandera blanca.

Haciendo un gesto con la cabeza para indicar la nueva bandera, Bannor explicó:

—Eso es para ti, ur-Amo. Es el signo del oro blanco.

Dicho esto, fue a ocupar su sitio entre los Guardianes de Sangre.

La compañía permaneció en silencio hasta que la luz del sol bañó el suelo, envolviendo en su resplandor dorado a los Buscadores. En cuanto la luz llegó a sus pies, Osondrea empezó a hablar como si hubiera estado esperando con impaciencia aquel momento, y cubrió el dolor de su corazón con un tono de represión.

—No estoy de humor para la ceremonia, Prothall. Llama a los ranyhyn y partamos.

Prothall sonrió amablemente, y Mhoram compartió su gesto.

—Somos afortunados al tenerte, Osondrea. No podría confiar a nadie más a Variol, mi padre y Tamarantha, mi madre.

—¡Ten cuidado con tus burlas! —replicó ella agriamente—. No estoy de humor, ¿me oyes?

—Te oigo. Tú sabes que no me burlo de ti. Ten cuidado, hermana Osondrea.

—Yo siempre tengo cuidado. Ahora, partid, antes de que se me agote la paciencia.

Prothall hizo una seña a Tuvor. Los diez Guardianes de Sangre se volvieron y se dispersaron, de manera que cada uno se enfrentó al sol naciente sin que nadie oscureciera su visión. Uno a uno, cada Guardián de Sangre se llevó una mano a la boca y lanzó un penetrante silbido cuyo eco resonó en la muralla de las Defensas.

Silbaron de nuevo, y luego una tercera vez, y cada llamada sonaba tan intensa y

solitaria como un lamento salido de lo más profundo del alma. Pero el último silbido fue respondido por distantes relinchos y un sordo fragor de poderosos cascos. Todas las miradas se dirigieron expectantes hacia el este, y los ojos se entrecerraron para protegerse del sol. Nada apareció durante un largo rato, y el fragor que vibraba en la tierra llegó desencarnado a la compañía, como una manifestación mística. Pero entonces los caballos pudieron distinguirse contra el globo del sol, como si se hubieran materializado en forma de fuego celeste.

Pronto los ranyhyn rebasaron la línea directa del sol. Eran diez en total, unos animales salvajes y fascinantes. Eran grandes bestias nudosas, de pecho corpulento, cuello orgulloso, con parte de la delicadeza de la raza pura sangre y parte de la áspera angulosidad de los potros salvajes. Tenían largas crines y colas flotantes, y andaduras rectas como cuerdas de plomada, ojos llenos de una inteligencia inquieta. Castaños, bayos, ruanos, galopaban hacia los Guardianes de Sangre.

Covenant sabía lo bastante de caballos para ver que los ranyhyn eran tan individuales como la gente, pero compartían un rasgo: una estrella blanca en el centro de la frente. A medida que se aproximaban, con el alba fulgurante en sus lomos, parecían el Reino personificado, la esencia de la salud y la energía.

Relinchando y moviendo de un lado a otro sus cabezas, se detuvieron ante los Guardianes de Sangre. Y éstos les hicieron una profunda reverencia. Los ranyhyn patalearon y menearon sus crines como si se rieran afectuosamente ante una mera muestra humana de respeto. Al cabo de un momento Tuvor se dirigió a ellos.

—¡Salve, ranyhyn! Corredores del Reino y orgullosos portadores. Carne solar y crines celestes, nos alegra que hayáis escuchado nuestra llamada. Debemos efectuar un largo viaje que durará muchos días. ¿Querréis llevarnos en vuestros lomos?

Algunos de los caballos respondieron meneando sus cabezas, y otros corvetearon en círculos como potros. Luego avanzaron, cada uno de ellos aproximándose a un Guardián de Sangre determinado y frotando el hocico contra él, como invitándole a montar. Así lo hizo el Guardián de Sangre, aunque los caballos carecían de silla y bridas. Montando a pelo, los Guardianes trotaron con los ranyhyn, trazando un círculo alrededor de la compañía, y se colocaron junto a los guerreros montados.

Covenant notó que la marcha de la compañía era inminente, y no quiso perder su oportunidad. Acercándose a Osondrea, le preguntó:

—¿Qué significa esto? ¿De dónde han venido?

La Ama se volvió y respondió casi con vehemencia, como si le alegrara cualquier distracción.

—Naturalmente... Eres un extraño. Pero ¿cómo podría explicar algo tan profundo en pocas palabras? Mira, los ranyhyn son libres, indómitos, y tienen su hogar en las Llanuras de Ra. Son cuidados por los hombres Ra, pero nunca son montados a menos que ellos mismos elijan al jinete. Es una elección libre. Y una vez un ranyhyn

selecciona a un jinete, le es fiel aunque se interpongan el fuego y la muerte.

»Pocos son elegidos. Tamarantha es el único Amo vivo bendecido con una montura ranyhyn... Hynaril la lleva orgulloso en su lomo..., pero ni Prothall ni Mhoram han hecho todavía la prueba. Prothall se ha mostrado reacio. Pero sospecho que una de sus razones para viajar por el sur es dar a Mhoram una oportunidad de ser elegido.

»No importa. Desde la época del Amo Superior Kevin, se ha establecido un vínculo entre los ranyhyn y la Guardia de Sangre. Por muchas razones, sólo algunas de las cuales puedo adivinar, ningún Guardián de Sangre ha dejado de ser elegido.

»Y en cuanto a los ranyhyn que hoy han venido aquí... no tengo explicación para eso. Son criaturas del Poder de la Tierra. De alguna manera, cada ranyhyn sabe cuando le llamará su jinete... sí, lo sabe, y nunca deja de responder. Aquí están Huryn, Brabha, Marny y otros. Hace diez días oyeron la llamada que sólo llegó a nuestros oídos esta mañana... y tras más de cuatrocientas leguas llegan tan frescos como el alba. Si pudiéramos igualarlos, el Reino no correría semejante peligro.

Mientras ella hablaba, Prothall y Mhoram habían montado sus caballos, y finalizó su explicación al tiempo que dirigía a Covenant hacia su potro. Bajo la influencia de su voz, él se acercó al animal sin vacilación. Pero cuando puso el pie en el estribo de la silla de *clingor*, se sintió poco dispuesto a montar. No le gustaban los caballos, no confiaba en ellos. Su fuerza era demasiado peligrosa. Retrocedió y observó que le temblaban las manos.

Osondrea lo miraba con curiosidad, pero antes de que pudiera decir algo una oleada de sorpresa se extendió por la compañía. Cuando alzó la vista, Covenant vio tres personajes ancianos que cabalgaban, los Amos Variol y Tamarantha y el Guardahogar Birinair. Tamarantha montaba a horcajadas un gran ranyhyn ruano, una yegua, con aspecto risueño.

Inclinándose ante ellos desde el lomo de su montura, el Amo Superior Prothall dijo:

—Me alegro de que hayáis venido. Necesitamos vuestras bendiciones antes de partir, de la misma manera que Osondrea necesita vuestra ayuda.

Tamarantha se inclinó a su vez, pero había una sonrisa astuta en sus labios arrugados. Exploró brevemente a la compañía.

—Has elegido bien, Prothall. —Entonces trasladó su mirada al Amo Superior—. Pero te has equivocado con respecto a nuestras intenciones. Vamos contigo.

Prothall empezó a objetar, pero Birinair intervino vigorosamente.

—Naturalmente. ¿Qué esperabas? ¿Cuándo se ha visto una Búsqueda sin un estigmatizado?

—Birinair —dijo Prothall en tono de reproche—. Seguramente nuestra obra para los gigantes de Límites del Mar necesita de ti.

—¿Necesita de mí? Naturalmente. En cuanto a eso, bueno... —El estigmatizado soltó un bufido—. En cuanto a eso... No. Me avergüenza decirlo. He dado todas las órdenes. No. Los otros son más capaces. Lo han sido durante años.

—Prothall —le instó Tamarantha—. No lo prohíbas. Somos viejos... Naturalmente que somos viejos. Y el camino será largo y duro. Pero éste es el gran desafío de nuestra época... la única empresa alta y audaz que jamás podremos compartir.

—¿Es pues semejante minucia la defensa de Piedra Deleitosa?

Variol irguió vivamente la cabeza, como si la pregunta de Prothall hubiera sido un escarnio.

—Piedra Deleitosa recuerda que no hemos logrado recuperar nada de la ciencia de Kevin. ¿Qué ayuda podemos prestar aquí? Osondrea es más que suficiente. Sin esta Búsqueda, nuestras vidas se desperdiciarán.

—No, mis Amos, no. No se desperdiciarán —murmuró Prothall. Con una expresión perpleja, miró a Mhoram en busca de ayuda.

Mhoram esbozó una sonrisa sinuosa y dijo:

—La vida está bien diseñada. Hombres y mujeres envejecen, de manera que alguien sea lo bastante sabio para enseñar a los jóvenes. Dejad que vengan.

Tras otro momento de vacilación, Prothall decidió:

—Venid entonces. Nos enseñaréis a todos.

Variol sonrió a Tamarantha, y ella devolvió la mirada desde el alto lomo del ranyhyn. Sus rostros estaban llenos de satisfacción y tranquila expectación, que compartían con la silenciosa unión de sus miradas. Covenant los observó y abruptamente cogió las riendas del caballo y subió a la silla. Su corazón latió ansiosamente, pero casi en seguida el *clingor* le dio una sensación de seguridad que disminuyó su intranquilidad. Siguiendo el ejemplo de Prothall y Mhoram, deslizó el bastón bajo su muslo izquierdo, donde quedó sujeto por el *clingor*. Entonces se aferró al potro salvaje con las rodillas y procuró no irritarle.

El hombre que había sujetado el caballo, tocó la rodilla de Covenant para llamar su atención.

—Se llama Dura... Dura Flancobello. Los caballos son escasos en el Reino. He entrenado bien a esta yegua. Es tan buena como un ranyhyn.

Tras esta exhibición de jactancia, el hombre bajó la mirada, como azorado por su exageración.

—No quiero un ranyhyn —replicó Covenant ásperamente.

El hombre tomó estas palabras por una aprobación de Dura, y sonrió complacido. Mientras se marchaba, se llevó las palmas a la frente y extendió los brazos haciendo el gesto de salutación.

Desde aquel nuevo punto de observación, Covenant inspeccionó a la compañía.

No había caballos de carga, pero sujetos a cada silla de montar había sacos de provisiones y herramientas, y Birinair tenía un grueso manajo de varas de *lillianrill* en la grupa de su montura. Los Guardianes de Sangre no iban cargados, pero Vasallodelmar llevaba su enorme saco al hombro, y parecía dispuesto a viajar tan rápido como cualquier caballo.

Poco después, Prothall se alzó en sus estribos y se dirigió a la compañía.

—Amigos míos, debemos partir. La Búsqueda es urgente, y el tiempo de nuestra prueba nos apremia. No trataré de conmover vuestros corazones con largos discursos, u obligaros con tremendos juramentos. Pero os hago dos encargos. Sed leales hasta el límite de vuestras fuerzas. Y recordad el Juramento de Paz. Vamos a correr peligros, y tal vez a entrar en guerra... Lucharemos si es preciso. Pero un airado derramamiento de sangre será inútil para el Reino. Recordad el Código:

*No lastiméis cuando sea suficiente con sujetar;
no hiráis cuando baste con lastimar;
no mutiléis cuando baste con herir;
y no matéis cuando baste con mutilar;
el más grande guerrero es aquel que no necesita matar.*

Entonces el Amo Superior hizo girar su montura para quedar frente a Piedra Deleitosa. Sacó su bastón, lo hizo girar tres veces por encima de su cabeza y lo levantó al cielo. De su extremo surgió una llama azul incandescente. Y gritó dirigiéndose a las Defensas:

—¡Salve, Piedra Deleitosa!

Toda la población de las Defensas respondió con un grito potente y estremecedor:

—¡Salve!

El himno entonado por una miríada de gargantas se extendió por las colinas. El mismo aire matinal parecía vibrar lleno de alabanzas y saluciones. Varios ranyhyn relincharon alegremente. En respuesta, Covenant apretó los dientes, sintiendo un súbito nudo en la garganta, sintiéndose indigno.

Entonces Prothall dio la vuelta a su caballo y lo hizo avanzar al trote colina abajo. Lentamente, la compañía marchó tras él. Mhoram guió a Covenant a una posición detrás de Prothall, delante de Variol y Tamarantha. Cuatro Guardianes de Sangre flanquearon a los amos a cada lado, Quaan, Tuvor y Korik cabalgaban delante de Prothall, y detrás iba Birinair y el Eoman. Vasallodelmar avanzaba a pasos largos, y pronto rebasó a Mhoram y Covenant, trotando tan fácilmente como si semejante andadura fuera natural para él.

Así la Búsqueda del Bastón de la Ley salió de las Defensas de los Amos bajo la luz de un nuevo día.

LÍMITE SANGRIENTO



urante los tres días siguientes, Covenant sintió en su carne las molestias ocasionadas por la singular silla de montar, aquel cuero delgado que le daba la impresión de cabalgar a pelo. La dura espina dorsal del animal amenazaba con desgarrarle como una sierra. Tenía la sensación de que las rodillas se le habían desprendido de las articulaciones. Los muslos y pantorrillas le dolían y temblaban con la tensión con que se aferraba a su montura, un dolor que lentamente iba extendiéndose hacia arriba por su espalda. Cada vez que Dura saltaba para salvar los obstáculos del terreno, el jinete sentía tirones lacerantes en el cuello. En ocasiones, permanecía montado gracias a que la silla de *clingor* le impedía caer. Y por la noche sus músculos contraídos le dolían tanto que no podía dormir sin el auxilio del *Filtro de Diamante*.

El resultado fue que apenas se percató del paisaje, el clima o el estado de ánimo de la compañía. Ignoraba o rechazaba todo esfuerzo para hacerle hablar. Lo consumía la dolorosa sensación de estar partido en dos. Una vez más, se vio obligado a reconocer la naturaleza suicida de aquel sueño, de lo que la oscuridad inconsciente de su mente le estaba haciendo.

Pero el *Filtro de Diamante* del gigante y la salud increíble del Reino actuaron en él a pesar de su sufrimiento. Su cuerpo se endureció para adaptarse a las exigencias del lomo de Dura. Y, sin que tuviera conciencia de ello, mejoró como jinete. Ahora aprendía a moverse con su montura, en vez de resistirse. Cuando despertó tras la tercera noche, descubrió que el dolor físico ya no lo dominaba.

Por entonces, la compañía había dejado atrás la cultivada región alrededor de Piedra Deleitosa, trasladándose hacia las ásperas llanuras. Acamparon en medio de un rudo llano, y cuando Covenant empezó a mirar a su alrededor, el terreno que se extendía ante sus ojos era rocoso e inflexible.

Sin embargo, la sensación de que avanzaba hacia adelante se reafirmó en él una vez más, dándole una ilusión de seguridad. Cuando Vasallodelmar se dirigió a él, pudo responderle sin violencia.

Al comprobarlo, el gigante le dijo a Mhoram:

—¡Piedra y Mar, Amo mío! Creo que Thomas Covenant ha decidido juntarse de nuevo con los vivos. Sin duda, esto es obra del *Filtro de Diamante*. Salve, ur-Amo Covenant. Bienvenido a nuestra compañía. ¿Sabes, Mhoram, que existe un antiguo relato gigantino acerca de una guerra que fue detenida por el *Filtro de Diamante*? ¿Te

gustaría escucharlo? Puedo contarle en medio día.

—¿De veras? —replicó Mhoram riendo entre dientes—. ¿Y sólo necesitarás medio día para contarle sobre la marcha, mientras cabalgamos?

Vasallodelmar se rió abiertamente.

—En ese caso puedo haber terminado mañana hacia la puesta del sol. Lo digo yo, Corazón Salado Vasallodelmar.

—He oído ese cuento —dijo el Amo Superior Prothall—. Pero quien lo contaba me aseguró que no fue en realidad el *Filtro de Diamante* lo que puso fin al conflicto. El verdadero freno fue la cháchara gigantina. Cuando los gigantes terminaron de preguntar por las causas de la guerra, los combatientes habían escuchado durante tanto tiempo que no recordaban la respuesta.

—Ah, Amo Superior —cloqueó Vasallodelmar—. No lo entiendes bien. Fueron los gigantes quienes bebieron el *Filtro de Diamante*.

Los guerreros que escuchaban rompieron a reír, y Prothall sonrió mientras subía de nuevo a su montura. Pronto la Búsqueda reemprendió la marcha, y Covenant se situó al lado de Mhoram.

Mientras cabalgaba, Covenant escuchó el ruido que hacía la compañía al avanzar. Los Amos y los Guardianes de Sangre estaban casi enteramente silenciosos, preocupados, pero por encima del fragor sordo de los cascos, podía oír retazos de canciones que entonaban los guerreros. Dirigidos por Quaan, parecían confiados y en ocasiones ansiosos, como si anhelaran someter a prueba sus años de entrenamiento con la Espada.

Algún tiempo después, el Amo Mhoram sorprendió a Covenant al preguntarle sin preámbulo:

—Ur-Amo, como sabes, quedaron en el aire preguntas que el Consejo no te formuló. ¿Puedo hacértelas ahora? Me gustaría saber más acerca de tu mundo.

—Mi mundo. —Covenant tragó saliva. No quería hablar de aquello. No deseaba repetir la penosa experiencia del Consejo—. ¿Por qué?

Mhoram se encogió de hombros.

—Porque cuanto más te conozca, mejor sabré lo que puedo esperar de ti en momentos de peligro, o porque una comprensión de tu mundo podría enseñarme a tratarte adecuadamente, o porque me impulsa simplemente a hacerte esa pregunta la amistad.

Covenant pudo notar el candor en la voz de Mhoram y le fue imposible negarse. Debía a los Amos y a sí mismo alguna clase de sinceridad. Pero aquella era una deuda amarga para él, y no podía encontrar una forma fácil de articular todas las cosas que debería decir. Instintivamente, comenzó a hacer una lista. En su mundo había cáncer, ataques al corazón, tuberculosis, esclerosis múltiples, defectos de nacimiento, lepra... Había enfermedades venéreas, alcoholismo, drogadicción,

violación, robo, asesinatos, malos tratos a los niños, genocidio... Pero no podía soportar la exposición de un catálogo de aflicciones que podría extenderse eternamente. Al cabo de un momento, se alzó en sus estribos e hizo un gesto que abarcaba las ásperas colinas.

—Probablemente lo ves mejor que yo, pero incluso yo puedo decir que esto es hermoso... Está vivo, a la manera en que debe estarlo. Esta clase de hierba es amarilla, rígida y delgada..., pero puedo ver que es saludable. Pertenece aquí, a esta clase de suelo. ¡Por todos los diablos! Incluso puedo ver qué época del año es mirando el polvo. Puedo ver la primavera.

»En el mundo de donde vengo no vemos... Si no conoces el ciclo anual de las plantas, no puedes ver la diferencia entre la primavera y el verano. Si careces de una... una norma de comparación, no puedes reconocer... Pero el mundo es hermoso, lo que queda de él, lo que no hemos dañado. —Imágenes de Haven Farm cruzaron por su mente sin que pudiera alejarlas, y tampoco pudo evitar la mordacidad de su tono al concluir—: También nosotros tenemos belleza. La llamamos «paisaje».

—«Paisaje» —repitió Mhoram—. La palabra es desconocida para mí, pero me gusta como suena. —Covenant se sintió extrañamente estremecido, como si acabara de mirar por encima del hombro y hubiera descubierto que estaba demasiado cerca de un precipicio—. Significa que la belleza es algo adicional —dijo con voz ronca—. Es bonita, pero podemos vivir sin ella.

—¿Sin ella? —Los ojos de Mhoram brillaron llenos de asombro.

Y tras él, Vasallodelmar se mostró no menos sorprendido.

—¿Vivir sin belleza? ¡Ah, amigo mío! ¿Cómo puedes evitar la desesperación?

—No creo que lo hagamos —musitó Covenant—. Algunos de nosotros son sencillamente testarudos.

Entonces guardó silencio. Mhoram no le hizo más preguntas, y él siguió rumiando sus pensamientos hasta que el Amo Superior Prothall ordenó un alto para descansar.

A medida que el día avanzaba, el silencio de Covenant parecía propagarse a la compañía. Las chanzas y canciones del Eoman se desvanecieron gradualmente hasta desaparecer. Mhoram miraba a Covenant curiosamente de soslayo, pero no hizo esfuerzo alguno para reanudar su conversación. Y Prothall parecía tan sombrío como los Guardianes de Sangre. Al cabo de algún tiempo, Covenant supuso la causa de su reticencia. Aquella noche, el satélite ensangrentado entraba por primera vez en la fase de luna llena.

Un estremecimiento recorrió a Covenant. Aquella noche sería una especie de prueba del poder del Babeante. Si el Ente de la cueva podía mantener aquel enrojecimiento incluso con la luna llena, entonces los Amos tendrían que admitir que su poder no tenía límites discernibles. Y semejante poder generaría ejércitos, casi con

toda seguridad habría ya producido saqueadores para alimentar el gusto del Babeante por el pillaje. Entonces la compañía tendría que luchar para abrirse paso. Estremeciéndose, Covenant recordó su breve encuentro con el Babeante en la caverna de Kiril Threndor. Como sus compañeros, se sintió sumido en la inquietante espera de lo que podría revelar la noche.

Sólo Variol y Tamarantha parecían ajenos al estado de ánimo generalizado. Ella parecía medio dormida, y cabalgaba despreocupadamente, confiando en que el ranyhyn la mantuviera en su lomo. Su marido iba erguido, cogiendo firmemente las riendas, pero el labio inferior le colgaba y tenía la mirada perdida. Ambos parecían frágiles. Covenant sintió que podía notar la fragilidad de sus huesos. Pero sólo ellos entre todos los demás se despreocupaban por la proximidad de la noche, o no comprendían lo que podía aguardarles.

Los jinetes acamparon antes de que anoheciera en el lado norte de una agreste colina, parcialmente protegida de la brisa constante del sudoeste. El aire se había enfriado, como si el invierno hubiera hecho una insólita visita al lugar, y el viento hacía estremecer los corazones de los viajeros. En silencio, algunos de los guerreros alimentaron y cepillaron sus caballos, mientras que otros preparaban una frugal cena en un fuego encendido por Birinair con una de sus varas de *lillianrill* y algunas ramas secas. Los ranyhyn se alejaron galopando para pasar la noche entregados a algún juego o rito secreto, y los demás caballos quedaron trabados, mientras los Guardianes de Sangre vigilaban y el resto de la compañía se acurrucaba en sus túnicas alrededor del fuego. Cuando los últimos resplandores del sol se esfumaron en el cielo, la brisa se transformó en un viento de considerable fuerza.

Covenant deseaba sentir la camaradería con que se había iniciado el día, pero no podía suplir la carencia por sí mismo. Tuvo que esperar hasta que el Amo Superior Prothall se levantó para enfrentarse a los recelos de la Búsqueda.

Apoyado firmemente en su bastón, empezó a cantar el himno de Vísperas de Piedra Deleitosa. Mhoram se unió a ellos, seguido por Variol y Tamarantha, y pronto todo el Eoman estuvo en pie, añadiendo los variados registros de sus voces a la canción. Permanecieron allí bajo el cielo severo, veinticinco seres que entonaban como testigos:

*Siete infiernos para la fe perdida,
Para los traidores al Reino, hombre y espectro:
Y un solo Amo valiente para enfrentarse a la condenación
Para evitar que la negra plaga impida el florecer de la belleza.*

Elevaron sus voces valientemente, y su melodía fue contrapunteada por la voz de tenor de Vasallodelmar. Cuando finalizaron, se sentaron de nuevo y empezaron a hablar en voz baja, como si el himno fuese cuanto necesitaban para recuperar su

ánimo.

Covenant se quedó sentado, mirándose las manos nudosas. Sin apartar la mirada de ellas, supo en qué momento salió la luna. Notó la rigidez repentina a su alrededor cuando el primer brillo carmesí apareció en el horizonte. Pero se mordió el labio inferior y no alzó la vista. La respiración de sus compañeros se aceleró. Lentamente, un velo rojizo fue extendiéndose sobre la luz de la fogata, pero Covenant permaneció con la mirada fija en sus nudillos como si estudiara cómo palidecían.

Entonces oyó el susurro ahogado del Amo Mhoram.

—*Melenkurion*.

Supo que la luna nueva era roja, teñida como si su profanación fuese completa, tan sangrienta como si el cielo de la noche hubiera sido acuchillado en el corazón. Notó que la luz bañaba su cara, y su mejilla se contrajo con un gesto de revulsión.

Un instante después, oyó un lamento distante, como un grito de protesta. Tenía un palpito de desolación en el aire helado. A su pesar, Covenant dirigió la mirada a la llanura teñida de sangre. Por un instante, esperó que aquella llamada llenase de alivio a la compañía. Pero nadie se movió. El grito debió proceder de algún animal. Mirando brevemente a la luna llena violada, cambió de postura y desvió la vista, bajándola de nuevo.

Al mirarse otra vez los dedos vio horrorizado que la luz de la luna daba a su anillo una tonalidad rojiza. Parecía como si el metal hubiera sido sumergido en sangre. Su brillo plateado trataba de mostrarse entre el carmesí, pero la luz sangrienta parecía penetrarlo, extinguiéndolo lentamente, pervirtiendo el oro blanco.

Covenant comprendió instintivamente. Permaneció inmóvil un instante, mientras una parte de sí mismo lanzaba imperiosas advertencias a la otra parte que se resistía a inmutarse. Entonces se puso bruscamente en pie, erecto y rígido como si la luna hubiera tirado de él, con los brazos pegados a los costados y los puños cerrados.

—No temas, ur-Amo —dijo detrás de él Bannor—. Los ranyhyn nos avisarán si los lobos suponen algún peligro.

Covenant volvió la cabeza. El Guardián de Sangre tendió un brazo hacia él.

—¡No me toques! —susurró Covenant.

Se apartó de Bannor. Por un instante observó cómo la luna carmesí teñía el rostro del Guardián de Sangre con un matiz de lava vieja. Entonces una inmundada sensación de maldad estalló bajo sus pies, y se precipitó hacia el fuego.

Echándose al suelo, avanzó hacia adelante, ajeno a todo excepto a su necesidad visceral de escapar al ataque. Tras girar sobre sí mismo, sus piernas chocaron con los tizones ardientes. Pero en el mismo momento en que Covenant caía, Bannor se abalanzó hacia él, y cuando tocó el fuego el Guardián de Sangre estaba sólo a un paso de distancia. Cogió la muñeca de Covenant casi en el mismo instante, y tiró de él como si fuera un niño, apartándolo del fuego y ayudándole a incorporarse.

Antes de recobrar el equilibrio, Covenant se enfrentó a Bannor y le gritó de nuevo:

—¡No me toques!

Bannor soltó la muñeca de Covenant y retrocedió un paso.

Prothall, Mhoram, Vasallodelmar y todos los guerreros estaban de pie. Miraban a Covenant sorprendidos, confusos e indignados.

Covenant se sintió súbitamente débil. Le temblaban las piernas, y se arrodilló al lado del fuego. Pensó que el maldito Execrable había sido el autor de aquel ataque de maldad, que lo estaba arrastrando a la perdición. Señaló con un dedo tembloroso el lugar del terreno donde había percibido la maligna sensación.

—Ahí —dijo con voz entrecortada—. Fue ahí. Lo noté.

Los Amos reaccionaron inmediatamente. Mientras Mhoram llamaba a gritos a Birinair, Prothall se acercó rápidamente al lugar que Covenant indicaba. Mascullando palabras que sólo él entendía, tocó el lugar con las puntas de los dedos, como un médico que comprobara el estado de una herida. Entonces se le unieron Mhoram y Birinair. Este último empujó al Amo a un lado, cogió su bastón de *lillianrill* y aplicó su extremo al lugar indicado. Haciendo girar el bastón entre sus palmas, se concentró totalmente en su amada madera.

—Por un momento —murmuró Prothall—, por un momento noté algo... algún recuerdo en la Tierra. Luego pasó más allá de mi alcance. —Suspiró—. Fue terrible.

—Terrible —repitió Birinair, hablando consigo mismo en medio de su concentración. Prothall y Mhoram lo contemplaban mientras las manos le temblaban, a causa de la edad o de la sensibilidad—. ¡Terrible! —gritó abruptamente—. ¡La mano del Asesino Gris! ¿Se atreve a hacer esto?

Se apartó del lugar con tal rapidez que tropezó, y hubiera caído si Prothall no lo hubiese sujetado.

Por un momento, Prothall y Birinair intercambiaron sus miradas como si trataran de comunicarse algún conocimiento que no debiera ser divulgado. Entonces Birinair se liberó del brazo que lo sujetaba y miró a su alrededor como si pudiera ver los fragmentos de su dignidad desparramados a sus pies.

—Puedo levantarme por mí mismo —dijo agriamente—. Aún no soy tan viejo. —Tras lanzar una mirada a Covenant, siguió diciendo en voz más alta—: Crees que soy viejo. Naturalmente. Viejo y estúpido. Piensas que me he metido en una Búsqueda cuando mis huesos deberían descansar junto a la lumbre del hogar, como un tronco. —Señalando al Incrédulo, concluyó—: Pídeselo. Hazlo.

Covenant se había puesto en pie mientras la atención de la compañía se centraba en el estigmatizado, y se había metido las manos en los bolsillos para ocultar el matiz carmesí del anillo. Cuando Birinair le señaló, alzó los ojos del suelo. La angustiada sensación de un presagio retorció su estómago al recordar los ataques que había

sufrido en Andelain, y lo que les siguió.

—Ve de nuevo ahí, ur-Amo —dijo firmemente Prothall. Covenant hizo una mueca y caminó unos pasos hasta poner los pies en el lugar donde había recibido la sensación. Pataleó en el suelo, tratando de prepararse para la sensación de que allí la tierra se había vuelto insegura, inestable. Pero nada ocurrió. Como en Andelain, la maldad se había desvanecido, dejándole con la impresión de que había sido tendida una apariencia superficial de integridad sobre un abismo.

Meneó la cabeza como respuesta a la silenciosa pregunta de los Amos.

—Has sentido eso antes —dijo Mhoram en tono neutro, tras una pausa.

—Sí, varias veces —confesó Covenant haciendo un esfuerzo—. En Andelain, antes de aquel ataque a la Celebración.

—La mano del Asesino Gris te tocó —espetó Birinair, pero no pudo sostener su acusación. Sus huesos parecían recordar la edad que tenían, y el cansancio le hizo encorvarse y apoyarse en su bastón. En un extraño tono de reproche hacia sí mismo, como si pidiera disculpas, musitó—: Naturalmente. Si yo fuera más joven...

Dio media vuelta y se encaminó arrastrando los pies a su yacija, más allá del círculo formado por la compañía.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Mhoram a Covenant severamente.

La pregunta hizo que Covenant se sintiera súbitamente avergonzado, como si su anillo fuera visible a través del tejido de sus pantalones. Hundió los hombros y metió aún más las manos en los bolsillos.

—No quería... Al principio no quería que supierais lo importante que el Execrable y el Babeante creen que soy. Después de aquello —se refirió a su crisis en el recinto con los ojos—, pensaba en otras cosas.

Mhoram aceptó esto con un gesto de asentimiento, y al cabo de un momento Covenant prosiguió:

—No sé qué es, pero sólo me afecta a través de las botas. No puedo tocarlo... con las manos ni los pies.

Mhoram y Prothall intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Incrédulo —dijo el Amo Superior—, la causa de estos ataques rehuye mi comprensión. ¿Por qué tus botas te hacen sensible a esa maldad? No lo sé. Pero o bien el Amo Mhoram o yo mismo debemos permanecer siempre junto a ti, de manera que podamos reaccionar sin tardanza. —Volviendo la cabeza por encima del hombro, dijo—: Primer Signo Tuvor y Puño de Guerra Quaan, ¿habéis oído?

—Sí, Amo Superior —replicó Quaan.

Y desde detrás del círculo se oyó la voz suave de Tuvor:

—Habrá un ataque. Hemos oído.

—Será necesario que estéis preparados —dijo Mhoram en tono sombrío—, y harán falta recios corazones para enfrentarse con pulso firme a una matanza de ur-

viles, lobos y Entes de la cueva.

—Así es —intervino finalmente el Amo Superior—. Pero tales cosas llegarán a su debido tiempo. Ahora debemos descansar y hacer acopio de fuerzas.

Lentamente, la compañía empezó a prepararse para pasar la noche. Tarareando su canto llano gigantino, Vasallodelmar se tendió en el suelo y rodeó con un brazo su recipiente de cuero que contenía *Filtro de Diamante*. Mientras los Guardianes de Sangre se apostaban para vigilar, los guerreros extendieron mantas para ellos y los Amos. Covenant se acostó un tanto cohibido, como si notase que la compañía lo observaba, y agradeció que las mantas le ayudaran a ocultar su anillo. Sentía demasiado frío para poder dormir, y permaneció gran parte de la noche despierto. Las mantas no impedían la gelidez que emanaba de su anillo.

Pero hasta que finalmente concilió el sueño, pudo oír el tarareo de Vasallodelmar y ver a Prothall sentado junto a las pavesas del fuego. El gigante y el Amo Superior vigilaban juntos, como dos viejos amigos del Reino atentos al peligro que se cernía sobre ellos.

El día siguiente amaneció gris y desabrido, con el cielo cubierto de nubes cenicientas. Covenant cabalgó inclinado en su silla como si tuviera un peso alrededor del cuello. El anillo había perdido su tinte rojizo cuando la luna se puso, pero el color permanecía en la mente de Covenant, y el anillo parecía arrastrarle hacia abajo, como un crimen sin sentido. Impotente, percibía que una fidelidad que él no había elegido, que no podía haber elegido, le era impuesta contra su voluntad. La evidencia parecía irrefutable. Como la luna, también él estaba siendo presa de las maquinaciones del Amo Execrable. Su voluntad era innecesaria; los hilos que lo movían eran lo bastante fuertes para superar toda resistencia.

No podía comprender cómo era posible que le sucedieran tales cosas. ¿Tan fuerte era su deseo de muerte, su fatiga o desesperación de leproso? ¿Qué se había hecho de su obstinado instinto de supervivencia? ¿Dónde estaban su cólera y su violencia? ¿Había sido una víctima durante tanto tiempo que ahora sólo podía reaccionar como una víctima, incluso ante sí mismo?

No tenía respuestas. No estaba seguro de nada excepto del temor que lo acometía cuando la compañía hacía alto a mediodía. Descubrió que no quería descender del lomo de Dura.

Desconfiaba del terreno, temía el contacto con él. Había perdido una confianza fundamental: su fe en que la tierra era estable —una fe tan obvia, constante y necesaria de la que hasta entonces no había sido consciente— se había desmoronado. El suelo ciego y silente se había convertido en una mano oscura que le buscaba malevolente sólo a él.

Sin embargo, hizo un esfuerzo para bajar de la silla de montar. Puso pie en el suelo... y recibió de nuevo la maligna sensación. Esta vez la virulencia conmocionó

sus nervios, y apenas pudo mantenerse en pie mientras observaba cómo Prothall, Mhoram y Birinair trataban de notar lo que él había sentido. Pero no lo lograron. Aquella sensación maligna desaparecía en cuanto Covenant se apartaba de ella.

Aquella noche, durante la cena, fue atacado de nuevo. Cuando fue a acostarse para ocultar su anillo a la luna, temblaba como si tuviera fiebre. La mañana del sexto día se levantó con el rostro ceniciento y una patética expresión en su mirada. Antes de que pudiera montar a Dura fue atacado de nuevo.

Lo mismo sucedió durante uno de los altos de la compañía para descansar, y otra vez cuando su desesperación fue suficiente para desmontar al terminar el recorrido de la jornada. La maldad era como otro clavo en la tapa de su ataúd. Esta vez sus nervios reaccionaron con tal violencia que acabó cayendo al suelo, como una demostración de futilidad. Tuvo que permanecer largo tiempo tendido antes de poder controlar de nuevo sus brazos y piernas, y cuando finalmente se puso en pie de nuevo, se sobresaltaba lleno de miedo a cada paso que daba. Jadeando, se repetía a sí mismo que aquello era patético, pero no hallaba modo de evitarlo.

Vasallodelmar, cuya mirada mostraba una enorme preocupación, le preguntó por qué no se quitaba las botas. Covenant tuvo que pensar un momento antes de que pudiera recordar la razón.

—Forman parte de mí —murmuró—, son parte de la manera en que he de vivir. No es mucho lo que me queda. Y además —añadió débilmente—, si no sigo teniendo estos ataques, ¿cómo va a descubrir Prothall qué son?

—No hagas tal cosa por nosotros —le replicó resueltamente Mhoram—. ¿Cómo podríamos pedírtelo?

Pero Covenant se limitó a encogerse de hombros y fue a sentarse junto al fuego. Aquella noche no pudo probar bocado. La mera idea de la comida le hacía sentir náuseas, pero probó algunas *alianta* de un arbusto cercano al campamento y descubrió que tenían un efecto calmante. Comió un puñado de bayas, arrojando distraídamente las semillas al suelo, tal como Lena le había enseñado, y regresó al lado del fuego.

Cuando la compañía terminó de cenar, Mhoram se sentó junto a Covenant.

—¿Cómo podemos ayudarte? —le preguntó sin mirarle—. ¿Deberíamos construir una litera para que no tengas que tocar el suelo? ¿O existen otras maneras? Quizá uno de los relatos de Vasallodelmar alegraría tu corazón. He oído jactarse a los gigantes de que el mismo Despreciativo se convertiría en Amigo de la Tierra si fuera posible hacerle escuchar la historia de Bahgoon el Insoportable y Thelma Dospuños..., tal efecto curativo tienen esas historias. —Abruptamente, Mhoram se volvió para mirarle a la cara, y Covenant vio que la expresión del Amo reflejaba una enorme simpatía—. Veo cuánto sufres, ur-Amo.

Covenant bajó la cabeza para evitar la mirada de Mhoram, asegurándose de que

tenía la mano izquierda a buen recaudo en el bolsillo.

—Háblame del Creador —le pidió en un tono distante, al cabo de un momento.

—Ah —suspiró Mhoram—, no sabemos si existe realmente un Creador. Nuestro único conocimiento de un ser semejante procede de las más remotas leyendas. Conocemos al Despreciativo, pero no al Creador.

Entonces Covenant tuvo un ligero sobresalto al oír que intervenía la Ama Tamarantha.

—Claro que lo conocemos. Ah, la locura de los jóvenes. Mhoram, hijo mío, todavía no eres un profeta. Debes aprender esa clase de valor. —Lentamente hizo acopio de fuerzas para ponerse en pie, apoyándose en su bastón. Los mechones de su escaso cabello blanco colgaban alrededor de su rostro mientras se movía para entrar en el círculo sentado ante el fuego y musitaba con voz frágil—: Los oráculos y la profecía son incompatibles. Según la ciencia de Kevin, sólo Corazón Fuerte, el Amo Fundador fue vidente y profeta. Las almas inferiores pierden la paradoja. Desconozco la razón. Pero cuando Kevin Pierdetierra tomó la terrible decisión de invocar el Ritual de Profanación, salvó a la Guardia de Sangre, los ranyhyn y los gigantes porque era un oráculo. Y porque no era profeta no logró ver que el Amo Execrable sobreviviría. Fue un hombre inferior a Berek. Naturalmente que existe el Creador.

Miró a Variol en busca de confirmación, y el anciano asintió, pero Covenant no podía decir si aprobaba aquellas palabras o movía la cabeza al dormitar. Pero Tamarantha asintió a su vez, como si Variol lo hubiera apoyado. Alzó la cabeza al cielo nocturno y las estrellas, y habló con su frágil voz.

—Naturalmente que existe el Creador —repitió—. ¿Cómo podría ser si no? Los opuestos se necesitan mutuamente. De lo contrario se pierde la diferencia y sólo permanece el caos. No, no puede haber Maldad sin Creación. Es mejor preguntar cómo el Creador pudo haber olvidado eso cuando creó la Tierra. Pues si no lo olvidó, entonces la Creación y la Maldad coexisten en ese ser único, y él no lo supo.

»He aquí lo que nos dicen las leyendas: Antes de que el Tiempo fuera creado llegó el Creador a la infinitud, como un trabajador a su taller. Y dado que está en la naturaleza de la creación desear lo perfecto, el Creador se volcó en la tarea. Primero construyó el arco del Tiempo, de modo que su creación tuviera un lugar en donde estar..., y como piedra angular de ese arco forjó la magia indómita, de manera que el Tiempo pudiera resistir el caos y perdurar. Entonces formó la Tierra dentro del arco. Trabajó durante eras, formó y desbarató, juzgó, probó, rechazó, y juzgó y probó de nuevo, de modo que cuando terminara su creación no tuviera nada que reprocharle. Y cuando la Tierra le pareció bien, creó a sus habitantes, seres que lograrían en sus vidas su anhelo de perfección... y no descuidó darles los medios para que se esforzaran por sí mismos hacia la perfección. Cuando hubo terminado, estaba orgulloso como sólo puede estarlo quien crea.

»¡Ay! No comprendió la Maldad, o la olvidó. Emprendió su tarea pensando que un trabajo perfecto era todo lo que necesitaba para crear la perfección. Pero cuando terminó y su orgullo saboreó la primera satisfacción, miró atentamente la Tierra, creyendo gozar con la visión... y se consternó, pues ¡mira!, enterradas en lo más profundo de la Tierra, no deseadas ni formadas por él, había ponzoñas de destrucción, poderes lo bastante fuertes para convertir en polvo su obra maestra.

»Entonces comprendió o recordó. Quizá encontró a la Maldad misma a su lado, descarriando su mano. O quizá vio el daño en sí mismo. No importa. Se sintió lleno de aflicción y orgullo herido. En su furor, luchó con la Maldad, ya dentro o ya fuera de él, y la arrojó de la infinitud del Cosmos, hacia la Tierra.

»Pero ¡ay!, de ese modo el Despreciativo quedó aprisionado en el Tiempo. Y así la creación del Creador se convirtió en el mundo del Despreciativo, para atormentar a su placer. Pues la misma Ley del Tiempo, el principio del poder que hizo posible el arco, actuó para preservar al Amo Execrable, como ahora le llamamos. Esa Ley requiere que ningún acto pueda deshacerse. No es posible volver atrás cuando se ha incurrido en la profanación; la corrupción no puede retractarse. Puede sobrevivirse a ella o ser curado de ella, pero no es posible negarla. En consecuencia, el Amo Execrable ha afligido a la Tierra, y el Creador no puede detenerlo..., pues fue el acto del Creador lo que trajo aquí la Maldad.

»Lleno de dolor y humildad, el Creador vio lo que había hecho. Y a fin de que la difícil situación de la Tierra tuviera alguna esperanza de arreglo, trató de ayudar a su creación por caminos indirectos. Orientó al Amo Fundador para que confeccionara el Bastón de la Ley, un arma contra la Maldad. Pero la misma Ley de la creación de la Tierra no permite nada más. Si el Creador tratara de silenciar al Amo Despreciativo, ese acto destruiría el Tiempo, y entonces el Despreciativo estaría de nuevo libre en la infinitud, libre para cometer cuantas maldades deseara.

Tamarantha hizo una pausa. Había contado su relato con sencillez, sin retórica, gesticulaciones ni el menor signo de pasión. Pero por un instante su frágil voz convenció a Covenant de que el universo estaba en juego, de que su propia lucha era sólo un microcosmos de un conflicto mucho mayor. Durante aquel momento esperó en suspenso lo que la mujer diría a continuación.

Poco después, ella bajó la cabeza y fijó en Covenant su decrepita mirada.

—Así llegamos a la mayor de las pruebas —dijo casi en un susurro—. La magia indómita está aquí. Con una sola palabra nuestro mundo puede recibir un golpe mortal en el corazón. No te equivoques. —Se estremeció—. Si no podemos ganar a este Incrédulo para nuestra causa, entonces la Tierra acabará convertida en una ruina.

Covenant no podía decir si la voz de la mujer temblaba a causa de la edad o porque tenía miedo.

Se aproximaba la salida de la luna. Covenant fue a acostarse para evitar exponer

la alteración de su anillo. Con la cabeza bajo las mantas, contempló la negrura, vio cuando salía la luna por el resplandor sangriento de su anillo. El metal parecía mucho más teñido que dos noches antes, A cubierto bajo la manta, Covenant lo miraba fijamente, como hechizado. Y cuando al fin se durmió, estaba tan rendido como si hubiera sufrido un terrible interrogatorio.

A la mañana siguiente logró montar a Dura sin ser atacado, y no le avergonzó gimotear de alivio. Aquel día Prothall rompió su costumbre habitual y no ordenó un alto al mediodía. La razón resultó clara cuando los jinetes llegaron a lo alto de un cerro y vieron ante ellos el río Aliviaalmas. Cabalgaron por el áspero llano e hicieron que los caballos vadearan el río antes de detenerse para descansar. Y una vez más Covenant no fue atacado cuando puso pie en el suelo.

Pero el resto del día contrastó sombríamente con aquel inexplicable respiro. A escasas leguas más allá del Aliviaalmas, la Búsqueda llegó a un resguardo por primera vez. Recordando que Covenant había hablado de un waynhim asesinado, Prothall envió a los Guardianes de Sangre, Korik y Terrel, que protegían al Amo Mhoram, al resguardo. La investigación sólo fue necesaria como confirmación. Incluso Covenant en su apurada condición pudo ver el descuido y notar el olor del abandono. El verde refugio de los viajeros se había vuelto marrón y acre. Cuando Korik y Terrel regresaron, sólo pudieron informar de lo que la compañía había ya percibido: el resguardo estaba desatendido.

Los Amos recibieron esta noticia con semblantes severos. Sin duda habían temido que el asesinato descrito por Covenant impulsaría a los Waynhim a poner fin a su servicio. Pero varios guerreros se lamentaron, aturcidos y consternados, y Vasallodelmar hizo rechinar sus dientes. Covenant miró al gigante, y por un instante vio que su rostro estaba encendido de ira. Aquella expresión desapareció rápidamente, pero dejó en Covenant una sensación de inquietud. Inesperadamente, notó que la intachable lealtad de los gigantes al Reino era peligrosa: juzgaba con celeridad.

Así, al final del séptimo día, cayó el abatimiento sobre la compañía, un abatimiento que la luna sólo podía agravar, con su rojez y corrupción, como si colorease la noche con la convicción de un desastre. Sólo Covenant sintió algún alivio. Una vez más, la maldad que lo acechaba personalmente, lo había dejado en paz. Pero al día siguiente los jinetes llegaron a la vista de Andelain. Su camino discurría por las laderas de los cerros hacia el lado sudoccidental, y a pesar del cielo grisáceo la riqueza de Andelain resplandecía como la gema más orgullosa de la Tierra, haciendo que los miembros de la compañía se sintieran ligeros, afectando a la búsqueda como un vívido panorama de lo que el Reino había sido antes de la Profanación.

Covenant necesitaba aquel sosegado consuelo tanto como cualquiera, pero le fue

negado. Mientras tomaba el desayuno, fue atacado de nuevo por la maldad que se manifestaba en el suelo. El respiro del día anterior sólo parecía multiplicar la virulencia del ataque. Estaba lleno de malevolencia, como si la tregua lo hubiera frustrado, intensificando su malignidad. La sensación de maldad dejó a Covenant lleno de zozobra.

Durante uno de los altos para descansar fue atacado de nuevo.

Y aquella noche, mientras se preparaba una cena a base de *aliantha*, se repitió el ataque. Esta vez la malignidad del ataque fue de tal magnitud que Covenant perdió el conocimiento durante algún tiempo. Cuando recobró la conciencia, se encontró en brazos de Vasallodelmar, como un niño. Notó vagamente que había tenido convulsiones.

—Quítate las botas —le instó resueltamente el gigante.

Una especie de niebla envolvía los sentidos de Covenant y embotaba sus reacciones. Pero hizo acopio de lucidez para preguntar por qué.

—¿Por qué? ¡Piedra y Mar, amigo mío! Si me haces esa clase de pregunta, ¿cómo puedo responderte? Pregúntate tú mismo. ¿Qué ganas soportando semejante maldad?

—Yo mismo —murmuró Covenant débilmente—. Resistiendo.

No deseaba más que recostar la cabeza en los brazos del gigante y dormir, pero luchó contra aquel deseo y trató de liberarse de Vasallodelmar, hasta que el gigante lo depositó en el suelo junto al fuego de *lillianrill* que había preparado Birinair. Por un momento tuvo que agarrarse del brazo de Vasallodelmar para mantenerse en pie, pero luego uno de los guerreros le dio su bastón, y se apoyó en él. Sin embargo, tenía plena conciencia de que flaqueaba su resistencia. Se sentía débil, como si sus huesos se fundieran bajo la tensión. Sus botas se habían convertido en el vano símbolo de una intransigencia que ya no sentía.

Vasallodelmar comenzó a objetar, pero Mhoram le detuvo.

—Se trata de su elección —dijo el Amo en voz baja.

Poco después, Covenant cayó en un sueño enfebrecido. No supo que le trasladaban con ternura a la yacija, ni supo que Mhoram le vigiló durante toda la noche y vio la mancha sangrienta de su alianza matrimonial.

Mientras dormía alcanzó una especie de punto crítico, y se despertó con la sensación de que había perdido, de que su capacidad de resistencia había salido perdiendo en una apuesta a cara o cruz. Su garganta estaba reseca como un campo de batalla. Cuando se obligó a abrir los ojos, se encontró de nuevo postrado en brazos de Vasallodelmar. A su alrededor la compañía se disponía a montar para partir de nuevo.

Al ver que Covenant abría los ojos, Vasallodelmar se inclinó sobre él y le dijo con suavidad:

—Preferiría llevarte en mis brazos a verte sufrir. Nuestro viaje hasta las Defensas de los Amos fue más fácil para mí que ver tu estado actual.

Covenant hizo un esfuerzo para mirar al gigante. El rostro de Vasallodelmar mostraba tensión, pero no la tensión del agotamiento, sino que más bien parecía una presión que crecía en su mente, una presión que parecía abombar la fortaleza de su frente. Covenant lo miró en silencio un largo momento antes de percatarse de que el gigante expresaba simpatía. La visión de su propio dolor hacía que el pulso de Vasallodelmar le latiera en sus sienes.

¿Los gigantes?, se preguntó Covenant. ¿Son todos así? ¿Llenos de ternura y humildad, como indicaba su mismo nombre, «Vasallo», tan contradictorio con la poderosa mole de su cuerpo?

Covenant empezó a moverse débilmente, tratando de liberarse de los brazos del gigante. Pero Vasallodelmar lo retuvo, impidiéndole en silencio que pusiera los pies en el suelo.

Entonces intervino el Amo Mhoram.

—Bájalo —le ordenó con sombría determinación.

—Sí, bájame —dijo Covenant.

Las espesas cejas de Vasallodelmar oscilaron cuando frunció el ceño, pero se limitó a preguntar:

—¿Por qué?

—Porque yo lo he decidido —replicó Mhoram—. No nos moveremos de este lugar hasta que comprendamos lo que le ocurre a nuestro ur-Amo Covenant. He pospuesto demasiado este riesgo. La muerte se apresta a nuestro alrededor. Déjalo en el suelo. —Sus ojos brillaron peligrosamente.

Aun así Vasallodelmar vaciló hasta que vio que el Amo Superior Prothall hacía un gesto de asentimiento en apoyo de Mhoram. Entonces colocó a Covenant en posición vertical y lo depositó suavemente en el suelo. Por un instante, sus manos descansaron protectoramente sobre los hombros de Covenant. Luego retrocedió.

—Ahora, ur-Amo —dijo Mhoram— dame tu mano. Permaneceremos juntos hasta que sientas la maldad, y yo la sentiré a través de ti.

Al oír estas palabras, un ramalazo de pánico cruzó el pecho de Covenant. Se vio a sí mismo reflejado en los ojos de Mhoram, se vio de pie, solitario, con lo que había perdido escrito en su rostro. Aquella expresión de pérdida le consternó. En aquel diminuto rostro reflejado percibió abruptamente que si los ataques continuaban, sin poder evitarlo aprendería a disfrutar de la sensación de horror y repugnancia que le daban. Había descubierto una frontera en el narcisismo de la revulsión, y Mhoram le pedía que se arriesgara a cruzarla.

—Vamos —instó el Amo, extendiendo la mano derecha—. Debemos comprender esta maldad si hemos de resistirla.

En un gesto de desesperación, Covenant tendió su mano. Las palmas de los dos hombres se tocaron, y se cogieron por sus pulgares respectivos. A Covenant le

pareció que los dos únicos dedos de su mano eran débiles, inútiles para el propósito de Mhoram, pero la presa del Amo era potente. Mano con mano, como combatientes, permanecieron allí como si estuvieran dispuestos a luchar con un cruel espíritu.

El ataque se produjo casi en seguida. Covenant gritó, se agitó como si algo tirase violentamente de sus músculos, pero no se apartó. En el primer instante, la fuerte presa de Mhoram le sostuvo. Luego el Amo pasó un brazo alrededor de Covenant y lo atrajo hacia su pecho. La violencia que acosaba a Covenant golpeó al Amo, pero éste se mantuvo firme, sin aflojar su abrazo.

El ataque pasó con tanta rapidez como había llegado. Lanzando un gemido, Covenant se abatió en los brazos de Mhoram. Éste lo abrazó hasta que pudo moverse por sí mismo. Entonces, lentamente, el Amo lo soltó. Por un momento, sus rostros parecieron curiosamente similares, ambos sudorosos y con la misma expresión perturbada. Pero poco después Covenant exhaló un suspiro que le hizo estremecer, Mhoram enderezó sus hombros y la similitud se desvaneció.

—He sido un estúpido —dijo Mhoram—. Debí haberlo sabido... Esa maldad es Lombrizderoca Babeante, que se extiende con el poder que le da el Bastón para buscarte. Puede notar tu presencia por el contacto de tus botas en el suelo, porque son distintas a todo lo que existe en el Reino. Así sabe donde estás y, en consecuencia, dónde nos hallamos nosotros.

»Supongo que no fuiste tocado el día que cruzamos el Aliviaalmas porque el Babeante esperaba que avanzásemos hacia él por el río, y nos buscaba en el agua en vez de hacerlo en tierra. Pero comprendió su error, y ayer recuperó el contacto contigo.

El Amo se interrumpió para que sus palabras penetraran bien en Covenant.

—Ur-Amo —concluyó—, por el bien de todos y del Reino no debes calzar esas botas. El Babeante ya sabe demasiado de nuestros movimientos. Sus sirvientes están en todas partes.

Covenant no respondió. Las palabras de Mhoram parecieron minar sus últimas fuerzas. La prueba había sido excesiva para él. Con un suspiro, se desvaneció en los brazos del Amo. Por eso no vio con qué cuidado le quitaban las botas, le desnudaban y sus prendas eran empaquetadas en las bolsas adheridas a la silla de Dura, con qué ternura los Amos lavaban sus miembros y lo vestían con una túnica de rica seda, con qué tristeza le quitaron el anillo del dedo y lo pegaron en un nuevo parche de *clingor* que aplicaron a su pecho, con qué suavidad Corazón Salado Vasallodelmar lo acunó entre sus brazos durante toda la larga marcha de aquel día. Permaneció sumido en la oscuridad, como un sacrificio; podría oír el ruido de los dientes de la lepra que devoraba su carne. Flotaba un olor de desprecio a su alrededor, insistiendo en su impotencia. Pero sus labios se arqueaban en una sonrisa plácida, afectuosa, como si al fin hubiera llegado a aprobar su desintegración.

Aquella noche, al despertar, siguió sonriendo y contempló el resplandor fantasmal de la luna. Lentamente, su sonrisa se convirtió en una tensa mueca, que lo mismo podía expresar felicidad que odio. Pero entonces entre él y la luna se interpuso la gran mole de Vasallodelmar. Las enormes palmas del gigante, cada una de ellas tan grande como el rostro de Covenant, acariciaron tiernamente su cabeza, y al cabo de un tiempo aquellas caricias ejercieron un efecto sedante. La expresión de odio desapareció de su mirada, su rostro se relajó, abandonó el tormento para entrar en el reposo, y pronto quedó sumido en un sueño menos peligroso.

Al día siguiente —el décimo de la Búsqueda— se despertó sosegado, como si estuviera suspendido en insensible tregua o éxtasis entre exigencias irreconciliables. No obstante, tenía apetito. Dio cuenta de un copioso desayuno y se acordó de dar las gracias a la mujer fustariana que parecía haberse asignado voluntariamente la tarea de atenderlo. Aceptó su nueva vestimenta con un lastimoso encogimiento de hombros, observando en silencio, con un leve sarcasmo, con qué facilidad, después de todo, podía desnudarse... y cómo la túnica blanca se adaptaba a su flaco cuerpo como si estuviera hecha precisamente para él. Entonces, en silencio, montó a lomos de Dura.

Sus compañeros lo miraban como si temieran que se cayese. Estaba más débil de lo que había creído. Necesitó la mayor parte de su concentración para sostenerse en la silla, pero pudo hacer frente a la situación. Gradualmente, los miembros de la Búsqueda empezaron a creer que estaba fuera de peligro. Cabalgó entre ellos bajo el sol y el cálido aire primaveral, a lo largo del borde florecido de Andelain, debilitado e indiferente, como si estuviera atrapado entre imposibilidades.

XVII

FINAL EN LLAMAS



quella noche la compañía acampó en un estrecho valle entre dos cerros rocosos, a media legua de los espesos herbazales de Andelain. Los guerreros estaban alegres, habían recobrado ánimos tras la tensión de los últimos días, y contaban relatos o entonaban canciones a la callada audiencia de Amos y Guardianes de Sangre. Aunque los Amos no participaban, parecían contentos de escuchar, y varias veces se oyó la risa contenida de Mhoram y Quaan.

Pero Covenant no compartía el júbilo del Eoman. Un profundo desconcierto impedía que aflorasen sus emociones, y se sentía ajeno a los demás, incommovible. Finalmente fue a acostarse antes de que los guerreros hubieran terminado su última canción.

Poco tiempo después lo despertó el contacto de una mano en su hombro. Abrió los ojos y vio a Vasallodelmar que se inclinaba hacia él. La luna casi se había ocultado.

—Levántate —le susurró el gigante—. Los ranyhyn nos han informado de que los lobos nos acechan, y es posible que los ur-viles estén detrás de ellos. Debemos ir.

Covenant parpadeó soñoliento ante el rostro del gigante sumido en la oscuridad.

—¿Por qué? ¿No nos seguirán?

—Apresúrate, ur-Amo. Terrel, Korik y tal vez un tercio del Eoman de Quaan se quedarán aquí para tenderles una emboscada. Harán que se dispersen. Ven.

Pero Covenant insistió en sus objeciones.

—¿Y qué? Se limitarán a retroceder y luego nos perseguirán de nuevo. Déjame dormir.

—Amigo mío, pones a prueba mi paciencia. Levántate y te lo explicaré.

Exhalando un suspiro, Covenant apartó las mantas. Mientras se anudaba la faja de su túnica, se calzaba las sandalias y cogía su bastón y el cuchillo, su asistente fustariana recogió las ropas de cama y las empaquetó. Luego llevó a Dura hasta él.

Montó entre los miembros expectantes de la compañía, y luego se dirigió con Vasallodelmar hacia el centro del campamento, donde los Amos y los Guardianes de Sangre ya habían montado. Cuando los guerreros estuvieron preparados, Birinair apagó los últimos rescoldos del fuego y subió rígidamente a su caballo. Poco después, los jinetes dieron la vuelta y enfilaron el estrecho valle, orientándose en su camino a través del abrupto terreno por los restos de luz rojiza de la luna.

El terreno bajo los cascos de Dura parecía sangre que se coagulaba lentamente, y

Covenant cogió su anillo para preservarlo de la luz carmesí. A su alrededor la compañía avanzaba en completo silencio, conteniendo el aliento y amortiguando de inmediato el sonido metálico de las espadas cada vez que rozaban algo. Los ranyhyn eran tan silenciosos como sombras, y en sus anchos lomos los Guardianes de Sangre se sentaban como estatuas, eternamente alertas e inanimados.

Entonces se ocultó la luna. La oscuridad constituyó un alivio, aunque pareció aumentar los peligros de su huida. Pero los ranyhyn rodeaban y guiaban a la compañía, y los poderosos caballos eligieron un camino por el que las demás monturas avanzaban seguras entre ellos.

Cuando llevaban recorridas dos o tres leguas, el talante de la Búsqueda varió un poco. No escuchaban ningún ruido que señalara la persecución ni tenían sensación alguna de peligro. Finalmente Vasallodelmar le dio a Covenant la explicación que le había prometido.

—Es sencillo —susurró el gigante—. Después de dispersar a los lobos, Korik y Terrel irán por un camino alejado de nosotros. Se dirigirán directamente a Andelain y torcerán al este, hacia el monte Trueno, hasta que los perseguidores se hayan confundido. Entonces regresarán y se unirán de nuevo a nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Covenant en voz baja.

El Amo Mhoram intervino entonces para dar la explicación.

—Dudamos de que el Babeante pueda comprender nuestro propósito. —Covenant no podía notar la presencia del Amo tan intensamente como la de Vasallodelmar, de modo que la voz de Mhoram parecía desencarnada en la oscuridad, como si fuera la misma noche quien hablaba. Aquella impresión parecía contradecir sus palabras, como si, al no ser posible la verificación de su presencia física, lo que el Amo decía fuese vano—. Gran parte de nuestra Búsqueda puede parecerle temeraria o absurda. Dado que tiene en su poder el Bastón, estaríamos locos si nos acercáramos a él. Pero si, pese a todo, estamos dispuestos a acercarnos, entonces nuestra ruta hacia el sur es absurda, dado que es muy larga, mientras que el poder del Babeante aumenta a diario. Esperará que giremos al este, hacia él, o al sur, hacia el Retiro de la Perdición, y huyamos. Korik y Terrel darán a los exploradores del Babeante razón para creer que hemos vuelto para atacar. Si él no está seguro de donde nos encontramos, no supondrá nuestro verdadero propósito. Nos buscará en Andelain, y tratará de reforzar sus defensas en el Monte Trueno. Al creer que hemos vuelto para atacarle, también cree que hemos dominado el poder de tu oro blanco.

Covenant reflexionó unos instantes antes de responder:

—¿Qué va a hacer el Execrable mientras dure todo esto?

—Ah —suspiró Mhoram—, ésa es la cuestión. De eso depende el destino de nuestra Búsqueda... y del Reino. —Permaneció en silencio largo tiempo—. En mis sueños lo veo reír.

Covenant se estremeció al recordar la risa horrenda del Execrable, y guardó silencio. Los jinetes avanzaron en la oscuridad, confiándose a los instintos de los ranyhyn. Al llegar el alba, habían dejado muy atrás su emboscada para los lobos.

La compañía necesitó otros cuatro días de duro viaje, a razón de quince leguas al día, para llegar al río Mithil, el límite meridional de Andelain. La Búsqueda avanzó sesenta leguas al sureste sin tener indicios de lo que había acontecido al grupo de Korik. En total, sólo ocho personas habían dejado la compañía. Pero, de algún modo, sin ellos la Búsqueda parecía disminuida y débil. La preocupación del Amo Superior y sus compañeros parecía comunicarse al ruido de los cascos de sus caballos y resonaba en el silencio establecido entre ellos, como un catafalco vacío.

Ya había desaparecido la alegría de los guerreros cuando Andelain estaba a menos de una legua a su izquierda. Desde el alba hasta el anochecer todas las miradas escrutaban los horizontes orientales, pero no vieron más que un vacío que nunca era llenado por los jinetes de Korik. Una y otra vez, Vasallodelmar se apartó de la compañía para correr hasta el cerro más cercano y otear la distancia, y cada vez regresaba jadeante y sin consuelo, y tocaba a la compañía concebir pesadillas con las que explicar la ausencia de Korik.

Era tácito consenso que los lobos eran insuficientes para vencer a dos Guardianes de Sangre, montados como iban en los ranyhyn Huryn y Brabha. No, el grupo de Korik debía de haber caído en las manos de un pequeño ejército de ur-viles... Así razonaba la compañía, si bien Prothall argüía que Korik podría haber tenido que cabalgar muchas leguas para encontrar un río u otros medios para expulsar a los lobos de su camino. Las palabras del Amo Superior eran acertadas, pero de algún modo, bajo la luna enrojecida, parecían huecas. A pesar de ellas, el Puño de Guerra Quaan fue a cumplir con sus deberes con tal expresión en su rostro como si diera por segura la muerte de sus seis guerreros.

Todos los jinetes estaban sumidos en el desaliento cuando, al acercarse el crepúsculo del cuarto día, llegaron a las orillas del Mithil.

Inmediatamente a su izquierda, junto al río, se alzaba un empinado cerro, como un límite de Andelain, que resguardaba la orilla derecha. Para cruzar su pie, la compañía tuvo que avanzar en fila india a lo largo del borde del río. Pero Prothall prefirió aquel camino a vadear la fuerte corriente del Mithil. Con sólo Tuvor delante de él, abrió la marcha hacia el este a lo largo del estrecho paso entre la orilla del río y el cerro. Los Buscadores lo siguieron uno tras otro. Pronto toda la compañía atravesó aquella especie de frontera de Andelain formada por el cerro.

Su manera de extenderse los hacía vulnerables. El cerro iba alzándose junto a ellos y su pendiente se hizo casi vertical. Su cima rocosa coronaba el camino a lo largo del río como una fortificación. Los jinetes avanzaban con la cabeza erguida. Eran plenamente conscientes de lo peligroso de su posición.

Todavía estaban efectuando la travesía, cuando oyeron un saludo desde lo alto del cerro. Una figura apareció ante su vista entre las rocas. Era Terrel.

Los jinetes devolvieron el saludo llenos de alegría. Se apresuraron a cruzar el pie del cerro, y se encontraron en un valle ancho y cubierto de hierba donde los caballos —dos ranyhyn y cinco potros salvajes— pastaban alejados del río.

Los potros estaban extenuados. Las patas les temblaban de debilidad y las cabezas les pendían. Apenas tenían fuerzas suficientes para comer.

Covenant se repitió que eran cinco. Tenía la vaga sensación de haberlos contado mal.

Korik empezó a bajar el cerro. Lo acompañaban cinco guerreros. Lanzando un grito de ira, Quaan saltó de su caballo y corrió hacia el Guardián de Sangre.

—¡Irin! —exclamó—. ¿Dónde está Irin? ¡Por los Siete! ¿Qué le ha sucedido?

Korik no respondió hasta que se halló con su grupo ante el Amo Superior Prothall. A Covenant le pareció que formaban una extraña combinación: cinco guerreros llenos de conflictiva excitación, coraje y pesar, y un Guardián de Sangre tan impasible como un patriarca. Si Korik sentía alguna satisfacción o dolor, no lo mostraba.

En una mano sostenía un abultado paquete, pero no se refirió a él de inmediato, sino que saludó a Prothall.

—Me alegro de verte sano y salvo, Amo Superior. ¿Te han perseguido?

—No hemos visto señal alguna de persecución —replicó Prothall gravemente.

—Eso es bueno. Nos pareció que teníamos éxito.

Prothall asintió, y Korik dio comienzo a su relato.

—Encontramos a los lobos y tratamos de desperdigarlos. Pero eran *kresh* y no se les podía dispersar fácilmente. Por ello los dirigimos hacia el este para que no entraran en Andelain. Nos pisaron los talones, aullando, pero no entraron. Los vigilamos desde cierta distancia, hasta que se alejaron hacia el norte. Entonces cabalgamos hacia el este.

»Tras un día y una noche, cambiamos de dirección, dirigiéndonos al sur. Pero tropezamos con merodeadores, más potentes de lo que creíamos. Eran ur-viles y Entes de la cueva juntos, y con ellos había un *grifo*.

Los que escuchaban a Korik murmuraron con sorpresa y pesar, y el Guardián de Sangre pronunció lo que parecía una larga maldición en la lengua tonal nativa de los *Haruchai*.

—Irin nos permitió escapar —siguió diciendo Korik—. Pero nos alejamos mucho de nuestro camino. Llegamos aquí sólo poco antes que vosotros. —Haciendo una mueca de repugnancia, alzó el paquete—. Esta mañana nos sobrevoló un halcón que volaba de una manera extraña, y lo abatimos.

Abrió el paquete y sacó el cuerpo del ave. Tenía un solo ojo encima de su

siniestro pico, una órbita absurda centrada en la frente.

Todos los presentes notaron que aquel cuerpo irradiaba malignidad. Era un halcón malévolamente, inadecuado, creado por la maldad para fines inicuos, descarriado desde su nacimiento por un poder que se atrevía a corromper a la naturaleza. Covenant sintió náuseas al verlo. Apenas pudo oír lo que decía Prothall.

—Ésta es la obra de la Piedra de la Mala Tierra. ¿Cómo podría el Bastón de la Ley perpetrar un crimen así, llevar a cabo semejante ultraje? Ah, amigos míos, a esto llega nuestro enemigo. Mirad atentamente. Es un acto piadoso privar de la vida a tales criaturas.

El Amo Superior se alejó abruptamente, agobiado por su nuevo conocimiento.

Quaan y Birinair quemaron el halcón malformado. Pronto los guerreros que habían ido con Korik empezaron a hablar y contaron lo ocurrido en los últimos cuatro días. Naturalmente, la atención se centró en la lucha durante la que había sucumbido el miembro del Eoman llamado Irin.

El ranyhyn Brabha fue el primero en husmear el peligro, y dio aviso a Korik. En seguida ocultó a su grupo entre unos espesos matorrales para esperar la llegada de los merodeadores. Escuchando con la oreja pegada al terreno, juzgó que se trataba de una mezcla de ur-viles sin montura y de Entes de la cueva. Estos últimos no tenían la capacidad de los ur-viles para desplazarse silenciosamente. En total no eran más de quince. Así pues, Korik se preguntó cuál era su principal deber: si preservar a sus compañeros como defensores de los Amos, o dañar a los enemigos de éstos. Los Guardianes de Sangre habían prestado juramento de defender a los Amos, no al Reino. Decidió luchar porque juzgó que sus fuerzas eran suficientes, considerando el elemento de sorpresa, para cumplir con ambos deberes sin pérdida de vidas.

Su decisión les salvó. Más tarde supieron que si no hubieran atacado, se habrían quedado atrapados entre los matorrales, pues el pánico de los caballos habría revelado su ocultamiento.

Tras la puesta de la luna la noche era oscura, la segunda noche desde que el grupo de Korik abandonó la compañía, y los merodeadores se movían sin luces. Ni siquiera los ojos avezados a la oscuridad del Guardián de Sangre discernían algo más que la borrosa silueta del enemigo. Y el viento soplaba entre las dos fuerzas, de modo que los ranyhyn no podían oler la extensión del peligro que corrían.

Cuando los merodeadores llegaron a terreno abierto, Korik hizo señas a su grupo. Los guerreros salieron de entre los matorrales y se desparramaron detrás de él y de Terrel. En seguida los ranyhyn se adelantaron a los demás, de manera que Korik y Terrel acababan de trabar combate con el enemigo cuando oyeron los relinchos de terror de sus caballos. Dándose la vuelta, el Guardián de Sangre vio a los seis guerreros luchando con sus monturas presas de pánico... y al *grifo* que se cernía sobre ellos. El *grifo* era una criatura con aspecto de león, provisto de alas poderosas

que le permitían volar a cortas distancias. Aterrorizaba a los caballos y se abalanzaba contra los guerreros. Korik y Terrel corrieron hacia sus camaradas. Y tras ellos llegaron los merodeadores.

Los Guardianes de Sangre se lanzaron contra el *grifo*, pero éste, en el aire, con sus pies provistos de garras hacia abajo, no presentaba lugares vulnerables a los que pudieran llegar sin armas. Entonces los merodeadores cayeron sobre el grupo. Los guerreros se aprestaron a defender a sus caballos. En la refriega, Korik se incorporó sobre el lomo de Brabha para lanzarse hacia el *grifo* a la primera oportunidad. Pero cuando llegó la ocasión, Irin se interpuso. Había podido hacerse con una ancha espada de las que usaban los Entes de la cueva. El *grifo* cogió a la mujer con sus garras y la decapitó.

Un instante después atacó otro grupo de merodeadores. Los caballos de los guerreros estaban demasiado aterrados para hacer otra cosa más que correr, por lo que el grupo de Korik huyó, primero hacia el este y luego al norte, con el enemigo pisándoles los talones. Cuando lograron escapar a la persecución, se habían adentrado tanto en Andelain que no les había sido posible reunirse con Prothall hasta el cuarto día.

Al anoecer, la compañía se detuvo para montar el campamento. Mientras preparaban la cena, se levantó lentamente un frío viento del norte. Al principio era refrescante, lleno de aromas andelainianos. Pero a medida que se acercaba la salida de la luna fue intensificándose y segando el valle como una guadaña fantasmal e inflexible. Covenant notó que aquel viento no era natural. No era la primera vez que notaba algo semejante. Aquel viento era como un látigo que hacía avanzar hacia el sur negros cúmulos nubosos.

La noche avanzó, pero nadie parecía deseoso de dormir. La depresión se generalizaba en la compañía, como si el viento acarrease una profunda consternación. En distintos lados del campamento, Vasallodelmar y Quaan iban de un lado a otro, inquietos. La mayor parte de los guerreros estaban cariacontecidos y permanecían sentados, manoseando nerviosamente sus armas. Birinair, cuyo rostro mostraba también el desaliento, avivó el fuego. Prothall y Mhoram recibían de pie los embates del viento, como si trataran de averiguar sus intenciones. Covenant estaba sentado, con la cabeza inclinada, y una multitud de recuerdos cruzaba por su mente.

Sólo Variol y Tamarantha parecían ajenos al abatimiento. Cogidos del brazo, los dos ancianos Amos contemplaban el fuego con miradas lánguidas, soñolientas.

Los Guardianes de Sangre permanecían alrededor del campamento tan imperturbables como piedras.

Finalmente, Mhoram se hizo portavoz de los sentimientos de la compañía.

—Algo sucede... algo espantoso. Este viento no es natural.

Bajo las nubes, el horizonte oriental mostraba el resplandor rojizo que le infundía

la luna. De vez en cuando, Covenant creía ver un parpadeo anaranjado entre el carmesí, pero no podía estar seguro. Disimuladamente observaba su anillo, y vio que en ocasiones aparecía en él aquel mismo matiz anaranjado bajo el rojo dominante, pero no dijo nada. Estaba demasiado avergonzado de hallarse a merced del Babeante.

Sin embargo, no se desencadenó la tormenta. El viento siguió soplando en el ámbito rojizo, cargado de susurros y de hielo, pero no traía nada más que nubes y desalientos para la compañía. Al final, la mayoría de los guerreros empezaron a adormecerse, estremecidos por el frío viento que arrastraba su cosecha de aflicción hacia el Retiro de la Condenación y los Yermos Meridionales.

Amaneció un cielo oscuro, cargado de nubes que ahogaban la luz del sol naciente. Pero hubo un cambio en el viento que despertó a la compañía. Disminuyó su intensidad, desapareció el frío glacial y varió lentamente de dirección hacia el oeste. Sin embargo, no daba la impresión de ser más saludable... sino sólo más sutil. Varios guerreros apartaron las mantas para ponerse en pie y empuñar sus espadas.

Comieron apresuradamente, azuzados por la aprensión indefinida que les producía la brisa. El viejo estigmatizado, Birinair, fue el primero en comprender. Mientras masticaba un trozo de pan, se levantó de repente como si lo hubieran golpeado. Permaneció concentrado, estremeciéndose, mirando atentamente el horizonte oriental, y luego escupió el pan al suelo.

—¡Quemado! —exclamó—. Lo huelo en el viento. Quemado. ¿Qué? Puedo olerlo... ¡Un árbol quemado! ¡Un árbol! —sollozó—. ¡Ah, se atreven a hacer eso!

Todos los miembros de la compañía lo miraron un instante en silencio. Luego Mhoram exclamó:

—¡La Fustaria Alta está en llamas!

Sus compañeros se irguieron y se pusieron de inmediato en acción. Los Guardianes de Sangre lanzaron un agudo silbido para llamar a los ranyhyn. Prothall dio órdenes rápidas que Quaan repetía a gritos. Algunos guerreros corrieron a ensillar los caballos, mientras otros levantaban el campamento. Cuando Covenant se hubo vestido y montó a lomos de Dura, la Búsqueda estaba preparada para cabalgar. En seguida galoparon hacia el este, a lo largo del Mithil.

Transcurrió poco tiempo antes de que los caballos comenzaran a causar problemas. Incluso los que estaban más frescos no podían mantener la velocidad de los ranyhyn, y los potros salvajes que habían estado con Korik en Andelain no habían recuperado sus fuerzas. El terreno no era apto para correr, a causa de sus desigualdades. Prothall envió a dos Guardianes de Sangre como exploradores. Pero después se vio obligado a avanzar más lentamente y no pudo permitirse dejar atrás parte de su fuerza. Con todo, mantuvo la máxima velocidad posible. Aquél era un viaje frustrante —a Covenant le parecía oír que Quaan hacía rechinar los dientes— pero no podían hacer nada para evitarlo. Al final, Prothall ordenó que se detuvieran

los caballos más frescos.

A mediodía llegaron al vado del Mithil. Desde allí podían ver el humo que se alzaba hacia el sur, y el aire estaba impregnado de olor a quemado. Prothall ordenó el alto para dar de comer a los caballos. Luego los jinetes prosiguieron la marcha, exigiendo a sus monturas más débiles que sacaran de alguna parte nuevos recursos de fuerza y velocidad.

Al cabo de algunas leguas, el Amo Superior tuvo que reducir aún más la velocidad de la marcha. Los exploradores no habían vuelto. La posibilidad de que les hubieran tendido una emboscada le hizo fruncir el ceño, y sus ojos brillaron como si las órbitas tuvieran facetas de granito. Ordenó que los jinetes marcharan al paso mientras enviaba adelante a otros dos Guardianes de Sangre.

Ambos regresaron antes de que la compañía hubiera recorrido una legua, e informaron que la Fustaria Alta había sido arrasada. El terreno circundante estaba desierto. Todo indicaba que los dos primeros exploradores se habían dirigido hacia el sur.

—¡*Melenkurion!* —dijo Prothall entre dientes, y ordenó a los jinetes que cabalgaran al galope hasta que llegaron a los restos del pueblo-árbol.

La destrucción había sido concienzuda. El fuego había reducido el árbol original a palos calcinados de menos de treinta metros de altura, y el tronco renegrido había sido dividido de arriba abajo, con las dos mitades ligeramente separadas, y en cuyos extremos todavía oscilaban algunas llamas. Alrededor del pie del árbol, los cadáveres cubrían el suelo, como si la tierra estuviera ya demasiado llena de muertos para contener la población del árbol. Otros cuerpos de fustarianos, sin calcinar, se alineaban al otro lado del claro, al sur.

A lo largo de esta línea meridional, algunos cadáveres de Entes de la cueva estaban tendidos en las posturas contorsionadas con las que habían caído muertos. Pero cerca del árbol había un solo cuerpo que no era humano, el de un ur-vil muerto. Yacía sobre su largo lomo, de cara al tronco hendido, y su cuerpo negro como el hollín estaba tan retorcido como la barra de hierro que aún aferraba en sus manos. Cerca de él había un pesado escudo de hierro de enormes proporciones.

El hedor de la carne muerta y quemada llenaba el claro circundante. Covenant sintió que se le formaba un nudo en el estómago al pensar en los niños fustarianos. Tenía ganas de vomitar.

Aquella visión parecía haber dejado estupefactos a los Amos, como si les asombrara comprobar que el pueblo bajo su cuidado pudiera ser destruido de aquel modo. Poco después, el Primer Signo Tuvor les contó los pormenores de la batalla.

Las gentes de la Fustaria Alta no habían tenido la menor oportunidad.

En opinión de Tuvor, al terminar el día anterior un gran grupo de Entes de la cueva y ur-viles —las huellas en el suelo del claro atestiguaban que el grupo era muy

numeroso— habían rodeado el árbol, manteniéndose fuera del alcance efectivo de las flechas. En lugar de asaltar directamente a los fustarianos, enviaron a algunos de ellos, casi con toda certeza ur-viles, cubiertos por el escudo de hierro. Así protegidos, los ur-viles incendiaron el árbol.

Birinair lo interrumpió para decir que el incendio había sido una obra deficiente. Acercándose al tronco, lo golpeó con su bastón. Se desprendió un pedazo de carbón, mostrando debajo madera blanca.

—El fuego fuerte lo consume todo —musitó—. Poco les ha faltado para sobrevivir. Ésta es una buena madera. Basta con que las llamas sean un poco más débiles... y la madera sobrevive. Los que se atrevieron... han podido hacerlo por un margen muy estrecho. La cantidad no cuenta, sino la fuerza. Naturalmente. Lo han logrado por los pelos. O si el estigmatizado hubiera sabido..., hubiese estado preparado. Habría podido acondicionar el árbol... darle fuerza. Podrían haberse salvado. ¡Ah! Ojalá yo hubiese estado aquí. No le harían esto a la madera a mi cuidado.

Tuvor explicó que, una vez iniciado el incendio, los atacantes arrojaron flechas para impedir la extinción de las llamas, y esperaron a que los desesperados fustarianos intentasen escapar. De ahí la hilera de cuerpos sin quemar en dirección al sur, hacia donde corrieron los huidos. Luego, cuando el fuego fue excesivo para que los fustarianos resistieran más, el maestro de la ciencia ur-vil hendió el árbol a fin de completar la destrucción y hacer que cayeran de sus ramas los posibles supervivientes.

Birinair habló de nuevo.

—Se llevó lo suyo. Justa venganza. El muy estúpido... no dominaba su propio poder. El árbol lo derribó. Buena madera. Aunque ardiera, no estaba muerta. El estigmatizado... un hombre valiente. Devolvió el golpe. Y... y antes de la Profanación el *lillianrill* pudo haber salvado la vida que quedaba. —Fruunció el ceño como si desafiase a alguien a criticarle—. Ya no. Esto no puedo hacerlo.

Un instante después, su arrogancia se desvaneció, y se volvió tristemente a mirar al árbol destruido como si le pidiera silencio que lo perdonase.

Covenant no puso ninguna objeción al análisis de Tuvor. Se sentía demasiado angustiado por el fuerte hedor de la sangre. Pero a Vasallodelmar no parecía afectarlo.

—Esto no es obra del Babeante —aseveró lentamente—. Ningún Ente de la cueva domina semejante estrategia. Vientos y nubes para ocultar las señales del ataque, por si hubiera ayuda cerca. Protección de hierro traída hasta aquí desde quién sabe qué distancia. Un ataque con tan pequeña pérdida de recursos... No, la mano del Rompealmas ha participado en esto desde el principio hasta el fin. ¡Piedra y Mar!

El tono de su voz cayó abruptamente, y el gigante se volvió y empezó a entonar su canto llano en el idioma de su pueblo para serenarse.

El silencio que siguió fue pronto roto por Quaan.

—Pero ¿por qué aquí? —preguntó con un dejo en su voz que semejaba pánico—. ¿Por qué atacar este sitio?

Algo en el tono de Quaan, cierto atisbo de histeria entre los jóvenes guerreros, valientes pero inexpertos y consternados, hizo que Prothall saliera del ensimismamiento en el que vagaban sus ideas. Respondiendo más a la emoción del Puño de Guerra que a su pregunta, el Amo Superior le dijo severamente:

—Puño de Guerra Quaan, hay mucho trabajo que hacer. Los caballos descansarán, pero nosotros debemos trabajar. Hemos de cavar tumbas para los muertos. Tras su última penosa experiencia, no parece apropiado destinarlos a la pira. Ordena a tu Eoman que se ponga manos a la obra, que cavén tumbas al sur del claro... Allí. —Indicó una extensión de hierba a poca distancia del árbol destruido—. Nosotros —añadió refiriéndose a sus compañeros Amos—. Nosotros llevaremos los cadáveres a sus fosas.

Vasallodelmar interrumpió su canto.

—No, yo los llevaré. Dejadme mostrar mi respeto.

—Muy bien —replicó Prothall—. Prepararemos comida y consideraremos nuestra situación.

Hizo una seña a Quaan para que fuera a dar órdenes al Eoman, Luego, volviéndose hacia Tuvor, le encargó que apostara centinelas. Tuvor observó que ocho Guardianes de Sangre no eran suficientes para observar toda posible aproximación a un espacio abierto de las dimensiones del claro, pero que si enviaba a los ranyhyn a merodear por separado alrededor de los cerros que se alzaban en los bordes, quizá no sería necesario solicitar la ayuda del Eoman. Tras una pausa, el Primer Signo preguntó qué debería hacerse respecto a los exploradores que faltaban.

—Esperaremos —respondió Prothall tristemente.

Tuvor asintió y se alejó para ponerse en contacto con los ranyhyn. Los caballos se hallaban cerca, agrupados, mirando melancólicamente los cadáveres calcinados alrededor del árbol. Cuando Tuvor se reunió con ellos, lo rodearon como si estuvieran ansiosos de hacer lo que les pidiera, y poco después echaron a correr por el claro y se desparramaron en todas direcciones.

Los Amos desmontaron, abrieron los sacos de comida y empezaron a cocinar sobre un pequeño fuego de *lillianrill* que preparó Birinair. Los guerreros reunieron a todos los caballos, los desensillaron y trabaron. Entonces los miembros del Eoman empezaron a cavar.

Con mucho cuidado para no pisar ningún cadáver, Vasallodelmar se dirigió al árbol y cogió el escudo de hierro. Su peso era terrible, pero él lo levantó transportándolo más allá del anillo de cadáveres. Entonces empezó a colocar cuidadosamente los cuerpos en el escudo, utilizándolo a modo de trineo para llevarlos

a las fosas. La emoción que lo embargaba parecía abultar en su frente inmensa, y en sus ojos brillaba un peligroso entusiasmo.

Durante algún tiempo, Covenant fue el único miembro de la compañía que no tuvo asignada una tarea, lo cual le molestaba. El hedor de los muertos, entre los que debía encontrarse Baradakas y, pensó dolorido, Llaura y los niños, le hizo recordar la Fustaria Alta tal como la había dejado días atrás: alta y orgullosa, palpitante con la vida de un buen pueblo.

Necesitaba hacer algo para no ceder al abatimiento. Al examinar a la compañía, observó que los guerreros carecían de herramientas para cavar. Sólo disponían de algunos picos y palas, y la mayoría de ellos intentaba cavar con sus espadas o las manos. Covenant se acercó al árbol. Esparcidas alrededor del tronco había muchas ramas quemadas, algunas de las cuales aún tenían sólido su interior. Aunque tuvo que abrirse paso entre los cadáveres, y la visión de aquella carne como cera fundida sobre los huesos calcinados le revolvía el estómago, recogió varias ramas que resistieron a sus intentos de romperlas con la rodilla. Luego utilizó su cuchillo pedrario para eliminar la parte chamuscada y cortarlas en forma de estacas. El trabajo le ennegreció las manos y la túnica, y el afilado cuchillo estaba peligrosamente inseguro en su mano mutilada, pero él persistió. Luego entregó las estacas a los guerreros, los cuales pudieron cavar más rápidamente con ellas. En vez de tumbas individuales cavaron largas fosas con suficiente profundidad para contener una docena de cadáveres o más. Utilizando las estacas de Covenant, los guerreros empezaron a completar las fosas con mayor rapidez que la de Vasallodelmar para llenarlas.

Por la tarde Prothall ordenó un alto para comer. Por entonces ya casi la mitad de los cuerpos habían sido enterrados. Tras respirar la fétida atmósfera y soportar la horrible visión de los cuerpos calcinados, nadie tenía ganas de comer, pero el Amo Superior insistió. Esta actitud le pareció a Covenant extraña, hasta que probó la comida. Los Amos habían preparado un cocido distinto a todo lo que había comido en el Reino. Su sabor le abrió el apetito, y cuando lo hubo comido experimentó un alivio en su aflicción. Era su primera comida desde el día anterior, y le sorprendió la avidez con que la devoraba.

La mayoría de los guerreros habían terminado de comer, y el sol estaba a punto de ponerse, cuando un grito lejano le llamó la atención. Respondió el centinela situado más al sur, y un momento después los dos Guardianes de Sangre que faltaban llegaron galopando al claro. Sus ranyhyn estaban empapados en sudor.

Traían a dos personas con ellos, una mujer y un niño de unos cuatro años, ambos fustarianos y con el aspecto de haber sobrevivido a un combate.

Los exploradores contaron rápidamente lo ocurrido. Habían llegado al claro desierto y hallado la senda meridional por la que los fustarianos habían intentado escapar. Vieron también algunas pruebas de posibles supervivientes. Dado que el

enemigo se había marchado, por lo que no había una necesidad imperiosa de regresar para advertir a los Amos, decidieron emprender la busca de supervivientes. Borraron las señales, de manera que si volvían los merodeadores no pudieran encontrarles, y cabalgaron hacia el sur.

A primeras horas de la tarde encontraron a la mujer y el niño que huían precipitadamente sin la menor precaución. Ambos parecían lesionados. El niño estaba inconsciente, y la mujer vacilaba entre la lucidez y la incoherencia. Aceptó a los Guardianes de Sangre como amigos, pero no fue capaz de decirles nada. Sin embargo, en un momento de lucidez, insistió en que un Curandero Redimido vivía a una o dos leguas de distancia. Confiando en obtener información de la mujer, los exploradores la llevaron a la cueva del Curandero. Pero la cueva estaba vacía, y daba la impresión de estar deshabitada desde hacía muchos días. Así pues, los exploradores regresaron con los dos supervivientes a la Fustaria Alta.

Los dos estaban ante los Amos, la mujer sujetando la mano del chiquillo, que parecía indiferente a lo que le rodeaba y miraba sin curiosidad a su alrededor. No se fijaba en los rostros ni reaccionaba a las voces. Cuando la mujer soltó su mano, el brazo le cayó inerte a un lado. No hizo ningún gesto de resistencia ni aceptación cuando la mujer le cogió la mano de nuevo. Su mirada perdida parecía poseer una oscuridad antinatural, como si sus ojos estuvieran llenos de negra sangre.

La visión de aquel pequeño desgarró a Covenant. Era más o menos de la edad de su hijo, Roger, el hijo del que había sido desposeído, que le habían arrebatado como si su paternidad hubiera sido anulada por la lepra. ¿También el Execrable se cebaba en los niños?

—Es Pietten, hijo de Soranal —dijo la mujer como si respondiera a sus pensamientos—. Le gustan los caballos.

—Es cierto —corroboró uno de los exploradores—. Cabalgó delante de mí y acariciaba el cuello del ranyhyn.

Pero Covenant no escuchaba. Miraba a la mujer. Trató de adivinar sus facciones bajo los cortes, quemaduras, suciedad y moratones.

—¿Eres Llaura? —le preguntó al fin con vacilación.

La luz del sol iba disminuyendo, pero no había puesta. Las nubes ocultaban el horizonte, y un breve crepúsculo se transformaba rápidamente en noche. Pero a medida que oscurecía el aire se espesaba, se hacía bochornoso, como si la oscuridad sudara llena de aprensión.

—Sí, te conozco —dijo la mujer con voz lacerada—. Eres Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco, con el aspecto de Berek Mediamano. Jehannum dijo la verdad. Un gran mal ha llegado. —Hablaba con extremo cuidado, como si tratara de articular sus palabras en el borde de una espada—. Yo soy Llaura, hija de Annamar, de los Herederos de la Fustaria Alta. Nuestros exploradores deben de haber

sido asesinados. No recibimos aviso...

Pero mientras trataba de decir las palabras, su equilibrio se derrumbó y estalló en un áspero llanto, como si la conexión entre su cerebro y su garganta se hubiera roto, impidiéndole hablar. Trataba de concentrarse frenéticamente y agitaba la cabeza, intentando formar las palabras, pero sus labios sólo podían exhalar aquel sollozo.

—Así estaba cuando la encontramos —dijo el Guardián de Sangre explorador—. En un momento determinado puede hablar, pero al momento siguiente ya no puede hacerlo.

Al oír estas palabras, Llaura hizo un esfuerzo violento para superar su histeria, rechazando lo que decía el explorador.

—Yo soy Llaura —repitió—. Llaura... de los Herederos de Fustaria Alta. Nuestros exploradores deben de haber sido asesinados. Soy Llaura, Llaura —insistió—. Tened cuidado...

De nuevo su voz se transformó en lamentos, y el pánico que la dominaba se acrecentó.

—Tened cui... Te... Yo soy Llaura... Debéis...

Los gemidos entrecortaban sus palabras y eran inútiles sus esfuerzos por serenarse. Covenant miró a la compañía. Todos miraban fijamente a Llaura, y Variol y Tamarantha tenían lágrimas en los ojos.

—Alguien tiene que hacer algo —musitó tristemente Covenant.

De repente pareció que Llaura se iba a desplomar. Llevándose a la garganta la mano libre, gritó:

—¡Debéis oírme! —Y empezó a caer.

Prothall se adelantó y la sujetó antes de que se derrumbara. Cogiéndola por los brazos, hizo que se sostuviera erecta ante él.

—Basta —le ordenó—. No hables más. Escucha y usa la cabeza para responderme.

Un brillo de esperanza apareció en los ojos de Llaura, y se relajó hasta que Prothall pudo ponerla de pie. Entonces tomó de nuevo la mano del niño.

—Bien —dijo el Amo Superior llanamente, con la mirada fija en los ojos devastados de la muchacha—. No estás loca. Tu mente funciona con claridad. Algo te han hecho.

Llaura asintió con vehemencia.

—Cuando tu gente trató de escapar, te capturaron.

Ella asintió con la cabeza.

Sí.

—Tú y el niño.

Sí.

—¿También le hicieron algo a él?

Sí.

—¿Sabes qué fue?

Ella meneó la cabeza.

No.

—¿Os hicieron lo mismo a los dos?

No.

—Bien —suspiró Prothall—. Ambos fuisteis capturados en vez de caer asesinados. Y un maestro de la ciencia ur-vil te hizo sufrir.

Llaura asintió estremeciéndose.

Sí.

—Te hizo daño.

Sí.

—Causó la dificultad que tienes ahora cuando hablas.

¡Sí!

—Ahora tu capacidad de hablar viene y se va.

¡No!

—¿No?

Prothall hizo una pausa para reflexionar un momento, y Covenant la aprovechó para intervenir.

—¡Por todos los diablos! Haz que lo ponga por escrito.

—Entonces hay ciertas cosas que no puedes decir —dijo abruptamente Prothall.

¡Sí!

—Hay algo que los atacantes no quieren que digas.

¡Sí!

—Luego... —El Amo Superior vaciló como si apenas pudiera creer en lo que pensaba—. Luego los atacantes sabían que serías encontrada... por nosotros o por otros que llegaran demasiado tarde en ayuda de la Fustaria Alta.

¡Si!

—En consecuencia huiste hacia el sur, hacia la fustaria Banyan y las pedrarias meridionales.

Ella asintió, pero su expresión parecía indicar que el Amo no había comprendido.

—¡Por los Siete! —musitó él, observándola—. Esto no puede resolver nada. Semejante interrogatorio requiere tiempo, y tengo la corazonada de que disponemos de muy poco. ¿Qué le han hecho al muchacho? ¿Cómo pudieron saber los atacantes que nosotros, o cualesquiera otros, vendríamos por aquí? ¿Qué conocimiento puede tener ella? ¿Un conocimiento que un maestro de la ciencia ur-vil temería haber contado? No, debemos encontrar otros medios.

Por el rabillo del ojo, Covenant vio que Variol y Tamarantha preparaban sus mantas cerca de la fogata del campamento. Aquella acción distrajo por un momento

la atención que Covenant había centrado en Llaura. Había en los ojos de los ancianos una expresión triste y curiosamente secreta. No podía sondear aquella expresión, pero por alguna razón recordó que habían sabido cuál sería la decisión de Prothall con respecto a la Búsqueda antes de que el Amo Superior la tomara.

—Amo Superior —dijo rígidamente Birinair.

—¿Qué deseas? —le preguntó Prothall, concentrándose en Llaura.

—Ese mozalbete gravanólico, Tohrm, me dio un regalo *rhadhamaerl*. Casi pensé que se burlaba de mí. Me reí porque yo no soy un cachorro como él. Era marga antilesiones.

—¿Marga antilesiones? —repitió Prothall sorprendido—. ¿Tienes un poco?

—¿Si la tengo? Naturalmente. No es broma. La mantengo húmeda. Tohrm intentó enseñarme, como si yo no supiera nada.

—Tráela, por favor —le pidió Prothall, dominando su impaciencia.

Poco después. Birinair entregó al Amo Superior una pequeña vasija de piedra llena de arcilla húmeda y reluciente..., la marga antilesiones.

—Ten cuidado —murmuró Covenant, recordando su experiencia—. Eso le hará dormir.

Pero Prothall no vaciló. En medio de la oscuridad solamente interrumpida por el fuego *lillianrill* de Birinair y los últimos carbones del árbol calcinado, tomó un poco de marga. Sus partículas doradas captaron la luz del fuego y resplandecieron. El Amo extendió tiernamente el barro por la frente, las mejillas y la garganta de Llaura.

Covenant tuvo vaga conciencia de que el Amo Mhoram ya no atendía a Prothall y Llaura. Se había reunido con Variol y Tamarantha, y parecía discutir con ellos. Estaban tendidos boca arriba, uno al lado del otro, cogidos de la mano, y Mhoram permanecía de pie ante ellos como si tratara de rechazar a una sombra. El Amo protestaba, pero los ancianos no se movían.

—Es mejor así, hijo mío —dijo quedamente Tamarantha.

—Pobre Llaura —murmuró Variol—. Esto es todo lo que podemos hacer.

Covenant echó un rápido vistazo a la compañía. Los guerreros parecían fascinados por el interrogatorio de la heredera, pero los ojos cavernosos de Vasallodelmar miraban por encima del claro, sin centrarse de manera específica, como si urdieran peligrosas visiones. Covenant se volvió de nuevo hacia Llaura y un siniestro escalofrío recorrió su espina dorsal.

El primer contacto de la marga antilesiones no hizo más que aumentar la angustia de la muchacha. Su rostro reflejó el tormento que experimentaba, y un grito silencioso afloró a sus labios, un rictus que parecía producido por el sabor anticipado de la muerte. Pero entonces fue presa de una violenta convulsión que puso fin a la crisis. Cayó de rodillas y sollozó aliviada, como si le hubieran extraído un cuchillo de la mente.

Prothall se arrodilló a su lado y la confortó entre sus brazos, esperando, sin decir una palabra, a que recobrarla el dominio de sí misma. Necesitó un momento para controlar su llanto. Entonces se puso abruptamente en pie y exclamó:

—¡Huid! ¡Tenéis que huir! ¡Esto es una emboscada! ¡Estáis atrapados!

Pero su advertencia llegó demasiado tarde. En el mismo momento, Tuvor regresó corriendo desde su puesto de vigilancia, y un instante después le siguió el otro Guardián de Sangre.

—Preparaos para un ataque —dijo llanamente el Primer Signo—. Estamos rodeados. Los ranyhyn han sido interceptados y no han podido avisarnos. Habrá combate. Sólo tenemos tiempo para prepararnos.

Covenant no pudo comprender la urgencia de lo que oía. Prothall lanzó órdenes, y los hombres empezaron a levantar el campamento. Los guerreros y los Guardianes de Sangre se metieron en las fosas aún vacías, a modo de trincheras, se ocultaron en la base hueca del árbol.

—Dejad los caballos —ordenó Tuvor—. Los ranyhyn se abrirán paso para protegerlos si es posible.

Prothall encargó a Vasallodelmar la custodia de Llaura y el niño, y el gigante los colocó a los dos solos en una fosa y la cubrió con el escudo de hierro. Prothall y Mhoram saltaron junto a la fosa situada más al sur. Covenant permaneció donde estaba. Vio que Birinair reducía a mínimas brasas el fuego del campamento y luego se colocaba junto al quemado tronco del árbol. Covenant requirió tiempo para comprender qué le habían hecho a Llaura. La penosa experiencia de la muchacha lo aturdió.

Primero le habían proporcionado un conocimiento que podría haber salvado a los Amos, y luego había sido incapaz de comunicar aquel conocimiento. Y sus esfuerzos para dar la advertencia sólo aseguraron su fracaso al garantizar que los Amos intentarían comprenderla en vez de emprender la huida. No obstante, lo que le habían hecho era innecesario, gratuito, pues la trampa hubiera tenido éxito de todos modos. En la desgracia de Llaura, Covenant podía oír la risa del Execrable.

Le sobresaltó el contacto de la mano de Bannor en su hombro. El Guardián de Sangre le dijo, con tanta indiferencia como si anunciara la hora del día:

—Ven, ur-Amo. Debes ocultarte. Es necesario.

¿Necesario? Covenant sintió deseos de gritarle: «¿Sabes lo que le ha hecho a Llaura?». Pero cuando se volvió vio a Variol y Tamarantha, todavía tendidos junto a las últimas ascuas del fuego, protegidos solamente por dos Guardianes de Sangre. ¡Si seguían allí los matarían!

Al mismo tiempo, otra parte de su cerebro insistía en que el Execrable le estaba haciendo lo mismo a él. Sí, exactamente lo mismo.

—No me toques, maldita sea —le dijo a Bannor—. ¿Es que no vas a aprender

nunca?

Sin la menor vacilación, Bannor alzó a Covenant, lo hizo girar sobre sí mismo y lo arrojó a una de las fosas. Apenas había espacio para él, pues Vasallodelmar llenaba el resto de la trinchera, agachado para que no le sobresaliera la cabeza. Pero Bannor se introdujo también, después de Covenant, y se colocó de manera que sus brazos tuvieran libertad de acción.

Un estremecido silencio, lleno de temores, cayó sobre el campamento. Al fin el Incrédulo se sintió también presa de la inquietud ante el ataque. El corazón le latía con violencia, el sudor le corría por la frente. Tenía los nervios a flor de piel. Una gris sensación, como si tuviera la garganta llena de polvo, casi lo hacía vomitar. Intentó tragar saliva para disiparla, pero no pudo. Rápidamente el terror desplazó a cualquier otro sentimiento. ¡No! ¡A él no podía ocurrirle como a Llaura! Exactamente lo mismo que le había sucedido a ella.

Un agudo grito rasgó el aire. Tras él llegó el rumor de pasos que se acercaban. Covenant echó un vistazo por encima del borde de la zanja, y vio el claro rodeado por formas negras con ardientes ojos de lava. Se movían lentamente, dando a los acampados una oportunidad de saborear su propio final. Y aleteando poderosamente por encima de ellos, inmediatamente detrás de la línea de avance se veía la oscura mole de una extraña bestia.

Covenant retrocedió. Aterrado, contempló el ataque como un proscrito que observara la escena desde cierta distancia.

A medida que los Entes de la cueva y los ur-viles contraían su círculo alrededor del claro, centrando su ataque en el desamparado campamento, aumentaba el espesor de la muralla que formaban, reduciendo a cada paso la oportunidad de que la compañía pudiera abrir una brecha entre sus filas. Lentamente el ruido de su avance se intensificó. Pisoteaban el suelo como si trataran de aplastar la hierba. Empezó a hacerse audible un viento de murmullos, tenues gruñidos, siseos a través de dientes apretados, gorgoteos y ávidas salivaciones..., un viento que soplaba por encima de las zanjas como una exhalación que acarrearía los restos de vidas destrozadas. Los Entes de la cueva resollaban como lunáticos torturados por la obsesión de matar. El órgano nasal de los ur-viles producía una húmeda sibilación. Y detrás de los demás sonidos, terribles en su quietud, se oía el aleteo del *grifo*, como un tambor funeral.

Los caballos atados comenzaron a relinchar despavoridos. El horrísono sonido hizo que Covenant asomara la cabeza, y miró el tiempo suficiente para cerciorarse de que los potros no habían sido dañados. El apretado círculo se abrió para desviarse hacia los caballos, y algunos Entes de la cueva se destacaron para desatarlos y llevárselos. Los caballos se resistieron histéricamente, pero la fuerza de los Entes los dominó.

Los atacantes se encontraban ya muy cerca de las fosas. Covenant retrocedió

cuanto pudo. Apenas se atrevía a respirar. La compañía entera era impotente en las trincheras.

En aquel momento un aullido se elevó entre los atacantes.

—¿Sólo cinco? —gritaron a la vez varios Entes de la cueva.

—¿Todos aquellos caballos?

—¡Nos han engañado!

Enfurecidos por la exigüidad de su presa, casi un tercio de ellos rompió filas y cargó contra el campamento.

Inmediatamente la compañía aprovechó su oportunidad.

Los ranyhyn relincharon. Sus gritos combinados vibraron en el aire como un clamor de trompetas. Aparecieron por el este y galoparon juntos hacia los caballos capturados.

Birinair se apartó del árbol hendido. Lanzando un grito, hizo dar a su bastón un giro completo y golpeó con él la madera quemada. El árbol se inflamó, deslumbrando con su luz a los atacantes.

Prothall y Mhoram se alzaron juntos desde la zanja más meridional. Sus bastones ardían con el fuego azul de los Amos. Gritando: «¡*Melenkurion!*», dirigieron su fuerza contra las criaturas. Los Entes de la cueva y los ur-viles más próximos se retiraron, atemorizados por las llamas.

Guerreros y Guardianes de Sangre salieron de las fosas y la base hueca del árbol. Y tras ellos apareció la mole enorme de Corazón Salado Vasallodelmar, que lanzaba un extraño grito de guerra en idioma gigante.

La batalla dio comienzo con gritos de miedo y rabia, fuego, rápidos golpes y choque de armas. Los atacantes superaban a la compañía en una proporción de diez a uno.

Covenant, cuya mirada saltaba de una escena a otra, vio cómo comenzó la lucha. Los Guardianes de Sangre se desplegaron al instante. Dos de ellos defendían a cada Amo, uno estaba al lado de Birinair y otro, Bannor, vigilaba la trinchera donde se encontraba Covenant. Los guerreros formaron rápidamente grupos de cinco. Cubriéndose mutuamente las espaldas, se esforzaron por abrirse paso en la línea de los atacantes. Mhoram rodeó a los combatientes, tratando de descubrir a los dirigentes del enemigo, o a sus maestros de la ciencia. Prothall permanecía en el centro del campo de combate a fin de facilitar a la compañía un punto de reagrupamiento, y daba continuas advertencias y órdenes a sus hombres.

Vasallodelmar luchaba solo. Se había lanzado enfurecido al ataque, como uno de aquellos antiguos guerreros escandinavos que eran considerados invulnerables, golpeando con los puños, dando puntapiés y derribando todo lo que estaba a su alcance. Su grito de guerra se transformó en un largo y desgarrador aullido de furia, y sus enormes zancadas le permitían mantenerse en lo más reñido de la lucha. Al

principio, parecía lo bastante fuerte para mantener a raya por sí solo al enemigo. Pero pronto se hizo sentir la gran fuerza de los Entes de la cueva, los cuales se lanzaron en grupo contra él, y cuatro de ellos lograron derribarle. Se incorporó al instante, apartando a empellones a los atacantes como si fueran muñecos. Pero era evidente que, si el número de Entes que lo atacaban aumentaba, acabaría perdiendo.

Variol y Tamarantha no corrían menos peligro. Permanecían inmóviles, tendidos en el suelo, y sus cuatro Guardianes de Sangre los defendía de un modo peculiar. Algunos atacantes arrojaban flechas, y los Guardianes de Sangre las desviaban golpeando las astas con el dorso de la mano. Luego les lanzaron picas, y finalmente los Entes de la cueva cargaron contra ellos con espadas y estacas. Sin armas ni ayuda, los Guardianes de Sangre ponían en juego su velocidad, equilibrio, habilidad, patadas y golpes perfectamente dirigidos. Su éxito parecía imposible. Pronto un pequeño círculo de Entes de la cueva muertos e inconscientes rodeó a los dos Amos. Pero al igual que Vasallodelmar, eran vulnerables, tenían que serlo, si dirigían contra ellos un ataque concertado.

A una orden de Prothall, un grupo de guerreros acudió en ayuda de los cuatro Guardianes de Sangre.

Covenant apartó la mirada.

Descubrió que Mhoram libraba un combate singular con treinta o cuarenta ur-viles. Todos los ur-viles atacantes, cuyo número era inferior en proporción al de los Entes de la cueva, habían formado una cuña detrás de su miembro más alto, su maestro de la ciencia, una cuña que les permitía centrar toda su fuerza en el dirigente. El maestro de la ciencia blandía una cimitarra de hoja llameante, a la que Mhoram oponía su ígneo bastón. El choque de energía producía una lluvia de chispas que incendiaba el aire.

Entonces un grupo de combatientes se dirigió hacia la trinchera de Covenant y saltaron sobre él. Bannor luchó furiosamente para desviar las lanzas. Poco después llegó un guerrero en su ayuda. Era la fustariana que se había adjudicado voluntariamente el servicio a Covenant. Ella y Bannor lucharon encarnizadamente para proteger su vida.

Covenant se llevó las manos al pecho, como si quisiera proteger su anillo. Inconscientemente sus dedos cogieron el metal.

Entre la barahúnda de cuerpos avistó a Prothall y vio que el Amo Superior era atacado. Usando su bastón llameante como una lanza, luchaba con el *grifo*. Las alas del monstruo casi le derribaron, pero pudo sostenerse en pie y lanzó hacia arriba la llama azul de su bastón. El *grifo*, empero, no estaba solo. Sentado a horcajadas en él estaba otro maestro de la ciencia ur-vil. La criatura empleaba una estaca negra para parar los golpes del Amo Superior.

Mientras Covenant observaba, la virulencia del conflicto iba en aumento. Los

cuerpos caían, se levantaban y caían de nuevo. La sangre lo salpicaba. Al otro lado del claro, Vasallodelmar apartó a una horda de Entes de la cueva y se levantó, pero fue derribado al instante de nuevo. Bajo la fuerza combinada de sus asaltantes, Prothall hincó una rodilla en tierra. La cuña de ur-viles hizo retroceder considerablemente a Mhoram, y los dos Guardianes de Sangre que estaban con él se apretaron el uno contra el otro para protegerle la espalda.

Covenant sintió que se ahogaba, como si tuviera la garganta llena de arena.

Dos guerreros habían caído ya entre los Entes de la cueva, alrededor de Variol y Tamarantha. Tres Entes de la cueva armados con lanzas atacaron simultáneamente a un Guardián de Sangre y a Tamarantha que se hallaba tras él. El Guardián de Sangre rompió la primera lanza con un golpe de su mano, y dio un gran salto para golpear a su portador en el rostro. Pero su gran velocidad no fue suficiente, y el tercer Ente de la cueva lo cogió por un brazo. En seguida el primer Ente cerró sus dedos en torno al tobillo del Guardián de Sangre. Los dos tendieron al cautivo entre ellos, y su compañero se dispuso a clavarle la lanza en el vientre.

Transfigurado por la impotencia, Covenant observó cómo el Guardián de Sangre forcejeaba con los Entes, los acercaba de un tirón y se retorcía para desviarse de la trayectoria de la lanza, cuya punta pasó rozándole la espalda. Entonces golpeó a sus captores en las ingles, y ellos le dejaron caer y retrocedieron. El Guardián de Sangre cayó al suelo y rodó, pero uno de los Entes le dio un violento y certero puntapié que le hizo alejarse de Tamarantha.

Con un grito de triunfo, el Ente de la cueva se abalanzó con su pica para traspasar a la Ama tendida.

¡Tamarantha!

El peligro que corría aquella anciana indefensa fue más de lo que Covenant podía soportar. Venciendo su miedo, saltó por encima del borde de la fosa y corrió hacia ella.

—¡Agáchate! —le gritó la fustariana.

La súbita aparición de Covenant fuera de la trinchera distrajo su atención y ofreció un blanco a sus contrarios. Como resultado, falló una parada y una estocada le abrió el costado. Pero Covenant no la vio, pues ya corría hacia Tamarantha... y ya demasiado tarde.

El Ente de la cueva descargó su lanza. En el último instante, el Guardián de Sangre salvó a Tamarantha saltando por encima de ella y recibiendo la lanzada en su propia espalda.

Covenant se abalanzó contra el Ente y trató de acuchillarlo con su cuchillo de piedra. La hoja se torció en su mano mutilada, y sólo logró rasgar el omóplato de la criatura.

El cuchillo se deslizó de entre sus dedos.

El Ente de la cueva giró rápidamente y, de un golpe, derribó a Covenant al suelo. Éste quedó un momento aturdido, pero Bannor corrió en su ayuda y atacó a la criatura. El Ente reaccionó como si su éxito al acabar con el otro Guardián de Sangre le hubiera infundido nuevos bríos. Esquivó los golpes de Bannor, lo atrapó entre sus largos y fuertes brazos y comenzó a apretar. Bannor dirigió sus ataques a los ojos y las orejas del Ente de la cueva, pero la enloquecida criatura no hizo más que aumentar la presión de su abrazo. La cólera comenzó a abrirse paso entre el aturdimiento de Covenant. Tambaleándose, se acercó a Tamarantha, que seguía inmóvil en el suelo, y le arrebató el bastón que tenía a su lado. Ella no hizo ningún movimiento y él no le pidió permiso. Se volvió, hizo girar velozmente el bastón por encima de su cabeza y lo estrelló con todas sus fuerzas en la nuca del Ente. Hubo una silenciosa explosión de energía blanca y carmesí, y el Ente cayó instantáneamente muerto.

Las llamas cegaron a Covenant un instante, pero reconoció el mórbido tono rojizo de aquel fuego. Entonces, boquiabierto, se miró la mano. No recordaba haber desprendido el anillo del *clingor* adherido a su pecho, pero allí estaba, en su dedo, bañado en un tono rojo bajo la influencia de la luna envuelta en nubes.

Otro Ente de la cueva se abalanzó hacia él. Instintivamente, descargó el bastón en la criatura, la cual se derrumbó envuelta en un resplandor totalmente carmesí.

Al ver aquello, la ira hasta entonces sofocada de Covenant, estalló en toda su violencia. Aullando: «¡Execrable!», como si el Despreciativo estuviera delante de él, se lanzó allá donde la refriega era más reñida. Descargando enloquecidos golpes a su alrededor, derribó a otro Ente de la cueva, y otro, y otro más. Pero no miraba el terreno que pisaba, y tras el tercer golpe cayó en una de las trincheras. Permaneció largo tiempo en la fosa, como un muerto. Cuando al fin se levantó, temblaba lleno de revulsión.

En el campo, el combate continuaba encarnizadamente. No podía juzgar cuántos atacantes habían sido muertos o puestos fuera de combate. Pero se había llegado a un momento crítico, y la compañía había cambiado su táctica. Prothall dejó al *grifo* y corrió en ayuda de Vasallodelmar, y cuando el gigante estuvo de nuevo en pie, ensangrentado, atacó al *grifo* mientras Prothall se unía a Mhoram contra los ur-viles. Bannor siguió defendiendo a Covenant, y Quaan ordenó a los supervivientes de su Eoman que organizaran la defensa alrededor de Variol y Tamarantha.

Poco después, los ranyhyn efectuaron una llamada de aviso. Tras haber liberado a los caballos, entraron en combate. Y mientras sus cascos y dientes causaban estragos entre los Entes de la cueva, Prothall y Mhoram hacían girar sus bastones inflamados a fin de parar la estocada del maestro de la ciencia ur-vil. La ardiente cimitarra se quebró en fragmentos de lava, y la descarga de energía derribó al ur-vil. Al instante, la cuña formada por las criaturas varió de dirección en busca de un nuevo dirigente,

pero los más fuertes habían caído, y empezaron a retroceder.

Al otro lado del campo de batalla, Vasallodelmar cogió por sorpresa al *grifo*. El monstruo acosaba a los guerreros que rodeaban a Variol y Tamarantha. Con un rugido, Vasallodelmar dio un salto y atrapó en un abrazo mortal el cuerpo del *grifo*. El peso del gigante lo abatió al suelo, y rodó por la hierba empapada de sangre. El ur-vil que cabalgaba en él salió despedido, y Quaan lo decapitó antes de que pudiera alzar su estaca.

El *grifo* lanzó un horrible alarido de rabia y dolor, intentó zafarse del abrazo de Vasallodelmar y alcanzarle con sus garras y colmillos. Pero el gigante lo apretó con todas sus fuerzas, poniendo todo su empeño en matar a la bestia antes de que pudiera volverse y herirle con sus afiladas defensas. Casi lo consiguió sin sufrir daño, pero no pudo salir indemne del todo. Bajo su furiosa presión, oyó el ruido que hacían los huesos de la bestia al quebrarse. El *grifo* lanzó un aullido final y murió. El gigante permaneció un momento junto a su cuerpo, jadeando penosamente. Luego, vacilante, se puso en pie. Las garras de la bestia le habían desgarrado la frente hasta el hueso.

Pero no se detuvo. Vertiendo sangre por los ojos, corrió hacia la apretada cuña de los ur-viles y se arrojó contra ella cuán largo era. La formación se derrumbó bajo el impacto.

En seguida los ur-viles decidieron huir. Antes de que Vasallodelmar hubiera podido incorporarse, se habían ido, desvaneciéndose en la oscuridad. Su desertión pareció poner fin al alocado valor de los Entes de la cueva, los cuales ya no fueron capaces de desafiar el fuego de los Amos. Los bastones que blandían éstos les infundieron pánico, prendieron la repentina yesca en que se habían convertido sus corazones.

Un grito de fracaso se elevó entre los atacantes. Los Entes de la cueva comenzaron a huir.

Aullando llenos de consternación, se alejaron del árbol en llamas, desparramándose. Huyeron a toda prisa, corriendo con grotescas contracciones de sus nudosas articulaciones, pero su fuerza y la longitud de sus extremidades les proporcionaban velocidad. En pocos momentos, el último de ellos había desaparecido del claro.

Vasallodelmar corrió tras ellos. Gritando maldiciones en idioma gigante, siguió a los que huían como si pretendiera aplastarlos a todos bajo sus pies. En seguida desapareció en la oscuridad y sus gritos dejaron de oírse, pero de vez en cuando se oían débiles gritos en la noche, que señalaban la captura de Entes de la cueva huidos.

Tuvor preguntó a Prothall si algunos de los Guardianes de Sangre deberían unirse a Vasallodelmar, pero el Amo Superior meneó la cabeza.

—Ya hemos hecho bastante —dijo entre jadeos—. Recuerda el Juramento de Paz. Durante algún tiempo, los miembros de la compañía, exhaustos y aliviados,

permanecieron de pie, en un silencio punteado por su respiración jadeante y los gemidos de los Entes de la cueva heridos. Nadie se movía. A Covenant aquel silencio le parecía como una plegaria. Trepó al borde de la zanja, tambaleándose, y miró a su alrededor con ojos vidriosos, aquilatando el resultado del combate.

Los Entes de la cueva estaban esparcidos por el campo en montones informes, casi un centenar de ellos, muertos, moribundos e inconscientes, y su sangre lo cubría todo como un rocío de muerte. Había diez cadáveres de ur-viles. Cinco guerreros no cabalgarían de nuevo con su Eoman, y ninguno de los que estaban a las órdenes de Quaan había salido bien librado. Pero sólo había caído uno de los Guardianes de Sangre.

—Somos afortunados —dijo Prothall con un gemido que contradecía sus palabras.

—¿Afortunados? —repitió Covenant en un tono vagamente incrédulo.

—Sí, somos afortunados. —Un acento de ira recalcó el sonido renqueante de la voz de Prothall—. Ten en cuenta que todos habríamos podido morir. Imagina que ese ataque se hubiera producido cuando había luna llena. Piensa que mientras los pensamientos del Babeante se dirigen aquí, no multiplica las defensas del Monte Trueno. Hemos pagado —su voz se ahogó un instante—, pero hemos pagado poco por nuestras vidas y nuestra esperanza.

De momento, Covenant no replicó. Las imágenes de violencia lo aturdían. Todos los fustarianos habían muerto... Los Entes de la cueva... los ur-viles... la guerrera que se había impuesto la tarea de atenderle, y cuyo nombre ni siquiera sabía. Vasallodelmar había matado..., él mismo había matado a cinco... cinco.

Estaba temblando, pero necesitaba hablar, defenderse. El horror que sentía lo enfermaba.

—Vasallodelmar tiene razón —dijo con voz ronca—. Esto es obra del Execrable.

Nadie pareció oírle. Los Guardianes de Sangre se acercaron a los ranyhyn y trajeron la montura de su camarada caído cerca del fuego. Levantando cuidadosamente al hombre, lo depositaron a lomos del ranyhyn, atándole con tiras de *clingor*. Entonces hicieron un saludo silencioso, y el ranyhyn emprendió el galope, llevando a su jinete muerto hacia las Montañas Occidentales y la Quebrada de los Guardianes, hacia su hogar.

—El Execrable planeó todo esto.

Cuando el ranyhyn se desvaneció en la noche, algunos Guardianes de Sangre curaron las lesiones de sus monturas, mientras otros reanudaban sus deberes de vigilancia.

Entretanto, los guerreros empezaron a moverse entre los Entes de la Cueva, buscando supervivientes entre los cadáveres. A todos los que no estaban mortalmente heridos les hicieron incorporarse y huir del campo. Los cuerpos fueron amontonados

en el lado norte del árbol, formando una pira.

—Esto significa dos cosas. —Covenant se esforzó para dominar el temblor de su voz—. Es lo mismo que me hace a mí. Es una lección... como lo que le ocurrió a Llaura. El Execrable nos dice lo que nos está haciendo porque está seguro de que el conocimiento no será de ayuda. Quiere aprovecharse de toda la desesperación de que seamos capaces.

Con la ayuda de dos guerreros, Prothall sacó a Llaura y Pietten de la zanja en la que se hallaban, Llaura parecía hallarse en el límite de sus fuerzas, totalmente extenuada, y estaba casi postrada. Pero el pequeño Pietten deslizó las manos sobre la hierba húmeda de sangre y se lamió los dedos.

Covenant desvió la mirada y gimió.

—La otra cosa que quiere en realidad el Execrable es que atacemos al Babeante. Le engañó para que nos atacara y así no se ocupara de su defensa. Así pues, el Execrable debe saber lo que estamos haciendo, aunque el Babeante no lo sepa.

Prothall parecía turbado por los ocasionales gritos distantes, pero Mhoram no reparaba en ellos. Mientras el resto de la compañía se aplicaba a sus tareas, el Amo fue a arrodillarse al lado de Variol y Tamarantha. Se inclinó sobre sus padres, y su cuerpo se puso rígido bajo la túnica ensangrentada.

—Os digo que todo esto forma parte del plan del Execrable. ¡Maldita sea! ¿No me escucháis?

Mhoram se irguió abruptamente y se enfrentó a Covenant. Parecía a punto de arrojar una maldición al rostro del Incrédulo, pero las lágrimas corrían por sus mejillas y habló entre sollozos.

—Están muertos. Variol y Tamarantha, mis padres... mi padre y mi madre, cuerpo y alma.

Covenant pudo ver la palidez de la muerte en la piel de los ancianos.

—¡No es posible! —gritó uno de los guerreros—. Soy testigo de que ningún arma los tocó. Los defendieron los Guardianes de Sangre.

Prothall se apresuró a examinar a los dos Amos. Les aplicó la mano al pecho y la cabeza, y finalmente dijo con semblante abatido:

—Sin embargo, están muertos.

Los labios de los dos cadáveres sonreían.

Los guerreros se interrumpieron en sus tareas. En silencio, el Eoman dejó a un lado su propia fatiga y aflicción para inclinarse respetuosamente ante Mhoram y sus muertos. Mhoram alzó a Variol y Tamarantha en sus brazos. Sus delgados huesos eran ligeros, como si hubieran perdido el peso de la mortalidad. Las lágrimas brillaban en las mejillas del Amo, pero tenía los hombros firmes, sin que los agitaran los sollozos, mientras sostenía a sus padres.

La mente de Covenant estaba envuelta en una nube. Tenía la sensación de vagar

en medio de una niebla, y que el viento le arrancaba las palabras.

—¿Pretendes decirme que nosotros... que yo...? ¿Por un par de cadáveres?

Mhoram no mostró señal alguna de haber oído, pero Prothall frunció el ceño y Quaan se situó de inmediato al lado del Incrédulo, le cogió por el codo y le susurró al oído:

—Si vuelves a hablar, te rompo el brazo.

—No me toques —replicó Covenant. Pero su voz carecía de fuerza, y se sumió de nuevo en la niebla.

A su alrededor, la compañía adoptó una actitud de ritual. Dejando su bastón a uno de los guerreros, el Amo Superior Prothall recobró los bastones de los Amos muertos y los sostuvo en sus brazos, como una ofrenda. Y Mhoram, que aferraba los cadáveres erectos de Variol y Tamarantha, se volvió hacia el árbol calcinado. El aire pareció estremecerse. Al cabo de un largo silencio, Mhoram comenzó a cantar. Su áspera canción susurraba como un río, y apenas cantaba más fuerte que la corriente del agua entre tranquilas orillas.

*La muerte cercena la belleza del mundo...
agavilla las viejas cosechas y apresura las nuevas.
Tente, corazón:
guarda la paz.
Crecer es mejor que decaer:
Oigo el ruido de la hoja que separa la vida de la vida.
Tente, paz:
guarda el corazón.
Pasa la muerte...
la forma en que la vida y el tiempo hacen camino a la vida.
Odia el morir y el matar, no a la muerte.
Tente, corazón:
no reprimines.
Guarda la paz y aflígete,
y sigue quieto.*

Al terminar su canto, los hombros de Mhoram se estremecieron, como si fueran incapaces de soportar su carga sin dedicar al menos un sollozo a los muertos.

—¡Ah, Creador! —exclamó con voz llena de aflicción—. ¿Cómo puedo honrarles? He recibido un golpe en el corazón, y estoy consumido por el trabajo que debo hacer. Tú debes honrarlos..., pues ellos te han honrado.

El ranyhyn Hynaril, en el borde de la zona iluminada por el fuego, lanzó un relincho que era como un grito de pesar. La gran yegua ruana retrocedió y piafó con las patas delanteras. Luego se volvió rápidamente y emprendió un galope hacia el

este.

Entonces Mhoram murmuró de nuevo:

*Tente, corazón:
no recrimines.
Guarda la paz y aflígete,
y sigue quieto.*

Depositó cuidadosamente a Variol sobre la hierba y alzó a Tamarantha con ambos brazos.

—¡Salve! —exclamó con voz ronca, e introdujo el cadáver en la hendidura del árbol en llamas. Y antes de que el fuego pudiera ennegrecer su piel curtida por la edad, alzó a Variol y lo colocó a su lado.

—¡Salve! —exclamó de nuevo.

La sonrisa que compartían los cadáveres pudo verse un momento antes de que las llamas la difuminaran. Y allí quedaron, consumiéndose juntos.

Muertos, se dijo quejumbrosamente Covenant, lo mismo que aquel Guardián de Sangre. ¡Pobre Mhoram! En su confusión, no podía distinguir entre el pesar y la ira.

Con los ojos ya secos, Mhoram se volvió hacia la compañía y su mirada pareció centrarse en Covenant.

—Amigos míos, sosegad vuestros corazones —les dijo en tono consolador—. Abrazad la paz a pesar de vuestra aflicción. Variol y Tamarantha llegaron al fin de sus días. ¿Quién hubiera podido impedirselo? Supieron que había llegado el final de sus días. Leyeron el término de sus vidas en las cenizas de la Fustaria Alta, y les alegró servirnos con su último sueño. Decidieron atraer el ataque hacia ellos a fin de que nosotros pudiéramos vivir. ¿Quién dirá que no fue grande el desafío al que se enfrentaron? Recordad el Juramento y abrazad la Paz.

Los miembros del Eoman hicieron al unísono el saludo de despedida llevándose la mano al pecho, abriendo los brazos como si descubrieran sus corazones a los muertos.

—¡Salve! —exclamó Quaan, y acto seguido ordenó a sus guerreros que volvieran a la tarea de amontonar los Entes de la cueva muertos y enterrar a los fustarianos.

Tras la partida del Eoman, el Amo Superior Prothall se dirigió a Mhoram.

—El bastón del Amo Variol. De padre a hijo. Tómallo. Si sobrevivimos a esta Búsqueda para llegar a una época de paz, domínalo. Ha sido el bastón de un Amo Superior.

Mhoram lo aceptó haciendo una reverencia.

Prothall se detuvo un momento, vacilante, y luego se volvió a Covenant.

—Tú has usado el bastón de la Ama Tamarantha. Tómallo para usarlo de nuevo. Verás como es más apropiado para ayudar a tu anillo que el bastón del estigmatizado.

El *lillianrill* actúa de una manera distinta a la de los Amos, y tú eres ur-Amo, Thomas Covenant.

Recordando la llama roja que había surgido de aquella madera para matar, Covenant se limitó a decir:

—Quémalo.

La mirada de Mhoram se endureció. Pero Prothall se limitó a encogerse de hombros, cogió el bastón de la Ama Tamarantha y lo introdujo en la hendidura del árbol envuelto en llamas.

Por un instante, los extremos metálicos del bastón brillaron como si fueran de cardenillo. Entonces Mhoram gritó:

—¡Cuidado con el árbol!

Los miembros de la compañía se apartaron rápidamente de los vástagos en llamas.

El bastón produjo un sonido como de cadenas rotas. Una llamarada azul surgió de la hendidura, y el árbol cayó al suelo y se fragmentó, como si al fin hubiera muerto su núcleo. El montón de madera ardió furiosamente.

Desde cierta distancia, Covenant oyó que Birinair decía:

—La obra del Incrédulo —como si aquello fuera una calumnia.

No me toques, musitó Covenant para sí mismo.

Temía pensar. A su alrededor, la oscuridad acechaba como alas de buitres hechas de negra noche. Amenazaban horrores, y se sintió asediado por fantasmas. No podía soportar la rojez de su anillo, ni aquello en lo que se había convertido. Miró en torno suyo como si buscara algo contra lo que luchar.

Inesperadamente regresó Corazón Salado Vasallodelmar.

Salió de la noche arrastrando los pies, como una metáfora carnal de una matanza en masa. Estaba cubierto de sangre, y no poca de ésta brotaba de sus propias heridas, sobre todo de la gran abertura de la frente, cubriendo el rostro con una pátina sangrienta en la que destacaban sus profundos ojos, con una expresión de pesadumbre y repugnancia. Jirones de carne procedentes de los Entes de la cueva estaban todavía adheridos a sus dedos.

Pietten señaló al gigante, y en sus labios se dibujó una sonrisa que reveló sus dientes. En seguida Llaura le cogió de la mano y lo llevó al lecho que los guerreros les habían preparado.

Prothall y Mhoram se acercaron solícitos al gigante, pero éste pasó de largo ante ellos, dirigiéndose al fuego. Se arrodilló cerca de las llamas como si su espíritu necesitara calor, y el gemido que exhaló mientras caía de rodillas sonó como un alud.

Viendo que aquella era su oportunidad, Covenant se aproximó al gigante. El manifiesto dolor de Vasallodelmar, hizo que su confusión, su pesar y su ira alcanzaran una cota que exigía su expresión. Él mismo había causado la muerte a

cinco Entes de la cueva. ¡Cinco! Su anillo estaba lleno de sangre.

—Bien —gruñó—. Eso debe de haber sido divertido. Espero que lo hayas pasado bien.

Desde el otro lado del campo, Quaan le dirigió un siseo amenazador. Prothall se puso al lado de Covenant y le dijo en voz baja:

—No le atormentes, por favor. Es un gigante. Éste es el *caamora*..., el fuego de la aflicción. ¿No ha habido ya suficiente dolor esta noche?

Covenant no respondió, pero en su interior, ya desprovisto de furor, gritó que él mismo había matado a cinco Entes de la cueva.

Vasallodelmar hablaba junto al fuego como si estuviera en trance y no pudiera oír a los demás. Su voz tenía un sonido punzante. Se arrodilló delante del fuego en una actitud de lamentación.

—Ah, hermanos y hermanas, ¿me habéis observado? ¿Has visto, pueblo mío? A esto hemos llegado. Gigantes, no estoy solo. Siento que estáis en mí, que vuestra voluntad está en la mía. Vosotros no habríais actuado de modo distinto, no sentiríais de otra manera, vuestra aflicción no se distinguiría de la mía. Éste es el resultado. ¡Piedra y Mar! Hemos sufrido pérdidas. El hogar perdido y la semilla débil han reducido nuestro número. ¿Seguimos siendo fieles incluso ahora? Ah, pueblo mío, ¿permanecemos fieles aunque esa constancia conduzca a esto? ¡Miradme! ¿Me consideraréis admirable? Hiedo a odio y muerte innecesaria. —Un hálito glacial recorrió sus palabras, e inclinando la cabeza a un lado empezó a cantar.

Su fúnebre canto prosiguió hasta que Covenant sintió unas irrefrenables ganas de gritar. Quería abrazar o golpear al gigante para que dejara de cantar. Notaba su creciente frenesí como una corriente eléctrica que lo enervaba. ¡Basta!, gimió en silencio. ¡No puedo soportarlo!

Un instante después, Vasallodelmar inclinó la cabeza y quedó en silencio. Permaneció largo tiempo callado, como si se estuviera preparando. Luego preguntó en tono neutro:

—¿A quiénes hemos perdido?

—No son muchos —respondió Prothall—. Tu valor nos fue de gran ayuda.

—¿A quiénes? —urgió Vasallodelmar.

Con un suspiro, Prothall nombró a los cinco guerreros, el Guardián de Sangre, Variol y Tamarantha.

—¡Piedra y Mar! —gritó el gigante. Con un convulso movimiento de sus hombros, puso las manos en el fuego.

Los guerreros se quedaron sin aliento. Prothall se puso rígido al lado de Covenant. Pero aquel era el *caamora* de los gigantes y nadie se atrevió a intervenir.

Un rictus agónico se dibujó en el rostro de Vasallodelmar, pero permaneció inmóvil. Los ojos parecían sobresalirle de las órbitas, pero mantuvo las manos en el

fuego como si la llama pudiera curar, o al menos cauterizar la sangre que las manchaba, aunque no pudiera limpiarla. Pero el dolor que sentía se mostraba en su frente. La violencia de sus latidos rompió la costra de la herida, y la sangre comenzó a brotar de nuevo, deslizándose alrededor de los ojos y por las mejillas hasta empaparle la barba.

Covenant, jadeante, se apartó de Prothall, acercándose al gigante arrodillado. Hizo un tremendo esfuerzo para pronunciar unas palabras que, pese a su intención, sonaron cáusticas:

—Ahora alguien debería reírse realmente de ti.

Su cabeza apenas sobresalía del hombro del gigante.

Por un momento, Vasallodelmar no dio señal alguna de haber oído. Pero luego dejó caer los hombros. Lentamente, casi como si fuera reacio a dejar de torturarse, retiró las manos. Éstas aparecieron indemnes, pues por alguna razón su carne parecía resistente a las llamas, pero la sangre había desaparecido de ellas. Estaban tan pálidas como si la exculpación las hubiera restregado.

Sus dedos estaban todavía rígidos por el dolor, y los flexionó penosamente antes de volver su rostro ensangrentado a Covenant. Como si estuviera apelando a una condena, se enfrentó a la mirada firme del Incrédulo y le preguntó:

—¿No sientes nada?

—¿Sentir? —gruñó Covenant—. Soy un leproso.

—¿Ni siquiera por el pequeño Pietten, por un niño?

El tono de súplica del gigante hizo sentir a Covenant deseos de abrazarle, de aceptar su terrible piedad como una especie de respuesta a su dilema. Pero sabía que no era suficiente, sabía, en lo más profundo de su condición de leproso, que no bastaba.

—Nosotros también les matamos —dijo con voz ronca—. Yo maté... No soy distinto a ellos.

Se volvió abruptamente y caminó hacia la oscuridad para ocultar su vergüenza. El campo de batalla era un lugar apropiado para él. Su olfato era insensible al hedor de la muerte. Poco después dio un traspies y cayó entre los muertos, sobre la sangre, rodeado por fosas y piras.

¡Niños! Él era la causa de sus gritos y su agonía. El Execrable había atacado la fustaria a causa de su anillo de oro blanco. No volvería a hacerlo, no, se dijo a sí mismo con una voz sin rastros de llanto.

No mataría más.

XVIII

LAS LLANURAS DE RA



pesar del humo acre que llenaba el campo de batalla, de las fosas cercanas donde estaban enterrados los muertos carbonizados, a pesar de las emociones y las terribles experiencias que había vivido en las últimas horas, Covenant pudo conciliar el sueño. Durante el resto de la noche, los demás supervivientes de la batalla trabajaron para enterrar o quemar a los muertos, pero él durmió. Sumido en una intranquila inconsciencia, se dedicó en sus sueños a realizar los rutinarios ejercicios de observación del leproso: brazo izquierdo, del hombro a la muñeca; mano izquierda, palma y dorso, dedo tras dedo, brazo derecho, camisa, pecho, pierna izquierda...

Al despertar, al alba tenía el aspecto de una tumba inquietante. Estremeciéndose, se puso en pie y descubrió que todo el trabajo de sepultar a los muertos ya se había realizado. Todas las fosas estaban llenas de tierra, y en cada una de ellas había un arbolito plantado, que Birinair había encontrado en alguna parte. La mayoría de los guerreros yacían en el suelo, tratando de reponerse de su fatiga. Pero Prothall y Mhoram estaban ocupados preparando una comida, y los Guardianes de Sangre examinaban y preparaban a los caballos.

Covenant sintió un profundo disgusto por no haber colaborado en el trabajo. Miró su túnica y vio que el tejido estaba rígido y negro, embadurnado de sangre. Pensó que era una prenda adecuada para un leproso, un paria.

Era consciente de que había rebasado el momento en que debía tomar una decisión. Tenía que determinar cuál era su posición en aquel dilema imposible. Apoyado en su bastón, en el alba sepulcral, sintió que había llegado al final de sus evasiones. Había perdido la pista de sus hábitos de autoprotección, la posibilidad de ocultar su anillo, incluso había perdido sus recias botas... y había vertido sangre. Había llevado la condenación a la Fustaria Alta. Se había preocupado tanto por huir de la locura que no se había enfrentado a la locura hacia la cual le llevaba su huida.

Tenía que seguir avanzando. Eso era algo que había aprendido bien. Pero seguir adelante planteaba el mismo problema impenetrable. Participar y enloquecer, o negarse a participar y enloquecer. Tenía que tomar una decisión, encontrar suelo firme en alguna parte y aferrarse a él. No podía aceptar el Reino, pero tampoco podía negarlo. Necesitaba una respuesta. Sin ella, estaría atrapado como Llaura, obligado, para regocijo del Execrable, a perderse a fin de evitar perderse.

Mhoram alzó la vista del puchero cuyo contenido removía y sorprendió la

expresión compungida en el rostro de Covenant.

—¿Qué te ocurre, amigo mío? —le preguntó amablemente.

Covenant fijó por un momento la mirada en Mhoram. Parecía como si el Amo hubiera envejecido de la noche a la mañana. Su rostro estaba ennegrecido por el humo y el polvo del combate, acentuando las líneas en su frente y alrededor de los ojos como una súbita agravación de desgaste y decadencia. Los ojos estaban empañados por la fatiga, pero conservaba en los labios su amabilidad, y sus movimientos, aunque la túnica que lo cubría estuviese rasgada y ensangrentada, eran firmes.

Instintivamente, Covenant se puso en guardia ante el tono en que el Amo le dijo «amigo mío». No podía permitirse ser amigo de nadie. Renunció también a satisfacer el impulso que sentía de preguntarle cuál era la causa de que el bastón de Tamarantha se hubiera vuelto tan violento en sus manos. Temía la respuesta a esa pregunta. Para ocultar sus reservas, se volvió bruscamente, y fue en busca de Vasallodelmar.

El gigante estaba sentado, con la espalda apoyada en el último fragmento extinguido de la Fustaria Alta. La mugre y la sangre ensombrecían su rostro. Su piel tenía el color de una mancha en el corazón de un árbol. Pero lo más destacable de su aspecto era la herida de la frente. La carne rasgada le colgaba sobre las cejas como un follaje de dolor, y a través de la herida nuevas gotas de sangre rezumaban como si rojos pensamientos se abrieran paso desde una grieta en su cráneo. Abrazaba con el brazo derecho su gran recipiente de *Filtro de Diamante*, y contemplaba a Llaura mientras ésta atendía al pequeño Pietten.

Covenant se acercó al gigante, pero antes de que pudiera hablar, Vasallodelmar le dijo:

—¿Te has fijado en ellos? ¿Sabes qué les han hecho?

La pregunta despertó negras resonancias en la mente de Covenant.

—Sé algo de ella.

—¿Y de Pietten? El pequeño Pietten, un chiquillo.

Covenant se encogió torpemente de hombros.

—¡Piensa, Incrédulo! —Su voz parecía girar en una espesa niebla—. Estoy perdido. Tú puedes comprender.

—Es lo mismo —dijo Covenant, haciendo un esfuerzo—. Exactamente lo mismo que nos han hecho, que le han hecho también a Llaura. —Un instante después añadió mordazmente—: Y a los Entes de la Cueva. —Vasallodelmar le miró con recelo, y él continuó—: Todos nosotros vamos a destruir... cuanto queramos preservar. Es la esencia del método del Execrable. Pietten es un regalo para nosotros... un ejemplo de lo que vamos a hacerle al Reino cuanto tratemos de salvarlo. El Execrable confía en ello. Y esa clase de profecías se cumplen por sí mismas.

Al oír esto, Vasallodelmar miró fijamente a Covenant como si el Incrédulo

acabara de lanzarle una maldición. Covenant trató de sostener la mirada del gigante, pero una vergüenza inesperada le hizo bajar la cabeza. Miró la hierba abrasada, que presentaba una curiosa peculiaridad, y era que algunas porciones no parecían tan estropeadas como otras. Al parecer, el fuego de los Amos causó un daño menos esencial que el poder de los ur-viles.

—Olvidas que existe una diferencia entre un profeta y un vidente. Ver el futuro no es profetizar.

Covenant no quería pensar en ello. Para zanjar el tema, preguntó:

—¿Por qué no conseguiste un poco de esa marga antilesiones para tu frente?

Esta vez fue Vasallodelmar quien bajó los ojos.

—No quedó nada —dijo en tono distante. Abrió y cerró las manos en un gesto de impotencia—. Otros estaban agonizando, y algunos necesitaban la marga para salvar sus brazos o piernas. Y... —Su voz vaciló un momento—. Y pensé que podría ayudar al pequeño Pietten. Es sólo un niño —insistió, y al alzar súbitamente los ojos, Covenant atisbó en su mirada una súplica que no pudo comprender—. Pero uno de los Entes de la cueva agonizaba lentamente, entre terribles dolores. —Un nuevo hilillo de sangre surgió de su frente y empezó a gotearle por la ceja—. ¡Piedra y Mar! —gimió—. No pude soportarlo. El Guardahogar Birinair me tenía reservada una pizca de marga, aplicable a toda clase de heridas. Pero yo se la di al Ente de la cueva, no a Pietten... Al Ente de la cueva, porque sufría tanto.

Abruptamente, echó la cabeza atrás y tomó un largo trago de *Filtro de Diamante*. Con la palma de la mano se enjugó rudamente la sangre de las cejas.

Covenant miró atentamente el devastado rostro del gigante.

—¿Cómo están tus manos? —le preguntó, porque no pudo encontrar otras palabras para demostrarle su simpatía.

—¿Mis manos? —Vasallodelmar pareció momentáneamente confuso, pero entonces recordó—. Ah, el *caamora*. Amigo mío, soy un gigante —le explicó—. Ningún fuego ordinario puede hacerme daño. Pero el dolor... El dolor enseña muchas cosas. —Afloró a sus labios una mueca de disgusto consigo mismo—. Se dice que los gigantes estamos hechos de granito —musitó—. No te preocupes por mí.

Obedeciendo a un impulso, Covenant replicó:

—En ciertas partes del mundo de donde procedo, hay pequeñas ancianas que se pasan el día sentadas al lado del camino, golpeando pedazos de granito con pequeños martillos de hierro. Necesitan mucho tiempo... pero finalmente convierten grandes rocas en pequeños fragmentos.

Vasallodelmar reflexionó un momento antes de preguntar:

—¿Es eso una profecía, ur-Amo Covenant?

—No me lo preguntes. Yo no reconocería una profecía si recayera en mí.

—Tampoco yo —dijo Vasallodelmar, con una tenue sonrisa.

Poco después, el Amo Mhoram llamó a la compañía para que tomaran la comida que él y Prothall habían preparado. Entre indicios de gemidos reprimidos, los guerreros se incorporaron y se dirigieron hacia la fogata. Vasallodelmar se levantó con dificultad y, junto con Covenant, siguieron a Llaura y Pietten para recibir comida.

La vista y el olor de la comida avivaron súbitamente en Covenant su necesidad de tomar una decisión. Estaba hambriento, pero cuando alargó el brazo para coger un trozo de pan, observó que lo tenía embadurnado de sangre y cenizas. Había matado... El pan se deslizó de sus dedos. Murmuró que todo aquello estaba mal. Comer era una forma de aquiescencia, una sumisión a la realidad física del Reino. No podía permitírselo. Tenía que pensar.

Las demandas de su estómago se intensificaban, pero él las rechazó. Tomó un trago de vino vigorizante para aclararse la garganta y luego se alejó del fuego con un gesto de repudio. Los Amos y Vasallodelmar lo miraron inquisitivamente, pero él no hizo comentario alguno.

Necesitaba ponerse a prueba, descubrir una respuesta que restaurase su capacidad para sobrevivir. Haciendo una mueca, resolvió pasar hambre hasta que descubriese lo que requería. Tal vez hambriento se volvería lo bastante lúcido para resolver la contradicción fundamental de su dilema.

Se habían recogido todas las armas abandonadas en el claro, reuniéndolas en un montón. Covenant fue allí y buscó hasta encontrar el cuchillo de piedra de Atiaran. Luego, obedeciendo un oscuro impulso, se acercó a los caballos para ver si Dura estaba herida. Cuando se cercioró de que no sufría daño alguno, sintió un vago alivio. No quería, bajo ninguna circunstancia, verse obligado a montar un ranyhyn.

Poco tiempo después los guerreros terminaron de comer. Con movimientos fatigados, se dispusieron a emprender de nuevo la Búsqueda.

Mientras Covenant montaba a Dura, oyó los agudos silbidos con que los Guardianes de Sangre llamaban a los ranyhyn. La llamada pareció suspendida en el aire un momento. Luego, desde diversas direcciones alrededor del claro, llegaron al galope los grandes caballos, con sus crines y colas flameantes como si estuvieran encendidas, avanzando con largas y rítmicas zancadas. Eran nueve animales, todos con su estrella en la frente, tan rápidos y primordiales como el pulso vital del Reino. Covenant podía oír en sus alegres relinchos la excitación que les producía viajar a su tierra natal, hacia las llanuras de Ra.

Pero los miembros de la Búsqueda que aquella mañana abandonaron la fenecida Fustaria Alta mostraban actitudes muy distintas a las de los ranyhyn. El Eoman de Quaán había perdido seis guerreros, y en los semblantes de los supervivientes se reflejaba la fatiga y el horror del combate, sombras que acarreaban mientras avanzaban en dirección norte hacia el río Mithil. Llevaban consigo los caballos que se habían quedado sin jinete, y que podrían sustituir cuando fuera necesario a las

monturas más débiles. Corazón Salado Vasallodelmar caminaba pesadamente entre ellos como si cargara con el peso de todos los muertos. En un brazo doblado acunaba a Pietten, el cual se había quedado dormido tan pronto como el sol iluminó el horizonte oriental. Llaura cabalgaba detrás del Amo Mhoram, agarrada a los lados de su túnica. La muchacha, encorvada en la montura, parecía frágil tras el rostro adusto y la postura erecta del Amo. Prothall cabalgaba delante de ellos, y la firmeza de sus hombros expresaba la misma clase de voluntad inflexible que había mostrado Atiaran para hacer que Covenant marchara desde la pedraria Mithil hasta el río Aliviaalmas.

Covenant se preguntó vagamente hasta cuándo tendría que seguir las elecciones de otros. Pero rechazó aquel pensamiento y miró a los Guardianes de Sangre. Eran los únicos miembros de la compañía que no parecían dañados por la batalla. Sus cortas túnicas les colgaban en jirones, estaban tan sucios como los demás, uno de ellos había sido muerto y otros estaban heridos. Habían defendido a los Amos, especialmente a Variol y Tamarantha, hasta el límite. Pero los Guardianes de Sangre no mostraban fatiga ni temor, y estaban libres de pesar. Bannor cabalgaba su ranyhyn sin riendas al lado de Covenant, y miraba a su alrededor con una expresión impenetrable.

Los caballos de la compañía sólo pudieron avanzar con un paso lento y vacilante, pero incluso aquella débil andadura llevó a los jinetes al vado del río Mithil antes del mediodía. Dejando sus monturas que bebieran o pastaran, todos, excepto los Guardianes de Sangre, se zambulleron en la corriente. Frotándose unos a otros con fina arena del fondo del río, lavaron la sangre, la suciedad y el dolor de la muerte y la larga noche en la amplia corriente del Mithil. La piel de los guerreros recuperó su color natural, los ojos se desprendieron del tizne de la batalla, pequeñas heridas a las que no habían aplicado marga se abrieron y sangraron limpiamente, jirones de ropa flotaron y se alejaron en la corriente. Covenant; entre ellos, limpió su túnica, frotó y rascó las manchas de su piel como si tratara de librarse de los efectos de la matanza. Y bebió mucha agua, tratando de apaciguar así el malestar de su estómago vacío.

Cuando los guerreros terminaron de lavarse, se dirigieron a sus caballos para sacar nuevas prendas de las bolsas que colgaban de las sillas de montar. Tras vestirse y recuperar sus armas, se apostaron como centinelas mientras el Primer Signo Tuvor y los Guardianes de Sangre se bañaban.

Los Guardianes de Sangre se las ingeniaron para entrar y salir del río sin chapotear, y se lavaron sin ruido alguno. En pocos momentos aparecieron vestidos con nuevas túnicas y montados en los ranyhyn, los cuales, a su vez, se habían refrescado cruzando el río y revolcándose sobre la hierba de Andelain mientras los jinetes se bañaban. Ahora la compañía estaba preparada para proseguir el viaje. El Amo Superior Prothall dio la señal, y la compañía se puso en marcha hacia el este, a lo largo de la orilla meridional del río.

El resto del día transcurrió sin problemas para los jinetes y sus monturas. La hierba bajo los cascos de los caballos era suave, a un lado discurría el agua clara, flotaba en el aire un aroma de vitalidad y el cercano paisaje de Andelain, lleno de lozanía y vigor, elevaba el ánimo de los expedicionarios. El ambiente de las Colinas tenía efectos curativos en las gentes del Reino. Pero la jornada fue difícil para Covenant, pues estaba hambriento y la presencia vital de Andelain no hizo más que aumentar su apetito.

Hizo cuanto pudo para desviar la mirada del paisaje andelainiano, rechazándolo lo mismo que había rechazado la comida. En las severas líneas de su rostro se reflejaba la decisión que había tomado. Seguía una trayectoria doble: su cuerpo cabalgaba tenazmente a Dura, manteniendo su posición en la compañía, pero mentalmente vagaba por abismos cuya negra y vacía inanición le hería.

Se decía que no haría..., que no era... Quería sobrevivir. De vez en cuando encontraba *alianta* en su camino, como una invitación personal del Reino, pero él no sucumbía a la tentación de saciar su apetito con ellas.

«Covenant —se decía—. Thomas Covenant. Incrédulo. Paria leproso impuro». Cuando una punzada de hambre le hacía flaquear, recordaba el tono sangriento que el Babeante había infundido a su anillo, y su resolución se afirmaba.

De vez en cuando, Llaura le miraba, como lanzándole mudos reproches por la muerte de la Fustaria Alta, pero él afirmaba aún más su voluntad y seguía cabalgando.

No mataría más, pero necesitaba alguna otra respuesta.

Aquella noche observó que se había producido un cambio en su anillo. No había ninguna evidencia de que se resistiera a la invasión de la tonalidad rojiza. Su alianza matrimonial era completamente carmesí bajo el dominio de la luna, llameaba fríamente en su mano como en ávida respuesta al poder del Babeante. A la mañana siguiente, Covenant comenzó la jornada cabalgando como un hombre desgarrado entre polos opuestos de locura.

Pero en la brisa del mediodía hubo un indicio de verano. El aire cálido estaba cargado con la madurez de la tierra. Las flores mostraban su esplendor confiado y los pájaros trinaban lánguidamente. Gradualmente, Covenant fue llenándose de lasitud. La debilidad aflojó las cuerdas de su voluntad. Sólo el hábito de cabalgar le mantenía sobre su montura, y se volvió insensible a tales consideraciones superficiales. Apenas notó que el río empezaba a curvarse hacia el norte, alejándose de la compañía, o que aumentaba la altura de las colinas. La jornada transcurrió monótonamente, sin ningún incidente que sacara a Covenant de su ensimismamiento. Aquella noche durmió profundamente, sin sueños, y al día siguiente reanudó la marcha lleno de aturdimiento, ajeno a lo que le rodeaba.

Apenas era consciente del sopor que le invadía, una especie de yermo por el que

vagaba su mente. Estaba en peligro sin saberlo. La lasitud era el primer paso de una lógica inexorable, la ley de la lepra. El siguiente paso era la gangrena, un hedor de carne que se pudre viva, tan terrible que incluso algunos médicos no pueden soportarlo... una hediondez que ratificaba la expulsión de los leprosos de un modo al que no podía oponerse la mera compasión o la carencia de prejuicios. Pero Covenant proseguía su viaje inmerso en aquel sopor.

Cuando empezó a recobrase, la tarde del tercer día desde que habían salido de la Fustaria Alta y el octavo desde que la compañía partiera de Piedra Deleitosa, se encontró ante el bosque de Morin. La compañía llegó a la cima de la colina: a partir de allí la tierra descendía y se ocultaba bajo el oscuro escudo de los árboles.

El bosque de Morin se extendía al pie de la colina, como un mar que lo lamiera. Sus bordes se aferraban a las laderas como si los árboles hubieran enraizado firmemente en las laderas y se negaran a retroceder. Las diversas tonalidades verdes del bosque se extendían hasta el horizonte, al norte, este y sur. Su aspecto era inquietante. Parecía desafiar a la Búsqueda para que lo atravesara. El Amo Superior Prothall se detuvo en la cima de la colina, y su mirada se posó largo tiempo por encima del bosque, ponderando el tiempo necesario para rodear el bosque evitando el oscuro peligro encerrado entre sus árboles.

Finalmente desmontó. Miró a los jinetes, y su mirada traslucía una cólera potencial mientras hablaba.

—Ahora descansaremos. Luego nos adentraremos en el bosque Morin y no nos detendremos hasta salir de él..., un viaje de casi un día y una noche. Durante la travesía debemos ocultar las armas y no encender ni una chispa. ¿Me oís? Todas las espadas envainadas, todas las flechas en las aljabas, todos los cuchillos en sus fundas, todas las puntas de las lanzas embotadas. Y apagad de inmediato toda chispa o indicio de fuego. No quiero ningún error. El bosque de Morin es más agreste que el de Grimmerdhore, y nadie penetra en él sin inquietud. Los árboles han sufrido durante mucho tiempo y no olvidan su parentesco con la Espesura Acogotante. Rezad para que no nos aplasten a todos sin consideración alguna. —Hizo una pausa y observó a la compañía hasta que estuvo seguro de que le habían comprendido todos. Entonces añadió con más suavidad—: Es posible que haya todavía un Forestal en el bosque Morin..., aunque ese conocimiento se ha perdido desde la Profanación.

Varios guerreros se pusieron tensos al oír la palabra *Forestal*. Pero Covenant, que salía lentamente de su torpor, no sintió el temor reverencial que parecían esperar de él.

—¿Adoráis a los árboles? —preguntó.

—¿Adorar? —Prothall pareció perplejo—. No comprendo bien esa palabra. Covenant le miró de hito en hito.

—¿Me preguntas si reverenciamos a los árboles? —dijo poco después el Amo

Superior—. Naturalmente. Están vivos, y hay poder de la Tierra en todas las cosas vivas, en la piedra, la tierra, el agua y la madera. Sin duda comprendes que somos los servidores de ese poder. Nos preocupamos por la vida del Reino. —Lanzó una mirada al bosque y prosiguió—: El poder de la Tierra adopta muchas formas entre madera y piedra. La piedra es el lecho del mundo y, hasta donde llega nuestra débil comprensión, esa forma de poder se desconoce a sí misma. Pero la madera es diferente.

»En otro tiempo, en el pasado más remoto, casi todo el Reino era un Bosque Único, un poderoso bosque que se extendía desde Fidelia y el Vertedero Celeste de Melenkurion hasta el Llano de Saran y Límite del Mar. Y el bosque estaba despierto. Conocía y daba la bienvenida a la nueva vida que la gente trajo al Reino. Experimentó dolor cuando los hombres, simples seres de corta vida comparada con la antigüedad del Reino, cortaron y quemaron los árboles, a fin de obtener espacio en el que llevar a cabo sus ideas disparatadas. Ah, es difícil enorgullecerse de la historia humana. Antes de que el lento conocimiento se extendiera por el Bosque, de manera que cada árbol supiera el peligro que corría, cientos de leguas de vida arbórea habían sido diezmadas. Por lo que sabemos, la hazaña requirió tiempo..., más de mil años. Pero a los árboles debió parecerles una matanza rápida. Al final de aquel tiempo, sólo quedaban cuatro lugares en el Reino donde permanecía el alma del Bosque, que había sobrevivido y se estremecía dolorida, y entonces decidió defenderse. Durante muchas eras, los Bosques Gigantes, Grimmerdhore, Morin y la Espesura Acogotante vivieron y, su conciencia se mantuvo al cuidado de los Forestales. Sus recuerdos estaban vivos, y ningún humano, vil o Ente de la cueva que se atrevieran a entrar en ellos sobrevivía.

»Ahora incluso esos tiempos han pasado. No sabemos si los Forestales viven todavía..., aunque sólo un loco negaría que Caerroil Bosqueagreste anda aún por la Espesura Acogotante. Pero el conocimiento que permitió a los árboles defenderse está desapareciendo. Los Amos los han defendido desde la primera vez que Berek Mediamano empuñó el Bastón de la Ley... No hemos dejado que los árboles disminuyeran. Sin embargo, su espíritu declina. Separados unos de otros, el espíritu colectivo de los Bosques agoniza. Y la gloria del mundo es menor de lo que fue.

Prothall se interrumpió un momento antes de concluir tristemente:

—Como deferencia a lo que resta del espíritu y reverenciando el Poder de la Tierra, pedimos permiso para que tantos entremos al mismo tiempo en el Bosque. Y una simple precaución nos impulsa a evitar toda ofensa. El espíritu no está muerto. Y el poder de Morin podría aplastar a un millar de hombres si el dolor hiciera despertar a los árboles.

—¿Hay otros peligros? —preguntó Quaan—. ¿Necesitaremos nuestras armas?

—No. Los servidores del Amo Execrable han hecho un gran daño a los Bosques

en épocas pasadas. Quizá Grimmerdhore ha perdido su poder, pero Morin recuerda. Y esta noche no brillará la luna. Incluso Lombrizderoca Babeante no es lo bastante loco para ordenar a sus fuerzas que penetren en tales condiciones en Morin. Y el Despreciativo nunca ha sido un loco.

Los jinetes desmontaron en silencio. Algunos miembros del Eoman alimentaron a los caballos, mientras otros preparaban una comida rápida. Pronto toda la compañía, con excepción de Covenant, había comido. Y después de comer, mientras los Guardianes de Sangre vigilaban, los miembros de la Búsqueda se tendieron para descansar antes de la larga travesía del bosque.

Cuando se incorporaron de nuevo, dispuestos a reemprender el viaje, Prothall se acercó al borde de la cima. Allí la brisa soplaba con más fuerza, haciendo ondear su túnica azul con la faja negra mientras alzaba el bastón y gritaba:

—¡Salve, Bosque de Morin, miembro del Bosque Único! ¡Enemigo de nuestros enemigos! ¡Salve, Bosque de Morin! —Su voz llegó solitaria a la extensión del bosque, sin levantar ningún eco—. ¡Somos los Amos... enemigos de tus enemigos, aprendices de la ciencia *lillianrill*! ¡Debemos atravesarte!

»¡Escucha, Bosque de Morin! Odiamos el hacha y la llama que te dañaron. Tus enemigos son nuestros enemigos. Jamás hemos acercado a ti el filo del hacha o la llama del fuego, ni lo haremos jamás. ¡Escucha, Bosque de Morin! ¡Déjanos pasar!

Su llamada desapareció en las profundidades del Bosque. Al final, bajó los brazos, se volvió y regresó junto a la compañía. Montó su caballo y miró una vez más severamente a los jinetes. Les hizo una señal y descendieron hacia los bordes nudosos del Bosque de Morin.

Parecieron caer como una piedra en el Bosque. En un momento determinado descendían todavía por la ladera de la colina, con los árboles bajo ellos, y al momento siguiente habían penetrado en la sombría espesura, y la luz del sol se cerró tras ellos como una puerta que no podían volver a abrir. Birinair se dirigió a la cabeza de la compañía, con su bastón de estigmatizado cruzado sobre el cuello de su montura, y tras él cabalgaba el Primer Signo Tuvor, sobre el garañón ranyhyn llamado Marny..., pues los ranyhyn no tenían nada que temer de la antigua cólera del Bosque de Morin, y Marny podía guiar a Birinair si el anciano Guardahogar se extraviaba. Detrás de Tuvor iban Prothall y Mhoram, y a la grupa del caballo de este último montaba Llaura. Y tras ellos, Covenant y Vasallodelmar. El gigante todavía llevaba en sus brazos al niño dormido. Luego seguía Quaan y su Eoman, en un grupo apretado entre los Guardianes de Sangre.

Tenían espacio para pasar. Los árboles, con una mezcla de ébano y bermellón en sus troncos, estaban bastante separados unos de otros, dejando espacio entre ellos para la maleza y los animales del bosque, y los jinetes hallaron su camino sin dificultad. Pero los árboles no eran altos. Los troncos cortos y robustos no medían

más de cuatro o seis metros de altura hasta el punto en que las ramas, nudosas y muy cargadas de hojas, formaban una especie de techo, de modo que la compañía estaba totalmente rodeada por la penumbra del bosque. Las ramas se entretejían hasta que cada árbol parecía rodear pesadamente con sus brazos los hombros de sus familiares. Y de las ramas colgaban grandes cortinas y franjas de musgo, un musgo oscuro, grueso, húmedo, como sangre que corriera lentamente helándose en su recorrido. El musgo oscilaba ante los jinetes como si tratara de apartarlos a un lado, desviarlos de su camino. Y en el suelo hondo y musgoso los cascos de los caballos no producían ruido alguno. Los jinetes avanzaron tan silenciosamente como si se hubieran convertido en una ilusión.

Desviándose instintivamente para evitar el contacto del oscuro musgo, Covenant trató de ver entre la perpetua penumbra del bosque. Hasta donde alcanzaba su vista en todas direcciones, estaba rodeado por la iracundia grotesca del musgo, las ramas y los troncos. Pero más allá del límite de sus sentidos explícitos, podía ver más..., ver y oler, y oír en el silencio del Bosque el cavilante corazón de la espesura. Allí los árboles se entregaban a sus tristes recuerdos de cuando tenían una amplia conciencia de sí mismos, cuando el espíritu del bosque se cernía espléndido sobre centenares de leguas de rica tierra; recordaban el lastre de dolor, horror e incredulidad extendido como las ondas de un océano que alcanzaban los confines del Reino estremecido, cuando empezó la matanza de los árboles, cuando raíces y ramas fueron cortadas por el hacha y consumidas por el fuego, y se llevaron los troncos arrastrándolos. Recordaban las carreras precipitadas y la angustia de los animales, muertos también o despojados de hogar, salud y esperanza, y la clara canción del Forestal, que enseñaba el secreto, el airado placer de aplastar, de devolver los golpes a los pequeños hombres y saborear su sangre en las raíces, y la lenta debilidad que acabó incluso con aquella última y feroz alegría y dejó a los árboles sin nada más que rígidos recuerdos y su desesperación al contemplar que su rabia iba adormeciéndose.

Covenant percibió que los árboles no sabían nada de Amos o de amistad. Los Amos eran demasiado recientes en el Reino para que los recordaran. No, era la debilidad, la decadencia del espíritu, lo que permitía a los jinetes pasar..., la debilidad, la pesadumbre, el sueño irremediable. Aquí y allá, podía notar que algunos árboles estaban aún despiertos y sedientos de sangre. Pero eran pocos, demasiado pocos. El bosque de musgo de Morin podía meditar tristemente, desprovisto de fuerza por su propia antigua mortalidad.

En una ocasión, el Incrédulo recibió un manotazo de musgo que le humedeció el rostro, y se lo limpió como si fuera ácido.

El sol se puso más allá del bosque de Morin, e incluso aquella débil luz desapareció. Covenant se inclinó hacia adelante en su silla, con los sentidos alerta, temeroso de que Birinair se extraviara o tropezase con una cortina de musgo y se

asfixiara. Pero a medida que el ambiente se oscurecía, como si la oscuridad goteara de las ramas que les envolvían, un cambio tuvo lugar en la espesura. Gradualmente, apareció en los troncos un brillo plateado, y fue aumentando a medida que avanzaba la noche, hasta que cada árbol resplandecía como un espíritu perdido entre las tinieblas. La luz plateada era suficiente para mostrar a los viajeros su camino. Entre aquel brillo las sábanas de musgo colgaban como sombras de un abismo, agujeros negros en el vacío, dando a la espesura un aspecto manchado, leproso. Los miembros de la compañía se apelotonaron y siguieron cabalgando a través de una noche sólo iluminada por el resplandor de los árboles y el brillo rojizo del anillo de Covenant.

Éste creyó que podía oír a los árboles susurrar horrorizados ante la ofensa de su alianza matrimonial, cuya roja pulsación le consternaba. Dedos de musgo rozaban su rostro con un contacto húmedo. Se llevó las manos al pecho, como si tratara de empujar su ser para encerrarlo en sí mismo, de reducirse y pasar desapercibido, cabalgó como si llevara un hacha escondida bajo la túnica, aterrado ante la idea de que los árboles lo descubrieran.

La larga travesía del Bosque fue como el dolor de una herida. Los agudos latidos finalmente se difuminaron y la compañía cabalgó de nuevo bajo la leve luz diurna que se filtraba entre la vegetación. Covenant se estremeció y miró dentro de sí. Lo que vio le dejó mudo. Sintió que la cisterna de su rabia estaba llena de oscuridad.

Pero estaba atrapado en la maraña de circunstancias insolubles. La oscuridad era un vaso cuyo contenido no podía beber ni arrojarlo a un lado. Y se estremecía de hambre. Apenas podía contener el impulso de golpear el musgo que le rociaba con su humedad.

La compañía viajó bajo el perpetuo crepúsculo del bosque de Morin. Avanzaban en silencio, acallados por el imponente sudario de las ramas, y en la excesiva quietud Covenant se sentía tan perdido como si hubiera perdido su camino en el antiguo bosque que había cubierto todo el Reino. Presa de una vaga cólera, agachó la cabeza y esquivó las viscosas caricias del musgo. A medida que transcurría el tiempo, sentía un creciente deseo de gritar.

Por fin Birinair agitó el bastón por encima de su cabeza y exhaló un débil grito. Los caballos comprendieron y se lanzaron a una esforzada carrera para mantenerse al paso de los poderosos ranyhyn. Por un instante, los árboles parecieron ceder el paso, como si los apartara la locura de la compañía. Entonces los jinetes salieron a la luz del sol de mediodía. Se hallaron en una pendiente que descendía hacia un río que cruzaba su camino. Birinair y Marny les habían llevado sin equivocarse al vado de los Vagabundos.

Entre broncos gritos de alivio, los guerreros espolearon a sus monturas, y la compañía bajó la cuesta a galope tendido. Poco después, los caballos chapotearon en el agua, bañándose y mojando a sus jinetes. En la orilla sur, Prothall ordenó el alto.

Había terminado la travesía del Bosque de musgo de Morin.

La compañía tuvo entonces conciencia del precio que habían pagado por la travesía del bosque. La noche que habían pasado cabalgando y sin comer había debilitado a los jinetes, pero los caballos estaban en peor condición, y se estremecían de agotamiento. Finalizada la última carrera, los cuellos les colgaban y tenían los lomos hundidos. Apenas les quedaba fuerza para comer o beber. Pese a los relinchos de ánimo de los ranyhyn, dos potros del Eoman se derrumbaron de costado sobre la hierba, y los otros se sostenían a duras penas con las rodillas inseguras, como potrillos.

—Descansad, descansad —les dijo Prothall con su voz quebrada—. Hoy no iremos más lejos.

Caminó entre los caballos, tocándolos con sus manos nudosas y tarareando una canción de aliento.

Sólo los ranyhyn y los Guardianes de Sangre parecían inmunes a la fatiga. Vasallodelmar depositó al pequeño Pietten en brazos de Llaura, y luego se tumbó boca arriba sobre la hierba. Desde que la compañía abandonó la Fustaria Alta, había guardado un silencio ajeno a su naturaleza. Había evitado hablar como si temiera que su voz le traicionara. Ahora parecía experimentar la tensión de viajar sin el apoyo de historias y risa.

Covenant se preguntó si oiría de nuevo alguna vez la risa del gigante.

Levantó una mano para coger su bastón, adherido a la silla de montar, y por primera vez observó las señales dejadas por el bosque de musgo en su túnica blanca, que estaba cubierta de manchas verdes. Aquellas manchas le molestaron. Frunciendo el ceño, miró a los demás miembros de la compañía a su alrededor. Sin duda habían sido más diestros que él para esquivar el musgo. La única excepción era el Amo Mhoram, los hombros de cuya túnica mostraban una tira oscura, como una insignia.

Covenant restregó violentamente las manchas verdes, pero estaban secas y fijas. La oscuridad murmuró en sus oídos como el distante rumor de una avalancha. Hundió los hombros como si se dispusiera a estrangular. Retrocedió hasta el río y trató de lavar las manchas dejadas por el bosque en su túnica, pero se habían convertido en parte del tejido y eran indelebles. Se aferraban a la túnica, transformándola en una especie de mapa de regiones desconocidas. Impulsado por la frustración, golpeó el agua del río con los puños. Pero la corriente borró de inmediato las ondas como si nunca hubiesen existido.

Se levantó y permaneció en la corriente, chorreando agua. El corazón le latía con fuerza. Por un momento creyó que su rabia debía anegarle o llevarle al fondo. Pero nada de esto sucedió. Temblándole la mandíbula, se dijo que no podía soportarlo.

Entonces oyó un murmullo de sorpresa entre la compañía. Un instante después, Mhoram le pidió que se acercara.

Protestando en silencio contra tantas cosas que no podía nombrar en su totalidad, volvió la espalda. Los miembros de la Búsqueda miraban a otro lado, con la atención fija en algo que él no podía ver debido al agua que le anegaba los ojos.

—Ven —repitió Mhoram.

Covenant se enjugó los ojos, vadeó hasta la orilla y salió del río. Chorreante, se abrió paso entre el Eoman hasta llegar a Mhoram y Prothall.

Ante ellos se encontraba una extraña mujer.

Era muy delgada y no le llegaba a Covenant al hombro. Vestía una especie de camisa marrón oscuro que descubría sus brazos y piernas. Su piel tostada por el sol tenía el color de la tierra. Llevaba el largo cabello negro recogido en una trenza y atado con un grueso cordel, lo cual producía un efecto severo, pero suavizado por un pequeño collar de flores amarillas. A pesar de su escasa talla, permanecía orgullosamente erecta, con los brazos cruzados y las piernas ligeramente separadas, como si pudiera negar a la compañía la entrada en las llanuras de Ra si así lo decidía. Observó a Covenant mientras éste se aproximaba como si hubiera estado esperándole.

Cuando él se detuvo, uniéndose a Mhoram y Prothall, la mujer alzó la mano e hizo torpemente el saludo de bienvenida, como si no fuera un gesto natural en ella.

—Salve, Barón del Anillo —dijo con voz clara y sonora—. Conocemos el oro blanco. Te rendimos homenaje y servimos. Sé bienvenido.

Covenant meneó la cabeza para expulsar el agua y miró a la mujer.

Tras el saludo, ella se volvió con una precisión ritual hacia cada uno de los otros.

—Salve, Amo Superior Prothall. Salve, Amo Mhoram. Salve, Corazón Salado Vasallodelmar. Salve, Primer Signo Tuvor. Salve, Puño de Guerra Quaan.

Los aludidos la saludaron a su vez gravemente, como si reconocieran en ella a alguien importante.

—Soy la Fustigadora Lithe —dijo ella—. Os vemos. Hablad. Las llanuras de Ra no están abiertas a todos.

Prothall dio un paso adelante. Alzando su bastón, lo sostuvo con ambas manos al nivel de la frente e hizo una profunda reverencia. Ante esto, la mujer sonrió débilmente. Aplicándose las manos a la cabeza, imitó la reverencia. Esta vez su movimiento fue suave, natural.

—Nos conoces —dijo—. Vienes de lejos, pero no te somos desconocidos.

—Sabemos que los Fustigadores son los cuidadores más importantes de los ranyhyn, los más honrados entre los hombres de Ra. Y tú nos conoces.

Prothall se había acercado a la mujer, y el leve encorvamiento de la edad hacía que se inclinara por encima de ella.

La piel morena de la mujer y la túnica azul del Amo se acentuaban mutuamente, como la tierra y el cielo. Pero ella retuvo aún su bienvenida.

—No —replicó—. No sabemos. Vienes de lejos. Desconocidos.

—Sin embargo, conoces nuestros nombres.

Ella se encogió de hombros.

—Somos precavidos. Os hemos observado desde que salisteis del Bosque de Morin. Oímos vuestras conversaciones.

Al oírla hablar en plural, Covenant se preguntó a quién se refería.

Lentamente, los ojos de la mujer recorrieron la compañía.

—Conocemos a los que no duermen... a los Guardianes de Sangre. —No pareció complacida al verlos—. Hacen que peligren los ranyhyn. Pero somos servidores. Son bienvenidos. —Entonces su mirada se posó en los dos caballos tendidos en el suelo, y dio un respingo—. ¿Tenéis mucha prisa?

Su tono indicaba que aceptaría pocas justificaciones por la condición en que se hallaban los potros. Entonces, Covenant comprendió por qué dudaba en dar la bienvenida a los Amos, aunque debía conocerlos, al menos a través de la leyenda o su reputación. No quería que nadie que tratara mal a los caballos entrase en las llanuras de Ra.

—Sí —respondió el Amo Superior en tono autoritario—. El Barón del Colmillo vive.

Lithe titubeó un momento. Cuando su mirada regresó a Covenant, había en ella indicios de remotos temores.

—El Barón del Colmillo —dijo pausadamente—. Enemigo de la Tierra y de los ranyhyn. Sí. El oro blanco lo sabe. El Barón del Anillo está aquí. —Abruptamente su tono se hizo duro—. Para evitar que revienten los ranyhyn.

Miró a Covenant como exigiéndole promesas. Él no tenía ninguna que hacerle. Allí estaba de pie, enojado y chorreante, demasiado hambriento para reaccionar con repudio, aquiescencia o vergüenza. Ella retrocedió pronto, desconcertada.

—¿Quién es? —le preguntó a Prothall—. ¿Qué clase de hombre?

Con una sonrisa ambivalente, Prothall le respondió:

—Es el ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco. Es un extraño al Reino. No dudes de él. Inclino la batalla a nuestro favor cuando fuimos asediados por los servidores del Barón del Colmillo... Entes de la cueva, ur-viles y un *grifo*, generados en algún desconocido pozo de maldad.

Lithe asintió evasivamente, como si no comprendiera todas sus palabras. Pero entonces dijo:

—Es urgente. Ninguna acción contra el Barón del Colmillo, el Arrebatador, debe dificultarse o retrasarse. Ha habido otros signos. Bestias desgarradas han tratado de cruzar las llanuras. Amo Superior Prothall, sé bienvenido a las llanuras de Ra. Vayamos a toda velocidad a Mansión, nuestra ciudad. Debemos celebrar consejo.

—Tu bienvenida nos honra —respondió el Amo Superior—. Devolvemos el

honor al aceptar. Llegaremos a Mansión dentro de dos días..., si los caballos aguantan.

Sus cautas palabras hicieron reír levemente a Lithe.

—Descansarás en la hospitalidad de los hombres de Ra antes de que el sol se ponga por segunda vez a partir de este momento. No hemos servido a los ranyhyn sin conocimiento desde el principio. ¡Cordones! ¡Arriba! He aquí una prueba para vuestra Fiesta de la Fuerza.

En seguida aparecieron cuatro personajes, que se levantaron súbitamente de la hierba y formaron un semicírculo alrededor de la compañía. Parecía como si hubieran brotado del suelo. Los cuatro, tres hombres y una mujer, eran tan delgados como la Fustigadora Lithe, y vestían como ella, con prendas marrones sobre sus pieles tostadas. Pero no llevaban flores, y tenían cortos trozos de cuerda arrollados a la cintura.

—Vamos, Cordones —dijo Lithe—. No acechéis más a estos jinetes. Ya habéis oído mi bienvenida. Ahora atended a sus caballos y su seguridad. Deben llegar a Mansión antes de mañana por la noche. —Los cuatro hombres de Ra se adelantaron, y Lithe dijo a Prothall—: Éstos son mis Cordones: Thew, Hurn, Gracia y Rustah. Son cazadores. Mientras aprenden las peculiaridades de los ranyhyn y el conocimiento de los Fustigadores, protegen las llanuras de fieras peligrosas. Les he dedicado mucho tiempo... Pueden cuidar de vuestras monturas.

Haciendo gestos corteses a la compañía, los Cordones fueron directamente a los caballos y empezaron a examinarlos.

—Ahora —siguió diciendo Lithe—, debo partir. La noticia de vuestra llegada debe cruzar las llanuras. Los Ganatechos deben prepararse para vosotros. Seguid a Rustah. Es el que está más próximo a su Fiesta de la Fuerza. ¡Salve, Amos! Cenaremos juntos mañana por la noche.

Sin esperar una respuesta, la Fustigadora se volvió hacia el sur y echó a correr. Lo hacía con sorprendente velocidad, y en pocos momentos coronó la cima de un cerro y se perdió de vista.

Mientras contemplaba su carrera, Mhoram le dijo a Covenant:

—Se dice que un Fustigador puede correr al paso de los ranyhyn... por poco tiempo.

—Se dice... y es cierto —dijo detrás de ellos el Cordón Hurn.

Mhoram se volvió hacia el Cordón, el cual parecía estar esperando para hablar. Su aspecto era muy parecido al de Lithe, aunque no había dejado que su cabello creciera tanto como el de ella, y había cierta hosquedad en sus facciones. Cuando obtuvo la atención del Amo Mhoram, le dijo:

—Hay una hierba que curará a tus caballos. Debo dejaros para traerla.

El Amo le respondió amablemente:

—Tuyo es el conocimiento. Haz lo que consideres mejor.

Los ojos de Hurn se agrandaron, como si no hubiera esperado palabras amables de gente que trataba mal a los caballos. Entonces, inseguro de sus movimientos, saludó a Mhoram a la manera de los Amos. Mhoram devolvió un saludo de los hombres de Ra. Hurn sonrió, y estaba a punto de partir al galope, cuando Covenant le preguntó bruscamente:

—¿Por qué no montas a caballo? Dispones de todos esos ranyhyn.

Mhoram hizo un rápido movimiento para refrenar a Covenant. Pero el daño ya estaba hecho. Hurn le miraba fijamente, como si hubiera pronunciado una blasfemia, y sus fuertes dedos tiraron de la cuerda que llevaba a la cintura, sosteniéndola entre sus puños como un garrote.

—Nosotros no cabalgamos.

—Ten cuidado, Hurn —le dijo el Cordón Rustah suavemente—. La Fustigadora le dio la bienvenida.

Hurn dirigió a su compañero una mirada feroz, y luego se anudó de nuevo toscamente la cuerda a la cintura. Dio media vuelta y echó a correr, y pronto se desvaneció como si se lo hubiera tragado la tierra.

Mhoram cogió a Covenant del brazo y le dijo severamente:

—Los hombres de Ra sirven a los ranyhyn. Ésa es la razón de su vida. No les agraves, Incrédulo. Se enfadan en seguida... y son los cazadores más certeros del Reino. Podría haber un centenar de ellos a tan poca distancia que podrían oír mi voz y tú jamás lo sabrías. Sí deciden matarte, morirás sin verles.

Covenant percibió la fuerza de la advertencia. Parecía poblar la hierba circundante de ojos que atisbaban ominosamente. Tuvo la sensación de que era demasiado visible, como si su túnica manchada de verde fuera una guía para las malignas intenciones ocultas en el terreno. Se estremeció de nuevo.

Mientras Hurn se ausentaba, el resto de los Cordones cuidaron de los caballos, acariciándoles y convenciéndoles para que comieran y bebieran. Bajo sus manos, la mayoría de los potros recobraron parte de las fuerzas perdidas. Satisfechos de que sus monturas estuvieran en buenas manos, los Amos fueron a hablar con Quaan y Tuvor, y, alrededor de ellos, los guerreros empezaron a preparar una comida.

Covenant maldijo el aroma. Tendido sobre la recia hierba, trataba de acallar las imperiosas demandas de su estómago mirando el cielo. La fatiga que sentía le hizo dormir un poco, pero pronto le despertó un nuevo olor que estimuló dolorosamente su apetito. Procedía de unas flores jugosas, con aspecto de helechos, que los caballos mascaban, las hierbas curativas que el Cordón Hurn les había traído. Ahora todos los caballos se habían incorporado, y parecían ganar fuerzas visiblemente mientras comían. El picante olor de las flores proporcionó a Covenant una imagen momentánea de sí mismo a cuatro patas, mascando como los caballos, y, con una

ferocidad reprimida, musitó:

—Los malditos caballos comen mejor que nosotros.

El Cordón Rustah sonrió enigmáticamente.

—Esta hierba es venenosa para los seres humanos. Es *amanibhavam*, la flor de la salud y la locura. Cura a los caballos, pero los hombres y mujeres... ah, no pueden resistirla.

Por toda respuesta, Covenant le dirigió una mirada feroz, y trató de reprimir las punzadas del hambre. Sentía un deseo perverso de probar la hierba, que parecía deliciosa a sus sentidos. Sin embargo, la idea de haber caído tan bajo le resultaba amarga, y saboreó aquella amargura en vez de tomar alimento.

Ciertamente, las plantas obraban maravillas en los caballos. Pronto comían y bebían con normalidad... y parecían lo bastante robustos para sostener de nuevo a sus jinetes. Los miembros de la Búsqueda terminaron de comer y recogieron sus provisiones. Los Cordones anunciaron que los caballos estaban ya preparados para viajar. Pronto los jinetes se pusieron en camino hacia el sur, por las amplias llanuras de Ra, y los hombres de la región trotaban ágilmente a su lado.

Bajo los cascos de los caballos, las praderas se ondulaban y pasaban como olas suaves, dando a la compañía una impresión de velocidad. Cabalgaron sobre la fuerte hierba, subiendo y bajando breves cuestas, recorriendo valles poco profundos entre agrupaciones de bosque bajo y bosquecillos al lado de estrechos arroyos, y cruzaron anchas llanuras. La tierra era áspera. Con excepción de la fiel *alianta*, el terreno no producía árboles frutales ni era apropiado para cultivos o flores aparte de la *amanibhavam*. Pero, con todo, las llanuras parecían llenas de vida elemental, como si las colinas bajas y abruptas hubieran sido formadas por el pulso del suelo y la rígida hierba fuera lo bastante rica para alimentar a cuanto fuera lo bastante fuerte para soportar su potencia nutritiva. Cuando el sol comenzó a ponerse, los helechales que cubrían las laderas de los cerros adoptaron una tonalidad púrpura. Grupos de nilgais salían de los bosques para beber en los arroyos, y bandadas de cuervos revoloteaban sobre los árboles que salpicaban las llanuras.

Pero los jinetes dedicaban la mayor parte de su atención a los errantes ranyhyn. Ya galoparan con las crines al viento como triunfantes estandartes, ya cabriolaran jugueteando al atardecer, los grandes caballos tenían un aura de majestad, como si el mismo terreno sobre el que se deslizaban raudos estuviera orgulloso de su creación. Llamaban con agreste alegría a los portadores de los Guardianes de Sangre, y éstos llevaban a cabo pequeñas danzas con los cascos, como si no pudieran refrenar el regocijo que les producía su regreso al hogar. Entonces los ranyhyn libres partían como flechas, llenos de una energía inagotable, relinchando al correr. Sus gritos hacían que el aire vibrara de vitalidad.

Pronto el sol se puso al oeste, despidiéndose de las llanuras con un resplandor

anaranjado. Covenant contempló su puesta con una agria satisfacción. Estaba harto de caballos, harto de ranyhyn, hombres de Ra, Guardianes de Sangre, Amos y búsquedas, cansado de aquella vida sin sosiego. Deseaba la oscuridad y el sueño, a pesar del brillo sangriento de su anillo, la llegada de la luna creciente y las alas de buitre del horror.

Pero cuando el sol se puso, Rustah le dijo a Prothall que la compañía debería seguir cabalgando, pues había peligro. Otros hombres de Ra habían dejado advertencias en la hierba. La compañía tendría que cabalgar hasta que estuvieran a salvo, algunas leguas más. Así pues, siguieron adelante. Más tarde salió la luna y tiñó la noche de sangre, suscitando una lívida respuesta del anillo de Covenant y su devastado espíritu.

Entonces Rustah ordenó a los jinetes que avanzaran más despacio y que guardaran silencio. Con el máximo sigilo, se dirigieron al lado sur de un cerro, subieron la cuesta y se detuvieron poco antes de llegar a la cima. Los jinetes desmontaron y, mientras algunos Guardianes de Sangre vigilaban los caballos, siguieron a los Cordones hasta la cumbre.

Al norte se extendía un terreno bajo y llano. Los Cordones lo escudriñaron durante algún tiempo, y luego señalaron hacia un punto. Covenant se esforzó para superar los obstáculos de la fatiga de sus ojos y la tonalidad carmesí que lo invadía todo, hasta que creyó ver una masa oscura que avanzaba hacia el sur por el llano.

—*Kresh* —susurró Hurn—. Lobos amarillos... La camada del Barón del Colmillo. Han cruzado el vado de los Vagabundos.

—Esperadnos —dijo Rustah—. Estaréis a salvo.

Y, junto con los demás Cordones, desapareció en la noche.

Instintivamente, los miembros de la compañía se agruparon y miraron atentamente a través de la tenue luz roja que parecía rezumar como sudor de la oscuridad que se movía en el llano. Permanecieron agazapados en suspenso, casi conteniendo el aliento.

Pietten, en brazos de Llaura, estaba tan despierto como un vigía.

Covenant se enteró de que el grupo estaba formado por quince grandes lobos amarillos. Sus cuartos delanteros llegaban a la cintura de un hombre. Tenían imponentes mandíbulas con curvos y afilados colmillos, y ojos amarillos y omnívoros. Seguían la pista de dos crías de ranyhyn, sólo protegidos por un semental y su yegua. Las leyendas de los hombres de Ra decían que el aliento de tales *kresh* era lo bastante caliente para abrasar el terreno, y dejaban ronchas de dolor allá donde el pillaje les llevaba. Pero todo lo que Covenant veía ahora era una oscuridad que se aproximaba y se hacía mayor de un momento a otro.

Entonces le pareció ver que la retaguardia del grupo giraba brevemente, como presa de una súbita confusión, y, cuando los lobos siguieron su avance, creyó

distinguir dos o tres puntos negros tendidos inmóviles en el suelo.

El grupo giró de nuevo. Esta vez, varios aullidos cortos de sorpresa y temor rompieron el silencio. Un áspero rugido fue sofocado de súbito. Un instante después, el grupo de lobos emprendió una carrera directamente hacia la compañía, dejando detrás otros cinco puntos inmóviles. Pero ahora Covenant estaba seguro de que aquellos puntos eran lobos muertos.

Otros tres *kresh* cayeron. Ahora pudo ver tres figuras que saltaron de entre los cuerpos y corrieron tras los supervivientes. Se desvanecieron en las sombras al pie de la colina. Desde la oscuridad llegaron ruidos de lucha, aullidos de rabia, el chasquido de las mandíbulas que no acertaban su presa, el crujido de huesos rotos.

El silencio retornó a la noche. El temor de los miembros de la compañía se agudizó, pues no podían ver nada. La sombra casi llegó a la cima de la colina donde se encontraban.

De repente oyeron el sonido de una carrera frenética que avanzaba directamente hacia ellos.

Prothall se lanzó hacia adelante. Alzó su bastón, de cuyo extremo surgió una llamarada azul. La súbita luz reveló a un *kresh* solitario, con ojos llenos de odio, que se lanzaba hacia él.

Tuvor llegó al lado de Prothall un instante antes que Vasallodelmar, pero el gigante se adelantó para enfrentarse al ataque del lobo.

Entonces, sin previo aviso, la Cordón Gracia surgió de su escondrijo y se plantó ante el lobo. Ejecutó su movimiento con tanta suavidad como si danzara. Un rápido movimiento liberó su cuerda. Cuando el *kresh* saltó hacia ella, arrojó un lazo alrededor de su cuello y se hizo a un lado, al tiempo que se giraba para afianzar los pies. La fuerza con que el lobo había saltado bastó para que el lazo corredizo le rompiera el cuello. El tirón derribó a la mujer, pero rodó ligeramente a un lado, sin aflojar la presión de la cuerda, y se puso de pie en postura tal que pudiera terminar con el *kresh* si aún estaba vivo.

Un murmullo de admiración se extendió entre el Eoman ante aquella hazaña. La mujer les miró y sonrió tímidamente a la luz azulada del bastón de Prothall. Entonces se volvió para saludar a los demás Cordones a medida que salían de la sombra del cerro. Todos estaban ilesos, y todos los lobos muertos.

Bajando su bastón, Prothall hizo a los Cordones una reverencia característica de los hombre Ra.

—Muy bien hecho —les dijo. Ellos se inclinaron en señal de agradecimiento.

Cuando el Amo Superior extinguió la luz de su bastón, la oscuridad rojiza retornó a la colina. Bajo aquella luz sangrienta, los jinetes empezaron a moverse hacia sus caballos. Pero Bannor se acercó al lobo muerto y le quitó del cuello la cuerda de Gracia. Sujetándola por un extremo, la puso tensa.

—Una buena arma —dijo con su voz sin inflexiones—. Los hombres de Ra hicieron grandes cosas con ella en los días en que el Amo Superior Kevin luchó contra la Corrupción abiertamente.

Algo en su tono le recordó a Covenant que los Guardianes de Sangre eran hombres fogosos que habían vivido sin mujeres durante más de dos mil años.

Entonces, espoleado por un oscuro impulso, Bannor tensó los músculos y rompió la cuerda. Encogiéndose ligeramente de hombros, dejó caer los fragmentos sobre el *kresh* muerto. Su movimiento tuvo el carácter concluyente de una profecía. Sin mirar a la Cordón Gracia, abandonó la cima del cerro para montar el ranyhyn que le había elegido.

❧ XIX ❧

LA DECISIÓN DEL BARÓN DEL ANILLO



El Cordón Rustah informó a Prothall de que, según la costumbre de los hombres de Ra, los atacantes muertos de los ranyhyn eran abandonados a los buitres. Los hombres de Ra no deseaban honrar a los *kresh*, o agraviar a la tierra enterrándolos, y las piras aumentaban el peligro de fuego en las llanuras. Así pues, los jinetes pudieron descansar tan pronto como sus caballos se alejaron del olor de la muerte. El Cordón condujo a la compañía hacia el sur durante casi una legua, hasta que estuvo seguro de que ninguna brisa nocturna causaría inquietud a los animales. Entonces los miembros de la Búsqueda acamparon.

Covenant durmió irregularmente, como si yaciera con la punta de una escarpia apoyada en el estómago, y cuando llegó el alba se sintió tan inútil como si hubiera pasado la noche tratando de contragolpear el hambre. Y cuando su olfato notó de nuevo el penetrante olor del venenoso *amanibhavam*, la sensación le humedeció los ojos, como si hubiera sido golpeado.

No creía que pudiera mantenerse en pie mucho tiempo, pero aún no tenía la respuesta que necesitaba. No había descubierto nuevos indicios que pudieran explicar su situación, y las manchas verdes que el Bosque de musgo de Morin había dejado en su túnica eran ilegibles. Un seguro instinto le decía que podría hallar lo que necesitaba cuando su hambre fuera extrema. Una vez comieron sus compañeros y estuvieron dispuestos para reemprender la marcha, subió torpemente a lomos de Dura y cabalgó con los demás jinetes. De vez en cuando se le humedecían los ojos, pero no lloraba. Se sentía lleno de una violenta emoción que no podía liberar. La aflicción de su lepra no le permitía semejante liberación. En contraste con la frialdad cenicienta de su estado de ánimo, el día era alegre, brillante, soleado y sin nubes y soplaba una cálida brisa hacia el norte. Pronto el resto de la compañía se rindió al hechizo de las llanuras, un encantamiento tejido por el orgulloso vagabundeo de los ranyhyn. Una y otra vez, poderosos caballos trotaban o corrían velozmente a su lado, mirando de reojo a los jinetes y lanzando risueños relinchos. La visión de aquellos magníficos animales aligeraba el paso de los Cordones, y al cabo de algún tiempo Gracia y Thew se pusieron a cantar:

*Corre, ranyhyn:
galopa, juega...*

*come, bebe y exhibe tu lustre.
Eres el compañero de la tierra.
Ninguna rienda te refrenará, ningún bocado...
ninguna garra o colmillo te herirá impune;
y a la sangre equina la restaña la hierba curadora.
Somos los hombres de Ra, nacidos para servir:
El Fustigador almohaza,
el Cordón protege,
el Ganatecho calienta y prepara el lecho...
nuestros pies no cambian el rumbo de nuestros corazones.
Cascos que hollan la hierba y estrellas en la frente;
corvejones y cruces, lozanía de la tierra y el bosque:
majestuoso ranyhyn, galopa, corre...
Servimos a la Cola del Cielo,
la Crin del Mundo.*

Al escuchar el canto, los ranyhyn corvetearon alrededor de la compañía y se alejaron, corriendo livianos como si flotaran sobre el suelo.

Pietten se estiró en brazos de Vasallodelmar, saliendo un momento de su sueño diurno para contemplar a los ranyhyn con algo parecido a la nostalgia en sus ojos inexpresivos. Prothall y Mhoram cabalgaban relajados, como si por primera vez desde que salieron de Piedra Deleitosa sintieran que la compañía estaba a salvo. Y las lágrimas se deslizaban por el rostro de Covenant.

Se sentía vacío y el calor del sol le confundía. La cabeza parecía arderle, lo cual le daba la sensación de que estaba encaramado en una altura, inseguro, donde grandes fauces de hierba vertiginosa se abrían como bocas de lobo bajo sus talones. Pero el *clingor* de su silla de montar le sostenía sobre el lomo de Dura. Al cabo de un tiempo se adormeció y tuvo un sueño en el que bailaba, lloraba y hacía el amor a las órdenes de un satírico titiritero.

Cuando despertó era media tarde, y en la mayor parte del horizonte se alzaban montañas. La compañía avanzaba con celeridad, y los caballos galopaban como si las llanuras les dieran más energía de la que podían contener. Covenant pensó un momento en lo que le esperaba en Mansión, la ciudad a la que se dirigían. Previó que allí un mal aconsejado e inútil respeto por su alianza matrimonial le ofrecería a los ranyhyn como posible jinete. Seguramente aquella era una de las razones de Prothall para visitar las llanuras de Ra antes de aproximarse al Monte Trueno. Honores para el ur-Amo, el Barón del Anillo. ¡Ah, por todos los diablos! Trató de imaginarse cabalgando un ranyhyn, pero su imaginación fue incapaz de dar aquel salto. Semejantes caballos, investidos del Poder de la Tierra, eran, quizá más que ninguna otra cosa excepto Andelain, la quintaesencia del Reino. Y Joan había sido domadora

de caballos. Por alguna razón, aquel pensamiento le aguijoneó la nariz, y trató de reprimir las lágrimas apretando los dientes.

Durante el resto de la tarde se dedicó a contemplar las montañas. Se alzaban delante de la compañía como si las cimas estuvieran a gatas y fueran irguiéndose paulatinamente. La cordillera se curvaba al sudoeste y noreste, y no era tan alta como las montañas detrás de la pedraria Mithil, pero era quebrada y áspera, como si altos pináculos hubieran sido derribados para hacer las montañas impenetrables. Covenant no sabía qué había tras las montañas, ni deseaba saberlo. Su impenetrabilidad le daba un oscuro consuelo, como si se alzarán entre él y algo cuya vista no pudiera soportar.

A medida que la compañía avanzaba hacia ellas a trote ligero, las agrestes montañas parecían más altas. El sol se estaba poniendo en las llanuras occidentales cuando los jinetes llegaron al pie de una escarpada elevación. Y una tonalidad anaranjada y rosa tiñó sus espaldas mientras cruzaban un último promontorio y llegaban a un ancho claro al pie del risco.

Allí, por fin, estaba Mansión.

A cincuenta o sesenta metros de altura, la pared del risco se inclinaba abruptamente hacia adentro, a lo largo de un frente ancho y semioval, formando una cueva en forma de cuenco profundo y vertical en la roca. En lo profundo de la cueva, donde estaban protegidos de los rigores climáticos pero, con todo, expuestos a la intemperie, estaban las tiendas circulares de las familias Ra, Y en la parte delantera, bajo el abrigo del risco se hallaba la zona comunitaria, el espacio abierto y los fuegos donde los hombres Ra cocinaban, hablaban, bailaban y cantaban juntos cuando no estaban en las llanuras con los ranyhyn. Todo el lugar parecía austero, como si generaciones de hombres Ra no se hubieran molestado en hacer de la roca un lugar acogedor, pues Mansión era sólo un centro, un punto de partida para el vagabundeo de un pueblo nómada por las llanuras.

Había unos setenta hombres de Ra reunidos, observando la aproximación de la compañía. Casi todos eran Ganatechos, los hombres de Ra más jóvenes y más viejos y otros que necesitaban seguridad y un lecho. Al contrario que los Cordones y Fustigadores, no estaban armados con cuerdas.

Pero Lithe estaba allí, y se acercó rápidamente para recibir a la compañía con otros tres hombres de Ra, que Covenant tomó también por Fustigadores. Llevaban collares de flores amarillas igual que ella, y cuerdas en el pelo en vez de la cintura. La compañía se detuvo y Prothall desmontó ante los Fustigadores. Hizo una reverencia a la manera de los hombres de Ra, y ellos le devolvieron el gesto.

—Salve de nuevo, Amos que venís de lejos —dijo Lithe—. Salve Barón del Anillo, Amo Superior, gigante y Guardián de Sangre. Sed bienvenidos al hogar y el lecho de Mansión.

Tras este saludo, los Ganatechos surgieron por debajo del risco y se acercaron a la

compañía. Mientras los jinetes desmontaban, cada uno de ellos fue saludado por un sonriente Ganatecho que llevaba una pequeña cinta de flores entretejidas. Con gestos de majestuosidad ritual, ataron las cintas en la muñeca derecha de sus huéspedes.

Covenant bajó de Dura y encontró ante él a una muchacha Ra, de expresión entre tímida y audaz, que no tendría más de catorce o quince años. Tenía un suave cabello moreno que le cubría los hombros y dulces ojos marrones. No sonreía, sino que parecía presa de un temor reverente por saludar al Barón del Anillo, el portador del oro blanco. Cuidadosamente, colocó la cinta de flores en la muñeca de Covenant.

El olor de las flores le hizo tambalearse, y estuvo a punto de vomitar. La cinta estaba hecha con *amanibhavam*. Su acre olor, que ardía en sus fosas nasales como ácido, le produjo tal sensación de hambre que no pudo contener las lágrimas que habían aflorado a sus ojos.

Con una expresión llena de solemnidad, la muchacha Ganatecho alzó las manos y tocó sus lágrimas como si fueran preciosas.

Tras él, los ranyhyn de los Guardianes de Sangre galopaban hacia la libertad de las llanuras. Los Cordones se llevaban los caballos de la compañía para atenderlos, y más hombres de Ra llegaron al claro respondiendo a la noticia de que había llegado la Búsqueda. Pero Covenant miraba fijamente a la niña, como si fuera alguna clase de alimento. Finalmente, ella reaccionó a su mirada y le dijo:

—Soy la Ganatecho Alegre. Pronto tendré suficiente conocimiento para unirme a los Cordones. —Tras un instante de vacilación, añadió—: Tengo que cuidar de ti mientras seas nuestro huésped. —Como él no respondía, la muchacha se apresuró a añadir—: Otros te servirán alegremente si no aceptas mi bienvenida.

Covenant permaneció silencioso un momento más, aferrado a su inútil crueldad. Pero luego reunió fuerzas para pronunciar una negativa definitiva.

—No necesito nada. No me toques. —Aquellas palabras le dolieron en la garganta.

Una mano tocó su hombro. Miró a su alrededor y vio a Vasallodelmar a su lado. El gigante miraba a Covenant, pero se dirigió a la pequeña, en cuyo rostro se reflejaba el pesar del rechazo.

—No estés triste, pequeña Ganatecho —murmuró—. El Barón del Anillo Covenant nos pone a prueba. No habla con el corazón.

Alegre sonrió agradecida a Vasallodelmar, y luego dijo con súbita picardía:

—No tan pequeña, gigante. Tu tamaño te engaña. Casi he llegado a la Cordonación.

Vasallodelmar no pareció comprender de inmediato. Luego su rígida barba se sacudió bruscamente y rompió a reír. Las risotadas resonaron en el risco, por encima de Mansión, hasta que la montaña pareció compartir su júbilo, y su contagioso sonido se extendió hasta que todos los que estaban cerca de él reían sin saber por qué.

Fuertes ventarrones surgieron de la boca del gigante durante largo tiempo, como si exhalara desechos de su alma.

Pero Covenant dio media vuelta y se alejó, incapaz de soportar la pesada carga del humor de Vasallodelmar. Gruñendo maldiciones, se preguntó una vez más qué diablos le estaban haciendo. No había tomado ninguna decisión, y ahora su capacidad de renunciamiento parecía agotada.

Así, cuando Alegre se ofreció para guiarle hasta su sitio para la fiesta que habían preparado los Ganatechos, la siguió aturdido. Penetraron en la enorme cueva y la pequeña le condujo hasta un espacio abierto en el centro, donde ardía una fogata. La mayor parte de los miembros de la compañía ya habían penetrado en la Mansión. Había otros dos fuegos, y los hombres de Ra dividieron a la compañía en tres grupos: los Guardianes de Sangre se sentaron alrededor de uno de los fuegos; Quaan y sus catorce guerreros en torno a otro, y, en el centro, los hombres de Ra invitaron a Prothall, Mhoram, Vasallodelmar, Llaura, Pietten y Covenant a sentarse junto a los Fustigadores. Covenant se dejó conducir hasta que estuvo sentado con las piernas cruzadas en el suave suelo de piedra, frente a Prothall, Mhoram y Vasallodelmar. Cuatro Fustigadores tomaron asiento al lado de los Amos, y Lithe se sentó cerca de Covenant. El resto del círculo lo formaban los Cordones que habían llegado de las llanuras con sus maestros Fustigadores.

La mayoría de los Ganatechos se afanaban alrededor de las fogatas sobre las que cocinaban, pero había uno de ellos junto a cada huésped, esperando para servirle. Alegre atendió a Covenant, tarareando una melodía que a Covenant le recordó otra canción escuchada alguna vez.

*Algo hay en la belleza
que crece en el alma del espectador
como una flor.*

Bajo los olores del humo de madera y la comida, Covenant creyó percibir la limpia y herbácea fragancia de Alegre.

Mientras permanecía sentado desmañadamente en la piedra, el último resplandor del sol poniente bañó el techo de la cueva con tonos anaranjados y dorados, como una afectuosa despedida. Luego el sol se puso y la noche se extendió sobre las llanuras. Las llamas de las hogueras constituían la única iluminación de la Mansión. El ambiente estaba lleno de ajeteo y el rumor de las conversaciones, como una brisa en una colina, cargada con el aroma de los ranyhyn. Pero la comida que Covenant temía no llegó en seguida. Primero, algunos Cordones empezaron a bailar.

Tres de ellos actuaron dentro del círculo entre el que Covenant estaba sentado. Bailaron alrededor del fuego, haciendo cabriolas y dando saltos formidables, y entonaron una alegre canción al compás de las palmas que batían los Ganatechos. La

agilidad de sus movimientos, las repentinas erupciones de la danza, la tonalidad oscura de su piel, todo ello daba la impresión de que representaban la cadencia de las llanuras, convirtiéndola en una danza vertiginosa, de manera que el pulso de la tierra resultaba visible a los ojos humanos. E inclinaban repetidamente sus cuerpos para que la luz del fuego arrojara sombras caballunas sobre las paredes y el techo.

En ocasiones, los danzarines se acercaban tanto a Covenant que éste podía oír lo que cantaban:

*Cascos que hollan la hierba y estrellas en la frente;
corvejones y cruces, lozanía de la tierra y el bosque:
majestuoso ranyhyn, galopa, corre...
Servimos a la Cola del Cielo,
la Crin del Mundo.*

Las palabras y la danza hicieron sentir a Covenant que expresaban algún conocimiento secreto, alguna visión que necesitaba compartir. Aquella sensación le repelía. Apartó los ojos de los bailarines y miró los ardientes rescoldos del fuego. Cuando terminó la danza siguió mirando el fuego hasta que su mirada se llenó de vagas ansiedades.

Entonces los Ganatechos trajeron comida y bebida a los círculos. Utilizando anchas hojas como platos, amontonaron cocido y patatas silvestres ante sus huéspedes. La comida estaba aderezada con extrañas hierbas a las que los hombres de Ra parecían muy aficionados, y pronto los miembros de la Búsqueda se entregaron al festín. Durante largo tiempo los únicos sonidos en la Mansión fueron los de quienes servían y los comensales.

En medio del banquete, Covenant permanecía inmóvil como un árbol atrofiado. No reaccionaba a nada de lo que Alegre le ofrecía, y contemplaba el fuego. Uno de los carbones ardía con un brillo rojizo como el resplandor nocturno de su anillo. Estaba haciendo una OVE mental, estudiando sus extremidades de un extremo a otro, y le angustiaba la convicción de que estaba a punto de descubrir alguna mancha leprosa totalmente inesperada. Ajeno al júbilo que le rodeaba, su aspecto era de una profunda languidez.

Al cabo de un tiempo, la gente comenzó a hablar de nuevo. Prothall y Mhoram entregaron las hojas que les servían de plato a los Ganatechos y dirigieron su atención a los Fustigadores. Covenant captó retazos de su conversación. Hablaban de él, del mensaje que les había llevado, del papel que jugaba en el destino del Reino. Su alegre aspecto físico contrastaba extrañamente con la seriedad de sus palabras.

Cerca de ellos, Vasallodelmar describía la penosa experiencia de Llaura y Pietten a uno de los Fustigadores.

Sin dejar de mirar el fuego, Covenant frunció el ceño. No necesitaba mirar su

anillo para ver el cambio sangriento que se estaba operando en él; notaba la radiación de la maldad en el metal. Temblando, ocultó la sortija con el puño.

El techo de piedra parecía cernerse sobre él como una cruel ala de revelación, esperando el momento de su mayor impotencia para abatirse sobre su cuello vulnerable. El hambre que sentía era alucinante. Pensó que se estaba volviendo loco. La Ganatecho Alegre le instó para que comiera, pero él no le respondió.

Al otro lado del círculo, Prothall explicaba el propósito de su Búsqueda. Los Fustigadores escuchaban vacilantes, como si les costara ver la conexión entre males lejanos y las llanuras de Ra. Así pues, el Amo Superior les contó lo que habían hecho a Andelain.

La mirada de Pietten se perdía en la noche, como si esperase que saliera la luna. A su lado, Llaura hablaba en voz baja a los Cordones que la rodeaban, agradeciendo la hospitalidad de los hombres de Ra.

Mientras Vasallodelmar detallaba los horrores sufridos por los dos supervivientes de la Fustaria Alta, las venas de su frente se abultaron debido al esfuerzo para contener su emoción.

El fuego brillaba como una puerta que tuviera un mensaje intolerable aguardando tras ella. Covenant estaba rígido, consciente de su vulnerabilidad, y sus ojos miraban sin ver nada, como los agujeros que quedan al desprenderse los nudos de la madera.

Las manchas verdes de su túnica le marcaban como una advertencia que decía: leproso, impuro paria.

Se aproximaba al final de su OVE. Tras él estaba la imposibilidad de creer verdadero al Reino, y ante él la imposibilidad de considerarlo falso.

De repente, Alegre entró en el círculo y se enfrentó a él, con las manos en las caderas y mirándole enfurecida. Permaneció con las piernas ligeramente separadas, y Covenant vio los rojos carbones del fuego entre sus muslos. Alzó la vista.

—Debes comer —le dijo la pequeña severamente—. Ya estás medio muerto.

La firmeza de sus hombros hacía que la camisa se ajustara a sus pechos. A Covenant le recordaba a Lena.

—No nos ha dicho qué ocurrió en la Celebración —decía Prothall—. El ataque a los espectros ocurrió por sorpresa... Con todo, creemos que de alguna manera luchó contra los ur-viles. Su compañera culpó a los dos de la maldad que atacó a la Danza.

Covenant temblaba. Había recordado a Lena. La oscuridad se precipitó contra él como garras de vértigo. ¿Lena? Por un instante su visión quedó oscurecida por el rugido de negras aguas. Entonces se levantó como impulsado por un resorte. Le había hecho aquello a Lena... ¿Cómo era posible? Apartó a la muchacha a un lado y se acercó al fuego. ¡Lena! Empuñando su bastón como si fuera un hacha, lo descargó sobre las llamas. Pero no pudo rechazar el recuerdo, hacerlo retroceder. El bastón se torció con la fuerza del golpe, cayó de sus manos. Los carbones encendidos se

fragmentaron y volaron chispas en todas direcciones. ¡Él había hecho una cosa así a Lena! Apuntando a Prothall con su mano mutilada, gritó:

—¡Estaba equivocada! ¡No pude evitarlo! —Con el pensamiento en Lena y lo que le había hecho, añadió—: ¡Soy un leproso!

Los que estaban a su alrededor se levantaron. Mhoram se acercó rápidamente, tendiendo una mano para serenarle.

—Tranquilo, Covenant. ¿Qué ocurre? Piensa que somos huéspedes.

Pero a pesar de su protesta, Covenant sabía que Atiaran no había estado equivocada. Él mismo había sido capaz de matar en la batalla de la Fustaria Alta, y en su locura había pensado que la experiencia de matar era algo nuevo para él, algo sin precedentes. Sin embargo, la acción de matar no era algo a lo que hubiera llegado recientemente, sino que había sido capaz de hacerlo desde el mismo principio del sueño. Dando un salto intuitivo, vio que no había diferencia entre lo que los ur-viles les habían hecho a los Espectros y lo que él le había hecho a Lena. Había servido al Amo Execrable desde su primer día en el Reino.

—¡No! —gritó, como si estuviera hirviendo en ácido—. No, no lo haré más. No voy a ser víctima ni un momento más. No quiero ser servido por niños.

Se estremeció con escalofríos de rabia mientras gritaba en silencio: ¡Tú la violaste! ¡Tú, asqueroso hijo de perra!

Se sentía tan débil como si la comprensión de lo que había hecho corroyera sus huesos.

—¡Incrédulo! —exclamó severamente Mhoram—. Dime qué te ocurre.

—¡No! —repitió Covenant—. ¡No! —Trataba de gritar, pero su voz sonaba distante, quebrada—. No... toleraré... esto. No es justo. ¡Voy a sobrevivir! ¿Me oís?

—¿Quién eres? —preguntó la Fustigadora Lithe, susurrando entre sus dientes apretados. Con un rápido movimiento de cabeza y un giro de su muñeca, se quitó la cuerda del pelo y la sostuvo en ademán de combate.

Prothall le cogió el brazo. Había en su voz de anciano un tono de autoridad y súplica.

—Perdónale, Fustigadora. Este asunto está por encima de ti. Él tiene la magia indómita que destruye la paz. Debes perdonar.

—¿Perdonar? —trató de gritar Covenant. Las piernas le flaqueaban, pero no cayó, pues Bannor le sostuvo erecto desde atrás—. No puedes perdonar.

—¿Quieres ser castigado? —preguntó Mhoram en tono de incredulidad—. ¿Qué has hecho?

—¿Si quiero? —Covenant se esforzó por recordar algo, hasta que lo logró. Sabía qué debía hacer—. No. Llama a los ranyhyn.

—¿Qué? —exclamó Lithe, indignada. Y todos los hombres de Ra repitieron su protesta.

—¡Los ranyhyn! Llamadlos.

—¿Estás loco? Ten cuidado, Barón del Anillo. Somos los hombres de Ra. Nosotros no llamamos, sino que servimos. Ellos vienen cuando quieren. No dependen de nuestra llamada. Y no vienen de noche.

—¡Te digo que los llames! ¡Yo lo ordeno! ¡Llámalos!

Algo en el tono imperioso de su voz confundió a la mujer. Vaciló, se quedó mirándole con una mezcla de ira, protesta e inesperada compasión, y luego giró sobre sus talones y salió de Mansión.

Apoyado por Bannor, Covenant salió tambaleándose de aquel hueco bajo la opresiva mole de la montaña. Los miembros de la compañía y los hombres de Ra salieron tras él, como una estela de ultraje y perplejidad. Tras ellos, la luna roja acababa de coronar la cima de la montaña, y las distantes llanuras, visibles más allá de las elevaciones frente a Mansión, estaban ya bañadas en una tonalidad carmesí. La rojiza inundación parecía absorber la textura de la tierra, convertir la roca, el suelo y la hierba en decadencia y sangre.

La gente se extendió a cada lado del llano, de manera que el campo abierto quedara iluminado por las fogatas.

Lithe caminó entre la noche, en dirección a las llanuras, hasta que llegó cerca del extremo del claro. Covenant se detuvo y la contempló. Inseguro sobre sus pies, pero lleno de resolución, se liberó del sostén de Bannor y quedó como un galeón embarrancado en un arrecife, encaramado a una altura imposible cuando se retira la marea. Con pasos rígidos se acercó a Lithe.

Ante él, el panorama sangriento que iluminaba la luna era como un mar muerto, y tiraba de él como si fluyera más cerca a medida que salía la luna. Su anillo emitía un frío resplandor. Covenant se sintió como si fuera de piedra imán. Cielo y tierra tenían un mismo tono escarlata, y Covenant avanzaba como si fuera el polo sobre el que giraba la roja noche... él y su anillo la fuerza que impulsaba aquella marea de noche violada. Pronto se halló en el centro del llano.

Una sábana de silencio envolvía a los espectadores.

Delante de él, la Fustigadora Lithe extendió los brazos como si hiciera señas a la oscuridad para que se aproximara a ella. De repente, lanzó un agudo grito.

—¡*Kelenbhrabanal marushyn!* ¡*Rushyn hynyn kelenkoor rillynarunal!* ¡*Ranyhyn Kelenbhrabanal!*

Luego emitió un silbido cuyo eco fue devuelto como un chillido por la pared del risco.

Durante un largo momento el llano quedó totalmente sumido en el silencio. Lithe dio media vuelta y, con largas y orgullosas zancadas, se dirigió de nuevo a la Mansión. Al pasar ante Covenant le dijo secamente:

—Ya les he llamado.

Covenant se quedó solo ante el asedio de la luna.

Pero poco después se oyó fragor de cascos. Los grandes caballos cabalgaban a lo lejos. El sonido aumentó como si los mismos cerros avanzaran hacia la ciudad. Los ranyhyn se acercaban por docenas. Covenant juntó las rodillas para mantenerse erguido. Tuvo la sensación de que su corazón estaba demasiado débil para seguir latiendo. Era vagamente consciente de que los espectadores estaban en suspenso.

Entonces el borde externo del llano pareció elevarse, lleno de reflejos rojizos, y una oleada de ranyhyn irrumpió en el claro... Cerca de un centenar de caballos que avanzaban en una línea hacia Covenant.

Un grito de sorpresa y admiración se elevó entre los hombres de Ra. Pocos, entre los Fustigadores más viejos, habían visto jamás tantos ranyhyn a la vez.

Y Covenant supo que tenía ante él a los animales más orgullosos del Reino. Temió que le pisotearan. Pero la retumbante muralla se abrió a su izquierda, corrió alrededor de él y Covenant quedó al fin completamente rodeado. Los caballos agitaban las crines y las colas, las estrellas de sus frentes atrapaban la luz de las fogatas y relucían, y los cascos pisoteaban la hierba con el sordo rumor de un trueno. El círculo fue estrechándose. Covenant giraba con ellos como si tratara de enfrentarse a todos a la vez. El corazón le latía violentamente. No podía girar lo bastante rápido para mantenerse a su paso. El esfuerzo le hizo vacilar, perder el equilibrio y caer de rodillas.

Pero se levantó en seguida y afirmó las piernas en el suelo contra el vértigo que le producía el veloz círculo de los animales. Su rostro estaba contorsionado, como si gritara..., un grito perdido entre el ruido atronador de los cascos. Tendió los brazos como si se sujetara a invisibles muros de noche.

Lentamente los caballos fueron deteniéndose, con las cabezas dirigidas hacia Covenant. Tenían los ojos desmesuradamente abiertos, y algunos presentaban espuma en la boca. Al principio, Covenant no pudo comprender la emoción que embargaba a los animales.

Un grito repentino surgió entre los espectadores. Covenant reconoció la voz de Llaura. Volviéndose, vio que Pietten corría hacia los caballos y que Llaura iba tras él, demasiado rezagada para darle alcance. El niño se había aprovechado de que todos tenían la atención puesta en Covenant. Pietten llegó al círculo y se introdujo entre las patas inquietas de los ranyhyn.

Parecía imposible que no fuera pisoteado, pues su cabeza no era mayor que uno de los cascos, y los animales no dejaban de hollar el suelo y dar saltitos. Entonces Covenant vio su oportunidad. Dando un salto instintivo, apartó a Pietten de debajo de un caballo. Con su mano mutilada no pudo afianzar su presa, y Pietten se zafó de él y se puso en pie. Lanzándose contra Covenant le golpeó tan fuerte como pudo:

—¡Te odian! —gritó enfurecido—. ¡Vete!

La luz de la luna inundó el llano como si hubiera brotado de las vertientes de la montaña. Bajo el resplandor carmesí el rostro del pequeño Pietten tenía una expresión devastada.

El niño luchaba, pero Covenant le alzó del suelo y lo sujetó contra su pecho con ambos brazos. Entonces miró a los caballos.

Ahora comprendía. En el pasado, había estado demasiado ocupado evitándoles para observar cómo reaccionaban a él. No le amenazaban, sino que aquellos grandes brutos estaban aterrados... y él era el causante de su terror. Desviaban los ojos de su rostro y esparcían espuma a su alrededor. Los músculos de sus patas y del pecho se estremecían. Sin embargo, se aproximaban a pesar de su temor. Su papel habitual se había invertido, y en vez de elegir ellos a sus jinetes, se sometían a la elección de Covenant.

Obedeciendo a un impulso, apartó su brazo izquierdo de Pietten y mostró el anillo con frías irisaciones rojizas a uno de los caballos. Éste retrocedió y lo esquivó, como si le hubieran mostrado una serpiente. Covenant abrazó de nuevo a Pietten. Los esfuerzos del niño para liberarse eran ahora más débiles, como si el abrazo de Covenant le asfixiara lentamente. Pero el Incrédulo sostuvo su presa. Miró ferozmente a los ranyhyn y vaciló como si no pudiera recuperar el equilibrio.

Pero ya había tomado su decisión. Había visto que el ranyhyn reconocía su anillo. Apretando a Pietten contra su pecho, como un escudo, gritó:

—¡Escuchad! —Su voz era ronca, como un sollozo—. Haré un trato con vosotros. Entendedme bien. ¡Por todos los diablos! Entendedme bien. Un trato. Escuchad. No puedo aguantar... Me estoy cayendo en pedazos. —Apretó a Pietten—. Veo... Veo lo que os ocurre. Tenéis miedo. Me teméis. Creéis que soy alguna clase de... De acuerdo. Sois libres. No elijo a ninguno de vosotros.

Los ranyhyn le miraban temerosos.

—Pero tenéis que hacer algo por mí. ¡Tenéis que retroceder! —Pronunció estas últimas palabras con una firmeza que casi agotó sus últimas fuerzas—. Vosotros... El Reino... —Su tono era de súplica, una imploración para que le dejaran en paz—. No preguntéis demasiado.

Pero sabía que necesitaba algo más de ellos a cambio del dominio sobre sí mismo, algo más que su consentimiento para soportar la incredulidad, su negativa a creer en el Reino.

—Escuchad... escuchad. Si os necesitara, sería mejor que vinierais. Así yo no tendría que ser un héroe. Entendedlo. —Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no sollozaba—. Y... y hay algo más. Otra cosa. Lena... Una muchacha que vive en la pedraria Mithil, hija de Trel y Atiaran. Quiero... quiero que uno de vosotros vaya a ella, esta noche. Y todos los años. Cuando llegue la última luna llena antes de la mitad de la primavera. Los ranyhyn son para ella..., son el objeto de sus sueños. —Se

limpió las lágrimas de los ojos y vio que los ranyhyn le miraban como si comprendieran todo lo que trataba de decir.

—Ahora partid —dijo con voz entrecortada—. Tened piedad de mí.

Todos los ranyhyn relincharon al unísono y retrocedieron, ensanchando el círculo, piafando, como si hicieran promesas. Luego dieron media vuelta, relinchando aliviados, y partieron de la Mansión. La luz de la luna no parecía alcanzarles. Descendieron por el borde del llano y se desvanecieron, como si los brazos de la tierra los recibieran.

En seguida Llaura llegó al lado de Covenant. Lentamente, él le entregó a Pietten. La muchacha le dirigió una larga mirada, cuyo significado él no pudo comprender, y luego dio media vuelta y se alejó. Covenant la siguió, caminando pesadamente, como si estuviera sobrecargado con los fragmentos de sí mismo. Podía oír los murmullos de asombro de los hombres de Ra, un asombro demasiado profundo para que pudieran sentirse ofendidos por lo que había hecho. Estaba por encima de ellos. Podía notarlo. «Retrocedieron ante él», decían los susurros. Pero a él no le importaba. Tenía la desagradable sensación de que no había dominado nada, probado nada, resuelto nada.

El Amo Mhoram se acercó a él. Covenant no le miró, pero percibió el tono admirativo en que se dirigía a él.

—¡Ah, ur-Amo! Tal honor jamás se ha dispensado a ningún mortal, hombre o mujer. Muchos han llegado a las llanuras y han sido ofrecidos a los ranyhyn..., pero ellos se han negado. Y cuando fue ofrecida mi madre, la Ama Tamarantha, cinco ranyhyn llegaron para tomarla en consideración. Fue un honor más alto de lo que ella pudo jamás soñar como posible. No hemos podido oír. ¿Los has rechazado? ¿Rechazado?

—Rechazado —gimió Covenant, pensando que le odiaban.

Se apartó de Mhoram y fue tambaleándose a la Mansión. Con movimientos inseguros, como un barco con la quilla rota, avanzó hasta la fogata más próxima. Los hombres Ra le hicieron paso, y le observaron con expresiones de temor reverencial. A él no le importó. Llegó a la fogata y cogió el primer alimento que tuvo a su alcance. Era un pedazo de carne que devoró.

Comió lentamente, con semblante inexpresivo, y luego deseó algo para beber. Miró a su alrededor y vio que Vasallodelmar se hallaba cerca de él con un jarro de *Filtro de Diamante* que parecía una miniatura en su mano enorme.

Covenant tomó el jarro y lo vació. Entonces se quedó inmóvil, esperando que el licor le hiciera efecto, lo cual no tardó en ocurrir. Pronto una niebla comenzó a envolver su cabeza. Los sonidos se hicieron distantes, como si escuchara los ruidos de la Mansión desde el fondo de un pozo. Supo que iba a desvanecerse, y lo deseaba intensamente, pero antes de que perdiera la conciencia, el dolor que llenaba su pecho le impulsó a decir:

—Gigante, yo... Necesito amigos.

—¿Por qué crees que no tienes ninguno?

Covenant parpadeó y vio todo lo que había hecho en el Reino.

—No seas ridículo.

—Entonces crees realmente que somos reales.

—¿Qué?

No podía aquilatar el alcance de las palabras del gigante.

—Nos crees incapaces de perdonarte —le explicó Vasallodelmar—. ¿Quién estaría más dispuesto a perdonarte que tu sueño?

—No —dijo el Incrédulo—. Los sueños... nunca perdonan.

Entonces perdió de vista la luz de la fogata y el rostro amable de Vasallodelmar, y se quedó dormido.

UNA POSIBILIDAD DE ESPERANZA



uvo un sueño intranquilo, pero sin pesadillas. A través de los altos y bajos de su deriva por el sueño, como si incluso dormido sus sentidos fueran conscientes del Reino, sintió que le vigilaban a distancia. Sobre él se posaba una mirada inquieta y caritativa, que le recordaba al viejo mendigo que le hizo leer un ensayo sobre «la cuestión fundamental de la ética».

Al despertar, descubrió que la luz del sol iluminaba la Mansión. Apenas se distinguía el techo en sombras de la cueva, pero la luz que reflejaba el suelo del poblado parecía disipar el peso opresivo de la piedra. Y el sol llegaba al interior de la Mansión con suficiente intensidad para decirle a Covenant que se había despertado en la tarde de un cálido día preveraniego. Permanecía cerca del fondo de la cueva, en una atmósfera de quietud. A su lado estaba sentado Corazón Salado Vasallodelmar.

Covenant cerró un momento los ojos. Sintió que había sobrevivido a las críticas generalizadas, y tuvo la sensación de que el trato iba a funcionar. Cuando abrió los ojos de nuevo, preguntó durante cuánto tiempo había dormido, como si se hubiera levantado de entre los muertos.

—Salve y bienvenido seas, amigo mío —replicó el gigante—. Haces que mi *Filtro de Diamante* parezca débil. Sólo has dormido una noche y toda la mañana.

—Es la práctica —dijo Covenant, estirando los brazos—. Practico mucho... Me estoy volviendo un experto.

—Una rara habilidad —dijo el gigante riendo entre dientes.

—No lo creas. Los leprosos somos más numerosos de lo que puedes pensar. —Frunció abruptamente el ceño, como si se hubiera descubierto a sí mismo en flagrante violación del dominio que se había prometido. Para evitar que el gigante le tomara en serio, añadió en un tono lúgubre—: Estamos en todas partes.

Pero su intento de poner una nota de humor sólo pareció confundir al gigante. Al cabo de un momento, Vasallodelmar dijo lentamente:

—¿Y los otros están...? Oye, «leproso» no es un buen nombre. Es demasiado corto para alguien como tú. Desconozco esa palabra, pero en mis oídos sólo suena a crueldad.

Covenant se incorporó y apartó las mantas.

—No es exactamente cruel. —El tema parecía avergonzarle. Mientras hablaba no podía sostener la mirada de Vasallodelmar—. O bien es un accidente sin sentido o bien un «castigo merecido». Si fuera cruel ocurriría más a menudo.

—¿Más a menudo?

—Claro. Si la lepra fuera un acto de crueldad, por parte de Dios o de lo que sea, no sería tan rara. ¿Por qué conformarse con unos pocos millares de víctimas abyectas cuando es posible condenar a varios millones?

—Accidente —murmuró Vasallodelmar—. Castigo. Amigo mío, me confundes. Hablas demasiado deprisa. Quizás el Despreciativo de tu mundo tiene sólo un poder limitado para oponerse a su Creador.

—Quizá. Pero no creo que mi mundo funcione de esa manera.

—Sin embargo, creo haberte oído decir que los leprosos están en todas partes.

—Eso ha sido una broma, o una metáfora. —Covenant hizo un esfuerzo para transformar su sarcasmo en humor—. Nunca puedo establecer la diferencia.

—¿Bromeas, amigo mío? —le preguntó Vasallodelmar, después de mirarle en silencio largo rato.

Covenant respondió a la mirada del gigante con una mueca sardónica.

—Aparentemente no.

—No comprendo este humor.

—No te preocupes por ello —dijo Covenant, aprovechando la ocasión para zanjar el tema—. Comamos un poco. Tengo apetito.

Se sintió aliviado al oír la suave risa de Vasallodelmar.

—Ah, Thomas Covenant, ¿recuerdas nuestro viaje fluvial hasta las Defensas de los Amos? Al parecer, hay algo en mi seriedad que te aviva el apetito.

Alargó un brazo hacia un lado y cogió una bandeja con pan, queso y fruta, y un frasco de vino vigorizante, y siguió riendo sosegadamente mientras Covenant atacaba la comida.

Covenant se concentró en la comida durante cierto tiempo, y cuando al fin miró a su alrededor le sorprendió descubrir que la cueva estaba llena de flores. Había guirnaldas y ramos por todas partes, como si de la noche a la mañana cada hombre de Ra hubiera preparado un jardín entre cuyo verdor destacaban las blancas aguileñas. El blanco y el verde suavizaban la austeridad de la Mansión, cubriendo la piedra como una fina túnica.

—¿Te sorprende? —le preguntó Vasallodelmar—. Estas flores te honran. Muchos hombres de Ra han vagado durante toda la noche para recogerlas. Has conmovido los corazones de los ranyhyn, y los hombres de Ra están maravillados y se sienten agradecidos. Han sido testigos de un prodigio... Un centenar de ranyhyn ofreciéndose a un solo hombre. Los hombres de Ra no cambiarían una visión semejante por la misma Andelain, estoy seguro de ello. Por eso han devuelto el honor en la medida de sus posibilidades.

¿Honor?, se preguntó Covenant. El gigante se puso más cómodo y, como si diera comienzo a un largo cuento, dijo:

—Es triste que no viera el Reino antes de la Profanación. Entonces los hombres de Ra te hubieran honrado de una manera que no olvidarías en toda tu vida. Todas las cosas eran superiores en aquel tiempo, pero incluso entre los Amos había pocas bellezas que igualaran el gran arte de los hombres de Ra. La llamaban «ostela», *anundivian yajña* en la lengua de los antiguos Amos. Era una clase de escultura en hueso. Con esqueletos de buitres que el tiempo había dejado mondos en las llanuras de Ra, los hombres de esta región creaban unas esculturas de belleza singular. En sus manos, bajo el poder de sus canciones, los huesos se doblaban y ablandaban como arcilla, y les daban unas formas curiosas, de manera que del blanco meollo de la vida perdida los hombres de Ra hacían emblemas para los vivos. Jamás he contemplado tales figuras, pero los gigantes preservan su leyenda. Luego llegó la indigencia y la degeneración, el hambre, la ocultación y la carencia de hogar durante largas generaciones, todo lo cual acaeció a los ranyhyn y los hombres de Ra con la Profanación, y la habilidad de la ostela se perdió.

La voz del gigante se desvaneció, y al cabo de un momento empezó a cantar suavemente:

La Piedra y el Mar son profundos en la vida...

Le rodeó el silencio de una respetuosa atención. Los Ganatechos que estaban cerca de él se habían detenido a escuchar.

Poco después uno de ellos señaló el claro, y Covenant, siguiendo el gesto, vio a Lithe que atravesaba el llano a paso vivo. Le acompañaba el Amo Mhoram a horcajadas de un hermoso ruano ranyhyn. Aquella visión alegró a Covenant. Terminó el vino vigorizante y saludó a Mhoram.

—Sí —dijo Vasallodelmar, observando la mirada de Covenant—, mucho es lo que ha sucedido esta mañana. El Amo Superior Prothall decidió no ofrecerse. Dijo que para sus viejos huesos sería más apropiada una montura inferior, con lo cual supongo que quería decir que sus «viejos huesos» serían una afrenta para los ranyhyn. Pero sería conveniente no subestimar su fuerza.

Covenant percibió una corriente de insinuaciones en las palabras de Vasallodelmar.

—Prothall renunciará a su cargo después de esta Búsqueda —dijo en tono distante—. Si tiene éxito...

El gigante sonrió.

—¿Es eso una profecía?

Covenant se encogió de hombros.

—Tú lo sabes tan bien como yo. Dedicar demasiado tiempo a pensar que no ha dominado la ciencia de Kevin. Cree que ha fracasado, y seguirá creyéndolo aun cuando logre recuperar el Bastón de la Ley.

—Ciertamente es una profecía.

—No te rías. —Covenant se preguntó cómo podría explicar la resonancia del hecho de que Prothall se hubiera negado a ofrecerse a los ranyhyn—. Anda, háblame de Mhoram.

El rostro del gigante se iluminó.

—El Amo Mhoram, hijo de Variol, ha sido elegido en este día por el ranyhyn Hynaril, al que también montó Tamarantha de Variol. ¡Ah, entre los grandes caballos se recuerda a Tamarantha con honor! Los hombres de Ra dicen que ningún ranyhyn había tenido antes dos jinetes. En verdad que una era de maravillas ha llegado a las llanuras de Ra.

—Maravillas —musitó Covenant. No le gustaba recordar el temor con el que todos aquellos ranyhyn se habían enfrentado a él. Dirigió una airaba mirada al jarro que sostenía en la mano, como si le engañara por el hecho de estar vacío.

Uno de los Ganatechos más cercanos se dirigió hacia él con otro jarro en la mano. Covenant reconoció, en la menuda figura que caminaba entre las flores, a la pequeña Alegre. Ésta, al ver que el Incrédulo la miraba, bajó los ojos.

—Llenaría de nuevo tu jarro, pero temo ofenderte. Debes considerarme una niña.

Covenant frunció el ceño. Creía percibir un reproche en las palabras de Alegre, y se puso rígido. Con un enorme esfuerzo que dio a su voz un tono de fría formalidad, le dijo:

—Perdona por lo de anoche. No fue culpa tuya.

Torpemente, le tendió el jarro para que se lo llenara. Ella se adelantó y vertió en él vino vigorizante.

—Muchas gracias —dijo él recalcando las palabras.

La muchacha le miró un momento con fijeza. Luego apareció en su rostro una expresión de alivio y sonrió. Su sonrisa le recordó a Lena. Pausadamente, como si la niña fuera una carga que él se negara a esquivar, le hizo un gesto para que se sentara. Alegre se sentó cruzando las piernas al pie de la cama del Incrédulo, encantada por el honor que le dispensaba el Barón del Anillo.

Covenant trató de pensar en algo que decirle, pero antes de que encontrara lo que deseaba, vio que el Puño de Guerra Quaan entraba apresuradamente en la Mansión. Quaan se dirigió directamente a él, como si su firmeza venciera el obstáculo que colocaba ante él la mirada del Incrédulo, y cuando se aproximó a él esperó un instante y le dijo:

—¿Bien? —Covenant sintió que empezaba a animarse con el segundo jarro de vino vigorizante—. ¿No puedes verlo? Yo puedo verte. Eres fuerte como un roble.

—Estás cerrado para nosotros —dijo Quaan en tono desabrido—. Lo que vemos no es lo que eres.

Esta ambigua declaración parecía invitar a una réplica mordaz, pero Covenant se refrenó, encogiéndose de hombros.

—Estoy comiendo —dijo, como si no pretendiera acallar la inquietud de Quaan afirmando que su salud era excelente.

Quaan pareció conformarse con esta réplica. Hizo un gesto de asentimiento y una reverencia y se marchó.

La Ganatecho Alegre le contempló mientras se iba y luego le dijo a Covenant:

—No le gustas.

Su tono expresaba temor por la audacia e imprudencia del Puño de Guerra. Parecía preguntarse cómo podía actuar así, como si la hazaña que Covenant había llevado a cabo la noche anterior le hubiera exaltado a sus ojos a la categoría de un ranyhyn.

—Tiene una buena razón para no apreciarme —dijo llanamente Covenant.

Alegre parecía insegura. Como si tratara de obtener un conocimiento peligroso, preguntó vivamente:

—¿Porque eres un... un «leproso»?

Él percibió la seriedad de la muchacha, pero le pareció que ya había dicho demasiadas cosas sobre los leprosos. Semejante conversación comprometía su trato.

—No, simplemente cree que soy aborrecible.

Al oír esto, la pequeña frunció el ceño como si pudiera percibir su insinceridad. Se quedó mirando el suelo largo rato, como si utilizara la piedra para medir la doblez del Incrédulo. Luego se levantó y llenó de nuevo el jarro de Covenant hasta el borde.

—Tú me consideras una chiquilla —le dijo en voz baja antes de dar media vuelta y alejarse.

Caminó con una provocadora y temerosa oscilación de sus caderas, como si creyera que arriesgaba su vida al tratar al Barón del Anillo de un modo tan insolente.

Covenant contempló la juvenil figura y se sintió perplejo ante el orgullo de una gente que servía a los caballos, y las condiciones internas que le dificultaban tanto decir la verdad.

Su mirada pasó de Alegre al borde exterior de la Mansión, donde Mhoram y Lithe permanecían juntos bajo la luz del sol. Se miraban el uno al otro y con sus indumentarias —marrón la de ella y celeste la de él— parecían representar al cielo y la tierra. Al fijar su atención en ellos, Covenant pudo entender lo que decían.

—Lo haré —insistía ella.

—No, escucha —replicó Mhoram—. Él no lo quiere. Sólo le causarás dolor... y te lo causarás a ti misma.

Covenant les observó inquieto desde la cueva fría y penumbrosa. La prominente nariz de Mhoram, como un timón, le daba el aspecto de un hombre que se enfrenta a los hechos directamente, y Covenant estuvo seguro de que realmente no quería aquello contra lo que Mhoram argumentaba, fuera lo que fuese.

La disputa finalizó poco después. La Fustigadora Lithe se apartó de Mhoram y se

encaminó al poblado. Se acercó a Covenant y le sorprendió cayendo de rodillas ante él e inclinando la cabeza hasta tocar con ella el suelo. Con las manos sobre la piedra, a los lados de la cabeza, le dijo:

—Soy tu sierva. Eres el Barón del Anillo, dominador de los ranyhyn.

Covenant se quedó boquiabierto ante la nuca de la mujer. Por un instante no la comprendió. Sorprendido, no podía concebir ninguna emoción lo bastante poderosa para que un Fustigador hiciera semejante reverencia. Se sintió repentinamente avergonzado.

—No quiero sirvientes —dijo con voz ronca. Pero entonces vio que Mhoram fruncía el ceño, desconsolado, detrás de Lithe. Y, conteniendo sus impulsos, Covenant añadió en tono más suave—: No merezco el honor de tu servicio.

—¡No! —exclamó ella sin alzar la cabeza—. Yo lo vi. Los ranyhyn retrocedieron ante ti.

El Incrédulo se sintió atrapado. No parecía haber manera de impedir que la mujer se humillara sin hacerla consciente de su humillación. Él había vivido demasiado tiempo sin tacto ni humor, pero había prometido dominarse, y durante el largo recorrido desde la pedraria Mithil había saboreado las consecuencias de permitir a la gente del Reino que le trataran como si fuera una especie de personaje mítico. Haciendo un esfuerzo, replicó ásperamente:

—Aun así no merezco ese honor. En mi propio mundo yo soy..., simplemente un hombre sin importancia. Tu homenaje hace que me sienta incómodo.

Mhoram exhaló un suspiro de alivio, y Lithe alzó la cabeza para preguntar maravillada:

—¿Es posible? ¿Pueden existir mundos en los que tú no estás entre los grandes?

—Puedes estar seguro de ello —dijo Covenant, tomando un largo trago del jarro.

Cautamente, como temerosa de que él no hubiera dicho en serio sus palabras, Lithe se puso en pie. Echó atrás la cabeza y agitó su cabello recogido en una trenza.

—Covenant, Barón del Anillo, será como tú decidas. Pero no olvidamos que los ranyhyn retrocedieron ante ti. Si podemos servirte en algo, sólo has de hacérselo saber. Puedes dirigirnos en todo aquello que no concierna a los ranyhyn.

—Hay algo que deseo —dijo él, mirando la piedra montañosa del techo—. Dad un hogar a Llaura y Pietten.

Al mirar a Lithe, vio que estaba sonriendo.

—Ella es una Heredera de la Fustaria Alta, y él no es más que un niño —dijo Covenant con vehemencia—. Ya han sufrido bastante y merecen un poco de amabilidad.

Entonces intervino Mhoram.

—Vasallodelmar ya ha hablado con los Fustigadores, y han accedido a hacerse cargo de Llaura y Pietten.

Lithe hizo un gesto de asentimiento.

—Tales órdenes son fáciles de cumplir. Si los ranyhyn no nos requiriesen más, nos pasaríamos durmiendo la mayor parte de la vida.

Aún sonriente, se alejó de Covenant y salió correteando al sol. Mhoram también sonreía.

—Pareces... mejor, ur-Amo. ¿Estás bien?

La atención de Covenant se centró de nuevo en el vino vigorizante.

—Quaan me preguntó lo mismo. ¿Cómo podría saberlo? Últimamente, la mitad del tiempo casi ni puedo recordar mi nombre. Estoy dispuesto a viajar, si eso es lo que quieres saber.

—Bien. Debemos partir tan pronto como podamos. Es agradable descansar aquí, a seguro. Pero debemos irnos si queremos preservar tales seguridades. Diré a Quaan y Tuvor que hagan los preparativos.

Pero antes de que el Amo pudiera irse, Covenant le dijo:

—Dime una cosa. ¿Por qué hemos venido aquí exactamente? Tú has conseguido un ranyhyn..., pero hemos perdido cuatro o cinco días. Podíamos habernos evitado el Bosque de musgo de Morin.

—¿Quieres discutir de táctica? Creemos que lograremos una ventaja si vamos allá donde el Babeante no puede esperar que vayamos, y dándole tiempo para que reaccione a su derrota en la Fustaria Alta. Confiamos en que enviará un ejército. Si llegamos demasiado rápidamente, puede que el ejército se encuentre todavía en el Monte Trueno.

A Covenant no le pareció plausible esta explicación.

—Planeasteis venir aquí mucho antes de que fuésemos atacados en la Fustaria Alta. Lo teníais planeado desde el principio. Quiero saber por qué.

Las facciones de Mhoram se tensaron, como si no esperase que a Covenant le gustara su respuesta.

—Cuando trazamos nuestros planes en Piedra Deleitosa, vi que de esta visita se derivarían buenos resultados.

—¿Lo viste?

—Soy un oráculo. Puedo ver el futuro... en ocasiones.

—Y ésa fue una de tales ocasiones.

—Exactamente.

Covenant no estaba preparado para insistir en el asunto.

—Debe ser divertido —le dijo, pero había poco sarcasmo en su tono, y Mhoram se echó a reír. Su risa recalcó la gentileza de sus labios. Un instante después, pudo decir sin amargura—: Me gustaría tener muchas más visiones de esa clase. Son muy escasas en estos tiempos.

Mientras el Amo se alejaba para preparar a la compañía, Vasallodelmar dijo:

—Amigo mío, hay una posibilidad de esperanza para ti.

—¿De veras? Gigante, si yo fuera tan grande y fuerte como tú, siempre habría esperanza para mí.

—¿Por qué? ¿Crees que la esperanza es hija de la fuerza?

—¿No lo crees así? ¿De dónde sacas la esperanza si no es del poder? Si me equivoco... ¡Qué diablos! Hay un montón de leprosos que andan confundidos por el mundo.

—¿Cómo se juzga el poder? —le preguntó Vasallodelmar con una seriedad que Covenant no había esperado.

—¿Qué?

—No me gusta la manera en que hablas de los leprosos. ¿Dónde radica el valor de la fuerza si tu enemigo es más fuerte?

—Tú supones que hay alguna clase de enemigo. Creo que eso es demasiado simple. Nada me gustaría más que echar la culpa a otro, a algún enemigo que me afligiera. Pero esa no es más que otra clase de suicidio. Es abdicar de la responsabilidad para mantenerme vivo.

—Ah, vivo —replicó Vasallodelmar—. No, Covenant, piensa un poco más. ¿Qué valor tiene el poder si no es el de vencer a la muerte? ¿Si pones tu esperanza en algo inferior a eso, entonces tu esperanza puede engañarte?

—¿Y bien?

—Pero el poder sobre la muerte es una ilusión. No puede haber vida sin muerte.

Covenant reconoció que aquello era un hecho, pero no había esperado semejante argumento del gigante. Sintió deseos de salir de la cueva, a la luz del sol.

—Vasallodelmar —musitó, saltando de su camastro—, has estado pensando de nuevo. —Pero al notar la intensidad de la mirada del gigante añadió—: De acuerdo, tienes razón. Dime, ¿de dónde diablos sacas la esperanza?

El gigante se levantó lentamente. Se alzó por encima de Covenant hasta que casi tocó el techo.

—De la fe.

—Has tratado con humanos demasiado tiempo... y te están volviendo apresurado. «Fe» es una palabra demasiado corta. ¿Qué quieres decir?

Vasallodelmar comenzó a abrirse paso entre las flores.

—Me refiero a los Amos. Mira, Covenant. La fe es una manera de vivir. Ellos se han dedicado por entero al servicio del Reino, y han hecho el Juramento de Paz, comprometiéndose a servir al gran objetivo de sus vidas sólo de determinadas maneras, de elegir la muerte antes que someterse a la pasión destructiva que cegó al Amo Superior Kevin y produjo la Profanación. Ven... ¿Puedes creer que el Amo Mhoram desesperará alguna vez? Ésa es la esencia del Juramento de Paz. Nunca desesperará, ni hará jamás lo que dicta la desesperación, asesinar, profanar, destruir.

Y nunca vacilará, porque su condición de Amo, su servicio al Reino, le sostendrá.

—Eso no es lo mismo que la esperanza.

Covenant salió con el gigante de la Mansión, al llano soleado. La intensidad de la luz le hizo bajar la cabeza, y al hacerlo observó de nuevo las manchas del musgo diseminadas por su túnica. Abruptamente, miró la cueva. Allí, las hojas y hierbas estaban dispuestas entre las flores aguileñas para dar la sensación de líneas de musgo sobre una rica tela blanca.

Covenant ahogó un gemido. Como si enunciara un principio, dijo al gigante:

—Todo lo que se necesita para evitar la desesperación es una estupidez irremediable o una testarudez sin límites.

—No —insistió Vasallodelmar—. Los Amos no son estúpidos. Mira el Reino.

Hizo un amplio gesto con el brazo, como si esperase que Covenant viera el país entero de un límite a otro.

La mirada de Covenant no llegó tan lejos, pero miró, parpadeando, más allá del verde llano, hacia la inmensa extensión de las llanuras de Ra. Oyó los silbidos distantes de los Guardianes de Sangre que llamaban a los ranyhyn, y los relinchos en respuesta. Reparó en la afectuosa admiración de los Ganatechos que salían de la cueva porque estaban demasiado inquietos para esperar en la Mansión hasta que aparecieran los ranyhyn.

—En otras palabras —dijo al cabo de un momento—, la esperanza procede del poder que emana de aquello a lo que sirve, no de ti mismo. Maldita sea, gigante... Olvidas quién soy.

—¿De veras?

—De todos modos, ¿qué te hace ser tan experto en esperanza? No veo que tengas algún motivo de desesperación.

—¿No? —El gigante sonrió, pero su mirada era dura bajo la fortaleza de las cejas, y la cicatriz de su frente brillaba vivamente—. ¿Has olvidado que he aprendido a odiar? Pero dejemos eso. ¿Y si te digo que estoy a tu servicio? Yo, Corazón Salado Vasallodelmar, gigante de Límite del Mar y legado de mi pueblo.

Covenant oyó ecos en la pregunta, como el distante rumor de vegetación batida por el viento, y retrocedió.

—No me hables como un condenado místico. Dime algo que pueda comprender.

Vasallodelmar se inclinó para tocar el pecho de Covenant con un pesado dedo, como si señalara un punto en su manchada túnica.

—Incrédulo, tienes el destino del Reino en tus manos. El Rompealmas actúa contra los Amos cada vez que se renuevan nuestros sueños del Hogar. ¿Debo explicarte que tú tienes el poder para salvarnos, o para dejarnos huérfanos hasta que compartamos la condenación que aguarda al Reino?

—¡Por todos los diablos! —exclamó Covenant—. ¿Cuántas veces he de decirte

que soy un leproso? Todo es un error. El Execrable nos está tendiendo trampas.

El gigante respondió con sencillez y sosiego.

—¿Entonces te sorprende tanto saber que hemos pensado en la posibilidad de esperanza?

Covenant miró directamente al gigante a los ojos. Vasallodelmar le miraba como si la esperanza de los Sin Hogar fuera un barco a pique, y Covenant sentía la dolorosa sensación de su propia impotencia para salvar aquella esperanza. Pero entonces Vasallodelmar le dijo, como si acudiera en su ayuda:

—No te preocupes, amigo mío. Este cuento todavía es demasiado corto para que ninguno de nosotros adivine el final. Como bien dices, he pasado demasiado tiempo con apresurados seres humanos. Mi pueblo se reiría mucho al verme... Un gigante que no tiene suficiente paciencia para una larga historia. Y hay en los Amos muchas cosas que aún pueden sorprender al Rompealmas. Alegra el corazón. Es posible que tú y yo ya hayamos compartido nuestra porción de la terrible finalidad de estos tiempos.

—Hablas demasiado, gigante —le dijo Covenant en tono áspero.

La mansedumbre del gigante le desarmaba. Musitando «por todos los diablos» para sus adentros, Covenant se separó de Vasallodelmar y fue en busca de su bastón y su cuchillo. Podía oír los ruidos de los preparativos más allá del llano, y en el pueblo los Ganatechos se ocupaban en llenar las bolsas de las sillas de montar con alimentos. La compañía se preparaba, y él no quería quedarse rezagado. Halló su bastón y el cuchillo junto al bulto de sus ropas, sobre una losa entre las flores, como si fuera una exhibición. Entonces pidió a un afanoso Ganatecho que le facilitara agua, jabón y un espejo, pues tenía deseos de afeitarse.

Cuando había instalado el espejo y se había humedecido el rostro, descubrió que Pietten le miraba como si el Incrédulo fuera tan intangible como una espiral de humo. Y el rostro de Llaura parecía tenso, como si se estuviera obligando a hacer algo que le desagradaba. La muchacha se pasó la mano por el cabello, con expresión triste, y entonces dijo:

—Has pedido a los hombres de Ra que nos ofrezcan un hogar aquí.

Él se encogió de hombros.

—Así lo hizo Vasallodelmar.

—¿Por qué?

Covenant percibió una multitud de significados tras aquella pregunta. La muchacha sostenía su mirada a través del espejo, y él vio en sus ojos el recuerdo de un árbol quemado.

—¿Crees realmente que tienes posibilidades de devolver el golpe al Execrable, que podrías hacer algo si llegaras hasta él? —Desvió la mirada y la fijó en Pietten—. Déjalo para Mhoram y Prothall. Puedes confiar en ellos.

—Naturalmente. —Su tono decía tan claramente como las palabras que no era capaz de desconfiar de los Amos.

—Entonces dedícate a la tarea que ya tienes entre manos. Aquí está Pietten. Piensa en lo que va a sucederle... más de lo que tú ya has sufrido. Necesita ayuda.

Pietten bostezó como si estuviera despierto cuando ya hacía rato que había pasado su hora de acostarse.

—Te odian —le dijo a Covenant, con la frialdad de un verdugo.

Llaura le replicó en un tono desafiante.

—¿Cómo? ¿Le has observado? ¿Has visto que se pasa las noches despierto? ¿Has visto que sus ojos devoran la luna? ¿Has observado su anhelo de saborear la sangre? Ya no es un niño...

Habló como si Pietten no estuviera allí, oyéndola, y el pequeño la escuchaba como si estuviera recitando alguna fórmula sin importancia.

—Es la traición oculta en forma de niño —siguió diciendo Llaura—. ¿Cómo puedo ayudarle?

Covenant se humedeció el rostro de nuevo y comenzó a aplicarse jabón. Notaba la presencia de Llaura a su espalda mientras se enjabonaba.

—Prueba con los ranyhyn —musitó finalmente—. Le gustan.

Llaura tomó a Pietten de la mano y se alejó. Entonces, dando un suspiro, Covenant se aplicó la hoja al rostro. Su mano no estaba firme, y por su mente cruzaron visiones en las que se cortaba, pero la hoja se movió sobre su piel tan suavemente como si pudiera recordar que Atiaran se había negado a herirle.

Cuando terminó de afeitarse, la compañía se había reunido en el exterior de la Mansión. Covenant corrió a reunirse con los jinetes como si temiera que la Búsqueda partiese sin él.

Estaban procediendo a los últimos ajustes de las sillas de montar y las bolsas adheridas a ellas, y poco después Covenant llegó al lado de Dura. La condición de los caballos le sorprendió. Los habían cepillado y estaban relucientes, y parecían tan bien alimentados y descansados como si hubieran estado al cuidado de los hombres de Ra desde mediada la primavera. Algunas monturas del Eoman que habían llegado al límite de la fatiga ahora piafaban y agitaban alegremente las crines.

Todos los miembros de la compañía parecían haber olvidado adonde se dirigían. Los guerreros reían. El viejo Birinair cloqueaba y regañaba a los hombres de Ra por su manera de manejar las ramas de *lillianrill*. Los trataba como niños mimados y casi parecían gozar demasiado ocultando aquel tratamiento tras su fachada de dignidad. Mhoram, sonriente, estaba a lomos de Hynaril, y el Amo Superior Prothall permanecía relajado junto a su montura, como si se hubiera desprendido de años de cuidados. Sólo los Guardianes de Sangre, ya montados en sus ranyhyn y esperando el momento de partir, mantenían su aspecto adusto.

Covenant se dijo que los ranyhyn estaban aterrados. Habían visto la presa del Execrable en él, y estaban aterrados, pero no protestó en voz alta. Había prometido dominarse a cambio de su supervivencia. A pesar del tácito engaño que suponía permitir a sus compañeros que creyeran lo que deseaban de él, permaneció callado.

Mientras los jinetes reían y bromeaban, la Fustigadora Lithe se plantó ante ellos, seguida de otros varios Fustigadores y un grupo de Cordones. Cuando obtuvo la atención de la compañía, dijo:

—Los Amos han solicitado la ayuda de los hombres de Ra en su lucha contra el Barón del Colmillo, el Arrebatador. Los hombres de Ra sirven a los ranyhyn y no abandonan las llanuras de Ra. Ésta es nuestra vida, y es buena... No pedimos nada más hasta el final, cuando toda la Tierra sea Andelain y el hombre y el ranyhyn vivan en paz sin lobos ni hambre. Pero debemos ayudar a los enemigos del Barón del Colmillo en la medida de nuestras posibilidades, y eso es lo que haremos. Iré con vosotros, y mis Cordones también irán si así lo desean. Cuidaremos de vuestros caballos durante el viaje. Y cuando los abandonéis para buscar el escondrijo del Barón del Colmillo, los guardaremos a buen recaudo. Amos, aceptad este servicio como un honor entre amigos y lealtad entre aliados.

Al instante, los Cordones Hurn, Thew, Gracia y Rustah dieron un paso adelante y expresaron su voluntad para ir a dondequiera que la Fustigadora Lithe les llevara.

Prothall hizo una reverencia a Lithe a la manera de los hombres de Ra.

—El servicio que nos ofreces es grande. Sabemos que vuestros corazones están al lado de los ranyhyn. Como amigos quisiéramos rehusar este honor, pero nuestra necesidad como aliados es muy grande. La gravedad de estos tiempos nos impulsa a no rechazar ninguna ayuda o socorro. Sed bienvenidos entre nosotros. Vuestra habilidad cazadora reducirá en gran manera los peligros de nuestro viaje. Confiamos en honraros por nuestra parte..., si sobrevivimos a la Búsqueda.

—Mata al Barón del Colmillo —dijo Lithe—. Eso será suficiente honor hasta el fin de nuestros días.

Devolvió la reverencia de Prothall, y todos los hombres de Ra reunidos saludaron a su vez.

Entonces el Amo Superior habló a sus compañeros. Un instante después la Búsqueda del Bastón de la Ley estuvo montada y dispuesta a partir. Dirigida por la Fustigadora Lithe y sus Cordones, la compañía salió de la Mansión, como si en el poblado de los hombres de Ra hubieran encontrado abundante coraje.

LA GARGANTA DEL TRAIIDOR



onfiados y de buen humor cruzaron las llanuras hacia el norte. No tropezaron durante su camino con peligro alguno ni hallaron indicios de que pudiera haberlo, y los ranyhyn galoparon por las praderas como estandartes vivos, desafíos corporeizados. Vasallodelmar contó historias alegres como si deseara mostrar que había llegado al final de una congoja pasajera. Quaan y sus guerreros reaccionaban con agudas réplicas y chanzas, y los hombres de Ra les entretenían con exhibiciones de su habilidad cazadora. Los jinetes cabalgaron hasta muy tarde la primera noche, desafiando a la siniestra luna. Y la segunda noche acamparon en la orilla izquierda del río, junto al vado de los Vagabundos.

Al despuntar el día siguiente cruzaron el vado y doblaron hacia el noreste por un ancho camino entre el vado de los Vagabundos y el Bosque de Morin. Hacia media tarde llegaron al borde más occidental del Bosque. Desde allí el límite norte de las llanuras se extendía más directamente hacia el este, y la compañía se dirigió al noreste, alejándose del Bosque de Morin y las llanuras de Ra. Aquella noche durmieron al borde de un llano desolado y hostil, una extensión de terreno deshabitada y que pocos cruzaban de buen grado. Toda la región situada al norte estaba desgarrada y ennegrecida como un antiguo campo de batalla, un campo inmenso convertido en un yermo por la excesiva sangre vertida en él. Matorrales espinosos, árboles atrofiados y algunos arbustos de *alianta* diseminados aquí y allá constituían toda la vegetación existente en aquel desierto implacable. La compañía avanzaba al sur del Monte Trueno.

Mientras la Búsqueda cruzaba aquella tierra inhóspita, Mhoram le contó a Covenant parte de su historia. Se extendía al este hasta el Declive del Reino, y formó el frente natural de ataque para los ejércitos del Amo Execrable en las antiguas guerras. Desde la catarata del río Montatierra hasta el Monte Trueno, se extendía un terreno abierto a lo largo del gran despeñadero del Declive. Las hordas que surgían de la Guarida del Execrable podían ascender por docenas de lugares para presentar batalla a la tierra superior, y por ello las primeras grandes batallas de todas las guerras del Reino contra el Despreciativo tuvieron lugar en aquella llanura devastada. Era tras era los defensores lucharon para detener al Amo Execrable en el Declive, y fracasaron porque no pudieron bloquear todos los caminos que partían de las Llanuras Estragadas y el Llano de Saran. Entonces los ejércitos del Amo Execrable pasaron al oeste, a lo largo del Mithil, y penetraron en las Llanuras Centrales. En la

última guerra, antes de que Kevin Pierdetierra hubiera sido finalmente impulsado a invocar el Ritual de la Profanación, el Amo Execrable asoló las Llanuras Centrales y se dirigió al norte para obligar a los Amos a librar la batalla final en Kurash Plenethor, ahora llamada Fidelia.

Las innumerables muertes del pasado planeaban en la atmósfera de aquellos parajes, y los jinetes procuraban hacer el menor ruido posible. Pero durante los primeros días entonaron canciones, y varias veces repitieron la leyenda de Berek Mediamano y los Leones de Fuego del Monte Trueno. En aquella tierra agreste Berek había luchado, había visto morir a sus amigos y perdido los dedos en combate. Allí conoció la desesperación y huyó a las laderas de Gravin Threndor, a la cumbre de los Leones de Fuego. Y allí descubrió la amistad y el poder de la Tierra. Era una canción consoladora, y los jinetes cantaron al unísono un estribillo como si trataran de hacer que sus invocaciones se realizaran en ellos.

*¡Berek! ¡Amigo de la Tierra! Remedio y bienestar,
Socorro en el combate contra el enemigo,
La Tierra cede y responde al fragor de la Fuerza.
¡Retumbante Amigo de la Tierra! ¡Remedio y curación!
¡Limpia el Reino de la maldita muerte y la aflicción!*

Necesitaban el consuelo de la antigua leyenda. La atormentada tierra donde se libraron las guerras parecía decir que la victoria de Berek era una ilusión, que su condición de Amigo de la Tierra, su Bastón de la Ley y su linaje de Amos, sus obras poderosas y las obras de sus descendientes habían quedado reducidos a una vegetación de matorrales espinosos, rocas chamuscadas y polvo, que la verdadera historia del Reino estaba escrita allí, en el suelo raso y la piedra, en la tierra sembrada de muertos que se extendía desde las llanuras de Ra hasta el Monte Trueno, desde Andelain al Declive del Reino.

La atmósfera de la región agitaba a Vasallodelmar, que caminaba al lado de Covenant disimulando apenas sus impulsos de apresurarse, como si reprimiera el deseo de echar a correr, y hablaba sin cesar, esforzándose por levantar el ánimo con una corriente imparable de relatos, leyendas y canciones. Al principio sus esfuerzos complacieron a los jinetes y sirvieron para evitar que el sombrío paisaje les abatiera, actuando como unas bayas-tesoro de entretenimiento. Pero los miembros de la Búsqueda se aproximaban a los sombríos dominios de Lombrizderoca Babeante, agazapado como una ponzoña en las catacumbas del Monte Trueno. Al cuarto día desde que cruzaron el vado de los Vagabundos, Covenant sintió que se ahogaba en la charla del gigante, y las voces de los guerreros cuando cantaban parecían más lastimeras que confiadas, como silbidos contra la noche inexorable.

Con la ayuda de los hombres de Ra, Prothall descubrió atajos en el áspero terreno.

Mucho después de que se hubiera puesto el sol aquel cuarto día, cuando la luna creciente permanecía alta y ominosa en el cielo nocturno, los miembros de la Búsqueda levantaron el campamento al borde del Declive.

Al amanecer del día siguiente, Covenant resistió la tentación de acercarse al gran precipicio. Quería tener un atisbo de las tierras bajas del Reino, de las Llanuras Estragadas y el Llano de Saran, regiones a las que Vasallodelmar se había referido constantemente en sus charlas durante los últimos días. Pero no tenía intención de exponerse a un ataque de vértigo. La frágil estabilidad del trato que había hecho no cubría riesgos gratuitos. Así que permaneció en el campamento cuando la mayor parte de sus compañeros fueron a mirar lo que había más allá del Declive. Pero más tarde, cuando la compañía cabalgaba hacia el norte, a tiro de piedra del borde, Covenant pidió a Mhoram que le hablara de aquel gran accidente geográfico.

—¡Ah, el Declive del Reino! —le respondió quedamente Mhoram—. Según se dice, aunque ello no consta ni en las más antiguas leyendas, la hendidura del Declive fue causada por el sacrilegio que enterró ponzoñas inmensas bajo las raíces del Monte Trueno. Con un cataclismo que conmovió su mismo corazón, la tierra reaccionó con revulsión a los males que se veía forzada a contener. Y la fuerza de aquella aflicción separó la tierra superior de la tierra baja, la elevó hacia el cielo. Por eso este precipicio llega desde el fondo de la Cordillera Meridional, hasta más allá de la cascada del río Montatierra, a través del corazón del Monte Trueno, y penetra al menos medio millar de leguas en las inaccesibles Alturas Septentrionales. Varía de altura de un lugar a otro, pero cruza todo el Reino y no nos permite olvidar...

La áspera voz del Amo sólo agudizó la ansiedad de Covenant. Mientras la compañía cabalgaba, mantuvo la mirada apartada del precipicio, mirando al oeste y confiando en que la yerma tierra le serviría de apoyo contra su temor instintivo a las alturas.

El tiempo cambió antes del mediodía. Sin previo aviso se entabló un fuerte viento del norte. En pocos momentos negros nubarrones cruzaron el cielo y los relámpagos rasgaron la atmósfera. Los truenos retumbaron como ingentes avalanchas, y la lluvia cayó del cielo vociferante como un paroxismo de furia, golpeando con fuerza salvaje, hasta hacer daño. Los caballos agacharon sus cabezas, como si reculaban. Torrentes de agua cayeron sobre los jinetes, empapándoles y cegándolos. La Fustigadora Lithe hizo que sus Cordones se adelantaran para explorar, a fin de evitar que la compañía corriera peligro de precipitarse por el Declive. Prothall alzó su bastón, en cuya punta ardía una llama azul, ayudando así a que sus compañeros no se perdieran. Los hombres avanzaban en apretado grupo, y los Guardianes de Sangre colocaron a los ranyhyn a su alrededor para que soportaran lo más arduo del ataque.

A la blanca luz de los relámpagos, la llama de Prothall parecía mortecina y frágil, y los truenos restallaban como si los hiciera explotar el contacto de la locura.

Covenant se inclinaba sobre el lomo de Dura, asustado por los relámpagos, como si el cielo fuera de piedra fragmentada por los truenos. No podía ver a los Cordones, ni sabía qué sucedía a su alrededor. Temía constantemente que el siguiente paso de Dura le hiciera caer por el precipicio. Su mirada estaba fija en la llama de Prothall, como si éste pudiera impedir que se perdiera.

La habilidad y reciedumbre de los hombres de Ra preservaba a la compañía y les hacía avanzar hacia el Monte Trueno, pero tenía la sensación de ir sin rumbo fijo bajo la inclemencia de los cielos. Los jinetes sólo podían estar seguros de su dirección porque luchaban continuamente para abrirse paso en las fauces de la tormenta. El viento les lanzaba la lluvia al rostro, hasta que les dolían los ojos y se les despellejaban las mejillas. Y el frío del agua provocaba rigidez en sus músculos, paralizándolos lentamente como el rigor de la muerte. Pero ellos seguían adelante como si trataran de derribar un muro de piedra a cabezazos.

Avanzaron penosamente durante dos días, sin que la lluvia remitiera, sin tener conciencia del día ni la noche, sino tan sólo de la oscura, salvaje e implacable tormenta. Cabalgaron hasta quedar exhaustos, descansaron de pie, con el agua y el barro hasta las rodillas, sujetando las riendas de los caballos, tomando porciones de alimento semicalentadas por fuegos de *lillianrill* que Birinair se esforzaba en mantener prendidos, hicieron recuento para asegurarse de que ninguno se había perdido y cabalgaron de nuevo hasta que el agotamiento les hizo detenerse otra vez. A veces sentían que sólo la débil llama azulada de Prothall les sostenía. Entonces el Amo Mhoram recorría la compañía. A la pálida luz, su rostro aparecía bañado por la lluvia, como un barco que zozobrara, pero él se acercaba a cada uno y gritaba para hacerse oír por encima del aullido del viento y de la lluvia y el retumbar de los truenos.

—¡El Babeante ha causado esta tormenta! ¡Pero no la domina! ¡Ved cómo poco a poco se dirige al oeste! ¡No durará mucho!

Covenant estaba demasiado cansado y tenía demasiado frío para poder reaccionar, pero percibió el generoso aliento que transmitía el Amo Superior con sus palabras. Cuando la compañía se puso de nuevo en marcha, Covenant entrecerró los ojos para atisbar la llama de Prothall, como si se asomara a un misterio.

La lucha prosiguió, prolongándose mucho más allá del punto en que resultaba insoportable. A medida que pasaba el tiempo, la misma resistencia se hizo abstracta, un nuevo concepto, demasiado impalpable para ser convincente. El azote y alboroto de la tormenta mermó de tal manera las defensas de los jinetes que apenas podían sostenerse sobre sus sillas de montar, pero la llama del bastón de Prothall seguía ardiendo. Los relámpagos y los truenos hacían que Covenant se bamboleara en su silla, y no deseaba nada más que una oportunidad para tenderse en el barro. Pero la llama de Prothall no se extinguía, era como unos grilletes que aprisionaran a los

guerreros, arrastrándolos hacia adelante. Y bajo la furia alocada de la tormenta, la mirada de Covenant se mantenía fija en aquella llama como si fuera algo precioso para él.

Entonces cruzaron el límite de la tormenta. Fue tan abrupto como si la pared contra la que se habían arrojado como titanes se hubiera convertido súbitamente en barro. En pocos segundos la tormenta amainó y los jinetes se hallaron boquiabiertos bajo un brillante sol de mediodía. Podían oír el tumulto que se alejaba ciegamente de ellos. A su alrededor quedaban los restos del diluvio, grandes charcos, torrentes y ciénagas de espeso barro. Y ante ellos se alzaba la gran cumbre devastada del Monte Trueno: Gravin Threndor, la cima de los Leones de Fuego.

Los expedicionarios permanecieron inmóviles largo rato, silenciosos, con un silencio grave y solemne. El monte era como una excrecencia del corazón de la Tierra. La cima se hallaba al norte y ligeramente al oeste de donde estaban los jinetes. Era más alta que la Atalaya de Kevin en la tierra superior, y parecía arrodillarse al borde del llano de Saran, con los codos apoyados en la meseta y la alta cabeza por encima del despeñadero, enfrentándose al cielo en una extraña actitud de orgullo y plegaria, a cuatro mil metros por encima de la corriente de la Corrupción, que fluía hacia el este desde su pie. Las vertientes, desde las estribaciones llenas de pliegues hasta las rocas de la cima, estaban desnudas, sin nada que las protegiera de tormentas, nieves ni el asedio del tiempo, sin árboles ni vegetación de ninguna clase, sin más que peñascos fragmentados como facetas, algunos de un negro de obsidiana y otros tan grises como las cenizas de un fuego granítico, como si la piedra del monte fuera demasiado gruesa, estuviera demasiado cargada de energía para soportar cualquier forma de frágil vida.

Allí, en las profundidades de la montaña, estaba el destino de la Búsqueda: Kiril Threndor, el Corazón del Trueno.

Aún faltaban diez leguas hasta el pico, pero la distancia era engañosa. Ya aquel rostro lleno de cicatrices dominaba el horizonte septentrional, se enfrentaba a ellos sobre el borde del Declive, como una exigencia irrecusable. ¡El Monte Trueno! Allí Berek Mediamano había encontrado su gran revelación. Allí la Búsqueda del Bastón de la Ley confiaba en reconquistar el futuro del Reino. Y allí Thomas Covenant pretendía librarse de la imposibilidad de sus sueños. La compañía contempló el empinado pico como si éste interrogara a sus corazones, haciéndoles preguntas a las que no podían responder.

Una sonrisa de ánimo se dibujó en los labios de Quaan.

—Al menos estamos lo bastante limpios para ese trabajo, después de tanta lluvia.

La incongruencia de sus palabras rompió el trance con que los jinetes contemplaban la montaña. Varios guerreros se echaron a reír, como si se recobraran de la tensión de los dos últimos días, y la mayor parte de los demás sonrieron,

desafiando al Babeante o a cualquier enemigo a que creyera que la tormenta les había debilitado. Aunque casi estaban postrados a causa del esfuerzo para encontrar a pie un camino entre los torrentes, los hombres de Ra también rieron, compartiendo un humor que no comprendían del todo.

Sólo Vasallodelmar no reaccionó. Su mirada estaba fija en el Monte Trueno, y las pobladas cejas parecían proteger sus ojos de algo demasiado brillante o caliente para contemplarlo directamente.

Los miembros de la Búsqueda encontraron un altozano relativamente seco donde descansar, comer y alimentar a sus monturas, y Vasallodelmar les siguió distraídamente. Mientras la compañía se instalaba lo más cómodamente posible, el gigante permaneció apartado y contempló la montaña como si leyera secretos en sus grietas y peñascos, cantando en voz baja:

*Ahora somos los Sin Hogar,
privados de raíz, deudos y amigos
desde otros lugares misteriosos
aprestamos nuestras velas para desandar el camino
pero los vientos de la vida no soplaron en la
dirección por nosotros elegida,
y se perdió la tierra más allá del Mar.*

El Amo Superior Prothall permitió a la compañía descansar en el llano tanto tiempo como le pareció prudente, y luego siguió avanzando durante el resto de la tarde, pegado al borde del Declive como si fuera su única esperanza. Covenant se había enterado, antes de la tormenta, de que la única entrada conocida a las catacumbas del Monte Trueno estaba en la sima situada al oeste del Aliviaalmas, la Garganta del Traidor, unas fauces rocosas que se tragaban el río para devolverlo luego hacia el este, en la tierra baja, transformado por las turbulentas profundidades en la Corriente de la Corrupción, un curso de agua grisáceo que acarreaba el cieno y los desperdicios de las madrigueras de los Entes. Por ello Prothall confiaba en acceder a su objetivo por el sudeste. Creía que si llegaba al Monte Trueno por el sur y se dirigía hacia la Garganta del Traidor desde el este, la compañía podría llegar desapercibida e inesperada a la zona oriental de la garganta. Pero no corrió riesgos innecesarios. La mole de Gravin Threndor se alzaba peligrosamente enorme contra la compañía como si el mismo pico reprodujera la maldad del Babeante. Prothall instó a los cansados hombres de Ra a que pusieran toda su pericia en la elección de un camino a lo largo del Declive, e hizo que los jinetes avanzaran hasta después de la puesta del sol.

El Amo Superior cabalgaba derrengado en su silla de montar, con la cabeza gacha, como si aprestara el cuello al golpe de un hacha. Parecía haber empleado todas

sus energías en hacer avanzar a sus compañeros a través de la tormenta. Y cada vez que hablaba, los achaques de la vejez se reflejaban en su voz cascada.

A la mañana siguiente, el sol apareció como una herida en los cielos cenicientos. Grises nubes se cernían sobre la tierra, y un viento estremecido surgió como un lamento de las laderas del Monte Trueno. Los charcos desperdigados por la tierra empezaban a estancarse, como si el suelo se negara a absorber la humedad, prefiriendo que el agua se pudriera. Y mientras se preparaban para cabalgar, los miembros de la Búsqueda oyeron un ruido sordo, como redobles de tambores en la profundidad de la roca. Podían notar las vibraciones en sus pies y las articulaciones de las rodillas. Eran los redobles que convocaban a la guerra.

El Amo Superior les respondió como si constituyeran un reto.

—¡*Melenkurion!* —exclamó con voz clara—. ¡Levantaos, paladines del Reino! ¡Oigo los tambores de la Tierra! ¡Ésta es la gran obra de nuestro tiempo!

Giró en su montura y la túnica azul flameó al viento.

—¡Salve, Amo Superior Prothall! —respondió el Puño de Guerra Quaan—. ¡Estamos orgullosos de seguirte!

Prothall irguió los hombros. Su caballo alzó las orejas, levantó la cabeza y corveteó con la majestuosidad de un ranyhyn. Al verlo, los ranyhyn relincharon regocijados, y la compañía cabalgó audazmente detrás de Prothall, como si estuvieran poseídos por los espíritus de los antiguos Amos.

Avanzaron hacia las laderas del Monte Trueno acompañados por el constante tamborileo subterráneo. Cuando encontraron un paso entre los espesos montones de grava y pedruscos que rodeaban la montaña, el redoble de tambores siguió bajo sus pies como una exhalación maligna. Pero al iniciar la ascensión de la ladera, se olvidaron de los tambores, pues tenían que concentrarse en la empinada subida. Aquellas estribaciones eran como un rugoso manto de piedra del que el Monte Trueno se hubiera desprendido en un pasado remoto, y el camino hacia el oeste por las laderas era difícil. Una y otra vez los jinetes se veían obligados a desmontar para conducir sus monturas por intrincadas elevaciones o sobre grises montones de rocas cenicientas desprendidas de la montaña. La dificultad del terreno hacía que su avance fuese lento, a pesar del esfuerzo de los hombres de Ra para buscar las sendas más fáciles. El pico parecía inclinarse severamente por encima de ellos, como si contemplara su dura situación. Y desde los gigantescos peñascos les llegaba un viento helado, frío como el invierno.

A mediodía Prothall se detuvo en un profundo barranco que hendía la ladera. Allí la compañía reparó fuerzas. Cuando no estaban en movimiento podían oír claramente el tamborileo subterráneo, y el frío viento parecía abalanzarse a propósito contra ellos. Todos temblaban, unos de frío y otros a causa de los tambores.

Durante el alto, Mhoram se acercó a Covenant y le sugirió que recorrieran juntos

un trecho del barranco. Covenant asintió, contento de mantenerse ocupado. Siguió al Amo por la contorsionada hendidura hasta que llegaron a una brecha en la pared occidental. Mhoram penetró en la brecha y cuando Covenant entró también en pos del Amo, tuvo ante sí un súbito y amplio panorama de Andelain.

Desde la altura de la brecha, entre las paredes de piedra, tuvo la sensación de que miraba hacia Andelain desde una ventana en la vertiente del Monte Trueno. Las frondosas colinas cubrían todo el horizonte occidental, y su belleza le dejó sin aliento. Tuvo la sensación de que el corazón se le detenía por un instante que era como un atisbo de eternidad, un momento en el que pudo notar en toda su fuerza la prodigiosa salud de Andelain, que brillaba como un campo de estrellas a pesar de los cielos grises y el monótono tamborileo subterráneo. Sintió oscuros deseos de no respirar para que no se rompiera el encanto, pero en seguida sus pulmones le dolieron exigiendo aire.

—Aquí está el Reino —susurró Mhoram—. El sombrío y poderoso Monte Trueno por encima de nosotros. Las ponzoñas más oscuras y secretas de la Tierra en las catacumbas que se encuentran bajo nuestros pies. El campo de batalla detrás. El Llano de Saran debajo. Y allí... La inapreciable Andelain, la belleza de la vida. Sí. Éste es el corazón del Reino.

Permaneció en una actitud reverente, como si él mismo creyera encontrarse ante una presencia augusta. Covenant le miró.

—De modo que me has hecho subir hasta aquí para convencerme de que vale la pena luchar por esto. —El amargo sabor de la vergüenza trazó una mueca en sus labios—. Quieres algo de mí... Alguna declaración de fidelidad, antes de tener que enfrentarte al Babeante.

Todavía recordaba vivamente a los Entes de la cueva que había matado.

—Naturalmente —replicó el Amo—, pero es el mismo Reino el que te pide fidelidad. —Y, con súbita vehemencia, añadió—: Mira, Thomas Covenant. Usa los ojos. Mira todo esto. Mira y escucha... oye los tambores. Y escúchame. Esto es el corazón del Reino, no es el hogar del Despreciativo. Él no tiene sitio aquí. Oh, desea el poder de las ponzoñas, pero tiene su guarida en otra parte... no aquí. Carece de sagacidad, firmeza o belleza suficientes para este lugar, y si actúa aquí es a través de ur-viles Entes de la cueva. ¿Lo ves?

—Sí, lo veo —dijo Covenant mirando fijamente al Amo—. Ya he hecho mi trato..., mi «paz», si quieres llamarlo así. No voy a matar más.

—¿Tu «paz»? —repitió Mhoram, con un timbre de alarma en la voz, pero en seguida recuperó su tono normal—. Bueno, debes perdonarme. En épocas difíciles algunos Amos actúan de una manera extraña.

Apartándose de Covenant, desanduvo el camino por el barranco. Covenant permaneció un momento en aquella ventana natural, viendo cómo Mhoram se

alejaba. No se le había escapado la oblicua referencia del Amo a Kevin, pero se preguntó qué relación vería Mhoram entre él y el Pierdetierra. ¿Le creía el Amo capaz de aquella clase de desesperación?

Musitando para sus adentros, Covenant regresó a la compañía. Observó las miradas de los guerreros, que trataban de determinar lo que habría ocurrido entre él y el Amo Mhoram, pero no le preocuparon los portentos que pudieran leer en él. Cuando la compañía se puso en marcha de nuevo, Covenant condujo a Dura por un lado del barranco, sin prestar atención a los fragmentos de pizarra que más de una vez le hicieron caer produciéndole peligrosos rasguños. Pensaba en la Celebración de Primavera, en la batalla de la Fustaria Alta, en los niños, en Llaura, Pietten, Atiaran y el Redimido sin nombre, en Lena, Triock y el guerrero que había muerto defendiéndole... Pensaba y se esforzaba para decirse que su trato era inapelable, que no estaba lo bastante encolerizado para arriesgarse a luchar de nuevo.

Aquella tarde la compañía avanzó penosamente por un terreno escarpado, ascendiendo lentamente en dirección oeste. No atisbaban su destino. Incluso cuando el sol comenzó a ponerse y el rugido del agua se convirtió en un acompañamiento distintivo del tamborileo subterráneo, siguieron sin poder ver la Garganta. Pero entonces llegaron a una hondonada desde la que una grieta demasiado estrecha para los caballos se curvaba en la roca, y desde allí pudieron oír el rumor de una impetuosa corriente. Los jinetes dejaron sus monturas en la hondonada al cuidado de los Cordones, y siguieron adelante a pie, siguiendo la grieta en su curvatura, y salieron del desfiladero a pocos metros por encima de la Garganta del Traidor.

Ya no oyeron redobles de tambores, pues el tumulto del río sofocaba todos los ruidos. Las paredes de la grieta eran altas y verticales, y bloqueaban el horizonte a cada lado, pero a través de la rociada que les cubría como una niebla, pudieron ver la garganta, el estrecho canal rocoso que constreñía el río hasta que parecía gritar y las aguas revueltas, espumeantes, que parecían huir de su propia agitación. Desde casi una legua al oeste, el río llegaba contorciéndose a la garganta, y se precipitaba en las entrañas de la montaña como si lo absorbiera un abismo. Por encima de la garganta, el sol poniente colgaba cerca del horizonte como una bola de sangre en el cielo plomizo, y la luz daba una tonalidad ígnea a los escasos y resistentes árboles que crecían en los bordes de la hendidura, como si arraigaran por deber. Pero dentro de la Garganta del Traidor no había más que la rociada, las paredes de piedra verticales y las aguas torturadas.

El rugido de las aguas inundaba los oídos de Covenant, y la roca húmeda parecía deslizarse bajo sus pies. Por un instante los peñascos se tambalearon, y el Increíble sintió que las fauces del Monte Trueno se abrían para tragarle. Entonces retrocedió a la hendidura y apoyó la espalda en la roca, apretándose el pecho y esforzándose para no gritar.

Había actividad a su alrededor. Oyó gritos de sorpresa y temor procedentes de los guerreros en el extremo de la grieta, y el aullido sofocado de Vasallodelmar, pero no se movió. Se aferró a la roca, bajo la neblina y el rugido del río, hasta que la firmeza retornó a sus rodillas y dejó de tener la sensación de que resbalaba. Sólo entonces fue a ver qué causaba apuros a sus compañeros. Mantuvo una mano apoyada en la pared, moviendo la otra de hombro a hombro entre los miembros de la compañía mientras avanzaba.

Vasallodelmar se debatía entre el lugar en que se hallaba Covenant y el precipicio. Dos Guardianes de Sangre se aferraban a sus brazos, y él los lanzaba contra los lados de la grieta.

—¡Soltadme! —exclamaba—. ¡Soltadme! ¡Quiero cogerlos!

—¡No! —negó abruptamente Prothall, situándose ante el gigante.

El contraluz de la puesta de sol difuminaba su rostro y recortaba su silueta contra el resplandor. Tenía los brazos extendidos y sostenía el bastón en alto. Era viejo y su talla era muy inferior a la del gigante. Pero la luz rojiza y anaranjada parecía aumentar su volumen, darle más altura y autoridad.

—¡Hermano-piedra! ¡Domínate! ¡Por los Siete! ¿Acaso deliras?

Al oír aquellas palabras, Vasallodelmar arrojó de sí al Guardián de Sangre, cogió a Prothall por la parte delantera de la túnica y alzó al Amo en el aire, sujetándolo contra la pared. El gigante resollaba como si se ahogara de cólera.

—¿Delirar? ¿Me estás acusando?

Los Guardianes de Sangre saltaron hacia Vasallodelmar, pero un grito de Mhoram les detuvo. Prothall permanecía pegado contra la piedra como un puñado de viejos harapos, pero su mirada no se acobardaba.

—¿Deliras? —repitió.

Durante un angustioso momento, Vasallodelmar sostuvo al Amo Superior como si tuviera intención de acabar con él apretando el puño con que lo apresaba. Covenant trató de pensar en algo que decir, alguna forma de intervenir, pero no pudo. No tenía idea de lo que le había sucedido a Vasallodelmar.

Entonces, detrás de Covenant, el Primer Signo Tuvor dijo con voz clara:

—¿Un Delirante? ¿En la persona de un gigante de Límite del Mar? Imposible.

Como atragantado por la afirmación de Tuvor, Vasallodelmar estalló en una tos convulsa. La violencia de su reacción le hizo contraerse espasmódicamente. Bajó a Prothall y cayó hacia atrás, con un ruido sordo, contra la pared opuesta. Lentamente, su paroxismo se transformó en una risa entre dientes, como un júbilo histérico.

Aquel sonido, que Covenant oyó a través del gemido del río, le recorrió la piel como una caricia viscosa. No pudo evitarlo. Impulsado por la necesidad de saber qué le había pasado a Vasallodelmar, se adelantó para mirar en la garganta.

Allí, esforzándose para dominar su vértigo y evitar la arremetida de las aguas

turbulentas, vio lo que había indignado a Vasallodelmar. ¡Ah, gigante!, gimió. ¡Matar...! Debajo de él, apenas a seis metros por encima del nivel del río había un estrecho camino, como un reborde en la pared meridional de la garganta. Y a lo largo del camino, al ritmo de tambores insonoros, salía del Monte Trueno un ejército de Entes de la cueva. Capitaneados por una cuña de ur-viles, fila tras fila de errantes criaturas salían de la montaña y andaban por el reborde con un brillo de codicia en sus ojos de lava. Eran ya millares los que habían abandonado sus madrigueras, y tras ellos las filas continuaban como si el Monte Trueno volcara todas las hordas del veneno que lo habitaba a la Tierra indefensa.

¡Vasallodelmar!

Por un momento, el corazón de Covenant latió al ritmo del dolor del gigante. No podía soportar la idea de que Vasallodelmar y su pueblo pudieran perder su esperanza de regresar al Hogar a causa de unas criaturas como aquéllas.

¿Era matar la única respuesta?

Aturdido, medio a ciegas, empezó a buscar el lugar por el que Vasallodelmar había pretendido llegar al reborde y a los Entes. Lo halló con bastante facilidad. Parecía sencillo para cualquiera que no temiese las alturas. Tallada en la roca de la pared sur de la grieta, una ruda y resbaladiza escalera bajaba al sendero. En el lado contrario había unos escalones que iban desde la grieta hasta la parte superior de la garganta. Eran tan grises, desgastados por el agua y antiguos como la piedra nativa.

El Amo Mhoram había ido en pos de Covenant. Su voz llegó tenue a través del rugido del agua.

—Éste es el antiguo puesto de observación de la Garganta del Traidor. La parte del Ala Primera que nos habla de este lugar es fácil de comprender. Se formó para la vigilancia y ocultamiento de los traidores. Pues aquí, en la Garganta del Traidor, el Amo Execrable el Despreciativo reveló su verdadero yo al Amo Superior Kevin. Aquí se dio el primer golpe de la guerra abierta que finalizó con el Ritual de la Profanación.

»Antes de aquel tiempo, Kevin Pierdetierra dudaba del Amo Execrable sin saber por qué, pues el Despreciativo no había llevado a cabo ninguna maldad que Kevin pudiera descubrir, y mostró confianza hacia el Amo Execrable y vergüenza por su indigna duda. Entonces, por medio de los manejos del Despreciativo, llegó al Consejo de los Amos un mensaje de los Demondim del Monte Trueno. El mensaje pedía a los Amos que fueran a los talleres de los Demondim, las criptas donde se engendraban los ur-viles, para ver a los maestros de la ciencia, los cuales afirmaban conocer un poder secreto.

»Claramente, el Amo Execrable pretendía que Kevin fuera al Monte Trueno. Pero el Amo Superior dudó y no fue. Entonces se avergonzó de haber dudado, y envió en su lugar algunos de sus más fieles amigos y fuertes aliados. Así, una compañía de

notables entre los antiguos Amos navegó en una balsa por el río Aliviaalmas, atravesando Andelain, hasta llegar al Monte Trueno. Y aquí, entre el rugido del agua y la maldad de la Garganta del Traidor, los ur-viles les tendieron una emboscada. Fueron asesinados y sus cuerpos enviados al abismo de la montaña. Entonces salieron ejércitos como éste de las catacumbas, y el Reino, totalmente desprevenido, se vio abocado a la guerra.

»Aquel largo conflicto prosiguió batalla tras batalla, con un enorme coste de vidas, sin esperanzas de que finalizara. El Amo Superior Kevin luchó valientemente, pero había enviado a sus amigos a una emboscada. Pronto comenzó a ser presa de la desesperación... y no hubo esperanza.

El seductor y mareante fragor del río agotó la resistencia de Covenant. La rociada le cubría el rostro como si sudara.

Vasallodelmar había querido hacer lo mismo, ceder a la tentación de saltar sobre los desprevenidos Entes de la cueva..., tenderles una emboscada.

Con un esfuerzo que le hizo gemir entre los dientes apretados, Covenant retrocedió. Sujetándose a la pared, y sin hacer el menor comentario a lo que Mhoram le había contado, preguntó al Amo:

—¿Todavía se está riendo?

Mhoram le comprendió.

—No. Ahora está sentado y canta serenamente la canción de los Sin Hogar.

—¿Por qué detuviste a los Guardianes de Sangre? Podría haber lastimado a Prothall.

El Amo volvió la espalda a la Garganta del Traidor para mirar a Covenant.

—Corazón Salado Vasallodelmar es amigo mío. ¿Cómo podía intervenir? —Hizo una pausa y añadió—: El Amo Superior no está indefenso.

—Quizás un Delirante... —insistió Covenant.

—No —dijo firmemente Mhoram sin dejar lugar a dudas—. Tuvor dijo la verdad. Ningún Delirante tiene poder para dominar a un gigante.

—Pero algo..., algo le ha lastimado. Él no cree en esos augurios. Cree que el Babeante... o lo que sea... va a impedir que los gigantes vuelvan a su hogar.

—También yo lo creo así —replicó Mhoram en voz tan baja que, más que oírlas, Covenant las leyó en sus labios.

¡Vasallodelmar!

Covenant miró al gigante, en la grieta. Vasallodelmar permanecía sentado en la oscuridad, apoyado en una pared, como un inmenso pedazo de pizarra, entonando un lento cántico y contemplando escenas invisibles en la piedra que tenía ante él. Sintió una oleada de cólera por la situación del gigante, pero la reprimió y se aferró a su trato. Las paredes de la grieta se inclinaban hacia él, como atemorizantes alas oscuras. Covenant pasó al lado del gigante y salió de la grieta.

Poco después la compañía se reunió para la cena. Comieron a la luz de una mortecina antorcha de *lillianrill*, y luego se dispusieron a dormir un poco. A Covenant le resultó imposible descansar. Notaba el despliegue de los Entes de la cueva, desmadejándose para tejer la destrucción del Reino. Pero el incesante rumor del río le arrulló hasta quedar amodorrado en el suelo. Dormitó ligeramente, sin dejar de oír la vibración de los tambores de guerra en la roca sobre la que yacía.

No tardó mucho en despertar. La luna rojiza había rebasado la cima del Monte Trueno y ahora brillaba directamente en la hendidura. Covenant supuso que era más de medianoche. Al principio pensó que la luna le había despertado, pero entonces se dio cuenta de que la vibración de los tambores había desaparecido de la roca. Miró a su alrededor y vio que Tuvor conversaba quedamente con el Amo Superior Prothall. En seguida Tuvor comenzó a despertar a los durmientes.

Pronto los guerreros estuvieron alertas y dispuestos. Covenant se colocó el cuchillo al cinto de la túnica y empuñó su bastón. Birinair sujetaba una vara en cuyo extremo oscilaba una débil llama, y aquella luz incierta permitía ver a Mhoram y Prothall junto con la Fustigadora Lithe, el Puño de Guerra Quaan y el Primer Signo. Tenues sombras, quizá de temor y resolución, cruzaban el rostro de Prothall.

—Éstos son nuestros últimos momentos bajo el cielo abierto. Ya ha terminado la salida del ejército del Babeante. Quienes estén dispuestos, entre nosotros, deben penetrar en las catacumbas del Monte Trueno. Hemos de aprovechar esta ocasión para entrar, mientras el Babeante todavía tiene su atención puesta en su ejército... antes de que se dé cuenta de que no estamos donde él cree.

»Ahora es el momento de que abandonen la Búsqueda quienes no quieran seguir. En las madrigueras de los Entes no puede haber retirada, ni huida tras el fracaso. La Búsqueda ya ha sido valientemente servida. Nadie que la abandone ahora ha de sentir vergüenza.

—¿Te vuelves atrás, Amo Superior? —le preguntó cautelosamente Quaan.

—Ah, no —suspiró Prothall—. No podría negarme a seguir adelante.

—Entonces, ¿puede un Eoman del Ala de Guerra de las Defensas de los Amos echarse atrás cuando les dirige el Amo Superior? ¡Jamás!

—¡Jamás! —repitieron al unísono los miembros del Eoman.

Covenant se preguntó dónde estaba Vasallodelmar, qué haría el gigante. En cuanto a él, sentía intuitivamente que no tenía elección, que aquel sueño sólo le abandonaría por medio del Bastón de la Ley, o con la muerte.

Un momento después la Fustigadora Lithe habló a Prothall. Echaba la cabeza atrás, y su delgada figura se aprestaba como si fuera a saltar.

—Di mi palabra. Vuestros caballos serán atendidos. Los Cordones los preservarán confiando en vuestro regreso. Pero yo... —Agitó su trenza como si se retara a sí misma—. Yo bajaré con vosotros. —Detuvo la protesta de Prothall con un rápido

gesto—. Tú has dado un ejemplo que debo seguir. ¿Cómo podría ponerme de nuevo ante un ranyhyn si he llegado tan lejos sólo para darme la vuelta cuando aumenta el peligro? Y creo algo más. Los hombres de Ra conocen el cielo, la tierra al aire libre. Conocemos el aire y la hierba. No nos perdemos en la oscuridad... Los ranyhyn han enseñado a nuestros pies a estar seguros. Creo que siempre sabré cuál es el camino... hacia la salida. Podéis tener necesidad de mí, aunque esté lejos de las llanuras de Ra.

Las sombras que se habían formado en el rostro de Prothall se convirtieron en una mueca, pero respondió lentamente:

—Te lo agradezco, Fustigadora. Los hombres de Ra son valientes amigos del Reino. —Su mirada recorrió toda la compañía y añadió—: Vamos, pues. El resultado de nuestra Búsqueda aguarda. Sea lo que fuere lo que nos acontezca... mientras exista gente para cantar, cantarán que en esta hora oscura el Reino tuvo buenos paladines. Ahora, sed fieles hasta el fin.

Sin aguardar respuesta, salió del círculo iluminado por la luna sangrienta y penetró en la grieta.

Los guerreros dejaron que Covenant siguiera tras los dos Amos, como concediéndole una posición de respeto. Prothall y Mhoram caminaban uno al lado del otro, y cuando se acercaban al vetusto puesto de vigilancia, Covenant pudo ver entre ellos a Vasallodelmar, al borde del precipicio. El gigante apoyaba una mano en cada pared, por encima de su cabeza, dando la espalda a los amos, y miraba fijamente la contorsionada corriente del río teñida de carmesí. Su enorme mole se recortaba oscura contra el cielo rojizo.

Cuando los Amos se aproximaron a él, les dijo como si hablara desde la garganta del Traidor:

—Me quedo aquí, vigilando. Os protegeré. El ejército del Babeante no os atrapará en el Monte Trueno mientras yo viva. —Poco después, como si hubiera reconocido el fondo de sí mismo, añadió—: Desde aquí no notaré el hedor de las madrigueras de los Entes. —Pero en sus últimas palabras hubo un eco del humor gigantino—. Las catacumbas no se hicieron para acomodar criaturas del tamaño de los gigantes.

—Es una elección acertada —murmuró Prothall—. Necesitamos tu protección. Pero no permanezcas aquí después de la luna llena. Si no regresamos por entonces, nos habremos perdido, y deberás ir a avisar a tu pueblo.

Vasallodelmar respondió como si replicara a alguna otra voz.

—Recordad el Juramento de Paz. En el laberinto al que vais, es vuestro cabo de salvamento. Os preserva contra los propósitos del Rompealmas, ocultos y salvajes. Recordad el Juramento. Es posible que la esperanza os aconseje mal, pero odiar... odiar corrompe. Yo me he apresurado demasiado a odiar, y entonces me convierto en lo que aborrezco.

—Ten algún respeto por la verdad —le dijo severamente Mhoram, en un tono que

sobresaltó a Covenant—. Eres Corazón Salado Vasallodelmar, gigante de Límite del Mar, hermano-piedra de los hombres del Reino. Nadie puede arrebatarte ese nombre.

Pero Covenant no había oído compasión de sí mismo en las palabras del gigante, sino sólo reconocimiento y pesar. Vasallodelmar no volvió a hablar y permaneció tan inmóvil como las paredes en las que se apoyaba, como una estatua tallada para ocupar el puesto de vigilancia.

Los Amos no le dedicaron más tiempo. Ya la noche tocaba a su fin y querían penetrar en la montaña antes del alba.

Los miembros de la Búsqueda tomaron posiciones. Prothall, Birinair y dos Guardianes de Sangre siguieron al Primer Signo Tuvor. A continuación avanzaron Mhoram, Lithe, Bannor, Covenant y Korik, y les siguieron el Puño de Guerra Quaan, sus catorce guerreros y los cuatro Guardianes de Sangre restantes.

No eran más que veintinueve contra el poder desconocido de Lombrizderoca Babeante.

Extendieron una cinta de *clingor* desde Tuvor hasta el último Guardián de Sangre. En fila india empezaron a bajar por las resbaladizas escaleras a la Garganta del Traidor.

LAS CATACUMBAS DEL MONTE TRUENO



a luna emponzoñada por el Babeante iluminaba malévolamente la noche. El río se agitaba y rugía en la Garganta del Traidor, como si lo aplastaran. La rociada y el musgo viscoso hacían que las escaleras que descendían desde el lugar de observación fueran traicioneras como las arenas movedizas.

Covenant tenía el alma en vilo. Al principio, cuando le llegó el turno para bajar, el temor le paralizó. Pero cuando Bannor se ofreció para llevarle, su orgullo le impulsó a moverse. Además de la cinta de *clingor*, Bannor y Korik sostuvieron su bastón como una barandilla para él. Bajó con dificultad a la garganta, como esforzándose para afirmar los pies en cada escalón de piedra.

La escalera descendía irregularmente desde el peñasco hasta la pared de la garganta. Pronto la compañía penetraba arrastrándose en la grieta fragorosa, guiándose solamente por la luz de la antorcha de Birinair. La espuma carmesí del río parecía saltar hacia ellos como una peste voraz, mientras se aproximaban al reborde. Cada escalón era más resbaladizo que el anterior. Covenant oyó tras él un grito apagado: uno de los guerreros había resbalado. Fue un grito como un dardo de ballesta, cargado de terror. Pero los Guardianes de Sangre que sujetaban la cuerda resistieron, alzaron al guerrero y éste pronto estuvo nuevamente en pie.

El descenso prosiguió lentamente. Con la creciente inseguridad de sus pies, los tobillos de Covenant empezaron a dolerle cada vez más. Intentó pensar que sus plantas estaban adheridas a la roca, que formaban parte de la piedra, mediante una profunda concentración, y se aferró al bastón hasta que tenía las palmas tan viscosas de sudor que parecían incapaces de sujetar la madera. Las rodillas comenzaron a temblarle. Pero Bannor y Korik le sostuvieron. La distancia hasta el sendero se acortó, y tras unos largos y difíciles momentos, la amenaza de pánico retrocedió.

Entonces Covenant llegó a la relativa seguridad del reborde de piedra. Permaneció en medio de la compañía, entre la pared de la garganta y el cauce del río. Por encima de ellos la franja de cielo había comenzado a volverse gris, pero aquella claridad no hacía más que acentuar las sombras que envolvían a la garganta. La solitaria antorcha de Birinair titilaba insegura.

Los miembros de la Búsqueda tenían que gritar para hacerse comprender sobre el tumulto de la corriente. Quaan dio enérgicas órdenes a su Eoman para que se pusiera

en marcha. Los guerreros revisaron sus armas. Con unos pocos gestos y una leve señal de asentimiento, Tuvor preparó a los Guardianes de Sangre. Covenant empuñó su bastón y se aseguró al cinto el cuchillo pedrario, el arma de Atiaran. Tenía la vaga impresión de haber olvidado algo. Pero antes de que pudiera pensar qué era le distrajeran unos gritos.

El viejo Birinair gritaba al Amo Superior Prothall. Por una vez, al Guardahogar no parecía importarle su ruda dignidad. Su rostro tembloroso y lleno de arrugas miraba fijamente a Prothall mientras le decía:

—¡Tú no puedes! ¡Es demasiado arriesgado!

Prothall meneó negativamente la cabeza.

—¡Tú no puedes ir delante! ¡Déjame a mí!

De nuevo Prothall rehusó en silencio.

—¡Naturalmente! —gritó Birinair, esforzándose para imponer su voz por encima del fragor del agua—. ¡No debes! ¡Yo puedo! ¡Conozco los caminos! Naturalmente. ¿No eres demasiado viejo para estudiar? Yo conozco los viejos mapas. No es broma, ya sabes... aunque parezca viejo e... —Vaciló un instante antes de concluir—: Es inútil. ¡Debes permitírmelo!

Prothall procuró gritar sin parecer encolerizado.

—¡Tenemos poco tiempo! ¡No debemos demorarnos! Birinair, viejo amigo, no puedo cargar a otro con los riesgos de esta Búsqueda. Me corresponde a mí.

—¡Estúpido! —le espetó Birinair, atreviéndose a cualquier insolencia para lograr su objetivo—. ¿Cómo verás?

—¿Ver?

—¡Naturalmente! —dijo Birinair con sarcasmo—. ¡Irás delante, corriendo todos los riesgos! ¡Alumbrarás el camino con el fuego de los Amos! ¡Estúpido! El Babeante te verá antes de que llegues al puente de las madrigueras.

Por fin Prothall comprendió.

—Ah, eso es cierto —dijo encorvándose como si le doliera darse cuenta de lo que Birinair quería decir—. Tu luz oscila menos que la mía. Seguramente el Babeante percibirá nuestra proximidad si utilizo mi bastón. —Se volvió hacia un lado abruptamente, encolerizado—. ¡Tuvor! —ordenó—. ¡El Guardahogar Birinair irá delante! Alumbrará el camino en mi lugar. ¡Guárdale bien, Tuvor! No dejes que este viejo amigo sufra mis peligros.

Birinair se irguió, mostrando en su digno porte la responsabilidad que recaía sobre él. Extinguió la llama de la vara que portaba y entregó ésta a un guerrero para que la guardara con el resto de las ramas *lillianrill*. Luego acarició el extremo de su bastón y surgió de allí una llama. Haciendo una seña brusca, alzó la llama y se puso en marcha por el sendero hacia las fauces del Monte Trueno.

En seguida Terrel y Korik pasaron junto al estigmatizado y se colocaron a seis

metros delante de él, y otros dos Guardianes de Sangre se situaron detrás. Tras ellos iban Prothall y Mhoram, y luego otros dos Guardianes de Sangre a los que seguían en fila india la Fustigadora Lithe, Covenant y Bannor. A continuación marchaba Quaan con su Eoman en filas de a tres, con los dos últimos Guardianes de Sangre en la retaguardia. En tal formación, la compañía avanzó hacia la entrada de las catacumbas.

Covenant alzó la vista un momento, tratando de ver por última vez a Vasallodelmar en el puesto de vigilancia, pero no pudo verle, pues la oscuridad en la garganta era demasiado densa, y el camino exigía su atención. Pasó bajo la roca en la que estaba apostado el gigante sin agitar el brazo ni hacer ninguna señal de despedida.

Así la compañía dejó atrás la luz diurna, el sol, el cielo, el aire libre, la hierba y la posibilidad de retirada..., llevando su Búsqueda a la garganta del Monte Trueno.

Covenant entró en aquella propiedad de la noche como si ingresara en una pesadilla. No estaba preparado para entrar en las catacumbas. Se había aproximado a ellas sin miedo, y el alivio de haber sobrevivido al descenso desde el puesto de vigilancia le había vuelto temporalmente inmune al pánico. No se había despedido de Vasallodelmar, había olvidado algo, pero el malestar que ello le causaba quedaba difuminado por cierta esperanza, por la sensación de que el trato que había hecho le haría salir del sueño con su capacidad de resistencia intacta.

Pero el cielo por encima de su cabeza, una abertura que apenas había percibido, quedó cortado de repente, como por un hacha, y lo reemplazó la enorme mole de la montaña. Aquella imponente masa de piedra parecía conjurar infinitos peligros, retumbar como un trueno silencioso. El rugido del río aumentaba en la garganta oscurecida de la cueva, como si la corriente constreñida lo fuera de nuevo y la intensidad de su rugido correspondiera a un dolor más intenso. La rociada era copiosa como lluvia. Delante de la compañía, la llama de Birinair era mortecina y penumbrosa, y la humedad del aire amenazaba con extinguirla. La superficie del camino era accidentada, llena de hoyos, pedruscos y fragmentos de pizarra. Covenant aguzó su atención, como si escuchara algo sensato entre el galimatías de su experiencia, y bajo esta agudeza llevaba su esperanza de huida como un escudo. En muchos sentidos sabía que era su única protección. La compañía parecía patéticamente débil, indefensa contra los Entes de la cueva habitantes de la oscuridad y los ur-viles. Mientras avanzaba lentamente entre la negrura sólo interrumpida por el solitario punto luminoso de Birinair, predijo que la compañía no tardaría en ser observada. Entonces informarían al Babeante, saldrían las fuerzas ocultas en las madrigueras de los Entes, llamarían al ejército para que regresara (¿qué posibilidades tenía Vasallodelmar contra tantos millares de Entes de la cueva?) y la compañía sería aplastada como un puñado de hormigas presuntuosas. Y en aquel momento de resolución o muerte tendría lugar el rescate o la derrota del Incrédulo. No podía

imaginar ningún otro resultado.

Caminó entregado a tales pensamientos, como si escuchara el rumor de una inminente avalancha.

Después de recorrer cierta distancia, se dio cuenta de que el sonido del río estaba cambiando. El camino iba hacia el interior casi horizontalmente, pero el río se precipitaba en las profundidades de la roca. La corriente se estaba convirtiendo en una catarata, una caída abismal que era como un salto a la muerte. El sonido remitía lentamente a medida que el río se alejaba del borde de la sima.

Ahora había menos humedad en el aire y la llama de Birinair era más viva. Los expedicionarios podían ver las paredes de granito. Covenant, entre la pared y la sima, se aferraba a la seguridad del saliente que servía de camino. Al pisar fuerte podía notar la solidez del reborde, como una corriente que le recorría desde el talón a la espina dorsal.

A su alrededor, la cueva se había convertido en una especie de túnel, con excepción de la sima a la izquierda. Trató de dominar su aprensión concentrándose en los pies y en la llama del estigmatizado. El río se precipitaba por la sima y su rugido se desvanecía como unos dedos que trataran en vano de aferrarse a un punto de apoyo perdido. Covenant pronto comenzó a oír los ruidos de la compañía al avanzar. Se volvió para tratar de ver la abertura de la garganta, pero o bien el camino se había ido curvando gradualmente o bien la abertura se había perdido en la distancia. No vio nada tras él sino la misma negrura que se extendía delante. Pero al cabo de un rato notó que la oscuridad iba perdiendo consistencia. Algún cambio en la atmósfera atenuaba la negrura de las catacumbas. Miró hacia adelante, tratando de aclarar la percepción. Nadie hablaba. La compañía abrazaba su silencio como si temiera que las paredes fueran capaces de oír.

Poco después Birinair dio el alto. Covenant, Lithe y los Amos se acercaron rápidamente al viejo estigmatizado, junto al que estaba Terrel.

—El puente de las madrigueras está más adelante —dijo el Guardián de Sangre—. Korik vigila. Hay centinelas.

Habló en voz baja, pero después del largo silencio su tono parecía indicar que no le preocupaban los peligros.

—Ah, me lo temía —susurró Prothall—. ¿Podemos acercarnos?

—La luz de las rocas arroja sombras, y los centinelas están en lo alto del puente. Podemos aproximarnos a tiro de flecha.

Mhoram pidió que avisaran a Quaan.

—¿Cuántos centinelas hay? —preguntó Prothall.

—Dos —replicó Terrel.

—¿Sólo dos?

El Guardián de Sangre se encogió levemente de hombros.

—Son suficientes. Entre ellos está la única entrada a las madrigueras de los Entes.

—¿Sólo dos? —repitió Prothall. Parecía tratar de reconocer un peligro que no podía ver.

Mientras el Amo Superior reflexionaba, Mhoram habló rápidamente a Quaan. El Puño de Guerra volvió junto a su Eoman y poco después dos guerreros se acercaron a Terrel y prepararon sus arcos. Eran dos altos y delgados fustarianos, y a la pálida luz sus brazos apenas parecían lo bastante robustos para doblar sus rígidos arcos.

Prothall vaciló un momento más, mesándose la barba, como si intentara sacar a la luz lo que se ocultaba tras una impresión vaga. Finalmente, dejó a un lado sus inquietudes e hizo un brusco gesto a Terrel. El Guardián de Sangre se alejó con los dos guerreros hacia la oscuridad atenuada que se extendía delante de ellos.

—Tened cuidado —susurró Prothall a la compañía—. No corráis riesgos sin que yo lo ordene. Tengo la corazonada de que aquí hay peligro, algún extraño peligro que menciona el Amo Kevin, pero que no puedo recordar. ¡Ah, memoria! Ese conocimiento es demasiado tenue y apartado de lo que hemos sabido desde la Profanación. Pensad todos vosotros. Tened mucho cuidado.

Caminando lentamente, se acercó a Birinair, seguido por la compañía.

La luz fue haciéndose más clara, un resplandor rojizo y anaranjado como el que Covenant había visto mucho tiempo atrás durante su breve encuentro con el Babeante en Kiril Threndor. Pronto los miembros de la Búsqueda pudieron ver que unos centenares de metros más adelante la cueva doblaba abruptamente a la derecha, y al mismo tiempo el techo del túnel se elevaba como si hubiera una gran bóveda más allá de la curva.

Antes de que hubieran recorrido la mitad de la distancia, Korik se unió a ellos para conducirles a un lugar seguro. Por el camino señaló la posición de Terrel y los dos guerreros. Habían trepado parte de la pared derecha, y estaban arrodillados en un saliente, en el ángulo donde la cueva se curvaba.

Korik dirigió a la compañía, acercándose a la grieta del río, hasta que llegaron a una escarpada pared rocosa. La sima pareció desaparecer, desvanecerse en la roca que doblaba el camino hacia la derecha, pero la luz brillaba sobre esta roca y también a través de la sima. La roca no era una pared, sino más bien un enorme peñasco como una puerta entornada ante una cámara inmensa. Terrel había llevado a los dos guerreros a una posición desde la que podrían disparar sus dardos por encima de aquel peñasco.

Korik guió a Prothall, Mhoram y Covenant hasta el otro lado de la sombra arrojada por el peñasco, hasta que pudieron atisbar a la izquierda, alrededor de su borde. Covenant se halló ante una caverna alta y de suelo llano. La sima del río se desviaba por detrás del peñasco, formando ángulos rectos con respecto a su dirección anterior, a través del centro de la bóveda, y luego desaparecía en la pared opuesta. Así

pues, el camino ya no siguió el curso del río, pero no había otras aberturas en la mitad exterior de la caverna.

En aquel lugar, la sima tenía al menos quince metros de anchura. El único paso al otro lado era un puente de piedra maciza que ocupaba la mitad de la bóveda.

—Sólo dos —susurró lentamente Mhoram—. Son suficientes. Rogad para tener buena puntería, pues no habrá una segunda oportunidad.

Al principio, Covenant no vio guardia alguno. Su atención se dirigió a dos grandes columnas de roca sobre las que ardían intensos fuegos, y permanecían como centinelas a cada extremo del puente. Pero al observarlo con más detalle no tardó en discernir dos figuras negras, una al lado de cada columna. Estaban tan cercanas a la roca encendida que apenas resultaban visibles.

—Ur-viles —musitó el Amo Superior—. ¡Por los Siete! ¡Debo recordar! ¿Por qué no son Entes de la cueva? ¿Por qué el Babeante emplea ur-viles para tales deberes?

Covenant apenas prestaba atención a la inquietud de Prothall. Las pétreas antorchas reclamaban su atención, pues parecían tener unas afinidades que no podía adivinar, unas vibraciones que, por alguna perversa lógica, le hacían consciente de su alianza matrimonial. Aquel resplandor tan característico del Babeante, tan poderoso, producía una comezón en su piel, alrededor del anillo, como un recordatorio de que su promesa de cariño había fracasado. Compungido, cerró el puño.

Prothall se volvió hacia Korik y, con expresión muy grave, le dijo:

—Inténtalo. Sólo podemos fallar.

Sin pronunciar una sola palabra, Korik hizo un gesto con la cabeza a Terrel.

Los dos arcos se tensaron y dispararon juntos.

Un instante después los ur-viles habían desaparecido. Covenant tuvo un atisbo de ellos mientras caían como guijarros negros a la sima.

El Amo Superior suspiró aliviado. Mhoram se apartó de la bóveda, hizo un gesto con el brazo para felicitar a los dos arqueros, y luego se apresuró a dar explicaciones y órdenes al resto de la compañía. Se oyeron contenidos murmullos de alegría entre el Eoman, y los ruidos del relajamiento de la tensión.

—¡No bajéis la guardia! —susurró Prothall—. El peligro no ha pasado. Puedo notarlo.

Covenant permaneció donde estaba, con la mirada fija en las antorchas rocosas y el puño apretado. Estaba sucediendo algo que no comprendía.

—¿Qué ves, ur-Amo? —le preguntó suavemente Prothall.

—Poder. —La interrupción le irritó, y su voz sonó áspera—. El Babeante tiene suficiente poder para hacer que parezcas tonto. —Alzó el puño izquierdo—. Fuera es de día.

Su anillo tenía un resplandor sangriento, latía con la misma pulsación que la antorcha rocosa.

Prothall frunció el ceño al ver el anillo, concentrándose intensamente.

—Esto no está bien —murmuró con los labios tensos—. Debo recordar. La luz de las rocas no puede hacer esto.

Mhoram se acercó a ellos.

—Terrel ha regresado —dijo antes de ver qué ocurría entre Covenant y Prothall—. Estamos preparados para cruzar.

Prothall asintió sin prestarle atención. Entonces Mhoram reparó en el anillo. Covenant oyó un sonido, como si Mhoram rechinara los dientes. El Amo extendió una mano y la cerró sobre el puño de Covenant.

Un momento después, se volvió y señaló a la compañía. Quaan dirigió a su Eoman, junto con los Guardianes de Sangre. Prothall parecía distraído, pero fue con Birinair a la bóveda. Covenant les siguió como un autómata hacia el puente de las madrigueras.

Tuvor y otro Guardián de Sangre fueron delante del Amo Superior. Se acercaron al puente y lo inspeccionaron para asegurarse de que era realmente seguro antes de que los Amos lo cruzaran.

Covenant caminaba como si estuviera en trance. La fascinación de las antorchas rocosas se acrecentaba en él por momentos. Empezó a notar caliente el anillo. Haciendo un esfuerzo, se preguntó por qué su anillo tenía color de sangre en vez de anaranjado-rojizo, como las columnas encendidas, pero no tenía respuesta. Notó que se producía en él un cambio al que no se podía resistir, no podía medir ni siquiera analizar. Era como si el anillo confundiera sus sentidos, haciéndolos girar sobre sus ejes para atisbar en dimensiones desconocidas.

Tuvor y su compañero empezaron a cruzar el puente. Prothall hizo que la compañía permaneciera atrás, pese al peligro que suponía la iluminación. Contempló a Tuvor mientras se tiraba de la barba con mano temblorosa.

Covenant sintió que el hechizo de las llamas le dominaba. La caverna empezó a cambiar. En algunos lugares las paredes de roca parecían más delgadas, como si estuvieran a punto de volverse transparentes. También Quaan, Lithe y los guerreros se hicieron transparentes, acercándose a la evanescencia de los espectros, Prothall y Mhoram parecían más sólidos, pero Prothall oscilaba mientras que Mhoram permanecía firme. Sólo los Guardianes de Sangre no mostraban signos de disiparse o de perder su esencia en una niebla..., los Guardianes de Sangre y el anillo. El propio cuerpo de Covenant parecía ahora tan vago que temió que el anillo cayera al suelo. Bannor estaba a su espalda, duro, implacable y peligroso, como si el mero contacto del Guardián de Sangre pudiera esparcir su ser etéreo a los vientos.

Todo cuanto le rodeaba, su mismo cuerpo, parecía oscilar y difuminarse en una atmósfera de transitoriedad.

Tuvor se acercó a la parte más alta del puente. Éste pareció a punto de

derrumbarse bajo él, como si el hombre fuera mucho más sólido que la piedra.

Entonces Covenant vio algo... un círculo ardiente en el aire que rodeaba el centro del puente, por arriba, abajo y a los lados. No sabía qué era, no comprendía nada de su significado, excepto que era poderoso.

Tuvor estaba a punto de penetrar en aquel círculo.

Haciendo un esfuerzo que fue como una convulsión, Covenant empezó a luchar, resistiéndose al encanto. Tuvo la intuición de que Tuvor moriría. Pensó que aquélla era la intuición de un leproso. Y lo que presentía no entraba dentro de su trato. Él no había prometido permanecer silencioso y contemplar cómo morían los hombres. ¡Por todos los diablos! Con renovada cólera, lanzó una nueva maldición.

—¡Detente! —gritó—. ¿Acaso no ves?

—¡Tuvor! —gritó en seguida Prothall—. ¡No te muevas! —Girándose hacia Covenant, le preguntó—: ¿Qué es? ¿Qué ves?

La violencia de su cólera le devolvió parte de la solidez de su visión. Pero Prothall aún parecía peligrosamente evanescente. Covenant alzó la mano, agitando el anillo, y espetó a Prothall:

—Hazles bajar. ¿Estás ciego? No es sólo el fuego de las rocas. Hay algo más ahí arriba.

Mhoram recordó a Tuvor y a su compañero, pero por un momento sólo Prothall contempló a Covenant lleno de miedo. Entonces, abruptamente, golpeó el suelo con su bastón.

—¡Ur-viles! —exclamó—. ¡Están ahí, como anclas de las rocas encendidas! ¡Ah, estoy ciego, ciego! ¡Son los servidores del poder!

—¿Una Palabra de Aviso? —susurró incrédulo Mhoram.

—¡Sí!

—¿Es posible? ¿Ha dominado el Babeante por entero el Bastón? ¿Puede mostrar semejante poder?

Prothall se encaminaba ya al puente.

—Tiene al Amo Execrable para aprender —replicó por encima del hombro—. Nosotros carecemos de semejante ayuda.

Un momento después subió por el puente, seguido de cerca por Tuvor.

El hechizo alcanzó a Covenant de nuevo. Pero esta vez estaba preparado y lo mantuvo a raya con maldiciones. Todavía podía ver el círculo ardiente de la Palabra mientras Prothall se le aproximaba.

El Amo Superior se acercó lentamente, y al fin se detuvo ante la Palabra. Cogiendo el bastón con la mano izquierda, alzó la derecha con la palma hacia adelante, como un gesto de reconocimiento, y acto seguido, tras unas toses estrepitosas, empezó a cantar. Repitiendo constantemente el mismo motivo, cantó crípticamente en un lenguaje que Covenant no comprendía, un lenguaje tan antiguo

que sonaba extrañamente venerable. Cantó suave, íntimamente, como si entrara en una comunicación privada con la Palabra de Aviso.

Gradual y vagamente, como una niebla inminente, la Palabra se hizo visible a la compañía. En el aire, ante la palma de Prothall, apareció un informe jirón rojo, coalescente, como un fragmento de un tapiz invisible. Aquel jirón rojo pálido se extendió hasta formar un tosco círculo de gran tamaño. Con extrema precaución, cantando constantemente, el Amo levantó la mano para medir la altura de la Palabra, moviéndose de un lado a otro para juzgar su configuración. Así los miembros de la compañía vieron la barrera que se les oponía. Y a medida que aumentaba la cólera de Covenant, su propia percepción de la Palabra palideció hasta que sólo vio tanto como los demás.

Finalmente, Prothall bajó la mano y concluyó su canto. Los jirones se desvanecieron. Bajó rígidamente por el puente como si sólo se mantuviera erecto por la fuerza de su resolución. Pero su mirada estaba llena de comprensión: había medido los riesgos.

—Una Palabra de Aviso —informó gravemente—, colocada aquí por el poder del Bastón de la Ley para informar al Babeante en caso de que se abra una brecha en sus defensas... y para destrozar el puente de las madrigueras al tocarlo. —Había en su tono un atisbo de la caída en el abismo—. Es una obra de gran poder. Ningún Amo desde la Profanación ha sido capaz de semejante hazaña. Y aunque tuviéramos el poder para destruirlo, no ganaríamos nada, pues el Babeante sería advertido. No obstante, hay una señal a nuestro favor. Esa Palabra no puede mantenerse sin una atención constante. Debe ser atendida, pues de lo contrario decae, aunque no con la suficiente rapidez para nuestros fines. El hecho de que el Babeante haya apostado aquí ur-viles como centinelas quizá muestre que su mente está en otra parte.

¡Maravilloso!, gruñó Covenant corrosivamente. ¡Magnífico! Sentía en las manos la comezón que le producían los deseos de estrangular a alguien.

—Si la mirada del Babeante se dirige a otra parte —siguió diciendo Prothall—, es posible que podamos someter la Palabra sin romperla. —Respiró hondo y añadió—: Creo que puede hacerse. Esta Palabra no es tan pura y peligrosa como podría ser. —Se volvió hacia Covenant—. Pero temo por ti, ur-Amo.

—¿Por mí? —Covenant reaccionó como si el Amo Superior le hubiera acusado de algo—. ¿Por qué?

—Temo que la mera aproximación de tu anillo a la Palabra pueda destruirla. Por ello debes ir el último. E incluso así podemos ser capturados en las catacumbas, sin ningún puente que nos permita salir.

¿El último? Covenant tuvo una súbita visión: se vio abandonado o atrapado allí, bloqueado en aquella profunda grieta, sin poder emprender la huida. Quiso protestar, pedir que le dejaran ir delante, pues si él podía hacerlo, todos los demás podían. Pero

vio el absurdo de aquel argumento. Domínate, se exigió a sí mismo. Mantén el trato. El temor que sentía dio un tono de amargura a su voz.

—Sigamos adelante. Van a enviar nuevos guardianes uno de estos días.

Prothall asintió. Aquilató a Covenant con una última mirada y se alejó. Junto con Mhoram subió al puente para abordar la Palabra.

Tuvor y Terrel le siguieron llevando rollos de *clingor* que adhirieron a las muñecas de los Amos y fijaron al pie del puente. Así protegidos por si el puente se derrumbaba, Prothall y Mhoram ascendieron cautelosamente hasta que estuvieron a una distancia mínima de la Palabra invisible. Entonces se arrodillaron y empezaron su canto.

Cuando la parte inferior de la Palabra se materializó con un color carmesí, los Amos colocaron sus bastones paralelos a ella sobre la piedra. A continuación, con solapado cuidado, hicieron girar sus bastones directamente bajo la fuerza iridiscente. Permanecieron un momento inmóviles, en actitud de plegaria, como si suplicaran a la madera que no interrumpiera el flujo de la corriente que pasaba ante sus rostros. Un temible aleteo replicó en el ardiente círculo, pero los Amos siguieron cantando, y poco después la Palabra se paralizó.

Entonces los Amos iniciaron la parte más difícil de su tarea. Empezaron a levantar los extremos internos de sus bastones.

Llenos de admiración, los miembros de la compañía vieron que el borde inferior de la Palabra se doblaba, dejando una brecha triangular debajo.

Cuando la cúspide de la brecha estuvo a medio metro de altura, los Amos se detuvieron. De inmediato Bannor y otros dos Guardianes de Sangre subieron corriendo el puente, desenrollando una cuerda mientras corrían. Uno tras otro se arrastraron bajo la brecha, y llevaron el extremo de la cuerda salvadora a terreno seguro más allá del puente.

En cuanto Bannor hubo asegurado su extremo de la cuerda, Mhoram se apropió del bastón de Prothall. El Amo Superior se arrastró a través de la brecha, y luego sujetó el bastón de Mhoram. Cuando llegó al lado de Prothall, el viejo Birinair ya estaba allí disponiéndose a pasar. Tras él, en rápida fila india, pasó el Eoman, seguidos de Quaan y Lithe.

A su vez, Tuvor y Terrel se deslizaron bajo la Palabra y tendieron sus cuerdas a los dos Amos situados más allá de la sima. Luego, avanzando a la carrera, el último Guardián de Sangre rodeó a Covenant con la cuerda central, y el Incrédulo se dispuso a atravesar la brecha.

Se había quedado solo.

Cubriéndole un sudor frío de cólera y miedo, empezó a subir por el puente. Le pareció que las dos columnas de roca encendida le escrutaban. Avanzó maldiciendo al Execrable y maldiciéndose por su miedo. No miró a la sima ni una sola vez. Miró

enfurecido la brecha y se aproximó al ardiente y poderoso tapiz. A medida que se acercaba, notaba la presión del anillo en el dedo. El puente parecía perder volumen, como si se disolviera bajo sus pies. La Palabra se endureció, dominando su visión cada vez más. Pero el Incrédulo mantuvo a raya su cólera. ¡Hasta un leproso...! Llegó a la brecha, se arrodilló ante ella y miró un momento a los Amos a través del resplandor. Tenían los rostros bañados en sudor y las voces les temblaban al cantar. Cerró sus manos en torno al bastón de Baradakas y se arrastró bajo la brecha. Mientras lo hacía oyó un fugaz lamento, como un quejido de resistencia. Y en aquel instante, una fría llama roja surgió de su anillo. Entonces pasó al otro lado, y el puente y la Palabra seguían intactos.

Bajó el puente con pasos vacilantes, quitándose de golpe la cuerda de *clingor*. Cuando estuvo a salvo, se volvió el tiempo suficiente para ver que Prothall y Mhoram retiraban sus bastones de debajo de la Palabra. Entonces salió con paso airado de la cueva en la que se extendía el puente y pasó al oscuro túnel por el que discurría el camino. Casi de inmediato percibió la presencia de Bannor a su espalda, pero no se detuvo hasta que la oscuridad contra la que se arrojaba fue lo bastante intensa para parecer impenetrable.

—Quiero estar solo —gruñó lleno de desaliento y temor—. ¿Por qué no me dejáis en paz?

—Eres ur-Amo Covenant —dijo Bannor con su habitual tono impasible—. Nosotros somos los Guardianes de Sangre. Tu vida está a nuestro cuidado.

Envuelto en aquella profunda oscuridad, Covenant pensó en la solidez antinatural de los Guardianes de Sangre. ¿Qué ineludible principio hacía que su carne pareciera menos mortal que la entraña rocosa del Monte Trueno? Miró su anillo y descubrió que su brillo carmesí casi se había desvanecido por entero. Se dio cuenta de que envidiaba la impasibilidad de Bannor. Su misma penetrante incorrección le ofendía. Impulsado por una feroz intuición replicó:

—Eso no basta.

Podía imaginar el leve y elocuente encogimiento de hombros de Bannor sin necesidad de verlo. Aguardó en actitud insolente en la oscuridad, hasta que la compañía llegó hasta él.

Cuando partió de nuevo, ocupando ya su lugar en la Búsqueda —cuando la llama mortecina de Birinair había pasado junto a él, trazando, como transfigurada por la autoridad del portador, las invisibles direcciones del camino—, la noche de las catacumbas se espesó a su alrededor como una miríada de maliciosos espectadores, impacientes por contemplar el derramamiento de sangre, y Covenant sufrió una reacción contra la tensión. Los hombros empezaron a temblarle, como si hubiera estado demasiado tiempo colgado de los brazos, y una fría petrificación paralizó sus pensamientos.

La Palabra de Aviso revelaba que el Amo Execrable les esperaba, sabía que no caerían víctimas del ejército del Babeante. El Babeante no podía haber formado la Palabra, y mucho menos hacerla tan apropiada para el oro blanco. En consecuencia servía a los propósitos del Despreciativo más que a los del Babeante. Quizá era alguna clase de prueba, una medida de la fuerza y los recursos del Amo, una indicación de la vulnerabilidad de Covenant. Pero fuera lo que fuese, era obra del Amo Execrable. Covenant estuvo seguro de que el Despreciativo lo sabía todo..., había planeado, dispuesto y hecho inevitable todo lo que sucediera a la Búsqueda, todo acto y decisión. El Babeante era ignorante, era un loco manipulado. Probablemente el Ente de la cueva no podía comprender la mitad de lo que conseguía bajo la mano del Amo Execrable.

Pero en lo más profundo, Covenant había sabido tales cosas desde el principio, y no le sorprendían. Más bien las veía como síntomas de otra amenaza, más esencial. Este peligro central —un peligro que paralizaba su mente de tal manera que sólo su carne parecía capaz de reaccionar temblando— tenía que ver con su anillo de oro blanco. Percibía claramente el peligro porque estaba demasiado aturdido para ocultarse a él. Toda la función del compromiso, el trato que había hecho con los ranyhyn, consistía en sostener la imposibilidad y la realidad del Reino, separadas, en equilibrio—... ¡Atrás! ¡Dejadme en paz!...—, impedir que chocaran y destruyeran su precario punto de apoyo en la vida. Pero el Amo Execrable utilizaba su anillo para hacer que colisionaran las locuras opuestas de las que él necesitaba tan desesperadamente escapar.

Pensó en librarse del anillo, en tirarlo. Pero sabía que no podía hacerlo. La sortija estaba demasiado cargada de sentimientos y emociones, recuerdos del amor perdido, del honor y el respeto mutuo, para poder desembarazarse de ella. Y un viejo mendigo...

Si su trato fracasaba, no le quedaría nada con que defenderse de la oscuridad, ni poder ni fertilidad ni coherencia, nada sino su propia capacidad de oscuridad, su violencia, su habilidad para matar. Aquella capacidad conducía —estaba demasiado aturdido para resistirse a la conclusión— tan inalterablemente como la lepra a la destrucción del Reino.

Allí su aturdimiento pareció completarse. Era incapaz de otras consideraciones sobre su situación. Todo lo que podía hacer era seguir tras la llama de Birinair y expresar sus negativas como un acólito desesperanzado, deseoso de fe, tratando de invocar su propia autonomía.

Se concentró en sus pasos, como si fueran tenues y la roca insegura... como si Birinair pudiera llevarle al borde de un abismo.

Gradualmente cambió el carácter de su oscura travesía. En primer lugar, se alteró la impresión del túnel circundante. Detrás de la oscuridad, las paredes parecían

abrirse de vez en cuando a otros túneles, y en un lugar la noche adquirió una enorme intensidad, como si la compañía pasara por la pista de un anfiteatro. En aquella ciega abertura Birinair buscó su camino. Cuando se desvaneció la sensación de un vasto espacio vacío, condujo a sus compañeros a un pasillo de piedra tan bajo que la llama del estigmatizado casi tocaba el techo, y tan estrecho que tenían que pasar en fila india.

Entonces el viejo Guardahogar los condujo a través de una serie desconcertante de variaciones de dirección, terreno y profundidad. Salieron del túnel bajo y bajaron por una larga y empinada cuesta sin paredes a la vista. Mientras descendían, girando a derecha e izquierda al llegar a puntos que sólo Birinair, al parecer, podía ver, la atmósfera negra se hizo más fría y de alguna manera repugnante, como si acarreará un hedor de ur-viles. El frío llegaba en súbitas corrientes, en bolsas, soplando a través de simas y túneles invisibles a cada lado, que se abrían a madrigueras, refugios, pasajes y salas de los Entes de la cueva, sólo distinguibles por la abrupta impresión de espacio que daban a la oscuridad.

Más abajo las repentinas corrientes comenzaron a heder. El aire subterráneo parecía flotar sobre siglos de suciedad acumulada, hordas de muertos sin enterrar y laboratorios abandonados mucho tiempo atrás donde se fabricaban ponzoñas. En algunos momentos la hediondez era tan intensa que casi parecía palparse en el aire. Y de las aberturas adyacentes llegaban fríos y distantes sonidos..., el ruido de pizarras que caían en fallas inconmensurables, quedas y ocasionales protestas, ruidos suaves, cristalinos, tintineantes, como el golpeo de martillos de hierro, ahogadas detonaciones sepulcrales y largos suspiros de fatiga, exhalaciones de los antiguos fundamentos de la montaña. La misma oscuridad parecía susurrar mientras la compañía pasaba.

Pero al final de su descenso llegaron a una escalera sinuosa tallada en una pared de roca, con simas oscuras y voraces abiertas bajo ellos, Y a continuación pasaron por túneles retorcidos, recorrieron los fondos de grietas, cordilleras de rocas como crestas peñascosas dentro de la montaña, rodearon pozos de cuyo fondo se alzaban los lamentos del agua y el hedor de la putrefacción, pasaron bajo arcos que eran como entradas a grotescos salones festivos, giraron, treparon y avanzaron en la oscuridad como si fuera un limbo peligroso, sin caminos, fatal, en el que sólo variaban la clase y gravedad de sus peligros. Covenant necesitaba pruebas de su propia realidad, y avanzaba con los dedos de su mano izquierda aferrados a la túnica sobre el corazón.

Se detuvieron tres veces en amplios espacios que podrían haber sido salas, salientes o cimas de montículos rodeados de precipicios, y tomaron alimentos fríos a la luz del bastón de Birinair. Cada comida ayudaba. La visión de otros rostros alrededor de la llama, el consumo de provisiones tangibles, actuaban como una afirmación o un fondo común de la capacidad de resistencia de la compañía. En una ocasión Quaan trató de hacer una broma, pero su voz sonó tan espectral en aquella

oscuridad perpetua que nadie tuvo ánimo de replicar. Tras cada descanso, la Búsqueda volvía a ponerse valientemente en camino. Y cada vez, la fortaleza que compartían se evaporaba más rápidamente, como si la oscuridad la inhalase con creciente voracidad.

Más tarde el viejo Birinair les llevó fuera de los caminos fríos y ventosos, y entraron en túneles cerrados, cálidos, con olor a moho, alejados de las principales madrigueras de los Entes. Para reducir el riesgo de ser descubiertos, eligió un camino a través de una sección de las cuevas más fúnebre aún que el resto, silenciosa y abandonada, donde apenas quedaba aire fresco. Pero la atmósfera no hacía más que aumentar la tensión de la compañía. Avanzaban como si gritaran sin voz, anticipándose a algún ciego desastre.

La marcha se prolongó interminablemente. Covenant hubiera creído que llevaban días andando de no ser porque su anillo todavía no había empezado a brillar con la salida de la luna. Pero al cabo de un tiempo, el oro blanco empezó a resplandecer como una profecía carmesí. La compañía siguió avanzando, pues no podía permitirse dormir ni descansar demasiado tiempo. El punto culminante del poder actual del Babeante estaba sólo a un día de distancia.

Avanzaban por un túnel con paredes que parecían alzarse más allá del alcance de la llama oscilante de Birinair. De repente, Terrel regresó desde su puesto avanzado de exploración, surgió de la oscuridad y se acercó al viejo estigmatizado. Al momento, Prothall y Mhoram, seguidos de Lithe y Covenant se apresuraron hacia Birinair.

—Se acercan ur-viles —dijo Terrel con una nota de premura en su voz—. Quizás unos cincuenta. Han visto la luz.

Prothall gruñó y Mhoram soltó una maldición. La Fustigadora Lithe resopló y se quitó la cuerda del cabello, como si estuviera a punto de enfrentarse con la materia de que estaban hechas las pesadillas de los hombres de Ra.

Pero antes de que ninguno pudiera actuar, el viejo Birinair pareció crujir como una rama seca.

—¡Seguidme! —gritó, y girando a su derecha se adentró rápidamente en la oscuridad.

De inmediato dos Guardianes de Sangre se lanzaron tras él. Los Amos vacilaron un instante. Luego Prothall exclamó: «¡Melenkurion!» y se precipitó tras Birinair. Mhoram empezó a gritar órdenes. La compañía se aprestó al combate.

Covenant corrió en pos del fuego oscilante de Birinair. El grito del estigmatizado no había sido de pánico. Aquel «¡seguidme!» impulsó a Covenant. Oyó tras él las primeras órdenes y sonidos de combate. Mantuvo su mirada en la luz de Birinair, siguiéndole a un túnel bajo y casi sin aire.

Birinair corrió por aquel túnel, todavía a uno o dos pasos por delante del Guardián de Sangre.

De repente se produjo un ruido acompañado de calor, como el estallido de un relámpago, y una sábana de llama azul envolvió al estigmatizado. Rugiente como la llama de un horno, llenó con su resplandor el túnel, del techo al suelo. Y en medio de aquel fuego inesperado, Birinair permanecía con los miembros extendidos y transfigurado, contorsionado de dolor. A su lado, su bastón se incendió convirtiéndose en cenizas. Sin vacilar, los dos Guardianes de Sangre se arrojaron al fuego pero éste los rechazó como si fuera de piedra, bailaron juntos hacia Birinair, tratando de hacerle avanzar más allá de la lámina de fuego, pero sus esfuerzos fueron vanos. Birinair se quedó donde estaba, víctima chamuscada envuelta en un fuego azul.

Los Guardianes de Sangre se disponían a saltar de nuevo cuando el Amo Superior llegó hasta ellos. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la energía crepitante.

—¡Mi lugar! —gritó—. ¡Morirá! ¡Mhoram, ayuda!

Parecía desesperado y sumido en un caos. Tendiendo los brazos, se adelantó y trató de abrazar a Birinair.

La furiosa llama le derribó, y durante un largo momento permaneció en el suelo boca abajo.

La batalla se intensificó tras ellos. Los ur-viles habían formado una cuña, e incluso con la ayuda de los Guardianes de Sangre y los guerreros Mhoram apenas podía mantener su posición. La primera embestida del ataque había hecho retroceder a la compañía. Mhoram se había retirado varios metros en el túnel donde se hallaba Birinair, y allí organizó la defensa. A pesar de los gritos de Prothall y el rugido del fuego tras él, dio la cara a los ur-viles.

Prothall se levantó pesadamente. Le temblaba la cabeza, pero ya había desaparecido la expresión frenética de su mirada. Tardó un momento en recuperarse, sabiendo que ya era demasiado tarde. Luego, haciendo acopio de fuerzas, arrojó su bastón a la llama azulada. El contacto produjo un resplandor que cegaba, y por un momento Covenant no pudo ver nada. Luego observó que el bastón colgaba en la lámina de fuego. Birinair estaba tendido en el túnel, más allá del fuego.

—¡Birinair! —gritó el Amo Superior—. ¡Amigo mío!

Parecía creer que podría ayudar al estigmatizado si le daba alcance a tiempo. Una vez más se arrojó contra la llama, y fue rechazado.

Los ur-viles atacaban ferozmente, en silencio. Dos miembros del Eoman de Quaan cayeron mientras la compañía retrocedía al túnel, y uno más murió con una estaca de hierro atravesándole el corazón. Una mujer se acercó demasiado a la cuña, y le cortaron la mano. Mhoram luchaba contra el maestro de la ciencia ur-vil con creciente desesperación. A su alrededor, los Guardianes de Sangre se batían hábilmente, pero no podían encontrar aberturas en la cuña.

Covenant miró a Birinair, a través de la lámina de fuego azul. El rostro del

estigmatizado no presentaba señales, pero su mirada era de agonía, como si hubiera permanecido vivo un instante antes de que su alma se hubiera agostado. Los restos de su manto colgaban en torno a él, harapos chamuscados. En la llamada del estigmatizado para que los demás le siguieran no hubo pánico. Birinair había tenido alguna idea. El eco de su grito —¡Seguidme!— era terminante. Su manto colgaba en jirones en torno a su cuerpo... ¡Seguidme! Covenant había olvidado algo..., algo importante. Impulsivamente, empezó a andar hacia adelante.

Mhoram luchaba, tratando de golpear con más fuerza. Ésta recorría su bastón como una corriente eléctrica, mientras descargaba golpe tras golpe contra el maestro de la ciencia ur-vil. Debilitada por sus pérdidas, la cuña empezó a ceder terreno.

Covenant se detuvo a unos centímetros de la potente lámina de fuego. El bastón de Prothall está suspendido verticalmente en su interior, como un hito. El fuego parecía absorber más que ceder calor. Covenant sintió un frío y un entumecimiento crecientes. Y en aquella energía azulada vio una oportunidad de inmólación, de huida.

Abruptamente, el maestro de la ciencia ur-vil lanzó un grito y rompió la formación. Esquivó a Mhoram y se precipitó al túnel, hacia el fuego y el Amo Superior arrodillado. Los ojos de Mhoram brillaron peligrosamente, pero no cejó en su lucha. Dio una orden a Quaan y atacó a los ur-viles todavía con más fuerza.

Quaan abandonó la refriega y corrió para preparar su arco y disparar una flecha antes de que el maestro de la ciencia ur-vil llegara a Prothall.

Covenant oyó vagamente el grito ahogado del Amo Superior:

—¡Cuidado, ur-Amo!

Pero no le escuchó. Su alianza matrimonial ardía como si la luna mancillada fuera como la antorcha rocosa del puente de las madrigueras..., una palabra de aviso.

Tendió la mano izquierda, vaciló un momento, y cogió el bastón del Amo Superior. Surgió una oleada de energía. Un fuego rojo como la sangre salió del anillo y atacó a la llama azul. El rugido de las llamas se hizo inaudible, y finalmente se produjo una potente explosión silenciosa. El suelo del túnel saltó, como una quilla que tropieza con un arrecife. La lámina azul cayó hecha jirones.

Quaan llegó demasiado tarde para salvar al Amo Superior. Pero el ur-vil no atacó a Prothall, sino que se lanzó contra Covenant. Con toda su fuerza, Quaan dobló el arco y disparó a la espalda de la criatura.

Covenant permaneció un momento inmóvil, inclinado a un lado y contemplando horrorizado la abrupta oscuridad. Un tenue fuego anaranjado ardía en su brazo, hasta la mano, pero la llama azul brillante había desaparecido. Aquel fuego no le producía ningún dolor, aunque al principio se cebó en él como si fuera madera seca. Era frío, vacío, y vaciló hasta extinguirse, como si, después de todo, no hubiera en Covenant suficiente calor para alimentarlo.

Entonces el maestro de la ciencia ur-vil, con la flecha de Quaan clavada entre los

hombros, se lanzó contra él y le arrojó al suelo.

Poco después, Covenant alzó la vista, con la cabeza llena de niebla. La única luz del túnel procedía del fuego de Mhoram, que hacía retroceder a los ur-viles. También aquella luz se extinguió. Los ur-viles habían sido derrotados y huían. Tuvor y los Guardianes de Sangre se lanzaron tras ellos, para evitar que informaran al Babeante, pero Mhoram les gritó:

—¡Dejad que se vayan! Ya estamos expuestos. Ahora no importa que informen los ur-viles.

En la oscuridad se oyeron voces y gruñidos. Pronto dos o tres guerreros encendieron antorchas. Las llamas arrojaban sombras extrañas y tenues en las paredes. La compañía se reunió en torno al Amo Mhoram, y se dirigieron al lugar donde Prothall permanecía arrodillado.

El Amo Superior sostenía en sus brazos el cuerpo chamuscado de Birinair, pero no permitió que la compañía exteriorizara su aflicción.

—Adelante —dijo débilmente—. Descubramos qué quería hacer. Pronto terminaré con mi despedida. —Como explicación, añadió—: Él llevó la delantera en mi lugar.

Mhoram puso su mano en el hombro del Amo Superior, pero los peligros de la situación no le permitían quedarse quieto. Casi con toda certeza, el Babeante ya sabía dónde se encontraban. Las energías que habían liberado les señalarían como un dedo acusador. Mhoram se preguntó en voz alta por qué había allí semejante poder. Aquello no era obra del Babeante. Empuñando una antorcha, empezó a andar por el túnel.

Tendido en la piedra, Covenant encontró la respuesta a la pregunta que se había estado haciendo desde que entraron en las profundidades del Monte Trueno. Había olvidado sus ropas..., las había dejado atrás.

Mhoram se inclinó sobre él. Iluminándole el rostro con la antorcha, el Amo le preguntó si estaba herido. Había oído la respuesta que Covenant se había dado a sí mismo en voz alta y le dijo:

—No comprendo. ¿Qué importancia tienen tus viejas ropas?

La pregunta parecía requerir largas explicaciones, pero Covenant, todavía envuelto en el aturdimiento y la niebla, replicó:

—Claro que estoy herido. Toda mi vida es una herida. ¿No te das cuenta? Cuando despierte y me vea vestido con mis viejas ropas, no con esta túnica manchada de musgo..., bueno, eso demostrará que realmente he estado soñando. De lo contrario, estaría aterrado.

—Has dominado un gran poder —murmuró Mhoram.

—Eso fue un accidente. Sucedió por sí mismo. Yo..., yo trataba de escapar, quemándome.

Entonces la tensión le venció. Bajó la cabeza a la piedra y se durmió. No descansó mucho, pues el aire del túnel era desagradable y había demasiada actividad en la compañía. Cuando abrió los ojos vio a Lithe y varios guerreros que preparaban una comida sobre un pequeño fuego. Entonando una canción con labios temblorosos, mientras las lágrimas se deslizaban de sus ojos, Prothall utilizaba su llama azul para cauterizar el muñón de la mujer herida.

Covenant observó cómo la mujer resistía el dolor. Sólo cuando su muñeca estuvo bien vendada, se permitió desfallecer. Covenant volvió la cabeza, angustiado por la contemplación del dolor. Se puso en pie, tambaleándose, y tuvo que apoyarse en la pared. Permaneció allí, encorvado y sintiendo que le dolía el estómago, hasta que regresó Mhoram acompañado de Quaan, Korik y otros dos Guardianes de Sangre.

El Puño de Guerra llevaba un pequeño cofre de hierro.

Cuando Mhoram llegó a la fogata, explicó, con un tono de admiración en su voz:

—El poder era una defensa colocada aquí por el Amo Superior Kevin. Más allá de este túnel hay una cámara. Ahí hemos encontrado la Segunda Ala de la Ciencia de Kevin..., la segunda de las Siete.

El rostro del Amo Superior Prothall se iluminó de esperanza.



rothall tomó el cofre reverentemente y manoseó nerviosamente las cerraduras. Cuando alzó la tapa, surgió del interior un resplandor pálido y perlino, como un claro brillo de luna. Aquella luz dio a su rostro un aspecto de beatitud mientras introducía la mano en el cofre para sacar un antiguo pergamino. Entonces la compañía vio que era éste el que brillaba.

Quaan y su Eoman se arrodillaron ante el Ala e inclinaron sus cabezas. Mhoram y Prothall permanecieron erectos, como si se enfrentaran al escrutinio del autor de sus vidas. Tras un momento de asombro, Lithe se unió a los guerreros. Sólo Covenant y los Guardianes de Sangre no mostraban reverencia. Los camaradas de Tuvor estaban vigilantes, y Covenant se apoyaba en la pared, incómodo y con el estómago dolorido.

Pero no estaba ciego a la importancia de aquel pergamino. Una íntima esperanza luchaba con su náusea, y la abordó oblicuamente.

—¿Sabía Birinair... lo que ibais a encontrar? ¿Es ésa la razón?

—¿La razón de que corriera hasta aquí? —Mhoram habló en tono distraído. Todo él, excepto su voz, se concentraba en el pergamino que Prothall sostenía como un poderoso talismán—. Tal vez sea así. Conocía los viejos mapas. Sin duda nos fueron entregados con la Primera Ala, de modo que con el tiempo pudiéramos encontrar el camino hasta aquí. Puede que su corazón viera lo que nuestros ojos no veían.

Covenant hizo una pausa y luego preguntó, de nuevo indirectamente:

—¿Por qué dejasteis escapar a los ur-viles?

Esta vez los Amos parecieron reparar en la seriedad con que les interrogaba. Perforándole con la mirada, Prothall colocó de nuevo el pergamino en el cofre. Una vez cerrada la tapa, Mhoram le respondió rígidamente:

—Su muerte era innecesaria, Incrédulo. No vinimos aquí para matar ur-viles. Nos perjudicaríamos más matando sin necesidad que arriesgándonos a que algunos enemigos sigan con vida. Luchamos por necesidad, no por gusto ni llevados por la ira. El Juramento de Paz no debe ser quebrantado.

Pero tampoco esto respondía a la pregunta de Covenant. Haciendo un esfuerzo, expuso directamente su esperanza.

—No importa. Esta Segunda Ala... duplica vuestro poder. Podréis hacerme volver a mi mundo.

Mhoram le miró con simpatía, como si deseara consolarle por las demandas imposibles que yacían en su pregunta. Pero su respuesta era una negativa a las

esperanzas de Covenant.

—Ah, amigo mío, olvidas que todavía no hemos dominado la Primera Ala... ni en generaciones de estudio. La ciencia que se aprende en la Raat no ha podido desvelar los misterios centrales. Ahora no podemos hacer nada con esta nueva Ala. Quizá, si sobrevivimos a esta Búsqueda, aprenderemos de la segunda en los años sucesivos.

Mhoram se interrumpió. Parecía que iba a decir más, pero permaneció callado hasta que Prothall intervino.

—Díselo todo —suspiró—. Ahora no podemos permitirnos ilusiones.

—Muy bien —dijo apresuradamente Mhoram—. La verdad es que nuestra posesión de la Segunda Ala en estos momentos es peligrosa. Resulta evidente, por la Primera Ala, que el Amo Superior Kevin preparó las siete en orden cuidadoso. Tenía el propósito de que la Segunda Ala permaneciera oculta hasta que se conociera la Primera. Al parecer, ciertos aspectos de su Ciencia encierran grandes peligros para quienes no han dominado otros aspectos determinados. Por eso ocultó las Alas y las defendió con poderes a los que no se podía acceder hasta que la Ciencia anterior fuera dominada. Ahora este propósito se ha venido abajo. Hasta que comprendamos la Primera Ala en toda su extensión, nos arriesgaremos mucho si intentamos usar la Segunda.

Se puso en pie y respiró hondo.

—No lo lamentamos. A pesar de todos los peligros, este descubrimiento puede representar el gran momento de nuestra era. Pero puede que no sea ninguna bendición.

Prothall intervino en voz baja.

—No culpamos a nadie ni alimentamos dudas. ¿Quién podría haber sabido lo que encontraríamos? Pero el destino del Reino está ahora en nuestras manos por partida doble. Si al final hemos de derrotar al Amo Execrable, es preciso que dominemos poderes para los que no estamos preparados. Así pues, extraemos esperanza y congoja de la misma fuente. No nos interpretes mal... Aceptamos alegres el riesgo. El dominio de la Ciencia de Kevin es la meta de nuestras vidas. Pero hemos de dejar claro que se trata de un riesgo. Veo esperanza para el Reino, pero muy poca para mí mismo.

—Incluso esa visión es borrosa —dijo tensamente Mhoram—. Es posible que el Amo Execrable nos haya conducido hasta aquí para que seamos traicionados por unos poderes que no podemos controlar.

Al oír esto, Prothall dirigió una aguda mirada a Mhoram. Luego, lentamente, el Amo Superior hizo un gesto de asentimiento. Pero su rostro no perdió la expresión de alivio, de aligeramiento de sus cargas, que la primera visión del Ala le había proporcionado. Bajo su influencia parecía ser capaz de administrar su época. Ahora

los tiempos del Amo Superior Prothall, hijo de Dwillian, serían bien recordados..., si la compañía sobrevivía a la Búsqueda. Estaba lleno de resolución mientras cerraba el cofre de la Segunda Ala. Sus movimientos eran vivos y decisivos. Dio el cofre a Korik, el cual lo ató a su espalda desnuda con tiras de *clingor*, y lo cubrió anudando su túnica.

Covenant miraba los restos de la breve estructura de su propia esperanza, que se había derrumbado como una casa de juguete infantil, y no sabía adónde volverse en busca de nuevos edificios. Notaba vagamente que no disponía de terreno sólido en donde construirlos. Estaba demasiado débil y cansado para pensar en ello. Permaneció de pie, apoyado en la pared largo rato, con la cabeza gacha, como si tratara de descifrar el mapa en que las manchas habían convertido a su túnica.

A pesar del peligro, la compañía descansó y comió en el túnel. Prothall consideró que permanecer algún tiempo donde estaban era tan impredecible como cualquier otra cosa que pudieran hacer. Así, mientras los Guardianes de Sangre vigilaban, alentó a sus compañeros para que descansaran. Luego se tendió y apoyó la cabeza en sus brazos. En seguida pareció ceder a un profundo sueño. Siguiendo su ejemplo, la mayor parte de la compañía intentó dormir, aunque lo hicieron sólo intermitentemente. Mhoram y Lithe permanecieron despiertos, alertas. El Amo miraba con fijeza el fuego, como si buscara una visión, y Lithe se sentaba frente a él, con los hombros encorvados contra el peso opresivo de la montaña, tan incapaz de descansar bajo el suelo como si la falta de aire libre y praderas ofendieran su sangre de Ra. Apoyado en la pared, Covenant les miraba a los dos, y dormitó un poco hasta que la mancha de su anillo empezó a difuminarse con la puesta de la luna.

Prothall se levantó con los sentidos perfectamente alerta y llamó a la compañía. En cuanto todos hubieron comido de nuevo, el Amo Superior extinguió la fogata y en su lugar encendió una antorcha de *lillianrill*, que ardió con una luz vacilante y mortecina, pero él la prefirió a su bastón para iluminar el túnel. Pronto la Búsqueda se puso en marcha de nuevo. Impotentes para hacer otra cosa, dejaron a sus muertos tendidos sobre las piedras de la cámara donde habían descubierto el Ala. Aquél fue el único tributo que pudieron rendir a Birinair y los guerreros caídos.

Entraron de nuevo en la oscuridad, conducidos por el Amo Superior a través de pasadizos interminables, negros y laberínticos hasta las profundidades del Monte Trueno. El aire se espesó, se hizo más cálido e inmóvil. A pesar de algunas ascensiones ocasionales, avanzaron principalmente hacia abajo, hacia las raíces sin fondo de la montaña, acercándose a cada legua a las ponzoñas latentes, enterradas en la profundidad de la Tierra. Caminaron incesantemente en medio de una negra e interminable noche, en silencio, como si no quisieran abrir los labios para que no se les escaparan los sollozos. No podían ver el camino que recorrían.

Al aproximarse al centro de aquella zona de madrigueras, ciertos sonidos se

hicieron más intensos, más claros: golpes sobre yunques, crepitar de hornos, gemidos de angustia. De vez en cuando cruzaban lugares donde flotaba un aire fétido, como una ventilación a través de osarios. Un nuevo ruido llegó a su conciencia, el sonido de algo insondable e hirviente. Durante algún tiempo se aproximaron a aquel hervor sin tener el menor indicio de lo que era.

Más tarde pasaron ante la fuente que lo producía. El camino discurría por el borde de una enorme caverna, cuyas paredes estaban vivamente iluminadas por un hirviente mar anaranjado de luz de roca. Muy abajo había un lago de piedra fundida.

Tras la prolongada oscuridad a que se habían visto sometidos, la brillante luz les hirió los ojos. El calor y el acre olor del lago les envolvió como si tratara de engullirlos. El sonido profundo e hirviente resonaba en el aire. Grandes grumos de magma chisporroteaban hacia el techo y luego caían al lago como torres desmoronadas.

Vagamente, Covenant oyó que alguien explicaba:

—En los días del Amo Superior Loric, los Demondim arrojaban aquí a sus retoños defectuosos. Se dice que el odio que sentían los Demondim, y los Viles que les engendraron, por sus propias formas, era irrefrenable. Les llevó a la procreación de los ur-viles y los waynhim, y les impulsó a arrojar a los débiles y lisiados a pozos como éste, tanto aborrecían su fealdad.

Gruñendo, Covenant se volvió de cara a la pared y cruzó la caverna sin mirar al fondo, hasta el pasadizo situado más allá. Cuando sus manos abandonaron el apoyo de la piedra, sus dedos se curvaron en sus costados, como si examinaran los lados de un ataúd.

Prothall decidió descansar allí, pasada la caverna iluminada por la luz de las rocas. La compañía tomó una comida rápida y fría, y luego se sumergió de nuevo en la oscuridad. Desde aquel pasadizo giraron dos veces, subieron una larga cuesta y al final se encontraron en el borde de una falla, cuya hendidura caía a su izquierda. Covenant caminaba distraído, haciendo un esfuerzo para aclarar sus ideas. Los ur-viles giraban en su cerebro como imágenes de odio hacia sí mismo, de premoniciones. ¿Estaba condenado a verse así incluso en tales criaturas? No, Apretó los dientes. No. Recordando las erupciones de lava, empezó a temer que ya había perdido su oportunidad... su ocasión de caer...

La fatiga se apoderó nuevamente de él. Prothall ordenó un alto para descansar en el reborde de la falla, y Covenant se durmió a pesar de hallarse tan cerca del precipicio. Pero el Amo Superior se apresuraba ahora hacia su objetivo, y no permitió que la compañía descansara demasiado tiempo. A la luz mortecina de la antorcha, se puso de nuevo al frente de la Búsqueda, avanzando entre oscuridades.

A medida que avanzaban, la precaución de la compañía comenzó a relajarse. La luna llena se aproximaba y en algún lugar más adelante el Babeante se preparaba para

atacarles. Prothall avanzaba como si estuviera deseoso de sufrir la última prueba, y conducía a los demás a lo largo del reborde a paso vivo. Y entonces un ur-vil solitario les tomó por sorpresa.

Se había ocultado en una delgada grieta en la pared del precipicio. Cuando Covenant pasó, saltó hacia él, aplastándole con su peso. A pesar de que su rostro sin ojos era inexpresivo, Covenant podía percibir su ferocidad. Al caer sobre él, trató de cogerle la mano izquierda.

La fuerza del ataque derribó a Covenant hacia atrás, en dirección al precipicio. Por un instante no fue consciente de aquel peligro, pues el ur-vil reclamaba toda su atención. La criatura acercó la mano de Covenant a su rostro, husmeándola con sus húmedas fosas nasales, como si buscara algo, y luego intentó introducirse el dedo anillado en su áspera boca.

Covenant retrocedió un paso más. Su pie izquierdo quedó fuera del reborde. En aquel instante se dio cuenta de que el abismo se abría a sus espaldas. Instintivamente, cerró el puño contra el ur-vil y lo ignoró. Aferrando el bastón con toda la fuerza de su mano mutilada, lanzó su extremo hacia Bannor, que ya tendía la mano para cogerlo.

Bannor se hizo con el bastón y, por un breve momento, Covenant sostuvo su presa. Pero todo el peso del ur-vil aplastaba su brazo izquierdo y finalmente tuvo que soltar el bastón. Mientras la criatura se afanaba por arrebatarle el anillo con la boca, Covenant se precipitó al vacío. Antes de que pudiera gritar de terror, una fuerza como un pedrusco enorme le golpeó, expulsó el aire de sus pulmones y le abandonó mientras caía. Con el pecho constreñido, lleno de náuseas e incapaz de gritar, perdió el conocimiento.

Cuando despertó después del impacto, su rostro estaba cubierto de polvo y boqueaba en busca de aire. Yacía cabeza abajo en una empinada pendiente de pizarra, barro y basuras, y el deslizamiento causado por su aterrizaje le había cubierto el rostro. Durante un largo rato no pudo moverse. Sentía náuseas y tosía. Sus esfuerzos le agitaban sin liberarle.

Entonces, insistiendo estremecido en sus esfuerzos, logró darse la vuelta y alzar la cabeza. Escupió la suciedad que llenaba su boca y descubrió que podía respirar. Pero todavía no veía nada, y tardó un momento en darse cuenta cabal de la negrura que le rodeaba. Se tocó el rostro y comprobó que sus ojos estaban abiertos y sin ningún obstáculo en ellos, pero no percibían nada más que una profunda y desolada oscuridad. Era como si estuviera ciego de pánico, como si sus nervios ópticos se hubieran quedado paralizados de terror.

El pánico se apoderó de él. Sin visión, sintió que la atmósfera de aquel lugar vacío le succionaba, como si se hundiera en arenas movedizas. La noche aleteaba a su alrededor con alas desnudas como buitres lanzados hacia la carne muerta.

El temor hacía que el corazón le latiera desmesuradamente. Se encogió,

poniéndose de rodillas, y se sintió abandonado, privado de ojos, luz y mente por la intensidad de su pánico, y el aliento se transformó en gemidos en su garganta. Pero cuando pasó la primera acometida de pánico, la reconoció. El miedo era una emoción que comprendía, una parte de la condición de su existencia. Y su corazón siguió latiendo con fuerza. Se agitaba como si estuviera herido, pero aún le mantenía con vida.

De repente, convulsamente, Covenant alzó los puños y golpeó la pizarra a cada lado de su cabeza, golpeó al ritmo de sus pulsaciones, como si tratara de extraer racionalidad del polvo y la suciedad. ¡No! ¡No! ¡Voy a sobrevivir! Aquella afirmación le tranquilizó un poco. ¡Sobrevivir! Era un leproso y, como tal, estaba acostumbrado al temor. Sabía cómo tratar con el miedo. Necesitaba disciplina... Disciplina.

Se oprimió los globos oculares con las manos, y vio manchas de color contra el fondo oscuro. No estaba ciego. Estaba viendo la oscuridad. Había caído, alejándose de la única luz de las catacumbas. Era natural que no pudiera ver. Instintivamente se frotó las manos y se estremeció al notar los moratones que se había hecho.

Disciplina.

Estaba solo... solo..., sin luz en alguna parte, en un saliente del precipicio, a leguas de distancia de la abertura más próxima al cielo abierto. Sin ayuda ni amigos que le rescataran el exterior de la montaña era tan inalcanzable como si hubiera dejado de existir. La huida era inalcanzable, a menos que...

Disciplina.

... A menos que encontrara alguna forma de morir.

¡Por todos los diablos!

Sed. Hambre. Heridas... Pérdida de sangre. Repasó las posibilidades como si realizara una OVE. Podría caer presa de alguna oscura ponzoña. Podría despeñarse por el borde de un precipicio peor, y la caída sería fatal. La locura, sí. Sería tan sencillo como la lepra.

Alas oscuras batían alrededor de sus oídos, giraban vertiginosamente en la negrura. Sus manos tantearon involuntariamente alrededor de su cabeza, buscando alguna forma de defensa.

¡Maldita sea! ¡Nada de esto me está sucediendo! ¡Disciplina!

Entonces una fantasía cruzó por su mente y se aferró a ella como si fuera una visión. ¡Sí! Rápidamente cambió de posición, quedando sentado en la pendiente pizarrosa. Buscó en su cinto hasta encontrar el cuchillo de Atiaran. Cogiéndolo cuidadosamente con su mano mutilada, empezó a afeitarse.

Sin agua ni un espejo, corría el peligro de cortarse la garganta, y la sequedad de la piel le causaba dolor, como si estuviera usando el cuchillo para dar a su rostro una nueva forma. Pero aquel riesgo, aquel dolor, formaban parte de él. No había nada

imposible en ellos. Si se cortaba, la suciedad de su piel le causaría una infección casi instantánea. Aquello le tranquilizó como una demostración de su identidad.

De esta manera consiguió que la oscuridad retrocediera. Cuando terminó de afeitarse, resolvió explorar su situación. Quería saber en qué clase de lugar se encontraba. Con sumo cuidado, avanzando a gatas, empezó a tantear el terreno circundante.

Aún no había recorrido un metro sobre la piedra llana cuando tropezó con un cuerpo. La carne era flexible, como si no hiciera mucho que estaba muerta, pero el pecho del cadáver estaba frío y viscoso, y Covenant retiró su mano húmeda y con olor a sangre putrefacta.

Regresó a la cuesta y se quedó inmóvil, jadeante, temblándole las rodillas. Era el ur-vil que le había atacado. Había sucumbido a la caída. Covenant quiso moverse, pero no pudo. La conmoción del descubrimiento le paralizó como una súbita apertura de puertas peligrosas. Se sintió rodeado de peligros sin nombre. ¿Cómo había podido saber aquella criatura que debía atacarle a él? ¿Podía realmente oler el oro blanco?

Entonces su anillo empezó a brillar. La sangrienta radiación lo transformó en una cinta de tenue fuego alrededor del dedo, una cadena carmesí. Pero no arrojaba luz, ni siquiera le permitía ver el dedo al que rodeaba. Brillaba lúgubramente ante él, exponiéndole a ojos posiblemente ocultos en la oscuridad, pero no le daba nada más que miedo.

No podía olvidar lo que significaba. La luna sangrienta del Babeante salía sobre el Reino.

Apoyado en la pendiente pizarrosa, sintió todo el peso de su temor. Tenía en la garganta una sensación de náusea, como si le alimentaran a la fuerza con terror. Incluso el jadeo incontrolable de su respiración parecía señalarle para que le atacaran garras y colmillos invisibles en la oscuridad. Estaba solo, impotente, y se sentía abyecto.

Tenía que encontrar alguna forma para usar el poder de su anillo.

En el mismo instante que aquel pensamiento cruzó su mente, retrocedió lleno de revulsión. ¡No! ¡Nunca! Era un leproso. Su capacidad de supervivencia dependía de un reconocimiento completo, de la aceptación de su impotencia esencial. Aquélla era la ley de la lepra. Nada podía ser tan fatal para él, nada podría destruirle en cuerpo y mente tan dolorosamente, como la ilusión de poder. El poder en un sueño. Y antes de morir se volvería tan fétido y deforme como aquel hombre al que había visto en la leprosería.

¡No!

Era mejor suicidarse. Cualquier cosa sería mejor.

No supo cuánto tiempo estuvo sometido al vértigo de sus pensamientos hasta que oyó un débil ruido en la oscuridad, distante, deslizante y ominoso, como si la noche

circundante hubiera empezado a respirar tenuemente entre sus dientes. Aquel ruido le aturdió como un golpe en el corazón. Lleno de ciego temor, trató de rechazarlo. Lentamente se hizo más perceptible. Era un sonido bajo, susurrante, como una exhalación entre dientes de muchas gargantas. Infectaba la atmósfera como un veneno y encogía su carne.

Iban a por él. Sabían donde estaba a causa del anillo e iban a por él.

Tuvo una breve visión del waynhim con el pecho atravesado por una estaca de hierro. Se cubrió el anillo con la mano derecha. Pero lo hizo a sabiendas de que era inútil. Frenéticamente, empezó a buscar entre la pizarra algo que le sirviera como arma. Entonces recordó su cuchillo. Parecía demasiado ligero para servirle de ayuda, pero lo cogió, blandiéndolo con la mano derecha y siguió buscando sin saber apenas qué buscar.

Durante un largo momento tanteó el suelo a su alrededor, sin que le importara el ruido que hacía. Luego sus dedos tropezaron con el bastón, que Bannor debía de haber dejado caer y estaba cerca de él.

El susurro se aproximaba. Era el sonido de muchos pies desnudos deslizándose sobre piedra. Iban a por él.

¡El bastón! Era un bastón de estigmatizado. Baradakas se lo había dado, y le había dicho: «En la hora de la oscuridad, recuerda el bastón del estigmatizado». Si pudiera encenderlo... Pero ¿cómo? La negra atmósfera se llenaba de enemigos. Sus pasos parecían deslizarse hacia él desde arriba. ¿Cómo?, se preguntó desesperadamente, tratando que el bastón se encendiera por la pura fuerza de su voluntad. ¡Oh, si Baradakas le hubiera explicado el secreto!

Los pies siguieron acercándose. Podía oír una respiración bronca tras el ruido sibilante de los pasos.

El bastón había ardido para él en la Celebración de Primavera. Temblando, presionó el extremo del bastón contra el anillo teñido de rojo. Al instante surgió de la madera una llama roja, que se transformó en pálido anaranjado y amarillo y resplandeció. La súbita luz le aturdió, pero se puso de pie y sostuvo el bastón por encima de su cabeza.

Se encontraba en el fondo de una larga pendiente, que llenaba la mitad del suelo de la grieta. Los montones de pizarra fragmentada le habían salvado la vida al ceder bajo el impacto de su caída, haciéndole rodar por la pendiente. Delante y detrás de él, la grieta se extendía hacia arriba, lejos del alcance de su llama. Cerca, el ur-vil yacía retorcido boca arriba, con su piel negra cubierta de sangre. Avanzando lentamente hacia él se acercaba un grupo de Entes de la cueva.

Todavía se hallaban a unos treinta metros de distancia, pero aún así su aspecto sorprendió a Covenant. No se parecían a los demás Entes que había visto. La diferencia no radicaba sólo en la indumentaria: aquellas criaturas vestían

suntuosamente, con muchos adornos chillones, como un séquito real, sino que también físicamente eran distintas. Eran viejas... viejas de una manera prematura, antinatural. Sus ojos rojos estaban hundidos en las cuencas, y los largos miembros se doblaban como si los huesos se hubieran deformado en poco tiempo. Sus cabezas se encorvaban, y los cuellos todavía parecían lo bastante gruesos para ser fuertes y erectos. Sus pesadas manos, como espátulas, temblaban como atacadas de parálisis. Parecían un grupo de víctimas de algún mal hediondo, pero seguían adelante con determinación, como si les hubieran prometido la paz de la muerte una vez cumplida su última tarea.

Sacudiéndose su sorpresa, Covenant blandió su bastón amenazadoramente.

—¡No me toquéis! —susurró entre dientes—. ¡Atrás! ¡He hecho un trato!

Los Entes de la cueva no dieron señal alguna de que le habían escuchado, pero no le atacaron. Cuando casi estaban al alcance del Increíble, se dividieron a ambos lados, rodeándole torpemente. Entonces, haciéndose a un lado para que pudiera pasar y acercándose hacia él por el otro, le indicaron la dirección por la que habían llegado.

En cuanto comprendió que deseaban llevarle a algún lugar sin lucha, Covenant empezó a cooperar. Supo intuitivamente adonde se dirigían, de modo que avanzó entre ellos, a lo largo de la grieta, hasta que llegaron a una escalera en la pared izquierda. Era un camino abrupto, tallado ásperamente en la roca, pero lo bastante ancho para que varios Entes de la cueva subieran unos al lado de los otros. Covenant pudo dominar su vértigo permaneciendo cerca de la pared, apartado de la grieta.

Ascendieron a considerable altura antes de llegar a una abertura en la pared. Aunque las escaleras seguían ascendiendo, los Entes de la cueva le hicieron pasar por aquella abertura, y se encontró en un estrecho túnel en cuyo extremo había un resplandor de luz de roca. Entonces las criaturas le hicieron avanzar con más rapidez, como si le apresuraran hacia un patíbulo.

Entonces se abatió sobre él una oleada de calor y un hedor a azufre. Salió del túnel y se encontró en Kiril Threndor.

Reconoció el brillo bruñido de las paredes talladas, el fétido hedor sulfuroso como de carne putrefacta roída por ácido, las varias entradas, la ardiente danza de la luz en las apretadas estalactitas del techo. Todo era tan vívido para él como si una pesadilla hubiera cobrado realidad. Los Entes de la cueva le hicieron entrar en la cámara y luego se apostaron tras él para bloquear la entrada.

Por segunda vez se encontró ante Lombrizderoca Babeante.

El Babeante estaba agazapado en su estrado, en el centro de la cueva. Sujetaba el Bastón de la Ley con sus enormes manos, y Covenant le reconoció principalmente por aquel bastón, puesto que la criatura había cambiado. Alguna desgracia le había acontecido. Al ver a Covenant, el Babeante lanzó una risa estridente, pero su voz era débil y su risa tenía un timbre de histeria. No rió demasiado. Parecía demasiado

exhausto para hacerlo. Al igual que los Entes de la cueva que le habían acompañado hasta allí, era viejo.

Pero lo que les había dañado a los otros, fuera lo que fuese, había causado mayores estragos en el Babeante. Sus miembros estaban tan torcidos que apenas podía sostenerse. La saliva se deslizaba constantemente por sus labios caídos y sudaba profusamente, como si ya no pudiera resistir el calor de su propio dominio. Sostenía el Bastón en una actitud de orgullosa posesión y desesperación. Solamente sus ojos permanecían inmutables. Tenían un brillo rojizo, sin iris ni pupila, y en ellos parecía espumear una lava maligna, dispuesta a devorar.

Covenant sintió una extraña mezcla de piedad y repugnancia. Pero sólo dispuso de un momento para preguntarse qué le había sucedido al Babeante, antes de ponerse en guardia, pues el Ente de la cueva empezó a acercarse a él cojeando.

Gruñendo dolorido, el Babeante se detuvo a unos pasos de Covenant. Soltó una mano del bastón intrincadamente tallado para señalar con un dedo tembloroso la alianza matrimonial de Covenant. Al hablar, lanzó continuas miradas por encima de su hombro, como dirigiéndose a un espectador invisible. Su voz era tan torcida y quebrada como sus brazos y piernas.

—¡Mío! —carraspeó—. Lo prometiste. Mío. Amo Babeante, Bastón y anillo. Lo prometiste. Haz esto, dijiste. Haz esto. No aplastes. Espera ahora. Mata luego. Lo prometiste. El anillo si hacía lo que dijiste. —Su voz parecía la de un niño enfermo—. Babeante. ¡Amo Babeante! Mío ahora.

Babeando copiosamente, extendió una mano para coger el anillo de Covenant.

Covenant reaccionó al instante, lleno de revulsión. Alzando su bastón ardiente, descargó un rápido golpe en la mano del Babeante. El impacto hizo que el bastón se rompiera en astillas, como si el cuerpo del Babeante fuera de hierro.

El Babeante lanzó un rugido de rabia, tosió y golpeó con la contera del Bastón de la Ley el suelo, y la piedra se movió violentamente bajo los pies de Covenant, el cual cayó hacia atrás y aterrizó con una sacudida que pareció detener su corazón.

Quedó tendido, aturdido e impotente. A través de un ruido palpitante en sus oídos oyó decir al Babeante:

—¡Matadle! ¡Dadme el anillo!

Covenant rodó sobre sí mismo. El sudor empañaba su visión. Confusamente, vio que los Entes de la cueva convergían hacia él. Sintió que el corazón se le paralizaba en el pecho y no lograba ponerse en pie. Boqueando en busca de aire, se arrastró para evitar que le capturasen.

El primer Ente de la cueva le cogió por el cuello, pero lanzó un gemido abrupto y cayó a un lado. Otro Ente cayó también. Los restantes retrocedieron llenos de confusión.

—¡Guardianes de Sangre! —gritó uno de ellos con voz temblorosa—. ¡Amo

Babeante, ayúdanos!

—¡Estúpido! —replicó el Babeante, tosiendo como si sus pulmones estuvieran destrozados—. ¡Cobarde! ¡Yo soy el poder! ¡Matadlos!

Covenant se incorporó, se enjugó el sudor de los ojos y encontró a Bannor a su lado. La túnica del Guardián de Sangre le colgaba hecha jirones desde los hombros, y un gran golpe sobre la ceja le cerraba un ojo. Pero sus manos estaban preparadas para la lucha, y permanecía de puntillas, listo para saltar en cualquier dirección. Había en su mirada inexpresiva un tenue brillo de acción.

Covenant sintió tal alivio que quiso abrazar a Bannor. Después de su tremenda experiencia se sintió súbitamente rescatado, casi redimido. Pero el áspero tono de su voz contradecía su emoción.

—¿Por qué diablos has tardado tanto?

Los Entes de la cueva se aproximaron lenta, temerosamente, rodeando a Covenant y Bannor. El enfurecido Babeante lanzaba broncos gritos.

Por encima de sus cabezas, el claroscuro de las estalactitas danzaba alegremente.

Con una indiferencia sorprendente, Bannor replicó que había caído después de matar al ur-vil y había perdido el conocimiento. Luego le fue imposible localizar a Covenant en aquella oscuridad.

Espoleado por las órdenes estridentes del Babeante, un Ente de la cueva atacó a Covenant por la espalda. Pero Bannor se volvió rápidamente y derribó a la criatura de una patada.

—La llama de tu bastón me reveló dónde estabas —siguió diciéndole—, y decidí seguirte. —Se interrumpió para abalanzarse contra los atacantes más próximos. Éstos retrocedieron precipitadamente. Cuando habló de nuevo, en su acento *Haruchai* había una nota de sinceridad total—. Mantuve mi ayuda en suspenso, esperando pruebas de que no eres enemigo de los Amos.

Algo en el rostro inexpresivo e indiferente con que Bannor se enfrentaba a la muerte se comunicó a Covenant.

—Has elegido un buen momento para ponerme a prueba —le dijo.

—Los Guardianes de Sangre conocen la duda. Tenemos que estar seguros.

El Babeante hizo acopio de fuerzas para chillar furiosamente:

—¡Estúpidos! ¡Gusanos! ¡Sólo son dos y les tenéis miedo! ¡Vamos! ¡Mirad cómo mata el Amo Babeante!

Los Entes de la cueva le hicieron paso, y el Babeante avanzó blandiendo el Bastón de la Ley como si fuera un hacha.

Bannor atacó a la criatura, golpeándole en el rostro. Pero a pesar de su decrepita condición, Lombrizderoca Babeante rebotaba energía. El golpe de Bannor no pareció hacer mella en él. Lleno de ira, pero sin que ello le impidiera calcular su puntería, levantó el Bastón para asestar un golpe cuya violencia sería capaz de incinerar a

Bannor y Covenant en el lugar en que se hallaban. Ambos eran impotentes contra la clase de poder que sostenía aquella criatura.

Pese a todo, Bannor se colocó ante Covenant para recibir el golpe. El Incrédulo, amedrentado, esperó el dolor que le libraría. Pero el Babeante ya se había retrasado demasiado. Había perdido su ocasión, descuidando otros peligros. Aún sostenía en alto el Bastón cuando la compañía de la Búsqueda, dirigida por el Primer Signo Tuvor y el Amo Superior Prothall, penetró en Kiril Threndor.

Parecían agotados, como si hubieran tenido una refriega con los defensores externos del Babeante, pero estaban preparados para seguir luchando e invadieron la cámara como una oleada decisiva. Prothall impidió que el Babeante descargara su golpe con un grito lleno de autoridad. Antes de que los Entes de la cueva pudieran agruparse de nuevo, el Eoman cayó sobre ellos, expulsándolos de la cueva. En un momento, el Babeante estuvo rodeado por un ancho círculo de guerreros y Guardianes de Sangre.

Lentamente, aparentando confusión, el Babeante retrocedió hasta quedar semiagachado en su estrado. Su mirada recorrió el círculo, como si no pudiera aquilatar lo que sucedía. Pero sus manos espatuladas sostenían el Bastón con una firmeza fatídica.

Entonces, en sus grotescos ojos de lava apareció una expresión de astucia. Moviéndose convulsamente la cabeza, dijo con voz ronca:

—Aquí... Esto es justo. Justo. Mejor que las promesas. Todos ellos... aquí. Los pequeños Amos y los insignificantes Guardianes de Sangre... humanos. A punto de ser aplastados. —Empezó a reír, pero le dio un acceso de tos—. ¡Aplastados! —exclamó cuando recobró el dominio de sí mismo—. Aplastados por el poder. —Hizo un ruido con la garganta, como de huesos machacados—. ¡Poder! Pequeños Amos. Poderoso Babeante. Mejor que promesas.

Prothall se enfrentó resueltamente al Ente de la cueva. Dando su bastón a Mhoram, avanzó hasta el estrado, con Tuvor a su lado. Permaneció erguido, con aspecto tranquilo. Apoyándose en años de abnegación, su mirada ni vacilaba ni ardía. En cambio, las órbitas rojas del Babeante estaban consumidas por innumerables saciedades, por una avidez irrefrenable de poder. Cuando el Amo Superior habló, incluso los achaques de su voz parecían autoritarios y decididos.

—Basta ya, Lombrizderoca Babeante —dijo en tono mesurado—. El Bastón de la Ley no te pertenece. No se hizo para ti. Su fuerza sólo debe ser usada para la salud del Reino. Dámelo.

Covenant dio unos pasos para situarse al lado del Amo Superior. Sintió que debía estar cerca del Bastón.

—¿Poder? —se limitó a musitar el Babeante—. ¿Dártelo? Jamás.

Sus labios siguieron moviéndose, como si conversara consigo mismo sobre sus

planes secretos.

—Entrégalo —le apremió de nuevo Prothall—. Hazlo por tu propio bien. ¿No ves lo que te ha ocurrido? Ese poder no es para ti. Te destruye. Has usado el Bastón erróneamente. Has utilizado la Piedra de la Mala Tierra. Tales poderes son letales. El Amo Execrable te ha traicionado. Dame el Bastón. Trataré de ayudarte.

Pero la idea ofendió al Babeante.

—¿Ayuda? —Tuvo un nuevo acceso de tos—. ¡Estúpido! Yo soy el Amo Babeante. ¡El Amo! La luna es mía. El poder es mío. Tú eres mío. ¡Puedo aplastarte! Viejo..., pequeño Amo. Te dejaré vivir para que me hagas reír. ¿Ayuda? No, baila. Anda, baila para el Amo Babeante. —Blandió el Bastón de un modo amenazante—. Hazme reír y te dejaré vivir.

Prothall se irguió.

—Suelta el Bastón, Lombrizderoca Babeante —dijo en tono imperioso.

El Amo Superior avanzó un paso. Con una sacudida semejante a una convulsión histérica, el Babeante alzó el Bastón para golpear.

Prothall se adelantó y trató de detenerle, pero Tuvor alcanzó primero al Ente de la cueva y cogió el extremo del Bastón.

Babeando de rabia, la criatura empujó la contera metálica del Bastón contra el cuerpo de Tuvor. Surgió del Bastón un resplandor sangriento. En aquel instante, la carne del Primer Signo Tuvor se hizo transparente. La compañía pudo ver sus huesos que ardían como astillas secas. Luego cayó, oscilando hacia atrás, hasta derrumbarse en los brazos de Covenant.

Su peso era excesivo para que el Incrédulo pudiera sostenerlo, y cayó al suelo con su carga. Acunando a Tuvor, contempló al Amo Superior.

Prothall luchaba con el Babeante. Cogió el Bastón con ambas manos para evitar que el Ente le golpeará, y los dos contrincantes forcejearon.

Parecía imposible que Prothall pudiera vencer en la pelea, pues a pesar de su decrepitud, el Babeante retenía parte de la fuerza propia de un Ente de la cueva. Estaba lleno de energía, y Prothall era viejo.

Con Tuvor entre sus brazos, Covenant no podía hacer nada por él.

—¡Ayúdale! —gritó a Mhoram—. ¡Le matará!

Pero el Amo Mhoram volvió la espalda a Prothall y se arrodilló al lado de Covenant para ver si podía ayudar a Tuvor.

—El Babeante intenta dominar el Bastón con malignidad —dijo ásperamente mientras examinaba al Primer Signo—. El Amo Superior puede entonar una canción más fuerte para contrarrestarlo.

—¡Le matará! —gritó Covenant aterrado—. ¡Tienes que ayudarlo!

—¿Ayudarlo? —Un brillo peligroso titiló en las pupilas de Mhoram. El dolor y el esfuerzo que hacía para dominarse afilaron su voz—. Él no recibiría mi ayuda con

agrado. Es el Amo Superior. A pesar de mi Juramento... —Hizo una pausa, sofocado por la emoción—... aplastaría al Babeante.

Pronunció aquella palabra tan propia del Babeante, aplastar, en un tono de tal desesperación que silenció a Covenant.

Jadeando, Covenant contempló la lucha del Amo Superior. Le horrorizaba el peligro y el precio que ambos estaban dispuestos a pagar.

Entonces estalló la batalla a su alrededor. Los Entes de la cueva atacaron Kiril Threndor desde varias direcciones. Al parecer, el Babeante había sido capaz de enviar una llamada silenciosa, y los guardianes respondían. Las primeras fuerzas que llegaron a la cámara no eran considerables, pero bastaban para poner en un brete a toda la compañía. Sólo Mhoram no se unió a la lucha, sino que se arrodilló al lado de Covenant y acarició el rostro del Primer Signo, como si le transfigurase la agonía de Tuvor.

Gritando estentóreamente por encima del estruendo de las armas, Quaan ordenó a sus guerreros que formaran un anillo defensivo alrededor del estrado y de los Amos. Las bajas sufridas y la fatiga habían mermado mucho al Eoman, pero el valiente Quaan dio sus órdenes como si la necesidad de los Amos le hiciera inmune a la debilidad. Los miembros del Eoman se mezclaron con los Guardianes de Sangre y se batieron espoleados por las exhortaciones de Quaan.

Los crecientes peligros hacían tambalearse a Covenant. Prothall y el Babeante sostenían una lucha terrible por encima de él. La pelea que tenía lugar a su alrededor se hizo por momentos más rápida y frenética. Tuvor se estaba muriendo en su regazo, y él no podía hacer nada para evitarlo, no podía ayudar a nadie. Pronto su huida sería imposible y todos sus esfuerzos vanos.

No había previsto que su trato tendría aquel resultado.

El Babeante hacía retroceder lentamente a Prothall.

—¡Baila! —le gritaba enfurecido.

Tuvor se estremeció y abrió los ojos. Covenant desvió la mirada de Prothall. Los labios de Tuvor se movieron, pero no emitió sonido alguno.

Mhoram trató de consolarle.

—No temas. Este mal será vencido... Está en las manos del Amo Superior. Y tu nombre será recordado con honor allá donde se valore la confianza.

Pero Tuvor mantenía su mirada fija en Covenant y logró musitar una sola palabra:

—¿Leal?

Su tono era suplicante, pero Covenant no supo si le pedía una promesa o un juicio. Sin embargo, el Incrédulo le respondió. No podía rechazar lo que le pedía un Guardián de Sangre, negar la satisfacción a quien tenía una fidelidad tan costosa. La palabra se negaba a salir de sus labios, pero se obligó a hacerlo.

—Sí.

Tuvor se estremeció de nuevo, exhaló un débil quejido y, como si se hubiera roto la cuerda de su Voto, murió. Covenant le cogió por los hombros y le zarandeó, pero no obtuvo respuesta.

En el estrado, el Babeante había logrado que Prothall cayera de rodillas, y lo doblaba hacia atrás para asestarle el golpe mortal.

—¡Mhoram! —aulló Covenant, lleno de ira e impotencia.

El Amo asintió y se puso en pie de un salto, pero no atacó al Babeante. Sosteniendo el bastón por encima de su cabeza, exclamó con voz que se impuso sobre el clamor de la batalla:

—¡*Melenkurion abatha!* ¡*Minas mill khabaal!*

Su bastón se incendió con un fuego incandescente de un extremo a otro.

El poder de las Palabras sobresaltó al Babeante y le hizo retroceder un paso. Prothall se incorporó.

Más Entes de la cueva se precipitaron en Kiril Threndor, Quaan y su Eoman tuvieron que retroceder hacia el estrado. Finalmente, Mhoram acudió en su ayuda. Su bastón ardía furiosamente al atacar. A su alrededor, los Guardianes de Sangre luchaban como demonios, saltando entre los Entes de la cueva y golpeándoles con tal rapidez que las criaturas chocaban entre sí al tratar de devolver los golpes.

Pero los defensores del Babeante seguían acudiendo, invadiendo la cueva. La compañía comenzó a zozobrar bajo el creciente ataque.

—¡Lo tengo! —gritó entonces Prothall por encima del tumulto—. ¡La luna está libre!

Se erguía triunfante en el estrado, alzando en sus manos el Bastón de la Ley. El Babeante yacía a sus pies, como un fragmento de roca partida, sollozando.

—Devuélvemelo —jadeó la criatura entre espasmos de aflicción—. Lo quiero.

Aquella escena infundió temor a los Entes de la cueva. Retrocedieron, apoyándose en las paredes de la cueva.

Liberados del combate, Quaan y sus guerreros se volvieron hacia Prothall y lanzaron hurras de alegría. Sus voces eran roncas y fatigadas, pero exultaban con la victoria del Amo Superior, como si hubiera conquistado el futuro del Reino.

Pero por encima de sus cabezas las luces danzantes de Kiril Threndor siguieron mostrando su profuso resplandor.

Covenant echó un vistazo a su anillo: aún ardía con un brillo carmesí. Quizá la luna era libre, pero él no lo era.

Antes de que se extinguieran los ecos de la alegría, antes de que ninguno de ellos pudiera moverse, se produjo un nuevo sonido en lo alto de la cueva. Comenzó tenuemente y luego se expandió hasta llenar la cámara como si el techo se derrumbara. Era el sonido de una risa..., la risa del Amo Execrable, en la que latía alegría y odio inagotable. Reflejaba un desprecio que les dominaba, les hundía en su

impotencia, les paralizaba, parecía detener los latidos de sus corazones y su aliento. Y mientras aquella risa se derramaba sobre ellos, se sintieron perdidos.

Hasta Prothall permaneció inmóvil. A pesar de su victoria, parecía viejo y débil, y su mirada se perdía, como si contemplara su propio ataúd. Y Covenant, que conocía aquella risa, no podía soportarla.

Pero el Amo Mhoram actuó. Saltando al estrado, hizo girar su bastón, y una luz azulada surgió de él hacia las apretadas estalactitas.

—¡Muéstrate entonces, Despreciativo! —gritó—. ¡Si estás tan seguro, muéstranos ahora la cara! ¿Acaso temes poner a prueba con nosotros tu maldición?

La risa del Amo Execrable estalló con un mayor desprecio, pero el desafío de Mhoram había roto su conjunto. Prothall tocó el hombro de Mhoram. Los guerreros tomaron sus espadas, y se dispusieron sombríos detrás de los Amos.

Más Entes de la cueva entraron en la cámara, pero no atacaron. Al verlos, el Babeante se irguió apoyándose en sus brazos deformes. Sus sangrientos ojos hervían, mostrando ferocidad y maldad hasta el final. Tosiendo como si estuviera a punto de vomitar su corazón, dijo entre jadeos:

—El Bastón. No sabéis. No podéis usarlo. Estúpidos. No tenéis escapatoria. Ninguna. Yo tengo ejércitos. Tengo la Piedra. —Haciendo un tremendo esfuerzo, se hizo oír por encima de la risa—. La Piedra de la Mala Tierra. Poder y poder. Aplastaré. Aplastaré. —Extendiendo un débil brazo hacia sus guardianes, ordenó con un grito estridente—: ¡Aplastad!

Blandiendo sus armas, los Entes de la cueva se lanzaron adelante.

LA LLAMADA DE LOS LEONES



Guardianes de Sangre tomaron posiciones de combate con el Eoman.

Mhoram llamó a Covenant.

Lentamente, el Incrédulo alzó la cabeza. Miró a sus compañeros y le parecieron penosamente escasos. Trató de levantarse, pero el cuerpo de Tuvor le aprisionaba y pesaba demasiado para poder moverlo. Incluso muerto, la impresionante devoción del Primer Signo sobrepasaba su fuerza.

—¡Por aquí! —oyó gritar a la Fustigadora Lithe—. ¡Conozco el camino!

Esquivando a los Entes de la cueva, la mujer avanzaba hacia una de las entradas. Covenant la contempló como si ya hubiera renunciado a la huida. No podía levantar a Tuvor porque le era imposible sostenerlo con la mano derecha. Dos dedos no bastaban.

Entonces Bannor le apartó del Primer Signo caído y le empujó hacia el anillo protector del Eoman. Covenant se resistió.

—¡No podéis dejarle aquí! —exclamó. Pero Bannor le obligó a avanzar entre los guerreros—. ¿Qué estáis haciendo? —protestó—. Hemos de llevarlo con nosotros. Si no lo enviáis a su región natal no lo sustituirán. —Giró sobre sus talones para apelar a los Amos—. ¡No podéis abandonarlo!

En los labios de Mhoram se dibujó un rictus severo.

—Debemos dejarle.

Desde la entrada del túnel que había elegido, Lithe gritó:

—¡Por aquí! —Rodeó el cuello de un Ente de la cueva con su cuerda y usó el cuerpo de la criatura para protegerse de los ataques—. ¡Éste es el camino!

Otros Entes se dirigieron hacia ella, obligándola a retroceder.

En respuesta, Prothall encendió su viejo bastón, lo hizo oscilar y se dirigió a ella. Con la ayuda de Mhoram, abrió paso para sus compañeros entre la masa de Entes.

El brillante fuego de los Amos intimidó a las criaturas. Pero antes de que la compañía hubiera llegado al túnel elegido por Lithe, una cuña de ur-viles penetró gruñendo en la cámara, a través de una entrada cercana. Les dirigía un poderoso

maestro de la ciencia, negro como las catacumbas, blandiendo una estaca de hierro que parecía húmeda de energía o sangre.

—¡Corred! —gritó Prothall, y los miembros de la Búsqueda se precipitaron al túnel.

Los ur-viles corrieron para cortarles el paso, pero la compañía era más rápida. Prothall y Mhoram llegaron al pasadizo y se hicieron a los lados para que los demás pasaran entre ellos.

Pero uno de los guerreros decidió ayudar a huir a sus camaradas. Giró súbitamente, desviándose del Eoman. Empuñando con furia su espada, se arrojó contra la cuña de ur-viles.

Mhoram lanzó un grito y volvió corriendo al interior de la cámara para ayudarlo. Pero el maestro de la ciencia apartó al guerrero con un golpe de su estaca, derribándole. Una negra humedad le cubrió de la cabeza a los pies. Gritó como si le hubieran empapado en ácido. Mhoram pudo evitar por poco el golpe de la estaca y volvió al lado de Prothall en la entrada del pasadizo.

Allí trataron de defenderse, oponiendo sus llamas azules a los ur-viles. El maestro de la ciencia ur-vil les atacó una y otra vez. Ellos paraban los golpes con sus bastones. Grumos de fluido llameante, que ardían con llamas azules y luego se ennegrecían con rapidez, brotaban en todas direcciones a cada golpe. Pero la cuña luchaba con una saña que hacía retroceder a los Amos paso a paso en el túnel.

Quaan intentó contraatacar haciendo que sus arqueros más fuertes arrojaran flechas contra el maestro de la ciencia. Pero los dardos eran inútiles. Se incendiaban al tocar la negra energía de los ur-viles y quedaban reducidos a cenizas.

Detrás de la compañía, Lithe intentaba convencer a los Amos para que la siguieran, fiándose de su instinto para encontrar la luz del día. Pero ellos no podían seguirla, no se atrevían a volver la espalda a la cuña de ur-viles.

Cada choque les hacía retroceder. A pesar de su coraje y resolución estaban casi exhaustos, y cada golpe de la estaca del maestro de la ciencia les debilitaba más. Su llama era ahora menos intensa, y los grumos ardientes se ennegrecían con más rapidez. Era evidente que no podían hacer frente por más tiempo a la pelea, y ninguno de la compañía podía sustituirles.

—¡Atrás! —gritó abruptamente Mhoram—. ¡Más espacio!

El tono perentorio de su voz no permitía ninguna negativa. Hasta los Guardianes de Sangre obedecieron.

—¡Covenant! —gritó Mhoram.

Covenant se aproximó hasta quedar muy cerca de la enconada batalla.

—¡Alza tu anillo!

Impulsado por la vehemencia de Mhoram, el Incrédulo levantó la mano izquierda. Una tonalidad carmesí cubría aún su anillo matrimonial.

El maestro de la ciencia observó el anillo como si de repente oliera su presencia. La cuña se detuvo, aunque el maestro de la ciencia no bajó su guardia.

—¡*Melenkurion abatha!* —ordenó Mhoram—. ¡Atácales!

Covenant comprendió, medio intuitivamente, y lanzó su puño izquierdo contra el maestro de la ciencia. Con estridentes gritos de temor, toda la cuña retrocedió.

En aquel momento actuaron los Amos.

—¡*Minas mill khabaal!* —gritaron armónicamente en diferentes tonos, y trazaron con sus bastones encendidos una X que cubrió el túnel de arriba abajo. La llama de la X permaneció en el aire y, antes de que pudiera extinguirse, Prothall colocó su bastón erecto en ella. En seguida una cortina de fuego azul brilló en el pasadizo.

Gruñendo de rabia ante la estratagema de Mhoram, los ur-viles se lanzaron contra ellos. El maestro de la ciencia golpeó la llama con su estaca. La ardiente pared ondeó y titiló, pero no permitió pasar a la cuña.

Prothall y Mhoram sólo dedicaron un instante a comprobar si su poder se mantenía. Luego se volvieron y echaron a correr por el túnel.

—¡Hemos cerrado el paso del túnel! —dijo el jadeante Mhoram a la compañía—. Pero no durará mucho tiempo. No somos lo bastante fuertes... Fue necesario el bastón del Amo Superior para bloquear la entrada. Y los ur-viles están enloquecidos. El Babeante los vuelve locos con la Piedra de la Mala Tierra. —Hablabla apresuradamente, pero con voz estremecida—. Ahora debemos correr. Hay que salir de aquí. Todos nuestros trabajos no servirán de nada si no ponemos a seguro el Bastón y el Ala.

—¡Vamos! —replicó la Fustigadora Lithe—. Conozco la hierba y el cielo. Puedo encontrar el camino.

Prothall asintió con un gesto, pero sus movimientos eran lentos, a pesar de su necesidad de presteza. Estaba agotado, había dejado atrás los límites normales de su vigor. El aliento le renqueaba en el pecho, como si se ahogara en la flema de su edad, y se apoyaba en el Bastón de la Ley.

—¡Id! —jadeó—. ¡Corred!

Dos Guardianes de Sangre le cogieron de los brazos, y entre ellos emprendió una penosa y lenta carrera por el pasadizo. La compañía pasó por su lado, corriendo tras Lithe.

Al principio avanzaron sin dificultad, pues el túnel presentaba pocas desviaciones. En cada una de ellas Lithe parecía de inmediato segura de si prometía conducir a la luz del día. Iluminada desde atrás por el bastón de Mhoram, corría como si siguiera una cálida senda de libertad.

Tras los esfuerzos del combate cuerpo a cuerpo, la compañía se sentía aliviada al tener que limitarse a correr. Ello les permitía concentrarse y conservar su fuerza. Además, iban alejándose del radio en que era audible la risa del Execrable, como si se

liberasen lentamente. Pronto no pudieron oír ni burlas ni amenazas de ataque a sus espaldas. Al fin les acogía la silenciosa oscuridad.

Avanzaron apresuradamente durante casi una legua. Empezaron a atravesar una sección de las catacumbas llena de pequeñas cuevas, pasadizos y desvíos, pero que no parecía contener grandes salas, grietas ni habitáculos de los Entes. Lithe no dudó entre aquella cantidad de corredores, y varias veces siguió caminos que ascendían lentamente.

Pero a medida que los complicados túneles se abrían a caminos más anchos y negros, donde la llama de Mhoram no iluminaba paredes o techos de cuevas, las catacumbas se hicieron más hostiles. Gradualmente cambió el silencio... Entre los miembros de la compañía se perdió la sensación de alivio y cobró fuerza el temor de una emboscada. La oscuridad alrededor de la luz de Mhoram parecía ser cada vez más ocultadora. En los giros y cruces, la oscuridad les dificultaba la elección, embotando el instinto de Lithe, la cual empezó a fallar.

Detrás de Lithe, Prothall era cada vez menos capaz de mantener el ritmo de la marcha. Su ronco aliento se hacía por momentos más difícil. Incluso los miembros de la Búsqueda que se encontraban más debilitados podían oír el penoso jadeo del Amo Superior por encima del suyo. Los Guardianes de Sangre casi le llevaban en volandas.

A pesar de todas aquellas dificultades siguieron avanzando en la negrura. Llevaban el Bastón de la Ley y la Segunda Ala, y no podían rendirse.

Llegaron entonces a una alta cueva que formaba un cruce de caminos de varios túneles. La dirección general que habían seguido desde que salieron de Kiril Threndor se continuaba por un pasadizo al otro lado de la cueva. Pero Lithe se detuvo en el centro del cruce, como si algo la hubiera obligado a hacer un alto. Miró a su alrededor insegura, confundida por las posibilidades de elección, y por algún rechazo instintivo de la única selección que le parecía evidente. Meneando la cabeza, como si se resistiera un poco, gimió:

—Ah, Amos. No sé por dónde ir.

—¡Debes saberlo! —le espetó Mhoram—. No tenemos otra oportunidad. Los antiguos mapas no muestran estos caminos. Nos has conducido más allá de nuestro conocimiento.

La cogió del hombro como si quisiera forzar su decisión. Pero un instante después Prothall distrajo su atención. Con un intenso acceso de tos, el Amo Superior cayó al suelo.

Uno de los Guardianes de Sangre le levantó rápidamente hasta dejarle sentado, y Mhoram se arrodilló junto a él, escudriñando su viejo rostro lleno de preocupación.

—Descansa un poco —musitó Mhoram—. Nuestro bloqueo hace rato que se ha extinguido. No debemos demorarnos.

—Dejadme —replicó el Amo Superior entre accesos de tos—. Tomad el Bastón y dejadme. Estoy acabado.

Sus palabras conmocionaron a la compañía. Covenant y los guerreros retuvieron el aliento para oír la respuesta de Mhoram. El aire se llenó súbitamente de tensión, ante el temor de que Mhoram aceptara el sacrificio de Prothall.

Pero Mhoram no dijo nada.

—Dejadme —repitió Prothall—. Dame tu bastón y defenderé como pueda vuestra retirada. Digo que os marchéis. Soy viejo. He tenido mi época de triunfo. No pierdo nada. Tomad el Bastón y marchaos. —Como el Amo seguía silencioso, Prothall añadió en tono suplicante—: Escúchame, Mhoram. No dejes que mis viejos huesos destruyan esta Búsqueda.

—Te escucho.

La voz de Mhoram sonó con un tono lacerante. Se arrodilló con la cabeza inclinada.

Pero un instante después se levantó, echó la cabeza atrás y empezó a reír. Era una risa tranquila, de alivio. La compañía le observó boquiabierta hasta comprender que no se trataba de histeria. Entonces, sin saber por qué, rieron a su vez. El humor corrió como un limpio viento a través de sus corazones.

Covenant casi maldijo en voz alta, porque no podía compartir aquella reacción.

Cuando las risas remitieron, Mhoram se dirigió al Amo Superior:

—Ah, Prothall, hijo de Dwillian. Es buena cosa que seas viejo. ¿Abandonarte? ¿Qué placer obtendría de contar a Osondrea tus grandes hazañas si no estuvieras allí para protestar de mi jactancia?

Rió de nuevo alegremente. Luego se volvió a Lithe, que permanecía asombrada en el centro de la cueva.

—Fustigadora —le dijo suavemente—, has hecho bien. Tu instinto es certero... Recuérdalo ahora. Desecha todas tus dudas. No tememos seguirte adonde tu corazón nos dirija.

Covenant había observado que tampoco ella se sumó a la risa de la compañía. Su mirada reflejaba turbación, y, dado su carácter fácilmente irritable, el Increíble supuso que la severidad con que antes le había tratado Mhoram la ofendió. Pero hizo un grave gesto de asentimiento al Amo.

—Eso está bien, pero mis pensamientos no confían en mi corazón.

—¿En qué sentido?

—Mis pensamientos me dicen que debemos continuar como hemos venido. Pero mi corazón desea ir allí. —Indicó la abertura de un túnel situado casi en la dirección por la que habían venido—. No lo sé —concluyó sencillamente—. Esto es nuevo para mí.

Mhoram replicó sin vacilación.

—Eres la Fustigadora Lithe, de los hombres de Ra. Has servido a los ranyhyn. Conoces la hierba y el cielo. Confía en tu corazón.

Al cabo de un momento, Lithe aceptó su consejo.

Dos Guardianes de Sangre ayudaron a Prothall a levantarse. Sujetándole entre ellos, se unieron a la compañía y siguieron por el túnel que indicaba el instinto de Lithe.

Este pasadizo pronto empezó a descender lentamente, y bajaron a buen paso por él. Les impulsaba la esperanza de que sus perseguidores no adivinarían lo que estaban haciendo, y así no les cortarían el paso ni les seguirían directamente. Pero en medio de aquella oscuridad abismal y aquel silencio no podían estar seguros de nada. No aparecieron ramificaciones en su camino, pero serpenteaba como si siguiera el curso de una vena en la montaña. Finalmente se abrió a un enorme espacio vacío, y empezó a ascender por una superficie empinada de roca estriada, zigzagueante. Ahora la compañía tenía que avanzar penosamente hacia arriba.

Las dificultades del terreno, tanto como la misma ascensión, les obligaron a avanzar muy lentamente. Cuanto más subían más frío era el aire, y más fuerte parecía el viento que soplaba en el negro abismo, a su lado. Pero el frío y el viento sólo acentuaban el sudor que les cubría y la fatiga de su respiración. Sólo los Guardianes de Sangre parecían indemnes después de tantos días de esfuerzo constante. Subían la cuesta con pasos firmes que parecían una variación de su incansable entrega a los Amos. Pero sus compañeros no estaban hechos para aquella resistencia inhumana. Los guerreros y Covenant empezaron a tambalearse como lisiados en su ascensión.

Finalmente Mhoram ordenó un alto. Covenant se dejó caer al suelo y apoyó la espalda en la roca de cara a la negra e insondable caverna. El sudor parecía helarse en su rostro. Dieron cuenta de sus últimas provisiones, pero en aquel lugar sumido en la negrura subterránea los alimentos y la bebida parecían haber perdido su capacidad reparadora. Covenant comió y bebió entumecido, y luego cerró los ojos a la vacía negrura, pero la veía tanto si tenía los ojos cerrados como si no.

Algún tiempo después —Covenant ya no medía el tiempo— el Amo Mhoram susurró alarmado:

—Los oigo.

La réplica de Korik resonó como un suspiro en una tumba.

—Sí, nos siguen, y son muchos.

Los miembros de la Búsqueda se pusieron penosamente en pie y reanudaron su ascensión, sobrepasando los límites de sus fuerzas. Sentían la debilidad del fracaso, como si se movieran sólo porque la llama azulada de Mhoram tiraba de ellos hacia adelante, les impulsaba, suplicaba, halagaba, instaba, inspiraba, se negaba a aceptar nada de ellos excepto resistencia y más resistencia. Haciendo caso omiso de cualquier exigencia excepto su necesidad de huida, siguieron trepando.

Entonces el viento empezó a aullar a su alrededor, y su camino varió. La sima se estrechó abruptamente y se encontraron en una escalera estrecha, espiral, tallada en la pared. La anchura de los toscos escalones les obligó a subir en fila india. Y el viento seguía aullando como si huyera aterrorizado de las catacumbas. Covenant gimió al darse cuenta de que tendría que arriesgarse a otra altura peligrosa, pero el azote del viento era tan poderoso que parecía imposibilitar la caída. Subió la escalera sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

La compañía ascendió como si el aire tirase de ella, pero a medida que subían aumentaba la intensidad del viento, que se movía demasiado rápido para poder respirar. El vértigo se apoderó de ellos, dándoles la impresión de que el peñasco, como una enorme verga alrededor de la que se arrollaban los escalones, se movía de un lado a otro. Covenant avanzaba a gatas. Pronto todos los miembros de la compañía subían arrastrándose.

Finalmente Covenant yació tendido fuera de la escalera. Permanecía inmóvil. Débilmente oyó voces que trataban de imponerse sobre el rugido del viento, pero no podía concentrarse para saber qué decían. Sintió como si estuviera a punto de ahogarse, y lo único que deseaba era gemir. Apenas podía recordar qué le impedía incluso ahora liberarse de su desgracia.

Unas manos le cogieron por los hombros y le alzaron para depositarle sobre una piedra plana. Le arrastraron tres o cuatro metros por el borde de una estrecha grieta. El aullido del viento remitió.

Oyó que Quaan daba un ahogado y jadeante grito de alegría. Haciendo un esfuerzo, alzó la cabeza. Estaba tendido en una grieta que se abría a la superficie oriental del Monte Trueno. Muy por debajo, el sol se levantaba con una tonalidad rojiza sobre una llana y gris extensión de terreno.

El grito de alegría parecía un sollozo a sus oídos sorprendidos. Aquel grito fue extendiéndose a medida que los guerreros salían uno tras otro de las entrañas del monte. Lithe ya había salido y estaba arrodillada, besando la tierra. A lo lejos, al otro lado del Llano de Saran y la brillante línea de la Corriente de la Corrupción y el Gran Pantano, el sol brillaba espléndido y rojo.

Covenant se sentó y miró a los Amos. Su aspecto no era de triunfo. El Amo Superior estaba sentado, abatido, como un saco de viejos huesos, con el Bastón de la Ley en las rodillas. Inclina la cabeza y se cubría el rostro con ambas manos. A su lado, Mhoram permanecía silencioso y adusto, con la mirada perdida.

Covenant no comprendía qué les pasaba.

—Podemos defendernos aquí —oyó que decía Bannor.

—¿Cómo? —replicó violentamente Mhoram—. El Babeante conoce muchos caminos. Si le evitamos aquí, puede atacarnos desde abajo... o arriba. Puede lanzar a muchos millares contra nosotros.

—Entonces cierra esta grieta para demorarlos.

—El Amo Superior no tiene bastón —dijo Mhoram en voz baja—. No puedo bloquear la brecha yo solo... No tengo poder para eso. ¿Crees que soy lo bastante fuerte para cerrar las paredes de esta grieta? No... ni siquiera si estuviese dispuesto a dañar a la Tierra de ese modo. Debemos huir. Allí...

Señaló hacia un lugar situado más abajo de la montaña, con una mano temblorosa.

Covenant miró abajo. La grieta se abría al fondo de un barranco que bajaba directamente por la vertiente del Monte Trueno como la herida de un cuchillo. En su interior había un revoltijo de enormes rocas, cantos rodados y fragmentos de peñascos más altos. Y sus paredes eran lisas, imposibles de escalar. Los miembros de la Búsqueda tendrían que elegir su camino tortuosamente por el fondo del barranco a lo largo de una media legua. Allí terminaban las paredes y el barranco se abría a un peñasco, debería tratar de rodear los lados de la montaña hasta encontrar otro lugar para descender.

Covenant seguía sin comprender. Las dificultades del barranco le hicieron gemir, pero era una escapatoria. Podía sentir la luz del sol en el rostro.

—Pongámonos en marcha —dijo, incorporándose.

Mhoram le dirigió una mirada llena de dolor reprimido, pero no le dijo nada, sino que se dirigió vivamente a Quaan y Korik. Poco después los miembros de la Búsqueda iniciaron el descenso al barranco.

Su avance fue terriblemente lento. Para abrirse paso tenían que subir a las rocas sucesivas, saltar por encima de los cantos rodados, pasar a gatas a través de estrechas brechas entre enormes masas rocosas. Y estaban débiles. Los guerreros más fuertes necesitaban que los Guardianes de Sangre les ayudaran una y otra vez. A Prothall casi tenían que transportarle en volandas. Se aferraba al Bastón, y sus frágiles manos le imposibilitaban trepar a las rocas por sí solo. Cada vez que saltaba de una roca caía de rodillas. Pronto la parte delantera de su túnica estuvo manchada de sangre. Covenant empezó a percibir el peligro que corrían. La lentitud con que avanzaban podría ser fatal. Si el Babeante conocía otros caminos para salir a la vertiente de la montaña, sus fuerzas podrían llegar al extremo del barranco antes que la compañía.

No era el único que lo veía así. Pasado el primer alivio tras su salida de la oscuridad, los guerreros empezaron a parecer preocupados. Pronto caminaban penosamente, con las cabezas gachas y las espaldas encorvadas, como si llevaran atado al cuello el peso de todas sus fatigas. La luz del sol no les permitía ignorar el peligro que corrían.

Como una profecía, su temor se confirmó antes de que la compañía estuviera a medio camino del barranco. Un miembro del Eoman exhaló un grito entrecortado y señaló la montaña, a sus espaldas. Una horda de ur-viles salían de la grieta que ellos

habían utilizado.

Intentaron avanzar con más rapidez por el agreste suelo del barranco, pero los ur-viles iban tras ellos como una marea negra. Las criaturas parecían saltar por encima de las rocas sin temor a dar un mal paso, como si fueran en alas de una furia salvaje. Se acercaban a la compañía a una tremenda velocidad.

Y los ur-viles no estaban solos. Cerca del extremo del barranco, aparecieron de súbito los Entes de la cueva en lo alto de una pared. En cuanto avistaron a los miembros de la Búsqueda, empezaron a arrojar cuerdas por el borde y bajaron la pared.

La compañía quedó atrapada como un grupo de garrapatas en las pinzas del poder del Babeante.

Se detuvieron donde estaban, paralizados por la consternación. Por un momento, incluso Quaan perdió su sentido de responsabilidad por el Eoman. Miró vagamente a su alrededor, sin moverse. Covenant se apoyó en una roca. Quería gritarle a la montaña que aquello no era justo. Ya había sobrevivido demasiado, resistido tanto, perdido tanto... ¿Dónde estaba su escapatoria? ¿Era aquél el precio de su trato, del dominio de sí mismo? Era demasiado grande. Él era un leproso, no estaba hecho para tales tremendas experiencias. Su voz se agitaba sin que pudiera controlarla, llena de un inútil ultraje.

—No es de extrañar que él... nos haya permitido quedarnos con el Bastón. Así ahora hará más daño. Sabía que no nos saldríamos con la nuestra.

Pero Mhoram dio órdenes en un tono que se impuso a la consternación. Recorrió un corto trecho del barranco y subió a una roca ancha y llana, más alta que las demás a su alrededor.

—¡Hay espacio para nosotros! ¡Venid! ¡Nos haremos fuertes aquí!

Lentamente, los guerreros se acercaron dando traspiés a la roca, como si estuvieran sobrecargados con la derrota. Mhoram y los Guardianes de Sangre les ayudaron a subir. El Amo Superior Prothall subió el último, auxiliado por dos Guardianes de Sangre.

—No, no —musitaba. Pero no opuso resistencia a las órdenes de Mhoram.

Cuando todos estuvieron encima de la roca, el Eoman de Quaan y los Guardianes de Sangre se colocaron alrededor de su borde. Lithe se unió a ellos, con la cuerda tensa en sus manos, dejando a Prothall, Mhoram y Covenant en el círculo de la última defensa de la compañía.

Los ur-viles habían cubierto la mitad de la distancia hasta la roca donde estaba la compañía. Detrás de ellos avanzaban centenares de Entes de la cueva, que salían de la grieta y se desparramaban por el barranco. Y muchos otros se abrían paso por el lugar por donde ellos habían entrado en la hondonada.

Mhoram calculó las fuerzas del Babeante.

—Valor, amigos míos —dijo quedamente—. Os habéis portado bien. Lleguemos ahora a nuestro final tan valientemente, que nuestros enemigos lo recuerden para siempre. No desesperéis. Hay muchos azares entre el inicio de una guerra y la victoria. Enseñemos al Amo Execrable que jamás saboreará la victoria hasta que haya muerto el último amigo de la Tierra.

—No, no —susurró Prothall. Alzando la vista al Monte Trueno, cerró los ojos y, con lenta resolución, alzó el Bastón de la Ley hasta la altura del corazón, empuñándolo con ambas manos—. Debe ser posible —dijo—. ¡Por los Siete! Debe serlo. —Sus nudillos palidieron sobre la superficie cubierta de tallas intrincadas y secretas del Bastón—. Ayúdame *Melenkurion*, Vertedero del cielo. No acepto este final. Sus cejas se juntaron lentamente sobre sus ojos cerrados y hundidos, e inclinó la cabeza hasta que la barba le tocó el pecho. De sus pálidos labios salió una canción sin palabras, susurrada. Pero su voz renqueaba con tal aspereza en su pecho que la canción parecía más un canto fúnebre que una invocación.

Las fuerzas del Babeante descendieron y se lanzaron inexorablemente contra la compañía. Mhoram las contempló con un rictus de impotencia en los labios.

De repente, una oportunidad inesperada brilló en sus ojos. Giró sobre sus talones, miró a Covenant y susurró:

—¡Hay un camino! Prothall se esfuerza por llamar a los Leones de Fuego. No puede tener éxito, pues el poder del Bastón está cerrado y carecemos de conocimientos para abrirlo, pero el oro blanco puede liberar ese poder. ¡Puede hacerse!

Covenant retrocedió como si Mhoram le hubiera traicionado.

—¡No! —jadeó—. ¡Hice un trato!

Entonces, súbitamente, intuyó el plan que el Amo Execrable había trazado para él, atisbó lo que el Despreciativo le estaba haciendo. Aquél era el golpe mortal que había yacido oculto tras todas las maquinaciones, todo el subterfugio.

¡Por todos los diablos!

Aquél era el punto de impacto entre sus locuras opuestas. Si trataba de usar la magia indómita..., si su anillo tenía poder..., si no lo tenía... Negras visiones danzaban en su cabeza, y retrocedió... La compañía asesinada..., el Bastón destruido..., millares de criaturas muertas, toda aquella sangre en su cabeza, su cabeza.

—No —gimió—. No me lo pidas. Prometí que no mataría más. No sabes qué le hice a Atiaran... a... Hice un trato para no tener que matar más.

Ahora los ur-viles y los Entes de la cueva se hallaban casi a tiro de arco. El Eoman había preparado sus flechas. Las hordas del Babeante redujeron su velocidad y empezaron a situarse para el último ataque.

Pero los ojos de Mhoram no se apartaban de Covenant.

—Habrás más muertes si no lo haces. ¿Crees que el Amo Execrable se contentará con matarnos? ¡Jamás! Matará y matará hasta que toda vida, sin excepción, sea suya para corromper o destruir. Toda vida, ¿me oyes? Hasta estas criaturas que ahora le sirven serán sacrificadas.

—¡No! —Covenant gimió de nuevo—. ¿No lo ves? Esto es precisamente lo que quiere. El Bastón será destruido... o el Babeante será destruido... o nosotros... No importa lo que suceda, él ganará. Estás haciendo exactamente lo que quiere.

—¡Aun así! —replicó fúrvidamente Mhoram—. Los muertos están muertos... Sólo los vivos pueden confiar en resistir al Desprecio.

Covenant trató de encontrar respuestas como un hombre incapaz de soportar su propia aflicción. Pero no encontró ninguna. Ningún trato o compromiso satisfacía su necesidad. En su dolor, gritó violentamente, protestó, apeló.

—Mhoram, ¡es un suicidio! ¡Me pides que me vuelva loco!

El Amo siguió mirándole intensamente.

—No, Incrédulo. No tienes por qué perder tu mente. Hay otras respuestas..., otras canciones. Puedes encontrarlas. ¿Por qué el Reino ha de ser destruido por tu dolor? ¡Salva o condena! ¡Coge el Bastón!

—Maldita sea. —Quitándose furiosamente su anillo, Covenant gritó—: ¡Hazlo tú mismo!

Trató de lanzar el anillo a Mhoram, pero la mano le temblaba intensamente. El anillo se deslizó de sus dedos, cayó a la piedra y rodó.

Covenant se precipitó tras él. Parecían faltarle suficientes dedos para cogerlo. El anillo pasó rodando junto a los pies de Prothall. Covenant trató de cogerlo de nuevo, pero resbaló, golpeándose la frente con la piedra.

Oyó el ruido distante de los arcos que disparaban. La batalla había comenzado, pero no prestó atención. Tuvo la sensación de que se había abierto el cráneo. Cuando alzó la cabeza comprobó que algo extraño sucedía en sus ojos. Veían doble.

El mapa de musgo que tenía en su túnica le resultaba ilegible. Ahora había perdido toda oportunidad que hubiera tenido para leerlo, para descifrar el críptico mensaje del Bosque de musgo. Vio a dos Prothall por encima de él, que se aferraban al Bastón y trataban con toda la fuerza que les quedaba doblar el poder de aquel objeto a su voluntad. Dos Bannor se apartaron de la refriega para acercarse a los Amos.

Entonces Mhoram se agachó junto a Covenant y le cogió la muñeca derecha, con tanta fuerza que tuvo la sensación de que iba a romperle los huesos. Le obligó a abrir la mano y, una vez extendidos sus dos únicos dedos, le colocó el anillo en el índice, fijándolo después de la primera falange.

—Yo no puedo usurpar tu puesto —dijo con voz ronca el doble Amo. Se alzó tirando de Covenant para que se irguiera. Mirándole con su doble rostro, susurró—:

¡Por los Siete! Temes el poder más que la debilidad.

El dolor de la frente y la muñeca hacía gemir a Covenant. «¡Sí! —dijo para sus adentros—. ¡Sí! ¡Quiero sobrevivir!».

Los arcos disparaban ahora con toda la rapidez de que eran capaces los guerreros. Pero se les estaban terminando las flechas. Y los ur-viles y Entes de la cueva permanecían rezagados, arriesgándose sólo lo suficiente para obligarles a disparar. Las fuerzas del Babeante no tenían prisa. Los ur-viles en especial parecían dispuestos a gozar de la lenta matanza de la compañía.

Pero Covenant no podía fijarse en tales cosas. Miraba a Mhoram lleno de angustia. El Amo parecía tener dos bocas y cuatro hileras de dientes, y cuatro ojos ardientes. Como no podía pensar en otra apelación, se llevó la mano libre al cinto, sacó el cuchillo de Atiaran y lo tendió a Mhoram.

—Sería mejor que me mataras —dijo entre dientes.

Mhoram soltó lentamente su presa. Sus labios se suavizaron y desapareció el fuego de su mirada. Su mirada pareció volverse a su interior, y se estremeció ante lo que contemplaba. Cuando habló, su voz era apagada, triste.

—Ah, Covenant... Perdóname. Me he dejado llevar por mis impulsos. Vasallodelmar... Vasallodelmar comprendió esto. Debí haberle escuchado más claramente. No está bien pedir más de lo que puedes dar libremente. De esta manera, llegamos a parecernos a lo que odiamos. —Soltó la muñeca de Covenant y retrocedió—. Amigo mío, esto no está en tu cabeza. La carga es nuestra, y la soportamos hasta el final. Perdóname.

Covenant no pudo responder. Permanecía con el rostro contorsionado como si estuviera a punto de gritar. La duplicidad de su visión hacía que le dolieran los ojos. La misericordia de Mhoram le afectaba más que cualquier argumento o exigencia. Sintiendo profundamente desgraciado, se volvió hacia Prothall. ¿No podía encontrar en alguna parte la fuerza necesaria para correr aquel riesgo? Tal vez el camino para la huida se hallaba en aquella dirección, quizás el horror de la magia indómita era el precio que tendría que pagar por su libertad. No quería morir a manos de los ur-viles. Pero al levantar el brazo, no pudo decir cuál de aquellas manos era suya, cuál de los dos Bastones era el auténtico.

La compañía disparó su última flecha, y un grito de malignidad y alegría se alzó entre los Entes de la cueva. A la orden de los ur-viles, comenzaron a acercarse. Los guerreros sacaron sus espadas y se prepararon para un final inútil. Los Guardianes de Sangre permanecían de puntillas, listos para saltar contra el enemigo.

Temblando, Covenant intentó coger el Bastón, pero la cabeza le daba vueltas, y un torbellino de oscuridad giraba vertiginosamente a su alrededor. No podía superar su miedo. Le aterraba la venganza de su lepra por semejante audacia. Su mano recorrió la mitad de la distancia y se detuvo, cerrándose impotente en el vacío.

—¡Ah! —exclamó lastimeramente—. ¡Ayudadme!

—Somos los Guardianes de Sangre —dijo Bannor con una voz casi inaudible bajo los gritos salvajes de los Entes de la cueva—. No podemos permitir este final.

Tomó con firmeza la mano de Covenant y la colocó sobre el Bastón de la ley, a medio camino entre los tensos nudillos de Prothall.

La energía pareció estallar en el pecho de Covenant. Un estallido silencioso, una conmoción inaudible se extendió por el barranco como una convulsión de la montaña. La explosión derribó a los miembros de la Búsqueda y lanzó contra las piedras a los ur-viles y los Entes de la cueva. Sólo el Amo Superior se mantuvo en pie. Alzó la cabeza, y el bastón se agitó en sus manos.

Por un momento el barranco permaneció inmóvil, con una quietud tan intensa como si la explosión hubiera ensordecido a todos los combatientes. Y en aquel momento, todo el cielo sobre Gravin Threndor se ennegreció con impenetrables nubes de tormenta.

Entonces se produjo un sonido, un ruido profundo como si la misma roca de la montaña gritase, seguido por largas oleadas de chispas calientes y susurrantes. Las nubes bajaron hasta cubrir la cima del Monte Trueno.

Grandes llamas amarillas empezaron a arder en la cima nublada.

Durante algún tiempo, la compañía y sus atacantes permanecieron tendidos en el barranco, como temerosos de moverse. Todos contemplaban las llamas y las negras nubes.

De repente se produjo una erupción. Como si el mismo aire ardiera, rugientes fuegos se precipitaron como grandes bestias hambrientas por las vertientes de la montaña.

Chillando de terror, los Entes de la cueva se levantaron y echaron a correr. Algunos se acurrucaron enloquecidos contra las paredes del barranco, pero la mayoría de ellos rodearon la roca sobre la que se hallaba la compañía y huyeron hacia abajo, tratando de escapar a los Leones de Fuego.

Los ur-viles tomaron otro camino. En furiosa precipitación, subieron la pared del barranco hacia la entrada de las catacumbas.

Pero antes de que pudieran ponerse a cubierto, el Babeante salió de la grieta por encima de ellos. El Ente de la cueva se arrastraba, demasiado débil para permanecer de pie. Pero su puño aferraba una piedra verde que irradiaba una intensa maldad a través de la negrura de las nubes. Su grito se mezcló con el rugido de los Leones de Fuego.

—¡Aplastad! ¡Aplastad!

Los ur-viles se detuvieron, llenos de temor.

Mientras las criaturas vacilaban, la compañía empezó a marchar por el barranco. Prothall y Covenant estaban demasiado cansados para avanzar por sí solos, de modo

que los Guardianes de Sangre los llevaban, pasándolos de un hombre a otro por encima de las rocas, arrastrándolos por el suelo inclinado del barranco.

Delante de ellos, los Entes de la cueva empezaban a llegar al extremo de la hondonada. Algunos corrían tan ciegamente que se precipitaron por el borde del peñasco. Otros se desparramaron en todas direcciones a lo largo del borde, gimiendo en busca de escapatoria.

Pero detrás de la compañía, los ur-viles formaron una cuña y reanudaron su avance. Los miembros de la Búsqueda apenas podían mantener su distancia de la cuña.

El rugido de las llamas se intensificó. Liberadas por el poder de la cima, grandes piedras cayeron de los despeñaderos. Los Leones de Fuego se movían como lava fundida, extendiéndose por las vertientes como escupidos por las entrañas de un infierno. Aún muy por encima del barranco, el aullido de su energía parecía triplicarse con cada desprendimiento. Ráfagas de aire ardiente flotaban como heraldos que anunciaban el avance del fuego y el hambre volcánica.

Las dificultades del barranco se suavizaron cuando la compañía llegó al extremo inferior, y Covenant empezó a moverse sin ayuda. Impulsado por su visión defectuosa y el fragor del tumulto, se liberó de los Guardianes de Sangre. Con movimientos rígidos, como un polichinela, avanzó tambaleándose hacia el peñasco.

Los demás miembros de la Búsqueda se desviaron al sur, a lo largo del borde, pero él fue directamente al precipicio. Cuando llegó, sus piernas apenas tenían fuerzas para detenerle. Con pasos vacilantes, se asomó al vacío. El precipicio tendría seiscientos metros de altura, y más de media legua de anchura. No había escapatoria. Los Leones alcanzarían a la compañía antes de que llegaran a algún camino practicable más allá del precipicio..., mucho antes.

Le gritaron, avisándole inútilmente. Apenas podía oír a sus compañeros a través de los rugidos que llenaban el aire. No hizo caso. Aquella clase de escapatoria no era lo que él quería, y no temía la caída: no podía ver con suficiente claridad la altura para tener miedo.

Tenía que hacer algo.

Se detuvo un momento, haciendo acopio de valor. Entonces se dio cuenta de que uno de los Guardianes de Sangre probablemente trataría de salvarle. Quería llevar a cabo su propósito antes de que aquello pudiera suceder.

Necesitaba una respuesta a la muerte.

Quitándose el anillo, lo sujetó firmemente en su mano mutilada, y echó el brazo atrás para arrojar la alianza por el precipicio.

Sus ojos siguieron el anillo mientras extendía el brazo, y se detuvo bruscamente, acometido por un acceso de vergüenza. El metal estaba limpio. Sus ojos seguían viendo dos anillos, pero ambos tenían reflejos plateados. La mancha carmesí había

desaparecido de ellos.

Girando sobre sus talones, su mirada recorrió el barranco en busca del Babeante.

Oyó que Mhoram gritaba:

—¡Bannor! ¡Es su elección!

El Guardián de Sangre corría hacia él. A la orden de Mhoram, Bannor se detuvo a diez metros de él. Y un instante después, a pesar de su Voto, rechazó la orden, y saltó de nuevo hacia Covenant.

Covenant no podía centrar su visión. Tuvo un atisbo de los Leones ardientes lanzados hacia la grieta en lo alto del barranco. Pero otra cosa dominaba su visión: la cuña de los ur-viles, sólo a tres pasos de él. El maestro de la ciencia ya levantaba su estaca para golpear.

Instintivamente, Covenant trató de moverse, pero lo hizo con demasiada lentitud. Todavía se estaba inclinando, cuando Bannor chocó con él, apartándole del camino.

Con un grito alocado y exultante, como si hubieran tenido una súbita visión, los ur-viles se lanzaron adelante como uno solo y se precipitaron por el abismo. Los gritos que lanzaban al caer eran ferozmente triunfantes.

Bannor levantó a Covenant. El Guardián de Sangre le indicó que se reuniera con el resto de la compañía, pero él se apartó y dio algunos pasos por la cuesta, entrecerrando los ojos para poder ver la grieta.

—¡Babeante! ¿Qué le ha ocurrido al Babeante? —Sus ojos parecían perder la visión. Se detuvo y agitó airadamente las manos—. ¡No puedo ver!

Mhoram corrió hacia él, y Covenant repitió su pregunta, gritando al rostro del Amo.

—El Babeante está allí —replicó en voz baja el Amo—, en la grieta. Un poder que no puede dominar le destruye. Ya no sabe lo que hace. Dentro de un momento, los Leones de Fuego le consumirán.

—¡No! —susurró Covenant, esforzándose por dominar su voz—. No es más que otra víctima. El Execrable planeó todo esto.

A pesar de que apretaba los dientes, su voz sonaba entrecortada.

Mhoram le tocó consoladoramente un hombro.

—Cálmate, Incrédulo. Hemos hecho cuanto hemos podido. No tienes por qué condenarte.

Covenant descubrió de repente que su cólera había desaparecido, se había convertido en polvo. Se sintió destrozado, y cayó al suelo como si sus huesos ya no pudieran sostenerle. Sus ojos tenían una expresión deshilachada, como las velas de un barco fantasma. Sin preocuparse por lo que hacía, volvió a colocarse el anillo en el dedo anular de su mano derecha.

El resto de la compañía se acercaba a él. Habían renunciado a su intento de huida. Juntos contemplaron el avance de los Leones. Las negras nubes entenebrecían toda la

montaña, y en aquella oscuridad los veloces fuegos chisporroteaban violentamente como soles desquiciados. Bajaban por las paredes del barranco y algunos de ellos rebotaron hacia arriba, en dirección a la grieta.

El Amo Mhoram salió finalmente de su trance.

—Llama a tus ranyhyn —ordenó a Bannor—. Los Guardianes de Sangre pueden salvarse. Coge el Bastón y la Segunda Ala. Llama a los ranyhyn y huye.

Bannor sostuvo largo rato la mirada de Mhoram, aquilatando la orden del Amo.

—Irás uno de nosotros, sólo uno llevará a las Defensas de los Amos el Bastón de la Ley y la Segunda Ala. El resto se quedará.

—¿Por qué? No podemos escapar. Debéis vivir... para servir a los Amos que deban proseguir esta guerra.

—Quizá. —Bannor se encogió ligeramente de hombros—. ¿Quién puede decirlo? El Amo Superior Kevin nos ordenó que nos fuésemos, y obedecimos. No haremos semejante cosa de nuevo.

—¡Pero esta muerte es inútil! —exclamó Mhoram.

—Aun así. —El tono del Guardián de Sangre era tan inexpresivo como el hierro. Entonces añadió—: Pero tú puedes llamar a Hynaril. Hazlo, Amo.

—No. —Mhoram suspiró con una fatigada sonrisa de reconocimiento—. No puedo. ¿Cómo podría dejar que tantos muriesen?

Covenant escuchaba a medias. Se sentía como un náufrago, como si buscara entre el naufragio de sus emociones, en busca de algo que valiera la pena salvar. Pero una parte de él comprendía. Se llevó los dos dedos de su mano derecha a los labios y lanzó un silbido breve y penetrante.

Toda la compañía le miró. Quaan parecía pensar que el Incrédulo se había vuelto loco. Mhoram estaba perplejo. Pero la Fustigadora Lithe azotó el aire con su cuerda y exclamó:

—¡Los ranyhyn! ¡Crines del Mundo! ¡Los está llamando!

Covenant había dejado de escuchar por completo. Algo sucedía en su interior, y se irguió para enfrentarse a ello. Las dimensiones de su situación estaban cambiando. Ante su mirada borrosa, los camaradas de la Búsqueda iban volviéndose lentamente más duros y sólidos..., adoptaban la textura de la roca. Y la misma montaña iba volviéndose cada vez más inquebrantable. Parecía tan inmutable como la piedra angular del mundo. Sintió que los velos se desprendían de su percepción. Vio el hecho desnudo de Gravin Threndor en todo su poder inconmensurable. Palideció a su lado. Su carne se hizo tenue, efímera. Un aire espeso como el humo corrió a través de él, helando sus huesos. Su alma se contrajo bajo un dolor silente.

—¿Qué me sucede?

Los ranyhyn llegaban galopando alrededor del borde meridional del precipicio. Como una llamarada de esperanza, se adelantaron al descenso de los Leones. Un

bronco grito de alegría surgió de las gargantas de los guerreros.

—¡Estamos salvados! —exclamó Mhoram—. ¡Hay tiempo suficiente!

Con el resto de la compañía se apresuró para recibir a los veloces ranyhyn.

Covenant sintió que le habían dejado solo.

—¿Qué me sucede? —repetía débilmente, de cara a la dura montaña.

Pero Prothall estaba inmóvil a su lado. Covenant oyó su voz, una voz que parecía retumbante como un trueno.

—El Babeante ha muerto. Él fue quien te convocó, y con su muerte termina la llamada. Así es cómo actúa semejante poder.

»Adiós, Incrédulo. ¡Sé leal! Mucho es lo que has forjado para nosotros. Los ranyhyn nos preservarán. Y con el Bastón de la Ley y la Segunda Ala, seremos capaces de defendernos contra la ponzoña del Despreciativo. Ánimo. El desespero y la amargura no son las únicas canciones del mundo.

Pero Covenant gemía en silencio. Todo a su alrededor, Prothall, la compañía, los ranyhyn, los Leones de Fuego y la montaña, se hacía demasiado sólido para él. Abrumaban sus percepciones, pasaban más allá de sus sentidos transformándose en una niebla gris. Palpó a su alrededor y no sintió nada. No podía ver. El Reino abandonaba su campo de visión. Era demasiado para él, y lo perdió.

SUPERVIVENCIA



or un largo y convulso momento una niebla gris se arremolinó en torno a él. Luego empezó a difuminarse, y la perdió también. Su visión se empañó, como si un dios hubiera frotado sus ojos con un duro dedo. Parpadeó rápidamente, y trató de alzar un brazo para apretarse los ojos, pero algo blando impedía el movimiento de su mano. Seguía sin ver nada.

Se estaba despertando, aunque le parecía más bien que caía en una modorra. Gradualmente, pudo identificar dónde estaba. Se hallaba tendido en un lecho con barras protectoras tubulares a los lados. Blancas sábanas le cubrían hasta la barbilla. Grises cortinas le separaban de los demás pacientes de la habitación. Una luz fluorescente lo contemplaba inexpresiva desde el techo. El aire estaba levemente cargado de éter y germicida. A la cabecera de su cama había un botón para llamar a la enfermera.

Tenía insensibles los dedos de las manos y los pies.

Los nervios no se regeneran, claro no, no se...

Aquello era importante, sabía que era importante, pero por alguna razón no le pesaba. Eran otras las emociones que le dominaban, y no notaba especialmente dura aquella impresión.

Lo que le importaba era que Prothall, Mhoram y la Búsqueda habían sobrevivido. Se aferraba a aquello como si fuera una prueba de cordura..., una demostración de que lo que le había sucedido, lo que había hecho, no era un producto de la locura, de la autodestrucción. Habían sobrevivido. Al menos su trato con los ranyhyn había logrado aquello. Habían hecho exactamente lo que el Amo Execrable quería que hicieran..., pero habían sobrevivido. Al menos él no era también culpable de sus muertes. Su incapacidad para utilizar su anillo, para creer en su anillo, no los había convertido en Espectros. Aquél era su único consuelo por lo que había perdido.

Entonces percibió dos figuras de pie al pie de la cama. Una de ellas era una mujer de blanco, una enfermera. Mientras trataba de centrar la mirada en ella, le oyó decir:

—Doctor, está recobrando el conocimiento.

El doctor era un hombre de edad mediana que vestía un traje marrón. Tenía grandes bolsas bajo los ojos, como si estuvieran cargadas con todo el dolor humano, pero bajo su bigote grisáceo sus labios eran amables. Se acercó a lo largo del borde de la cama y tocó un momento la frente de Covenant. Luego le abrió los párpados y dirigió a sus pupilas la luz de una pequeña linterna.

Haciendo un esfuerzo, Covenant centró su atención en la luz.

El doctor asintió y apartó la linterna.

—¿Me oye, señor Covenant?

Covenant tragó saliva para suavizar la sequedad de su garganta.

—Señor Covenant. —El doctor acercó el rostro al de Covenant y le habló en voz baja, sosegadamente—. Está usted en el hospital. Le trajeron aquí después que se arrojara bajo las ruedas de un coche patrulla. Ha estado inconsciente unas cuatro horas.

Covenant alzó la cabeza e hizo un gesto para mostrar que comprendía.

—Señor Covenant, el oficial de policía que conducía ese coche dice que no le atropelló. Afirma que frenó a tiempo..., que usted cayó al suelo delante de él. Por el resultado de mi examen, me inclinaría a darle la razón. Tiene las manos ligeramente magulladas, y un fuerte golpe en la frente..., pero eso pudo sucederle al caer. —Vaciló un momento y luego preguntó—: ¿Le atropelló realmente?

Sin decir nada, Covenant negó con la cabeza. La pregunta no parecía importante.

—Bien, supongo que pudo haber perdido el conocimiento al chocar con la cabeza en el suelo. ¿Pero por qué cayó?

Tampoco aquello parecía importante. Rechazó la pregunta con un ligero movimiento de la mano. Entonces trató de sentarse en la cama.

Lo logró antes de que el médico pudiera ayudarle o impedirselo. No estaba tan débil como había temido. La insensibilidad de sus dedos todavía parecía carecer de convicción, como si pudieran recuperarse en cuanto restaurasen su circulación.

Los nervios no se...

Al cabo de un momento, recuperó la voz y preguntó por sus ropas.

El médico le escrutó atentamente.

—Señor Covenant, le permitiré que vaya a su casa si lo desea. Supongo que debería tenerle en observación uno o dos días, pero la verdad es que no he podido encontrar ninguna anomalía en usted. Y usted sabe más que yo sobre los cuidados que requiere la lepra. —Covenant percibió la mueca de náusea que se dibujó en el rostro de la enfermera—. Y, si he de serle sincero... —El tono del médico se volvió repentinamente mordaz—... no quiero tener problemas con el personal sanitario para asegurarme de que le cuidan como es debido. ¿Se siente en condiciones para marcharse?

Como respuesta, Covenant empezó a manosear con dedos torpes la blanca bata de hospital que llevaba.

El médico se dirigió abruptamente a un armario y regresó con las ropas de Covenant.

Covenant les dio una especie de OVE. Estaban arrugadas y sucias de polvo a causa de su caída en la calle, pero tenían exactamente el mismo aspecto que la última

vez que las había vestido, en los primeros días de la Búsqueda. Exactamente como si nada de aquélla hubiera sucedido jamás.

Después de vestirse firmó el volante de salida. Su mano estaba tan aterida que apenas pudo escribir su nombre.

Pero la Búsqueda había sobrevivido. Al menos su trato había servido para aquello.

Luego el médico le condujo en una silla de ruedas hasta la puerta del hospital. Una vez en el exterior del edificio, el médico empezó a hablar como si, de una manera indirecta, pidiera disculpas por no dejarle que se quedara en el hospital.

—Debe ser terrible padecer la lepra —dijo rápidamente—. Trato de comprenderlo. Es como... Yo estudié en Heidelberg, hace años, y mientras estaba allí vi una gran cantidad de arte medieval, especialmente arte religioso. El leproso me recuerda las figuras de la Crucifixión que hacían en la Edad Media. Está Cristo en la Cruz, y sus rasgos... su cuerpo, incluso su rostro, están retratados tan suavemente que la figura es irreconocible. Podría ser cualquiera, hombre o mujer. Pero las heridas..., los clavos en las manos y los pies, la lanza en el costado, la corona de espinas... están talladas e incluso pintadas con un detalle increíblemente vívido. Uno pensaría que el artista crucificó a su modelo para conseguir esa clase de realismo. Ser leproso debe de ser algo así.

Covenant percibió la simpatía del doctor, pero no pudo responder a ella. No sabía cómo.

Poco después, llegó una ambulancia y le transportó hasta Haven Farm.

Había sobrevivido.

Recorrió el largo sendero hasta su casa como si aquélla fuera su única esperanza.

GLOSARIO

Acence: pedrariana, hermana de Atiaran.

Ala de Guerra: el ejército de las Defensas del Amo.

Alegre: un ganatecho, grado inferior de los hombres Ra.

alianta: bayas-tesoro.

amanibhavam: hierba curativa para los caballos y venenosa para los hombres.

Amigo de la tierra: título concedido por vez primera a Berek Mediamano.

Amo: maestro de la Espada y el Bastón, partes de la ciencia de Kevin.

Amo Execrable: nombre que dan los amos al Enemigo del Reino.

Amo Fundador: Berek Mediamano.

Amo Superior: dirigente del Consejo de los Amos.

Antiguos Amos: Amos anteriores al Ritual de la Profanación.

anundivian yajña: arte perdido de los hombres Ra, escultura en hueso.

Árbol Único, el: árbol místico con cuya madera se hizo el Bastón de la Ley.

Asesino Gris: nombre que se da en las llanuras al Amo Execrable.

Atiaran de Trell: pedrariana, hija de Tiaran.

Banas Nimoram: celebración de la Primavera.

Bannor: miembro de la Escolta de Sangre asignado a Covenant.

Baradakas: un estigmatizado de Fustaria Alta.

Barón del Anillo: nombre que los hombres Ra dan a Thomas Covenant.

Barón del Colmillo, el Arrebatador: nombre que los hombres Ra dan al Amo Execrable.

Bastón, el: una rama de la ciencia de Kevin, a distinguir de otros bastones.

Bastón de la Ley, el: formado por Berek con madera del Árbol Único.

Bayas-tesoro: fruto nutritivo que se encuentra en el Reino por doquier.

Berek Mediamano: fundador del linaje de los Amos.

Bhrathair: pueblo con el que se enfrentan los gigantes errantes.

Birinair: un estigmatizado, guardahogar de las Defensas del Amo.

Bosque Único: antiguo bosque que cubría la mayor parte del Reino.

Brabha: un ranyhyn, montura de Korik.

caamora: ordalía de aflicción mediante el fuego a la que se entregan los gigantes.

Caerroil Bosqueagreste: forestal de la Espesura Acogotante.

Cámara fustacordial: lugar de reunión en una fustaria.

Celebración de Primavera: danza de los espectros de Andelain a la luz de la luna en las medianoches de primavera.

Cercado, el: Cámara del Consejo en las Defensas del Amo.

Ciencia de Kevin: conocimiento de la fuerza dejado por Kevin en las Siete Alas.

Ciencia de la Guerra: conocimiento de la Espada en la Ciencia de Kevin.

clingor: cuero adhesivo.

Corazón de Satán: nombre que dan los gigantes al Amo Execrable.

Corazón del Trueno: cueva de la fuerza en el monte Trueno.

Corazón Fuerte: Berek Mediamano.

Corazón Salado Vasallodelmar: un gigante amigo de Covenant.

Cordón: segundo rango de los hombres Ra.

Cordonación: ceremonia de nombramiento del cordón.

Corrupción: nombre que la Escolta de Sangre da al Amo Execrable.

Creador, el: enemigo legendario del Amo Execrable.

Cumbre de los Leones de Fuego: Monte Trueno.

Curador: médico.

Damelon Giganteamigo: hijo de Berek Mediamano, antiguo Amo Superior.

Danza de los espectros: Celebración de Primavera.

Defensas del Amo: Piedra Deleitosa.

Delirantes: tres antiguos sirvientes del Amo Execrable.

Demondim: vástagos de ur-viles y waynhim.

Desolación, la: era de ruina en el Reino, tras el Ritual de la Profanación.

Despreciativo, el: el Amo Execrable.

Dura Flancobello: potro salvaje, montura de Covenant.

Eoman: unidad del Ala de Guerra de las Defensas del Amo, formada por veinte guerreros y un **Puño de Guerra**.

Elohim: pueblo al que se enfrentan los gigantes errantes.

Entes de la cueva: criaturas malignas que viven bajo el monte Trueno.

Escolta de Sangre: defensores de los Amos.

Espada, la: una rama de la ciencia de Kevin.

Espectros de Andelain: criaturas que se entregan a la danza en la Celebración de Primavera.

Estigmatizado: maestro de la ciencia de la madera.

Fiesta de la fuerza: ceremonia en la que se nombra a los fustigadores.

filtro de diamante: licor de los gigantes.

Forestal: protector de los restos del Bosque Único.

Fuego de los Amos: bastón de fuego usado por los Amos.

Fuego de los Saltos: fuego de aviso en Piedra Deleitosa.

Fustaria: pueblo-árbol.

Fustariano: habitante de una fustaria.

Fustigador: primer rango de los hombres Ra.

Ganatecho: rango inferior de los hombres Ra.

Giganteclave: conferencia de los gigantes.

Gigantes: los Sin Hogar, antiguos amigos de los Amos.

Gorgonas de arena: monstruos descritos por los gigantes.

Gracia: cordón de los hombres Ra.

Gravanel: piedras de fuego a las que hace fulgurar la ciencia de la piedra.

Gravanélico: maestro de la ciencia de la piedra.

grifo: bestia parecida a un león alado.

Guardahogar de las Defensas del Amo: responsable de la luz, el calor y la

hospitalidad.

Guardián de la Ciencia: maestro de la Raat.

Guarida del Execrable: hogar del Despreciativo.

Guirnalda: signo guerrero del Ala de Guerra de las Defensas del Amo.

Haruchai: pueblo del que proceden los miembros de la Escolta de Sangre.

Herederos: dirigentes de una fustaria.

Herem: un delirante.

Hermano, hermana piedra: expresiones de afecto entre hombres y gigantes.

Hombres Ra: pueblo que sirve a los ranyhyn.

Hurn: un cordón de los hombres Ra.

Huryn: un ranyhyn, montura de Terrel.

Hynaril: un ranyhyn, montura de Tamarantha y Mhoram.

Imoiran de Tomal: un pedrario.

Incrédulo: Thomas Covenant.

Indagación, la: búsqueda para rescatar el Bastón de la Ley.

Inquina: Fuerza del Mal.

Irin: guerrero del tercer Eoman del Ala de Guerra.

Jehannum: un delirante.

Juramento de Paz: juramento de los pueblos del Reino contra la violencia innecesaria.

Kevin Pierdetierra: hijo de Loric Acallaviles, último Amo Superior de los Antiguos Amos.

Kiril Threndor: Corazón del Trueno.

Korik: miembro de la Escolta de Sangre.

kresh: lobos salvajes, gigantes y amarillos.

Kurash Plenethor: región llamada antiguamente Piedra Herida y hoy denominada Trothgard.

Lena: pedrariana, hija de Atiaran.

Leones de Fuego: fuego que brota del monte Trueno.

lillianrill: ciencia de la madera, o maestros de la ciencia de la madera.

Lithe: un fustigador de los hombres Ra.

Lombrizderoca Babeante: ente de la cueva, descubridor del Bastón de la Ley.

lomillialor: Madera Superior.

lor-liarill: madera de oropelino.

Loric Acallaviles: un Amo Superior, hijo de Damelon Giganteamigo.

Llaura: heredera de Fustaria Alta.

Madera Superior: vástago del Árbol Único.

Madrigueras de los Entes: hogares de los Entes de la cueva bajo el monte Trueno.

Maestro de la ciencia: dirigente de los ur-viles.

Malliner: heredero de Fustaria Alta, hijo de Veinnin.

Marga antilesiones: barro con propiedades curativas.

Marny: ranyhyn, montura de Tuvor.

Melenkurion abatha: frase de invocación o poder.

Mhoram: Amo, hijo de Variol.

Miembrosdespato Colocaquillas: un gigante, padre de trillizos.

Murrin de Odon: un pedrariano.

Musculoso: un cordón de los hombres Ra.

Odon de Murrin: una pedrariana.

Omournil: heredera fustariana, hija de Mournil.

orcrest: una piedra de fuerza.

Oropelino: árbol parecido al arce con hojas doradas.

Osondrea: Ama, hija de Sondrea.

Ostela: escultura en hueso.

Padrias: heredero fustariano, hijo de Mili.

Palabra de Aviso: una poderosa y destructiva prohibición.

Pedraria: pueblo de piedra.

Pedrariano: habitante de una pedraria.

Pelotrenzado Tiradetodos: gigante, esposa de Miembrosdespato Colocaquillas, madre de trillizos.

Piedra Herida: ahora denominada Fidelia.

Piedra de la Mala Tierra: fuente de poder maligno hallada bajo el monte Trueno.

Piedras de fuego: gravanel.

Piedra Deleitosa: defensas o lugar donde residen los Amos, ciudad de los Amos en la montaña.

Pietten: niño fustariano, hijo de Soranal.

Primer Guerrero: comandante del Ala de Guerra.

Primer Signo: comandante de la Escolta de Sangre.

Prothall: hijo de Dwillian.

Prueba de verdad: prueba de veracidad mediante el *lomillialor* o la *orcrest*.

Puente Vedado: entrada a las catacumbas bajo el monte Trueno.

Puño de Guerra: comandante de un Eoman.

Quaan: Puño de Guerra del tercer Eoman del Ala de Guerra.

Raat: escuela de Trothgard donde se estudia la ciencia de Kevin.

Ranyhyn: caballos grandes y libres de las llanuras de Ra.

Recinto sagrado: Sala de Vísperas en Piedra Deleitosa.

Redimidos: estudiantes de la ciencia, liberados de las responsabilidades convencionales.

Reino, el: generalmente, área que se encuentra en el mapa.

Resguardo: lugar de descanso para los viajeros.

rhadhamaerl: ciencia de la piedra, o maestros de la ciencia de la piedra.

Ritos de redención: ceremonia en la que se otorga la redención.

Ritual de profanación: acto de desesperación con el que el Amo Superior Kevin destruyó a los Antiguos Amos y arruinó la mayor parte del Reino.

Rompealmas: nombre que los gigantes dan al Amo Execrable.

Rustah: un cordón de los hombres Ra.

Saltos Aferrados: catarata en Piedra Deleitosa.

Sheol: un delirante.

Siete Alas: conjunto de conocimientos dejado por el Amo Superior Kevin.

Siete palabras: palabras de fuerza.

Sin Hogar, los: los gigantes.

Soranal: fustariano, hijo de Thiller.

suru-pa-maerl: arte de la piedra.

Taller de la ciencia: laboratorio de la energía de los demondim.

Tamarantha de Variol: Ama, hija de Enesta.

Terass: pedrariana, hija de Annoria.

Terrel: miembro de la Escolta de Sangre.

Tohrm: gravanólico y guardahogar de las Defensas del Amo.

Tomal: pedrariano experto en el arte de la piedra.

Tragavidas: el Gran Pantano.

Trell de Atiaran: gravanólico de la pedraria Mithil.

Triock: pedrariano, hijo de Thuler.

Tuvor: primer rango de la Escolta de Sangre.

Ur-Amo: título otorgado a Thomas Covenant.

ur-viles: vástagos de los demondim, criaturas malignas.

Vailant: antiguo Amo Superior.

Variol de Tamarantha: Amo, antiguo Amo Superior, hijo de Pentil.

Veta oropelina: madera de fuerza que se obtiene de los árboles oropelinos.

Vedado: muralla de poder.

Viles: progenitores de los demondim.

Vino vigorizante: licor suave y refrescante.

Voto, el: juramento *haruchai* con el que se constituyó la Escolta de Sangre.

Waynhim: asistentes de los resguardos, contrarios a los ur-viles, aunque son vástagos de los demondim.